

ISSN 2254-6111

R U H M

2019

Revista Universitaria de Historia Militar

Volumen 8, Nº 16

Dossier

ESPAÑA Y MARRUECOS. GUERRA Y COLONIALISMO EN EL NORTE DE ÁFRICA



© Biblioteca Nacional de España

Estudios

El imperio aqueménida

El Ejército en Mallorca e Ibiza (s. XVIII)

La Escuela Central de Gimnasia del Ejército

La batalla del hambre

Traducción

Los muertos de las batallas medievales

Ensayo

Novedades sobre la guerra de los Cien Años

Reseñas



Centro de Estudios de la Guerra
Revista Universitaria de Historia Militar

La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR (ISDC 9,3), REBID, CIRC, Sherpa/Romeo, Google Scholar Metric, Dialnet, Sistema de Evaluación de revistas del CONICET (Grupo A), Fuente Academia Plus de la ESCBO, Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters y el sello de calidad del FECYT.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España), 2019.

EDITA.

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254 – 6111

<http://ruhm.es>

Facebook: <https://www.facebook.com/ruhm.es>

Twitter: @ruhm_online

E-mail: secretaria@ruhm.es

DISEÑO DE LA PORTADA.

Solucionesdocumentais-Leira

IMAGEN DE PORTADA.

“La ocupación del Gurugú”, en *La Esfera*, 15-X-1921, p. 16

MAQUETACIÓN.

RUHM

La *Revista Universitaria de Historia Militar* es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de Historia Militar.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 8, número 16, año 2019

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial

Directores / Editors

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat de Girona, España.
Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Francisco J. Leira Castiñeira, Histagra-Universidade de Santiago de Compostela,
España

Consejo de Redacción / Editorial board

Daniel Aquillue Domínguez, Universidad de Zaragoza, España.
Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.
Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España
Assumpta Castillo Cañiz, Università di Padova, Italia.
Bárbara Caletti Garciadiego, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.
Javier Lion Bustillo, Universidad Autónoma de Madrid, España.
Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina
Antonio José Rodríguez Hernández, UNED, España.
Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Stephanie Wright, University of Sheffield, Inglaterra.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, University of Melbourne, Australia.	José Luis Ledesma, Universidad Complutense de Madrid, España.
Isaias Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona, España.	Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.
Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.	Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.
Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.	Sönke Neitzel, Universität Potsdam, Alemania.
Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.	Xosé Manoel Núñez, Universidade de Santiago de Compostela, España.
Manuel Chust Calero, Universitat Jaume I de Castelló, España.	Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.
Joanna Bourke, Birbeck College, University of London, Inglaterra.	Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Antonio Espino López, Universidad de Zaragoza, España.	María del Carmen Saavedra Vázquez, Universidad de Santiago de Compostela, España.
Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.	Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
César Fórnis, Universidad de Sevilla, España	Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.
David García Hernán, Universidad Carlos III de Madrid, España.	Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España	Klaus Schmider, Royal Military Academy Sandhurst, Reino Unido.
Karem Hagemann, University of Carolina, España.	Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile.
Carlos Heredia Chimeno, Kyoto Prefectural University, Japón	Jordi Vidal, Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.	Benjamin Ziemann, Universitu of Sheffield, Inglaterra.
John Horne, Center War Studies, Trinity College Dublin, Irlanda.	
Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.	



Desde su nacimiento en 2012, la Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM) surgió bajo la firme convicción de que era necesario propiciar una renovación de la historia militar que se venía desarrollando en el ámbito hispanohablante. Precisamente, el objetivo era buscar nuevas preguntas capaces de conducirnos a otras visiones, interpretaciones y debates para la comprensión y estudio de fenómenos capitales como el orden público, la violencia, las fuerzas de seguridad estatales, las instituciones militares o paramilitares y, por supuesto, la guerra. Así pues, el deseo de este proyecto no era otro que hacer de la historia militar y los estudios de la guerra un paradigma y un objeto de estudios valiosos e interesantes para el conjunto de la comunidad historiográfica. Sin embargo, siempre hemos creído que la materialización de este objetivo pasaba necesariamente por la apertura del proyecto a todas las épocas, desde la Antigüedad al presente. Este era el único modo de forzarnos a romper con la compartimentación y la hiperespecialización, tan características de la historiografía actual como inevitables: fomentar el diálogo entre colegas de todos los ámbitos para dar con una visión mucho más amplia de los casos de estudio y problemáticas abordadas por cada historiador e historiadora. El objetivo último una comprensión mucho más rica y compleja del pasado.

Asimismo, este proyecto nació con la clara voluntad de erigirse en una plataforma de referencia preocupada por promover y favorecer los estudios sobre los fenómenos bélicos, entendiendo éstos desde una perspectiva amplia, tanto a nivel cronológico como temático, y abarcando aspectos que van desde lo político, lo económico o lo social, a lo cultural, lo memorístico, lo tecnológico o lo científico. Así pues, en último término pretendemos introducir y promover en la historiografía hispanohablante las nuevas tendencias desarrolladas en el ámbito internacional en relación con la historia militar, así como servir de puente entre las más diversas experiencias investigadoras a ambos lados del Atlántico. Partiendo de estas consideraciones entendemos que el futuro de la historia militar pasa por cuestiones tan variadas e interrelacionadas entre sí como introducir la variable social; entender la guerra como el marco propiciatorio de proyectos políticos revolucionarios o, cuanto menos, transformaciones radicales; trabajar sobre los conceptos, aplicando de forma crítica ideas procedentes de otras disciplinas al estudio de lo bélico; analizar la experiencia de guerra como vía para situar al individuo en el marco de los conflictos, con sus miedos y sus motivaciones, pero también para dar con lo bélico en toda su riqueza y complejidad; abordar cuestiones relacionadas con la historia ambiental, situando como centro del análisis las transformaciones del paisaje a causa de la guerra, pero también las consecuencias mentales, económicas y sociales que se derivarían de todo ello; entender lo bélico y la violencia que genera dentro de unas cronologías porosas, mostrando preocupación por los periodos de posguerra; abordar la violencia como una dimensión inherente a la guerra en todos sus escenarios y que, además, acaba desbor-

dando su marco consuetudinario; romper con la idea del civil como sujeto pasivo, recuperando su papel como agente activo y con capacidad de maniobra; seguir los cambios en las percepciones a través de la historia de los conceptos, todo ello para ver la evolución en el modo de entender el orden público, la violencia, el servicio de armas o la guerra; dar relieve y visibilidad a la siempre crucial perspectiva de género, sea porque la autora es una historiadora o porque los sujetos objeto de estudio son mujeres, pero también el modo en que la guerra ha contribuido a la construcción y destrucción de modelos hegemónicos de masculinidad y feminidad; no olvidar las perspectivas propias de los estudios poscoloniales; y, finalmente, tener en cuenta la variable cultural, tan vital y necesaria en el contexto de los conflictos armados. Así pues, estamos abiertos a la recepción de artículos, reseñas y propuestas para la coordinación de dossiers que atiendan a una o varias de estas variables desde perspectivas novedosas. Todo esto, que en principio puede sonar a lugar común o a mera retórica, es un firme anhelo en nuestro caso y, por ello, también queremos que sea una realidad. Con esta ilusión trabajamos día a día.

En este sentido, tenemos el orgullo de decir que **RUHM** es la primera revista académica especializada exclusivamente en historia militar y estudios de la guerra, además de la primera en dicho ámbito que somete sus artículos a un estricto proceso de evaluación por doble ciego, previa revisión y valoración exhaustiva por parte del equipo editorial. El cuidado que ponemos en nuestro trabajo ha sido condición sine qua non para que la **RUHM** se encuentre reconocida por cada vez más índices de impacto, tanto a nivel nacional como internacional. Así pues, nuestra primera meta es que la **RUHM** se mantenga como un referente nacional e internacional en el campo de la historia militar y los estudios de la guerra, al tiempo que se erige como una plataforma capaz de dinamizar debates y promover visiones críticas de lo militar y de la guerra. Creemos que esta es una parte fundamental de nuestra tarea, más aún en un país donde el patrimonio bélico-militar es tan rico y donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia o las instituciones castrenses no han gozado del reconocimiento académico e universitario que tiene en los países de nuestro entorno.

Así pues, dentro del constante -si bien no siempre claro y fluido- diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que la **RUHM** puede y debe convertirse en un puente que una y aúne el interés público que suscita a nivel social todo lo relacionado con la historia de la guerra. De este modo, el carácter gratuito y abierto de la publicación es la mejor muestra de nuestro compromiso ciudadano y de nuestro deseo por hacer partícipe a la sociedad de los últimos avances en materia investigadora desarrollados en un ámbito académico y universitario. Por eso mismo, en 2017 decidimos constituirnos como asociación bajo la marca **Centro de Estudios de la Guerra**, con la vista puesta en potenciar el proyecto, promover nuevas iniciativas paralelas a la **RUHM** y, muy importante, abrirnos a la sociedad. En este sentido, ponemos nuestros humildes recursos y conocimientos a disposición tanto de entidades públicas y privadas como de asociaciones y particulares, ya sea para la dinamización y organización de actividades, la realización y coordinación de exposiciones, la impartición de charlas, conferencias y coloquios o la participación en debates relacionados con el mundo militar y la guerra.

Félix Gil Feito, Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Francisco J. Leira Castiñeira, 2018.

SUMARIO

Dossier

España y Marruecos. Guerra y colonialismo en el norte de África

Coord. Alfonso Iglesias Amorín

Presentación: España y Marruecos. Guerra y colonialismo en los siglos XIX y XX Alfonso Iglesias Amorín	11
The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History Geoffrey Jensen	17
La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim Rocío Velasco de Castro	41
El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual Jesús Marchán Gustems	61
El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923) María Gajate Bajo	82
La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927) Alfonso Iglesias Amorín	104

Estudios

El imperio aqueménida frente a montañeses: soluciones persas a posibles focos de hostilidad Joaquín Velázquez Muñoz	133
El ejército acuartelado en Mallorca e Ibiza durante el siglo XVIII: entre la precariedad y los proyectos propuestos Ana María Coll Coll	160
La Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería en Toledo (1919-1930). Textos y contextos en la configuración de la educación física y el deporte militar en España Xavier Torrebadella Flix	182
La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939) Claudio Hernández Burgos	207

Traducción

- ¿Dónde están los muertos de las batallas medievales? Un estudio preliminar
Anne Curry y Glenn Foard 230

Ensayo bibliográfico

- Algunas novedades bibliográficas sobre la guerra de los Cien Años
Alberto Reche Ontillera 252

Reseñas

- Federico SANTANGELO: *Marius*, London-Nueva York, Bloomsbury, 2016, 124 pp.
ISBN: 978-1-47421-471-1
Carlos Heredia Chimeno 264

- Giusto TRAIANA: *428 después de Cristo. Historia de un año*, Madrid, Akal, 2011, 207
pp., ISBN: 978-84-460-2791-1. Traducción de Manuel J. Parodi Álvarez.
David Hernández Oltra 267

- Brian SANDBERG: *War and Conflict in the Ealy Modern World 1500-1700*,
Cambridge, Polity Press, 2016, 362 pp., ISBN: 978-0-745-64602-2.
Aitor Díaz Paredes 271

- David ARMITAGE: *Las guerras civiles. Una historia en ideas*. Madrid, Alianza
Editorial, 2018, 320 pp. ISBN: 978-84-9181-050-6.
Osvaldo Vartorelli 275

- Miguel Domingo ESCALANTE GALAIN: *Los cuerpos militares de Corrientes*, editado
e ilustrado por el autor, vol. I: 2017, 109 pp., ISBN: 978-987-42-4026-2, y vol. II,
2018, 122 pp., ISBN: 978-987-42-8529-4
Roberto Daniel Nuñez 280

- Alejandro M. RABINOVICH: *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota
de la revolución (1811)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017,
288 pp. ISBN 978-950-07-5986-1
Carlos Marcelo Tuyaret 284

- William CORBY: *Memorias de guerra de un capellán*, Madrid, El Buey Mudo, 2018,
412 pp., ISBN: 978-84-17703-00-4.
Alberto Cañas de Pablos 288

Peter HART: <i>Voices from the Front: An Oral History of the Great War</i> , Oxford, Oxford University Press, 2016, 440 pp., ISBN: 978-0190464936.	
Guillaume de Syon	292
María Inés TATO: <i>La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial</i> , Rosario, Prohistoria ediciones, 2017, 143 pp., ISBN 978-987-3864-64-3	
Agustín Daniel Desiderato	296
Julián VADILLO MUÑOZ: <i>Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa</i> , Guadalajara, Volapük Ediciones, 2017, 332 pp., ISBN 978-84-940852-8-4	
Sergio Gálvez Biesca	300
Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: <i>La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)</i> , Barcelona, Pasado & Presente, 2018, 541 pp., ISBN:978-84-948208-2-3.	
Josep Alcina Albors	307
Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: <i>El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)</i> , Madrid, Alianza Editorial, 2018, 428 pp., ISBN: 978-84-9181-290-6	
Javier Ortiz Lerín	311
Robert CITINO: <i>The Wehrmacht's Last Stand: The German Campaigns of 1944-1945</i> , Lawrence, University Press of Kansas, 2017, 632 pp., ISBN: 978-0700624942.	
Jeff Rutherford	315
Xavier CASALS MESEGUER: <i>La Transición española. El voto ignorado de las armas</i> , Barcelona, Pasado & Presente, 2016, 791 pp., ISBN: 978-84-944272-6-8.	
Roberto López Torrijos	320
Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: <i>Democratización, profesionalización y crisis. Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática (1975-2015)</i> , Madrid, Biblioteca Nueva, 2018, 412 pp., ISBN: 978-84-16938-92-6.	
Alberto Bueno	325
David VAN REYBROUCK: <i>Congo. Una historia épica</i> , Barcelona, Taurus, 2019 [2010], 743 pp., trad. de Catalina Ginard Féron, ISBN: 978-8430619436.	
David Alegre Lorenz	330

Dossier

España y Marruecos. Guerra y colonialismo en el norte de África

Coord.:

Alfonso Iglesias Amorín

Universidad de Santiago de Compostela

España y Marruecos: Guerra y colonialismo en los siglos XIX y XX

Alfonso Iglesias Amorín
Universidade de Santiago de Compostela
alfonsoamorin@yahoo.es

Si actualmente se pregunta a los españoles qué es para ellos Marruecos las respuestas serían diversas, pero es probable que la inmigración fuese el elemento más repetido. La valla de Melilla es el triste símbolo de las diminutas fronteras entre ambos países, de la separación entre dos mundos, dos realidades, que siempre han estado muy cerca geográficamente, pero a las que han separado numerosos elementos, desde el idioma a la religión, pasando por la cultura o el sistema político, entre muchos otros. Pero si nos remontáramos cien años atrás y preguntáramos a los españoles qué era para ellos Marruecos, la respuesta predominante estaría clara: guerra. Y es que durante el primer tercio del siglo XX, un momento decisivo para la construcción de la España que ha llegado hasta nuestros días, la continua guerra en Marruecos fue un elemento absolutamente clave en la evolución del país.

Esta importancia va más allá de las pérdidas humanas y económicas o de los intereses colonialistas del país. España, de entre las potencias que se repartieron África, fue la que tuvo una parte más pequeña en el pastel, y sin embargo no parece aventurado afirmar que fue la más afectada por lo que sucedió en sus territorios africanos. Algo impresionante si nos detenemos de forma superficial en analizar el enorme impacto de África en la Europa Contemporánea. Italia registró uno de los mayores desastres coloniales del continente en Adowa (Etiopía) en 1896, pero los políticos lograron minimizar su impacto en la metrópolis; y en tiempos de Mussolini el definitivo intento de conquista de Etiopía tensó las relaciones entre potencias en Europa, contribuyendo a la II Guerra Mundial, aunque las causas definitivas de ruptura fueron otras. Para los británicos, sus enormes posesiones en África contribuyeron a la prosperidad del Imperio, y sus tensiones con los franceses, que culminaron con una especie de “guerra fría” en Fashoda (Sudán, 1898), pudieron llevar a una guerra europea, pero fueron capaces de reconducir la situación, y pocos años después ambas naciones sellarían una duradera alianza. El pragmatismo británico les permitió superar con cierta tranquilidad incluso el complicado proceso descolonizador posterior a la II Guerra Mundial, lo que no sucedió con el otro gran imperio colonial del continente: el francés. Especialmente por el papel que jugaba Argelia para su metrópoli, Francia se vio afectada por lo que sucedía al sur del Mediterráneo hasta el punto de que condicionó el paso de la Cuarta a la Quinta República Francesa. Un nivel de influencia comparable al portugués, cuyo Estado Novo se ligó al Imperio colonial de forma tan estrecha que su resistencia a la

descolonización acabó por arrastrar al abismo a la propia dictadura y favoreció la Revolución de los Claveles en 1974.

Con todos estos ejemplos no resulta fácil competir y menos cuando la “perla” del colonialismo español era un territorio pequeño y de escasa riqueza en el norte de Marruecos. Pero la cosa cambia si pensamos en cómo la dictadura de Primo derivó del desastre colonial en el Rif y, sobre todo, en hasta qué punto la Guerra Civil y el propio régimen de Franco hundieron sus raíces en la presencia española al sur del estrecho de Gibraltar, una presencia que está en su misma esencia.¹ En ninguno de los otros Estados europeos los que conquistaron las colonias conquistaron también la metrópolis, literalmente. Marruecos se había convertido para el Ejército español de comienzos del siglo pasado en un lugar que dominar. Lejos de la influencia de los políticos, muchos de los oficiales allí destinados se sentían los verdaderos dueños de aquel territorio, e hicieron de la guerra su forma de vida, y ya de paso de ascenso en el escalafón militar. Una parte de esta oficialidad, los conocidos como africanistas, encabezados por el propio Franco, iban a ser el núcleo central del golpe de Estado que terminó con la II República e instauró una dictadura de 40 años. Sin esta experiencia marroquí, sin el Ejército de África, toda esta historia resulta inexplicable, y no es la única.

Por estos y otros motivos, profundizar en el estudio del colonialismo español en Marruecos es una tarea necesaria y de enorme interés para los historiadores. No obstante, dicha tarea ha quedado relegada a un plano bastante secundario en la historiografía española, y buena parte de los acercamientos han estado vinculados a una historia militar tradicional que no iba mucho más allá del análisis de batallas, ejércitos y protagonistas. Este tipo de historia descriptiva, a menudo llevada a cabo por militares y con objetivos poco académicos como justificar el valor y necesidad del propio oficio o recoger las glorias nacionales, es precisamente la que la *Revista Universitaria de Historia Militar* ha tratado de dejar atrás desde su creación. Aunque es cierto que cada vez tiene menor consideración en el mundo académico, hablamos de una tradición que sigue gozando de una notable fuerza y presencia en el mundo editorial y divulgativo.

Durante el Franquismo fue muy difícil encarar los conflictos militares en Marruecos con una cierta objetividad, por razones fácilmente comprensibles. Por ello, y pese a la ingente labor de algunos hombres afines a la Dictadura, como Tomás García Figueras (apologeta del régimen pero cuyo trabajo de recopilación resulta digno de elogio), los mejores trabajos tuvieron que hacerse fuera, de la mano de hispanistas como Stanley Payne o Carolyn P. Boyd. Aunque no se centraron específicamente en el tema marroquí, sí que lo trataron con un rigor que hasta entonces no era habitual.² También en estos años aparecen algunos trabajos específicos sobre las campañas, como

¹ Recientemente he reflexionado más en profundidad sobre esta cuestión en Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “La cultura africanista en el Ejército español”, *Pasado y memoria*, 15 (2016), pp. 99-122.

² Entre los trabajos de cada uno destacan: Stanley G. PAYNE: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1976; y Carolyn P. BOYD: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990 (original de 1979).

los de David S. Woolman o Shannong E. Fleming, muy centrado en lo puramente militar, pero cuyo mérito para la época es muy notable.³

Solo desde los años ochenta comenzó un acercamiento a lo que podríamos denominar como “historia social de la guerra”, con análisis más concienzudos e interdisciplinarios que abordaron otras derivaciones del conflicto marroquí. Uno de los trabajos más influyentes fue el de Andréè Bachoud, *Los españoles ante las Campañas de Marruecos*, obra ya clásica y referente para trabajos posteriores a la hora de analizar la forma en que la sociedad española había reaccionado ante la guerra.⁴ En los noventa se hicieron más frecuentes los trabajos específicos sobre las guerras de Marruecos que superaban claramente la historia militar tradicional, con un definitivo afianzamiento tras el cambio de centuria, que vio aparecer trabajos tan destacados como los de Sebastian Balfour, María Rosa de Madariaga, Pablo La Porte, Juan Pando Despierto o Eloy Martín Corrales,⁵ acercamientos a las campañas militares que fueron mucho más allá de combates y batallas, para profundizar en el impacto social, las repercusiones políticas, las relaciones internacionales y un largo etcétera. Obras como éstas continúan siendo un referente en el camino que seguimos hoy en día, en el que se siguen aportando enfoques y abriendo los temas de investigación.

Entre las nuevas generaciones se ha visto también un creciente interés en la temática, perceptible en la aparición de diversas tesis doctorales, que gracias a los sistemas digitales de consulta pasan rápidamente a engrosar el material disponible para los investigadores. Aunque es evidente que el tema resulta secundario en el mundo académico español, porque son pocas tesis si las comparamos con las de otras temáticas, suponen una esperanzadora mirada hacia el futuro, previendo la aparición de nuevos investigadores y proyectos que continúen avanzando en las líneas de trabajo abiertas. Es cierto que la época no es la mejor, y las dificultades de los jóvenes para afianzarse en el mundo académico son un grave lastre del sistema, pero aun así vemos como en ocasiones la voluntad y las ganas se consiguen sobreponer a la precariedad, y nuevos investigadores se van abriendo camino.

Por otra parte conviene recordar que dentro de dos años se producirá el que debería ser el centenario con más repercusión en relación a las campañas militares en Marruecos: el del desastre de Annual. Son muchas las fechas relevantes que podríamos destacar con respecto a los conflictos marroquíes, pero posiblemente 1921 sea el año de mayor trascendencia, por la magnitud de la catástrofe, por lo que supuso para la evo-

³ David S. WOOLMAN: *Abdel-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikus Tau, 1971; Shannong E. FLEMING: *Primo de Rivera and Abd el Krim: The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*, Madison, Universidad de Wisconsin, 1974.

⁴ Andréè BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa, 1988.

⁵ Para no extendernos demasiado podemos destacar un trabajo de cada autor: Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002; Pablo LA PORTE: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005; Juan PANDO: *Historia secreta de Annual*, Barcelona, Altaya, 2008; Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*, Barcelona, Bellaterra, 2002.

lución política española y por su importancia en la historia y la memoria. Es de esperar que la efeméride favorezca un repunte en las investigaciones y una revisión historiográfica, así como una amplificación de la difusión en el ámbito público. Esto último adquiere especial importancia si pensamos que el desastre de Annual en particular, y la presencia española en Marruecos en general, son unos grandes desconocidos para la mayor parte de los españoles. Naturalmente, no es lo ideal que haya que esperar a un centenario para que de verdad se trabaje sobre un hecho histórico, pero uno de los deberes de los historiadores es llegar más a la sociedad y no encerrarnos en una difusión dirigida solo al mundo académico. Como recientemente demostró la Primera Guerra Mundial, los centenarios suponen una buena oportunidad para amplificar el impacto de los estudios históricos, y sería poco inteligente no aprovechar el empuje que pueden suponer. Por ello, desde aquí también es nuestra intención aportar ideas y líneas de investigación que puedan empujar a otros historiadores a continuar por esa senda.

El papel del desastre de Annual como episodio crucial de la presencia española en Marruecos queda bien demostrado en este dossier, en el que, pese a la heterogeneidad de los artículos, dicho episodio termina teniendo un papel central en todos ellos. No obstante, no quisiéramos caer en la habitual tendencia de la historiografía a centrarse de forma casi exclusiva en los momentos de mayor impacto e impopularidad de las campañas, entre los que además del de Annual destacó el desastre del Barranco del Lobo, en buena medida por coincidir con la Semana Trágica. Además de los breves conflictos del XIX, en el siglo XX el Ejército español en Marruecos estuvo en un estado de guerra casi continuo durante unos 15 años, un periodo largo que resulta imposible de analizar correctamente valiéndose solo de los “años decisivos”. Además, hay que tener en cuenta que la historia militar va mucho más allá de las guerras, por lo que la constante presencia de un Ejército español en el norte de Marruecos, que se extendió de 1909 a 1956, ofrece un periodo mucho más largo y con muchas posibilidades de estudio. Y eso sin contar con Ceuta, Melilla y los peñones, lugares que por su ubicación tuvieron una fuerte presencia militar ininterrumpida durante siglos, por lo que el objeto de estudio tiene una cronología caracterizada por su continuidad y el largo plazo.

Del mismo modo, las posibilidades del estudio de lo militar no se quedan solo en las guerras y el Ejército, y precisamente lo que ha caracterizado a la nueva historia militar es su interdisciplinariedad. Las repercusiones de las guerras en la sociedad, su impacto económico, cómo fueron percibidas por los ciudadanos, las manifestaciones artísticas que de ellas derivaron... son elementos que hacen útiles métodos y técnicas de la historia social, económica, política, del arte, de las mentalidades y un largo etcétera. Con esto en mente, resulta inevitable que la vocación de este dossier sea claramente interdisciplinar, y en sus distintos textos ha tratado de cubrir aspectos muy diferentes que resumen muy bien las nuevas perspectivas y formas de estudiar y analizar la guerra. La génesis del dossier se sitúa en las jornadas “España y Marruecos: Guerra, convivencia y colonialismo (siglos XIX y XX)”, que organizamos junto con Xosé M. Núñez Seixas, y que tuvieron lugar en Santiago de Compostela los días 9 y 10 de mayo de 2018, con presencia de figuras tan destacadas de los estudios históricos sobre Marruecos como Sebastian Balfour o Eloy Martín Corrales. Entre algunos de los

participantes se planteó la idea de convertir las ponencias en artículos y dar continuidad al objetivo de difusión de las jornadas con su publicación conjunta en una revista científica, y la *RUHM*, referente en la consolidación en España de una nueva historia militar, aparecía como una elección idónea.

El dossier arranca con un texto de Geoffrey Jensen (Virginia Military Institute), en el que este hispanista de reconocido prestigio intenta situar el caso español en un contexto europeo. Este ejercicio comparativo no solo resulta notablemente original, sino que establece un marco teórico de referencia rápida para comparar la vertiente militar del colonialismo español con la de otros Estados europeos. Rocío Velasco, de la Universidad de Extremadura, nos ofrece por su parte una perspectiva diferente al tratar dos figuras centrales dentro de las campañas de Marruecos, como son El Raisuni y Abd-el-Krim. Esta perspectiva es la de la historiografía marroquí, absolutamente marginada dentro de los estudios españoles, en buena parte por la barrera idiomática que afecta a la inmensa mayoría de los historiadores españoles. El dominio de la lengua árabe y su trabajo con las fuentes le permite a esta autora aportar al dossier una ruptura con el eurocentrismo, permitiendo una valiosa apertura de miras. Otra vuelta de tuerca al margen de los temas habituales la da Jesús Marchán, de la Universitat Pompeu Fabra, que analiza el débil proceso de colonización de Marruecos en relación a ese momento decisivo que fue el desastre de Annual. Aunque siempre se esté hablando del colonialismo español en Marruecos, éste parece un colonialismo sin colonos, porque la presencia de éstos ha pasado en general muy desapercibida, pero existió y resulta de un gran interés conocer sus características y extensión. María Gajate (Universidad de Salamanca), experta en el análisis de la opinión pública y su compleja relación con la opinión publicada, nos explica en su artículo cómo se transmitió a los españoles la campaña a través de la prensa, en este caso para el periodo ubicado entre los desastres del Barranco del Lobo (1909) y de Annual (1921). Finalmente, yo mismo cierro el dossier con otro texto vinculado a la percepción de la opinión pública, pero en este caso con la imagen como hilo conductor, tratando de analizar cómo desde mediados del siglo XIX fue cambiando el tratamiento visual de los conflictos marroquíes, en un proceso en el que la aparición y éxito de la fotografía fue el elemento principal para definir un cambio en la percepción que modificó la memoria colectiva de los españoles.

Con todos estos trabajos, muy diferentes en su concepción y objetivos, pero que comparten unas inquietudes y un ámbito de estudio que esperamos se pueda revalorizar en los próximos años, hemos intentado conformar un dossier que sea de interés para un público lo más variado posible, y que vuelva a acercar el tema marroquí a una revista donde tiene mucho que aportar. Ya lo había hecho en su tercer número, allá por 2013, con el dossier “Las guerras coloniales de España en la época contemporánea: en el centenario de la instauración del protectorado español” coordinado por Daniel Macías Fernández, cuya revisión recomendamos por la calidad de sus textos y porque se complementa muy bien con este publicado trece números después.

Finalmente, quería agradecer a la gente de la *RUHM*, especialmente a Miguel Alonso Ibarra y a David Alegre Lorenz, su pasión, dedicación y atención al detalle, que sin duda ha ayudado a pulir los textos y a que este dossier sea mucho más redon-

do. Y, como no, a los autores de los artículos su esfuerzo y colaboración, cumpliendo plazos y respondiendo siempre ante peticiones y más peticiones; ha sido un placer trabajar con ellos y ellos son los verdaderos responsables de que esto haya salido adelante. Gracias a todos.

The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History

Las campañas hispano-marroquíes
en el contexto de la historia colonial europea

Geoffrey Jensen
Virginia Military Institute, Estados Unidos
jensenrg@vmi.edu

Abstract: This essay explores the broader context of the Spanish army's Moroccan campaigns during the first decades of the twentieth century and the relatively peaceful period of occupation thereafter. It does so by comparing the military history of Spain in Morocco with that of other countries. The aspects of colonial military history that this essay examines include the frequently inconclusive nature of the campaigns, the links between “hard” and “soft” military methods of conquest and occupation, and the role of cultural perceptions in shaping military behavior after the major combat operations have ended. It argues that the Spanish military leaders initially shared with their European counterparts a tendency to think in conventional terms, elevate tactics to the level of strategy in response to the elusiveness of decisive outcomes, and to neglect the political components of modern war, especially in its colonial manifestations. The essay also makes an argument for studying military conquest and post-conflict occupation and administration as part of the same historical process, and it explores the changing relationship between kinetic and non-violent methods employed by the armed forces throughout this process.

Keywords: Spain, Morocco, Imperial Warfare, Colonial Warfare, Rif War, Civil Affairs, Military History, Counterinsurgency

Resumen: Este artículo explora el contexto general de las campañas marroquíes del ejército español durante las primeras décadas del siglo XX y el período relativamente pacífico de ocupación posterior. Lo hace comparando la historia militar de España en Marruecos con la de otros países. Los aspectos de la historia militar colonial que examina el texto incluyen la naturaleza muchas veces inconclusa de las campañas, los vínculos entre los métodos militares "duros" y "blandos" de conquista y ocupación, y el papel de las percepciones culturales a la hora de modelar las conductas militares cuando el grueso de las operaciones llegó a su fin. Se argumenta que los líderes militares españoles inicialmente compartieron con sus homólogos europeos una tendencia a pensar en términos convencionales, elevar las tácticas a nivel de estrategia en respuesta a la ausencia de victorias decisivas, y descuidar los componentes políticos de la guerra moderna, especialmente en sus manifestaciones coloniales. El ensayo también presenta un argumento para estudiar la conquista militar y la ocupación y administración después del conflicto como parte del mismo proceso histórico, al tiempo que explora la cambiante relación entre los métodos cinéticos y no violentos empleados por las fuerzas armadas a lo largo de este proceso.

Palabras clave: España, Marruecos, guerra imperialista, guerra colonial, Guerra del Rif, asuntos civiles, historia militar, contrainsurgencia

Para citar este artículo: Geoffrey JENSEN: "The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 17-40.

Recibido 04/03/2019

Aceptado 18/06/2019

The Spanish-Moroccan Military Campaigns in the Context of European Colonial History*

Geoffrey Jensen

Virginia Military Institute, Estados Unidos

jensenrg@vmi.edu

Although long overshadowed by the imperial campaigns of other European powers, the Spanish military presence in twentieth-century North Africa has attracted some noteworthy scholarly attention, especially over the last few decades.¹ Admittedly, many accounts still focus on traditional operational history, and they often reveal the lingering influence of colonialist perspectives. Others, however, go well beyond “guns-and-trumpets” military history to analyze the wars in their political, social, and cultural contexts, while eschewing the blatant orientalism of the past.²

* Many thanks to Jochen Arndt, Irene González González, Alberto Guerrero, Sasha Pack, and the anonymous outside readers for their comments and suggestions on earlier versions of this article. I am also grateful to Alfonso Iglesias Amorín and the editors of *RUMH* for inviting me to participate in this special issue. This article was supported by the Spanish government-funded research project “Hacia un estudio comparativo del colonialismo español en África y de sus efectos en las poblaciones colonizadas de Guinea Ecuatorial y del Rif,” directed by Paz Moreno Feliu, UNED (HAR2016-79164-P).

¹ Thorough, albeit somewhat dated, surveys of research on Spain in Morocco are María Rosa de MADARIAGA: “Los estudios sobre el Protectorado español en Perspectiva”, in Bernabé LÓPEZ GARCÍA and Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la Independencia de Marruecos*, Sevilla, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2007, pp. 21-44, and Vicente MOGA ROMERO: *La cuestión marroquí en la escritura africanista: una aproximación a la contribución bibliográfica y editorial española al conocimiento del norte de Marruecos (1859-2006)*, Barcelona: Bellaterra, 2006. See also Alicia CAMPOS SERRANO, Irene GONZÁLEZ and Francesco CORREALE: “Spanish Colonial Rule,” *Oxford Bibliographies*, 28 Aug 2018, and Rocío VELASCO DE CASTRO: “Presentación: Las relaciones hispano-marroquíes: tendencias e investigaciones”, *NORBA. Revista de Historia*, vol. 29-30 (2016-2017), pp. 11-15.

Many thanks to Jochen Arndt, Irene González González, Alberto Guerrero, Sasha Pack, and the anonymous outside readers for their comments and suggestions on earlier versions of this article. I am also grateful to Alfonso Iglesias Amorín and the editors of *RUMH* for inviting me to participate in this special issue. This article supported by the Spanish government-funded research project “Hacia un estudio comparativo del colonialismo español en África y de sus efectos en las poblaciones colonizadas de Guinea Ecuatorial y del Rif,” directed by Paz Moreno Feliu, UNED (HAR2016-79164-P)

² On the traditionalist focus of much military historiography of Spain in Morocco, Manuela MARÍN: *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1956)*, Barcelona, Bellaterra, 2015, p. 13. In fact, for decades some of the leading books covering the Spanish military campaigns in the Maghreb have in fact gone well beyond the confines of traditional operational military history. For example, David S. WOOLMAN: *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion*, Stanford, Stanford University Press, 1968; C.R. PENNELL: *A Government with a Country and a Flag. The Rif War in Morocco 1921-1926*, Wisbech MENAS, 1986 (rev.

Yet despite the many merits of the new scholarship, it has largely ignored the place of Spain's military experiences in Morocco in the wider history of modern European imperial warfare and military occupation. General histories of colonial armies and warfare during this period sometimes incorporate examples from the Spanish zone of the Moroccan protectorate, but most historians whose work focuses on these wars do not return the favor and analyze the conflict in the context of colonial warfare in general.³ The same can be said about most scholarship on the Spanish military's role in Morocco after the suppression of significant organized armed resistance in 1927. Historians have acknowledged the French influence on the Spanish officers who policed, administered, gathered intelligence, and set policies in Morocco, but we still lack thorough and systematic comparative studies of the Spanish and French forms of occupation in North Africa.⁴ This historiographical void mirrors the insufficient understanding by political and military leaders throughout history of the importance and complexities of military occupation in general.⁵

Spanish edition: *La guerra del Rif. Abdelkrim el-Jattabi y su estado rifeño*, Melilla, UNED-Centro Asociado de Melilla, 2011); Shannon E. FLEMING: *Primo de Rivera and Abd-el-Krim: The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*, New York, Garland, 1991; María Rosa de MADARIAGA: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla and UNED-Centro Asociado de Melilla, 1999; and Sebastian BALFOUR: *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

³ For example, V. G. KIEMAN: *Colonial Empires and Armies, 1815-1960*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1998, pp. 203-205, and Dierk WALTER: *Colonial Violence: European Empires and the Use of Force*, trans. Peter LEWIS, London, Hurst, 2017. The frequent comparisons in Balfour, *Deadly Embrace*, with the French military in the Maghreb and Shannon Fleming's suggestion that historians of the Rif War view the conflict as a "frontier war" are exceptions to the general tendency to eschew transnational comparisons. Sebastian BALFOUR: *Deadly Embrace*, and Shannon E. FLEMING: "The Rif War as a Frontier Conflict", in Brian D. BUNK, Sasha D. PACK, and Carl-Gustaf PACK (eds.), *Nation and Conflict in Modern Spain. Essays in Honor of Stanley G. Payne*, Madison, Parallel Press, 2008, pp. 123-136, <http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/History.NatCon> (accessed 24 February 2019). For a brief analysis of the Moroccan campaigns in the context of other Spanish imperial military actions, see Stephen JACOBSON: "Imperial Ambitions in an Age of Decline: Micromilitarism and the Eclipse of the Spanish Empire, 1858-1923", in Alfred W. MCCOY, Josep M. FRADERA, and Stephen JACOBSON (eds.), *Endless Empire: Spain's Retreat, Europe's Eclipse, America's Decline*, Madison, University of Wisconsin Press, 2012, pp. 74-91, 87-91.

"Spanish Morocco" was technically not a colony but instead consisted of a "zone of Spanish influence" in France's Moroccan protectorate. But Spanish *colonos* nonetheless settled there, and the theoretical distinction between a protectorate and a colony (which also applied to the French in Morocco) does not preclude interpreting the Spanish military experience in Africa in the context of European colonial wars in Africa.

⁴ Although military history is not its primary focus, Sasha D. Pack gives a brief summary comparison of the two zones after 1927. Sasha D. PACK: *The Deepest Border: The Strait of Gibraltar and the Making of the Modern Hispano-African Borderland*, Stanford, Stanford University Press, 2019, pp. 179-180. Balfour, *Deadly Embrace*, makes scattered references and some valuable comparisons to the French case and its possible influence on the Spaniards, but the book's aim is not a thorough or systematic comparison.

⁵ In 2003, for example, US Secretary of Defense Donald Rumsfeld responded incredulously to a general's suggestion that the occupation of Iraq might require as many troops as defeating the country's armed forces in war. In Rumsfeld's view, it was "not logical" that post-combat occupation would require more troops

In fact, warfighting and occupation are often components of the same process sharing the same long-term goal, and flawed military occupations can nullify the grand strategic benefits that the wars that preceded them were supposed to bring about.⁶ Moreover, studying wars and occupations together makes sense from the standpoint of the historical protagonists themselves; in the Spanish zone of the Moroccan protectorate, for example, many of the same people who waged war against Moroccans also had a hand in carrying out the more peaceful aspects of the Spanish imperial project. Nonetheless, the cultural-political and the more traditional, kinetic aspects of the military endeavors are rarely analyzed together.

With the aim of filling some of the scholarly lacuna, this essay explores ways of contextualizing Spain's Moroccan campaigns beginning in 1909 and the army's role in the relatively peaceful period of occupation after the end of significant armed resistance in 1927. It does so by comparing aspects of the military history of Spain in Morocco with the colonial military history of other countries. It is not feasible here to consider all the comparative possibilities, and this article limits itself primarily to secondary sources. Nonetheless, even this admittedly tentative and incomplete analysis can help to identify themes in the Spanish military history of North Africa that lend themselves to profitable comparison with other imperial wars and occupations, thereby shedding light on Spain's place in modern European military and imperial history and pointing out possible avenues for future scholarship. Typically, studies of military actions and behavior treat war and post-war occupation separately or skim over one or the other. This essay, however, treats them as part of the same historical process. For the Spaniards in North Africa, any barrier between combat and "peaceful" military actions was largely artificial; viewing them together in the broader context of European colonial military history thus helps us to understand both the war and the occupation. The characteristics of colonial military history that this essay examines include the frequently inconclusive character of colonial wars, the relationship between "hard" and "soft" military methods of conquest and occupation, and the role of cultural perceptions in shaping military behavior after the major combat operations have ended. The article limits itself to the colonialist perspective; a full comparative

than those needed to win the combat phase of the conflict. David M. EDELSTEIN, *Occupational Hazards: Success and Failure in Military Occupations*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2008, p. 164.

⁶ On the importance of military occupations in interpreting the long-term success or failure of wars, see *ibidem*. Admittedly, most studies of military occupation by political scientists define it in such a way as to exclude colonial situations. Edelstein, for example, argues that the «critical distinction between occupation and colonialism» lies in how the occupying powers define their goals, especially the intended length of the occupation. *Ibidem*, 3-4. Nonetheless, the military perceptions, problems, aims, and means of colonial armies in conquered territories do not have to differ significantly from those of more narrowly defined occupation forces, as the period immediately following the Rif War illustrates. For a wide-ranging survey of examples of military occupation in history that encompasses colonial and non-colonial situations, see Eric CARLTON: *Occupation: The Policies and Practices of Military Conquerors*, New York, Routledge, 1992.

history would also entail consideration of those who took arms against the European armies.

Patterns of Colonial Warfare

Dierk Walter offers a framework of European colonial warfare that can serve as a useful starting point for analyzing the Spanish-Moroccan campaigns from a comparative perspective. Walter maintains that the fundamental patterns of colonial warfare have remained basically the same for centuries, going as far as to suggest that these patterns persist even in today's (nominally) postcolonial world. According to Walter, as a rule peripheral wars—a designation including colonial wars and more recent neo-colonial military interventions—have been “temporally, spatially, and structurally open-ended, primarily political conflicts.”⁷ As we will see, in most ways Walter's assertion applies to the Spanish campaigns in Morocco.

Temporally, the Spanish army's efforts to suppress armed resistance were indeed open-ended, at least until the 1920s. From 1909 until then, the Spanish army repeatedly undertook military operations that in themselves had scant hope of bringing a definitive end to violent opposition to Spain's presence, even if they did provide temporary solutions to local Spanish security dilemmas. As was common in European militaries then, Spanish commanders had been taught to seek out the kind of decisive defeats on the battlefields that European military culture of the day expected, but this proved especially difficult in North Africa.⁸ Spanish writings may have portrayed Spanish military campaigns in monumental terms, but in fact they had scant grand strategic significance. The inconclusiveness of the Spanish army's actions was in no small part an outgrowth of the nature of the Spanish-Moroccan conflict as a whole, which consisted of a combination of retaliatory strikes, battles, and individual campaigns of limited aims. Some military commanders may have worked toward the general goal of gradually extending territorial control through use of the “oil spot” method associated with Hubert Lyautey—whom Spaniards explicitly praised—and with

⁷ Dierk WALTER: op. cit., pp. 265-266. On his conception of “war on the periphery” see *ibidem*, chapter 1. This article makes use of only a small portion of Walter's analytical framework.

⁸ On the problematic nature of the decisive battle in colonial warfare, see Hugh STRACHAN: “A General Typology of Transcultural Wars – the Modern Ages”, in Hans-Henning KORTÜM (ed.), *Transcultural Wars from the Middle Ages to the 21st Century*, Berlin, Walter de Gruyter, 2006, pp. 85-103: 93, and Dierk WALTER: op. cit., pp. 30-31, 207-208. On the evolution of decisive battles in history and historiography, see Yuval Noah HARARI: “The Concept of ‘Decisive Battles’ in World History”, *Journal of World History*, 18:3 (2007), pp. 251-266.

more recent counterinsurgency campaigns.⁹ But until well into the Rif War there was no clear consensus between or within the centers of Spanish civil and military power on the overall goal of the Spanish military actions or how to achieve it—in other words, the strategy to adopt. For Spanish business interests the primary aim was sufficient security and a political situation congenial to the profitable extraction of natural resources; for leading military *africanistas*—many of whom derided such capitalist motives—it was a matter of national and imperial pride, professional advancement, and a chauvinistic desire to keep the French from infringing on “Spanish” territory; and for the government in Madrid it was the need to satisfy all these goals but also to maintain international treaty obligations, with the emphasis fluctuating as the political constellation in Madrid frequently changed and leading ministers changed their minds on strategy.¹⁰

The socio-political makeup of the Spanish zone also hindered the Spaniards’ attempts to achieve definitive military victories. Decentralized and lacking strong, powerful leaders, the zone did not offer the kind of strategic targets upon which the military could focus its efforts. Thus, with the exception of the Sharif Muley Ahmed el Raisuni in the western zone, there was no equivalent to the “great Quids” of the French zone who could serve as a primary focus for the Spanish military and political efforts.¹¹

In 1909, for example, the Spanish military operation near Melilla was a response to the killing of six Spanish railway workers, an act of local resistance that grew out of the elimination of the regional warlord and pretender to the throne of Morocco, Bou Hmara, also referred to as El Rogui (the pretender), who had alienated some of the locals by selling mining concessions to Spaniards.¹² In other words, a power vacuum set the stage for the attack on Spanish interests that sparked the military campaign. But Spain was unable to identify a political-military *Schwerpunkt*, or center of gravity, of the kind that European armies typically sought in hopes of winning a decisive victory, and the Moroccans astutely avoided providing such a target. Without that kind of vital point against which to concentrate their forces, the Spanish op-

⁹ Pedro MAESTRE: *Divulgación y orientación del problema de Marruecos. Intervención civil, intervención militar*, Granada, La Publicidad, 1924, pp. 53-54; Sebastian BALFOUR: op. cit., p. 54,

¹⁰ María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 51-52; Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 28-30, 43-44.

¹¹ María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo...*, p. 97.

¹² On the mining concessions and Bu Hmara, see Ross E. DUNN: "Bu Himara's European Connection: The Commercial Relations of a Moroccan Warlord", *Journal of African History*, Vol. 21, No. 2 (1980), pp. 235-253, and *ibid.*, "The Bu Himara Rebellion in Northeast Morocco: Phase I", *Middle Eastern Studies*, 17: 1 (1981), pp. 31-48. For a clear and concise operational history of the 1909 campaign and its antecedents from the Spanish perspective, see Roberto MUÑOZ BOLAÑOS: "La Campaña de 1909", in Antonio CARRASCO (ed.), *Las campañas de Marruecos (1909-1927)*, Madrid, Almena, 2001, pp. 9-72.

erations of 1909 added up to little more than a localized attempt to put down an independently-fueled insubordination and slightly extend the area under Spain's control. As the General Staff's study of the campaign conceded, the lack of "a regular and well-defined enemy" not only made it difficult to distinguish between enemy and friendly forces, but it also "diminished the consequences of battlefield victories."¹³ The Spanish operations may have deterred Moroccan resistance for a time, offering some assurance of the continued exploitation of natural resources from the area, and they served political purposes in the metropole by demonstrating an energetic response to the well-publicized tragedy of the ambush at Wolf Ravine (*Barranco del Lobo*). But the army's actions alone could hardly have achieved control of the Spanish zone as a whole, as subsequent events would soon demonstrate. Similarly, the Kert River (1911-1912), Jebala (1913-1920), and Melilla (1912-1919) campaigns remained mostly tactical affairs, the components of which were often reactions to separate instances of Moroccan resistance or French pressure that did not add up to a well thought-out and coordinated strategy.¹⁴ Eventually, the addition of "political" methods to the military endeavors in the Jebala and Melilla campaigns—consisting of the common colonial military practice of making payments in return for loyalty—betrayed the uncomfortable truth that force alone would not suffice, even if many military and political leaders still failed to digest the implications of this fact fully.

Until the mid-1920s, the Spanish-Moroccan campaigns thus remained, to use Walter's language, "open-ended"—a feature of colonial warfare in general. Indeed, in his classic turn-of-the-century manual of colonial warfare, *Small Wars: Their Principles and Practice*, British army officer Charles Callwell had noted that "such campaigns are most difficult to bring to a satisfactory conclusion."¹⁵ In many peripheral wars, moreover, the unfulfilled hope for a decisive military action that would eliminate all armed resistance contributed to the sense of frustration that fueled a tendency toward extreme methods, as happened in the colonial campaigns of other European forces. In nineteenth-century South Africa, for example, British frustrations in deal-

¹³ «La falta de un enemigo regular y definido, pues la lucha es contra las cabilas del territorio en que se combate y aun contra otras que se agregan á ellas, dificulta la determinación de qué habitantes son hostiles y cuáles pacíficos, y merma el resultado á los combates victoriosos, que será preciso hacer más efectivo que en las personas, en sus intereses, á los cuales aman tanto como á su fe.» Estado Mayor Central del Ejército: *Enseñanzas de la Campaña del Rif en 1909*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1911, p. 11.

¹⁴ On Spanish military tactics in the Moroccan campaigns, José Vicente HERRERO PÉREZ: *The Spanish Military and Warfare from 1899 to the Civil War*, Cham, Switzerland, Palgrave MacMillan, 2017, chapter 3; Alberto GUERRERO MARTÍN: "Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos", *Guerra colonial*, 3 (2018) <http://www.guerracoloniales.es/medias/files/3.3.-los-procedimientos-tacticos-en-las-campanas-de-marruecos-3.pdf> (accessed 25 February 2019); and Andrés CASINELLO PÉREZ: "El ejército español en Marruecos. Organización, mandos, tropas y técnica militar", in Manuel ARAGÓN REYES (ed.), *El protectorado español en Marruecos. La historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, 2013, pp. 271-279.

¹⁵ C. E. CALLWELL: *Small Wars. Their Principles and Practice*, London, General Staff – War Office, 1906, quoted in Ian BECKETT: "Introduction", in *Modern Counterinsurgency*, Aldershot, Ashgate, 2007, xii.

ing with guerrilla warfare in South Africa had fueled the employment of “total war” measures against the Xhosa, and this tendency of course had its antecedents in Napoleonic Spain and elsewhere as well.¹⁶

The Spanish experience in the Moroccan protectorate shared other common patterns of European colonial wars. In theory, the Spanish army was not at war with Morocco but solely with those rebellious Moroccans who resisted the authority of the Sultan, whose domains Spain and France were “protecting.”¹⁷ To regard the Moroccan “insurgents” otherwise would have accorded them a legitimacy that contradicted the recognition of the Makhzan’s unitary sovereignty, and it would have affected Spain’s own claim to authority and legitimacy in the zone. From a solely military perspective, this situation resembled that of other imperial European powers during the twentieth century. In such cases the colonial army often did not fight a centralized state with a “national” army, capital city, or other easily discernible strategic focus point (at least to European eyes). Thus the Europeans often either failed to think beyond tactical actions, such as the limited Spanish campaigns of 1909 and thereafter, or they elaborated strategies based on the more “total” methods of economic and other unrestrained forms of warfare, as exemplified by the Germans in southwest Africa.¹⁸

Even interpreting the results of battlefield actions can be difficult in peripheral wars. Before the defeat of ‘Abd al-Karim al-Khattabi (best known in the West as Abd el-Krim), the Spaniards did not always agree whether certain military actions served strategic goals, in no small part because the relationship between the military, political, and territorial aims remained unclear, making it difficult if not impossible to define a national strategy in the first place.¹⁹ Like in many other imperial wars, within the military sphere the relationships between tactical, operational, and military-strategic goals were also muddled. In concert with what often occurred in colonial campaigns, for the Spaniards in Morocco battlefield victories scattered over time and space were more likely to stem from reactions to new security threats or imperial ri-

¹⁶ Dierck WALTER: op. cit., pp. 82-85, 266; Jochen ARNDT: “Traacherous Savages and Merciless Barbarians: Knowledge, Discourse, and Violence during the Cape Frontier Wars, 1834 -1853”, *Journal of Military History* 74:3 (2010); Wayne LEE: *Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare 1500-1865*, New York, Oxford University Press, 2011; and Isabel V. HULL: *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 2004. For another view of German warfare in Africa, see Susanne KUSS: *German Colonial Wars and the Context of Colonial Violence*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 2017.

¹⁷ Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ: “Las campañas de Marruecos (1909-1927)”, *Revista Universitaria de Historia Militar* 3: 2 (2013), pp. 58-71: 59-60; María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo...*, p. 103; Juan PANIAGUA LÓPEZ: “La red de servicios secretos españoles durante la guerra del Rif (1921-1927): los Servicios Especiales Reservados dirigidos por Ricardo Ruíz Orsatti”, *Historia contemporánea*, 57 (2018), pp. 491-521, 493.

¹⁸ Susanne KUSS: op. cit.

¹⁹ On the ambiguities of Spanish aims in Morocco, Sasha D. PACK: op. cit., pp. 8-9.

valry than from a comprehensive strategy, which was largely lacking in the first place. In the terminology of today's counterinsurgency theorists, the Moroccan insurgents were locally-based actors with limited territorial goals and little or no connection to a country-wide centralized organization or outside central state. On the other side, the Spanish army's tactical actions did not come together sufficiently well at the operational level of war to bring strategic victory. Even when some military leaders such as General Dámaso Berenguer finally devised well thought-out plans on paper, realities on the ground hindered their development into successful strategies.²⁰

Furthermore, the disconnect between Spain's military opponents in North Africa and the Moroccan state cast doubt on the effective scope of any possible armistice or peace treaty. (Abd el-Krim's self-proclaimed Rif Republic was a telling exception, as we will see.) In the meantime, and as the Spanish military and political leadership would eventually learn, victory required the integration of tactical aims into broader operational and strategic planning. The limited nature of what Callwell categorized as "Campaigns to wipe out an insult or avenge a wrong" did not suffice.²¹ Coinciding with the decline of the decisive battle in regular continental warfare, in colonial wars—whether in Spanish Morocco or elsewhere in Africa—a single engagement rarely served to resolve a metropole's military-imperial predicament. For this reason, assessing the success of military actions was also problematic, especially without conscious and systematic analysis of the relationship between tactical, operational, and strategic aims.

Paradoxically, it was Abd el-Krim's ability to unite various peoples of Northern Morocco during and in the wake of his massive rout of Spanish forces that began near Annual (Anwāl)—the largest defeat of a European colonial army in twentieth-century Africa—that helped make it possible for the Spaniards to establish military control of the zone.²² Not only did the unprecedented alliance of many normally divided Moroccan factions under Abd el-Krim impel the Spaniards to transform their "Army of Africa" into such a large and effective fighting force, but the unification of the many factions under Abd el-Krim greatly magnified the consequences of the Rifians' setbacks when they began to occur, fueling a remarkably singular disintegration of military power. By bringing together groups that had previously fought separately and for their own interests, he dramatically demonstrated the potential of strength through unity. But once the Rifians were fighting together and—perhaps more importantly—linked at least somewhat politically, a military defeat at the hands of the

²⁰ Sebastian BALFOUR: op. cit., p. 54.

²¹ C. E. CALLWELL: op. cit., pp. 26-27.

²² Recent military histories of the Annual "disaster" include Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016; and Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar*, Annual, PhD. thesis, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

Europeans would have far greater consequences. Thus when the Spanish army began to win against Abd el Krim's forces, the same kind of snowball effect that had facilitated the overwhelming defeat of the Spaniards at Annual in 1921 now worked in reverse: large numbers of his erstwhile allies submitted to the Spaniards and changed sides in relatively rapid succession, thereby setting the stage for the final definitive establishment of Spanish military control of the entire zone. Political centralization had significant military consequences. The uncharacteristically high degree of centralization of Abd el Krim's military movement, which saw the Spaniards lose control of virtually their entire zone except the major cities, ironically made it possible for the Spanish Army of Africa to deviate from Walter's norm and solve the Moroccan "problem" decisively.²³

It is worth remembering, however, that the finality of the last battle of the Rif War was relatively rare. Until then, the Spanish military actions not only tended to be open-ended, but they shared other characteristics with much European colonial warfare. Because of what Walter calls the "internal logic" of imperialism, for example, the military budgets of France and Britain naturally favored metropolitan armies over their colonial counterparts. Admittedly, Spain differed from richer European countries in that its metropolitan military force did not suck up resources in preparation for a possible large-scale, regular war against another great European continental power. But even without the danger of entering into a major European conflict, Spain's metropolitan forces received most of the country's military budget, and the Spanish Army of Africa was, like many other colonial forces, underfunded and badly equipped.²⁴ The Spanish forces also joined other colonial armies in facing formidable logistical challenges when operating in Africa.²⁵

The scant resources were not just material but human too, and Spain, like France, Britain, and Portugal, had to rely on indigenous manpower in order to conquer its enemies and maintain control. This use of "native" troops was of course a fundamental characteristic of colonial warfare in Africa, and in the twentieth century the Spaniards used them from the 1909 campaign onwards. Another reason for the primarily political and open-ended nature of imperial armed conflict was the irregular style of warfare that indigenous forces tended to favor, the extensive space that was often at their disposal, and the corresponding rarity of traditional, set-piece battles in colonial campaigns. And as we have seen, the dispersed social and political organiza-

²³ On the final battle of the Rif War, see Julián PANIAGUA LÓPEZ: "La última batalla de la Guerra del Rif," *Guerra colonial*, 3 (2018), <http://www.guerracolonial.es/medias/files/3.4.-la-ultima-batalla-del-rif-3.pdf> (accessed 25 February 2019).

²⁴ Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 53, 55.

²⁵ Susanne KUSS: op. cit.

tion—often described as “tribal”— of Spanish Morocco and other colonial lands made it more difficult to bring wars to a conclusive resolution.

Atracción política, acción política, and penetración política

The failure of European armies to recognize what Walter calls the “primarily political” nature of colonial warfare also contributed to the elusiveness of decisive military actions. Twentieth-century revolutionary guerrilla warfare, or “insurgency,” would grow out of what Ian Beckett describes as the “fusion of traditional guerrilla tactics with political and, especially, ideological objectives.”²⁶ In reaction, twentieth-century colonial armies learned to develop and employ the methods of what we now call counterinsurgency, with clear political and “hearts-and-minds” or “psychological” components.²⁷ In this way as well, the Spanish case fit the European colonial military model.

During the early campaigns in Morocco, many Spanish military and political leaders failed to grasp that the solution to the Moroccan problem would have to be political as well as military. Although the official study of the 1909 campaign had stressed the necessity of following up military victory with occupation and “uniting political and commercial action with that of arms,” influential officers would continue to favor an almost-exclusive emphasis on the use of military force.²⁸ In the meantime, the political sophistication and ideological ingredients of the anti-Spanish struggles continued to grow, reaching their peak under Abd el-Krim. Only then did leading Spanish military officers fully grasp that politics—broadly defined to include cultural, social, economic, and ideological factors—would have to play a significant role in winning the Rif War and, above all, maintaining control thereafter. Until then, and for many officers even thereafter, the importance of political factors paled in comparison to the use of traditional military force.

At the time, in Spanish military writings the term “political” referred to non-kinetic steps that aided in gaining control of Morocco; indeed, the methods of “politi-

²⁶ Ian BECKETT: op. cit., p. xiii.

²⁷ “Hearts and minds,” widely associated with Cold War British counterinsurgency, did not in fact exclude the use of force, in spite of the widespread perception to the contrary. Here we use it, like the French military concept of “*action psychologique*” to refer to methods aimed at winning over people emotionally and intellectually, rather by force or not. For a critical history of the term and concept of “hearts and minds,” see Paul DIXON: “‘Hearts and Minds’? British Counter-Insurgency from Malaya to Iraq”, *Journal of Strategic Studies*, 32:3 (2009), pp. 353-381.

²⁸ Estado Mayor Central: *Enseñanzas...*, p. 14.

cal action” were often described in explicit contrast to those of “military action.”²⁹ Of course, the use of the word “political” to denote all non-violent methods did not in itself create or explain Spanish military views or doctrines, the latter of which were based above all on a combination of military culture, concrete experiences, practical concerns, and foreign influence—especially that of the French. But the pejorative use of the words “politics” and “political” does shed light on the mindsets of those Spanish officers, including future dictator Francisco Franco, whose interest in the political and cultural elements of conquest and military occupation would always remain superficial.³⁰

In particular, the use of the adjective “political” to describe the controversial policy of paying subsidies to local Moroccan leaders and elites in order to retain their support, a practice that the Spaniards dubbed “*atracción política*” (“political attraction”), offers a linguistic clue about Spanish military sentiments toward the non-violent methods subsequently associated with “civil affairs” and counterinsurgency in its softer forms. The buying-off of potential enemies had a long history in the protectorate—even Abd el-Krim’s father had benefited from such payments—and it was hardly uncommon among European armies.³¹ But the perception that paying for docility and loyalty constitutes a dishonorable “political” act corresponded to the negative views many Spanish officers held then toward politics in general. In the eyes of a growing number of influential military figures, parliamentary politics threatened the very essence of the *patria* they had sworn to defend.³² In Morocco, these officers criticized their colleagues and politicians back in Madrid—who had conveniently served as scapegoats for military mishaps since at least the Cuban war—for promoting the practice of *atracción política*, which they regarded as a dishonorable and ultimately self-defeating.³³

Of course, neither a disdain for civilian politics nor the creation of a *Dolchstosslegende* blaming civilian politicians for military losses was unique to Spain. Moroccan resistance to the Spanish presence was not a purely military problem, and the solution would thus need political as well as military components. But this realization did not

²⁹ For example, Pedro MAESTRE: *Divulgación...*

³⁰ See, for example, Franco’s article in the *Revista de Tropas Coloniales* in April 1924, quoted in María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo...*, pp. 338-339

³¹ María Rosa de MADARIAGA: *Abd-el-Krim El Jatabi: La Lucha por la Independencia*, Madrid, Alianza, 2009 y *En el Barranco del Lobo...*, pp. 107-113. On what the US military calls “civil affairs,” see Raymond MILLEN: “*Bury the Dead, Feed the Living*”: *The History of Civil Affairs/Military Government in the Mediterranean and European Theaters of Operation During world War II*, Carlisle (PA), Peacekeeping and Stability Operations Institute, 2019.

³² For a bitter satire of Spanish parliamentary politics by a future Spanish High Commissioner in Africa, see Capitan X [pseudonym for Ricardo Burguete]: *Así hablaba Zorrabastro. Un libro para nadie y para todos*, Valencia, F. Sempere, [no year].

³³ Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 59-60.

come naturally to many army officers. It is perhaps not a coincidence, moreover, that some of the same officers who gave less credence to the cultural, economic, and political components of conquest and pacification were also particularly vocal in their dissatisfaction with civilian politicians back in Spain. Francisco Franco and José Millán-Astray, for example, strongly criticized their more enlightened military colleagues who diverged from the force-based military approach they advocated in Morocco, and they publicly opposed civil authorities whom they deemed insufficiently committed to a robust program of military action in the protectorate.³⁴ Admittedly, there were also influential, perceptive, and relatively enlightened Spanish officers, such as Tomás García Figueras, Osvaldo Capaz, José Villalba Riquelme, and Alberto Castro Girona, who understood that more than brute force was necessary, and they attained considerable respect and influence in the armed forces.³⁵ Indeed, there had long been a small but vocal segment of the officer corps that sought to bring attention to the strategic benefits of political and cultural endeavors in the protectorate. Officers such as García Figueras and Riquelme, for instance, vociferously advocated a more culturally-based approach to military expansion in North Africa, and the army set up schools and other programs and institutions aimed at Moroccan civilians. Indeed, when Spanish business interests attempted in 1911 to set up their own schools for Moroccans in the protectorate, Spain's military authorities reacted vigorously against such threatened encroachment into their educational domain.³⁶ The army even set up schools for Moroccan children in areas only partially controlled by Spain, categorizing them as "advanced schools." The ideas of these more culturally-oriented officers also figured heavily in the thinking in the development in the system of *interventores*, whom we discuss below.³⁷

At the beginning of the twentieth century, however, leading Spanish military figures mostly viewed resistance in Morocco, which often took the form of guerrilla warfare, as a military problem, and the growing anti-liberal segment of the officer corps after 1898 came out of the culture that these leading Spanish officers helped shape. The failure of more officers to give credence to non-kinetic methods was of course a common feature of military cultures everywhere, reflecting the core institutional purpose of armies. During the first half of the twentieth century, for example,

³⁴ Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 49, 56.

³⁵ *Ibidem*; María Rosa de MADARIAGA: *Abd-el-Krim...*, pp. 141, 152-153, 168-172; Sebastian BALFOUR: *op. cit.*; Vincent SHEEAN: *An American Among the Riffi*, New York, Century, 1926, p. 240; C. R. PENNELL: "The responsibility for Anual", *European Studies Review*, XII (1982).

³⁶ Victor RUIZ ALBÉNIZ (el Tebib Arrumi): *España en el Rif*, Madrid, 1921, pp. 164-72; Geoffrey JENSEN: "Toward the 'Moral Conquest' of Morocco: Hispano-Arabic Education in Early Twentieth-Century Morocco", *European History Quarterly*, 31:2 (2001), pp. 205-229.

³⁷ Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ: *Spanish Education in Morocco 1912-1956: Cultural Interactions in a Colonial Context*, Brighton, Sussex Academic Press, 2015. On the "advanced schools," see *ibidem*, pp. 53-55.

the German high command tended to disregard the political (and strategic) elements in war, the writings of Clausewitz on this topic notwithstanding.³⁸ Of course, no one in the Spanish military advocated renouncing the use of force all together, and even the more liberal officers understood that violence and the threat thereof would have to play major roles in pacification. But many other officers could conceive of using nothing but traditional military methods to achieve their goals; suggestions to the contrary could trigger scorn from their colleagues.³⁹

There was also a tendency to conceive of military and political-cultural methods as belonging to wholly distinct and separate spheres rather than comprising two sides of the same coin, with unfortunate consequences for Spanish strategy. Even when officers acknowledged the importance of both spheres, they often portrayed them as separated by an impenetrable barrier. A novel from the 1930s by one of Spain's most influential military *africanistas*, Tomás García Figueras, vividly illustrated the dichotomy between the "hard" and "soft" schools of colonial warfare in Spanish military culture. In the opening section of the book, an officer who wants to use generosity, reason and the values of Spanish-Arabic brotherhood to secure peace in the protectorate clashes with a hardened Spanish Legion veteran, who believes that the only way to end the conflict is through the use of brute force, which in his eyes is the only thing the "Moors" are capable of understanding.⁴⁰

This dichotomous outlook precluded the kind of holistic approach to strategy that integrates cultural, social, economic, political and intelligence-related endeavors with traditional, force-based military actions, adjusting the relative emphasis according to the circumstances. Not without reason, Clausewitz's "remarkable trinity" has received renewed attention in Western military thinking since the terrorist attacks of 11 September 2001 and corresponding growth in interest in irregular, asymmetrical, and hybrid warfare. Rather than concentrating solely on the employment of traditional military force or separating politics and war into separate domains, the famous Prussian military philosopher conceived of wars as the interplay of three kinds of forces: violence, which he associated with popular passions; the realm of probability and chance, within which the military commander operates; and the political direction of the government. War, he wrote, was like a pendulum hanging between the three elements of the trinity, with each exerting a pull upon it. Thus military success depended upon more than lines of operations, firepower calculations, the maneuver of troops, and other standard elements of military art and science. If we accept Walter's characterization of colonial war as "primarily political," then Clausewitz's trinity, with its

³⁸ Isabel V. HULL: *op. cit.*

³⁹ Gustau NERÍN: *op. cit.*, pp. 49, 56.

⁴⁰ Tomás GARCÍA FIGUERAS: *Ramadán de paz*, Larache, Editora Marroquí, 1946.

strong consideration of non-military factors, is especially apt, as is his characterization of war as an extension of policy. But the commanders of colonial armies made little if any attempt to incorporate Clausewitz into their military thinking, with the important exception of their shared belief in the importance in war of morale and fighting spirit—what the Prussian theorist called “moral” factors.

It is telling that one of the primary architects of the successful conclusion of the war against Abd el-Krim, General Manuel Goded Llopis, made a point of portraying Spain’s eventual as a multi-phase process involving violent and nonviolent military actions. For him, a combination of firepower, better tactics, operations and strategy, logistics, administration, intelligence, the collecting of weapons, changing cultural perceptions, and the setting up of effective administrative, judicial, and economic structures all played roles in the process, which he significantly framed within a chronology that extended well past the military defeat Abd el Krim’s forces and his capture. In other words, he regarded the political end state an integral part of the overall military project. He did not go as far as to argue that non-violent methods predominated or even equaled traditional military actions in importance, but he acknowledged the former to a much higher degree than most high-level Spanish officers then. Significantly, his long book recounting the “stages of the pacification” of Morocco extended beyond the Rif War to include the methods and tasks of post-conflict occupation as well.⁴¹

Regardless of Goded’s insights, however, the tendency to separate “military” and “political action” persisted in the minds of many army officers even after Annual. Goded’s relatively holistic, military-political vision of warfare in the Maghreb was not institutionalized, and the dichotomy thus lived on. Although the relative emphasis of political, cultural, and kinetic military considerations varied with time, none completely overshadowed the other. Hence even the periods of intense fighting between Spaniards and Moroccans saw influential Spanish military figures advocate the methods of “peaceful penetration,” while long after the suppression of the Rif rebellion, violence and the threat thereof continued to have a place in the Spanish military toolbox. From neither a temporal nor a methodological perspective was the shift from wartime to postwar occupation abrupt.

⁴¹ General GODED: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Madrid, Compañía Ibero-Americana, 1932. Goded had a distinguished career in Morocco, playing a key role as a colonel in the large-scale amphibious landing at Al Hoceïmas (Alhucemas) Bay in 1925 that helped bring about Abd el-Krim’s eventual defeat. After his promotion to the rank of general, he then came to head the Spanish general staff in Morocco. In 1936 he would lose his life as a participant in the military uprising that sparked the Spanish Civil War.

Cultural Perceptions and Military Policies of Occupation: A Spanish Exception?

Although the balance between violent methods and the “political” approach in the protectorate did not reverse itself overnight, a shift in the army’s overall focus after 1927 was unmistakable. After all, conquest differs markedly from occupation and administration. Unsurprisingly, the emphasis on cultural and other non-kinetic methods increased as the threat of large-scale, organized armed resistance declined. Spanish military behavior was then shaped more heavily by ideology, cultural perceptions, and the political climate of the Spanish Civil War and thereafter, when the Franco regime had to justify its paradoxical use of tens of thousands of Moroccan Muslim troops in a conflict it presented as a war against infidels.⁴²

On the surface, the history of the Spanish army in Morocco after pacification appears to diverge considerably from those of other European colonial armies in similar positions, unlike the wartime operations that we have analyzed above. Most visibly, the myth of Spanish-Arab brotherhood and the perceptions of shared history, geography, culture, and race distinguished Francoist imperialist propaganda from that of other European powers, even if there was some overlap with Portugal’s Lusotropicalism.⁴³ This brotherhood ideal could not have contrasted more with Germany military commander Lothar von Trotha’s characterization of the campaign he led in Southwest Africa as part of a worldwide “race war” that would lead to the utter annihilation of blacks.⁴⁴ Although not that extreme, for the French in the Maghreb

⁴² Ali Al TUMA: *Guns, Culture and Moors: Racial Perceptions, Cultural Impact and the Moroccan Participation in the Spanish Civil War*, New York, Routledge, 2018; Sebastian BALFOUR: op. cit.; J. A. GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Barcelona, Anthropos, 2003 and *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos, 2002; Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI and Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ: “Islam y colonialismo en la España contemporánea”, in Julio de la CUEVA, Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI and Ana PLANET (eds.), *Encrucijadas del cambio religioso en España. Secularización, cristianismo e islam*, Granada, Comares, 2018; Eloy MARTÍN CORRALES: “Entre el ‘moro’ violador y el ‘moro’ seductor. La imagen de los marroquíes en la guerra civil según las fuerzas republicanas”, in Ángeles RAMÍREZ and Bernabé LÓPEZ GARCÍA (eds.), *Antropología y antropólogos en Marruecos. Homenaje a David M. Hart*, Barcelona, Bellaterra, 2002, pp. 221-236; and María Rosa de MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco. La intervención de las tropas coloniales en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 2002.

⁴³ Studies of the Spanish-Moroccan brotherhood discourse include Josep Lluís MATEO DIESTE: *La hermandad hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Bellaterra, 2003, and Rocío VELASCO DE CASTRO: “La imagen del ‘moro’ en la formulación e instrumentalización del africanismo franquista”, *Hispania*, LXXIV:246 (2014), pp. 205-236. On the vision of Spanish-Moroccan brotherhood exalted by the prominent officer Ricardo Burguete, who would become Spain’s High Commissioner in Africa after Annual, see Manuel MARÍN: *Testigos coloniales...*, p. 52, and Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española: modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, chapter 4.

⁴⁴ Jürgen ZIMMERER: “Annihilation in Africa: The “Race War” in German Southwest Africa (1904-1908) and its Significance for a Global History of Genocide”, *GHI Bulletin*, 37 (2005), pp. 51-57.

the indigenous peoples were certainly not “brothers” either, and French military writings about North Africa revealed a stronger tendency toward orientalist views of North Africans than those seen in the Spaniards.⁴⁵ Anti-Moroccan prejudices and racism clearly existed in the Spanish military, but the widespread perception of deep-rooted, common historical and racial characteristics made it more difficult for Spaniards to cast Moroccans in the role of a fully oppositional Other than it was for the French.

If we look deeper, however, we see that in essence the Spanish army as an occupational force fit the European colonial military mold nearly as well in peace as it did in war. Many of the same kinds of perceptions about the occupied lands and their peoples found in other colonial military administrators also shaped Spanish behavior. The ways in which cultural stereotypes informed Spanish policies in manners similar to those of other European colonial powers become clear when we examine the *interventores*, key figures in the Spanish enterprise who were almost exclusively career military men. They were basically a mixture of colonial administrators, intelligence officials, security officers, and military recruiters, tasked with fostering economic progress, education, and loyalty to Spain in their respective districts, while also reporting on the political climate and possible threats to Spanish rule.⁴⁶ The *interventores*, who included such figures as Jesús Jiménez Ortoneda, Capaz, García Figueras, and Emilio Blanco Izaga, have been called with good reason the cornerstone of the Spanish presence in the Maghreb. They resembled France’s “Native Affairs” officers in both form and function, although there were also some differences.⁴⁷

A field manual meant to guide the *interventores* in their work sheds light on how prejudices shaped occupational policy, as do writings by the *interventores* themselves

https://www.perspectivia.net/rsc/viewer/ploneimport3_derivate_00002991/zimmerer_annihilation.pdf?page=8 (accessed 21 June 2019).

⁴⁵ Following Kathleen Biddick, I use the term “alterism” here to mean “belief in the absoluteness of cultural and/or historical difference”. Kathleen BIDDICK: *The Shock of Medievalism*, Durham and London, Duke University Press, 1998, p. 206.

⁴⁶ José Luis VILLANOVA VALERO: *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Bellaterra, 2006. Other studies of the *interventores* include Mateo DIESTE: *La ‘hermandad’...*, especially chapters 2-4.

⁴⁷ José Luis VILLANOVA: op. cit.; José Luis VILLANOVA and Luis URTEAGA: “Jesús Jiménez Ortoneda, Interventor Militar en el Rif (1911-1936)”, *Hispania*, LXIX:232 (2009), pp. 423-444. David Montgomery Hart draws attention to some of the differences between the *interventores* and the French native affairs officers in his introduction to Emilio Blanco Izaga. David MONTGOMERY HART: *Emilio Blanco Izaga: Coronel en el Rif*, Melilla, Ayuntamiento de Melilla and UNED-Centro Asociado de Melilla, 1995, pp. 41-52. See also Vicente MOGA ROMERO: *El Rif de Emilio Blanco Izaga. Trayectoria militar, arquitectónica y etnográfica en el Protectorado de España en Marruecos*, Barcelona, Bellaterra - Ministerio de Defensa, 2009 [Parte II of the book *El interventor y sus tribus. La praxis militar y etnográfica en el Rif (1927-1942)*.]

and the textbooks and other documents from the training academy for *interventores*.⁴⁸ The manual linked some of the allegedly innate practices of Moroccans in war and peace to Islam, and it suggested that the *interventores* take advantage of the natural tendency toward rivalry and intrigue that it claimed all Moroccans and Arabs shared to acquire intelligence and limit the possibility of concerted anti-Spanish actions.⁴⁹ Such language echoed that of other European military and intelligence officers in the Middle East and North Africa, reflecting typical Western stereotypes. The influence of the French on the Spanish military *africanistas*, especially the latter's perception of the *bureaux arabes* in Algeria, was especially strong.⁵⁰

The enhanced role of the *interventores* reflected a more general recognition of the importance in non-kinetic factors in maintaining order and control in the Spanish zone. The educational policies and practices that the Spaniards aimed at Moroccan Muslims, and to a lesser extent Jews, also revealed this tendency. The same can be said for other such undertakings, including public works and economic development projects and other elements of Spain's "civilizing"--or, increasingly after World War II—"modernizing" policies, which paradoxically attempted to combine the Franco dictatorship's traditionalist ideology of "National Catholicism" with the modernization theory and the contemporary tenets of economic development.⁵¹ At the same time, the peculiarly Spanish emphasis on the alleged "brotherhood" of Moroccans and Spaniards continued to leave its mark in the educational and other discourse throughout this period.

The Spanish state's ideological vision of the Moroccan project was indeed unique in many ways, but it served a common imperialist purpose and the same kind of geopolitical and security-related concerns typical of other military occupations. There was certainly a difference in degree between the French and Spanish tolerance of Moroccan nationalism, for example, and the Spaniards made a bigger show of preserving indigenous practices and beliefs. But the end goals of both European powers in North Africa were undeniably imperialist. Spanish administrators, for example, echoed their French counterparts in seeking to use "native" schools for metropolitan

⁴⁸ *Manual para el Servicio del Oficial de Intervención en Marruecos*: Madrid, Inspección General de Intervención y Fuerzas Jalifianas, 1928.

⁴⁹ Goded had also recommended using Moroccans' own *codicia* against them to gather intelligence and for other purposes. General GODED: op. cit., pp. 446, 449-450.

⁵⁰ For example, in Pedro MAESTRE: op. cit., which also served as sort of handbook for *interventores*. On the perceptions of Western military intelligence organizations of Islam and the "Arab world" and their role in colonialism, see Martin THOMAS: *Empires of Intelligence: Security Services and Colonial Disorder after 1914*, Berkeley, University of California Press, 2008, and Dina REZK: *The Arab World and Western Intelligence: Analysing the Middle East, 1956-1981*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2018, chapter 1.

⁵¹ Geoffrey JENSEN: "The Peculiarities of 'Spanish Morocco': Imperial Ideology and Economic Development", *Mediterranean Historical Review* 20:1 (2005), pp. 80-101.

ends, engendering loyalty to the occupying power while preparing some young Moroccans for service in the colonial administration.⁵² Along these lines, just as the *supremo* of French Morocco, General Hubert Lyautey, had adopted an explicitly “associationist” approach in Morocco, the Spanish system preserved traditional power hierarchies and administrative structures. Indeed, it would have been legally problematic for the Spaniards to do otherwise in a protectorate.

Thus when Moroccan nationalists sought to gain control of the Spanish zone’s educational policy, which they rightly saw as a key weapon in the ongoing struggle for hearts and minds, the Spaniards employed a divide-and-conquer strategy typical of colonial occupation. Building upon the same allegedly innate Moroccan tendencies toward jealousy, treachery, and the creation of rivalries that *Interventores* were supposed to exploit, Spanish policy makers attempted—in some cases with success—to turn possible agents of anti-Spanish Moroccan nationalism against each other. This is clear in the way the Spaniards ran the educational institutions and programs, which Moroccan nationalists sought to control.⁵³ Hence in spite of the rhetoric about shared Hispano-Arabic traits and a common identity, Spain’s military officials tried to use supposedly innate characteristics of Moroccans—such as their “naturally” jealous disposition—as a means to control them, thus employing a typical colonialist playbook.

Outwardly, Spanish protectorate authorities differed from their counterparts in other colonial territories by adopting a more conciliatory attitude toward indigenous nationalists, whose demands they made a point of publicly taking under consideration. Indeed, the French considered the Spanish tolerance of the nationalists to be so excessive as to pose a danger to their own security, and not without reason. The Spanish zone’s authorities allowed the nationalists to disseminate their views publicly to a degree that would have been unthinkable in the French zone, and eventually Moroccan nationalists from the French zone began to take refuge in its Spanish counterpart to the north.⁵⁴ Moroccan nationalists then returned the favor of Spain’s relative tolerance by causing fewer problems for Spanish authorities than for their French counterparts. But the relative quiet of the Spanish zone stemmed as much as anything from the nationalists’ knowledge that France represented a far greater obstacle to their fi-

⁵² Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ: *Spanish Education in Morocco, 1912-1956: Cultural Interactions in a Colonial Context*, Brighton, Sussex Academic Press, 2015.

⁵³ *Ibidem*. As González demonstrates, in fact with time Spanish control over educational policies in the protectorate increased, in spite of an official posture that conceded control of such matters to Moroccans.,

⁵⁴ J. P. HALSTEAD: *Rebirth of a Nation. The Origins and Rise of Moroccan Nationalism 1912-1944*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1967, p. 56. On the adoption of an ostensibly more conciliatory attitude to Moroccan nationalists by Spanish authorities during the 1930s than their French counterparts, see *ibidem*, p. 56, and Geoffrey JENSEN: “Rico Avello en Marruecos”, in Juan PAN-MONTOJO (ed.), *El sueño republicano de Manuel Rico Avello (1886–1936)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 132-139.

nal goal of independence than Spain, and that in the meantime they could take advantage of the relative freedom of the Spanish zone to pursue their agenda.⁵⁵

Yet this toleration of the Moroccan nationalists also served Spanish propaganda purposes, and no important Spanish military figure appears to have considered the possibility of Moroccan independence in anything but highly theoretical terms. Moreover, conflicts between the Spanish colonial authorities and Moroccan nationalist leaders hardly disappeared during the Second Republic or thereafter. Moroccans took advantage of this situation accordingly, tactically employing the discourse that they knew Spanish authorities wanted to hear about *convivencia*, brotherhood, and peaceful collaboration with Spain when it suited their own interests.⁵⁶ Displaying a similar degree of cynicism, Spanish military administrators co-opted nationalist leaders and curbed educational reforms the Spaniards viewed as detrimental to metropolitan interests. From the 1930s on, they attempted to placate the nationalists by giving them positions in educational delegations and soliciting their participation in reform projects.⁵⁷

The Spaniards' main aim in incorporating the nationalists was to control potential criticism, exemplified by their integration of Moroccan nationalists into the Supreme Council on Islamic Education. Spanish officials took these steps with the view that the supposedly natural Moroccan tendency toward rivalry would foment disputes between nationalist Moroccans on the Council. To ensure the success of this approach, the Spaniards placed Moroccans of opposing views in this and other such councils. It appears that Spain achieved at least some measure of success in these endeavors; the nationalists, in spite of their periodic protests about Spanish intervention and the gap between the promises and deeds of the colonial administration, clashed enough on key issues relating to education to hinder the formation of a united front.⁵⁸

Admittedly, the official ideology of Spanish Morocco differed from that of other European colonial powers in its relatively low degree of alterism, and it is true that some of Spain's leading *africanistas* continued to praise the perceived shared traits of Spaniards and their Moroccan "brothers" in ways unimaginable in the African territories occupied by many other European powers. But in their concrete actions, Spanish military authorities often copied other colonial armies in trying to take advantage of

⁵⁵ José Luis NEILA HERNÁNDEZ: *La segunda república española y el mediterráneo*, Madrid, Dilema, 2006, pp. 197-209; Jean WOLF: *Les secrets du Maroc espagnol. L'épopée d'Abd-el-Khaleq Torres*, Paris and Casablanca, Balland-Eddif, 1994, p. 179

⁵⁶ For example, the remarks by the prominent Moroccan nationalist Abdeljalak Torres quoted in *Heraldo de Madrid*, 22 Nov 1935 and in *La Libertad*, 27 June 1934.

⁵⁷ Irene GONZÁLEZ: op. cit.

⁵⁸ *Ibidem*. During the Spanish Second Republic, the Spaniards also bought off at least some key nationalists, thereby reducing nationalist resistance. Geoffrey JENSEN: "Rico Avello...", p. 135.

the supposed cultural characteristics of the colonized to weaken resistance and anticolonial nationalism. The methods of the Spanish occupation served the same goals as the wars of conquest that Spain and other European powers had typically employed in their colonies.

Conclusion

Overall, the Spanish campaigns in North Africa and the military presence that followed fit the basic mold of European colonial warfare and occupation, at least according to the criteria I have employed here. The stages leading to the Spanish army's eventual victory over Moroccan armed resistance depended upon customary military force but also various kinds of non-kinetic endeavors, demonstrating that political and civil actions joined military operations in determining the course and outcome of the decades-long history of the Spanish campaigns in Morocco. This conclusion should not come as a surprise. Prominent protagonists from both sides of colonial and peripheral wars and of various political and national stripes—from Hubert Lyautey to Mao Zedong to David Petraeus—have stressed the role of political, economic, cultural, and other non-kinetic elements of military operations in colonial wars and insurgencies. The Spanish case thus supports the argument that many of the most important characteristics of colonial warfare transcend political and national boundaries.

Admittedly, counterinsurgency and colonial military doctrines, like “ways of war” in general, develop according to national-historical traditions.⁵⁹ It is not difficult, for example, to identify differences between British and French colonial military thinking. The counterinsurgency manuals and traditions of the British army, with their ostensible emphasis on minimum force and leaving a small footprint in occupied areas, differ considerably from the views of the French military officers in Algeria who developed the counterinsurgency theory of *guerre révolutionnaire*, which emphasized the “total” character of modern warfare and the supposed disappearance of a distinction between peace and war.⁶⁰ In this last point, the advocates of *guerre révolutionnaire* revealed that they had broken free from the tendency among more conventional military professionals to separate the traditional wartime use of military violence from the civil and political activities usually associated with occupation. For these French of-

⁵⁹ Ian BECKETT: *op. cit.*

⁶⁰ Paul DIXON: “‘Hearts and Minds?’”; Michael J. M. FINCH: “A Total War of the Mind: The French Theory of la guerre révolutionnaire, 1954–1958”, *War in History* 24: 3 (2017), pp. 1-25.

ficers, civil, military, political, cultural, and psychological activities all fit within the “the enlarged parameters of warfare.”⁶¹

The obvious differences between the French and the British approaches should not, however, blind us to what the two militaries had in common, and the Spanish case gives further support to the existence of shared characteristics in European colonial warfare in general. The British may not have concurred with the “total” approach of the French advocates of *guerre révolutionnaire*, but they too appreciated the significance of the political and civil components of counterinsurgency. In fact, the British emphasis on the importance of politics and civil affairs in counterinsurgency, popularized in modern times by Sir Robert Thompson in Malaya and then enshrined in British doctrine, eventually found its way into the US Army and Marine Corps’ most recent manual on counterinsurgency.⁶² In short, Walter’s argument about the “primarily political” nature of colonial warfare is difficult to refute, and the acceptance of a similarly inclusive view of the sphere of military activities in Morocco eventually took hold among leading Spanish generals. As was true for their counterparts from other European colonial armies, however, it was not an easy intellectual shift to make.

The Spanish case also conforms to historians’ observations about the tendency of European military leaders in colonial campaigns to think in conventional terms, seek decisive battles, elevate tactics to the level of strategy, overlook the political components of modern war, and then take more extreme measures when their conventional tactics fail to produce the desired results.⁶³ After Annual, however, Spanish military and political leaders, like some of their more successful European counterparts elsewhere, understood the need to think more broadly about Spain’s means, ways, and ends in military and political terms, incorporating all into a comprehensive strategy. Goded understood that military success in Morocco entailed the use of all these approaches, even if he put much of his emphasis on traditional military force until February 1926, when the army’s “political” endeavors to subdue the Rif rebellion began in earnest.⁶⁴ Furthermore, he envisioned the military project in Morocco as encompassing both war and occupation, which together facilitated long-term pacification.

⁶¹ *Ibidem*, p. 21.

⁶² Robert THOMPSON: *Defeating Communist Insurgency: Lessons from Malaya and Vietnam*, New York, Praeger, 1966; *The U.S. Army / Marine Corps Counterinsurgency Field Manual: U.S. Army Field Manual No. 3-24: Marine Corps Warfighting Publication No. 3-33.5*, Chicago, University of Chicago Press, 2007; *British Army Field Manual Volume 1 Part 10 Countering Insurgency* (Army Code 71876 October 2009), http://news.bbc.co.uk/2/shared/bsp/hi/pdfs/16_11_09_army_manual.pdf (accessed 5 March 2019).

⁶³ On these tendencies among colonial European militaries in general, Hugh STRACHAN: *European Armies and the Conduct of War*, London, Routledge, p. 88.

⁶⁴ Julián PANIAGUA LÓPEZ: *op. cit.*, p. 71.

This kind of holistic approach to war and occupation, entailing analysis of military mechanisms and patterns from a comparative perspective, could prove as useful to historians as to military practitioners, helping them to understand more fully the military history of Spain and Morocco. Historians of the Spanish army in North Africa, like the most noteworthy of the protagonists they study, would do well to rise above the “tactical” level and integrate analysis of politics, culture, and military and civil affairs, framing their findings within the parameters of transnational, “total” history.

La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim

**Anti-colonial struggle in the Spanish protectorate
according to Moroccan historiography: Raisuni and
Abdelkrim**

Rocío Velasco de Castro
Universidad de Extremadura
rvelde@unex.es

Resumen: El principal objetivo de estas líneas es analizar el tratamiento que han tenido las dos figuras más destacadas de la lucha anti-colonial en el Marruecos español: el jerife de Yebala, Mulay Ahmad b. Muhammad b. Abdallah al-Raisuni, y el líder rifeño Muhammad b. Abd al-Karim al-Jattabi, en la historiografía marroquí. Con esta finalidad se pretende aportar la óptica marroquí de los acontecimientos, exponer las principales tendencias y autores, señalar las lagunas existentes en el corpus bibliográfico seleccionado y sus posibles causas, y revitalizar el interés por un tema de estudio que sigue presentando importantes carencias y varias limitaciones, algunas de ellas ajenas a la investigación histórica. En este sentido, se exponen algunas de las dificultades que genera el estudio de determinados temas considerados tabú por su importancia en la construcción identitaria del Marruecos independiente. Para no sobrepasar la extensión requerida, se trata de una aproximación basada en la consulta de sesenta trabajos, la mayor parte de ellos en lengua árabe, publicados entre 1948 y 2017. Se trata de una muestra significativa en la que el emir Abdelkrim es protagonista de la investigación en detrimento del menor número de trabajos dedicados al jerife Raisuni. El texto está estructurado en tres partes. En primer lugar, se ofrece un estado de la cuestión en el que se contextualiza el corpus seleccionado en el marco histórico-político del Marruecos independiente. A

continuación, se analiza la visión que se ofrece de Raisuni y Abdelkrim como líderes de la resistencia armada al colonialismo hispano-francés. Para concluir, se plantean una serie de reflexiones que a modo de conclusión exponen los retos aún pendientes, así como algunas propuestas para mejorar la difusión, y sobre todo el conocimiento riguroso de un capítulo fundamental para el estudio de la historia de Marruecos en general y de la colonización francesa y española en el norte de África en particular.

Palabras clave: Marruecos, Colonialismo español, Historiografía marroquí, Raisuni, Abdelkrim

Abstract: The main aim of this text is to analyze the treatment of the two key figures of the anti-colonial struggle in Spain-occupied Morocco, Yebala sharif Mulay Ahmed b. Muhammad b. Abdallah er-Raisuni and Rifian leader Muhammad ibn Abd al-Karim al-Khattabi in Moroccan historiography. To do so, the Moroccan perspective on these historical events, including its main trends and authors, is provided, pointing out at the possible reasons behind the insufficient bibliographic corpus on this topic. Furthermore, the present paper aims to rekindle academic interest for this scarcely-tackled issue whose study is still subject to several limitations, some of which unrelated to historical research. In this sense, some of the difficulties related to the study of a number of given topics considered taboo due to their importance in the construction of the Moroccan identity after the country's independence are described. In order to meet the required extension, this paper offers just an approach to the issue based on sixty previous works —most of which Arabic-written sources— appeared between 1948 and 2017. Most of this representative sample of academic publications focus on Abdelkrim's protagonism at the expense of the few ones dedicated to Raisuni's. The text is structured in three parts. Firstly, a state-of-the-art section in which the selected corpus is presented and contextualised from a historical-political perspective. Secondly, the image offered by this corpus of Raisuni and Abdelkrim as leaders of the armed resistance against Spanish/French colonialism is commented. To conclude, a series of reflections is made regarding pending challenges and several proposals to contribute to the dissemination of the knowledge of this fundamental chapter of Moroccan History in general, and of French and Spanish colonization of North Africa in particular.

Keywords: Morocco, Spanish Colonialism, Moroccan Historiography, Raisuni (Raisuli), Abdelkrim

Para citar este artículo: Rocío VELASCO DE CASTRO: “La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 41-60.

Recibido 30/11/2018

Aceptado 20/05/2019

La lucha anti-colonial en el protectorado español según la historiografía marroquí: Raisuni y Abdelkrim*

Rocío Velasco de Castro
Universidad de Extremadura
rvelde@unex.es

Estado de la cuestión: el marco historiográfico

Antes de iniciar la aproximación a la bibliografía marroquí convendría abordar la producción de autores españoles y franceses con el objetivo de conocer las tendencias predominantes y plantear en qué medida presentarían similitudes y diferencias entre ellas tanto en época colonial como en la poscolonial. Para no sobrepasar la extensión requerida, se esboza una sucinta panorámica en la que se incluyen algunos trabajos de investigadores alemanes y anglosajones que serviría de introducción al estudio de la historiografía marroquí y a una posible investigación de estos corpus desde una perspectiva comparada.

En términos generales, podría concluirse que la bibliografía española en época colonial dedica una mayor atención a la figura de Raisuni mientras que Abdelkrim se difumina y contextualiza en el marco de la guerra del Rif y sus consecuencias. García Figueras encabezaría esta corriente, a la que se sumaron periodistas como Ortega, Bermudo, Gómez Hidalgo o López Rienda, uno de los pocos que escribe sobre los dos líderes.¹ Esta tendencia se habría invertido en época poscolonial. Los estudios sobre el

* Dado que el texto está destinado a un lector no versado en lengua árabe, se ha utilizado la forma más comúnmente empleada en castellano para los topónimos y nombres propios del texto y el sistema de transcripción de la revista *al-Andalus* para las referencias bibliográficas. Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de I+D Ideología, texto y discurso: narrativas del cambio social en el Norte de África-IDENAF (FFI-2016-76307-R) dirigido por Juan Antonio Macías Amoretti (Universidad de Granada) y financiado por el Plan Nacional de Investigación, Ministerio de Economía y Competitividad y los fondos FEDER de la Unión Europea.

¹ Eliseo BERMUDO-SORIANO: *El Raisúni: (caudillo de Yebala)*, Madrid, Gráfica literaria, F. G. Vicente, 1941; Tomás GARCÍA FIGUERAS: *Del Marruecos feudal: episodios de la vida del Cherif Raisuni*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930; Íd.: “Figuras del Marruecos Contemporáneo”, *Revista África*, 22 (1943), pp. 8-13; 23 (1943), pp. 25-28; 24 (1943), pp. 12-15; 27 (1944), pp. 18-22; 51 (1946), pp. 12-16; 52 (1946), pp. 14-18; 53 (1946), pp. 14-19; y 54 (1946), pp. 16-20; e Íd.: “Un cabecilla de Yebala. Ahmed ben Mohamed el Hosmari (a) El Jeriro”, en *Selección de Conferencias pronunciadas en la Academia de Interventores durante el curso 1950-1951*, Alta Comisaría de España en Marruecos, Delegación de Asuntos Indígenas, Tetuán, Imprenta del Majzen, 1951, pp. 75-118; Rodolfo GIL GRIMAU: *Aproximación a una bibliografía*

protectorado español conocieron una revitalización desde finales de los años ochenta que apenas se habría reflejado en investigaciones sobre la resistencia armada, el proto-nacionalismo o el nacionalismo marroquí.² Así, el relevo de García Figueras como escritor prolífico interesado por el jerife de Yebala lo tomaría Madariaga con su dedicación al líder rifeño mientras otros autores prácticamente se limitarían a reproducir a Madariaga sin aportaciones sustanciales.³

Por su parte, el silencio respecto a Raisuni sólo lo han roto hasta el momento Tessainer, Barceló y de manera tangencial, Villanueva.⁴ Esta invisibilidad ha llevado a que se haya obviado en obras generalistas el importante papel desempeñado por el jerife de Yebala pese a constituir una pieza clave para entender la actuación política y militar española en el territorio.⁵

Como menciona Tahtah, hasta el momento las obras dedicadas a Abdelkrim no han supuesto una revisión crítica, no se emplean fuentes árabes mientras que las francesas adquieren un excesivo protagonismo, y la documentación de archivo es consul-

fía española sobre el norte de África: 1850-1980, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982; Francisco GÓMEZ HIDALGO: *Marruecos: la tragedia prevista*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1921, pp. 88-110; Rafael LÓPEZ RIENDA: *Frente al fracaso: Raisuni, de Silvestre a Burguete*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1923 y *Abd-El-Krim contra Francia (impresiones de un cronista de guerra) del Uarga a Alhucemas*, Madrid, Espasa Calpe, 1925; y Manuel L. ORTEGA: *El Raisuni*, Madrid, Tipografía Moderna, 1917.

² María Rosa de MADARIAGA: “Los estudios sobre el Protectorado español en perspectiva”, en Bernabé López García (ed.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2007, pp. 21-44. Sobre la laguna historiográfica en torno al nacionalismo consúltese “Bibliografía y fuentes documentales españolas”, en Rocío VELASCO DE CASTRO, *El protectorado español en Marruecos en primera persona: Muhammad Ibn Azzuz Hakim*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, 2011, pp. 28-49 y 74-76.

³ Véanse como ejemplo José María CAMPOS MARTÍNEZ: *Abd el Krim y el Protectorado*, Málaga, Algazara, 2000; María Rosa de MADARIAGA: “Mohammed ben Abd el Krim el Jatabi y las ambivalencias del ‘progreso’”, *Fundamentos de Antropología*, 4-5 (1996), pp. 14-34; Íd.: *España y el Rif: crónica de una historia casi olvidada*, Ciudad Autónoma de Melilla, 1999; Íd.: “La imagen de Abd-el-Krim El-Jatabi en la literatura de la época”, en Ángeles RAMÍREZ y Bernabé LÓPEZ GARCÍA (eds.), *Antropología y antropólogos en Marruecos: Homenaje a David Montgomery Hart*, Barcelona, Bellaterra, 2002, pp. 203-220; Íd.: *En el barranco del Lobo: las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005; Íd.: *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza, 2009; Íd.: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español*, Madrid, Alianza, 2013; e *Historia de Marruecos*, Madrid, Libros de la Catarata, 2017; e Íd. y Carlos LÁZARO ÁVILA: “Guerra química en el Rif (1921-1927)”, *Historia*, 26:324 (2003), pp. 50-85.

⁴ Ricardo BARCELÓ: “El Raisuni y la ocupación española de Larache”, en Ibn ‘AZZŪZ ḤAKĪM, *Nadwa ‘alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī wa-l-muqāwama al-maslaha fī šamāl al-garbī (1913-1924)*, Rabat, Mītāq al-Magrib, 1995, pp. 44-49, e Íd.: “La actitud del Cherif Mulay Ahmed Raisuni ante el desembarco español en Larache y la toma de Alcazarquivir en 1911”, *Revista de Estudios Africanos* X: 18-19 (1996), pp. 101-107; Carlos Federico TESSAINER y TOMASICH: “Los últimos años de la independencia marroquí: El-Raisuni, gobernador de Tánger y el Fahs (1904-1906)”, *Aurāq*, 14 (1993), pp. 105-123; e Íd.: *El Raisuni. Aliado y enemigo de España*, Málaga, Algazara, 1998; y Jorge VILLANUEVA: “Entre la colaboración y la insubordinación: la ṭarīqa Darqāwiyya de Marruecos ante Raisuni y Abdelkrim (1912-1927)”, *Revista de Historia Autónoma*, 12 (2018), pp. 151-169.

⁵ Es el caso de María Rosa de Madariaga, quien en *Historia de Marruecos* pasa por alto incomprensiblemente la labor del jerife y sus relaciones con los responsables coloniales españoles.

tada de forma parcial.⁶ Tampoco se ha procedido en muchos casos a la actualización bibliográfica, entre la que cabría mencionar algunas de las aportaciones en lengua alemana que contribuyen a una revisión crítica del objeto de estudio.⁷ Sin embargo, también los alemanes participaron de la imagen idílica de un Abdelkrim liberador de la opresión del yugo colonial en consonancia con la posición del gobierno alemán y los estrechos contactos mantenidos entre Abdelkrim y diplomáticos y comerciantes alemanes.⁸

En suma, podría considerarse que el líder rifeño es tratado en términos muy similares a los de la bibliografía oficialista marroquí, es decir, como líder incontestable de un proto-nacionalismo cuyo concepto unitario del reino alauí sería bastante cuestionable habida cuenta del carácter netamente rifeño y tribal de su movimiento y de su posterior labor al frente de la Confederación de Tribus de la República del Rif. El estudio de esta institución y de la propia trayectoria personal de Abdelkrim no presentaría el mismo grado de análisis crítico que sí aparece en la valoración del juego de alianzas y rupturas protagonizado por Raisuni en sus ambivalentes relaciones con los responsables coloniales españoles.⁹ Tampoco se le atribuye una conducta contradictoria o interesada con la que sí se define al yebli.¹⁰

Por lo tanto, podría concluirse que la fascinación suscitada por Raisuni en época colonial es sustituida por una visión idealizada de Abdelkrim en época poscolonial que silencia muchas de las sombras y contradicciones aún pendientes de estudio. No obstante, sí existe una incipiente tendencia revisionista que está aportando documentación de archivo que cuestionaría algunos de los presupuestos tradicionalmente admitidos.¹¹

En cuanto a la bibliografía colonial francesa, se caracteriza por la ausencia de referencias a Raisuni, cuya influencia se circunscribía al protectorado español, y a una serie de trabajos sobre Abdelkrim que oscilan entre la admiración por un personaje legendario y la velada crítica a su fiereza y acometividad para justificar los problemas

⁶ Mohamed TAHTAH: *Entre pragmatisme, réformisme et modernisme: le rôle politico-religieux des Khattabi dans le Rif (Maroc) jusqu'à 1926*, Lovaina, Peeters Publishers, 2000, p. 84.

⁷ Dirk SASSE (dir.): *Franzosen, Briten und Deutsche im Rifkrieg 1921-1926: Spekulanten und Sympathisanten, Deserteure und Hasardeure im Dienste Abdelkrims*, Berlín, Walter de Gruyter, 2006.

⁸ Véase como ejemplo del coronel John BODE: *Abd el Krim's Freiheitskampf gegen Franzosen und Spanier*, Berlín, Verlag Offene Worte, 1926.

⁹ Carlos F. TESSAINER: "Los últimos años de la independencia marroquí: El-Raisuni, gobernador de Tánger y el Fahs (1904-1906)", *Awrāq*, (1993), pp. 105-123; y *El Raisuni. Aliado y enemigo de España*, Málaga, Algazara, 1998.

¹⁰ Federico VILLALOBOS: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004.

¹¹ Véase como ejemplo Julián PANIAGUA: *El contrabando de armas en la Guerra del Rif (1921-1927)*, Ciudad Autónoma de Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 2017.

causados a la administración colonial en sus incursiones por el protectorado francés.¹² En época poscolonial esta tendencia continuó, si bien cabe destacar una serie de estudios, como los del conocido orientalista Montagne, que trataban de abordar aspectos más concretos del movimiento rifeño, como la organización política y social.¹³

Respecto a la bibliografía anglosajona, reproduce los clichés orientalizantes en su producción de época colonial, cuyo mejor exponente es la conocida obra de Forbes, sin olvidar las impresiones de Harris sobre el jerife.¹⁴ En época poscolonial, Abdelkrim acaparó el interés con obras que alcanzaron difusión en España, como las de Woolman o Pennell, y en menor medida los rigurosos estudios de Fleming y Seddon.¹⁵ Quizá lo más interesante en la evolución de esta producción sean las aportaciones enfocadas en el plano religioso, como la del israelí Shinar, y en el de los discursos e ideología cultural asociados a los conflictos como el del Rif.¹⁶

Contextualización histórico-política de la historiografía marroquí

Abordar la bibliografía marroquí dedicada a Abdelkrim y a Raisuni implica contextualizar la aparición de estas publicaciones en el marco histórico, social y político del reino alauí por su directa implicación en el desarrollo de la actividad intelectual en general, y en el de los trabajos históricos en particular. Conviene recordar que tras la

¹² Rupert FOURNEAUX: *Abdel Krim: Emir of the Rif*, Londres, Secker & Warburg, 1967; Léon GABRIELLI: *Abd-el-Krim et les événements du Rif, 1924-1926*, Casablanca, Éditions Atlantides, 1953; y Pierre FONTAINE: *Abd-el-Krim: origine de la rébellion nord-africaine*, París, Les Sept Couleurs, 1958.

¹³ Robert MONTAGNE: *The Berbers: their social and political organisation*, London, Routledge, 1973.

¹⁴ Rosita FORBES: *The Sultan of the Mountains. The Life Story of Raisuli*, Londres, T. Butterworth, 1924. Traducido al castellano como *Raisuni, sultán de las montañas*, Córdoba, Almuzara, 2010; y Walter B. HARRIS: *Morocco that Was*, Londres, W. Blackwood and Sons, 1921. La obra cuenta con una reciente reimpresión (Fb&c Limited, 2017) sin que haya sido traducida aún al castellano.

¹⁵ Shannon E. FLEMING: *Primo de Rivera and Abd-el-Krim: the struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*, Madison, University of Wisconsin, 1974, 2 vols; Charles R. PENNELL: "Law, Order and the Formation of an Islamic Resistance to Colonialism: The Rif, 1921-1926", *Revue d'Histoire Maghrébine*, 21:2 (1981), pp. 23-39; Íd.: "Ideology and Practical Politics: A Case Study of the Rif War in Morocco, 1921-1926", *International Journal of Middle East Studies*, 14:1 (1982), pp. 19-33; Íd.: *A Country with a Government and a Flag: The Rif War in Morocco, 1921-1926*, Londres, Wisbech, 1986 (traducción castellana: *La guerra del Rif: Abdelkrim el-Jattabi y su Estado rifeño*, Melilla, UNED, 2001); Íd.: "La guerra del Rif: ¿enlace o punto final?. Resistencia en la montaña y nacionalismo en las ciudades", *Fundamentos de Antropología*, 4-5 (1996), pp. 35-48; e Íd.: *Morocco since 1830: a History*, Londres, C. Hurst & Co Publishers, 2000; David SEDDON: *Moroccan Peasants: A Century of Change in the Eastern Rif, 1870-1970*, Folkestone, Dawson, 1981; y David WOOLMAN: *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion*, Stanford University Press, 1968 (traducción castellana: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona, Oikos-tan, 1988).

¹⁶ Thoralf KLEIN y Frank SCHUMACHER: *Kolonialkriege: Militärische Gewalt im Zeichen des Imperialismus*, Berlín, Hamburger Edition, 2012; y Pessah SHINAR: "'Abd al-Qādir and 'Abd al-Krīm Religious Influences on Their Thought and Action", en Íd., *Modern Islam in the Maghrib*, Jerusalén, Universidad Hebrea de Jerusalén, 2004, pp. 139-174.

independencia, en 1956, las rivalidades entre la dinastía alauí y el *Istiqlal* por hacerse con el control hegemónico de los destinos del país caracterizan los primeros años junto al rápido proceso de neo-colonización. Este último supuso la preponderancia de la elite del sur en los cuadros administrativos e instituciones del país, incluyendo los que operaban y gestionaban la región norte, mientras que en el exterior se consumó con un estrecho asesoramiento de Francia ante el inmovilismo español que sumió las relaciones bilaterales en una crisis derivada de un traumático proceso de descolonización.

Toda esta situación se tradujo en la defenestración del modelo social, económico, administrativo y político de la región norte que se vio agudizado con la revuelta del Rif (1958-1959), la declaración del estado de excepción (1965) y el inicio de los llamados “años de plomo”, durante los cuales la implicación de militares de origen norteo en algunos de los atentados perpetrados contra Hassan II contribuyeron a consolidar la represión y el aislamiento de la región.

Dicho escenario condicionó la producción histórica hasta los años noventa. Hasta entonces, se observa un amplio corpus de trabajos que siguen las líneas oficialistas marcadas por los representantes políticos, gestores también de los principios ideológicos del Marruecos independiente y en gran medida militantes del *Istiqlal*. En consecuencia, los trabajos tienen un enfoque de tintes neo-coloniales. En primer lugar, por la impronta francesa que rezuman sus planteamientos, la bibliografía consultada y la elección del francés como lengua de expresión. Y en segundo término, porque las fuentes árabes que se utilizan son interpretadas con un marcado sesgo que, por un lado intenta derribar algunos de los mitos creados por el colonizador, pero por otro construye otros nuevos sustentados en una visión acrítica y en la total ausencia de la mitad del país como protagonista y hacedor de su propia historia.

A partir de los años noventa, la revitalización de los estudios sobre la región norte y sus personajes y acontecimientos más destacados en la historia del Reino ha tratado de equilibrar una producción que continúa reproduciendo muchos de los clichés establecidos en los “años de plomo” respecto a los mitos fundacionales y al nacionalismo. Esta situación ha generado un fenómeno de compensación en las obras publicadas por autores norteoños cuyo enfoque se contagia en ocasiones de una literatura oficial que ha blindado determinados episodios y personalidades del país.

Los recientes estudios para rescatar el componente *amazigh* y darle su lugar en la historia del reino alauí tampoco han discurrido por los derroteros que cabría esperar pese a su reconocimiento como lengua e identidad co-oficial en el texto constitucional de 2011. Abdelkrim sí ha sido reivindicado por la sociedad civil como símbolo de la amazighidad. Entre 2016 y 2017 el movimiento Hirak enarboló las banderas de la República del Rif y reivindicó la figura de Abdelkrim como líder de la lucha anti-colonial, entendida esta última en clave interna como pugna entre el gobierno central y el Rif.

De esta forma se despojaba a Abdelkrim del carácter patriótico nacionalista tradicionalmente asignado para recuperar su dimensión estrictamente rifeña.¹⁷ Sin embargo, estas expresiones no han alcanzado reflejo en la producción historiográfica, en la que pese a percibirse algunos matices diferenciadores, en general se sigue manteniendo el mito del rifeño como imagen de la unidad nacional.

Los mitos fundacionales de la historia oficial

Esta tendencia está representada por intelectuales que alcanzaron un enorme reconocimiento dentro y fuera de Marruecos. Como señala Tahtah, Ayache fue pionero en la consulta de documentación española para su tesis doctoral, que fue defendida en 1979 y publicada en 1990 bajo el título *Les origines de la guerre du Rif*.¹⁸ Citada por buena parte de los historiadores marroquíes en la actualidad, el estudio se muestra poco crítico con la imagen que se recoge de los testigos de la época, algunos de ellos miembros del movimiento rifeño, y contribuye a conformar la leyenda en torno a Abdelkrim.¹⁹ En línea con la literatura decolonial, trata de derribar la dicotomía entre *bled majzen* y *bled siba* argumentada por la producción colonial para justificar la intervención del país.

Así, niega la anarquía, pero no puede hacer lo mismo con la militancia pro-española mostrada por el clan Jattabi. Ayache centra dicha actuación en el padre de Abdelkrim y explica la continuidad de esta actitud en su hijo hasta 1920 como único medio de conseguir mejorar las condiciones de la población rifeña. Resulta interesante cotejar cómo la alianza con el progreso parece justificarse en el caso del rifeño pero no en otras personalidades del Norte, como Abdesallam Bennuna Abdeljalaq Torres o el propio Raisuni, quienes suelen ser definidos como colaboracionistas en las escasas menciones recogidas por la literatura oficial.

Frente a ellos, el líder del movimiento rifeño aparece desde 1920 como adalid de la unidad encarnando los valores que fueron definidos a partir de los años treinta por el nacionalismo político de Bennuna y Torres. Todo un anacronismo que incluiría, en-

¹⁷ Rocío VELASCO DE CASTRO: “Embracing pluralism: National Identity in Contemporary Morocco”, International Research Network Seminar *The Long History of Identity, Ethnicity and Nationhood*, Oxford University, June, 8th, 2018.

¹⁸ Germain AYACHE: *Les origines de la guerre du Rif*, París-Rabat, París, Publications de la Sorbonne y de la Société Marocaine des Editeurs Réunis (SMER), 1981, e Íd.: “Les relations franco-espagnoles pendant la guerre du Rif”, en Centro de Estudios Históricos (ed.), *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 287-294; y Mohamed TAHTAH, op. cit., p. 77.

¹⁹ Mohammed EL MANSOUR: “Moroccan Historiography since Independence”, en Michel LE GALL y Kenneth PERKINS (eds.), *The Maghrib in Question. Essays in History and Historiography*, University of Texas Press, 1997, p. 115.

tre otros atributos, el espíritu democrático que sería complicado de demostrar si analizamos la composición y funcionamiento de la República que instauró, sin olvidar la desvinculación del islam y de la religiosidad en la revuelta, otra cuestión sobre la que cabría reflexionar habida cuenta de la instrumentalización que hizo el rifeño del islam para autoproclamarse emir del Rif y legitimar su autoridad en la región. En este sentido, la impronta de Ayache en autores como Madariaga es más que notable.

Respecto a Laroui, en 1975 publicó su tesis titulada *Orígenes sociales y culturales del nacionalismo marroquí (1830-1920)* que fue traducida en 1997 al castellano y en la que la historia del norte del país apenas si es mencionada, en línea con sus posteriores publicaciones en árabe.²⁰ Por su parte, Gallab ofrece sucintas menciones a la gestación y evolución de los sentimientos nacionales en el norte del país e incluye a Abdelkrim como el germen del nacionalismo político que cristalizó pocos años más tarde y que acabaría configurando el modelo identitario de la nación marroquí.²¹

Mucho más interesante es el trabajo de Zniber. Historiador de origen andalusí, trató de plantear un estudio objetivo del nacionalismo rifeño en clave oficialista. En esta difícil ecuación la clave residía en no establecer una identificación directa entre el movimiento rifeño y el nacionalismo político de los años treinta que demandará la unidad e integridad territorial del país. Con esta finalidad estableció una asociación entre lucha anti-colonial, resistencia contra el extranjero y demandas políticas sobre las que se sustentó el estado marroquí tras la independencia.²² En otras palabras, no considera a Abdelkrim como el promotor del nacionalismo pero sí de la lucha contra el colonizador que dará lugar al desarrollo y articulación política del mismo. Esta argumentación volvió a aparecer dos décadas más tarde en su trabajo sobre el nacionalismo marroquí en el que, siguiendo la tendencia habitual, la contribución del norte del país exceptuando al rifeño volvió a brillar por su ausencia.²³

La excepcionalidad de Abdelkrim se consolidó en 1973 al ser objeto de un coloquio internacional celebrado en París en el que quien posteriormente se convertiría en

²⁰ ‘Abd Allah AL-‘ARWĪ: *Maḥmūd al-Tārīj*, Casablanca, Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 1992, y Maḥmal AL-TARĪJ AL-MAGRIB: Casablanca, Markaz al-Ṭaqāfī al-‘Arabī, 1996. Véase también Abdallah LAROUÏ: *Historia del Magreb. Desde los orígenes hasta el despertar magrebí. Un ensayo interpretativo*, Madrid, Mapfre, 1994; y Abdallah LAROUÏ: *Orígenes sociales y culturales del nacionalismo marroquí: 1830-1912*, Madrid, Mapfre, 1997.

²¹ ‘Abd al-Karīm GALLĀB: *Tārīj al-ḥaraka al-waṭanīya al-magribīya: min nihāyat al-ḥarb al-rīfīya ilā i’lān al-istiqlāl*, Casablanca, al-Šarika al-Magribīya li-l-Ṭiba’ wa-l-Našr, 1976, e Íd.: *Tārīj al-ḥaraka al-waṭanīya bi-l-Magrib. Min nihāya al-ḥarb al-rīfīya ilā binā’ al-ḥidār al-sādis fī-l-Šaḥarā’*, 2 vols., Rabat, al-Risāla, 1987.

²² Mohammed ZNIBER: “Le rôle d’Abd el-Krim dans la lutte pour la libération nationale dans le Maghreb”, en VVAA., *Abd el-Krim et la République du Rif: Actes du colloque international d’études historiques et sociologiques (18-20 janvier 1973)*, París, Maspero, 1976, pp. 489-507.

²³ Muḥammad ZNĪBIR: *Šifahāt min al-waṭanīya al-Magribīya*, Rabat, Dār al-Našr al-Magribīya, 1990.

Primer Ministro, el socialista Abderrahman Youssoufi, abordó desde su formación jurídica las instituciones de la república rifeña tratando en vano de conciliar el análisis con la perpetuación de un modelo de estado moderno que difícilmente casaba con el funcionamiento real de dicho gobierno.²⁴

La politización de la historia y la sobredimensión de Abdelkrim y su revuelta ya se había hecho patente desde finales de la década de los sesenta. Esta dependencia se evidencia en el prólogo que el líder del *Istiqlal*, Alal al Fassi, escribía a la obra de Alami, la primera biografía pseudo-hagiográfica del emir.²⁵ Fassi, que ya se había referido en 1948 al rifeño en términos épicos como inspiración de su partido y modelo de la lucha anti-colonial, establecía una cuestionable relación entre el movimiento rifeño y el nacionalismo político en un momento especialmente importante para este último y cuando Abdelkrim dirigía el Comité para la Liberación del Magreb Árabe desde El Cairo.²⁶ La intencionalidad en su asociación era tan clara como la instrumentalización y sobredimensión que se hizo del pasado y de sus símbolos.

En esta línea, las primeras memorias de uno de los combatientes en las filas rifeñas se publicaban en 1974.²⁷ Pocos años más tarde, los estudios sobre protegidos y colaboradores con los regímenes coloniales obviaban intencionadamente la mención a importantes clanes y familias del país, incluyendo a los Jattabi, mientras las monografías en torno al heroísmo y al patriotismo de Abdelkrim continuaron publicándose.²⁸

El final de los “años de plomo”: renovación continuista y ruptura desde el Norte

El paso de los ochenta a los noventa no supuso la ruptura con la tendencia anterior, sino su consolidación en lo que al líder rifeño se refiere. La victimización frente a la opresión del yugo colonial dio pie a estudios sobre la alianza franco-española contra el movimiento rifeño, pero también sobre la revuelta y su alcance.²⁹ De igual modo, en

²⁴ Abderrahman YOUSOUFI: “Les institutions de la République du Rif”, en VVAA., *Abd el-Krim et la République du Rif: Actes du colloque international d'études historiques et sociologiques (18-20 janvier 1973)*, París, Maspero, 1976, pp. 81-100.

²⁵ Muḥammad AL 'ALAMĪ: *Za'īm al-Rīf Muḥammad 'Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī*, Casablanca, Dār al-Kitāb, 1968.

²⁶ 'Allāl AL FĀSSĪ: *Al-ḥarakāt al-waṭanīya fī-l-Magrib al-'arabī*, El Cairo, al-Risāla, 1948 (traducción castellana: *Los movimientos de independencia en el Mogreb Árabe*, El Cairo, 1948).

²⁷ Aḥmad 'A. S. BU' AYYĀŠĪ: *Ḥarb al-Rīf al-taḥrīrīya wa marāḥil al-niḍāl*, Tánger, 1974, 2 vols.

²⁸ Muḥammad M. AL-ISTĀNBŪLĪ: *Muḥammad 'Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī*, Dār al-'Arabīya al-'Ulūm Nāšīrūn al-Maktab al-Islāmī li-l-ṭibā'a al-našr, s.l., 1987; y Mohammed KENBIB: “Protection, Protectorat et Nationalisme (1904-1938)”, *Hespéris-Tamuda*, XVIII (1978-1979), pp. 173-198.

²⁹ Mohamed KHARCHICH: “La alianza franco-española contra el movimiento rifeño”, *Fundamentos de Antropología*, 4:5 (1996), pp. 71-93; Muḥammad I. AL-KATTĀNĪ: “Māda stafāda l-Magrib min ḥarb al-taḥrīr ar-rifiyya?”, *'Amal*, 8 (1996), ejemplar dedicado al movimiento de Muhammad b. Abdelkrim al-

los trabajos sobre la política indígena de nuevo se minimizaba la pertenencia del clan Jattabi al grupo de los moros pensionados.³⁰

Esta visión idealizada trascendía a las campañas de Marruecos para continuar en los estudios dedicados a su labor durante su exilio egipcio, especialmente en lo que se refiere a sus relaciones con Muhammad V y al encuentro que mantuvieron ambos en El Cairo en 1960.³¹ Y también cuando se trata de extrapolar su ejemplo al Marruecos actual, ya sea para reproducir el modelo de ideal patriótico nacional o su ejemplo como líder *amazigh*.³² También la organización política y las instituciones de la república rifeña volvieron a ser analizadas siguiendo las mismas pautas aportadas por Youssufi en 1973. El resultado, sin embargo, no deja de ser un estado de la cuestión que compila lo ya publicado hasta entonces.³³ En estos años también abundaron los estudios sobre la vida y trayectoria del rifeño desde la óptica nacionalista y acrítica dando lugar incluso a pequeños folletos que reproducen los aspectos más heroicos y patrióticos de la biografía oficial del rifeño.³⁴ Entre las monografías, destacan las de Daoud, Amizyan o Nayib.³⁵

Junto a Abdelkrim y su estado rifeño, algunos periodistas recogen testimonios y biografías de las numerosas asociaciones y fundaciones de antiguos nacionalistas que han proliferado en los últimos quince años en todo el país. En este contexto hay que inscribir el nacimiento de la revista *Zamane* (zamane.ma). Y algunos artículos publicados en el semanario *Tel Quel* (telquel.ma), entre los que cabe mencionar alguno dedicado a los que califican de “héroes olvidados de la independencia”, en referencia a personas anónimas que desde la zona francesa militaron o simpatizaron con la causa nacional.³⁶ Por lo que respecta a *Zamane*, constituye la mejor muestra de continuidad de la tendencia oficialista discriminatoria con el norte del país, ya que sus artículos re-

Jattabi, pp. 111-119; y M. ALLOUH: *Le Rif face aux visées coloniales: 1921-1927*, Casablanca, Fondation du Roi Abdul-Aziz Al Saoud pour les Études Islamiques et les Sciences Humaines, 2004.

³⁰ Mohammed KENBIB: “La politique indigène de l’Espagne en zone nord 1912-1942”, *Hesperis Tamuda*, XXXVI (1998), pp. 133-154.

³¹ Véase como ejemplo de esta producción la obra de Zakī MUBĀRAK: *Muḥammad al-Jāmis wa Ibn ‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī wa Iškālīya istiqlāl al-Magrib*, Fidiribrait, 2003.

³² Fāṭima AL-ŶĀMI’Ī AL-LAḤBĀBĪ (ed.): *Muḥammad ‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī wa qaḍāya Magrib al-yawm: a ‘māl yawm dirāsī iḥtiḫā’ī*, Rabat, Dār Abī Raqrāq, 2013, 2 vols.

³³ Mohamed CHTATOU: “Aspectos de la organización política en el Rif durante el reinado de Ben Abdel-Krim El-Khattabi”, *Fundamentos de Antropología*, 4:5 (1996), pp. 61-70.

³⁴ Véase como muestra AL-ISTĀMBŪLĪ, M. M., *Muḥammad ‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī*, Dār al-‘Arabīya al-‘Ulūm Nāšīrūn al-Maktab al-Islāmī li-l-ṭibā’a al-našr, s.l., 1987.

³⁵ Muḥammad AMIZYĀN: *Muḥammad ‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī. Ā’rā’ wa mawāqif (1926-1963)*, Rabat, Manšūrāt Ijtilāf, 2002; Zakya DAOUD: *Abdelkrim: une épopée d’or et de sang*, París, Séguier, 1999; y Zabīb NAŶĪB: *‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī 1882-1963*, Rabat, Dār al-Hādī, 2003.

³⁶ Driss KSIKES: “Histoire. Les héros oubliés de l’indépendance”, *Telquel online*, 200, 2009. Disponible en http://www.telquel-online.com/200/couverture_200_1.shtml (consultado por última vez el 30-11-2018).

producen en muchos casos estereotipos muy alejados de lo que debiera ser una investigación histórica.³⁷

De esta forma, la discriminación del norte en obras generalistas publicadas en la última década continúa siendo la tónica habitual entre buena parte de los historiadores.³⁸ Mientras que los primeros estudios críticos sobre la república rifeña siguen sin abordar cuestiones clave como son la ideología del movimiento, sus objetivos y la gestión del líder rifeño, decantándose por la sociedad rifeña antes de la penetración colonial o por las transformaciones del tejido social u otras temáticas que no entran a cuestionar el estereotipo de patriota y nacionalista.³⁹

Respecto al silencio impuesto sobre el Norte, durante los “años de plomo” del régimen hubo escasas excepciones a esta hegemonía debido al convulso contexto histórico y político que se vivía en el país, especialmente en el Norte. En este ambiente contrario a difundir cualquier rastro de la historia compartida con España o a reivindicar la importancia de la región en la lucha contra el yugo colonial, el historiador tetuaní y decano de los hispanistas marroquíes, Muhammad Ibn Azzuz Hakim, fue el único que decidió publicar los primeros trabajos sobre personajes y hechos acontecidos en el norte del país que desde 1956 habían sido silenciados, en el mejor de los casos minimizados por cuestiones políticas. Su condición de Encargado de Misión Real y los altos cargos que desempeñó y compaginó con su actividad intelectual, le sirvieron como parapeto bajo el que se dedicó a reivindicar el papel del norte del Reino en la lucha anti-colonial.

La vasta producción de Ibn Azzuz Hakim: once monografías sobre Raisuni desde 1980 hasta 2004 y una dedicada a su lugarteniente, Hamido Sukkan, en 1982, completa las informaciones aportadas por Tessainer, especialmente en los aspectos militares, como lo acontecido en la batalla de Tazarut (1922).⁴⁰ Ambos parten de una voluntad de analizar de manera rigurosa los hechos, pero también de la empatía que le genera el personaje en el caso de Tessainer y de la defensa de la historia y personajes clave del norte de Marruecos frente a la hegemonía sureña en lo que respecta a Ibn Azzuz. Esta situación genera un difícil equilibrio que se rompe en numerosas ocasiones

³⁷ Véanse como ejemplo Adnan SEBTI: “Raissouni contre Abdelkrim”, *Zamane*, 18 de mayo de 2011, <http://zamane.ma/fr/raissouni-contre-abdelkrim-2/> y Zakya DAOUD: “Abdelkrim, le moderniste”, *Zamane*, 6 de febrero de 2013. <http://zamane.ma/fr/abdelkrim-le-moderniste/> (consultados por última vez el 30-11-2018).

³⁸ Véase como ejemplo Mulay Abdelhadi ALAOUI: *Le Maroc face aux convoitises européennes (1830-1912)*, Salé, Imp. Beni Snassen, 2001.

³⁹ Fouzia EL-ASROUTI: *Der Rif-Krieg 1921-1926: eine kritische Untersuchung des gesellschaftlichen Transformationsprozesses unter Muḥammad Ibn ‘Abd al-Karīm al Ḥaṭṭābī*, Berlín, Klaus Schwarz, 2007; y Mimoun AZIZA: *La sociedad rifeña frente al protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Bellaterra 2003.

⁴⁰ Muḥammad IBN ‘AZZŪZ ḤAKĪM: *Baṭal Ḥamādī: Uld Ḥamādī al-Sukkān*, Rabat, al-Sāḥil, 1982; e ÍD.: *Ma’araka Tāzarūt*, Tetuán, al-Jalīy al-‘Arabī, 2004.

para ofrecer una visión patriótica e idealizada del movimiento y de su líder, mientras en otras se emplea un conveniente silencio que contrasta los detalles con los que se abordan determinados episodios.

El carácter patriótico y nacionalista o proto-nacionalista del jerife de Yebala se pone de manifiesto en su adhesión a la revuelta *hafidiya*, considerada como el primer gran movimiento nacional de contestación contra la penetración colonial o su reivindicación del cumplimiento de los principios wilsonianos en lo relativo al derecho de autodeterminación de los pueblos, argumento este último esgrimido por Tessainer e Ibn Azzuz Hakim para demostrar también la formación intelectual del jerife, en un nuevo intento por derribar los estereotipos negativos.⁴¹

Asimismo, y frente a la autoproclamación de emir del Rif por parte de Abdelkrim, el origen cherifiano de Raisuni y su yihad contra los españoles y franceses se subraya con idéntica finalidad, así como su papel en el levantamiento del norte del país desde sus inicios cuando aún Abdelkrim trabajaba para la administración española.⁴² Para ello incluso recoge el testimonio de una autoridad tan conocida y respetada como Sidi Tuhani al-Wazzani.⁴³ También Muhammad Daud incide en la labor del jerife en su monumental historia de Tetuán.⁴⁴

Solo a finales de la década de los ochenta la hegemonía de Ibn Azzuz se vio interrumpida con la aparición de una monografía sobre el jerife y su lucha armada, si bien se basaba en gran parte en las publicaciones del tetuaní.⁴⁵ Este último fue el impulsor del primer congreso dedicado a Raisuni, celebrado en la antigua capital del pro-

⁴¹ Muḥammad IBN 'AZZŪZ ḤAKĪM: "Al-Awḍā' u al-iḥtimā'īya wa-l-siyāsiya fī-l-šamāl al-garbī 'alā 'ahd al-sultān Mulāy 'Abd al-'Azīz. Mawqif al-šarīf al-Raisūnī min al-tawra al-ḥafīḍīya. Ziyāra al-šarīf al-Raisūnī li-l-sultān Mulāy 'Abd al-Ḥafīz bi-Fās. Ta'yīn al-šarīf al-Raisūnī ḥākiman 'āmma bi-šamāl al-garbī", en Íd. (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī wa-l-muqāwama al-maslaḥa fī šamāl al-garbī (1913-1924)*, Rabat, Mitāq al-Magrib, 1995, pp. 36-43.

⁴² Muḥammad 'AMRĀNĪ: "Al-šurafā' wa qiyāda al-ḥaraka al-ḡihādīya fī Yabāl al-Ḥabṭ jilāl ḥukm al-waṭāsiyīn al-sa'ādīyīn (1471-1578)", en Muḥammad Ibn 'AZZŪZ ḤAKĪM (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al-šarīf al-Raysūnī...*, pp. 21-35; Ḥassan AL-FIGAIGĪ: "Ta'ammul fī gāyāt ittifaqiya qariya al-Julūt bayna al-šarīf al-Raysūnī wa-l-muqīm al-'āmm Jūrdānā sana 1915", en Muḥammad Ibn 'AZZŪZ ḤAKĪM (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 73-84; Ḥassan AL-FIGAIGĪ: "Ittifāq al-Julūt bayna al-Raisūnī wa-l-iqāma al-'amma (1915-1919)", en Muḥammad IBN 'AZZŪZ ḤAKĪM (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 93-106; y Muḥammad IBN 'AZZŪZ ḤAKĪM con tres contribuciones: "Mawqif al-šarīf al-Raisūnī min al-Ḥimāya al-mafrūḍa 'alā al-Magrib. Al-šarīf al-Raisūnī yu'linu al-ḥarb 'alā Isbāniya. Al-ḡihād fī sabīl Allah difā'an 'an ḥawza al-waṭan. Al-šarīf al-Raisūnī yaltahiqqu bi-ribāt Dār Ibn Qarrīš", en Íd. (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 51-72; *Mawqif al-šarīf al-Raysūnī min al-isti'mār al-faransī*, Tetuán, Dispress, 1981; y *Al-šarīf al-Raysūnī wa-l-muqāwama al-maslaḥa fī šamāl al-Magrib*, Rabat, al-Sāḥil, 1981.

⁴³ Muḥammad IBN 'AZZŪZ ḤAKĪM: *Al-Muqāwama al-maslaḥa wa-l-ḥaraka l-waṭaniya fī šimāl al-Magrib (Taḥqīq mudakira al-Tuhāmī al-Wazzānī)*, Rabat, al-Sāḥil, 1980.

⁴⁴ Muḥammad DĀWD: *Tārīj Tiṭwān*, Tetuán, 1959-1979, 8 vols.

⁴⁵ Muḥammad ḌARĪF: *Mu'assasat al-sultān "al-šarīf" bi-l-Magrib: muḥāwala fī "al-tarkīb"*, Casablanca, Afrīqiya al-Sharq, 1988.

tectorado español, Tetuán, en 1995. Sus actas se han convertido en una publicación de referencia y en la más importante contribución a la restitución de una figura clave en la historia de Marruecos, además de plantear un primer estado de la cuestión sobre la bibliografía existente.⁴⁶

Respecto a las investigaciones presentadas, conviene mencionar las refutaciones a determinadas acusaciones sobre su supuesto colaboracionismo, actividades de piratería y sabotaje o la crueldad con la que se afirmaba que gobernaba.⁴⁷ Y también algunos estudios sobre la imagen proyectada sobre el yeblí en la prensa española de los años veinte.⁴⁸ Una tarea nada sencilla, porque a finales de los noventa, la imagen de un Raisuni producto de su tiempo pero considerado “oportunista y ávido de poder” seguía bastante consolidada en trabajos como el de Jaluq Temsamani, cuya base documental se circunscribió a la correspondencia oficial del Majzen y la diplomacia francesa, sin emplear fuentes españolas.⁴⁹

Frente a su supuesto oportunismo, el patriotismo de Raisuni es expuesto a través de su lucha contra españoles y franceses reproduciendo fundamentalmente los contenidos expuestos por Ibn Azzuz Hakim.⁵⁰ La defensa del jerife llevó incluso a competir en los sobrenombres empleados. Frente al “león del Rif”, el “águila de Zinat”;⁵¹ si el rifeño se había auto-proclamado “emir del Rif”, el yeblí provenía de una familia de jefes, descendientes del Profeta; si Abdelkrim había establecido su confederación de tribus, Raisuni había sido gobernador de Yebala y bajá Arcila; si el rifeño luchaba contra franceses y españoles, Raisuni se enfrentaba a España y mantenía correspondencia con el presidente norteamericano a quien le pidió apoyo para que Marruecos pudiera adherirse a los principios wilsonianos; si Abdelkrim fue utilizado por Lyautey para dificultar el control español del territorio con el que justificar una ampliación de la frontera francesa, Raisuni había servido al Majzen como elemento de contención ralentizando la presión y el cumplimiento de las exigencias de las potencias extranjeras, etc.

⁴⁶ Véase al respecto la contribución a dichas actas de Aḥmad BŪYĪDĀD: “Qirā'a fī kitābāt magribīya ḥawla al-šarīf al-Raisūnī (muḥāwala, ŷard wa tašnīf)”, en Muḥammad Ibn 'AZZŪZ ḤAKĪM (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 158-163.

⁴⁷ Muḥammad IBN 'AZZŪZ ḤAKĪM: “Al-šarīf al-Raisūnī al-muftarā 'alay-hi (mīn ŷarīda Al-Ḥayāt, 'adad 88 li-yawm 3 abrīl 1995)”, en Íd. (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 178-180.

⁴⁸ Arturo de SIENES: “La imagen del Cherif Raisuni en la prensa española de los años veinte”, en Muḥammad Ibn 'AZZŪZ ḤAKĪM (ed.), *Nadwa 'alamīya ḥawla al- šarīf al-Raysūnī...*, pp. 115-136.

⁴⁹ Tal y como lo describe Abdelaziz KHALLOUK TEMSAMANI: *Pais Yebala: Majzen, España y Ahmed Raisuni*, Granada, Diputación Provincial, 1999, pp. 9-10. Se trata de la traducción castellana del trabajo publicado en árabe tres años antes: 'Abd al-'Azīz JALŪQ AL-TIMSAMĀNĪ: *Ŷawānib min tārij Ŷībāla al-mu'āšira: al-qā'id Aḥmad al-Raisūnī wa Isbāniya*, Casablanca, al-Naŷāḥ al-Ŷadīd, 1996.

⁵⁰ Mohamed DAHECH: *My Ahmed Raissouni face au colonialisme franco-espagnol*, Tetuán, Imp. Ouidan, 1998.

⁵¹ Manuel L. ORTEGA: op. cit.

Incluso destacados ulemas, como Mulay Ali Raisuni, se animaron a publicar sobre su antepasado haciendo uso de la documentación familiar de la que disponía. Sin embargo, el estudio se centra en el papel desempeñado por la cofradía raisuniya en el desarrollo del país, y no tanto en una de sus más destacadas figuras. Conviene recordar al respecto las atribuciones político-religiosas dimanadas de su condición de jerife.⁵²

Por lo que respecta a Abdelkrim, en 1979, una monografía que recordaba a la de Alami, veía la luz en Tetuán.⁵³ El contrapunto lo encontramos en tres monografías a cargo de Ibn Azzuz Hakim, además de la traducción árabe de las memorias del lugarteniente José Casares Lucas.⁵⁴ Contrastan sin duda y no solo cuantitativamente respecto a los trabajos sobre Raisuni, también en el tratamiento del personaje. En el caso del rifeño, el historiador se refiere a él como líder de un movimiento colonizador, sin atribuirle la condición de patriota ni de nacionalista. Tampoco incide en algunos aspectos ya señalados y sobredimensionados por otros autores y se centra sobre todo en las campañas militares. Asimismo, trabajos como el de Benaboud basado en documentación española abren una puerta a la matización e incluso revisión de importantes pasajes.⁵⁵

En términos generales, y mientras Abdelkrim seguiría manteniendo la estela heroica y nacionalista, el banditismo y pillaje tradicionalmente atribuidos a Raisuni se habría transformado en una visión mucho más compleja en la que tenía cabida su labor diplomática y política. Si consideramos la obra de Tessainer y la comparamos con las de Ibn Azzuz se observa una mayor idealización en la primera y un empeño por mostrar a un personaje poliédrico en la segunda.

Por su parte, al-Saud retomaba en 2017 la tendencia norteña de reivindicar la lucha anti-colonial bajo el protectorado español y dedicaba su primer volumen a la resistencia armada.⁵⁶ El principal logro de la obra de Saud es el cotejo de documentación francesa, española y árabe, si bien el carácter generalista de la obra no permite profundizar en los aspectos ya mencionados en torno a Raisuni y Abdelkrim.

⁵² ‘Alī RAYSŪNĪ: *Ribāṭ al-zāwiya al-Raysūniya wa binā’ al-Magrib al-ḥadīt*, s.l., 2002.

⁵³ Muḥammad ‘U. AL-QĀDĪ: *Asad al-Rīf: Muḥammad ‘Abd al-Karīm al-Jaṭṭābī (Mudakirāt ‘an Ḥarb al-Rīf)*, Tetuán, 1979.

⁵⁴ Muḥammad IBN ‘AZZŪZ ḤAKĪM: *Ma‘araka Anwāl (21 yūliūz 1921) bi-munāsiba dikra-hā al-sitīniya*, Rabat, al-Sāḥil, 1981; Íd.: *Ma‘ārik al-tawra al-rīfiya min 1921 ilà 1926*, Rabat, al-Sāḥil, 1983; e Íd.: *Wamaḍāt maḍī‘a ‘an al-ḥarb al-rīfiya. Min jilāl mudakirāt šāhid ‘ayān isbānī*, Rabat, al-Sāḥil, 1986.

⁵⁵ Lucía CALANCHA y M’hammad BENABOUD: “Evasión de Mohammad Ben Abdelkrim al-Jattabi a El Cairo según el Archivo Varela”, *Hesperia culturas del Mediterráneo*, 16 (2012), pp. 239-258.

⁵⁶ ‘Abd al-‘Azīz, AL-SA‘ŪD: *Al-isti‘mār al-isbānī fī-l-Magrib. Al-muqāwama al-maslaḥa al-niḍāl al-iṣlāḥī wa al-siyāsī al-waṭanī*, 2 vols., Tetuán, Manṣūrāt Mu‘assasa al-šahīd Aḥmad Muḥammad Ibn ‘Abūd, 2017.

Esbozos de historiografía crítica respecto a los mitos fundacionales

Hasta el momento solo contamos con algunos estudios en los que la presencia marroquí es escasa. En 1997, Michele Le Gall y Kenneth Perkins publicaron una obra colectiva sobre la historia y la historiografía del Magreb. La única contribución valiosa para el tema que nos ocupa es la que Mohamed el Mansour dedicaba a la historiografía marroquí.⁵⁷ En su artículo, el Mansour afirma que en 1956 había pocos historiadores marroquíes que pudieran asumir la tarea de reescribir y que hasta mediados de la década de los setenta no se contó con una primera generación de historiadores formados al efecto. La utilización del término “reescritura” resulta significativo, como también la contextualización de una historia que reconoce no partir de presupuestos objetivos en el marco de la narrativa típica de los países recién independizados.

Tras esta aparente justificación, el autor afirma que el relato fue puesto al servicio de una monarquía que necesitaba legitimar su poder y de un partido político, el *Istiqlal*, que no quería perder su posición privilegiada en el nuevo engranaje estatal tras haber perdido su pulso con la dinastía alauí por hacerse con el control del país. El Mansour emplea también el concepto de “historia oficial” para referirse a la amplia producción generada en este marco y que considera necesaria para romper con la historiografía colonial, y remarca la importante contribución prestada por los primeros historiadores a los que nos hemos referido, especialmente Laroui y Ayache. A este último le atribuye liderar lo que denomina como segunda fase en la historiografía marroquí, la tendencia “nacionalista” caracterizada por romper con los estereotipos promovidos y asentados por la historiografía colonial. Su análisis culmina en los años ochenta, un periodo de tiempo que presenta una transición hacia lo que hemos denominado una tendencia renovadora dentro de la cual se observa el continuismo de los mitos fundacionales, la incorporación a los mismos de la región norte y el inicio de los estudios *amazigh*.

No será hasta el año 2000 cuando Muhammad Tahtah realice la primera y única hasta el momento relevante contribución al estudio de la producción dedicada a Abdelkrim. La obra presenta algunos puntos fuertes, como la revisión crítica de una amplia bibliografía, pero sus conclusiones se muestran contradictorias con este espíritu crítico y adolecen de la objetividad que sí muestra en otros pasajes de la obra. Así, basándose en documentos y textos primarios, sostiene que Abdelkrim abogó por el resurgimiento de la cultura islámica, por un lado, y admiró el progreso del material europeo moderno, por otro. Define al rifeño como un pensador reformista, modernista y pragmático a la vez. Dicho pragmatismo explicaría la concepción de su Confederación de

⁵⁷ Mohammed EL MANSOUR: op. cit, pp. 109-120.

tribus, una mezcla bastante sui generis del emirato islámico y del sistema republicano europeo. Tahtah concluye afirmando que el camino elegido por Abdelkrim ha de inscribirse como parte de las alternativas surgidas dentro de la *Umma* para salir de la crisis en la que el mundo islámico permanecía desde la caída del Califato y el surgimiento de la colonización occidental a principios de siglo.

Aún considerando que algunas de las conclusiones expuestas por Tahtah podrían cuestionarse, su silencio en cuestiones clave como el nacionalismo de Abdelkrim resultan sin duda muy reveladoras del carácter netamente local, en el mejor de los casos regional, del marco ideológico en el que se inscribe su revuelta. La segunda aportación significativa es la introducción del carácter pragmático, ya que constituye un elemento recurrente en la producción de los historiadores nortños que evidencia una notable plasticidad, extrapolable a las autoridades coloniales, y denota la complejidad de la realidad histórica, las limitaciones de unos y otros y su adaptación en los medios empleados para conseguir sus objetivos.

Mientras tanto, en la década de los noventa el regreso de la temática colonial en Francia discurría paralelo a la emergencia de una temática decolonial. Fruto de esta coexistencia, en 2009 Pierre-Robert Baduel editaba un volumen colectivo de más de seiscientas páginas dedicado a los logros y retos de las investigaciones sobre el Magreb contemporáneo.⁵⁸ Junto a la recuperación del periodo otomano y la consolidación de la perspectiva de género, interesantes aportaciones sobre el retorno del paradigma culturalista colonial, cómo los instrumentos de poder lo son también de la memoria, o la posición de los estudios coloniales versus la sociología histórica de la política, ninguna de las treinta y tres contribuciones está dedicada a Marruecos. Ni siquiera al creciente papel de la amazighidad en la revisión y reescritura de la historia, en la que Abdelkrim podía haber sido uno de los referentes.

En 2013, Maghraoui dirigía un dossier encaminado a revisar los estudios existentes sobre le pasado colonial en Marruecos. Ninguno de los catorce textos que componen el volumen abordaba la lucha anti-colonial ni las bases ideológicas del nacionalismo en cualquiera de sus aspectos, lo cual resulta sumamente significativo.⁵⁹ Finalmente, en mayo de 2018 se han reeditado en Rabat las actas del congreso dedicado a Abdelkrim de 1973, todo un síntoma de la fuerza que continúa teniendo la historiografía oficial en la actual producción histórica marroquí.

⁵⁸ Pierre-Robert BADUEL (ed.): *Chantiers et défis de la recherche sur le Maghreb contemporain*, París, Karthala, 2009.

⁵⁹ Driss MAGHRAOUI (ed.): *Revisiting the Colonial Past in Morocco*, Routledge, Nueva York, 2013.

Conclusiones

A tenor de los títulos consultados, podría colegirse que en términos generales, los estudios relativos a las dos grandes figuras de la lucha anti-colonial y a las campañas militares franco-españolas presentan una uniformidad, con pequeños matices, tanto entre autores marroquíes como entre los franceses, españoles y anglosajones. Dicha confluencia lleva a plantearse hasta qué punto la producción historiográfica colonial y la poscolonial francesa y española han podido influir en el desarrollo de la historiografía marroquí, en la metodología, enfoque y documentación empleados.

En este sentido, la reflexión discurre por dos ejes complementarios, aunque pudiera no parecerlo a priori. El primero, la consolidación de una imagen excesivamente simplista y por ello alejada de la compleja realidad histórica y de la no menos convulsa trayectoria de ambos personajes. En segundo lugar, pudiera considerarse que dicha visión supone al mismo tiempo una continuidad respecto a los clichés establecidos y también una ruptura con aquellos escritos coloniales basados en estereotipos orientalizantes, que habrían sido sustituidos por arquetipos heroicos sobre los que se han construido los mitos fundacionales del Marruecos independiente. En otras palabras, cabría plantearse si la historiografía oficial marroquí bebió de las fuentes coloniales y acabó sustituyendo una ficción por otra más beneficiosa para el relato nacional que tanto se necesitaba afianzar como elemento unificador del país en los primeros años de independencia.

En consecuencia, cabría cuestionarse la existencia de estudios decoloniales para el tema que nos ocupa, ya que el exotismo y la caricaturización de ambos líderes por la literatura colonial y buena parte de la poscolonial realizada por autores españoles, franceses y anglosajones habría adquirido continuidad en la idealización y el patriotismo con el que las dos grandes tendencias: la oficialista y la inclusiva del norte, continúan contribuyendo a sustentar los mitos fundacionales del reino alauí. Unos mitos que, conviene recordar, siguen estando muy presentes en la actualidad en la configuración política, social, jurídica y religiosa del país magrebí.

Esta circunstancia añade la limitación que supondría contravenir los principios ideológicos sobre los que se sustenta el país. No es una cuestión baladí esta última, y debe tenerse muy en cuenta a la hora de enjuiciar la producción historiográfica marroquí, el por qué las nuevas generaciones eligen unos temas y no otros y la profundidad de análisis que pueden acometer sin alcanzar las líneas rojas que por sus implicaciones extra-académicas no pueden ni deben ser cruzadas.

El fenómeno de sobrecompensación con el que se podría definir la tendencia revisionista impulsada por los intelectuales del norte del país desde finales de la década

de los ochenta resulta entendible, habida cuenta del silencio institucional al que fue sometida la antigua zona de protectorado español durante más de cuarenta años y al vacío historiográfico existente en una historia contada desde el sur y para el sur con una gran impronta francesa, esta última extensible a prácticamente todos los órdenes del país. Por otra parte, la introducción de interesantes matices en sus análisis sobre Abdelkrim permiten vislumbrar una re-interpretación del movimiento rifeño en clave regional y nacional.

Esta situación contrasta con la revitalización de los estudios *amazigh* y la reescritura de la historia del país magrebí recuperando el papel de esta comunidad en la historia. Sin embargo, ni desde los investigadores y académicos ni desde las instituciones oficiales, como el Instituto Real de la Cultura Amazigh (IRCAM) se ha procedido a promover una línea de investigación rigurosa y crítica respecto a los mitos fundacionales y al carácter plural del reino alauí. Junto al tratamiento idealizado de un Abdelkrim convertido artificialmente en símbolo de la nación marroquí, y no de la identidad e idiosincrasia *amazigh*, otros personajes olvidados están siendo rescatados para reivindicar el papel de esta comunidad en similares términos de parcialidad.⁶⁰

Por todo ello, se hace necesario emprender un doble proceso: el de traducción de algunas de estas publicaciones para dar voz a la óptica marroquí, y el de cotejar dicha producción con la existente en lenguas europeas para tratar de identificar y paliar las carencias existentes. Queda aún un largo camino por delante y Marruecos no es una excepción en el conjunto de la región mediterránea en mantener una unidad nacional en torno a una serie de conceptos y personajes de los que, más allá del relato oficial, apenas conocemos sus luces y sus sombras.

Un par de trabajos rigurosos sobre la producción historiográfica marroquí realizada por historiadores marroquíes en las últimas dos décadas no parece un balance aceptable, pero sí prometedor dentro de las limitaciones y el pausado ritmo con el que discurren y evoluciona la investigación histórica en el país magrebí debido a los enormes condicionantes comentados. Estudios historiográficos como el de El Mansour (1997), y sobre todo el de Tahtah (2000) hacen albergar esperanzas de que la revisión crítica de algunos de estos pilares identitarios no solo es posible, sino conveniente para evitar caer en maniqueísmos y simplificaciones interesadas de una realidad histórica y social tan cambiante como compleja que debe entenderse en su conjunto.

⁶⁰ Véase como muestra Ḥ. AWRĪ: “Zu’amā al-muqāwama al-amāzigiyyīn, namūdū Sīdī R/hū al-‘arfāwī”, *Maḡāla al-Dākira al-Waṭanī*, 9 (2009), pp. 127-139.

El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual

The Spanish Protectorate in Morocco. Colonial frenzy and the impact of Annual

Jesús Marchán Gustems

*GRIMSE (Grupo de Investigación en Imperios, Metrópolis y Sociedades
Extraeuropeas)*

jesus.marchang@gmail.com

Resumen: Esta investigación aborda el auge de la colonización agrícola en la zona oriental del protectorado español de Marruecos (1912-1956), que fue liderada por la Compañía Española de Colonización (CEC). Para ello se ha trabajado con algunas fuentes archivísticas, prensa y publicaciones de la época, en especial aquellas que daban apoyo al colonialismo; aunque también las hay que se muestran más críticas. Esta empresa abrió al cultivo varias áreas en el Rif a las que acudieron a trabajar agricultores españoles. La más importante fue en la Llanura del Garet, la cual ocupaba más de 20.000 hectáreas. La CEC era propiedad de un grupo de inversores que estaban relacionados con las altas instancias políticas españolas, incluido el rey Alfonso XIII, gracias a lo cual gozaban de una buena posición a la hora de invertir y proteger sus propios intereses. La iniciativa más lucrativa que poseía el grupo era la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR), que brindó grandes dividendos a sus accionistas. La CEC era una pieza también importante de este grupo y al mismo tiempo era una herramienta para garantizar la permanencia no sólo del proyecto empresarial, sino también del proyecto colonial español en el norte de Marruecos. En este sentido, de la misma manera que la CEMR gozó del favor del estado para lograr las concesiones de explotación minera no muy lejos de Melilla, la CEC se benefició de la legalización de la compra masiva de terrenos en la Llanura del Garet. Esta adquisición se enmarca dentro del periodo inicial del protectorado español de Marruecos, un momento en el que las autoridades coloniales y militares no controlaban la zona asignada a España en 1912, y en que al mismo tiempo tuvo lugar una “fiebre colonizadora”, como consecuencia del aumento de la demanda de propiedades. El Desastre de Annual (1921) destruyó la labor realizada hasta entonces. Las autoridades coloniales y metropolitanas, antes que prestar su apoyo a los colonos que sobrevivieron y perdieron sus inversiones,

protegieron los intereses del grupo propietario de la CEC para recuperar su inversión. Lo cual tendrían consecuencias negativas a largo plazo para el proyecto colonial español.

Palabras clave: Colonización agrícola, Compañía Española de Colonización, “fiebre colonizadora”, Marruecos, Annual.

Abstract: This research works on the rise of the agricultural colonisation in the Eastern area of the Spanish protectorate of northern Morocco (1912-1956), commanded by Compañía Española de Colonización. In order to complete our purpose we have worked with some documentation from archives, press and contemporary publications. Most of them supported the Spanish colonial project, but there are some that were opposed, too. That enterprise opened some cultivation areas in the Rif, worked by Spanish settlers. The most important one was the Plain of Garet that measured over 20.000 hectares. CEC was owned by a group of investors well related with the highest Spanish political authorities, including King Alfonso XIII. Thanks to it they had a good position to invest and protect their own interests. The most lucrative enterprise they owned in northern Morocco was Compañía Española de Minas del Rif. CEC was an important piece of investor group and also an important tool to ensure the continuation of the business project and the colonial one. In this respect CEMR was supported and favoured by the Spanish authorities in order to get the mining concessions around Melilla. And so they did with CEC, thanks to the legalisation of the massive acquisition of real estate in the Plain of Garet. This important purchase is part of the initial period of the Spanish protectorate of northern Morocco. It was a moment in which colonial and military authorities didn't have the whole control of the zone assigned to Spain in 1912. But at the same time there was a “colonising fever”, as a consequence of the rise of the real estate demand. The Disaster of Annual (1921) destroyed the past work. The Spanish colonial and metropolitan authorities didn't give all their material support to the settlers that survived, but lost their investment. But they helped CEC owners in order to recover their money. This fact would have negative consequence in long term for the Spanish colonial project.

Keywords: Agricultural colonisation, Compañía Española de Colonización, “colonising fever”, Morocco, Annual.

Para citar este artículo: Jesús MARCHÁN GUSTEMS: “El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 61-81.

Recibido 01/02/2019

Aceptado 16/05/2019

El Protectorado español de Marruecos. La fiebre colonizadora y el impacto de Annual

Jesús Marchán Gustems

GRIMSE (Grupo de Investigación en Imperios, Metrópolis y Sociedades Extraeuropeas)

jesus.marchang@gmail.com

Introducción. La zona oriental del protectorado

El llamado Desastre de Annual, que tuvo lugar en julio de 1921, fue un momento clave de la presencia colonial española en el norte de Marruecos. El desmoronamiento de la Comandancia General de Melilla liquidó la labor militar realizada desde la primera década del siglo XX. Hasta entonces el control del territorio se fundamentaba en un lento avance de las tropas y pactos con los cabecillas y notables locales, que a la postre eran sobornos que incluían pagos mensuales para mantener su fidelidad hacia las autoridades españolas. La derrota demostró la ineficacia de esta estrategia y dejó al descubierto serios errores por parte de la cúpula del ejército destacado en Marruecos. Militares y civiles peninsulares huyeron hacia Melilla, pero por el camino perecieron alrededor de 10.000 de ellos a manos de marroquíes contrarios a la ocupación de su territorio y seguidores de Mohamed ben Abd el Krim el Jatabi. Así, en el verano de 1921 la acción colonial española, aún en un estado inicial, sufrió un serio revés que tuvo un fuerte impacto en la labor civil desarrollada hasta ese momento, y que la condicionaría en los años posteriores.¹

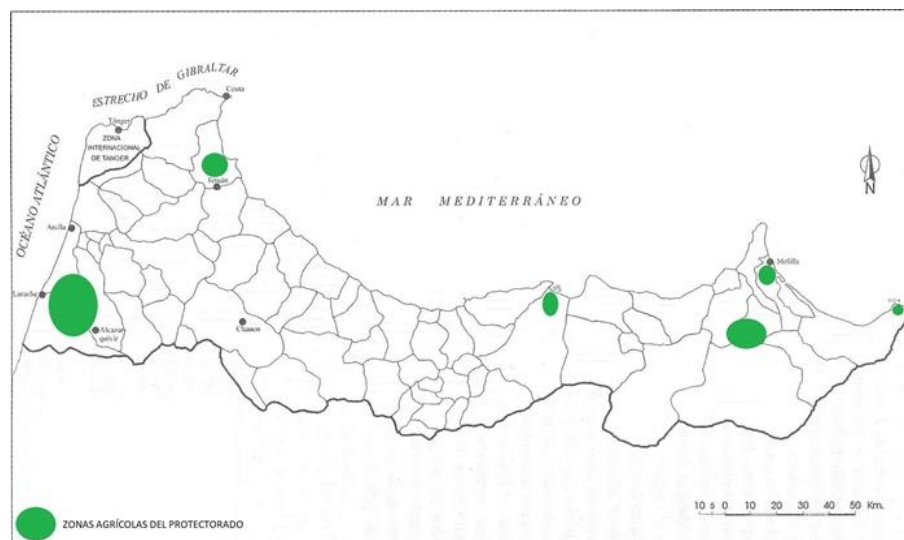
La actividad económica más importante en el protectorado español de Marruecos fue la minería, en especial en la parte oriental. Este negocio generó grandes beneficios a las empresas que se atrevieron a invertir, en un momento en que la zona asignada para España en el Convenio hispano-francés de 27 de noviembre de 1912, de unos 20.000 km², no estaba enteramente bajo control metropolitano. La Compañía Española de Minas del Rif (en adelante CEMR) fue la más importante de todas. Entre 1914 y 1966 sus accionistas obtuvieron 2.405 millones de pesetas en beneficios, por lo que se considera como «uno de los negocios más rentables de la historia de la minería española».² Esta actividad, junto a las que crecieron a su alrededor, se convirtió en una de las

¹ Juan PANDO DESPIERTO: *Historia secreta de Annual*, Madrid, Temas de Hoy, 1999; Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *En el Barranco del lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005; Íd.: *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza, 2009; Luis Miguel FRANCISCO: *Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el Desastre de Annual*, Barcelona, Crítica, 2014.

² Pablo DÍAZ MORLÁN: *Empresarios, militares y políticos: La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Madrid: Marcial Pons, 2015, pp. 201-204.

vías de entrada del capitalismo financiero en la región, de la mano de grupos inversores mayoritariamente españoles. Este impulso económico en el norte de Marruecos creó una nueva clase asalariada, cuya subsistencia no dependía únicamente de oficios y actividades propias de la sociedad precolonial marroquí.³

Lógicamente existían más actividades económicas, con unos rendimientos menores, lejos de las grandes ganancias de la citada empresa minera. Un ejemplo es la actividad agropecuaria desarrollada por los colonos, diseminados por diversas áreas del protectorado, y que tenía el objetivo de consolidar la presencia española. Existieron algunos núcleos agrícolas de españoles en la zona atlántica, en especial alrededor de las ciudades de Larache, Alcazarquivir y Arcila. También estaban presentes en el territorio que rodea Tetuán y en la zona oriental, en el hinterland de Melilla (véase mapa 1). Su pauta de asentamiento estuvo condicionada por la presencia de más españoles y de la administración y el ejército colonial.⁴



Mapa 1. Regiones agrícolas importantes del norte de Marruecos

En opinión de los grupos científicos que realizaron itinerarios de reconocimiento por el norte de Marruecos durante los primeros años del protectorado, salvo algunas

³ *Ibidem*; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif, crónica de una historia casi olvidada*, Ciudad Autónoma de Melilla - UNED-Centro asociado de Melilla, Málaga, 2008 [1999]; Mimoun AZIZA: *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Bellaterra, 2003.

⁴ Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ: “Notas sobre la colonización agrícola en el protectorado de España en Marruecos”, *Sharq Al-Andalus*, 10-11 (1993-1994), pp. 423-452; Abel ALBET I MAS: “La huella de España en Marruecos: Políticas de ocupación, protección y explotación”, en Joan NOGUÉ, José Luis VILLANOVA (eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 403-434; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*; Federico VILLALOBOS: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004.

zonas más fértiles, la región oriental era menos productiva que la occidental.⁵ La economía era fundamentalmente de subsistencia y muchas familias trabajaban en común. A menudo, pues, tierra, trabajo y cosecha eran compartidos para asegurar el sustento familiar. La productividad de la tierra, decíamos, en general era muy baja, pues se utilizaban técnicas de cultivo rudimentarias, que no seguían la ciencia agronómica que se desarrollaba en el mundo occidental.⁶ Esta situación daba lugar a periodos de hambruna y obligaba a muchos marroquíes a emigrar estacionalmente a la vecina Argelia, donde encontraban trabajo en las explotaciones agropecuarias de los colonos europeos.⁷

El despertar del interés colonial

A principios del siglo XX, en el marco del ascenso del imperialismo europeo, Francia y España obtuvieron el acuerdo de Gran Bretaña para ocupar el imperio jerifiano, gracias a la firma de la Declaración relativa a Egipto y Marruecos entre británicos y franceses, acuerdo suplementario a la Entente Cordiale, de 1904. A partir de ese momento se recuperó el interés colonial español por Marruecos, reivindicado por primera vez dos décadas atrás por los círculos africanistas de la Sociedad Geográfica de Madrid y la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas.⁸ En ese mismo año se fundaron los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes, cuyo objetivo era «crear una opinión favorable al desarrollo de una expansión comercial, industrial y nacional en Marruecos, con

⁵ Juan DANTÍN CERECEDA: *Una expedición científica por la zona de influencia española en Marruecos*, Barcelona, Estudio, 1914; Ángel de TORREJÓN Y BONETA, Paulino ARIAS JUÁREZ, Ángel ARRÚE ASTIAZARÁN: *Estudios e informe relativos a la colonización agrícola de la zona de protectorado de España en Marruecos*, Madrid, Imprenta Helénica, 1923; Ángel CABRERA: *Magreb-el-Aksa. Recuerdos de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*, Madrid, Voluntad, 1924.

⁶ Esta disciplina fue presentada como herramienta de progreso, fruto de la superioridad material occidental en este campo. Por lo tanto se convirtió en un argumento más del imperialismo europeo en los siglos XIX y XX. Robert ALDRICH: *Greater France: A History of French Overseas Expansion*, Basingstoke: Macmillan, 1996; Joseph M. HODGE: *The triumph of the experts: Agrarian doctrines of development and the legacies of British colonialism*, Athens, Ohio University Press, 2007.

⁷ Juan Bautista VILAR: “Los orígenes de la inmigración laboral marroquí en la Argelia francesa: Los rifeños en la Oranie (1855-1863)”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 6 (1985), pp. 117-146; David Montgomery HART: *Estructuras tribales precoloniales en Marruecos Bereber, 1860-1933: una reconstrucción etnográfica en perspectiva histórica*, Granada, Universidad de Granada, 1997; Mohamed EL ABDELLAOUI, Noureddine CHIKHI: “El regadío y las transformaciones agrarias en el Rif”, en VV.AA.: *Transformaciones agrarias en Andalucía oriental y norte de Marruecos*, Granada, Diputación provincial de Granada, 1997, pp. 253-282; Nicolas MICHEL: *Une économie de subsistances. Le Maroc précolonial. I*, El Cairo, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1997; e Íd.: “The individual and the collectivity in the agricultural economy of pre-colonial Morocco”, en Hanna NELLY (ed.): *Money, land and trade. An economic history of the Muslim Mediterranean*, London-New York, I.B. Tauris, 2002, pp. 15-36; Mimoun AZIZA: op. cit., pp. 43-46.

⁸ José Antonio RODRÍGUEZ ESTEBAN: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996; Víctor MORALES LEZCANO: *León y Castilla, embajador (1887-1918)*, Las Palmas, Cabildo de Gran Canaria, 1998, pp. 111-114; Jean Marc DELAUNAY: *Méfiance cordiale. Les relations franco-espagnoles de la fin du XIXe siècle à la Première Guerre mondiale. Vol. 2. Les relations coloniales*, París, L'Harmattan, 2010, pp. 182-204.

el fin de que el país alauta constituyera un mercado de venta para los productos españoles». ⁹ Estas entidades tomaron el relevo de las dos anteriores, ya que se trataba igualmente de un *lobby* para la defensa y la promoción de los intereses españoles en el imperio jerifiano. Dos años más tarde la Conferencia de Algeciras dio lugar a la creación de las zonas de influencia española y francesa en Marruecos, lo cual significó un importante paso para la ocupación del país. ¹⁰ Fue a partir de entonces cuando los Centros Comerciales organizaron los Congresos Africanistas (celebrados anualmente entre 1907 y 1910). Eran un punto de encuentro para representantes del mundo empresarial y financiero y de la política peninsular interesados en las oportunidades que ofrecía la política imperialista española en África. Se crearon sinergias para impulsar la acción colonial, y como veremos sus propuestas y/o necesidades fueron en gran medida atendidas por el estado. En lo relativo al desarrollo agrícola, en el transcurso del Tercer Congreso, en 1909, se acordó la petición de apertura de granjas experimentales en las cercanías de Ceuta y Melilla para promover la innovación agrícola. ¹¹ También se resolvió solicitar al Gobierno la preparación del acomodo de colonos en territorio marroquí. Esta petición era más compleja, pues se realizaba en un momento en que la presencia de tropas y de trabajadores españoles para construir el tren que debía unir Melilla con la explotación minera de la CEMR provocaron la respuesta armada local. La protección militar, pues, era imprescindible. ¹²

En 1910, antes de la celebración del Cuarto Congreso Africanista, el ingeniero agrónomo José Vicente Arche publicó un informe sobre la situación agrícola de la región oriental de la zona de influencia española en el norte de Marruecos. Arche había viajado a la región como parte de una comitiva de ingenieros civiles que acompañaban al entonces ministro de Fomento, Rafael Gasset, para evaluar el potencial económico de la región. La mayor parte eran ingenieros de minas, mientras que él era el único

⁹ CENTROS COMERCIALES HISPANO-MARROQUÍES: *Los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes y el Problema de Marruecos: la elocuencia de un inventario (De 1904 a 1921)*, Madrid, España en África, 1922, p. 4.

¹⁰ Víctor MORALES LEZCANO: op. cit., pp. 114-118; José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, Eloy MARTÍN CORRALES: “Introducción”, en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, Eloy MARTÍN CORRALES (eds.), *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Bellaterra, 2007, pp. 9-21; Jean Marc DELAUNAY: *Méfiance cordiale...*, pp. 224-247; José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD: *Historia colonial de Marruecos (1894-1961)*, Córdoba, Almuzara, 2019, pp. 61-89.

¹¹ Al cabo de unos pocos meses se aprobó el establecimiento de la primera granja en Nador, aunque por motivos de seguridad se aprobó que su ubicación volviera a Melilla. Hasta 1921 se convirtió en un importante foco de irradiación de la agronomía moderna en el norte de Marruecos. “Real Orden creando en Nador una Granja Escuela Experimental”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 15 de febrero de 1910; Jordi CARTAÑÀ: “Las Estaciones Agronómicas y las Granjas Experimentales como factor de innovación en la agricultura española contemporánea (1875-1920)”, *Scripta Nova*, IV-69, <http://www.ub.edu/geocrit/sn-69-16.htm> (consultado por última vez el 20-12-2018); Rafael DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ: *Políticas agrícolas en el protectorado español de Marruecos*, Málaga, Universidad de Málaga, 2017, pp. 159-161.

¹² CENTROS COMERCIALES HISPANO-MARROQUÍES: *Tercer Congreso Africanista*, Barcelona, España en África, 1909, pp. 94-95, 121; José Antonio RODRÍGUEZ ESTEBAN: op. cit.; Joan NOGUÉ, José Luis VILLANOVA: “Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos”, en Joan NOGUÉ, José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 183-224; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *En el Barranco...*, pp. 43-71.

agronomo de la comitiva. Su informe describe una actividad agropecuaria rudimentaria, atrasada, en comparación con la española del momento. Para dar un vuelco a esta situación Arche proponía la promoción de técnicas de cultivo modernas gracias al establecimiento de una granja experimental y a la creación de un Servicio Agronómico¹³ en Melilla, así como la realización de un estudio sobre cómo llevar a cabo la colonización agrícola. Este informe es el primer documento oficial conocido que habla de las condiciones agrarias del norte de Marruecos, y apunta dos posibles estrategias para promover su modernización: la labor de las citadas instituciones agronómicas y la explotación de parcelas por parte de colonos.¹⁴ Unos meses más tarde, a finales de 1910, en el Cuarto Congreso Africanista se acordó la necesidad de estudiar el régimen de propiedad autóctono, de hacer un catastro de los terrenos ocupados o bien adquiridos para saber con cuáles se disponía para iniciar la colonización.¹⁵

La labor de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes y el informe de José Vicente Arche abordaron por primera vez los principales problemas, desde un punto de vista europeo, de la actividad agropecuaria en el norte de Marruecos. Éstas son las primeras evidencias de la preparación de la colonización agrícola, que abordaremos parcialmente aquí. En los años posteriores, y aunque lentamente, a medida que se fue asentando la administración colonial española se comenzaron a utilizar dos maneras de llevarla a cabo. La primera era la colonización libre, de iniciativa privada, mientras que la segunda era la oficial, orientada y sustentada por el estado. En los primeros años del protectorado la primera opción tuvo más empuje, especialmente por parte de una empresa cuyo objetivo, más que el cultivo, era la concesión y venta de tierras. El establecimiento de esta compañía en la zona, como en el caso de la CEMR, fue posible en gran medida gracias a la intervención de las autoridades metropolitanas.

La CEMR, la CEC y la «fiebre colonizadora»

A pesar de las expectativas creadas desde principios del siglo XX, en especial por la agitación de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes, la ocupación del norte de Marruecos no generó una gran demanda empresarial española, en un momento en que la zona de protectorado no estaba completamente controlada por las autoridades militares metropolitanas. En este contexto, un grupo de hombres de negocios e inversores españoles se decidió a apostar por el proyecto colonial. Sus contactos con el poder político eran estrechos. Estaban relacionados o bien eran miembros del Partido Liberal y

¹³ Ambas instituciones fueron establecidas en España en el siglo XIX. Contribuyeron notablemente a la modernización del sector. Juan PAN-MONTOJO: “La administración agraria en España, 1847-1907”, *Historia Agraria*, 10 (1995), pp. 67-88; Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO: *El apagón tecnológico del franquismo: Estado e innovación en la agricultura española del siglo XX*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2007, pp. 38-130.

¹⁴ “Condiciones agrícolas de nuestras posesiones del Rif”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 15 de febrero de 1910; José Vicente ARCHE Y LÓPEZ: *Memoria acerca del estado actual de la agricultura en el Rif, y reformas posibles e inmediatas que conviene implantar*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa, 1910.

¹⁵ CENTROS COMERCIALES HISPANO-MARROQUÍES: *Cuarto Congreso Africanista*, Barcelona, España en África, 1910, p. 130.

altos cargos del estado, y contaban con el apoyo y la amistad del rey Alfonso XIII, firme partidario e impulsor del proyecto imperialista español en África.¹⁶ En 1908 fundaron la CEMR (inicialmente llamada Sindicato Español de Minas del Rif) y tomaron cargos de responsabilidad en su junta directiva. El primer presidente fue Miguel Villanueva y Gómez, destacado miembro del Partido Liberal, el cual en 1923 fue nombrado alto comisario del protectorado. Al año siguiente, en 1909, fue sustituido por Alejandro Gandarias, destacado empresario vasco del sector siderúrgico. Del mismo partido provenían Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, que antes de la creación de la compañía rivalizó con varios de los que serían sus socios para obtener concesiones mineras, Manuel González Hontoria, Manuel Portela Valladares o Alfonso Gómez Jordana. Este último era hermano de Francisco, quien sería alto comisario entre 1915 y 1918. También figuran como principales inversores Tomás de Zubiría e Ybarra, primer conde Zubiría e igualmente destacado empresario vasco, y Juan Antonio López Güell, en representación de los intereses de su tío Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas. El núcleo fundador contaba igualmente con varios hombres que tuvieron un importante papel a la hora de conseguir los permisos mineros y el favor del estado, como Clemente Fernández, empresario madrileño; el ingeniero Alfonso del Valle; Carlos Levinson, empresario minero; y Enrique MacPherson, agente de seguros y empresario gaditano.¹⁷

En estos años de cerco colonial las autoridades españolas adquirieron varias propiedades rústicas cerca de Zeluán, Segangan y Monte Arruit.¹⁸ Estas adquisiciones debían servir para poblar el territorio con españoles que reforzaran la actividad minera y aseguraran la consolidación del proyecto colonial. Los dirigentes de la CEMR actuaron de forma similar. No sólo estaban interesados en la compra de tierras en las que se encontraban yacimientos de minerales, obtenidas tras duras pugnas, sino que además se interesaron por tierras agrícolas, sobre las cuales había aumentado la demanda desde el establecimiento de los protectorados en 1912:

A raíz de implantarse en la Zona marroquí el Protectorado francés, afluyeron tanto a la Zona francesa como a la española, una verdadera pléyade de negociantes, que pretendían acaparar tierras, bosques, etc. entendiéndose

¹⁶ Pedro L. ANGOSTO VÉLEZ: *Alfonso XIII, un rey contra el pueblo: raíces de la Guerra Civil. Una mirada a través de El Socialista (1917-1923)*, Sevilla, Renacimiento, 2005, pp. 183-212; Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 93-95.

¹⁷ Víctor RUIZ ALBÉNIZ: *España en el Rif. 1908-1921*, Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, 2007 [1921], pp. 43-47; Ginés SANMARTÍN SOLANO: “La compañía española de Minas del Rif (1907-1984)”, *Aldaba*, 5 (1985), pp. 55-74; José Antonio SAINZ VARELA y José Luis BARRERA MORATE: “¿Quiénes fueron los promotores de la Compañía Española de Minas del Rif?”, en Francisco A. GONZÁLEZ REDONDO (coord.): *Ciencia y Técnica entre la Paz y la Guerra. 1714, 1814, 1914*, Madrid, SEHCYT, 2015, pp. 971-978; Pablo DÍAZ MORLÁN: op. cit., pp. 33-52.

¹⁸ Tomás MAESTRE: “La obra del general Jordana”, *África española*, 30 de noviembre de 1914.

directamente con los indígenas, los que a su vez utilizaban toda clase de medios que podían para llevar a cabo aquellas compras de terrenos.¹⁹

En la zona española la demanda de tierras por parte de europeos aumentó en la zona atlántica,²⁰ en los alrededores de Tetuán²¹ y en el área de Melilla,²² donde se realizaban operaciones militares contra la resistencia rifeña. Como decíamos al principio, éstas serían algunas de las zonas agrícolas más importantes del protectorado (véase mapa 2). Esta dinámica contribuyó al aumento del precio de la tierra, tendencia que se mantuvo hasta 1921 y que generó cierto malestar en las filas colonialistas:

Para conseguir que nuestra colonización en Marruecos siga sólidos cauces, es preciso que apoyemos y protejamos decididamente a todos los españoles que, con algún capital y serios propósitos, compren terrenos agrícolas en nuestra zona africana de influencia. [...] El problema de la compra de terrenos en los campos marroquíes no está aún completamente claro: el inmoderado afán de adquirirlo por parte de algunos europeos y más aún el charlatanismo sobre grandes adquisiciones, han excitado la ambición de los indígenas y en las proximidades de Melilla, Tetuán y Larache se han vendido huertos y parcelas a precios muy superiores a los corrientes en la Península.²³

¹⁹ Juan Francisco MARINA ENCABO: *Orientación sobre algunos problemas de la propiedad en Marruecos. Colección de artículos publicado en la prensa marroquí*, Valladolid, Imp. Allén, 1942, pp. 11-12.

²⁰ «Los especuladores se han adueñado de una gran cantidad de terrenos en los alrededores de la población [Larache], así como en los de Arcila y Alcazar, y piden por ellos cantidades desproporcionadas. Y es lo más sensible que la inmensa mayoría de estos especuladores son extranjeros, sobre todo franceses». «Larache y sus progresos», *África española*, 15 de septiembre de 1913.

²¹ «Cuando yo llegué a Tetuán estábamos solos en el hotel un ruso naturalista, un alemán, agente de los famosos mineros Mannseman, un periodista de Ceuta y este humilde *reporter*. Estuve catorce días, y al marcharme no cabíamos en la mesa redonda y teníamos que comer por series. Toda la gente que llegó después, [...] iban al olor de la compra de tierras. ¡Deben haberse vendido millares de hectáreas!». Francisco MARTÍNEZ YAGÜES: «La agricultura en El Hauz», *África española*, 30 de diciembre de 1913.

²² Se trata del área donde el estado adquirió las propiedades citadas en la nota 18.

²³ Fernando YÑÍGUEZ: «Los terrenos de nuestra zona de influencia», *África española*, 30 de julio de 1914.



Mapa 2. División del territorio del protectorado por cabilas

Poco se hizo para frenar la subida. No se puso límite a los precios, pero se introdujeron reformas legales para dar seguridad a los títulos de propiedad, especialmente de la población europea. La más importante fue el establecimiento del Registro de inmuebles, en 1914, junto al nuevo ordenamiento jurídico colonial, la llamada justicia hispano-jalifiana, a la que se debía acoger la población europea.²⁴ Los marroquíes podían mantener sus propiedades dentro de la jurisdicción majzeniana o marroquí. Así, ambas convivieron hasta el fin del protectorado. El Registro ofrecía garantías para legitimar los títulos de propiedad gracias a su inscripción, la cual no era obligatoria. Sin embargo no fue siempre una solución efectiva, ya que el proceso de inscripción era costoso en tiempo y dinero, y exigía el desplazamiento a una de las tres sedes de dicho organismo, en Larache, Tetuán o bien Nador. Existía otro problema significativo para los intereses de los colonos. El acto de deslinde, al cual tenían derecho a asistir los colindantes, podía ser impugnado en caso de disconformidad por parte de cualquiera de los asistentes. En ese caso la reclamación pasaba a la vía judicial, ralentizando o paralizando el proceso. Dados estos inconvenientes y el carácter facultativo de la inscripción, una parte importante de las tierras adquiridas por españoles no fueron inscritas.²⁵

Entre 1914 y 1921 se inscribieron 298 propiedades agrícolas en el protectorado. Sumaban probablemente más de 50.000 hectáreas, pues desconocemos la extensión de 131. Dadas las cifras de la tabla 1 y el sentir de los medios periodísticos y propagandísticos de la época, podemos afirmar que en este periodo inicial del protectorado se pro-

²⁴ Sobre el establecimiento de la justicia hispano-jalifiana véase Josep CAÑABATE PÉREZ: *El trasplante de la justicia española entre 1914 y 1931 al Protectorado de España en Marruecos*. Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2011.

²⁵ Jesús MARCHÁN GUSTEMS: *La colonización agrícola en el protectorado español de Marruecos (1912-1956): Una esperanza frustrada*, Tesis doctoral inédita, Universitat Pompeu Fabra, 2014, pp. 112-138.

dujo una «fiebre colonizadora» en la que aumentó la adquisición de propiedades por parte de los europeos. Todo ello ocurría en un momento en que la acción colonial en el norte de Marruecos era objeto de fuertes críticas²⁶ y el territorio bajo la autoridad española no estaba enteramente controlado.

Tabla 1. Propiedad privada. Aprobaciones de deslinde 1914-1925²⁷

AÑO	NÚM. DE FINCAS	EXTENSIÓN (Ha)
1914	1	?(1)
1915	13	19,1316+?(3)
1916	50	39.478,8695+?(8)
1917	77	2.065,1576+?(55)
1918	55	3.861,5519+?(21)
1919	57	564,5112+?(31)
1920	31	852,5127+?(10)
1921	14	2.210,1216+?(2)
1922	4	169,2058
1923	2	?(2)
1924	9	91,1648+?(1)
1925	7	76,4427
TOTAL	320	49.388,6694+?(134)

Fuente²⁸

Entre 1916 y 1918 se inscribieron 182 propiedades, que sumaban 45.000 hectáreas, en especial por los datos del primer año. Fue entonces cuando tuvieron lugar las gestiones del grupo inversor de la CEMR para adquirir terrenos agrícolas. Su objetivo era fundar una empresa que permitiera el asentamiento de colonos gracias a la concesión de tierras, un negocio que, dado el optimismo de buena parte de los medios propagandísticos y periodísticos y la creciente demanda de tierras, se esperaba que fuera

²⁶ “Crónica agrícola”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 7 de mayo de 1914; “Los gastos de Marruecos”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 30 de junio de 1914.

²⁷ En la tercera columna el interrogante indica que no se conoce la extensión de todas las propiedades, y la cifra entre paréntesis especifica cuántas.

²⁸ Elaboración propia a partir de los Edictos del Registro de inmuebles publicados en el *Boletín oficial de la zona de influencia española en Marruecos* y Ángel de TORREJÓN Y BONETA, Paulino ARIAS JUÁREZ, Ángel ARRÚE ASTIAZARÁN: op. cit.

rentable.²⁹ El 27 de marzo de 1915 crearon la Compañía Española de Colonización (en adelante CEC). Su principal actividad estaba relacionada con el negocio inmobiliario y la colonización agrícola, aunque desde sus primeros años de existencia diversificó sus intereses. Los planes de sus fundadores pasaban por ocupar una buena posición en el mundo de los negocios del protectorado, contribuyendo así a consolidar la presencia española en el norte de Marruecos. El primer paso fue la fusión de la Colonizadora, nombre popular de la CEC, con la Compañía Española de Estudios y Construcciones («la Constructora») a finales del mismo 1915. Durante estos primeros años se hizo cargo de la construcción de diversas carreteras del protectorado, también del montaje y explotación de la línea de ferrocarril Ceuta-Tetuán. Esta obra se vio envuelta de polémica debido a que la empresa fue acusada de trato de favor en la adjudicación por parte de las autoridades.³⁰ No sería la última vez en que la compañía fuera objeto de dichas acusaciones, en relación a sus buenas relaciones con las altas instancias políticas de Tetuán y Madrid.

La compra de tierras en la Llanura del Garet y la actividad de la Colonizadora

La actividad más importante de la CEC, como decíamos, era la concesión de tierras, no muy lejos de las minas de la CEMR. Su principal ámbito de actuación fue la Llanura del Garet, una zona apta para el desarrollo agrícola en un medio más bien agreste, áspero, que hacía difícil la agricultura.³¹ Por ese motivo, antes de la creación de la Colonizadora el área fue objeto de estudio. Una vez comprobado, en 1914 se aceleraron los trámites para adquirir terrenos, que contaron con el beneplácito de altas instancias políticas coloniales y metropolitanas.³² Tras numerosas gestiones los representantes de

²⁹ Joaquín Costa se había mostrado en contra de este modelo de negocio colonial a finales del siglo XIX, porque primaba el beneficio a la consolidación de la presencia colonial. Unos años más tarde los ingenieros agrónomos Ángel de Torrejón, Paulino Arias y Ángel Arrué, involucrados en los planes de colonización, se inclinaron por la misma posición. Joaquín COSTA: “Petición al gobierno sobre la colonización de Melilla”, *Revista de Geografía Comercial*, 7-8 (1885), pp. 106-108; Ángel de TORREJÓN Y BONETA, Paulino ARIAS JUÁREZ, Ángel ARRÚE ASTIAZARÁN: op. cit., pp. 221-222.

³⁰ “Fusión de la Colonizadora y de la Constructora”, *África española*, 30 de noviembre de 1915; “Nueva Sociedad colonizadora”, *África española*, 30 de enero de 1916; “En legítima defensa”, *ABC*, 7 de agosto de 1916; “La obra colonizadora. El ferrocarril Ceuta-Tetuán”, *ABC*, 4 de junio de 1918; “Pavimentos Asfálticos S.A. y la Compañía Española de Colonización”, *Blanco y Negro*, 24 de febrero de 1935; HISPANUS: *La acción Hispano-Africana y la Compañía Española de Colonización*, Madrid, Editorial Hispano-Africana, 1915, p. 31; Rafael de RODA JIMÉNEZ: *La obra económica y social de la Compañía Española de Colonización en 1916*, Madrid, Editorial Hispano-Africana, 1917, pp. 4-5, 9-10; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*, p. 311; Íd.: *Abd-el-Krim el Jatabi...*, pp. 192-193; Youssef Akmir: “Capitales españoles en Marruecos en torno a 1912: Ambición colonial clientelismo político y pactos confidenciales”, en Fatiha BENLABBAH, Abelaali BAROUKI (eds.): *La problemática colonial española en Marruecos*, Rabat, Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2013, pp. 47-67.

³¹ Rafael de RODA JIMÉNEZ, op. cit., pp. 21-25; Joan NOGUÉ, José Luis VILLANOVA: “La zona norte del protectorado español en Marruecos. El marco geográfico”, en Joan NOGUÉ, José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 101-141.

³² HISPANUS: op. cit., p. 20; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*, p. 308.

la CEC solicitaron en 1915 la inscripción de una propiedad con una extensión aproximada de 22.000 hectáreas, ubicada en las cabilas de Beni Buifrufr y Beni Sidel (véase mapa 2). Una vez deslindada se redujo a 20.409.³³

La compra de un terreno tan grande se pudo realizar gracias a la intercesión del alto comisario, Francisco Gómez-Jordana (padre), quien mantenía una buena relación con varios miembros del grupo inversor. Su hermano Alfonso, recordemos, formaba parte de los fundadores de la CEMR y la CEC. Según fuentes de la empresa, se adquirieron un gran número de terrenos particulares, todos colindantes entre ellos, a los vecinos de la zona con la intención de agruparlos bajo un solo título de propiedad. Dicha operación, afirmaban, fue respetuosa con los intereses de la población autóctona:

Cuando los terrenos pertenecen a los indígenas, la Sociedad limita sus adquisiciones a aquella parte de las tierras que los moros no cultivan y, aun de éstas, reserva la porción conveniente para el colonato marroquí. Con este procedimiento, se conquistó rápidamente las simpatías y adhesiones de los naturales, que en todas partes reciben la presencia de la Compañía con satisfacción y hasta con júbilo.³⁴

La población de la zona, encabezada por sus líderes, y reclamó, pues no estaban de acuerdo con la citada solicitud de inscripción ni con las razones de la CEC. Según diversos medios de la época la argumentación era insólita, por dos motivos. En primer lugar por la gran extensión de la nueva propiedad, y en segundo porque para llevar a cabo tal operación se debía convencer a un gran número de propietarios para avenirse a vender. Hay que tener en cuenta que en el norte de Marruecos predominaba la pequeña propiedad, a menudo de forma indivisa entre varios miembros de una misma familia. Asimismo, la compra de tierras por parte de europeos no era vista con buenos ojos por parte de la población local.³⁵ Las propiedades de mayor extensión eran en su mayor parte del Majzén, es decir, del gobierno marroquí, o bien comunales, de las gentes de una cabila o fracción de la misma. Ambas eran inalienables según el derecho marroquí, y dentro de la legislación hispano-jalifiana su condición jurídica definitiva no fue establecida hasta 1930. Existía la posibilidad de enajenar propiedades del Majzén, pero siempre bajo su autorización, la cual para este caso no se efectuó.³⁶ El diario *ABC*, cercano al Partido Conservador y a menudo contrario al Liberal, dio voz a los

³³ Jesús MARCHÁN GUSTEMS: *La colonización agrícola...*, p. 163.

³⁴ Rafael de RODA JIMÉNEZ, op. cit., pp. 9-10.

³⁵ Según Mimoun Aziza y M^a Rosa de Madariaga, en las Llanuras del Garet y del Zebra abundaba la propiedad comunal, dado que la actividad agropecuaria predominante era la del pastoreo. Mimoun AZIZA: op. cit., pp. 74-76; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*, pp. 304-305. Véase también Raymond JAMOUS: *Honneur et Baraka. Les structures traditionnelles dans le Rif*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; David Montgomery HART: op. cit.

³⁶ Dicha conformidad debería haberse publicado en el *Boletín oficial de la zona de influencia española en Marruecos*, el boletín de leyes del protectorado, lo cual no sucedió. Jesús MARCHÁN GUSTEMS: *La colonización agrícola...*, pp. 83-89, 138-142.

reclamantes. Estos alegaban que la nueva propiedad incluía, además de terrenos particulares, tierras comunales y del Majzén. Finalmente las autoridades coloniales aceptaron la solicitud. El 6 de noviembre de 1915 se publicó un dahir (ley) que declaraba que las propiedades adquiridas por la CEC eran particulares. La inscripción se realizó a principios de 1916.³⁷

Unos pocos años antes la CEMR había logrado la validez de sus derechos de explotación minera gracias a la intercesión del estado,³⁸ de manera que ambos casos guardan paralelismos. Habida cuenta que éstas y la Colonizadora compartían gran parte de su cúpula, no es extraño pensar, como decíamos, que éstos tenían un plan para diversificar sus intereses económicos, dando así viabilidad al proyecto colonial. Hay que tener en cuenta también que la intervención de las autoridades españolas a favor de ambas empresas tuvo lugar en un momento, los primeros años del protectorado, en que la inversión era muy arriesgada debido a la situación de inseguridad de la zona. *A priori* eran unos negocios poco atractivos, de manera que no fueron muchos los que emprendieron proyectos empresariales en la zona. Y el estado les dio su apoyo.

En 1916 comenzó la actividad colonizadora en la Llanura del Garet. Los primeros pasos fueron el acondicionamiento de tierras y su división en parcelas. En un primer momento se pensó en otorgar facilidades para reservar una parte para los soldados que habían servido en el protectorado³⁹ y a los españoles que vivían en la vecina Orán.⁴⁰ El entonces ministro de Estado (y miembro de la CEC) Manuel González Hontoria había contactado con el cónsul español en Orán en 1915, Carlos Sáenz de Tejada, para iniciar las gestiones de cara a captar agricultores españoles que trabajaban en la colonia francesa. Tanto las autoridades coloniales como la empresa veían con buenos ojos esta iniciativa, pues pensaban que se adaptarían muy bien al entorno, ya que a su entender venían de un medio similar al del Rif. También por su experiencia en las relaciones con la población autóctona y su lengua y cultura.⁴¹

³⁷ HISPANUS: op. cit., pp. 20-21; “Dahir declarando la condición jurídica de los terrenos del Garet y decreto correspondiente”, *Boletín oficial de la zona de influencia española en Marruecos*, 10 de diciembre de 1915, p. 858; “Dahir declarando la condición jurídica de los terrenos del Garet y decreto correspondiente”, *África española*, 30 de enero de 1916; “En legítima defensa”, *ABC*, 7-8-1916; Luis Antón del OLMET: *Marruecos (de Melilla a Tánger)*, Madrid, Juan Pueyo, 1916, pp. 93-95.

³⁸ M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*, pp. 153-201; Pablo DÍAZ MORLÁN: op. cit., pp. 53-82.

³⁹ Rafael de RODA JIMÉNEZ: op. cit., p. 18.

⁴⁰ Esta idea había sido apuntada por Joaquín Costa en la década de 1880: «Colonos alicantinos y murcianos de esos que han enseñado prácticamente a Francia el modo de fertilizar los abrasados llanos de Argelia». *Intereses de España en Marruecos*, Madrid, Imprenta Fortanet, 1884, p. 44.

⁴¹ FEDERACIÓN DE SINDICATOS AGRÍCOLAS DE LA REGIÓN ORIENTAL: *La colonización agrícola de la Región Oriental*, Melilla, Gráficas La Ibérica, 1934, pp. 3-4; Mimoun AZIZA, op. cit., pp. 85-86. Para Roda «Los españoles andaluces y levantinos que han trabajado en Argelia y no están nacionalizados allí, deben ser los delanteros de nuestras colonias agrícolas del Rif y debemos darles todas las facilidades y atractivos necesarios para incitarles a su traslación, la cual, por otra parte, en las circunstancias actuales, no ha de ser difícil, pues son bastantes ya, según nuestras noticias, los que, por espontáneo impulso, abandonarían aquella tierra extranjera para venir a trabajar al amparo del Protectorado español». Rafael de RODA JIMÉNEZ: op. cit., p. 18.

La CEC tampoco descuidó la labor propagandística en la metrópoli para atraer a más agricultores peninsulares. Esta campaña comenzó con anterioridad a la resolución del conflicto sobre la gran propiedad del Garet. Una parte de la prensa española ofreció su altavoz a los proyectos coloniales, también el de la Colonizadora, destacando la idoneidad de todo el norte de Marruecos para el desarrollo agropecuario.⁴² Para el político republicano José Zulueta y Gomis, «En el Rif hay tierras baratas, casi vírgenes, de excelentes condiciones para el cultivo, y se puede escoger».⁴³ Incluso se llegó a decir que se concedían tierras gratuitamente.⁴⁴

Los esfuerzos para la captación de colonos dieron resultados. En el contexto de la citada «fiebre colonizadora» comenzaron a llegar españoles atraídos por la posibilidad de acceder a la explotación de tierras de labrantío, también por mediación de la CEC. Una vez terminadas las faenas de adecuación se pusieron a disposición de los colonos lotes pequeños (de 50 a 100 hectáreas), medianos (alrededor de las 300 hectáreas) y grandes (más de 500 hectáreas). Tras veinte años de pagos y trabajo continuado el titular de la concesión accedía a la propiedad de la parcela. Además de las anualidades, se debía entregar a la compañía el 25% de la producción. La empresa ofrecía la parcela y suelo urbano para edificar una vivienda, entregaba una yunta de vacas, una carreta, material de labranza, muebles y enseres para el hogar, conejos y gallinas y un capital inicial para costear la manutención del ganado y la primera cosecha.⁴⁵ En marzo de 1916 la CEC había recibido más de 500 solicitudes. Buena parte de ellas eran de españoles residentes en Argelia. Las gestiones de González Hontoria, pues, tuvieron buena acogida, aunque no dieron lugar a un gran movimiento migratorio.⁴⁶ Según la empresa otra parte importante provenía de soldados licenciados: «Han sido también muchas las [peticiones] presentadas por licenciados del ejército, algunos de los cuales están ya cultivando fincas propias en la colonia del Garet». Las demás fuentes consultadas afirman que dicha demanda era muy escasa y que existía un número considerable de parcelas vacantes.⁴⁷ Tres años más tarde, en 1919, se creó la Asociación de Labradores

⁴² En 1915 se dio a conocer el plan de ocupación de dicha área, detallando la actividad agraria, la construcción de núcleos de población y de infraestructuras. Tres meses más tarde se reseñaron los avances de la agricultura en el Marruecos oriental francés, en la franja de terreno que existía entre los límites del protectorado español y el Oranesado. Estos trabajos eran puestos como ejemplo de colonización y modernización y señalaban la posibilidad de que fueran desarrollados en una zona de características similares, como la vecina zona oriental española. “Una gran obra para colonizar el Garet”, *África española*, 30 de septiembre de 1915; “El Marruecos Oriental agrícola”, *África española*, 30 de diciembre de 1915.

⁴³ José ZULUETA y GOMIS: Impresiones del Rif, Barcelona, Talleres Gráficos de José Sebell y Cía., 1916, p. 73. Es notorio mencionar que su hijo trabajaba para la CEC en la Llanura del Garet. Véase también Luis Antón del OLMET: op. cit., pp. 82-84.

⁴⁴ “Sección de consultas”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 22 de abril de 1919.

⁴⁵ “Una gran obra para colonizar el Garet”, *África española*, 30 de setiembre de 1915; “La acción española en Marruecos”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 7 de marzo de 1916; “Colonización”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 15 de diciembre de 1916.

⁴⁶ “La colonización del Garet”, *África española*, 30 de enero de 1916; “La colonización avanza”, *África española*, 29 de febrero de 1916; FEDERACIÓN DE SINDICATOS AGRÍCOLAS DE LA REGIÓN ORIENTAL: op. cit., pp. 3-4; Mimoun AZIZA: op. cit., pp. 85-86.

⁴⁷ “Colonización”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 15 de febrero de 1916; “La acción española en Marruecos”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 7 de marzo de 1916; Rafael de RODA JIMÉNEZ: op. cit., pp. 13-15, 18-19, 25.

del Garet, prueba del auge de la colonización agrícola en esa zona.⁴⁸ La CEC también tenía planes para implantarse en la zona atlántica, que finalmente no se materializaron. Incluso hubo conversaciones con la familia de Mohamed ben Abd el Krim el Jatabi para instalarse en la zona de Alhucemas, que tampoco llegaron a buen puerto.⁴⁹

La Colonizadora abrió dos áreas de colonización más. La primera en la Llanura del Zebra, en la cuenca del río Muluya. Esta zona de 3.000 hectáreas pertenecía desde 1912 a la Compañía Agrícola Marroquí, absorbida por la CEC en 1916. Como en el caso del Garet, a partir de entonces se inició una labor de atracción de labradores provenientes de Orán para asentarlos en parcelas de 100 hectáreas.⁵⁰ La segunda era cerca de Larache, en la zona atlántica, la de mayor desarrollo agrícola durante el periodo colonial. En este caso la Compañía planeaba asentarse sobre propiedades del Majzén. Pero no fue posible, según ellos, debido a trabas administrativas y a problemas burocráticos con los terrenos («una intransigencia difícil de explicar a la reglamentación de las propiedades del Majzén»). Unos años más tarde, en la década de los 20 esta zona fue el principal ámbito de actuación de la otra gran empresa agropecuaria del protectorado, la Compañía Agrícola del Lucus, propiedad de la casa Rothschild. Ésta se hizo con buena parte de las grandes propiedades agrícolas del Majzén de los alrededores de Larache y Alcazarquivir.⁵¹

La campaña de atracción de la CEC tuvo efecto en sus primeros años, especialmente entre los españoles peninsulares, y en la Llanura del Garet se registró actividad desde 1916, pero no podemos hablar de un éxodo masivo de españoles de Orán. La gran mayoría, sobre todo las familias que residían en la vecina colonia francesa desde finales del siglo XIX, que llevaban años y esfuerzos acumulados para sacar adelante sus explotaciones, no renunciaron para ir a la zona española.⁵²

El impacto de Annual

Como ya hemos comentado al principio, a partir de 1921 la colonización española sufrió un gran retroceso. Tras los reveses de finales de julio y principios de agosto ante la

⁴⁸ “Información local”, *El Comercio de Melilla*, 5 de diciembre de 1919; “La agricultura en el Marruecos español. II”, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, 15 de septiembre de 1922; Víctor RUIZ ALBÉNIZ: *Monografía sobre colonización rural en Marruecos español*, Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1930, p. 133; Antonio BRAVO NIETO: *Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos*, Sevilla, Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2000, p. 119; Mimoun AZIZA: op. cit., pp. 83-86; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *España y el Rif...*, pp. 310-313.

⁴⁹ M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *Abd-el-Krim el Jatabi...*, pp. 192-193.

⁵⁰ “Sociedad que se disuelve”, *África española*, 30 de julio de 1916; Rafael de RODA JIMÉNEZ: op. cit., pp. 33-38.

⁵¹ Rafael de RODA JIMÉNEZ: op. cit., pp. 44-47; Miguel Ángel LÓPEZ-MORELL: *La casa Rothschild en España (1812-1941)*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 339-343; Jesús MARCHÁN GUSTEMS: “Una avanzadilla malograda: colonización oficial y propiedad inmueble en el protectorado español de Marruecos (1912-1956)”, *Historia Agraria*, 75 (2018), pp. 167-198.

⁵² Jean Jacques JORDI: *Les Espagnols en Oranie. 1830-1914. Histoire d'une migration*, Montpellier, Éditions Africa Nostra, 1986.

resistencia armada rifeña, las operaciones militares no lograron la inmediata toma y control del territorio donde estaba la Llanura del Garet y la zona minera de Beni Buifrufr, perdido tras la huida española hacia Melilla. El posterior abandono de los territorios que no se consideraban definitivamente sometidos y el repliegue hacia los núcleos controlados de la costa y bien comunicados con Ceuta, Melilla y Larache, según el plan de Miguel Primo de Rivera, retrasaron más la reanudación de la actividad colonizadora.⁵³ Para las familias que se habían instalado en la zona oriental las consecuencias fueron nefastas. No fueron pocos los que lo perdieron todo:

Murieron algunos de estos colonos y todos perdieron cuanto tenían, cosechas, ganados y la destrucción de edificaciones, enseres, etc. Inútil es decir que con esto y sobre todo por el abandono en que quedaron por el Estado no volvió a esta región una sola familia de la otra zona [en referencia a Orán], desviándose esta corriente de colonizadores hacia el Marruecos francés.⁵⁴

El zoólogo Ángel Cabrera realizó varias expediciones científicas al norte de Marruecos. En la que realizó en 1924 visitó la zona oriental y la Llanura del Garet, constatando que las parcelas de la CEC estaban abandonadas, y que precisaban de la realización de obras de mejora para que fueran nuevamente productivas:

Este es el sitio que, en la época en que yo lo visité, había empezado a colonizar la Compañía de Colonización [sic.]. Probablemente se podría convertirlo en un vergel, o, cuando menos, en un terreno productivo, mediante obras de irrigación como las que los norteamericanos han llevado a cabo en el desierto de Colorado; pero mientras la Llanura del Garet se deje como esté, sin más agua que la que lleva perezosamente el cauce del río Tegaud, no creo que allí se produzca mucho más que piedras y caracoles.⁵⁵

Unos años más tarde, cuando la guerra colonial se inclinaba hacia el lado español y los enfrentamientos estaban ya lejos del Garet, la llanura seguía sin acoger colonos: «Y en el campo tranquilo, donde faltan aún los colonos españoles, las columnas vigilantes, las oficinas de Intervención laboran incesantes para lograr la paz y la confraterni-

⁵³ Shannon E. FLEMING y Ann K. FLEMING: "Primo de Rivera and Spain's Moroccan Problem", *Journal of Contemporary History*, 12:1 (1977), pp. 85-99; Shannon E. FLEMING: *Primo de Rivera and Abd-el-Krim. The Struggle in Spanish Morocco, 1923-1927*, Nueva York-Londres, Garland Publishing, 1991, pp. 144-192; Susana SUEIRO SEOANE: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la "cuestión marroquí"*, 1922-1930, Madrid, UNED, 1992, pp. 125-140; Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ: op. cit., pp. 425-426; Federico VILLALOBOS: op. cit., pp. 233-246; Madariaga M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *En el Barranco del lobo...*, pp. 337-344.

⁵⁴ Rafael ÁLVAREZ CLARO, Fidel PI CASAS: *Lo que debe saber España y lo que es indispensable que haga España, si no queremos perder Marruecos*, Melilla, Imprenta el Cisne, 1930, p. 10.

⁵⁵ Ángel CABRERA: op. cit., p. 116.

dad». ⁵⁶ Los interventores, funcionarios coloniales que ejercían un control sobre la administración marroquí y la población autóctona, volvieron poco a poco a las áreas rurales de la zona oriental del protectorado. ⁵⁷ Una vez se hicieron patentes las dificultades para reconstruir la labor realizada hasta la caída de la Comandancia general de Melilla llegaron las críticas al gobierno español por no ayudar a los colonos:

La embrionaria colonización agrícola, truncada por los acontecimientos de 1921, nutre muchos hogares y está llamada a ser la base de la prosperidad de Melilla cuando los poderes públicos den facilidades que hoy faltan y alienten a quienes con tanto éxito la iniciaron de 1915 a 1921. ⁵⁸

Desde la Federación de Sindicatos Agrícolas de la Región Oriental, en la cual participaban la mayor parte de los colonos que sobrevivieron a Annual y se quedaron en la región, también se mostraron muy críticos con la labor de protección del estado. Durante los años posteriores a Annual los agricultores de la CEC pasaron grandes penurias: «Fueron años de incertidumbre, de miseria, y en los que los supervivientes del desastre fueron poco a poco remediando los destrozos causados e intentando rehacer su agricultura». ⁵⁹ Una de las escasas iniciativas para ayudar los agricultores españoles fue la creación del crédito agrícola, en 1926, con el fin de que dispusieran de capital para sus explotaciones. El preámbulo reconocía que eran «necesarias medidas de carácter urgente» para dar más bienestar a los agricultores, haciendo referencia al problema del recurso a la usura. Éste fue un problema importante del protectorado: la ausencia de entidades financieras hipotecarias y agrícolas. Hubo varios intentos que no fructificaron. ⁶⁰ Se crearon los primeros pósitos agrícolas, con una dotación inicial de un millón

⁵⁶ Tomás GARCÍA FIGUERAS: “Larache, Alcázar y Melilla”, *Revista de tropas coloniales*, 5 (1925).

⁵⁷ José VILLANOVA VALERO: *Los interventores. La piedra angular del protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Bellaterra, 2006.

⁵⁸ Cándido LOBERA: “El porvenir de Melilla y Alhucemas”, *Revista de tropas coloniales*, 15 (1926).

⁵⁹ FEDERACIÓN DE SINDICATOS AGRÍCOLAS DE LA REGIÓN ORIENTAL: op. cit., p. 7; Francisco GÓMEZ-JORDANA SOUZA: *La Tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 57.

⁶⁰ “Decreto Visirial estableciendo el Crédito Agrícola en la Zona de Protectorado”, *Boletín oficial de la zona de protectorado español en Marruecos*, 25 de diciembre de 1926, pp. 863-877. El jurista militar Manuel del Nido Torres ya había reclamado la creación de un banco agrícola para prestar apoyo a los agricultores, que se veían abocados a la usura. Manuel del NIDO TORRES: *Guía del español que emprende el camino del conocimiento de la escuela Malekita, guía que es una recopilación de las opiniones principales de los jurisconsultos, sobre el Derecho Musulmán*, Tetuán, Editorial Hispano-Africana, 1921, pp. 508-510; AGA, sección África. Caja M-1892. Alta Comisaría de España en Marruecos. Delegación General. Archivo. Años 1932-1933. Expediente núm. 251. Asunto: Creación del Banco Hipotecario Agrícola de Marruecos; AGA, sección África. Caja M-1892. Alta Comisaría de España en Marruecos. Delegación General. Archivo. Años 1933-1935. Expediente núm. 426. Asunto: Bancos o Sociedades de crédito Agrícola. Propuestas y solicitudes relacionadas con el asunto; Jesús MARCHÁN GUSTEMS: *La colonización agrícola...*, p. 150.

de pesetas para toda la zona. En la parte oriental se abrió uno en Zeluán, muy cerca del Garet.⁶¹ Pero esta ayuda no fue suficiente.

Hartos de promesas incumplidas por parte de las autoridades coloniales, en 1934 la Federación denunció públicamente la situación de los colonos de la región oriental. Aquellos que habían superado las penurias del Desastre de Annual volvieron a tener serias dificultades económicas a partir de 1928. El Servicio Nacional de Crédito Agrícola metropolitano realizó un informe sobre las condiciones materiales de los colonos que recomendaba la aprobación de una nueva partida de capitales, pero al cabo de un tiempo se anunció que no se disponía de fondos. En 1930 se elevó a la Presidencia del Consejo de Ministros un proyecto de reglamento para dar ayudas a los nuevos colonos, ceder tierras para la colonización, ejecutar obras de roturación, despedregado, desarraigo de palmitos y realizar tareas agrícolas o de repoblación forestal. Sin embargo, no se destinaron fondos para ayudar a los colonos que ya estaban trabajando en la zona. En este sentido criticaban la avidez a la hora de legislar, pero a la par su ineffectividad, pues no se destinaba ninguna partida de presupuesto. Se pretendía convencer a los agricultores españoles de que «aquí tienen buenas tierras como en la Península, mejores condiciones climatológicas y todo género de facilidades para desenvolverse». Pero lo cierto es que tras el sometimiento de la resistencia rifeña no hubo una segunda oleada de colonización comparable a la primera.⁶²

Los colonos que pasaron más adversidades económicas fueron aquellos que acumulaban deudas por el atraso en el pago de sus fincas, debido a la falta de medios. A principios de los años 30 muchos colonos del Garet estaban bajo amenaza o en vías de ejecución judicial. Como ya sucedió tras la caída de Annual y Monte Arruit, el estado no se decidió a ayudarlos. En cambio, la empresa concesionaria pudo recuperar el capital invertido gracias a que las autoridades fueron inflexibles con el cumplimiento de los pagos. Las consecuencias de esta decisión fueron muy negativas para los primeros, y a la larga también lo fueron para el proyecto colonial español debido a la pérdida de población metropolitana en esa área⁶³. Desde las altas instancias políticas metropolitanas, en cambio, se seguía afirmando que el papel de estos colonos sobre el terreno era fundamental para la labor del protectorado. Pero los desahucios favorecieron a la CEC, que recuperó las parcelas embargadas. Al cabo de un tiempo se pusieron a la venta.⁶⁴

⁶¹ “Real Decreto autorizando al Servicio Nacional de Crédito Agrícola para conceder un millón de pesetas en concepto de préstamo a la Junta de Crédito Agrícola de la Zona de protectorado” y “Decreto Visirial creando un pósito agrícola en Zeluán (Rif)”, *Boletín oficial de la zona de protectorado español en Marruecos*, 25 de diciembre de 1926, pp. 854-855 y 862.

⁶² ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS: *Labor de España en Marruecos durante el año 1930*, Ceuta, Revista África, 1931, pp. 24, 28-29; FEDERACIÓN DE SINDICATOS AGRÍCOLAS DE LA REGIÓN ORIENTAL: op. cit.; Jesús MARCHÁN GUSTEMS: op. cit., pp. 176-190.

⁶³ La CEMR prosiguió intensamente con su actividad. En este caso la mayor parte de los trabajadores no eran españoles (excepto los cuadros técnicos), sino marroquíes. Pablo DÍAZ MORLÁN: op. cit., pp. 110, 137-149.

⁶⁴ Epifanio GONZÁLEZ JIMÉNEZ: “Principios de colonización en Marruecos”, *Memorial de Infantería*, 4 (1927), pp. 268-271; Rafael ÁLVAREZ CLARO, Fidel PI CASAS: op. cit., p. 21; Francisco GÓMEZ-JORDANA SOUZA: op. cit., pp. 241-242; Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ: op. cit., pp. 436-437, 443-446.

Francisco Gómez-Jordana Souza hijo, alto comisario entre 1928 y 1931, recibió en 1935, cuando ya habían comenzado los embargos, varias cartas de colonos de la región oriental que se quejaban de la indiferencia de las autoridades ante su situación. Ciertamente, el estado poco tuvo en cuenta el rol de los colonos que se decidieron a acudir a la llamada de poblar y cultivar la Llanura del Garet. En parte se debió a una problemática presupuestaria más amplia, ya que los agricultores que se acogieron a la colonización oficial, ubicados mayoritariamente en la zona atlántica con promesas de ayudas del estado, tampoco vieron atendidas sus necesidades. Los altos comisarios durante los años 30, Luciano López Ferrer, Juan Moles y Manuel Rico Avello, eran conocedores de estos problemas, pero no emprendieron acciones efectivas en socorro de los agricultores endeudados. La prensa peninsular denunció esta pasividad. *ABC*, que en la década de los 30 fue muy crítico con la Segunda República Española, tachó la política colonial de fracaso y elogió el esfuerzo de los colonos. Cuando en julio de 1936 estalló la guerra civil este problema se pospuso *sine die*.⁶⁵

Conclusiones

La zona oriental del protectorado español del norte de Marruecos era más bien pobre en recursos naturales, y sus habitantes practicaban una economía de subsistencia. El descubrimiento de yacimientos mineros despertó el interés de varios grupos inversores. Entre ellos podemos contar con el que se convirtió en el más importante, el de la CEMR, formada por un grupo de hombres de negocios y miembros del Partido Liberal muy bien conectados con las altas instancias del estado. También tenían el apoyo de Alfonso XIII. Alrededor de esta empresa, la más beneficiosa del protectorado, se crearon una serie de actividades económicas que asentaban los intereses del citado grupo y del proyecto colonial español. Una de ellas fue la dedicada al fomento de la colonización agrícola gracias a la concesión de tierras a colonos, llevada a cabo por la CEC.

La adquisición de la gran propiedad de la Llanura del Garet, como la de las concesiones mineras, demuestra el gran interés y la fe en esta inversión y en el proyecto colonial. La forma en que se llevaron a cabo estas operaciones, sospechosas de negligencia, evidenció el trato de favor y el interés por parte del estado. Durante los primeros años del protectorado, un periodo de incertezas e inseguridades debido al levantamiento armado de la resistencia rifeña, el bienestar de aquellos capitales que se arriesgaron a invertir fue asociado al del proyecto colonial. Así pues, tras el Desastre de Annual el estado apoyó a la CEC para recuperar su inversión. Los colonos, en cambio, fueron enormemente perjudicados. Se trataba de personas y familias con un nivel

⁶⁵ “La obra agrícola del protectorado español en Marruecos”, *ABC*, 6 de abril de 1935; “Una grave decisión en Marruecos”, *ABC*, 17 de octubre de 1935; “Colonización”, *ABC*, 23 de octubre de 1935; “La economía de nuestro protectorado marroquí”, *El Popular*, 4 de enero de 1936; Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ: op. cit., pp. 436-437; Shannon E. FLEMING: “Spanish Morocco and the Second Republic: Consistency in colonial policy?”, *Mediterranean Historical Review*, 13:1-2 (1998), pp. 80-98; M^a Rosa de MADARIAGA ÁLVAREZ-PRIDA: *Marruecos...*, pp. 206-216, 244-248; Jesús MARCHÁN GUSTEMS: “Una avanzadilla malograda...”.

económico mucho más bajo que el de los miembros fundadores de la CEC. Dedicaron sus pequeños capitales y muchas horas de trabajo a sus parcelas. Muchos perdieron su inversión tras la gran derrota de 1921, incluso su vida. La continuidad de sus proyectos agrícolas se truncó, pues no disponían de capitales ni el estado les prestó ayuda. A finales de los años 20, acuciados por las deudas, comenzaron a dar a conocer sus problemas y a reclamar la ayuda del estado, que no llegó. Las ejecuciones judiciales evidenciaron su precaria situación y pusieron fin a sus proyectos.

A largo plazo esta decisión debilitó la acción colonial española en la zona oriental, donde la actividad agrícola se vio seriamente mermada. La actividad minera, en cambio, continuó, aportando pingües beneficios a los accionistas de la CEMR. Pero la CEC no recuperó el impulso colonizador anterior a 1921 destinado a promover la fundación de nuevas poblaciones y áreas de cultivos para agricultores españoles. En definitiva, el fracaso de la colonización del Garet limitó en gran medida la llegada de más colonos, y a largo plazo la continuidad del proyecto colonial.

El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)

**The Protectorate, the Hispanic-Moroccan campaigns
and the public opinion (1902-1923)**

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Resumen: El objetivo del presente trabajo es doble. Por un lado, se efectuará un análisis de las opiniones vertidas en algunos rotativos españoles de gran tirada (fundamentalmente, editados en Madrid y Barcelona) al hilo de las campañas militares de Marruecos. Por otro lado, y de manera indirecta, se procurará conocer, a sabiendas de la vinculación entre opinión publicada y pública, la respuesta de esta última ante tan controvertido conflicto, dedicando particular atención al desarrollo de los sucesos en 1909 y 1921. El desastre en el Barranco del Lobo y el posterior, también más dramático, en el enclave de Annual, marcan los momentos álgidos de esta contienda. Su final no se hará realidad hasta el desembarco hispano-francés de Alhucemas. No sorprende que las guerras de Marruecos, con este carácter intermitente y tan sangriento, movilizaran a la opinión pública española hasta extremos insospechados. Ahora bien, como se verá, la opinión pública fue, lo sigue siendo, un sujeto histórico de carácter vidrioso, maleable y útil en la gestión de la política exterior. Se desea además, para terminar, reparar en la importancia de la prensa como instrumento al servicio del historiador. Los periódicos son siempre una fuente histórica preciosa, repletos de matices discursivos. En último caso, se pretende mostrar algunos de los procedimientos empleados por las principales cabeceras nacionales para informar y persuadir (a veces) de la conveniencia de permanecer en el Sultanato.

Palabras clave: Protectorado, opinión pública, propaganda, Annual, concienciación política

Abstract: The aims of the present essay are two-fold: on the one side, to analyse the opinions published in several widely-circulated Spanish newspapers (mostly from Madrid and Barcelona) informing about the Spanish military campaigns in Morocco. On the other, and indirectly, it seeks to show —considering the link between published and public opinion— the response of the latter to such a controversial conflict, paying particular attention to the events of 1909 and 1921. The Barranco del Lobo disaster and the more dramatic one of Annual mark the highlights of the conflict, though it would not truly end until the Spanish-French landing in Alhucemas. It is not surprising that the Rif War, given its intermittent and bloody character, mobilized Spanish public opinion to unsuspected extremes. Despite this, as will be seen, public opinion was, and continues to be, a historical subject of polyhedral character, malleable and useful in the management of foreign policy. It is also intended to stress the importance of the press as an instrument at the service of historians: newspapers are, as a rule, a precious historical source, rich in discursive distinctions. Finally, it is intended to show some of the methods used by the main Spanish newspapers to inform and persuade (in some cases) the public of the convenience of remaining in the Sultanate.

Keywords: Protectorate, public opinion, propaganda, Annual, political awareness

Para citar este artículo: María GAJATE BAJO: “El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 82-103.

Recibido 25/10/2018

Aceptado 21/04/2019

El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923)

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca
mariagajate@usal.es

Introducción

Las relaciones entre la Península Ibérica y el Magreb han estado jalonadas por muchos altercados, ya que el dominio hispano sobre varias plazas en las costas del Rif (Melilla, Vélez de la Gomera, Ceuta, etc.) motivó frecuentes incidentes fronterizos. Desde mediados del siglo XIX, estos encontronazos se agravaron. Por un lado, la Unión Liberal decidió entonces emular la agresiva política de Francia en tierras argelinas y se llegó así a la conocida como Guerra de África (1859-1860), escarapate del patriotismo más vocinglero. Por otro lado, y después de los desastres de Santiago y Cavite, en un contexto de irrefrenable efervescencia colonial, Marruecos se convirtió en la pieza clave para la consecución de la soñada regeneración nacional.

Ahora bien, aunque legitimada por la Conferencia de Algeciras, España logró a duras penas asentarse al sur de Tarifa. Conservadores y liberales siempre actuaron bajo la coacción de la alta política europea y de la voluble opinión pública nacional. Así las cosas, el tropiezo en el Barranco del Lobo, en 1909, reabrió viejas heridas entre el gobierno, el ejército y el pueblo; y transcurrida una década, en 1921 el país se vio otra vez sacudido por las noticias sobre lo ocurrido en Annual.

Entre ambas fechas, las tropas españolas habían alcanzado, si atendemos a las palabras del coronel Morales, su límite de elasticidad en el Protectorado.¹ Creado oficialmente en 1912 –procurar el entendimiento con Francia resultó una ardua labor–, los oficiales africanistas monopolizaron tempranamente sus órganos de gestión. Muchos, en efecto, contemplaron Marruecos como el escenario para lograr meteóricas carreras, reconocidas con sonoros ascensos. No obstante, una vez finalizada la Gran Guerra, tiempo de coqueteos con los alemanes y de vacilaciones ante el jerife El Raisuni, la

¹ “Informe reservado del coronel Morales al general Silvestre”, en Julio REPOLLÉS DE ZALLAS y Arturo GARCÍA AGUD (dirs.): *Historia de las campañas de Marruecos*, Vol. 3, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1981, pp. 619-623.

reactivación de las operaciones militares también pondría al descubierto las lacras de la institución castrense, macrocefálica y anquilosada. La opinión pública española, cada vez más consciente de todo ello, difícilmente permanecería impávida ante los dramáticos episodios de Annual y Monte Arruit.

Algunas precisiones sobre la opinión pública y sobre la Ley de Imprenta de 1883

El estudio de la opinión pública había merecido una limitada atención entre los historiadores hasta hace pocas décadas. Quizás por la incomodidad que experimentan ante el enorme corpus teórico existente sobre la materia. O, tal vez, porque el grado de abstracción imperante en muchas de las publicaciones parece desconcertante para los que no estamos familiarizados con el área de la Comunicación Política.² Sea como fuere, este desinterés historiográfico se va poco a poco corrigiendo y es comúnmente aceptado que el análisis de la opinión publicada, en conjunción con otras fuentes, se convierte en una vía de aproximación a la opinión pública. Imperfecto y laborioso es este camino, pero de resultados provechosos.

El repaso de las manifestaciones populares ante las contiendas, asunto de enorme trascendencia, excede, no obstante, a los propósitos de este trabajo. En buena medida, porque el tema ha sido ya abordado por otros investigadores.³ En parte también, por el considerable valor que se atribuye aquí a los periódicos como “faros” de la opinión pública. La prensa, desde esta perspectiva, se convierte en el más destacado vehículo propagandístico del momento, herramienta fundamental para generar sintonía entre gobernantes y gobernados, además de constituir una fuente preciosa para el investigador.⁴ Ahondando en sus mecanismos de funcionamiento, sabemos, desde luego, que solo desde la pluralidad de pensamientos y la posibilidad real de comparar y contrastar pareceres, puede existir una opinión pública responsable. Sin embargo, más habitual es que se produzca un choque entre Poder y ciudadanía cuando alguien ignora lo que tiene derecho a saber porque las autoridades de turno equivocan, confunden, manipulan u ocultan hechos con el pretexto de proteger a la sociedad. Para las cues-

² Sirva de ejemplo Virginia GARCÍA BEAUDOUX y Orlando D'ADAMO-FLAVIA: “Opinión pública y comunicación: El doble flujo de la comunicación política”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 7 (1999), pp. 136-146.

³ Esta afirmación puede sustentarse en la amplísima producción bibliográfica de Eloy Martín Corrales; también en la obra clásica de Andrée BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988; y en los estudios locales de una amplia nómina de historiadores (Luis Arias González, Enrique Cerro Aguilar, Alfonso Bermúdez Mombiola, José León Rojas, etc.).

⁴ María GAJATE BAJO: “Prensa y Opinión Pública. Un reto para el investigador”, en Alejandra IBARRA (ed.), *No es país para jóvenes. Actas del III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, Vitoria, Valentín de Foronda, 2012 (en soporte CD).

tiones de Estado, las relaciones internacionales, la defensa de intereses comerciales o industriales, etc. los gobiernos acostumbran a mostrarse muy prudentes.⁵ Justifican la desinformación y la censura impidiendo la existencia de esa deseable opinión pública responsable.

Igualmente, sabemos que se diferencian cuatro fases en el proceso de construcción de un imaginario de la realidad: la selección de la información, primera, que corre a cargo del periodista y del jefe de redacción. Si bien rigen muchas veces criterios puramente profesionales, es verdad que los medios otorgan prioridad a los fenómenos a gran escala, sorprendidos y claros; la interpretación de la noticia, desde la premisa de que los *mass media* no constituyen un espejo de la realidad, sino que ofertan versiones de la misma. La forma y el tono empleados, dicho sea de paso, así como la ubicación de la noticia, condicionan profundamente la atención del lector; la difusión de la información, en tercer lugar, para establecer unas coordenadas ambientales o clima de opinión. En este sentido, gozan de considerable credibilidad las voces con mucha autoridad intelectual y conviene también saber que el “martilleo” ideológico ejerce el efecto opuesto al de los vaivenes de criterio; y, por último, este proceso finaliza cuando el individuo asimila los estímulos informativos y opiniones, pasando a formar parte de su propio conocimiento del mundo.⁶ Habrá ocasión de ver esos contrastes de tono y casos de martilleo en las siguientes páginas.

Los individuos, por último, no conocen y digieren las noticias en solitario, sino que participan de marcos potenciales de comunicación, haciendo que la sociedad de masas no sea tan desestructurada como a priori se cree.⁷ Importan la familia, los amigos, el ámbito de las relaciones laborales, la sensibilidad ante los “estrategas de café”, el mundo intelectual, etc.⁸ Las relaciones interpersonales, en definitiva, adquieren una enorme significación en la Comunicación Política como amplificadoras de los mensajes vertidos en los periódicos. La figura del “estratega de café”, sin ser relevante aquí, resulta particularmente interesante en un contexto de analfabetismo rampante, donde

⁵ Pedro PASCUAL MARTÍNEZ: *Escritores y editores en la Restauración Canovista*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1992, pp. 72-73.

⁶ José Luis DADER GARCÍA: *El periodista en el espacio público*, Barcelona, Bosch, 1992, p. 139; sobre estas fases, consúltese Inmaculada SZMOLKA: “Marruecos en la prensa española”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (coords.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Madrid, Ediciones del Oriente y de Mediterráneo, 2007, pp. 433-439.

⁷ Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA y Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ: “Opinión pública y medios de comunicación” en José Carlos PEREIRA (coord.), *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios*. Barcelona: Ariel, 2003, pp. 153-168; la misma idea, desde la teoría de *Two-Step Flow*, en Karl DEUTSCH: *El análisis de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Paidós, 1970.

⁸ El posicionamiento de los intelectuales ha sido tratado por Andrée BACHOUD, Paul AUBERT, Bernabé GARCÍA LÓPEZ, Alhoucine BOUZALMATE o, más recientemente y en esta revista, por Alfonso IGLESIAS AMORÍN.

los periódicos sobre todo se leían: como pequeños líderes de opinión, servían de puente entre tertulios y *mass media* al tiempo que, previsiblemente, reelaboraban las informaciones.

Junto a estos marcos de comunicación, con los que el historiador debe familiarizarse, importa conocer asimismo el marco legal regulador del derecho a la libertad de expresión. Durante la Restauración, para ir concretando, la Ley de Imprenta de 26 de julio de 1883 sirvió para desarrollar el artículo 13 de la Constitución de 1876 y supuso todo un triunfo para el Partido Liberal, después de que Cánovas sometiese a la prensa a una verdadera dictadura (los libros preocuparon menos en las esferas gubernamentales por su escasa circulación). Se reglamentaron ahora dos mecanismos de represión de las publicaciones: la censura previa, asumida por los gobiernos civiles y que únicamente podía establecerse cuando las garantías constitucionales se hallaban suspensas; y la represión de textos a posteriori, cuando ya la publicación había salido a la calle y era objeto de una denuncia.⁹

Sin embargo, más habitual que la suspensión de garantías –veintitrés veces entre 1898 y 1923– o que la más descarada censura, y también más eficiente, resultó el envío de circulares aleccionadoras a los directores de periódico. Y, más criticable, la interrupción de las comunicaciones telegráficas o telefónicas, medida orquestada desde Gobernación con la complicidad de la Dirección General de Correos.¹⁰

En el modelaje de la opinión pública, junto con la censura, también la propaganda desempeñó un papel transcendental porque el apoyo de la población resulta imprescindible de cara a cualquier aventura en el exterior.¹¹ La propaganda es a la democracia lo que el garrote a los mandatos autoritarios. En primer término, permite que la masa se comporte como un inofensivo espectador, la adormece.¹² Aunque, ciertamente, las penurias que la guerra africana acarreó no pudieron ser silenciadas por completo, sí se logró en buena medida imponer una imagen monstruosa del enemigo y se pudo, con esfuerzo, altas dosis de sentimentalismo y manipulando la historia, limitar el impacto del discurso anticolonial en la metrópoli.¹³ O al menos entre los votantes

⁹ Juan Francisco FUENTES y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN: *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea*, Madrid, Síntesis, 1997, pp. 137-139.

¹⁰ Celso ALMUIÑA: “Prensa y Poder en la España contemporánea”, *Investigaciones Históricas*, 1 (1979), pp. 297-323; José Antonio VALLE: “La censura gubernativa de prensa en España (1914-1931)”, *Revista de Estudios políticos*, 21 (1981), pp. 73-126; y también, Francesc A. MARTÍNEZ y Antonio LAGUNA: “Comunicación, propaganda y censura en la guerra hispano-marroquí (1906-1923)”, *Comunicación y Sociedad*, 27:3 (2014), pp. 43-63.

¹¹ Luis Miguel ENCISO RECIO et al.: *Propaganda y opinión pública en la historia* Valladolid: Universidad de Valladolid, 2007, pp. 97-101.

¹² Alejandro PIZARROSO QUINTERO: “Propaganda y propaganda de guerra” en VVAA, *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002.

¹³ Walter LIPPMANN: *La opinión pública*, Langre, Madrid, 2003. La primera edición es de 1922.

de las principales capitales de provincia. Los habitantes rurales preocuparon menos en tanto permanecieron sometidos al fuerte yugo del cacique. También fueron reprobados, claro está, los comentarios insidiosos procedentes de otros países –Francia, ante todo– acerca de la labor colonizadora de España.¹⁴ En un segundo plano, la propaganda se necesitó frente a los colonizados. Para persuadirlos de las ventajas del nuevo sistema de gobierno, profesores y, más aún, médicos desempeñaron una importante labor.¹⁵ Aunque casi siempre les precedió la fuerza bruta.

Los inicios de la aventura africana

Antes del verano de 1909, Marruecos apenas acaparó la atención de los reporteros y de los españoles, por extensión. No obstante, un intenso y enrevesado juego diplomático se desarrollaba entre bambalinas, filtrándose en las páginas de la prensa únicamente los movimientos más sorprendidos. En 1902 no llegaron a cuajar las negociaciones para firmar un tratado con Francia con el propósito de repartir zonas de influencia en el Sultanato. Aunque *El Socialista*, órgano de expresión del PSOE bajo la dirección de Iglesias y con fuerte calado social, guardó silencio sobre el asunto, *El Imparcial* – propiedad de la familia Gasset y con marcadísima tendencia liberal– sí se hizo eco de los juicios de Silvela, reproduciendo con cierta tardanza algunas de sus declaraciones sobre las renacidas ilusiones de grandeza imperial:¹⁶ «No son populares. No son simpáticas a la nación».¹⁷ *La Época*, en cambio, esperó dos años para justificar el proceder del político conservador. La negativa al tratado con Francia, confesaba el órgano maurista, obedecía a razones patrióticas. Entiéndase, miedo a una confrontación con Inglaterra.¹⁸ En las mismas fechas, el canalejista *Heraldo de Madrid* también aclaró que los conservadores rechazaron la firma de un convenio gestado por iniciativa liberal.¹⁹ Finalmente, y todavía más a la izquierda, el republicano *El País* se alegró de la retirada española pues no concebía un entendimiento con Francia ni Gran Bretaña.²⁰

¹⁴ Para una visión panorámica del periodismo de guerra, consúltese Antonio GARCÍA PALOMARES: *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del norte de África entre 1893 y 1925*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014.

¹⁵ Francisco Javier MARTÍNEZ e Irene GONZÁLEZ (coords.): *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011.

¹⁶ Sobre el mundo periodístico del periodo, M^a Cruz SEOANE y M^a Dolores SÁIZ: *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza, Madrid, 1996, pp.23-68.

¹⁷ “Información política”, *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1903.

¹⁸ Francisco SILVELA: “Una carta del señor Silvela”, *La Época*, 11 de junio de 1904.

¹⁹ “Continúa el enigma”, *Heraldo de Madrid*, 10 de junio de 1904.

²⁰ “Un tratado y una carta”, *El País*, 12 de junio de 1904.

Las entrevistas con Francia llegaron a buen puerto, esta vez sí, en 1904. Franceses e ingleses habían sellado ya, en abril, el nacimiento de la *Entente Cordiale*, un acuerdo que levantó ampollas entre la prensa española. Así ocurrió, por ejemplo, con *El País* o *El Liberal*, otra publicación afín al republicanismo.²¹ *La Época* defendió, al contrario, que aquí residía una garantía de paz para Europa.²² En octubre de 1904, por fin, Maura aceptó un compromiso con Francia que quizás arrastrase a España al campo de batalla. En el largo plazo, la abstención hispana probablemente habría acarreado la renuncia a las plazas soberanas en territorio africano; en el corto, no obstante, se transigía con la política gala de hechos consumados. Por eso, las grandes cabeceras patrias, con la salvedad del *La Vanguardia*,²³ hicieron gala de una actitud recelosa. *El Liberal*, por ejemplo, reclamó más información.²⁴ También *El País* cargó contra el ejecutivo porque «aunque León y Castillo fuese un Tayllerand, que no lo es ni muchísimo menos, este convenio nos espantaría».²⁵ En el pasado, cuando España quiso actuar contra El Rogui, fue frenada por el gobierno francés. Ahora, sin embargo, París tomaba la delantera en el juego diplomático, exhibiendo mucha menos generosidad – recortes territoriales– que en 1902. *El Socialista*, por su parte, denunció la propagación de un ambiente subversivo a lo largo y ancho del imperio jerifiano.²⁶

De día en día, Marruecos se descomponía y al “trompetazo” de Tánger, primer gesto de fuerza del káiser en el continente africano, le siguió la Conferencia de Algeciras. España actuaría –al menos esto es lo que sospechaba– nuevamente como comparsa de Francia y así lo reconocía *La Vanguardia*: «Antes fuimos el país de ‘pan y toros’; ahora no pasamos de ser el país de ‘pan y migajas’».²⁷ El mismo tono apesadumbrado compartía *El Imparcial*.²⁸ Más condescendientes, sin embargo, se mostraron otros medios afines al Partido Liberal. Arrojando pelillos a la mar, ahora *El Liberal* secundaba sin reparos a Francia, consciente de que el aislamiento no constituía una opción viable para España.²⁹

Efectivamente, esta reunión fortalecería los vínculos con la Entente y posicionamientos similares se apreciaron en las páginas de *Heraldo de Madrid*,³⁰ convencido

²¹ “La exclusión de España”, *El País*, 23 de abril de 1904; Gutiérrez SOBRAL: “El protectorado de Francia en Marruecos”, *El Liberal*, 12 de abril de 1904. *El Liberal* se fundó en 1879, a partir de una escisión de *El Imparcial*.

²² “El convenio anglo-francés”, *La Época*, 9 de abril de 1904.

²³ “Convenio sobre Marruecos”, *La Vanguardia*, 4 de octubre de 1904.

²⁴ “El acuerdo franco-español”, *El Liberal*, 4 de octubre de 1904.

²⁵ “Un convenio y una inconveniencia”, *El País*, 6 de octubre de 1904.

²⁶ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 28 de octubre de 1904.

²⁷ FIVALLER: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 29 de diciembre de 1905.

²⁸ “Dudas y temores”, *El Imparcial*, 9 de enero de 1906.

²⁹ “Proyectos anglo-ibéricos”, *El Liberal*, 20 de julio de 1906.

³⁰ “La obra futura”, *Heraldo de Madrid*, 8 de abril de 1906.

de que los derechos españoles sobre Marruecos se iban afianzando, y en *El Imparcial*.³¹ *La Vanguardia* en esta tesitura suavizaba el tono y no disimulaba su euforia ante “la ocasión de poder remediar en algo los funestos efectos de pasadas indolencias”.³² *El Socialista*, permanente verso suelto de esta historia, destacó la vocación conquistadora del encuentro internacional,³³ al tiempo que celebró el final del “soporífero” intercambio de puntos de vista.³⁴ El rotativo de Luca de Tena, por último, también se mostró pesimista. Pero por otras razones. De una parte, denunció la marginación de los representantes del pueblo marroquí: «No sirve de nada contar con la voluntad de uno que se llama soberano, si o se está de acuerdo con el otro soberano, el soberano pueblo». ³⁵ De otro lado, lamentó el ambiente de indiferencia en España.³⁶ En el fondo, no debe perderse de vista, *ABC* esquivaba cualquier aplauso a los liberales.

A raíz de las protestas en Casablanca contra los franceses, en 1907 y quizás por vez primera, muchos empezaron a tomar verdadera conciencia de los costes de la penetración colonial. Fue el caso de *El Imparcial* y *ABC*, muy contundentes ante la agresividad gala;³⁷ el pánico, en cambio, cundió entre los redactores de *El Liberal*: «España, si en efecto toma parte en la empresa, se convertirá en una Celestina vulgar, que no actúa de aliada, sino de encubridora». ³⁸ Menos alarmada se mostró *La Vanguardia*, convencida tempranamente de que el Gobierno maurista se encaminaba a una intervención militar en Marruecos.³⁹

Poco tiempo después, de hecho, a comienzos de 1908 y pretextando la necesidad de salvaguardar el orden, se inició la ocupación de la costa marroquí con las tomas de La Restinga y Cabo de Agua, en las proximidades de Melilla. El gobernador militar de esta plaza, el general Marina, frenaba así el intento francés de abrir en la zona una fábrica de armas, con la previa autorización de El Rogui. Casi inadvertidas ambas operaciones, solo *El Socialista* previno de que «por la forma en que se ha hecho, ha sido meter la mano en el avispero». ⁴⁰

³¹ “España en Marruecos”, *El Imparcial*, 20 de marzo de 1906.

³² Tulio: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 5 de abril de 1906.

³³ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 19 de enero de 1906.

³⁴ “La semana burguesa”, *El Socialista*, 6 de abril de 1906.

³⁵ Guillermo SÁNCHEZ CABEZA: “Ante la Conferencia”, *ABC*, 7 de enero de 1906.

³⁶ “Ante la Conferencia”, *ABC*, 9 de enero de 1906.

³⁷ “Energías necesarias”, *El Imparcial*, 01 de agosto de 1907; Felipe ÓVILO: “Los sucesos de Casablanca”, *ABC*, 4 de agosto de 1907.

³⁸ “La intervención”, *El Liberal*, 3 de agosto de 1907.

³⁹ C.C: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 4 de agosto de 1907.

⁴⁰ “La mano en el avispero”, *El Socialista*, 21 de febrero de 1908.

Marruecos en el punto de mira: 1909, el desastre en el barranco del Lobo

La campaña militar de 1909 marcó un punto de inflexión en el devenir de los asuntos marroquíes, pues el “avispero” coparía muchas primeras planas a partir de entonces. Como telón de fondo, España y Francia rivalizaban por posesionarse de unas ricas minas de hierro en las cercanías de Melilla. Sin embargo, esta carrera pasó bastante desapercibida ante el revuelo producido, el 9 de julio, con motivo de una agresión cabileña sobre unos trabajadores españoles. Marina contraatacó y, desatadas las hostilidades, Maura incurrió en el error de no procurar el respaldo de la opinión al escudarse exclusivamente en el empleo de la censura. El Trust y otros órganos de la izquierda no desperdiciarían la ocasión para desacreditar al político mallorquín, sobre todo, con motivo de la ejecución de Ferrer y Guardia.

En esta ocasión, la prensa no tuvo grandes dificultades para hallar a los responsables de lo ocurrido en Marruecos. Así, como portavoz del Comité del PSOE y antes del inicio de la campaña, ya *El Socialista* advirtió de los peligros del militarismo: «Lo que les falta ahora, un caudillo capaz de sobreponerse a los hombres civiles, lo tendrán entonces, porque es África sitio adecuado para la conquista de laureles». ⁴¹ El rotativo obrero denunciaba, además, que eran poderosos los intereses mineros en la región y contemplaba Marruecos con resignación, ⁴² como un callejón sin salida. Su único alivio, la decisión conservadora de suprimir la redención en metálico durante la campaña – medida reclamada reiteradamente por Pablo Iglesias –, llegaría tarde. ⁴³

El Liberal censuró también la avaricia de las compañías mineras, mientras que Leopoldo Romeo, abundando en ello, publicó en *La Correspondencia de España* uno de los editoriales más reproducidos de este convulso año, aquel que acaba con su cruda sentencia: “Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será ir. ⁴⁴ En verdad, un día antes, el Real Decreto de 11 de julio, llamando a la movilización de los reservistas, sirvió como desencadenante de la Semana Trágica, con epicentro en Barcelona. Junto a la obligación de separarse de sus familias, el injusto sistema de reclutamiento generaba un fuerte rechazo entre los mozos. Las protestas, por tanto, no se hicieron esperar y, si bien en Madrid fueron acalladas, en la capital catalana se impuso el caos. ⁴⁵

Militarismo, avaricia minera e injusticia social integraban, consecuentemente, un cóctel de digestión pesada. Añádase que la solicitud de un crédito extraordinario,

⁴¹ “Contra la guerra”, *El Socialista*, 2 de julio de 1909.

⁴² “Los responsables”, *El Socialista*, 16 de julio de 1909.

⁴³ “Algo es algo”, *El Socialista*, 13 de agosto de 1909.

⁴⁴ Leopoldo ROMEO: “Ir a Marruecos es la revolución”, *La Correspondencia de España*, 12 de julio de 1909.

⁴⁵ Josep PICH MITJANA: “La Revolución de julio de 1909”, *Hispania*, 75: 249 (2015), pp. 173-206.

antes de haberse registrado el ataque cabileño con víctimas mortales, ya había despertado la lógica ansiedad entre el público;⁴⁶ además, la reanudación de los trabajos mineros, en un contexto de tanta inseguridad como el melillense, constituyó una absoluta irresponsabilidad gubernamental. Hasta el punto de que, en una publicación tan dócil como *La Vanguardia*, se afirmaba:

Los enemigos jurados de los gobiernos aprovechan los estados de opinión más señalados para promover algaradas y perturbaciones: pero no basta que tales elementos malsanos se pongan del lado de una causa para que esta sea por ello injusta. Y es esto algo que hay que estudiar: cómo piensa el país y si el país tiene razón [...] Medir este entusiasmo y este apoyo de la nación es la primera obligación del gobierno en el conflicto presente.⁴⁷

Con un tono muy distinto, *El Imparcial* disculpó la movilización de reservistas. No faltó un superficial lamento ante la injusticia legal;⁴⁸ pero, aun así, se dejó arrastrar por la atmósfera belicosa imperante.⁴⁹ Tampoco escatimaron censuras ni para los socialistas ni para el ejecutivo.⁵⁰ Sobre todo, porque Antonio Maura «No buscó el contacto con la opinión». Negar la existencia de la guerra, obviamente, chocaba con la simultánea movilización de una gran tropa. Por otro lado, si el origen de esta movilización fue el asesinato de unos trabajadores mineros, se deducía que el gobierno estaba defendiendo en el Rif los intereses de algunos capitalistas. Para terminar, el error más garrafal de los conservadores fue su despreocupación por convencer a la opinión pública de todo su proceder. Algo de lo que extraerían lecciones para el futuro.

La actitud de *La Vanguardia* resultó, globalmente, la más complaciente, respaldando permanentemente la necesidad de una eufemística “acción de policía”.⁵¹ En esta redacción, sin embargo, criticaban que Maura parecía marchar a remolque de Francia.⁵² Se reclamaba más agresividad, petición compartida con *ABC*. O dicho con otras palabras, «responder con golpes dados a golpes recibidos».⁵³

⁴⁶ José Manuel ALLENDESALAZAR: *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909*, Madrid, MAE y Agencia Española de Cooperación Internacional, 1990, p.225.

⁴⁷ Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “La vida política”, *La Vanguardia*, 25 de julio de 1909.

⁴⁸ “Las familias de los reservistas”, *El Imparcial*, 18 de julio de 1909.

⁴⁹ “Ante los combates de Melilla. Los comentarios públicos”, *El Imparcial*, 20 de julio de 1909.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ C. C.: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 18 de julio de 1909.

⁵² C. C.: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 15 de julio de 1909.

⁵³ “Impresiones sobre la campaña”, *ABC*, 24 de julio de 1909.

Desde el 20 de julio, los ataques rifeños se aproximaron al perímetro de Melilla. Tras una primera emboscada en el barranco de Alfer, el 27 de julio la brigada de Cazadores de Madrid, mandada por el general Pintos, fue aniquilada en el barranco del Lobo y se contabilizaron 752 bajas. *El Imparcial* de inmediato lanzó sus dardos contra Maura: «Ha llevado al país a la guerra sin que la opinión estuviese preparada, y no podía estarlo sin la acción de los periódicos». ⁵⁴ Todavía más incisivas serían las palabras de *El Socialista*, que recriminaba al mallorquín un carácter torpe. ⁵⁵

Tan pronto como se inició el curso parlamentario, los acontecimientos se precipitaron. En la sesión del 20 de octubre, el ministro de Hacienda, González Besada, leyó un nuevo proyecto de ley de créditos que urgentemente debían cubrir los gastos del Rif. Pero el liberal Segismundo Moret optó por redirigir el debate hacia el caso Ferrer. La Cierva y Miguel Moya se enzarzaron y, acto seguido, la sesión terminó cuando las minorías liberal y demócrata decidieron abandonar la cámara porque La Cierva responsabilizó también a Moret del atentado contra los reyes en la Calle Mayor. Desde este instante, los liberales acordaron bloquear la aprobación del proyecto de ley de financiación de la guerra. ⁵⁶

Al día siguiente, Maura se dispuso a presentar su dimisión ante el rey. Pero para su sorpresa, Alfonso XIII tomó la delantera y, sin permitirle justificarse, le agradeció los servicios prestados. Ante todo, fue un movimiento de la opinión pública internacional el que impulsó al monarca a actuar así. ⁵⁷ El nuevo ministro de Guerra, el general Luque, anunció que los liberales deseaban acabar cuanto antes con la campaña africana. Renegando de la política maurista, optaron por anunciar el 1 de noviembre de 1909 un decreto que concedía un crédito extraordinario, de 68 millones de pesetas, al nuevo gobierno. ⁵⁸

Las negociaciones de paz, sin embargo, se prolongaron mucho porque la política de dilaciones caracterizaba la estrategia diplomática de los sultanes. Hasta septiembre de 1910, encabezando ya el gobierno José Canalejas, no se trasladó a Madrid El Mokri, representante del sultán Hafid. Este rechazaba el pago de una indemnización de guerra y exigía la evacuación española de todas las posiciones ocupadas. ⁵⁹ *El Socialista*

⁵⁴ «En defensa de la ley. Manifestaciones de Sánchez de Toca. Documento importantísimo», *El Imparcial*, 24 de septiembre de 1909.

⁵⁵ «Inconsecuencia», *El Socialista*, 15 de octubre de 1909.

⁵⁶ Morgan C. HALL: *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal*, Madrid, Alianza, 2005, p. 116.

⁵⁷ Gabriel CARDONA: *Alfonso XIII, el rey de espadas*, Barcelona, Planeta, 2010, p. 94.

⁵⁸ Antonio ATIENZA PEÑARROCHA: *Africanistas y junteros. El ejército español en África y el oficial José Enrique Varela*, Tesis doctoral inédita, Universidad San Pablo-CEU, 2012, p. 115.

⁵⁹ Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014, p. 245-249.

llegó, de hecho, a temer una continuación de los combates.⁶⁰ Recientemente fundado y con profundas convicciones católicas, *El Debate*, en cambio, apuntó hacia tejemanejes franceses.⁶¹ *La Vanguardia*, una vez más, exhibió su entusiasmo.⁶² De modo similar se condujo *El Imparcial*, sin escatimar halagos hacia Canalejas.⁶³ Al final, la satisfacción llegó incluso a *El Socialista* porque veía como se alejaba el fantasma de otra conflagración y porque, a su juicio, se había demostrado la fortaleza de la opinión pública.⁶⁴ Todos, en resumen, deseaban capitalizar lo que consideraban el triunfo. Curiosamente, tan solo *ABC* evitó formular opiniones triunfalistas: los liberales ocupaban el gobierno. La oposición al servicio militar, el antimilitarismo, y el temor al déficit sirvieron como elementos aglutinadores del descontento. Ahora bien, de una crítica circunstancial no se transitó hacia el anticolonialismo. De hecho, consignas célebres, como el tan esgrimido “O todos o ninguno” de *El Socialista*, no suponían una crítica al africanismo, sino a la injusta distribución de obligaciones a la hora de resucitar el añorado imperio.⁶⁵

A modo de síntesis, subráyese que los negocios periodísticos tendieron a simplificar las informaciones sobre la contienda. La reiteración fue una de sus técnicas de propaganda predilecta. Su fijación con algunos temas –por ejemplo, el heroísmo del cabo Noval, el salvajismo rifeño, las suscripciones, los combates épico o la connivencia con la censura– y la marginación de otras cuestiones –los negocios mineros, el déficit hacendístico o el drama familiar que implicaba la llamada a filas– supusieron una notable manipulación de la realidad. De paso, lograron desviar el debate público hacia los aspectos menos técnicos del conflicto. Con demasiada frecuencia, por otro lado, se olvidaron las repercusiones internacionales de la política marroquí. Sorprende que, mientras duró la pelea, primaron las maquinaciones a propósito de las intenciones galas en Marruecos más que la crítica hacia sus movimientos efectivos en el terreno. Quizás, porque al final España estaba comportándose como los franceses.⁶⁶

⁶⁰ “Hay que oponerse”, *El Socialista*, 7 de octubre de 1910.

⁶¹ “Mirando a Marruecos”, *El Debate*, 13 de octubre de 1910.

⁶² Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “La vida política”, *La Vanguardia*, 20 de noviembre de 1910.

⁶³ “Lo hecho y lo esperado”, *El Imparcial*, 18 de noviembre de 1910.

⁶⁴ “El convenio con Marruecos”, *El Socialista*, 25 de noviembre de 1910.

⁶⁵ Antonio MORENO JUSTE: “*El Socialista* y el Desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 103-132.

⁶⁶ A pesar de tratarse de una investigación de carácter local, tales afirmaciones se hallan en María GAJATE BAJO: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, IUGM, Madrid, 2012.

Agadir, la efímera campaña del Kert y la parálisis de la Primera Guerra Mundial

Una vez firmado el acuerdo de paz, Marruecos no dejaría de constituir una preocupación para los hombres de la Restauración. Cuando en mayo de 1911 se confirmó la llegada del comandante Bremond a Fez, el general Alfau, máximo responsable en el gobierno de Ceuta, respondió con la toma de algunas posiciones próximas a esta plaza. *El Socialista* ya advertía de que ello serviría como pretexto para el inicio de una guerra de conquista.⁶⁷ Desde hacía meses, buena parte de la prensa nacional recelaba de la agresividad parisina y presionaba para que las tropas españolas no fueran a la zaga. Así, *El Debate* convirtió a Canalejas en el blanco de sus ataques, incapaz de detener el imbatible espíritu conquistador galo: «Parece que a los españoles les falta apetito [...] Triste hartura la de nuestra patria, cuando sus hijos tienen que venderse como esclavos para labrar en Argelia».⁶⁸ El mismo periódico aseguraba que toda la táctica de Francia consistía en adelantar los acontecimientos mientras que al ejército español le faltaban palabras de aliento.⁶⁹ Recordemos que el ejecutivo conservador dispuso del respaldo ideológico del integrismo en 1909, pero esta situación no se repetía ahora con los liberales. Además, a la crisis diplomática en ciernes, se le sumó otro elemento: las protestas de la Conjunción Republicano-Socialista que recorrieron la geografía peninsular. Salieron a la calle en Madrid, el 7 de agosto; en Barcelona, un días después; en Santander, el 20 de agosto, etc.⁷⁰

Los alemanes, terceros en discordia, pusieron el grito en el cielo al presenciar cómo franceses y españoles iban tomando posiciones en el Sultanato. Canalejas era plenamente consciente de que el establecimiento de un protectorado francés se aproximaba y, para evitarlo, para garantizar la pervivencia de la zona de influencia española, trazada en el Tratado de 1904, entendió que debía garantizar el control policial sobre el triángulo formado por Tetuán-Tánger-Larache.⁷¹ De aquí, los avances militares. Su siguiente paso fue la intervención armada en Larache y Alcazarquivir, como de costumbre, bajo la consabida coletilla de sencilla “operación de policía”. Nunca como una medida revanchista. La misma explicación era compartida, en esta ocasión, por *ABC* y la prensa del Trust.⁷² Mientras, *El Socialista* protestaba ante la inconsecuencia

⁶⁷ “La conquista de Marruecos”, *El Socialista*, 5 de mayo de 1911.

⁶⁸ “Conducta maquiavélica de Francia”, *El Debate*, 29 de marzo de 1911.

⁶⁹ “Nosotros debemos hacer lo que nos corresponde sin esperar a que Francia se adelante”, *El Debate*, 11 de abril de 1911.

⁷⁰ Andrée BACHOUD: op. cit., pp. 170-172.

⁷¹ Miguel Ángel GARCÍA DE JUAN: “Los intelectuales españoles ante los acontecimientos de Marruecos en 1911”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 213-241.

⁷² “Los asuntos de Marruecos. Nuestra conducta con Francia”, *ABC*, 13 de junio de 1911; “El desacuerdo franco-español”, *El Imparcial*, 11 de junio de 1911.

gubernamental porque «hace dos años combatieron al señor Maura [...] sin haber variado esencialmente los términos del problema».⁷³ La ausencia de unas directrices claras y los continuos palos en las ruedas entre partidos turnistas estaban agravando la cuestión marroquí.

Alemania, por su parte, no quiso permanecer impertérrita y se plantó con un cañonero en el puerto atlántico de Agadir. El ejecutivo francés estaba, a la vista de este incidente, convencido de la existencia de un acuerdo secreto entre Berlín y Madrid, así que contraatacó el 8 de junio, fecha de la ocupación de Larache, con la toma de Mequínez. No obstante, lo que Alemania temía era una acción conjunta hispano-francesa. El envío del Panther, el 1 de julio de 1911, se justificaba por esta sospecha: de nuevo, como hiciera años atrás en Tánger, Guillermo II estaba protagonizando un golpe de efecto ante la colérica mirada de sus vecinos. En este enmarañado contexto, *La Vanguardia* anticipaba que España, el sujeto más débil de la ecuación tendría que ceder.⁷⁴

En efecto, en 1912 España vería nuevamente recortado el territorio que se le asignaba en Marruecos, después de firmarse el acuerdo de protectorado. Mientras que el pesimismo cobraba fuerza en *El Socialista* y llegaría a hablar de “carga onerosísima”,⁷⁵ *ABC* quiso destacar como aspecto positivo la beneficiosa autonomía de jurisdicciones.⁷⁶ *El Imparcial* eligió igualmente el comedimiento.⁷⁷ *El Debate*, por último, si bien contempló satisfecho cómo España confirmaba algunos derechos en el Sultanato, no supo silenciar su sentimiento germanófilo.⁷⁸ Por supuesto, nada le agradaban los recortes territoriales experimentados.⁷⁹

Además del triángulo de posiciones citado, en 1911, cuando los franceses se adueñaron de Fez, el presidente Canalejas también decidió ampliar su zona de influencia hasta la orilla del río Kert para, así, garantizar la seguridad en las minas de Beni-bu-Ifrur. Aunque circunvalar el Gurugú y apropiarse de sus accesos pareció sencillo, en un comienzo, el rebelde El Mizzian consiguió exaltar los ánimos en la zona y prolongar de este modo las operaciones.⁸⁰ *ABC* se cebó con esta excesiva duración de las hostilidades como mecanismo de desgaste del gobierno,⁸¹ aunque fue *El Socialista*

⁷³ “La prensa y la guerra”, *El Socialista*, 16 de junio de 1911.

⁷⁴ A.: “Revista extranjera”, *La Vanguardia*, 13 de octubre de 1911.

⁷⁵ “Perdiendo el tiempo”, *El Socialista*, 6 de septiembre de 1912; “El tratado con Francia”, *El Socialista*, 20 de diciembre de 1912.

⁷⁶ “El reparto de Marruecos. Texto del tratado franco-español”, *ABC*, 1 de diciembre de 1912.

⁷⁷ “Francia y España en Marruecos. La firma del tratado”, *El Imparcial*, 28 de noviembre de 1912.

⁷⁸ “La acción española en Marruecos”, *El Debate*, 29 de noviembre de 1912.

⁷⁹ Andrés de MONTALVO: “El tratado franco-español”, *El Debate*, 13 de diciembre de 1912.

⁸⁰ Federico VILLALOBOS: *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 179-189.

⁸¹ “Las operaciones en el Kert. Plan de avance”, *ABC*, 11 de octubre de 1911.

quien encabezó las protestas contra la guerra, de paso que reivindicó la derogación de la Ley de Jurisdicciones.⁸² Su voz, desafortunadamente, se vería acallada por la larga suspensión de garantías constitucionales, entre octubre de este año y enero de 1912. Cuando retomase la campaña contra la penetración armada, lo haría con menor ímpetu.⁸³ Eso sí, la ocupación de Tetuán, que serviría como sede de la Alta Comisaría, fue acogida con indiferencia en las páginas del periódico obrero.⁸⁴ Sí celebraron la noticia, y mucho, *El Debate*, *ABC* y, muy curiosamente, *El Imparcial*.⁸⁵

Un año después, en 1914, la Gran Guerra sirvió para exacerbar varias crisis latentes en España. Ensanchó la brecha entre ciudad y campo, entre industria y agricultura; entre obreros y patronos. La creciente conflictividad ambiental no haría sino favorecer el empoderamiento militar. Su fuerza quedó demostrada ante el ejecutivo de Eduardo Dato, coincidiendo con el desarrollo del conflicto de las Juntas de Defensa. No obstante, el régimen liberal de Alfonso XIII consiguió sobrevivir al verano revolucionario de 1917.⁸⁶ Durante esta conflagración, Marruecos desapareció del foco mediático, salvo en momentos puntuales. Dejó de constituir el centro neurálgico de la información internacional, aunque allí siguieron ubicándose casi todas las esperanzas de la política exterior patria, al margen de las utópicas reivindicaciones conservadoras sobre Portugal y el Peñón.⁸⁷ En paralelo, el conflicto marroquí se fue enquistando poco a poco y alimentó dos debates entre la opinión pública; debates del todo indisociables de la historia de las campañas.

El primero fue el referido a las alianzas internacionales, tema muy sensible para la opinión conservadora. Así, *El Debate*, convencido de la victoria germana y partidario de la neutralidad estricta para recuperar Gibraltar, se dedicó reiteradamente a desprestigiar la labor diplomática en este periodo. Al contrario, *El Socialista*, en abundantes editoriales, señaló al militarismo alemán como responsable de la guerra.⁸⁸ Por su parte, el segundo dilema versó sobre la conveniencia de un régimen militar o civil para la zona asignada a España y se recrudeció, especialmente, en los momentos en que se debía plantar cara a El Raisuni. Cuando el jerife atacaba destacamentos españoles, la prensa respondía, casi al unísono, solicitando una contraofensiva. Por contraste, cuan-

⁸² “1º de mayo de 1911”, *El Socialista*, 21 de abril de 1911.

⁸³ “La Conjunción y la guerra”, *El Socialista*, 5 de enero de 1912.

⁸⁴ “La cuestión de Marruecos”, *El Socialista*, 28 de febrero de 1913.

⁸⁵ “La bandera española ondea en Tetuán”, *El Debate*, 20 de febrero de 1913; “Fecha histórica. La ocupación de Tetuán”, *ABC*, 20 de febrero de 1913; “Misión de paz”, *El Imparcial*, 21 de febrero de 1913.

⁸⁶ Francisco J. ROMERO SALVADÓ: *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Madrid, Crítica, 2002. Sobre la cuestión juntera, Ana Isabel ALONSO: *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

⁸⁷ Pablo LA PORTE: “La espiral irresistible. La Gran Guerra y el protectorado español en Marruecos”, *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 500-526.

⁸⁸ “Formas de neutralidad”, *El Socialista*, 12 de septiembre de 1914; “La causa aliada”, *El Socialista*, 12 de enero de 1917.

do imperaba el diálogo, Marruecos perdía su carácter noticiable. No obstante, la tensión diplomática y militar subsistía aunque la ciudadanía no estuviese al tanto. Por cierto, ella también era muy propensa a desentenderse de las cuestiones internacionales tan enrevesadas.

La indefinición estratégica y la irritación que generaba la sangría marroquí, con todo, fueron dando paso a una fortalecida oposición. Se transitaba del rechazo individual al colectivo: los jóvenes eludían el servicio militar, los anuncios de agencias de desertión se multiplicaban en los periódicos, las protestas socialistas se intensificaban...⁸⁹ La recogida de firmas contra la guerra en 1914, por ejemplo, alcanzó bastante éxito.⁹⁰ El integrismo, en cambio, seguiría duramente apostando por una guerra rápida y feroz, mientras que el maurismo perseveraría en la idea de Marruecos como garante de la independencia nacional. Los gobiernos, por su parte, enviaban disimuladamente refuerzos a África, soñando con Tánger y procurando una paz con El Raisuni.⁹¹ Delegaban nuevamente su obligación de persuadir a la opinión sobre la conveniencia de resistir en el Sultanato.

El Desastre de Annual (1921)

El fin de la Gran Guerra casi coincidió con la llegada de Dámaso Berenguer a la Alta Comisaría de Marruecos (19 de enero de 1919) y con la conformación de un nuevo gobierno liberal. Culto, agudo y discreto, Berenguer no supo contener las embestidas del general Silvestre, al mando de la Comandancia de Melilla. A principios de 1921 y gracias a sus rápidos avances, las tropas se hallaban a las puertas de las cábilas de Tensaman y Beni Urriaguel, las más belicosas de la región. El 1 de junio, sin previa notificación, Silvestre ocupó la posición de Abarrán.⁹² Y se desató la tormenta. Además de su significación religiosa, los contactos políticos con este enclave habían sido mínimos. Oficialmente, se presentó el movimiento bajo la empachosa fórmula de la “operación de policía”, pero el contraataque no se hizo esperar. El mismo día, el puesto debió abandonarse. En la península, pocas voces advirtieron lo sucedido. Excepcionalmente, Manuel Cordero, desde *El Socialista* recordaba con nostalgia las protestas de 1909, porque «ahora, como si no hubiera ocurrido nada. Total, unos muertos más y aquí paz

⁸⁹ Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Ediciones Península, 2002, pp.415-435 (existe otra edición de 2018).

⁹⁰ Andrée BACHOUD: op. cit., p. 210-212.

⁹¹ Carlos TESSAINER: *El Raisuni, aliado y enemigo de España*, Málaga, Algazara, 1998.

⁹² Juan A. GÓMEZ MARTÍNEZ: “La actuación del general Fernández Silvestre al mando de la Comandancia General de Melilla y su responsabilidad en el Desastre de Annual”, *Aportes*, 71, XXIV (2009), pp. 50-107.

y allí gloria». ⁹³ A la misma conclusión, de desánimo y falta de atmósfera bélica, llegó “Armando Guerra” en *El Debate*. ⁹⁴

Siguió un mes de tensión, la caída de Igueriben, el cruce desquiciante de telegramas entre altos mandos, etc. hasta la derrota en Annual. ⁹⁵ Un hartazgo crónico se percibía en las páginas de *El Liberal*. ⁹⁶ Reacciones similares compartieron *Heraldo* y *El Imparcial* al denunciar la esterilidad de toda la política africana. ⁹⁷ El ejecutivo de Allendesalazar estaba en el foco de todas las miradas. Pero, ¿bastaría un cambio de gabinete para enmendar el problema? Eso se quiso creer y, efectivamente, el regreso de Antonio Maura a la presidencia del gobierno infundió calma al país, si atendemos a testimonios de la época. ⁹⁸

Mientras tanto, el general Picasso emprendía una instrucción para la depuración de responsabilidades en la que pocos confiaban. ⁹⁹ Berenguer, en tan delicada coyuntura, aceptó mantenerse en el puesto de Alto Comisario solo a condición de que se le concediese inmunidad en las pesquisas. La obtuvo, aunque el asunto traería cola. Por el momento, *La Época*, en un empeño desesperado, había procurado restar hierro al conflicto, tratándolo como un incidente aislado, ¹⁰⁰ *El Sol*, algo más incisivo, se sorprendía al comprobar el dominio cabileno de las tácticas de combate europeas. ¹⁰¹ Asimismo, *La Vanguardia* intentaba adivinar la procedencia del armamento, sembrando la duda de la colaboración francesa. ¹⁰² *El Debate*, por su parte, denunciaba el error que suponía dejar a la retaguardia armada. ¹⁰³

La implantación de la censura, y los vaivenes en su funcionamiento, no gustaron entre la opinión conservadora, seguramente, porque se percibió como un castigo innecesario. ¹⁰⁴ *El Socialista* ya había denunciado el silencio gubernamental incluso antes de la implantación formal y se sorprendía al conocer la interrupción de las vacacio-

⁹³ Manuel CORDERO: “Marruecos, sepultura de España”, *El Socialista*, 11 de junio de 1921.

⁹⁴ “Armando Guerra”: “Una traición de la harca amiga”, *El Debate*, 7 de junio de 1921.

⁹⁵ Julio ALBI DE LA CUESTA: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2016.

⁹⁶ “Esas noticias de Marruecos”, *El Liberal*, 24 de julio de 1921.

⁹⁷ “Ni pusilanidad ni locuras”, *Heraldo de Madrid*, 25 de julio de 1921; “La columna del comandante general de Melilla a punto de ser copada por los moros”, *El Imparcial*, 25 de julio de 1921.

⁹⁸ Víctor RUIZ ALBÉNIZ: *Las responsabilidades del desastre. Ecce Homo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1922, p. 437.

⁹⁹ “La guerra en Marruecos. Ayer no hubo noticias de los defensores de Monte Arruit”, *El Imparcial*, 6 de agosto de 1921.

¹⁰⁰ “Ataque de los moros a Annual e Igueriben”, *La Época*, 23 de julio de 1921.

¹⁰¹ “De toda España salen tropas para Melilla”, *El Sol*, 25 de julio de 1921.

¹⁰² “El episodio de Melilla”, *La Vanguardia*, 28 de julio de 1921.

¹⁰³ “Nuestra actuación en África”, *El Debate*, 23 de julio de 1921.

¹⁰⁴ Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “Patriotismo y responsabilidad”, *La Vanguardia*, 28 de julio de 1921; Ramiro de MAEZTU: “El silencio es lo peor”, *El Sol*, 23 de septiembre de 1921.

nes regias.¹⁰⁵ Este semanario llevaba años enarbolando la bandera del abandono,¹⁰⁶ y desde los sucesos de Abarrán, había intensificado su discurso antimilitarista.¹⁰⁷

El descontento se impuso en enero: recuperada Dar Drius, al ejecutivo le tocaba reflexionar sobre las futuras operaciones. Maura era partidario de una ocupación parcial del territorio, asunto que disgustaba a los africanistas. Tampoco *El Socialista* y *ABC* aprobaban esta opción.¹⁰⁸ Además, el ministro de Estado, González Hontoria, opinaba que era preferible el aislamiento del Rif central con respecto a Yebala y al territorio de la Comandancia de Melilla. Las discrepancias condujeron a la crisis y el país, al fin, comenzó a desperezarse. Sin ocupar primeras planas, *El Sol* y *La Vanguardia* habían situado a las Juntas de Defensa en el punto de mira.¹⁰⁹ Incluso el siempre disconforme periódico obrero había cargado contra ellas,¹¹⁰ al igual que *El Imparcial*, que subrayaba lo inoportuno de suprimir los ascensos por méritos de guerra cuando la situación requería de heroísmo.¹¹¹

Coincidiendo con el primer aniversario del Desastre, ya buena parte de la ciudadanía consideraba nefasta la gestión del problema marroquí. Y no sólo la oficialidad juntera ocupaba el banquillo de los culpables, sino que la desconfianza hacia el ejecutivo iba en aumento. Argumentaba entonces *El Socialista*:

Hoy, después de la eficaz propaganda realizada por [...] Indalecio Prieto, Unamuno, Alomar y otros tantos, el pueblo español ha llegado a sentir en sus entrañas ese eterno latigazo de inquietud espiritual, precursor de los grandes cataclismos revolucionarios.¹¹²

Los pensamientos más pesimistas sobre el futuro del Protectorado iban, pues, cobrando pujanza: durante las primeras semanas de aturdimiento, la campaña patriótica del gobierno Maura había despertado la simpatía de casi todas las ciudades espa-

¹⁰⁵ “La columna de Fernández Silvestre, copada”, *El Socialista*, 23 de julio de 1921.

¹⁰⁶ Pablo IGLESIAS: “La Corona y los gobernantes”, *El Socialista*, 20 de marzo de 1919.

¹⁰⁷ Manuel Cordero: “Marruecos, sepultura de España”, *El Socialista*, 11 de junio de 1921; “Magnitud del desastre de Marruecos. El gobierno no dice la verdad al pueblo”, *El Socialista*, 25 de julio de 1921.

¹⁰⁸ Manuel CORDERO: “Notas inocentes”, *El Socialista*, 8 de febrero de 1922; “Conferencia del gobierno con el comisario superior”, *ABC*, 6 de febrero de 1922.

¹⁰⁹ “Ser funestísimo para España”, *El Sol*, 2 de septiembre de 1921; Emilio SÁNCHEZ PASTOR: “Esperanzas optimistas”, *La Vanguardia*, 12 de enero de 1922.

¹¹⁰ Indalecio PRIETO: “Un avance de crítica”, *El Socialista*, 23 de agosto de 1921.

¹¹¹ “La guerra en Marruecos. Ayer no hubo noticias de los defensores de Monte Arruit”, *El Imparcial*, 6 de agosto de 1921.

¹¹² “Lo que debe el país a los socialistas”, *El Socialista*, 2 de julio de 1922.

ñolas.¹¹³ El político mallorquín había aprendido las lecciones de 1909 y supo sacar partido de las circunstancias, con una opinión pendiente de la suerte de los resistentes de Monte Arruit. La movilización de refuerzos, en aquellas tristes jornadas, pudo efectuarse sin protestas; y, además, no afectó a los reservistas. Por otro lado, la prensa de izquierdas mostró una nula capacidad de respuesta ante el extraño escalofrío que sacudió al país.¹¹⁴

Después de la estupefacción y el paroxismo, tras la masacre de Monte Arruit, el deseo de venganza había alimentado a la opinión pública. La tradicional aversión a la guerra no desapareció, pero se impuso una respuesta instintiva y los periodistas apenas tuvieron que esforzarse para convencer a la opinión de la necesidad de contraatacar. El traumático abandono de Monte Arruit se justificó y buena parte de la prensa también contemporizó con el proceder de Berenguer. *El Sol* argumentó que el rescate de Navarro se presentaba como impracticable ante la falta de medios.¹¹⁵ Idénticos fueron los planteamientos de *La Vanguardia* y *El Debate*, seguros de que se podía perder más de lo que se aspiraba a ganar.¹¹⁶ Obviamente, sabían que, llegado el momento, la omisión de auxilio a esta posición sería el asunto más turbio del mandato de Berenguer. Y, en efecto, un año después, *El Imparcial* no vaciló al reconocer como «notorio e indiscutible el fracaso del caudillo».¹¹⁷

Las responsabilidades, ahora sí, había que esclarecerlas. Sobre el expediente Picasso y los debates parlamentarios que analizaron las causas de la derrota, los españoles siempre dispusieron de la frecuentes, pero breves, informaciones de la sección telegráfica de la prensa. Aquí se reseñaron las controversias generadas por el empleo de tropas indígenas; se describió el estado de desabastecimiento de muchos blocaos, etc. La opinión pública supo, de este modo, que en la línea avanzada de Melilla había casi 130 posiciones, defendidas con soldados inexpertos, mal armados y con enormes dificultades para abastecerse de agua. En diciembre de 1922, varias ciudades saldrían a la calle clamando la efectiva depuración de responsabilidades.¹¹⁸

Junto a este tema, la prolongada permanencia de los cuotas en el frente también empezó a desgastar a los ejecutivos. Incluso *El Debate*, y *El Sol* un tiempo des-

¹¹³ Ángel COMALADA: *España: El ocaso de un Parlamento, 1921-1923*, Barcelona, Ediciones Península, 1985, p. 15.

¹¹⁴ Pablo LA PORTE: *El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997. pp. 232-233 y 279-287.

¹¹⁵ “Comentario de ayer”, *El Sol*, 12 de agosto de 1921.

¹¹⁶ “Los héroes de Monte Arruit”, *La Vanguardia*, 12 de agosto de 1921; Enrique ARQUÉS: “Lo que no pudo hacerse”, *El Debate*, 4 de septiembre de 1921.

¹¹⁷ “Dimisión del general Berenguer. Ya no volverá a Marruecos”, *El Imparcial*, 11 de julio de 1922.

¹¹⁸ María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005.

pués,¹¹⁹ comenzaron a exigir su repatriación empleando una variante de la vieja consigna socialista “Ni una posición más, ni un hombre más, ni una peseta más”.¹²⁰ La cruel diferenciación entre el soldado de haber y el cuota, desde su implantación en 1912, había topado con la oposición del movimiento obrero. Lo novedoso ahora era que entre los sectores económicamente más pujantes, al sufrir en sus carnes las penalidades de la contienda, se entibiaba el deseo de venganza. A raíz de la llegada de Burguete a la Alta Comisaría y los rumores sobre la inminente implantación de un Protectorado civil, los padres de estos soldados intensificaron sus demandas y se vincularon a la Cruzada de Mujeres Españolas y a las multitudinarias manifestaciones, durante el verano de 1922, en varias provincias.¹²¹

Las dilatadas gestiones para el rescate de prisioneros, por último, también alimentaron el clima de creciente ansiedad. Sería el ministro Alba quien delegase, a inicios de 1923, en el empresario Horacio Echevarrieta las negociaciones para la liberación. El regreso de los supervivientes fue celebrado por *El Socialista* y *El Imparcial*.¹²² Pero más comedidos se mostraron *El Debate*¹²³ o *El Sol*, al sentenciar que «no es un hecho glorioso, pero ha sido cumplimiento de un deber»,¹²⁴ y sobre todo, *La Vanguardia*¹²⁵ y *ABC*.¹²⁶ A todos ellos les preocupaba que el dinero entregado a Abd-el-Krim pudiera emplearse en la compra de armas.

Conclusiones

A lo largo de las campañas hispano-marroquíes se aprecia la coexistencia de opiniones irreconciliables, pero también el vigor de ideas muy ampliamente compartidas porque la opinión pública era (y es) intrínsecamente escurridiza, aunque maleable; y puede ser un instrumento muy útil al servicio de la política exterior. Se sabía hace un siglo: no bastaba con lograr el éxito en el campo de batalla, sino que primero era necesario ganar la guerra sobre el papel. Sólo después del trágico año de 1921, la propaganda de guerra y, una cada vez más decidida contrapropaganda ayudaron a desperezar a la

¹¹⁹ “Preocupaciones para febrero”, *El Sol*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁰ “¿Lección desaprovechada?”, *El Debate*, 19 de noviembre de 1922.

¹²¹ Ramiro de MAEZTU, “Las meditaciones de un manifestante”, *El Sol*, 12 de diciembre de 1922; Pablo IGLESIAS, “El Régimen y la opinión”, *El Socialista*, 21 de diciembre de 1922.

¹²² “Los patriotas piadosos”, *El Socialista*, 5 de febrero de 1923; “Ayer tarde recobraron la libertad los prisioneros de Axdir”, *El Imparcial*, 28 de enero de 1923.

¹²³ “Los prisioneros salen para Melilla”, *El Debate*, 28 de enero de 1923.

¹²⁴ “Después del rescate. Declaraciones de don Horacio Echevarrieta”, *El Sol*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁵ “Después del rescate”, *La Vanguardia*, 1 de febrero de 1923.

¹²⁶ “Los 326 prisioneros que estaban en Axdir habrán llegado esta madrugada a Melilla”, *ABC*, 28 de enero de 1923.

opinión pública. El deseo de revancha, efectivamente, existió y fue prioritario durante algunos meses: mientras duró el asedio sobre Monte Arruit y hasta aproximadamente finales de año, cuando con ahínco se fomentó la emoción frente a la razón. Monarquía, gobierno, militares y pueblo secundaron a Berenguer. Las fuerzas políticas turnistas, excepcionalmente, se mostraron cohesionadas y la prensa, prudente. El discurso obrero apenas lograba eco en esos críticos meses, como ya tampoco lo lograba la perorata sobre el imperativo geográfico e histórico. La guerra se hacía con las tripas.

La Iglesia y corporaciones municipales, diríase, rivalizaron a la hora de agasajar a los combatientes. Aunque estos gestos, se cree, no tendrían por qué implicar un apoyo al desquite, sino que podrían entenderse como una manifestación del más primitivo sentimiento de compasión hacia el prójimo. Con todo, fue una respuesta efímera, un cerrar filas por desesperación. Las tesis abandonistas lograrían mucha resonancia a lo largo de 1922, agriándose el conflicto entre junteros y africanistas; y entre prensa y ciudadanía. La desolación, la amargura y el desengaño terminaron por convertirse en las notas más destacadas del clima de opinión (también la tensión catalana) y, finalmente, la dictadura se vislumbró como una solución de urgencia. A pesar de este triste desenlace, las intermitentes campañas marroquíes potenciaron la concienciación política de españoles y es este un fenómeno esencial para la comprensión del azaroso siglo XX.

La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)

The evolution of the image of the Hispano-Moroccan wars and its diffusion in public opinion (1859-1927)

Alfonso Iglesias Amorín
Universidade de Santiago de Compostela
alfonsoamorin@yahoo.es

Resumen: Los diversos conflictos militares que el Ejército español libró en Marruecos en época contemporánea fueron transmitidos a la sociedad española de muy diferentes maneras, pero la imagen fue una de las más importantes, y su papel fue decisivo a la hora de condicionar la forma en la que desde la metrópolis se percibió e imaginó lo que allí sucedía. Pinturas, dibujos, grabados, caricaturas o fotografías fueron ganando o perdiendo importancia de unas campañas a otras en función de múltiples factores. El objetivo del artículo es analizarlos, buscando trazar una visión global, un recorrido de larga duración que permita definir tendencias generales, al tiempo que buscar los elementos claves de estas imágenes a la hora de influir a los españoles y la forma en la que vieron a su propio Ejército, al enemigo *moro*, las guerras que ambos luchaban o el Protectorado que se estableció sobre el territorio marroquí en 1912. La Guerra de África de 1859-1860, la campaña de Melilla de 1893 (también conocida como Guerra de Margallo), la guerra del Barranco del Lobo en 1909 y la larga Guerra del Rif que desde ese año se extendió hasta 1927, y durante la cual sucedieron episodios tan significativos como el Desastre de Annual (1921), la retirada de Xauen (1924) o el Desembarco de Alhucemas (1925), serán los conflictos analizados en este recorrido a través de las representaciones visuales que de ellos se realizaron, definiendo su evolución y características. Para ello, las fuentes empleadas han sido fundamentalmente la bibliografía general sobre las campañas marroquíes y la más específica sobre las representaciones gráficas y la fotografía, así como la prensa ilustrada de los años analizados, álbumes, libros, colecciones de postales y otros recursos que nos permiten tener una visión variada y completa.

Palabras clave: Guerras de Marruecos, Protectorado español de Marruecos, colonialismo, representaciones visuales, fotografía.

Abstract: Spanish society was informed about the military conflicts faced by the Spanish army in Morocco during the nineteenth and twentieth centuries in many different ways. Graphic descriptions played an important role in that they were determinant to condition how these conflicts were perceived in the metropolis. Paintings, drawings, engravings, caricatures or photographs were gaining or losing importance from one campaign to the other depending on multiple factors. The aim of the article is to analyze them, seeking to draw a global perspective and a thorough insight that may allow us to identify some general trends while at the same time looking for the key elements that most influenced Spanish society and its opinion about its own Army, the Moorish (*Moro*) enemy, the wars being fought or the Protectorate established in 1912 in Moroccan territory. The Hispano-Moroccan War of 1859-1860, the Margallo War of 1893, the Barranco del Lobo War in 1909 and the long Rif War which lasted since that year until 1927 (including events as significant as the Battle of Annual (1921), the Retreat from Chaouen (1924) or the Al Hoceima Landing in 1925) constitute the conflicts analyzed in this paper through its visual representations, emphasizing their stages and characteristics. To do so, the general bibliography on Moroccan campaigns and a more specific one about graphic representations and photographs have been consulted, as well as the illustrated press published during the studied period, albums, books, collections of postcards and other sources, which offer us an overview as complete and varied as possible.

Keywords: Hispano-Moroccan Wars, Spanish Protectorate in Morocco, colonialism, visual representations, photography.

Para citar este artículo: Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 104-131.

Recibido 20/02/2019

Aceptado 03/06/2019

La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)

Alfonso Iglesias Amorín

Universidad de Santiago de Compostela

alfonsoamorin@yahoo.es

En la segunda mitad del siglo XIX y el primero tercio del XX el Ejército español libró diversas campañas militares en el norte de Marruecos. Estos conflictos, de características muy diferentes, tuvieron una influencia también dispar en la política y la sociedad metropolitanas, pero en conjunto fueron decisivos para la historia de España, que no se puede entender en este periodo sin la influencia de lo que sucedió al otro lado del estrecho de Gibraltar.¹ Hechos tan decisivos como la Semana Trágica de 1909, el golpe de Estado de Primo de Rivera o el desenlace de la Guerra Civil se vieron directamente afectados por las circunstancias de esa pequeña franja del norte de África que los acuerdos entre las potencias europeas reconocieron como área de influencia española, y que en 1912 daría lugar a un protectorado. Las relaciones en la era del colonialismo fueron muy diferentes a las de siglos anteriores, pero el factor bélico estuvo más presente que nunca. 1859, 1893, 1909, 1921, 1925... todo este periodo que nos ocupa está plagado de años decisivos que casi siempre coinciden con momentos clave en las guerras.

Las representaciones visuales de estos conflictos fueron muy importantes a la hora de condicionar la imagen que la sociedad española pudo tener de los mismos.² Sus cronologías resultan además muy interesantes, porque se enmarcan en etapas diferentes del proceso de aparición y consolidación de la fotografía y el cine, dos medios técnicos que cambiarían para siempre la forma de plasmar la realidad en imágenes, y con ello la forma en la que los españoles percibieron e imaginaron lo que sucedía en Marruecos. A continuación repasaremos los principales conflictos de estos años, profundi-

¹ Para una visión de conjunto sobre estas campañas vid. María Rosa de MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Alianza, Madrid, 2005; Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002.

² El mejor trabajo sobre las representaciones gráficas de Marruecos en España es sin duda Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Barcelona, Bellaterra, 2002. Más centrado en el Protectorado, también resulta de gran utilidad Eloy MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado de Marruecos en la pintura, el grabado, el dibujo, la fotografía y el cine", en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos*, Lleida, Milenio, 1999, p. 379. Aunque estos trabajos no se centran en las guerras, también hacen referencia a ellas, y ofrecen un marco metodológico y un punto de partida muy valioso. También resulta digno de mención el trabajo de Antonio GARCÍA PALOMARES: *El origen del periodismo de guerra actual en España, el análisis de los corresponsales en el conflicto del Norte de África entre 1893 y 1925*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014, con varios apartados en los que analiza múltiples aspectos del fotoperiodismo en las campañas.

zando en la forma en la que fueron mostrados a la opinión pública, ya fuera a través de los trabajos de pintores, dibujantes, caricaturistas o fotógrafos, y cuáles fueron los elementos esenciales de la visión o visiones predominantes en cada caso.

Imágenes de la *última guerra romántica*

Entre 1859 y 1860 tuvo lugar la conocida por el rimbombante nombre de Guerra de África. Fue una guerra dura para un Ejército español diezmado por enfermedades como el cólera, pero quedó para el recuerdo como la victoria española que permitió conquistar temporalmente la ciudad de Tetuán, y por la breve pero intensa oleada de ardor patriótico que la campaña despertó en España.³ Aunque podemos poner en duda que este sentimiento belicista fuese generalizado, lo cierto es que se hizo un hueco en la memoria colectiva porque todas las representaciones visibles y perdurables apuntaron en esa dirección, mientras que el rechazo y la indiferencia apenas dejaron huellas que pudieran rastrear los historiadores.

De entre las representaciones visuales de la campaña que culminó en 1860 destacó mucho la pintura, algo normal en una época de gran éxito de la pintura de historia, muy ligada a la aparición del Estado nación en España y a la construcción de una historia nacional.⁴ La guerra de África permitió un motivo de gloria nacional tan cercano en el tiempo que algunos de los autores incluso participaron del mismo. No obstante, muy pocos artistas se documentaron con precisión, y por ello la mayoría de cuadros se centraron en estereotipos y escenas derivadas sobre todo de la imaginación del artista. De este modo, la imagen predominante fue la de un Ejército español glorioso y la de los *moros* como un enemigo execrable y falto de honor que solo servía para mostrar su salvajismo o para aparecer derrotado y huyendo humillado. Uno de los mejores ejemplos fue el famoso *El general Prim, seguido de voluntarios catalanes y el Batallón Alba de Tormes, atravesando las trincheras del campamento de Tetuán* (1865), de Francisco Sans y Cabot, que realizó por encargo de la diputación de Barcelona (Imagen 1). El cuadro recreaba una famosa escena protagonizada durante la batalla de los Castillejos por el general español, cuya imagen ecuestre y con la espada en alto iba a ser la más repetida e icónica del conflicto.

Las batallas de Wad Ras y sobre todo Tetuán fueron las que más expectación generaron, y también por ello las más apetecibles para los pintores y para sus patrocinadores. Mariano Fortuny, Francisco Sans, Eduardo Rosales, Vicente Palmaroli o Ángel Lizcano fueron algunos de los más destacados artistas que las trataron. Aunque más escasos, también hubo algunos cuadros de otras temáticas, como *El regreso de la guerra de África* (1861), de Eduardo Cano de la Peña, en el que un oficial, tradicional-

³ Vid. Joan SERRALLONGA URQUIDI: “La Guerra de África (1859-1860). Una revisión”, *Ayer*, 29 (1998), pp. 139-159.

⁴ Para la pintura de historia y su papel en la construcción nacional española en el XIX Vid. Tomás PÉREZ VEJO: *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002.

mente identificado con Juan Prim, es abrazado por su esposa en un entorno doméstico (Imagen 2); o *El asistente de un oficial muerto en la guerra de África, entregando el equipaje de aquel a su madre y hermana* (1860), de Carlos María Esquivel.⁵ Este tipo de pinturas mostraban el otro lado de la guerra, carente de épica y con espacio para sentimientos como la tristeza o el amor, pero fueron muy minoritarias dentro de la vorágine de exaltación de la campaña.



Imagen 1 (izq.): *El general Prim...*, de Francisco Sans y Cabot, 1865. Museo de Montjuic (Barcelona) / Imagen 2 (der.) *El regreso de la guerra de África*, de Eduardo Cano de la Peña, 1861. Museo Nacional del Romanticismo (Madrid)

La ola pictórica duró varias décadas, aunque su proyección posterior fue relativamente escasa, con la excepción de Mariano Fortuny, cuyos trabajos sobre la Guerra de África fueron más populares que los de todos los demás pintores juntos, y que terminarían por definir para la posteridad la memoria de la guerra. Éste era precisamente el motivo por el que lo había enviado a Marruecos la Diputación de Barcelona, como una especie de “artista corresponsal”, para que inmortalizara en el lienzo las hazañas del Ejército español, especialmente las de los Voluntarios Catalanes. Fortuny pudo comprobar de primera mano la dura realidad de la guerra al llegar a tiempo para asistir a la batalla de Wad-Ras.⁶ Con la experiencia obtenida pintó *La Batalla de Wad-Ras* (1862) y *La Batalla de Tetuán* (1863). Este último lienzo, una enorme obra de 3 x 9,72

⁵ Para una selección mayor vid. Pilar CAPELÁSTEGUI: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1985. También Enrique ARIAS ANGLÉS: “La visión de Marruecos a través de la pintura orientalista española”, *Melanges de la Casa de Velázquez* 37:1 (2007), pp. 13-37

⁶ Joaquín FOLCH I TORRES: *Fortuny*, Reus, Asociación de Estudios Reusenses, 1962, p. 79.

metros, es sin duda la recreación gráfica más famosa y valorada de toda la campaña, y más que dentro de la pintura de historia característica del XIX se puede encuadrar en la pintura orientalista, por las inquietudes estéticas de un autor enamorado de Marruecos que reflejó ese mundo sin los típicos estereotipos peyorativos. Así, en la imagen más influyente de toda la campaña hasta nuestros días, el enemigo aparece recreado con cierta dignidad, envuelto de color y exotismo.



Imagen 2: *La batalla de Tetuán*, de Mariano Fortuny. 1863.
Museo Nacional de Arte de Cataluña.

No obstante, hay que tener presente que los cuadros de Fortuny, al igual que muchos otros, no estuvieron listos hasta meses después de terminado el conflicto, cuando ya se había desvanecido el entusiasmo patriótico, y por eso su impacto fue mucho mayor a medio y largo plazo. Además, otro problema de las obras pictóricas era el de su difusión, pues pocas personas las podían ver directamente, y las únicas opciones eran las reproducciones en litografías o en una prensa que aún no tenía los medios técnicos para reproducir con calidad pinturas detalladas. Así, de forma contemporánea a la contienda las representaciones visuales de mayor influencia fueron mucho más sencillas, como los dibujos y viñetas que predominaban en la prensa gráfica de la época.⁷ Una parte de ellas intentaban ser objetivas y mostrar algo muy similar a la realidad, como por ejemplo el semanario *El Mundo Militar*, que recogía grabados en los que aparecía una imagen muy realista del Ejército español e incluso del enemigo.

Algunos de estos medios alardeaban del realismo de sus representaciones gráficas, y la competencia era muy fuerte. Un excelente ejemplo nos lo da la polémica entre los dibujantes José Vallejo y Charles de Yriarte, que trabajaban para *Crónica del Ejército y la Armada de África* y *El Museo Universal*, respectivamente. El primero acusó al segundo de haber realizado un retrato inventado de Muley Abbas, hermano del Sultán, señalando que no había podido entrar en su tienda, lo que generó un enconado cruce de reproches entre ambos.⁸ Aunque parece difícil poder contrastar quién tenía razón, el incidente evidencia que no era fácil inventarse el material gráfico, ya que los

⁷ Vid. Eloy MARTÍN CORRALES: “Imágenes del Protectorado...”, p. 379.

⁸ Vid. Alfonso IGLESIAS AMORÍN: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1927)*, Tesis doctoral inédita, Universidade de Santiago de Compostela, 2014, p. 66.

periódicos aprovechaban cualquier oportunidad para desacreditar a sus competidores, y se daba mucho valor y fiabilidad a corresponsales gráficos que, como Vallejo, incluso participaron en los combates.

En el extremo opuesto estaba la ilustración satírica, que comenzaba a ser muy común y a registrar un notable éxito, gracias a la mejora en la calidad y eficiencia de las imprentas. Incluso se llegaron a crear periódicos específicos centrados en la guerra desde una visión paródica y plagada de viñetas, como *El Cañón Rayado, periódico metralla de la Guerra de África* (Imagen 4). Esta visión extremadamente deformada de la realidad, que ofreció una imagen tan peyorativa del *moro* que alcanzaba lo grotesco, tuvo un papel nada desdeñable a la hora de condicionar la imaginación de muchos contemporáneos. Ante la relativa escasez de otras imágenes más realistas con las que contrastar, no es difícil entender que muchos españoles asumiesen elementos de esa imagen caricaturizada del enemigo.

5 reales al mes
EN MADRID Y BARCELONA,
á domicilio.

18 reales por trimestre
en provincias,

24 reales por trimestre en el Estrangero.

30 reales trimestre en Cuba y Puerto-Rico
franco de porte por el correo.

SE PUBLICA SEIS VECES AL MES.



Administracion
LIBRERIA LA ESPAÑOLA,
calle Ancha núm. 26,
Barcelona.

Se suscribe en Madrid,
LIBRERIA ESPAÑOLA,
Calle de Relatores, número 15.

EN PROVINCIAS: principales librerías,
y directamente remitiendo sellos de franqueo á
la Administracion de Barcelona.

EL CAÑÓN RAYADO.

PERIÓDICO METRALLA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Imagen 3: Cabecera de *El Cañón Rayado* (1860, Hemeroteca Digital de la BNE)

Con los años la fotografía ocupó el papel central para dar a conocer entre los españoles cómo era la realidad marroquí, pero su papel en relación a la Guerra de África fue mínimo. Ya habían pasado veinte años desde la presentación del daguerrotipo, el primer proceso fotográfico, y la industria se había desarrollado notablemente, pero el tamaño de los equipos y los largos posados suponían un gran hándicap para cubrir un conflicto bélico, aunque en la Guerra de Crimea (1853-1856) se había utilizado con cierto éxito.⁹ En la Guerra de África solo tenemos constancia de un fotógrafo, Enrique Facio, cuya presencia está muy vinculada a la del escritor Pedro Antonio de Alarcón, que quería ilustrar su *Diario de un testigo de la Guerra de África* con fotografías. Aunque la exitosa obra se acompañó finalmente de grabados, algunos se basaron en las

⁹ Destacaron los fotógrafos Roger Fenton o Carol Popp de Szathmari.

capturas de Facio, algo que se resaltó en los pies y que se consideraba prueba de verosimilitud, llegando incluso a publicitarse la crónica con afirmaciones tan categóricas como la siguiente:

Los lectores de la obra pueden por tanto estar seguros de que los grabados que en ella aparezcan serán la reproducción exacta de la verdad, pues la fotografía es la verdad misma y nada superior a ella puede prometerse ni efectuarse.¹⁰

Finalmente, resulta interesante citar otras representaciones visuales que disfrutaron de una cierta popularidad a mediados de siglo, y casi ignoradas por la historiografía, como los cosmoramas (pinturas que eran observadas a través de un vídeo óptico y con efectos luminosos) o los cicloramas (grandes pinturas panorámicas que se observaban desde el interior para dar una perspectiva de 360 grados). Este tipo de exhibiciones tuvieron en la Guerra de África uno de sus motivos más exitosos, mostrando sobre todo escenas de batallas, campamentos españoles y momentos emblemáticos como la entrada en Tetuán.¹¹ Por su perspectiva de exaltación y su carácter casi festivo, como se aprecia en su publicidad, fueron otro elemento que contribuyó a potenciar esa imagen romántica que en buena medida envolvió el recuerdo de la guerra.

En cualquier caso, la Guerra de África fue la última de las que vamos a analizar en la que la pintura y el dibujo se impusieron de manera clara al definir la percepción visual del conflicto entre la sociedad, pues en los años siguientes la fotografía avanzó muy deprisa gracias a su simplificación, menor coste y gran acogida social.

La “guerra chica” de Melilla

En 1893 un conflicto de menor entidad a las afueras de Melilla, la que se conocería como Guerra de Margallo por la muerte en combate de este general español, volvió a atraer la atención de la sociedad española hacia Marruecos.¹² Aunque su relevancia fue escasa, hasta el punto de que apenas puede ser catalogada como guerra, generó una relativa expectación que merece ser estudiada, y su situación cronológica, entre la Guerra de África y la larga campaña que da comienzo en 1909, la hace una interesante etapa en la evolución que estamos analizando.

¹⁰*La Iberia*, 7 de diciembre de 1859, p. 4. Cit. en Juan Antonio FERNÁNDEZ RIVERO: “La fotografía militar en la guerra de África: Enrique Facio”, en *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860, XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 2011, p. 465

¹¹Vid. Carmen PINEDO HERRERO: *El viaje de ilusión: un camino hacia el cine*, Valencia, Ediciones de la Filmoteca, 2004, p. 176.

¹² Uno de los mejores trabajos sobre este conflicto es Josep PICH I MITJANA: *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-1894*, Barcelona, Bellaterra, 2008.

En el último tercio del siglo XIX múltiples avances dispararon la difusión de imágenes, como la extensión de la industria fotográfica y la proliferación de publicaciones ilustradas gracias a nuevos métodos de impresión, con los que incluso periódicos relativamente humildes pudieron incorporar en sus páginas grabados y fotografías. Así, el concepto de la “crónica ilustrada” comenzó a ser algo corriente, y los lectores de periódicos se acostumbraron cada vez más a las narraciones con imágenes. Sin embargo, la poca relevancia de la campaña de 1893 impidió aprovechar más estas posibilidades, y por ejemplo apenas se desplazaron fotógrafos a Melilla para cubrir los sucesos. Las imágenes de la guerra en la prensa y las crónicas iban a ser sobre todo grabados, predominando las escenas de combates, retratos de personajes, paisajes y edificios militares españoles, que convivieron también con una prensa satírica que seguía registrando un notable éxito.

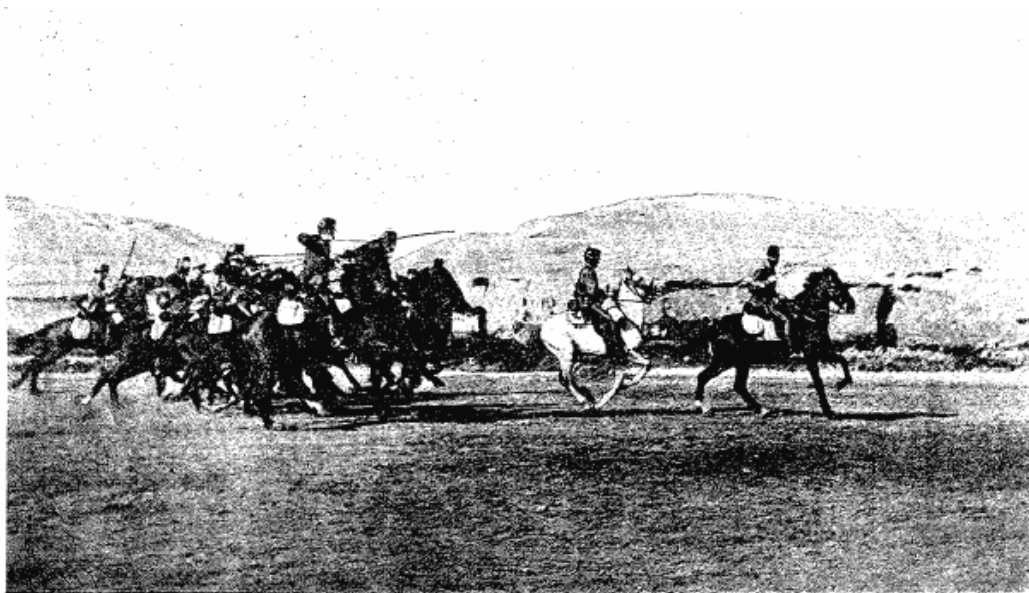
Con todo, podemos considerar este conflicto como el primero en España en el que pintores y fotógrafos trabajaron codo con codo como corresponsales gráficos, y en publicaciones ilustradas como el popular *Blanco y Negro* se alternaron dibujos y fotografías.¹³ De estas últimas destacaron las del famoso Manuel Compañy, que unió a los típicos posados algunas imágenes en movimiento de maniobras militares y entrenamientos que transmitían un gran dinamismo (Imagen 4).¹⁴ Pese a esta evolución respecto a la Guerra de África, la posibilidad de fotografiar combates reales seguía siendo complicada, por lo que las únicas imágenes de batallas y escenas emblemáticas de las campañas fueron obra de dibujantes. La escena más recreada fue la muerte del general Margallo, sobre todo recibiendo un disparo en su caballo, o su cadáver en el suelo o en brazos de algún soldado, en representaciones que muchas veces recuerdan la composición de una *pietà* (Imagen 5).¹⁵ En estos y otros dibujos predominó una visión heroica y romántica de la guerra, aunque fueron bastante más comunes que durante la Guerra de África los que mostraban escenas de gran dureza, con una visión mucho más trágica, encarnación de una memoria bélica más realista que iba ganando presencia (Imagen 6).¹⁶

¹³ José Luis GÓMEZ BARCELÓ: *Tiempo de guerra, imágenes de paz. Iconografía militar de Bartolomé Ros*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2005, p. 62. Vid. también Antonio GARCÍA PALOMARES, op. cit., p. 75 y ss.

¹⁴ Publicadas en *Blanco y Negro*, 4 de noviembre de 1893, p. 4 y 25 de noviembre de 1893, p. 7.

¹⁵ Para la imagen a caballo vid. por ejemplo *Blanco y Negro*, 11 de noviembre de 1893, p. 11.

¹⁶ Por ejemplo en *Don Quijote*, 17 de noviembre de 1893, p. 2.



MANIOBRAS DE LA SECCIÓN DE CABALLERÍA

Imagen 4: Fotografía de Manuel Compañy en *Blanco y Negro* (4-XI-1893, p. 4)

La imagen satírica, por su parte, muestra aún mayor vitalidad que en 1859, pero características muy similares. El enemigo *moro* reflejado como grotesco, fanático y salvaje volvió a ser habitual; y su derrota se mostraba habitualmente con imágenes divertidas o esperpénticas, mientras que cuando los españoles sufrían salvajadas a manos de sus enemigos se perdía el carácter cómico, aunque se mantuviese la ironía.¹⁷ La mayor diferencia respecto a la Guerra de África la tenemos en que la crítica no fue unidireccional, y se dirigió con mucha frecuencia hacia unos políticos españoles que se representaban continuamente despreocupados o como gallinas, recogiendo la extendida percepción social de que no hacían lo suficiente para responder a la afrenta de los *moros* y eran unos cobardes.¹⁸

¹⁷ Vid. Por ejemplo *Don Quijote*, 8 de diciembre de 1893, p. 3. Respecto a la caracterización del enemigo resultan muy interesantes los paralelismos que existen con la imagen del mambí que se usaba respecto a la campaña cubana, entre ellos el de la negritud del adversario, que fue constante para Marruecos, pese a que no se correspondía con la realidad.

¹⁸ El general López Domínguez, ministro de la guerra, fue el blanco favorito de estas mofas. Vid. por ejemplo *Don Quijote*, 27 de octubre de 1893, p. 2; 3 de noviembre de 1893, p. 2; 1 de diciembre de 1893, p. 2.

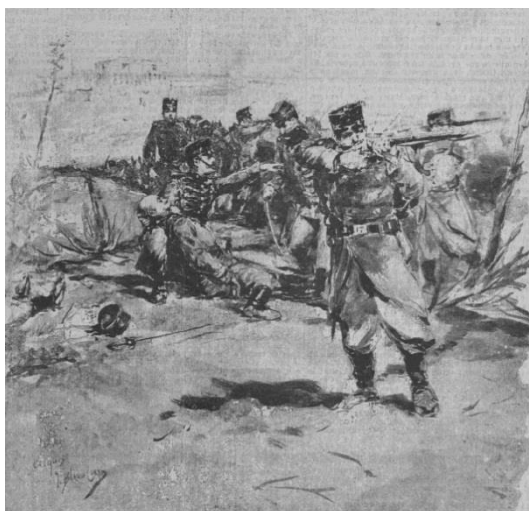


Imagen 5 (izq.) «Mort del heróych General Margallo en las inmediaciones de Cabrerizas Altas».

Dibujo de J. Blanco Coris en *La Campana de Gràcia*, 11-XI-1893, p. 1. /

Imagen 6 (der.) Dibujo publicado en *Don Quijote*, 17-XI-1893, p. 7.

La imagen peyorativa de los marroquíes tuvo su contrapunto en representaciones más realistas, como grabados o fotografías que mostraban al Otro como guerrero o en escenas costumbristas. Muchas de estas imágenes eran genéricas y, sobre todo al inicio de la guerra, cuando aún no había dado tiempo a que llegara material “recién hecho”, se usaron para ilustrar noticias con las que apenas guardaban relación. Además de los periódicos, destacaron diversos libros de viajes e historias de Marruecos, como el exitoso álbum *Recuerdo del viaje de la embajada española de 1894*, con fotografías del capitán de ingenieros Francisco Echagüe en su viaje con la embajada encabezada por el general Martínez Campos que negoció la paz en Marraquech con el sultán.¹⁹

En conclusión, el conflicto de 1893 demostró el peso que la fotografía había ganado en poco más de tres décadas, pero ésta todavía presentaba dificultades que hacían que el dibujo siguiese teniendo un papel preponderante a la hora de ilustrar las operaciones o diversos hechos de armas. No así la pintura, de la que apenas tenemos constancia, algo que se explica fundamentalmente por dos aspectos: por una parte, la campaña no ofreció grandes episodios heroicos que pudieran atraer e inspirar a los pintores o a sus mecenas; por otra, la *pintura de historia* que había tenido tanta vitalidad a mediados del XIX se encontraba en franca decadencia.²⁰ Con ello, salvo por la prolífica producción de imágenes satíricas, podemos señalar que entre 1859 y 1893 se incrementó el realismo de las imágenes que llegaron a la sociedad española, aunque la menor trascendencia del conflicto hizo que se le prestase mucha menor atención, por lo que estas visiones pasarían desapercibidas para la mayoría de los españoles.

¹⁹ Francisco ECHAGÜE: *Marruecos. Recuerdo del viaje de la Embajada española de 1894*, Madrid, Fototipia de Hauser y Menet, 1894.

²⁰ Solo hemos localizado el cuadro *Soldado disciplinario herido en las piteras de Melilla*, firmado por Concha Vignau y presentado a la Exposición Nacional de 1895. Referido por Pilar CAPELÁSTEGUI: op. cit., p. 55. Sobre el fin del predominio de la pintura de historia Vid. Tomás PÉREZ VEJO: op. cit., p. 34 y ss.

El barranco en el que comenzaron las tragedias

Si a finales del XIX los asuntos de Marruecos pasaron bastante desapercibidos para la sociedad española, a principios del XX la situación cambió radicalmente, y fueron un elemento fundamental de la política española, que se vería claramente condicionada por lo que sucedía al otro lado del Estrecho. Tras el acuerdo franco-británico de 1904, que dividía Marruecos en un área de influencia francesa y otra española, se irían dando pasos hacia una mayor presencia en dicha área, acelerados desde 1909 por la “operación de policía” que, con la justificación de responder a un ataque a mineros españoles, pretendía ensanchar los límites de Melilla.²¹ Esta operación iba a tener dos funestas consecuencias: la Semana Trágica barcelonesa, que comenzó como una protesta por el reclutamiento y embarque de tropas para combatir en África; y el desastre del Barranco del Lobo, un descalabro militar que se saldó con más de 150 muertos españoles en las estribaciones del monte Gurugú, a las afueras de Melilla.²² Aunque la campaña de 1909 se resolvió de forma positiva para los españoles tras la toma del monte Gurugú y de la alcazaba de Zeluán en septiembre, supuso la apertura de una situación de guerra casi constante entre el Ejército español y las cabilas marroquíes hasta 1927.

La imagen de la guerra de 1859 había derivado sobre todo del trabajo de pintores y dibujantes, mientras que en la de 1893 fotógrafos y dibujantes se repartieron la responsabilidad de ofrecer a los españoles representaciones de lo que sucedía en Marruecos. En 1909, sin embargo, ya no hay duda de que la fotografía se había convertido en la referencia visual y el formato más usado para la difusión de información gráfica, destacando su papel en la prensa.²³ Las facilidades técnicas permitían que cualquier corresponsal llevase una cámara y pudiese tomar fotografías con mucha facilidad, por lo que a los fotógrafos profesionales se sumaron aficionados que incrementaron el material disponible. Aunque dibujos y grabados siguieron siendo habituales, se usaron sobre todo cuando no se disponía de fotos, por lo que los primeros días después del ataque a los mineros fueron usados casi en exclusiva, ya que no había dado tiempo a que llegasen los fotógrafos, y menos aún a que enviasen materiales, pues aunque el telégrafo facilitaba una comunicación inmediata las imágenes dependían del correo. La importancia de las fotografías se hizo patente en estos primeros días en los periódicos que intentaron realizar montajes para cubrir su ausencia, con más voluntad que medios.²⁴

²¹ A España le correspondía únicamente una franja en la zona norte, con las regiones del Rif y Yebala; mientras que la mayor parte del territorio, incluyendo las zonas más ricas y pobladas, quedaban bajo dominio francés.

²² Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal*, p. 58.

²³ La prensa además caminaba hacia lo que sería su época dorada. Vid. Javier FERNÁNDEZ DEL MORAL y Mariano CEBRIÁN HERRERO: *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 2010, p. 180 y ss.

²⁴ Vid. por ejemplo *ABC*, 25 de julio de 1909, p. 1.



Cadáveres de ocho soldados depositados en las galerías del Cementerio de Melilla.—El juez militar practicando la identificación de las víctimas
REV. NUEVO MUNDO, POR CAMPIA

Imagen 6: *Nuevo Mundo*, 29-VII-1909, p. 27.

Pero en poco tiempo los periódicos se llenaron de instantáneas sobre el Ejército español, especialmente con escenas cotidianas de los campamentos, maniobras o incluso de las líneas avanzadas disparando.²⁵ Fotógrafos como Campúa o Alfonso alcanzaron popularidad y reconocimiento por sus capturas sobre esta campaña, y contar con ellas suponía un motivo de prestigio para las publicaciones.²⁶ Dentro de la variedad de aspectos de la guerra retratados, se aprecia una notable ausencia de muertos o imágenes trágicas, y cuando se mostraban hospitales o retiradas de heridos la sensación solía ser de orden y eficacia. No obstante, hubo excepciones como la cruda fotografía publicada por *Nuevo Mundo* el 29 de julio, con varios cadáveres de soldados españoles sin cubrir (Imagen 6), o la de *ABC* del 23 de julio, con el cadáver de un sargento al que habían apuñalado y quemado los marroquíes.²⁷ La escasez de este tipo de imágenes en los periódicos no se debía tanto a que no dispusiesen de ellas como al miedo a la censura o incluso a ser considerados antipatriotas, por contribuir al descontento de la población respecto de la guerra. El 30 de septiembre se podía leer lo siguiente en *Nuevo Mundo*:

²⁵ Muchas son posados, pero algunas ofrecen sensación de combate real. Por otro lado, las escenas costumbristas en los campamentos son constantes: soldados escribiendo cartas, lavando su ropa, preparando la comida... hay incluso imágenes del interior de blocaos o de los hombres durmiendo.

²⁶ Campúa obtuvo múltiples condecoraciones, entre ellas la Gran Cruz de Alfonso XIII, por «romper moldes en el periodismo español». El propio monarca lo nombraría «Fotógrafo de la Casa Real».

²⁷ *Nuevo Mundo*, suplemento especial del 29 de julio de 1909, p. 27; *ABC*, 23 de julio de 1909, p. 3.

Las circunstancias de orden interior que ocurrieron al empezar la guerra nos obligaron a reservar fotografías de trágico relieve, esperando a que el triunfo de las armas españolas, al despertar el júbilo de la nación, cambiara aquel estado pasajero de los ánimos e hiciera que lo que entonces pudo calificar la prudencia como nota deprimente, llegara a ser apreciado algún día como inspiración enérgica para todos los espíritus.²⁸

Esta actitud de uno de los máximos exponentes de la prensa gráfica en España nos ayuda a entender por qué cuando se descubrieron más de un centenar de cuerpos en el célebre barranco apenas aparecieron fotografías explícitas sobre la magnitud de la tragedia, y éstas fueron más comunes en postales o libros, que se veían menos afectados por la censura que las publicaciones periódicas (Imagen 7).²⁹ Además, poco después llegaron las victorias, con sus exponentes más emblemáticos en el izado de la bandera española en lo alto del Monte Gurugú y de la alcazaba de Zeluán. Estas dos imágenes, capturadas por muchos fotógrafos (y en buena medida pensadas para ellos) se convirtieron en las definidoras de la guerra, y fue raro el periódico de actualidad que no las incluyó entre sus páginas.



Imagen 7 (izq.): «El general Arizón sujetando una bandera para envolver con ella los restos de un oficial encontrado en el Barranco del Lobo», en Augusto RIERA: *España en Marruecos: Crónica de la campaña de 1909*, Maucci, Barcelona, 1909, p. 257 / Imagen 8 (der.): El general Marina con el célebre moro Amadi, colaborador de los Españoles: *Nuevo Mundo*, 5-VIII-1909, p. 11.

²⁸ *Nuevo Mundo*, suplemento especial del 30 de septiembre de 1909.

²⁹ Fotografías como las que ilustran la crónica de Augusto RIERA: *España en Marruecos: Crónica de la campaña de 1909*, Maucci, Barcelona, 1909, que muestran soldados recogiendo los restos de las víctimas del Barranco del Lobo, apenas aparecieron en los periódicos.

Otro aspecto interesante es la habitual aparición de *moros* en las fotografías de los periódicos, que permitiría a los españoles tener una idea mucho más realistas de los rasgos y atuendos que caracterizaban a los aliados y enemigos de España. En este sentido resulta también reseñable la mayor presencia de los primeros, el “moro amigo”, sobre los segundos, el “moro malo”. No solo era más sencillo fotografiar a los que estaban en el mismo bando, sino que también se percibe un deseo cada vez mayor por evitar los estereotipos del marroquí salvaje y sanguinario, por la necesidad de favorecer la idea de que un protectorado pacífico era factible, al haber *moros* que simpatizaban con la causa española y estaban dispuestos a luchar por ella (Imagen 8). Resulta muy revelador el contraste que hacía la revista *Actualidades* al contraponer galerías de “Moros adictos a España” con otras de “Moros enemigos y prisioneros”.³⁰

Las fotografías de soldados no tenían por qué ser solo de Marruecos, y asimismo fue habitual recoger los movimientos de tropas en la Península. Trenes o barcos preparados para partir o la gente abarrotando muelles y estaciones se convirtieron en imágenes cotidianas, en las que muchas veces el pie de foto condicionaba especialmente al lector, ya que la misma fotografía podía acompañarse de un “entusiasta adiós” o de un “dramática despedida” y su sentido cambiaba completamente. Esto nos recuerda que, aunque la fotografía capte realidad, ésta puede ser interesada y manipularse para transmitir la perspectiva deseada. Además, en aquel tiempo existía una visión acrítica de un medio que se consideraba como totalmente verdadero, lo que hacía aún mayor su valor propagandístico.

Aunque las crónicas, álbumes y sobre todo la prensa fueron los principales medios para la difusión de fotografías, éstas llegaban a la sociedad también de otras maneras: por ejemplo era habitual colgar fotos en lugares públicos para que fuesen observadas por los transeúntes, práctica habitual en los quioscos o las redacciones de los periódicos.³¹ Especialmente destacadas fueron las tarjetas postales, vendidas tanto sueltas como en colecciones, y que a menudo se guardaban como un objeto valioso. En este sentido resulta muy paradigmático un anuncio del semanario *Nuevo Mundo* sobre una colección de 100 tarjetas que vendía por 13 pesetas, originales de Campúa y en su mayoría inéditas, que «para la posteridad representa un documento histórico, el más verdadero que de esta guerra puede legarse de padres a hijos, acrecentándose su valor a medida que transcurra más tiempo».³²

La pintura se acercó poco a la guerra, al igual que en 1893, pero no podemos olvidar que dibujos y grabados siguieron siendo muy comunes, no solo para aquello para lo que no había fotografías, sino también para los mapas o para la imagen satírica.³³ Además de seguir ilustrando periódicos y libros, también eran habituales en las

³⁰ Vid. Por ejemplo *Actualidades*, 28 de julio de 1909, pp. 15-18.

³¹ Entre los álbumes destacó el que publicó la Sociedad Editorial Española con fotos de Alfonso, que según Gómez Barceló registró un enorme éxito: José Luis GÓMEZ BARCELÓ: op. cit., p. 64.

³² “De la guerra”, *Nuevo Mundo*, 23 de septiembre de 1909, p. 27.

³³ Hemos localizado muy pocas obras pictóricas sobre esta campaña, como la que hizo Muñoz Degrain sobre el popular cabo Noval, o la de Agustín López titulada *Melilla, 1909*. En cuanto a la imagen satírica, presenta unas características muy similares a las de 1893, y publicaciones como *La Campana de Gracia* seguían funcionando a pleno rendimiento, plagadas de mordaces dibujos sobre la actualidad.

tarjetas postales, aunque en éstas predominaba la fotografía; y en los cromos, que casi siempre se hacían con dibujos, y que por su bajo coste de producción tuvieron una difusión mucho mayor que en épocas anteriores.³⁴ Una de las colecciones más destacadas sobre la guerra fue la que se regalaba con los chocolates Jaime Boix, pioneros en incluir cromos de regalo con sus tabletas, y que en 50 dibujos ilustraba múltiples detalles de la campaña, desde el ataque a los trabajadores de las minas hasta la entrada de tropas victoriosas en Madrid, predominando un tono de exaltación (Imagen 9). Recreaciones como éstas, que de algún modo pueden parecer una banalización de los hechos bélicos, funcionaron para acostumbrar a los más pequeños a la guerra, algo a lo que también contribuían juegos y juguetes, y que en general hacían que los niños estuviesen familiarizados con lo militar.



Imagen 9: Cromos coleccionables de los chocolates Jaime Boix.

Recapitulando, en 1909 asistimos a una definitiva consolidación de la fotografía como referente visual de las campañas, superando ya con claridad a los dibujos y grabados que en 1893 todavía eran mayoritarios en buena parte de la prensa y otras publicaciones. Además, nos encontramos con que la prensa periódica en general, y la gráfica en particular, registra las cifras más altas de la historia en España hasta ese momento, por lo que llegaría a más personas que nunca, influyendo a la hora de modelar una percepción de Marruecos y las guerras que allí se libraban, con un realismo mayor que el de etapas anteriores. Además, también hay que tener en cuenta el impacto del cine, que todavía estaba comenzando a extenderse en España, pero que comenzó a permitir ver aspectos de la campaña militar en movimiento, lo que suponía otro paso más en una percepción más realista de lo que ésta suponía. Sin duda, la guerra de 1909 fue la estrella absoluta de la información gráfica en España hasta ese momento, y solo la Semana Trágica, tras la cual proliferaron los reportajes de las consecuencias de la misma, con especial atención a los edificios religiosos atacados, le restó temporalmente protagonismo.³⁵

El Protectorado y la guerra sin fin

³⁴ Vid. Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí en España...*, p. 77 y ss.

³⁵ Por ejemplo el día 8 de agosto *La Ilustración española y americana* incluso publicó un suplemento con fotos de más de 30 iglesias y conventos atacados, olvidando un poco lo sucedido en Marruecos.

En 1912 se establecieron oficialmente los protectorados español y francés sobre Marruecos, lo que legitimaba a los dos Estados europeos a establecer un control efectivo sobre su zona. Comenzaba la verdadera colonización de Marruecos y, para los españoles, el objetivo de dominar militarmente ese Protectorado iba a suponer una lenta serie de avances enfrentados a una feroz resistencia marroquí. Así, la guerra en Marruecos se convirtió en algo continuo, una constante de la España de entonces, con la que la sociedad se acostumbraría a convivir, aunque al mismo tiempo serviría de combustible para la crítica de las fuerzas obreras a los gobiernos que perpetuaban esta situación a costa de la sangre española, y todo para una ocupación a la que costaba encontrar el sentido.

En este contexto la prensa, que seguía siendo el medio con más alcance para la difusión de imágenes, lo fue también para las del Protectorado, enseñando a los españoles la “obra protectora” realizada en Marruecos. El predominio de la fotografía se hizo cada vez más absoluto en la prensa ilustrada, ofreciendo una imagen bastante idealizada de la colonización española, al tiempo que se mostraba al *moro* como primitivo y atrasado, lo que justificaba más su dominación. La fotografía apenas mostró los horrores de la guerra y la tragedia de los soldados, y también ignoró los aspectos más negativos de la ocupación española y el sufrimiento que ocasionó a los marroquíes. Parte de esto se debió a la censura y otras limitaciones que impusieron las autoridades, aunque no era algo extraño en la época, como demuestran los problemas de los reporteros durante la Primera Guerra Mundial, en la que por ejemplo los alemanes prohibieron «todo tipo de imágenes del frente, del campo de batalla y de los fallecidos».³⁶ Pero a veces ni siquiera era necesaria la censura, porque los fotógrafos se solían mover por los ensanches europeos y los cuarteles, alejados de los barrios pobres o las precarias posiciones del frente, donde las realidades eran muy diferentes.

El esplendor del periodismo gráfico español de estos años tuvo en Marruecos uno de sus principales motores, convirtiéndose en la temática principal y el destino de muchos de los mejores reporteros de la época.³⁷ *Nuevo Mundo* realizó alguna tirada de 125.000 ejemplares en 1913, mientras que *Blanco y Negro* logró alcanzar los 100.000 en 1920, con números en los que el mayor reclamo eran los reportajes sobre Marruecos.³⁸ Estos datos, impresionantes para la época, demuestran el interés que generaba la prensa ilustrada. Aunque la calidad general de esta fotografía dejaba mucho que desear y las revistas no tenían un sentido moderno y riguroso en el tratamiento foto-

³⁶ José Luis GÓMEZ BARCELÓ: op. cit., p. 69; Helena PÉREZ GALLARDO: “El reportaje gráfico”, en Marie-Loup SOUGEZ (coord.), *Historia General de la fotografía*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 412.

³⁷ Martín Corrales ha recogido los siguientes nombres como algunos de los más destacados de esos años: José Campúa, Leopoldo Alonso, Iglesias, Francisco Goñi, Alfonso Sánchez García, José Ortiz de Echagüe, José Zegrí, Ramón Alba, Serrano Quiles, Quesada, Antonio Rectoret, Arnaud, Ricardo del Rivero, Bartolomé Ros, Alfonso Sánchez Portela y José Díaz Casariago. Eloy MARTÍN CORRALES: “Imágenes del Protectorado...”, p. 382. Quizá en esta lista podamos añadir a Julio Beachy García.

³⁸ Publio LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Barcelona, Lunwerk, 1992, p. 79.

gráfico, tuvieron un gran éxito en su momento, y para los historiadores actuales suponen un valiosísimo documento.³⁹

Otro elemento del que no hemos hablado hasta ahora y que se debe tener en cuenta es el cartelismo, que según Eloy Martín Corrales influyó notablemente en la imagen del *moro* y de la guerra que se impuso entonces en España. Este autor ha diferenciado entre tres tipos de carteles dependiendo de su uso: los de tipo patriótico, a menudo usados para recaudar fondos y mantener alta la moral; los de ensalzamiento de la labor protectora de España, destinados a los propios marroquíes; o los que querían ofrecer una determinada imagen de Marruecos para la metrópolis y el extranjero.⁴⁰ Si bien la guerra pasó bastante desapercibida para los pintores, sí que iba a haber un destacado grupo de ellos que trabajó sobre el Protectorado, entre los que podríamos destacar a Francisco Iturrino, Mariano Bertuchi o José Cruz Herrera, pero su etapa más prolífica iba a tener lugar una vez terminadas las hostilidades, y el auge del cartelismo les iba a brindar una excelente oportunidad para justificar sus pinturas. Finalmente, el dibujo siguió siendo frecuente en las postales, con una gran variedad de temas relacionados con Marruecos, predominando las que ridiculizaban al *moro*, las escenas de guerra o el costumbrismo marroquí.

Con estos ingredientes, a una visión de la guerra similar a la de 1909 se comenzaron a añadir cada vez más las imágenes del Protectorado español, al tiempo que se daba a la sociedad una perspectiva determinada de cómo era el mismo, tendiendo a idealizarlo como un motivo de prestigio para el país. Las imágenes del *moro* malo quedaron en inferioridad frente a las del *moro* amigo, satisfecho de la presencia española y que colaboraba con ella. De este último se criticaban aspectos como su incultura, pero se consideraba honorable y que el país tenía la responsabilidad de ayudarlo llevándole la civilización.

El desastre de Annual, horror difundido en fotos

Después de una década de guerra casi constante del Ejército español en Marruecos, en 1921 éste recibió un revés tan fuerte que superó a cualquier desastre colonial que las potencias europeas hubiesen sufrido en África. El conocido como Desastre de Annual se saldó con la muerte de más de 10.000 soldados españoles en un par de semanas, el hundimiento de todo el despliegue en la parte oriental del Protectorado de Marruecos y la pérdida de más de 100 posiciones. Las consecuencias de semejante debacle, amplificadas por el problema de los prisioneros, las investigaciones sobre las responsabilidades materializadas en el demoledor *Expediente Picasso* y las fotografías que hicieron patente la magnitud de la derrota, que es lo que aquí más nos interesa, terminaron por

³⁹ *Ibidem*, pp. 77 y 83.

⁴⁰ Eloy MARTÍN CORRALES: "Imágenes del Protectorado...", p. 384.

llevarse por delante al propio régimen de la Restauración, que entró en una crisis que sería definitiva.⁴¹

Las repercusiones sociales del desastre de Annual no se pueden entender sin el enorme impacto que tuvieron las fotografías que mostraban los restos de los soldados caídos. La peor revelación de la tragedia fueron las capturas hechas en la posición de Monte Arruit y sus inmediaciones, donde cerca de 3.000 soldados españoles habían sido asesinados tras haberse rendido. Aunque el desastre tuvo lugar a finales de julio y principios de agosto, no fue hasta octubre cuando se consiguió recuperar esa parte del territorio, y a principios de noviembre los periódicos, libros y postales se llenaron de fotografías enviadas por los corresponsales que acompañaron al Ejército. Cientos de imágenes diferentes plagadas de cadáveres en descomposición convirtieron las frías estadísticas en una visión aterradora (Imagen 10), y se hicieron un hueco en la memoria colectiva española. Además, la publicación de estas imágenes coincide, no por casualidad, con un fortalecimiento de las ideas abandonistas, de venganza o de la petición de responsabilidades por la tragedia.⁴²

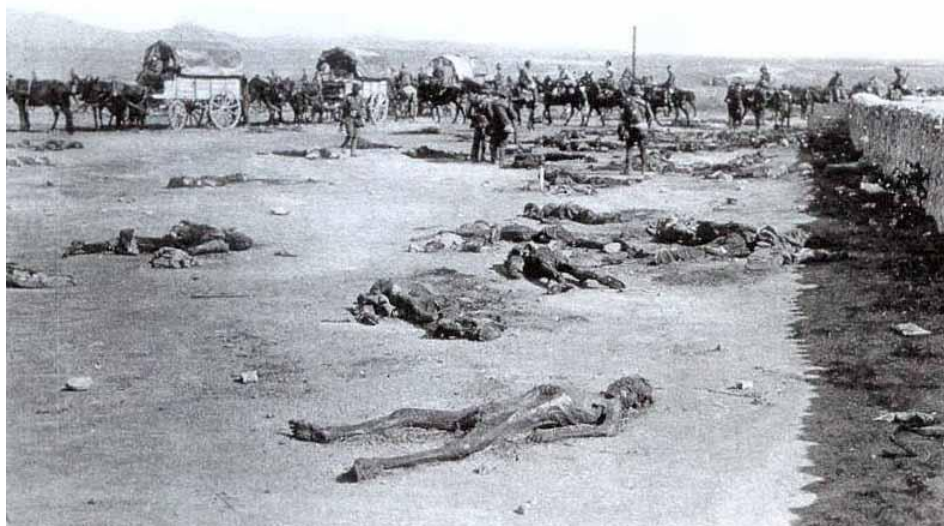


Imagen 10: Fotografía tomada a las afueras de Monte Arruit el 24 de octubre de 1921.

Otras fotografías habituales mostraron a oficiales españoles observando el trágico panorama, incluyendo al Alto Comisario Berenguer; o a los equipos de higienización del Ejército y miembros de ciertas órdenes religiosas retirando los cadáveres. De éstos últimos, hubo críticas a algunos que posaron para las instantáneas sin haber realizado dicha labor, lo que nos recuerda que se debe estar alerta ante el presunto realis-

⁴¹ Entre las más interesantes obras generales sobre el desastre podemos destacar la de Pablo LA PORTE: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; y Juan PANDO: *Historia secreta de Annual*, Barcelona, Altaya, 2008.

⁴² Vid Alfonso IGLESIAS AMORÍN: op. cit., p. 313 y ss. De un modo más general, para un análisis del papel de la prensa en la opinión pública después del desastre vid. María GAJATE BAJO: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2012.

mo de las fotografías, cuyo valor propagandístico era muy aprovechado.⁴³ El diputado socialista Indalecio Prieto escribió indignado que, durante la recuperación del Monte Gurugú, la bandera española había sido izada en la cumbre antes de rodear la posición, una “teatralidad” que a los pocos días ya estaba en los periódicos para exaltar la “hazaña” española.⁴⁴ Entre los reporteros que más destacaron por sus fotografías sobre el desastre estuvieron Carlos Lázaro, Salvador Lázaro o Alfonso Sánchez Portela, pero circularon muchas imágenes de fotógrafos no profesionales gracias al abaratamiento y versatilidad de los equipos, que permitió que muchos soldados llevaran sus cámaras, lo que hizo que incluso se hablase de la “guerra del Kodak”.⁴⁵ Esto dificultó mucho al Ejército el control de lo que se fotografiaba, y se pudieron difundir imágenes impensables años atrás, como las de las malas condiciones existentes en las posiciones.⁴⁶ Sí había funcionado mejor la censura cuando el desastre estaba teniendo lugar, y Berenguer llegó a sacar en barco a los fotógrafos de Melilla, evitando así las imágenes de las tropas en retirada que llegaban a la ciudad.⁴⁷

Después de las fotografías de Monte Arruit, el reportaje fotográfico de mayor impacto fue el realizado por José Díaz Casariego y Alfonso Sánchez Portela, que lograron visitar el cuartel general del líder rifeño Abd-el-Krim junto con el periodista Luis de Oteyza. El reportaje ilustrado sobre su figura contribuyó notablemente a generar en España una imagen mucho más humana y realista de un enemigo que había sido mitificado y demonizado hasta la saciedad (Imagen 11).

⁴³ BEN-CHO-SHEY: *Crónicas de Marruecos*, Barcelona, Ronsel, 2005, p. 46; Juan PANDO: op. cit., p. 305.

⁴⁴ Indalecio PRIETO: “Al volver a Melilla” [15 de octubre de 1921] en ID.: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Málaga, Algazara y UNED-Melilla, 2001, p. 100.

⁴⁵ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Notas marruecas de un soldado*, Planeta, Barcelona, 1983 (original de 1923), p. 127.

⁴⁶ Vid. por ejemplo la foto de una ristra de ratas muertas en una posición que eran cargadas en un burro: Antonio CARRASCO GARCÍA: *Las imágenes del desastre. Annual 1921*, Madrid, Almena Ediciones, 1999, p. 27.

⁴⁷ Publio LÓPEZ MONDÉJAR: op. cit., p. 77. La censura fue, en general, muy intensa en los periódicos. Vid. Antonio GARCÍA PALOMARES, op. cit., p. 252 y ss.



Imagen 11: Abd-el-Krim con Luis de Oteyza, fotografiado por Alfonso Sánchez Portela el 2 de agosto de 1922.

Donde continuó el vacío fue en las fotografías de combates, pues los reporteros eran casi siempre “de retaguardia”, y se centraron en las consecuencias de la lucha y en aspectos variados de la vida en el Ejército. Hay capturas que parecen de combates, pero las posturas de los soldados apuntando con sus rifles suelen denotar que son posados.⁴⁸ La figura del fotógrafo que acompañaba a los soldados en el frente es algo que en España no se generalizó hasta la Guerra Civil.⁴⁹ Por el contrario, sí que fue recurrente la violencia, más que en ningún momento anterior, y su manifestación más visible fueron las fotos de soldados, sobre todo legionarios, posando con cabezas de *moros*.⁵⁰ Una de estas imágenes se haría muy famosa (Imagen 12) al utilizarla el bando sublevado en la Guerra Civil para mostrar el salvajismo de unos *rojos* que exhibían las cabezas de españoles *nacionales* a los que habían asesinado, una buena muestra de hasta qué punto un simple pie de foto puede manipular totalmente una fotografía.

⁴⁸ Antonio CARRASCO GARCÍA: op. cit., p. 39.

⁴⁹ Para López Mondéjar, con la Guerra Civil se produjo un cambio en la estética fotográfica, que se hizo «ética, participativa y solidaria», abriendo paso a un periodo caracterizado por «la emoción, la exaltación y la militancia del fotógrafo». Publio LÓPEZ MONDÉJAR: op. cit., p. 92.

⁵⁰ Eloy Martín Corrales ha recogido un buen puñado de estas fotografías: Vid. Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí...*, p. 140 y ss.



Imagen 12: Artilleros y legionarios del Ejército español exhiben las cabezas cortadas de sus enemigos rifeños. EFE/Archivo Díaz Casariego

Respecto a la pintura y el dibujo, de la primera solo identificamos un puñado de cuadros sobre el desastre y las operaciones posteriores. Destaca *Los de Igueriben mueren pero no se rinden*, de Antonio Muñoz Degrain, inacabado por su muerte en 1924. Con un estilo impresionista, muestra al comandante Benítez, famoso por la defensa hasta el final de la primera posición sitiada en el desastre, yaciendo herido sobre una bandera española, en medio de un caos en el que multitud de rifeños asaltan la posición. También podemos señalar algunos trabajos menores de Mariano Bertuchi, que años después se convertiría en el pintor más emblemático del Protectorado, como *Tazarut. Teniente Coronel González Tablas* (1922) o *Convoy a Tizzi Azza* (1923). En general estas obras combinan la tragedia con una imagen honorable de los vencidos, ofreciendo una perspectiva de derrota heroica.

Mucho más habituales siguieron siendo los dibujos y grabados para libros, periódicos, postales o cromos, aunque el dominio de la fotografía en la prensa les dejaba cada vez menos espacio, siempre con la excepción de la prensa satírica, que seguía basándose en las viñetas. Sobre esta última hay que señalar que, aunque la guerra en Marruecos siguió siendo uno de sus temas estrella, prestó muy poca atención al desastre.⁵¹ Esto se explica por la magnitud de la tragedia, que no invitaba a bromear, y por la propia censura, como demuestran los habituales espacios en blanco en algunas de las publicaciones más mordaces como las barcelonesas *La Campana de Gràcia* o *L'Esquella de la Torratxa*.⁵² Sus dibujos siguieron presentando un *moro* grotesco y salvaje merecedor de todos los castigos (Imagen 13), combinado con una dura crítica a la sociedad y

⁵¹ Las imágenes de soldados españoles asesinados por los moros fueron menos frecuentes que por ejemplo en 1909.

⁵² Letras de "Censurat" dejaban claro el motivo de los espacios en blanco. Vid. por ejemplo "Psicología mora", *La Campana de Gràcia*, 13 de agosto de 1921, p. 1.

los políticos españoles, que con frecuencia aparecían como peores que los propios *moros*.⁵³ Otros temas recurrentes fueron las muestras de patriotismo en las despedidas de tropas, que se ridiculizaban; las críticas a la presunta labor civilizadora de España; o la falta de avances en el tema de las responsabilidades.⁵⁴

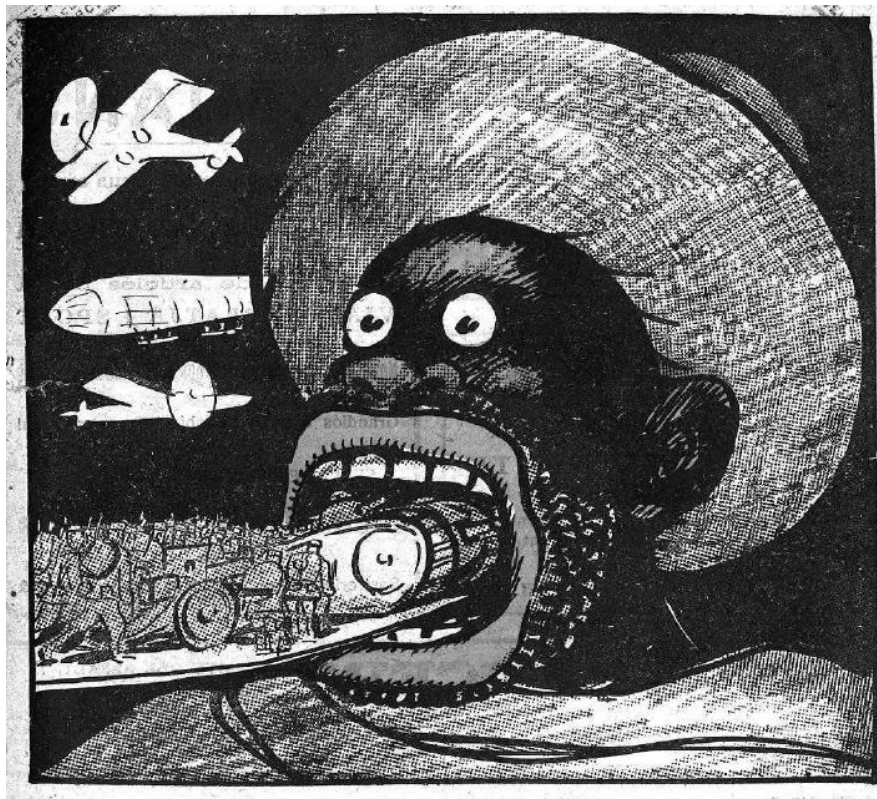


Imagen 13: «Prepara't, moro traidor»: *L'Esquella de la Torratxa*, 26-VIII-1921, p.1.

En las postales dominaron las series fotográficas, especialmente las de las consecuencias del desastre. Al contar con tantas y tan impactantes fotos, no fue necesario que los dibujos compitieran con ellas, pero éstos seguían siendo la principal forma de mostrar los hechos de armas, por lo que en este sentido sí continuaban ayudando a definir el modo en que el público podía imaginarlos. Las visiones oscilaron desde la exaltación del sacrificio y el heroísmo de los soldados hasta una perspectiva más trágica y realista, que entroncaba bien con la percepción de la guerra como una tragedia para el país, habitual sobre todo entre la clase obrera ya desde 1909. Y no hablamos solo de las postales, sino también de ilustraciones para libros, aleluyas, recortables, tebeos o los cromos de las tabletas de chocolate, de los que la casa Jaime Boix seguía siendo un referente. Al final, la presencia de imágenes era tan común que buena parte

⁵³ Vid. por ejemplo *L'Esquella de la Torratxa*, 9 de septiembre de 1921; *La Campana de Gràcia*, 13 de agosto de 1921, p. 4.

⁵⁴ Vid. por ejemplo *L'Esquella de la Torratxa*, 9 de septiembre de 1921, pp. 600-601; 19 de agosto de 1921, pp. 552-553; 26 de agosto de 1921, pp. 568-569

de la sociedad española, especialmente la urbana, estaba continuamente expuesta a ellas, dándose incluso una banalización. El soldado Josep María Prous i Vila recordaba en sus memorias que incluso los que luchaban en Marruecos tenían vivo «el recuerdo de aquellos héroes que habíamos visto en las revistas ilustradas y en los cromos que salían en las tabletas de chocolate poniendo la típica banderita en algún blocao, en la cima del Gurugú, en Nador y en Zeluán».⁵⁵

Pese a todas estas representaciones, si para la Guerra de África el referente visual que llegó a nuestros días fue la interpretación plasmada en pintura de Mariano Fortuny, del desastre de Annual fueron las fotografías de muerte y desolación en Monte Arruit las que definieron la forma de recordar lo que allí había sucedido. Hoy aún se mantiene el eco de aquellas imágenes, pero resulta difícil imaginar lo que supusieron en su momento. Desde luego, no es aventurado afirmar que fueron el mayor impacto fotográfico al que nunca se había enfrentado la sociedad española, y sus repercusiones sociales y políticas resultaron decisivas.

La retirada en Xauen y el Desembarco de Alhucemas, *no visto y visto*

Tras el colapso de la Restauración con el golpe de Estado de Primo de Rivera, éste trató de contener a la República del Rif, que bajo el mando de Abd-el-Krim había conseguido unir a la mayor parte de las cabilas del Protectorado español. Ante la precariedad de la situación, en 1924 se decidió una retirada táctica en buena parte de la zona occidental, donde estaba la ciudad de Xauen, una de las evacuadas y por la que más se recordó una operación trágica a causa de las terribles bajas sufridas. A pesar de su enorme gravedad (algunos autores han estimado más de 10.000 muertos), sus repercusiones en la sociedad española fueron muy limitadas, en buena medida por el trabajo de la propaganda y la censura primorriveristas, esforzadas para que las únicas noticias fuesen las oficiales y la cobertura fotográfica estuviese muy controlada.⁵⁶ Por ejemplo, en las revistas *Mundo Gráfico* o *Blanco y Negro* se dio la noticia de la evacuación española de la ciudad con imágenes de monumentos y lugares emblemáticos, pero no hubo ninguna fotografía de las operaciones.⁵⁷ Sí abundaron los retratos de oficiales que habían muerto o imágenes de sus sepelios, así como los típicos posados de soldados, con los que se transmitía una sensación de normalidad entre las noticias de muertos y posiciones abandonadas. Esta ausencia de imágenes emblemáticas supone una buena muestra del poder de la censura a la hora de condicionar la percepción visual de un episodio bélico, en este caso a través del apagón de la misma.

⁵⁵ Josep María PROUS I VILA: *Cuatro gotas de sangre*, Barcelona, Barril Barral, 2011, (original de 1936), p. 391.

⁵⁶ La cifra de más de 10.000 muertos fue afirmada ya entonces por el general Eduardo LÓPEZ DE OCHOA: *De la Dictadura a la República*, Madrid, Ed. Zeus, 1930, pp. 57-59. Actualmente son muchos los historiadores que avalan cifras de esta magnitud.

⁵⁷ “Nuestras tropas evacuan la ciudad santa de Xauen”, *Mundo Gráfico*, 26 de noviembre de 1924, p. 8; “Marruecos, en la zona occidental”, *Blanco y Negro*, 23 de noviembre de 1924, p. 21.

La situación cambió totalmente tras el ataque de la República del Rif al Protectorado francés, favorecedor de una colaboración hispano-francesa que se materializó en el Desembarco de Alhucemas el 8 de septiembre de 1925 y la campaña posterior que terminó por someter al Estado rifeño de Abd-el-Krim. El éxito de estas operaciones hizo pasar el papel preponderante de la censura a la propaganda, y el régimen se encargó de exaltar esas victorias con todos los medios a su alcance, otorgando a la imagen un papel muy importante. Con este desembarco culminaba el progresivo afianzamiento de la fotografía para mostrar hechos contemporáneos, en detrimento de dibujos o grabados, que fueron relegados casi exclusivamente a un plano artístico.⁵⁸ Las más famosas revistas ilustradas de la época como *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *La Unión Ilustrada* o *La Esfera* se afanaron en mostrar a sus lectores cómo había sido el desembarco, y para ello usaron casi exclusivamente fotografías, que también incorporó buena parte de la prensa diaria. Ningún otro episodio bélico en España había recibido tanta cobertura mediática, ni de tanta calidad. El régimen se encargó de que hubiese numerosos fotógrafos en lugares privilegiados como barcos, aviones o las playas en las que se efectuó el desembarco. Entre las imágenes más frecuentes estuvieron las espectaculares tomas aéreas (generalmente proporcionadas por Aviación Militar, Imagen 14), disparos de artillería de los barcos, soldados desembarcando, columnas avanzando por las playas, arengas de los oficiales, asaltos de casas próximas a la costa o posados de soldados. Con todo este despliegue, la sociedad española se pudo hacer una idea más realista que nunca de cómo se habían desarrollado las operaciones, sin necesidad de imaginarlas en base al texto de crónicas y noticias. Por supuesto, esta visión, aunque real, estaba mediatizada por el hecho de que los fotógrafos estaban dónde el Ejército quería, y la censura también funcionó para que no se publicasen imágenes de soldados heridos o muertos que pudiesen deslucir el éxito de las operaciones.



Imagen 14: Desembarco en la playa de la Cebadilla (Servicio de Aviación Militar)

⁵⁸ Para Gómez Barceló, la última crónica gráfica como tal fue *El desembarco de Alhucemas*, publicada en 1925 por el militar y pintor Antonio Got. José Luis GÓMEZ BARCELÓ: op. cit., p. 71.

Aunque no estuvo en el Desembarco de Alhucemas, no podemos olvidar en este apartado al fotógrafo más destacado en relación a la presencia militar española en Marruecos durante estos años: Bartolomé Ros. Considerado por varios autores como el mejor fotógrafo de temas bélicos de su tiempo, realizó una fotografía más moderna y documental, alejada del pictorialismo, aunque no pudo sortear los problemas habituales que dificultaban fotografiar más allá de los cuarteles y campamentos.⁵⁹ En la actualidad sus capturas se utilizan con mucha frecuencia para ilustrar la presencia militar española en Marruecos en los años 20, y suyas son imágenes tan icónicas como la que muestra a Franco y Millán Astray cantando juntos el himno de la Legión en 1926 (Imagen 15).



Imagen 15: Franco y Millán Astray (Fotografía de Bartolomé Ros, 1926)

En cuanto al dibujo, que siguió difundiéndose por los medios habituales, de la mano de las victorias se aprecia en general una mayor exaltación del Ejército español, y resultan menos frecuentes las imágenes de soldados muertos en el campo de batalla, que eran muy típicas desde 1921. En cuanto al enemigo, las visiones peyorativas apenas cambiaron, y siguieron apareciendo como salvajes, crueles, traidores y cobardes. A veces incluso se los asimilaba a los enemigos interiores a través de elementos como el puño cerrado en alto, que podía recordar fácilmente a los comunistas.⁶⁰ Cuando sí se produjo un cambio en este sentido fue a partir de 1927, ya que el fin de la guerra favoreció la recuperación de una imagen más amable y tolerante del marroquí, al que había que proteger y civilizar, aunque la caricaturización y la burla continuaron.⁶¹ Apenas hubo producción pictórica, lo que demostraba que el declive de la pintura bélica no se debía a la ausencia de victorias, sino a causas más profundas, y entre las pocas

⁵⁹ Entre los autores que consideran a Bartolomé Ros como el mejor fotógrafo de temas militares de su época están por ejemplo José Luis Gómez Barceló o Fernando Castillo Cáceres.

⁶⁰ Por ejemplo la portada de Néstor GAMBETTA: *España en África*, Lima, La Prensa, 1928.

⁶¹ Eloy MARTÍN CORRALES.: *La imagen del magrebí...*, p. 144.

excepciones podemos señalar el óleo *El desembarco de Alhucemas* (1929), de José Moreno Carbonero, en el que Primo de Rivera aparece en un torpedero de la Marina saludando a tropas a punto de desembarcar (Imagen 16); o una pintura en blanco y negro de Mariano Bertuchi, que muestra a soldados desembarcando con el agua al pecho y los fusiles en alto. Bertuchi apenas se dedicó a plasmar temas bélicos, aunque desde 1925 era director artístico de la *Revista de Tropas Coloniales*, pero ya empezaba a convertirse en un referente de la imagen pictórica del Protectorado, y sus ilustraciones tendrían un papel fundamental para promocionar el Marruecos español, que reflejó con una visión respetuosa y llena de color, alejada de las temáticas militares.



Imagen 16: El desembarco de Alhucemas (José Moreno Carbonero, 1929).

Conclusiones

Este recorrido a lo largo de casi 70 años nos impide dar una visión exhaustiva de cada uno de los períodos, pero como contrapartida nos permite trazar una evolución en el largo plazo en la que se aprecian una serie de aspectos muy interesantes. En primer lugar, la evolución técnica y la aceptación social de la fotografía, dos aspectos muy progresivos, fueron definiendo un ascenso imparable de ésta como referente visual de las campañas militares. Entre su papel mínimo en 1859 y su omnipresencia en 1925 pudimos comprobar que en cada etapa era más relevante que en la anterior. Este ascenso fue paralelo a una reducción de la importancia del dibujo, que fue haciéndose a un lado y dejando cada vez más peso a la fotografía, con la excepción de la imagen satírica, en la que la fotografía no tenía razón de ser. No obstante, el papel del dibujo para ilustrar la guerra no dejó de ser relevante, y su exposición social continuó siendo muy alta, algo que no es extensivo a la pintura, que de todas las etapas analizadas solo vivió un momento de esplendor en la primera. Luego su papel fue siempre muy marginal y de escasa repercusión.

Este cambio en los referentes visuales tenía que llevar aparejada una transformación en la percepción. La imagen que los españoles podían tener de Marruecos en 1860 estaba mediatizada por dibujos, muchas veces poco realistas y en los que primaba de forma clara el desprecio por el enemigo, representado las más de las veces muy peyorativamente, así como una visión heroica de los soldados españoles. Sin embargo, con los años la imagen se fue haciendo más realista gracias sobre todo a la fotografía, con la que era más difícil presentar la guerra como épica y a los *moros* como diabólicos o grotescos. Pese a todo, no se debe olvidar que aquella fotografía, aunque real, daba una imagen determinada, y los españoles solo percibirían a través de ella una parte muy limitada y concreta de la realidad del Protectorado y de las guerras.

Por otro lado, no debemos pensar solo en cómo la percepción de las campañas afectó a los contemporáneos, sino que hoy en día la imagen de estos episodios sigue muy ligada a la forma en la que se recrearon o captaron. La visión colorida y exótica de Fortuny no ha dejado de caracterizar una guerra que conserva un halo romántico a pesar de que la moderna historiografía la presenta como un conflicto duro y trágico; mientras que el desastre de Annual sigue remitiendo a las fotografías en blanco y negro de Monte Arruit, que alejan cualquier sensación de épica y heroísmo. Según el refranero español «una imagen vale más que mil palabras» y «ojos que no ven, corazón que no siente», dichos que reflejan muy bien la fuerza e influencia que tienen las imágenes en la mente humana. De conocer las guerras solo de oídas a verlas a través de distintos tipos de representaciones, la diferencia era muy grande, y la amplificación del impacto social del desastre de Annual cuando se vieron las fotografías supone uno de los mejores ejemplos en la historia española de la mucha diferencia que podía haber entre “leer un desastre” y aproximarse a sus efectos a través de la imagen.

Estudios

El imperio aqueménida frente a montañeses: soluciones persas a posibles focos de hostilidad

The Achaemenid Empire against mountaineers: Persian solutions to possible outbreaks of hostility

Joaquín Velázquez Muñoz
Sociedad Española de Iranología
joaquinvelazquez1982@gmail.com

Resumen: A lo largo de la historia antigua las fuentes textuales mesopotámicas y clásicas, entre otras, han mostrado una fuerte oposición entre las comunidades sedentarias/agrícolas y nómadas/montañesas. Escritas por las sociedades sedentarias, quienes se consideraban a sí mismas como civilizadas, muestran por lo general un marcado rechazo contra los montañeses. Su movilidad espacial, lugar de residencia inaccesible, ferocidad militar, hábitos y costumbres inusuales provocaron que fueran etiquetados con epítetos enormemente peyorativos: salvajes, saqueadores, incivilizados, bandidos, bárbaros. No obstante, la relación entre estos diferentes grupos de población, tanto en el espacio como en el tiempo, fue más simbiótica de lo que las fuentes nos transmiten; aunque evidentemente existieron choques y disputas, relaciones pacíficas y beneficiosos contactos económicos fueron la tónica dominante entre ambos mundos. Por lo que respecta al periodo aqueménida (550-330 a.C.), sabemos que una serie de pueblos montañeses (en el Zagros y Anatolia) vivieron en el territorio y en las zonas fronterizas del vasto imperio persa. Señalados principalmente por la evidencia textual grecolatina con términos despectivos, el medio natural en el que habitaron (bosques frondosos, montañas impenetrables) impidió normalmente su completa subyugación al Estado aqueménida. Por este motivo, las autoridades del imperio persa tuvieron que adaptarse a las peculiaridades de estos pueblos para así establecer una relación que fuera beneficiosa para ambas partes. Como evidencian principalmente las fuentes autóctonas persas, en especial el Archivo de la Fortificación de Persépolis, existió, en la mayoría de las ocasiones, una pacífica y fructífera relación con los montañeses del Zagros (uxienos, cosseanos, cadusios, etc.) y Anatolia (pisidios, licaonios, etc.). Las relaciones entre el Estado aqueménida y los líderes de estas comunidades fueron generalmente establecidas mediante el sistema del don y el contra-don sobre un acuerdo renovado anualmente. Esta política demuestra que la conquista y la agresión militar no

siempre fueron fórmulas eficaces para controlar y mantener seguros determinados territorios.

Palabras clave: nómadas, montañeses, sedentarios, pastores, pastoralismo.

Abstract: Mesopotamian and classical textual sources, among others, have shown strong opposition throughout ancient history between sedentary/agricultural and nomadic/mountain communities. They were written by the sedentary societies, who considered themselves to be civilized, they usually display a deep rejection against mountaineers. Their spatial mobility, inaccessible place of residence, military ferocity, unusual habits and customs caused them to be labelled with extremely pejorative epithets: savages, looters, uncivilized, bandits, barbarians. However, relationships between these different population groups, both in space and time, were more symbiotic than what sources tell us; although obviously, there were clashes and disputes, peaceful relations and beneficial economic ties were dominant between both communities. Regarding the Achaemenid period (550-330 BC), we know some mountain people (in Zagros and Anatolia) who lived in the territory of the huge Persian Empire. Greco-Roman textual evidence pointed them out with derogatory terms and the natural environment in which they lived (lush forests, impenetrable mountains) prevented their complete subjugation to the Achaemenid State. For this reason, the Persian empire authorities had to adapt to the peculiarities of these people to establish a beneficial relationship for both parties. As Persian autochthonous sources already evidenced, especially the Persepolis Fortification Archive, there was, in most cases, a peaceful and fruitful connection with the Zagros (Uxians, Cosseans, Cadussi, etc.) and Anatolia (Pisidians, Lycaonians, etc.) mountaineers. Relations between the Achaemenid state and the chiefs of these communities were generally established through the system of gift and counter-gift on an annually renewed agreement. This policy shows that conquest and military aggression were not the only ways to control and maintain certain territories.

Keywords: nomads, mountaineers, sedentary, shepherd, pastoralism.

Para citar este artículo: Joaquín VELÁZQUEZ MUÑOZ: “El imperio aqueménida frente a montañeses: soluciones persas a posibles focos de hostilidad”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 133-159.

Recibido 27/04/2018

Aceptado 26/03/2019

El imperio aqueménida frente a montañeses: soluciones persas a posibles focos de hostilidad

Joaquín Velázquez Muñoz
Sociedad Española de Iranología
joaquinvelazquez1982@gmail.com

Sociedades pastorales y urbanas: marco conceptual

La gran mayoría de las fuentes antiguas han mostrado frecuentemente una dicotomía entre sedentarios/agricultores y nómadas/pastores. Por ello, es necesario definir en primer lugar algunas importantes nociones y categorías que aparecerán en el curso de la discusión con el fin de crear un inteligible marco teórico y conceptual para este análisis. Al hacer esto, deberíamos, sin embargo, tener en mente que nosotros usamos fundamentalmente categorías modernas con el fin de investigar el pasado y que éstas no pueden sino influenciar y algunas veces incluso errar nuestro entendimiento de las sociedades antiguas y sus propias dinámicas.

Los términos *pastoralismo*¹ y *trashumancia*² frecuentemente aparecen en estudios que tratan con pueblos nómadas y su tradicional sistema económico. En un medio ambiente montañoso la agricultura es generalmente menos productiva que en las tierras bajas debido principalmente a la ausencia de tierra apta para la agricultura y a las duras condiciones climáticas típicas de estas regiones. Por ello, la mayoría de los pueblos montañeses criaron animales domesticados como una estrategia de subsistencia adicional o alternativa. Así, el término *nomadismo pastoral* se refiere a un modo de subsistencia y de vida móvil estacionalmente fluctuante, frecuentemente adoptado por los habitantes de entornos áridos, con el fin de explotar beneficiosamente todos los

¹ Este término indica un modo de subsistencia principalmente basado en la crianza y explotación de animales domesticados. El hecho de que la principal fuente del *pastoralismo*, el ganado, es móvil y que su principal propósito es la protección y cuidado del rebaño, frecuentemente requiere a los pastores moverse junto con sus rebaños para optimizar su éxito económico. Esto necesariamente dictamina la organización de su vida alrededor de estos movimientos. Aunque el *pastoralismo* no necesariamente implica *nomadismo* y viceversa, es innegable que en muchos casos los pastores desarrollaron un modo de vida nómada. Para más información véase Roger CRIBB: *Nomads in Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 16-17.

² *Trashumancia* es comúnmente usado para indicar una forma de manejo del ganado que implica la presencia de pastores especializados quienes se mueven con sus rebaños entre diferentes zonas ecológicas. La principal meta de sus movimientos es explotar estacionalmente los recursos de diferentes zonas cuando alcanzan sus rendimientos más altos. Los pastores *trashumantes* son trabajadores especializados, quienes, aunque principalmente ocupados con las actividades pastorales, pertenecen a una sociedad sedentaria (Véase Alessandro GRECO: “Zagros pastoralism and Assyrian imperial expansion”, en Giovanni LANFRANCHI, Michael ROAF y Robert ROLLINGER (eds.), *Continuity of Empire(?): Assyria, Media, Persia*, Padua, S.a.r.g.o.n., 2003, p. 66). De este modo, la *trashumancia* es una estrategia económica influenciada por factores ecológicos, sociales y políticos.

recursos naturales disponibles a lo largo del año. En las montañas el nomadismo pastoral ha sido frecuentemente una estrategia efectiva de adaptación desde la antigüedad hasta nuestros días.³ A su vez, “tribalismo”, que es un término frecuentemente usado para referirse a varias sociedades antiguas, indica una forma de organización socio-política alternativa al Estado. Esta categorización es frecuentemente empleada con grupos que desarrollaron el nomadismo pastoral.⁴

Por ello, el pastoralismo nómada es un extremadamente complejo y dinámico concepto,⁵ definido como una forma distintiva de economía productora de alimentos en la que la actividad predominante es el amplio pastoreo móvil, donde la mayoría de la población es conducida dentro de una periódica migración pastoral.⁶ En otras palabras, las sociedades son consideradas “pastorales” si están especializadas en la cría de animales y “nómadas” si la mayoría de sus miembros se mueven junto con sus rebaños. Así, mientras que la noción de “pastoralismo” es principalmente económica, “nomadismo” concierne al estilo de vida de este desempeño pastoral, el cual también implica la presencia de una serie de distintivos aspectos sociales y culturales. El hecho de que una sociedad dada está principalmente especializada en actividades pastorales no significa que el pastoralismo sea su única base económica.⁷ Al contrario, un alto grado de especialización económica puede ser extremadamente peligroso para la supervivencia de una sociedad pastoral, ya que, en este caso, debería ser completamente dependiente de una única fuente de subsistencia. Por estas razones, el pastoralismo está generalmente involucrado en un amplio rango de actividades, entre las cuales podemos encontrar agricultura a pequeña escala, horticultura, producción artesanal, comercio, caza y recolección e incursiones de saqueo.⁸ Así, lo que llamamos “economías pastorales” son en realidad una mezcla de economías en la que el pastoralismo juega un rol significativo. El hecho de que el pastoralismo esté involucrado con otras actividades puede influir altamente en su grado de movilidad. Economías pastorales “puras”, así como un modo de vida nómada puro, son meras construcciones que poco tienen que ver con la realidad. En resumen, las sociedades pastorales son fundamentalmente aquellas que subsisten primariamente de la cría de animales domesticados, donde sus miembros son frecuentemente (aunque no siempre) nómadas y su organización social está frecuentemente basada, al menos en parte, en una real o asumida forma alternativa de vínculos interpersonales.

³ Sobre el nomadismo pastoral en el Próximo Oriente véase Jeffrey SZUCHMAN: *Nomads, Tribes, and the State in the Ancient Near East: Cross-Disciplinary Perspective*, Chicago, Oriental Institute of the University of Chicago, 2009; sobre el nomadismo en Irán desde la antigüedad hasta nuestros días ver Daniel POTTS: *Nomadism in Iran: From Antiquity to the Modern Era*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

⁴ Para una crítica de la noción de tribu y su uso véase William PARKINSON: *The Archaeology of Tribal Societies*, Ann Arbor, Berghahn Books, 2002.

⁵ Daniel POTTS: *Nomadism in Iran...*, pp. 1-46.

⁶ Anatoly M. KHAZANOV: *Nomads and the Outside World*, Madison, University of Wisconsin Press, 1994, p. 17.

⁷ Philip C. SALZMAN: *Pastoralists. Equality, Hierarchy, and the State*, Boulder, Westview Press, 2004, p. 9; Jurgen PAUL: *Nomad Aristocrats in a World of Empires*, Wiesbaden, Reichert Verlag, 2013, p. 17.

⁸ Philip C. SALZMAN: *Pastoralists. Equality...*, pp. 9-10.

A su vez, los dos fenómenos, pastoralismo y nomadismo, deberían ser considerados en una relación dual con sus contrapartes, agricultura y sedentarismo. Por ello, debemos tener cuidado con las falsas oposiciones y observar que las relaciones entre los pastores nómadas y las sociedades sedentarias han sido, en su mayor parte, pacíficas, simbióticas y mutuamente beneficiosas a lo largo de la historia. A pesar de ello, las sociedades pastorales han sido imaginadas en el curso de la historia como elementos externos, primitivos y peligrosos para las élites urbanas, cuyo prestigio y poder había estado siempre enraizado en su control sobre los recursos y el trabajo agrícola. El hecho de que las élites urbanas produjeron la mayoría de las fuentes escritas a nuestra disposición ha influenciado inevitablemente en la visión tradicional de las sociedades “nómadas” como diametralmente opuestas a las sedentarias y en un conflicto endémico con ellas. Por ello, los relatos que hablan de estos pueblos son raramente neutros y suelen mostrar un fuerte sentimiento de repulsión contra estas comunidades, por lo que deben de ser utilizados siempre con extrema precaución. Esta visión distorsionada de la relación entre sociedades pastorales y sedentarias ha sido principalmente el producto de un particular interés de las autoridades para mantener la norma “sedentaria” común con sus relaciones reguladas e institucionalizadas como la norma social y económica.⁹

Sin embargo, es claro que los pastores estuvieron constantemente en contacto e intercambiando con la población sedentaria y las instituciones del Estado en una relación de tipo simbiótico.¹⁰ Tanto la sociedad pastoral y el sistema sedentario fueron ineludiblemente figurados por estos contactos. Dentro del grupo pastoral, por ejemplo, el jefe autocrático parece haber adquirido particular importancia y prestigio en su rol como mediador entre el grupo y las autoridades sedentarias.¹¹ Frecuentemente, elementos nómadas y sedentarios emergieron también para crear sociedades, e incluso Estados, con sus propias características específicas.¹² En muchos casos, los pastores nómadas y la población vecina sedentaria incluso compartieron la misma identidad cultural. En estos casos específicos, las razones para una diferenciación entre grupos deben ser principalmente identificadas en el desarrollo de un diferente modo de vida, el cual es una respuesta adaptativa a las necesidades económicas y las aspiraciones sociopolíticas de grupos específicos o individuos dentro de una determinada sociedad¹³. Esta respuesta adaptativa está ciertamente influenciada tanto por la situación política como por el contexto histórico y sus inevitables cambios a lo largo del tiempo.

⁹ Ver la contribución de Hans FISHER-ELFERT: “Sedentarism and Nomadism as Criteria of Ancient Egyptian Cultural Identity”, en Stefan LEDER y Bernhard STRECK (eds.), *Shifts and Drifts in Nomad-Sedentary Relations*, Wiesbaden, Reichert Verlag, 2005, pp. 327-350.

¹⁰ Emanuel MARX: “Nomads and Cities: The Development of a Conception”, en Stefan LEDER y Bernhard STRECK: *Shifts and Drifts...*, pp. 3-15.

¹¹ Frederik BARTH: *Nomads of south Persia. The Basseri Tribe of the Khamseh Confederacy*, Boston, Allen & Unwin, 1961, p. 80.

¹² Sobre la cuestión sin resolver de sí o no los nómadas y sedentarios siempre formaron parte de la misma economía regional y sistema político ver Jurgen PAUL: *Nomad Aristocrats...*, pp. 17-18.

¹³ Anatoly M. KHAZANOV: *Nomads and...*, p. 198.

De hecho, la relación entre sociedades pastorales y el Estado –referido como una comunidad organizada viviendo bajo un gobierno centralizado y poblada por una población sedentaria– cambió con el tiempo. Generalmente, actividades de comercio e intercambios fueron regulares entre las dos entidades, principalmente a causa de que son económicamente interdependientes. Los nómadas, en particular, fueron dependientes de la economía sedentaria.¹⁴ A su vez, el Estado tendía a empujar a los pastores hacia la especialización con su alta demanda de animales domesticados y productos animales. Los pastores participaron frecuentemente en el mismo sistema económico controlado por el Estado y fueron parte de la “civilización” urbana como grupos sociales de pastores en una sociedad más amplia.¹⁵ Frecuentemente, los pastores, y especialmente sus élites, fueron incluso incorporadas dentro de las estructuras del Estado, donde los miembros de la élite pastoral tuvieron la posibilidad de actuar como mediadores entre el grupo pastoral y las instituciones del Estado, adquiriendo así prestigio, poder y riqueza. En retorno de estos privilegios, las élites pastorales debían de proveer ayuda militar al Estado en caso de guerra.¹⁶ Esta es una contribución válida, especialmente considerando las bien conocidas cualidades militares de los pastores nómadas.

Al mismo tiempo, las hostilidades fueron una parte importante de la relación entre la sociedad pastoral y el Estado, lo que condujo a agresiones recíprocas y conflictos. Por un lado, el Estado pudo imponer sobre los pastores el abandono de su estilo de vida y su sistema de valores con el fin de convertirse en agricultores sedentarios.¹⁷ Por el otro, las sociedades pastorales pudieron obtener los productos que ellos necesitaban por la fuerza, con ataques irregulares y robos contra la población sedentaria. Esta actitud hacia la guerra y el saqueo está principalmente conectada a sus diversas formas de organización socio-política y sistemas de valor.¹⁸

Así, después de archivar el mito de una estricta relación antitética entre las sociedades pastorales nómadas y el Estado, los investigadores se han pasado hacia la idea de una incluso más fuerte interacción entre los grupos pastorales y las sociedades sedentarias, que también ocurrió en la antigüedad.¹⁹ En conclusión, todas las categorías establecidas hasta ahora con el fin de definir y caracterizar a las sociedades pastorales en su relación con las sociedades sedentarias son inapropiadas. Podemos sugerir que la vida diaria de los pastores nómadas es demasiado dinámica y multifacética para

¹⁴ Kurt FRANZ: “Resources and Organizational Power: Some Thoughts on Nomadism in History”, en Stefan LEDER y Bernhard STRECK (eds.), *Shifts and Drifts...*, Wiesbaden, Reichert Verlag, 2005, p. 65.

¹⁵ Anatoly KHAZANOV y Andre WINK: *Nomads in the Sedentary World*, Richmond, Routledge, 2001, pp. 141-142.

¹⁶ Sobre los aspectos militares de la relación entre pastores nómadas y el Estado ver la contribución de Michael B. ROWTON: “Economic and Political Factors in Ancient Nomadism”, en Jorge Silva CASTILLO (ed.), *Nomads and Sedentary Peoples*, Ciudad de México, Colegio de México, 1982, pp. 25-36.

¹⁷ Daniel T. POTTS: *Nomadism in...*, pp. 366-386.

¹⁸ Jurgen PAUL: *Nomad Aristocrats...*, p. 22.

¹⁹ Para una renovada perspectiva sobre las interacciones entre los pastores nómadas y la población sedentaria en el Próximo Oriente antiguo ver Jeffrey SZUCHMAN: *Nomads, Tribes...*, y Michael P. STRECK y Angelika BERLEJUNG: *Arameans, Chaldeans, and Arabs in Babylonia, Syria and Palestine in the First Millennium B.C.*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 2013.

ser categorizada. Su fluida experiencia social y estilo de vida puede ser altamente influenciado no solamente por los cambiantes factores políticos y económicos sino también por su propia percepción del mundo como pastores nómadas, de acuerdo a que todas las cosas están en movimiento.

Finalmente, deberíamos preguntarnos hasta qué grado podemos usar categorías modernas con el fin de investigar el pasado y a qué grado puede el uso de estas categorías influenciar y eventualmente confundir nuestro entendimiento de las sociedades antiguas y sus dinámicas. Además, la información disponible para los historiadores y arqueólogos en relación a las sociedades pastorales y su relación con el Estado es inevitablemente limitada. Los vestigios dejados por estas poblaciones son sustancialmente más escasos que los dejados por sus contemporáneos sedentarios. Esto es particularmente evidente en el caso de la producción textual, que especialmente en la antigüedad ha sido una casi exclusiva prerrogativa de las instituciones estatales y religiosas. Aunque la evidencia arqueológica para el pastoralismo nómada es en el presente mucho más sustancial de lo que era hace unas décadas, está todavía lejos de ser concreta.²⁰ Sin la perspectiva de los antiguos pastores y el único apoyo, aparte de la ambigua información arqueológica, de las parciales informaciones de las sociedades sedentarias, es difícil describir los modos de vida y la organización social de las antiguas sociedades pastorales sin errores. En estos casos, de hecho, las representaciones de las sociedades pastorales nómadas pueden ser influenciadas no solo por la ideológicamente parcial visión ofrecida por las sociedades sedentarias sino también por una real falta de comprensión de lo que estas sociedades realmente fueron.²¹ Así, cualquier interpretación y categorización basada en fuentes “extranjeras” debe de ser revisada con un alto grado de precaución.²² Un cuidadoso análisis de esta información puede, sin embargo, proveer información fragmentaria y analíticamente darle sentido.

Los montañeses en las fuentes mesopotámicas y grecorromanas

Sin embargo, es innegable que el registro histórico está dominado por numerosos relatos sobre las hostilidades entre comunidades nómadas/montañesas y sedentarias. Como hemos visto tal visión es debida en parte al hecho de que estos registros generalmente emanan de escritores sedentarios que buscaron retratar a estos pueblos como “los otros”, enemigos que amenazaban la vida civilizada. La escritura ha sido siempre de poco interés para los pastores a causa de su menor utilidad en la esfera pastoral.²³

²⁰ Importantes trabajos arqueológicos sobre el nomadismo pastoral son Roger CRIBB: *Nomads in...*; Kamyar ABDI: “The Early Development of Pastoralism in Central Zagros Mountains”, *Journal of World Prehistory*, 17:4 (2003), pp. 395-448.

²¹ Para la representación de los pastores nómadas por las sociedades sedentarias en la antigüedad véase Laila PRAGER: *Nomadismus in der „Alten Welt“: Formen der Repräsentation in Vergangenheit und Gegenwart*, Münster, LIT, 2012.

²² Richard TAPPER: *Frontier Nomads of Iran. A Political and Social History of the Shahsevan*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 10.

²³ Kurt FRANZ: “Resources and...”, p. 60.

Esta diferencia fundamental en el estilo de vida crea una clara discrepancia entre las fuentes históricas producidas por los Estados que se refieren a los pastores nómadas y las creadas por los propios pastores. Esta significativa fuente de problemas crea, a su vez, dificultades metodológicas, las cuales caracterizan la investigación de los antiguos grupos pastorales y que pueden fácilmente conducir a interpretaciones incorrectas y malentendidos.²⁴ Por ello, el número y naturaleza de nuestras fuentes no puede sino producir un incompleto dibujo de una situación ciertamente mucho más compleja. Hay que tener presente que asirios, babilonios y griegos estuvieron acostumbrados a vivir en un entorno completamente diferente y tuvieron bases culturales e instituciones socio-políticas muy diferentes de estos pueblos, que a sus ojos deberían haber sido “los otros”. La oposición conceptual entre civilizados sedentarios y bárbaros nómadas es un hilo conductor de las narrativas de la civilización de todos los tiempos y los antiguos discursos sobre la alteridad no son una excepción.

Las inscripciones reales asirias ciertamente mostraron que los asirios percibieron una gran diferencia entre ellos mismos y los habitantes de las montañas orientales; una diferencia que normalmente es expresada usando connotaciones y prejuicios negativos profundamente enraizados en la tradición mesopotámica. La influencia de estos estereotipos es evidente en epítetos tales como “moradores de las montañas” (LÚ.šaddû’a o LÚ.šaddā’u), que aparece frecuentemente en los textos para caracterizar a los enemigos de las montañas orientales.²⁵ Este epíteto no solo expresaba una observación neutral del entorno físico en el que estos pueblos vivían, sino que es también una clara indicación de su inferioridad cultural.²⁶ Esta idea de inferioridad originalmente desarrollada en el sistema sumerio de pensamiento probablemente como un tipo de determinismo geográfico, de acuerdo al cual los pueblos que vivían en las montañas no podían haber sido otra cosa que salvajes incivilizados. Del mismo modo, contra los nómadas de la estepa, la literatura mesopotámica ha desarrollado también clichés sobre un tipo de vida que se presenta como rigurosamente antitética al tipo de vida civilizada. La implementación del discurso se remonta al período sumerio contra los nómadas MAR.TU, quienes son definidos negativamente: «no cultivan trigo», «no tienen casa», «no conocen la ciudad», «viven en tiendas en la estepa». Es decir, en estos textos son presentados como verdaderos salvajes.²⁷

La inferioridad de estos individuos conectada al epíteto “morador de la montaña” –o, mejor, a su estatus como una persona bárbara y sin civilizar– fue probablemente conocida también por cada habitante de Asiria, quienes imaginaban a los moradores de las montañas teniendo la apariencia y comportamiento de Enkidu antes de

²⁴ Jeffrey SZUCHMAN: *Nomads, Tribes...*, p. 57.

²⁵ Sobre este tópico ver Robert ROLLINGER: “Berg und Gebirge aus altorientalischer Perspektive”, en Wolfgang KOFLER, Martin KORENJAK y Florian SCHAFFENRATH (eds.), *Gipfel der Zeit*, Friburgo, Rombach Druck, 2010, pp. 25-27.

²⁶ Giovanni LANFRANCHI: “The Assyrian Expansion in the Zagros and Local Ruling Elites”, en Giovanni LANFRANCHI, Michael ROAF y Robert ROLLINGER (eds.), *Continuity of Empire (?)...*, Padua, S.a.r.g.o.n., 2003, p. 85.

²⁷ Pierre BRIANT: *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, Paris-Cambridge, Cambridge University Press, 1982, p. 36.

su iniciación en la civilización. En la *Epopéya de Gilgameš*, la figura central de Enkidu es representada como un primitivo y fuerte luchador que bajó de la montaña, donde él fue creado. Su cuerpo estaba cubierto con pelo, tenía el pelo de una mujer y vestía pieles de animales (literalmente: «vestía ropas como Sumukan», el dios de los animales salvajes); por su comportamiento: bebía, pastaba y vagaba por la montaña junto con los animales salvajes. El hecho de que estas, o muy similares, caracterizaciones de los moradores de las montañas permanezca detrás de la visión asiria estereotípica de los pueblos montañeses es corroborado por los textos y relieves que describen sus atributos.²⁸ Es razonable pensar que esta caracterización como animales de los moradores de las montañas, la cual fue posiblemente muy popular en el sistema de pensamiento mesopotámico, fue intencional e ideológicamente usada por los reyes asirios con el fin de denigrar al enemigo de las montañas orientales. En estos casos, a la ya negativa representación del enemigo, quien fue siempre representado como injusto y retorcido, fue añadida la de primitivo e incivilizado morador de la montaña.²⁹

Existieron también otras referencias despectivas a estas poblaciones nómadas. Desde el III Milenio a.C. los habitantes de Acad, estuvieron literalmente aterrorizados por la amenaza de las «hordas de *Gutium*» que habitaban en el Zagros central; el texto sumerio la *Maldición de Acad* habla de ellos como un «pueblo que no se puede controlar»; son «los dragones de la montaña», «los enemigos del dios», «miserables que no temen a los dioses» y que no saben «ni de cultos ni de leyes».³⁰ Desde finales del II Milenio a.C. y durante el I Milenio a.C. “guteo” se convirtió en una designación anacrónica y peyorativa que hacía referencia a los pueblos del Zagros que fueron hostiles a Asiria, independientemente de que fueran medos, manneos o urarṭeos, asumiendo dicho etnónimo el significado genérico de “bárbaro”.³¹ De hecho, estos pueblos ya no tenían básicamente ninguna relación especial con los tempranos guteos.

En los textos acadios *lullu*, además de hacer referencia al “enemigo/extranjero” (como la versión urarṭea **lulu(ine)* del siglo VIII a.C.)³², también se refería a un pueblo bárbaro que hablaba una lengua incomprensible: muy rápidamente, *lullu* se con-

²⁸ En los Anales de Aššurnaširpal, los habitantes de la tierra de Sipirmena, probablemente en Zamua, son descritos por «llevar su pelo como mujeres», igual que Enkidu. El mismo estilo de pelo femenino y bárbaro es portado por los lullubi representados en la Estela de Narām-Sîn más de un milenio antes del reinado de Aššurnaširpal. Además, en los relieves asirios, los pueblos del Zagros son casi siempre representados portando mantos de piel de animal salvaje, algo que fue interpretado como un símbolo de salvajismo que recuerda a las ropas vestidas por Enkidu. La hipótesis es apoyada por la observación de que este vestido es indiscriminadamente atribuido a diferentes pueblos del Zagros sin ninguna distinción (Giovanni LANFRANCHI: “The Assyrian...”, 86).

²⁹ Sobre la caracterización del enemigo en las inscripciones reales asirias ver Carlo ZACCAGNINI: “The Enemy in the Assyrian Royal Inscriptions: the ‘Ethnographic Description’”, en Hartmut KÜHNE, Hans NISSEN y Johannes RENGER (eds.), *Mesopotamien und seine Nachbarn: Politische und kulturelle Wechselbeziehungen im alten Vorderasien vom 4. bis 1. Jahrtausend v. Chr.*, Berlín, Reimer, 1982, pp. 410-411.

³⁰ Para estas referencias véase Pierre BRIANT: *État et...*, p. 35.

³¹ Ran ZADOK: “Linguistic Groups in Iran”, en Daniel POTTS (ed.), *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 414-415. Los manneos, por ejemplo, son señalados en un pasaje de un texto de Asarhadon como «indisciplinados guteos» (RINAP 4, Esar. 1: iii 59).

³² *Ibidem*, p. 412.

virtió en un término usado para describir al “bárbaro-montañés-salvaje” en el imaginario asirio.³³ Además, nuevos etnónimos y nuevos epítetos que parecen reflejar, al menos parcialmente, el crecimiento de la conciencia asiria de las realidades de los pueblos montañoses, empezaron a ser usados en los textos para referirse a los habitantes del Zagros central. Un término que aparece frecuentemente para referirse a los medos, *dannūti*, “fuerte”, “fiero”, se refiere probablemente a la notoria fuerza bárbara de los montañoses y no al presunto poder político y militar de los medos en particular.³⁴ Así parece que este término se originó de la visión tradicional mesopotámica de los pueblos de las montañas del este y que la fuerza bárbara de los medos no sería otra cosa que la fuerza salvaje de Enkidu. Como vemos, los mismos etnónimos de los montañoses y pastores nómadas o semi-nómadas se convierten en términos comunes para caracterizar el salvajismo y el bandidaje.

La representación asiria de los pueblos del Zagros como rebeldes, como ladrones que saqueaban las caravanas que cruzaban sus territorios, sin embargo, aunque posiblemente se correspondía, al menos parcialmente, con la realidad, ciertamente expresaba la perspectiva del conquistador y reflejaba el interés de Asiria, el cual estaba siendo perjudicado por el comportamiento rebelde de estos «moradores de la montaña bárbaros». Al contrario, podemos teorizar que desde la perspectiva de los pueblos del Zagros, los asirios no eran más que un poder extranjero que intentaba imponer su control imperial, así como su sistema social e institucional sobre ellos y explotar los recursos de sus territorios. El único recurso para estas poblaciones contra el poder imperial asirio fue la guerra de guerrillas, robos y saqueos, puesto que un conflicto directo contra el poderoso ejército neo-asirio seguramente no hubiera sido exitoso.

La tradicional visión neo-babilónica de los pueblos del Zagros parece haber sido muy similar a la de los asirios. Ambos imperios, de hecho, desarrollados en las tierras bajas mesopotámicas como sociedades urbanas compartían un conjunto de tradiciones y creencias y mucha de su cultura literaria. No obstante, mientras los asirios la reemplazaron progresivamente, al menos en parte, la tradicional terminología y representación de los montañoses con designaciones más neutrales y representaciones más reales,³⁵ los babilonios parecen haber continuado enmarcando su percepción de estos “moradores de la montaña” por concepciones tradicionales y construcciones literarias.³⁶ Además del etnónimo “medos” (y una aparición de manneos) usualmente usado en las *Crónicas*, los epítetos más frecuentes para los montañoses en los textos reales neo-babilónicos son *ummān manda* (“hordas/hombres bárbaros”) y guteos.³⁷ Estos

³³ Pierre BRIANT: *État et...*, p. 35.

³⁴ Giovanni LANFRANCHI: “The Assyrian...”, pp. 90-91.

³⁵ El incremento y más estables contactos con los pueblos del Zagros desde el reinado de Tiglath-pileser III en adelante condujo ciertamente a una mayor familiaridad con las realidades de la vida de estos pueblos y su entorno.

³⁶ Trabajos literarios clásicos de origen sumerio que mencionan a los pueblos del Zagros del III Milenio a.C. portando atributos ficticios, tales como la *Maldición de Acad*, la *Leyenda Cuthea de Narām-Sîn* y la *Lamentación sobre la Destrucción de Sumer y Ur*, fueron una parte integral de la tradición erudita babilonia desde su canonización en el periodo paleo-babilonio en adelante.

³⁷ Silvia BALATTI: *Mountain Peoples in the Ancient Near East BCE*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2017, pp. 154-163.

términos, como hemos visto en el caso de “guteo”, son *topoi* literarios de la más alta tradición mesopotámica con connotaciones peyorativas y una fuerte base teológica. Su uso en los textos conecta directamente a los pueblos del Zagros del I Milenio a.C. con las bárbaras hordas de montañeses de la tradición, quienes no tenían ni ley ni religión y que habían sido enviados por los dioses para castigar el comportamiento irrespetuoso y pecaminoso de los reyes mesopotámicos. Los babilonios continuaron viendo a las montañas del este como una región dominada por el caos y localizada fuera de las fronteras del mundo civilizado, como ya había sido considerado en el mapa mental del Próximo Oriente antiguo por más de un milenio.³⁸

Los textos más informativos sobre las costumbres y comportamientos de estos pueblos provienen de las fuentes greco-romanas, quienes expresan por primera vez la manera de describir e interpretar otras culturas a través del género literario de la etnografía, esto es, un estudio autoconsciente de otros pueblos.³⁹ No obstante, las fuentes grecorromanas tampoco están libres de estereotipos. De hecho, el proceso de reconocer y mediar entre una identidad cultural y otra permitió el desarrollo del pensamiento etnográfico antiguo, pero implicó también la creación del otro, una objetivación y sobre-simplificación de lo que el otro pueblo era en realidad. Así, por un lado, el “otro” permitió a las fuentes clásicas afirmar su propia identidad cultural al considerar similitudes y diferencias entre ellos y otros pueblos;⁴⁰ por otro, los “otros” fueron vistos a través de la lente de las creencias de griegos y romanos, quienes les atribuían un conjunto de características que fueron frecuentemente descontextualizadas, monolíticas y el resultado de malentendidos o prejuicios. Así, para varios autores clásicos, como en la tradición mesopotámica, la visión de estos pueblos está altamente influenciada por un tipo de determinismo medioambiental, el cual, de acuerdo a las fuentes, parece haber influido en varios aspectos del modo de vida de estas poblaciones en general. Como muestra Briant hay unos persistentes *topoi* que son el resultado de una determinada forma de pensar y son usados recurrentemente para representar a todos los pastores nómadas.⁴¹ Estos *topoi* son principalmente el nomadismo, concebido como un término peyorativo que indica un modo de vida opuesto al desarrollado por los agricultores,

³⁸ Robert ROLLINGER: “Berg und...”, pp. 4-13. Esta concepción es perfectamente resaltada por una carta neo-babilónica de Uruk, de acuerdo a la cual Media – que aquí parece ser un término geográfico no definido usado para indicar un territorio distante en las montañas del este, más que una designación de una entidad política real con fronteras bien definidas – fue un refugio para criminales (Erich EBELING: *Neubabylonische Briefe*, Munich, Verlag der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, 1949: pp. 138-139, n° 255, pp. 1-24).

³⁹ Joseph SKINNER: *The Invention of Greek Ethnography: From Homer to Herodotus*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 3.

⁴⁰ Sobre el tópico del otro y los estereotipos en el reciente discurso antropológico ver Lila ABU LUGHOD: “Writing against Culture”, en Richard FOX (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, Santa Fe, School of American Research Press, 1991, pp. 137-162; Daniel BAR-TAL: “Formation and Change of Ethnic and National Stereotypes: An Integrative Model”, *International Journal of Intercultural Relations*, 20, 1997, pp. 491-523; y Anna VIRKAMA: “From othering to understanding”, en Vesa KORHONEN (ed.), *Cross-Cultural-Lifelong Learning*, Tampere, TUP, pp. 39-60, 2010. Sobre la representación del otro ver las obras clásicas de Edward SAID: *Orientalism*, Nueva York, Knopf Doubleday, 1978 y *Culture and Imperialism*, Londres, Vintage Books, 1994; y James CLIFFORD y George MARCUS: *Writing Culture. The poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California, 2010.

⁴¹ Pierre BRIANT: *État et...*, pp. 12-26.

formas salvajes de nutrición y comportamiento, y una predisposición natural para la violencia y la brutalidad.

Las concepciones del sistema griego de pensamiento sobre diferentes grados de civilización en las sociedades humanas fueron ya teorizadas por Platón y Aristóteles.⁴² De acuerdo a estas teorías, la vida en las ciudades y el desarrollo de las actividades agrícolas eran la norma entre los humanos y correspondía a un alto grado de civilización. Al contrario, maneras de vida tales como la de los pastores nómadas fueron consideradas para ser una etapa más baja de la evolución cultural. El hecho de que los términos “nómada” y “pastor” son usados algunas veces como sinónimos por los autores clásicos es sugerido por el hecho de que los uxienos de las montañas de Arriano son considerados por no tener «ni bienes ni tierras arables» (ARR., *An.*, III.17.6). De este modo, pueblos como los uxienos, mardos o cosseanos fueron percibidos por los griegos que siguieron a Alejandro como menos civilizados, en el sentido de que sus sociedades no estaban basadas ni en ciudades ni en instituciones urbanas ni en la agricultura. La ausencia de estas últimas características condujo a los autores clásicos a considerar estos específicos grupos de población como salvajes.

Además, varios autores clásicos se refieren a estas poblaciones como bandidos o ladrones.⁴³ Según Ctesias, el padre de Ciro era un mardo que practicaba el bandidaje, mientras que su madre criaba cabras (*FGrH* 90 F66 1-3). A lo largo de la historia, los mardos han mantenido la reputación de ser una población guerrera y agresiva (CURT. XIX.19.3; NIC.DAM. XVI.1.18), a pesar de que al igual que otros pueblos montañeses, como por ejemplo los uxienos, había grupos de mardos que son catalogados explícitamente como agricultores (CURT. V.6.12-17). La mayoría de los textos antiguos insistieron en el estado de hostilidad que regía las relaciones entre los pueblos nómadas/montañeses y las autoridades persas. Esto es algo que ilustra Clearco al ofrecer sus servicios a Tisafernes tras la batalla de Cunaxa (X., *An.*, II.5.13). El tema de la agresividad de la montaña y el nómada está particularmente presente en toda la literatura grecorromana.⁴⁴ Muchos textos dan cuenta de esta percepción: los misios y los pisidios «ocupan posiciones muy fuertes en el territorio del rey», el cual saquean (X., *Mem.*, V.26); los licaonios «explotan en su beneficio la tierra de los persas» (X., *An.*, III.2.23). Media y Armenia, según Estrabón (STR. XI.12.4), «están pobladas con un número infinito de pequeñas tribus de montañeses que viven de la rapiña y el robo». En Estrabón en particular, los nómadas aparecen constantemente como agresores, llegando a amenazar o incluso arruinar las regiones cultivadas (STR. XI.4.5, XI.7.2, XI.8.3-5). Hay pocas dudas de que para la mayoría de los autores grecorromanos la agresividad es una de las características de la vida de los pastores nómadas.

La violencia y la actitud belicosa también están relacionadas con los modos de combate de los nómadas y de los montañeses. De hecho, es muy característico que los

⁴² Sobre Aristóteles ver *Ibíd.*, pp. 14-15 (ARIS., *Pol.*, 1.1256a). Sobre la progresiva evolución de la humanidad de acuerdo a Platón ver *Leg.*, 3.676a-683a.

⁴³ Pierre BRIANT: *État et...*, p. 20.

⁴⁴ Pierre BRIANT: “«Brigandage», dissidence et conquête en Asie Achéménide et hellénistique”, *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 2 (1976), pp. 169-170, 179.

autores clásicos comparen con frecuencia a estos individuos con las bestias salvajes, de modo que se hizo la guerra contra ellos como si de una batida de caza se tratase.⁴⁵ A ojos griegos, esta comparación puede justificarse en el hecho de que los combates que tuvieron que librar contra estos “salvajes” no tenían relación con la guerra de hoplitas (o falangistas), y mucho menos con los grandes combates de caballería de Issos y Gaugamela. A menudo se vieron enfrentados con los métodos de combate muy particulares de sus oponentes, cuya arma principal era la tierra misma. Aquí, la oposición caza/guerra se superpone exactamente a la antítesis barbarie/civilización. Los montañeses viven, se alimentan y luchan como animales salvajes. La comparación los confina definitivamente en el mundo de la barbarie: ni siquiera saben luchar como los hombres, como individuos civilizados.⁴⁶ Esta caracterización es principalmente el resultado de un “estereotipo ecológico”, de acuerdo con el cual estos individuos están predispuestos a ser agresivos y guerreros.⁴⁷

De acuerdo a un antiguo pensamiento “etnográfico”, la agresividad natural de estos pueblos parece haber sido principalmente debida a su salvajismo pero también a la necesidad.⁴⁸ Estas asociaciones no son inocentes: desde el determinismo geográfico se construye toda una cadena de causalidades que, a su vez, dan una interpretación parcial de las relaciones entre el Estado y los pastores nómadas: la pobreza del suelo y los rigores del clima para la vida errante, la miseria y por ello la agresión a los países ricos. Con respecto a los nómadas propiamente dichos, el razonamiento causal se enriquece, si se puede decir así, mediante un vínculo adicional a través del siguiente esquema: pobreza, movilidad, agresividad. Arriano (ARR., *An.*, III.24.2) simplemente explica la actitud guerrera de los mardos de la región del Caspio como una consecuencia de su pobreza. Por ello, «los cosseanos hacen todos los días expediciones de saqueo, ya que su tierra es pequeña y árida, por lo que tienen el propósito de vivir sobre los demás»; «si todos son combatientes, es por necesidad» (STR. XVI.1.18; XI.7.1). También, de acuerdo con Diodoro, el país de los cosseanos, que estaba habitado por bárbaros guerreros, estaba ausente de suministros adecuados (DIOD. XIX.19.2). Si Atradates, padre de Ciro, de la familia de los mardos de Persia, se hizo bandido fue empujado por la pobreza (FGrH, 90, F.66.3).

En el pensamiento de los escritores greco-romanos vivir en un país árido y no productivo conducía inevitablemente al pueblo local a ser agresivo contra otros y contra los extranjeros que cruzaban sus territorios con el fin de obtener acceso a los pocos recursos disponibles. Por consiguiente, hay una oposición total entre aquellos individuos que viven en las montañas y aquellos otros que lo hacen en la llanura. Los segundos son campesinos y en consecuencia pacíficos; a los primeros, en cambio, se les reservan adjetivos tales como salvajes, combativos, bandidos, etc. Así pues, entre los numerosos ejemplos, Arriano (ARR., *An.*, III.17.1-3) distingue muy claramente entre los uxienos a aquellos que viven en la llanura, que se someten al sátrapa persa y poste-

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 172-174.

⁴⁶ Pierre BRIANT: *État et...*, p. 23.

⁴⁷ Sobre esta natural predisposición de los nómadas y montañeses véase *Ibidem*, pp. 20-26.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 26.

riormente a Alejandro, y a aquellos otros que viven en la montaña y que son independientes, realizan saqueos y se oponen ferozmente a Alejandro. Toda esta exposición es un claro prejuicio contra estas regiones ya que no tenían en consideración la realidad del entorno, al cual no le faltaban recursos naturales como vimos. Además, esto es también un prejuicio contra el éxito de los modos de subsistencia alternativos a la agricultura; principalmente, el pastoralismo ha sido siempre particularmente exitoso en entornos semi-áridos y montañosos.

De este modo, es muy claro que el discurso mesopotámico y clásico sobre los bárbaros montañeses se basaba en una serie de características comunes. La forma de vida bárbara se define negativamente: el bárbaro es ante todo el que no vive como civilizado; él no tiene una casa fija, no vive en ciudades, en resumen, no tiene un hábitat permanente; él no come pan porque no cultiva los campos. Muy importante es el vínculo que se establece entre la ecología y el estilo de vida: vive en zonas no aptas para el cultivo, inaccesible a la civilización, en otras palabras, en los desiertos o en las montañas. Por lo tanto, se puede observar que, al menos, las civilizaciones urbanas desarrollaron un discurso de degradación del género nómada y montañés. Este discurso se basa en toda una serie de estereotipos: movilidad espacial, lugar de residencia inaccesible, hábitos y costumbres inusuales, engaño y agresión. En estas condiciones, las relaciones entre los grandes reinos del Próximo Oriente y los pueblos de las montañas y las estepas, tal como las percibieron los primeros, se establecen en términos de resistencia de éstos con relación a los segundos.

Los persas y las poblaciones montañosas

De este modo, podemos ver a través de estos ejemplos, que tanto la clase gobernante mesopotámica como los autores grecorromanos consideraron a un pueblo más civilizado si sus habitantes desarrollaron actividades agrícolas y vivieron permanentemente en ciudades, pueblos y villas. Sin embargo, no encontramos ningún rastro de formas específicas de representación de estos pueblos en las fuentes urarteanas, elamitas o aqueménidas. Aunque esto podría ser determinado por la naturaleza de los textos, los cuales, como por ejemplo en los casos de los *corpus* elamita y persa, son principalmente administrativos, pero también por la vecindad y particular relación de los urarteos, elamitas y persas con estas poblaciones. El entorno montañoso del Zagros y el modo de vida desarrollado por los pueblos locales no era desconocido a los urarteos, quienes compartieron un territorio similar y comparables recursos naturales, e incluso algunas afinidades culturales especialmente con los pueblos del norte de Zagros.⁴⁹ Lo mismo puede ser dicho de los elamitas, cuyo territorio fue concebido desde el comienzo como integrado por las tierras bajas de Khūzistān y las tierras altas de Khūzistān y Fārs, e incluso más para los persas, para quienes las montañas del Zagros fueron una parte integral y esencial de su territorio y cultura de origen. Por estos motivos, en muchos

⁴⁹ Silvia BALATTI: *Mountain Peoples...*, pp. 127-133.

aspectos dependemos de la información transmitida por los autores grecorromanos, la cual debe de ser tratada con especial cautela.

Según éstos, durante el periodo aqueménida, al abrigo de las montañas, los montañeses realizaron incursiones de rapiña sobre las regiones fértiles situadas en las llanuras, creando grandes focos de inestabilidad en los territorios circundantes a sus dominios. Para ellos, la montaña era una guarida inexpugnable e impenetrable: rocas formidables y bosques profundos se oponían a la progresión de los asaltadores (DIOD. XIX.6-7; X., *An.*, IV.2.3-4).⁵⁰ El hecho de ser guerreros que contaban con un armamento ligero les habría permitido también realizar ataques de pillaje rápidos y efectivos contra objetivos determinados, ya fuera una estación en el camino real o una caravana que se dirigía por dicha vía. Un ejemplo de ello es narrado por Estrabón (STR. XIII.3.18), cuando menciona a los mosinecos, pueblo «completamente salvaje» del norte de Asia Menor, no sujeto al Gran Rey, que tenía la práctica de atacar a los viajeros. Las fuentes grecorromanas nos dicen que los persas emprendieron campañas militares contra las incursiones de estos bandidos de las montañas en repetidas ocasiones, como fue el caso de los cadusios (PLU., *Art.*, 24) e isaurios (DIOD. XVIII.22,1). Como vemos, un estudio en profundidad de estas fuentes muestra que lo descrito no se correspondería con la realidad socio-económica, geográfica y cultural de estos pueblos. El saqueo y el bandidaje habrían sido actividades secundarias y muy excepcionales.

Hay otros investigadores, sin embargo, que observan estas actividades como una lucha de liberación, una resistencia ante los intentos de conquista militar de los grandes imperios. En efecto, la conquista militar de estas poblaciones tenía dos objetivos básicos: por un lado, la conquista integraba a las poblaciones sometidas en el ciclo de la producción, es decir, permitía elevar el nivel de las fuerzas productivas. Por otra parte, y al mismo tiempo, la conquista garantizaba la seguridad, es decir, permitía controlar las grandes vías de comunicación que atravesaban las llanuras y supervisar a las poblaciones reducidas al estado de campesinos dependientes; por el contrario, aquellos individuos que disponían de los medios para resistir se excluían, es decir, eran rechazados o contenidos en las montañas, siendo considerados de forma injusta como bandidos por las actividades que realizaban.⁵¹ No obstante, sus actuaciones no debieron haber sido muy distintas a las que protagonizaron sátrapas en rebelión abierta contra el Gran Rey, puesto que se apoderaban de las fortalezas reales, robaban en los pueblos situados en la tierra real y se hacían dueños de los tributos destinados al monarca.

No obstante, varias evidencias prueban que las relaciones entre los monarcas aqueménidas y estas poblaciones montañesas no se redujeron únicamente a la guerra, los ataques o la agresión, siendo estas acciones realmente escasas y aisladas. Los persas emplearon diferentes métodos para que el *modus vivendi* con estos pueblos fuera beneficioso para ambas partes. Sabemos que muchas tribus de pastores nómadas vivían en el suroeste de Irán durante el periodo aqueménida (cosseanos, uxienos, elymeos, mar-

⁵⁰ Pierre BRIANT: *État et...*, pp. 22-23.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 177-186.

dos, etc.). Uno de los métodos adoptados por los persas para controlar esta región montañosa fue establecer confederaciones tribales encabezadas por un individuo leal al rey, como lo fueron Medates o Gobrias.⁵² El rey persa reforzó estas confederaciones con políticas matrimoniales. De hecho, Sisigambis, la madre de Darío III, era presumiblemente una uxiena.⁵³

Esta región era crucial para el imperio persa pues por ahí transitaban los caminos reales que unían dos de sus grandes capitales, Persépolis y Susa. El control de las rutas de comunicación a través de las montañas siempre fue esencial para evitar posibles emboscadas por los locales a expensas de las caravanas que las cruzaban. Las cartas asirias mencionan la participación de algunos pueblos del Zagros en estos asaltos,⁵⁴ donde los pasos montañosos parecen haber sido lugares donde los montañeses concentraron sus ataques. El control sobre las rutas de comunicación por estos pueblos es confirmado a finales del periodo aqueménida por referencias al hecho de que los cosseanos, por ejemplo, demandaran una tasa incluso a los reyes cuando pasaban a lo largo de su territorio. Según Diodoro, el camino real entre Susa y Ecbatana evitaba los Zagros centrales (Lūristān), porque la ruta directa que atravesaba el país de los cosseanos era «mala, estrecha y escarpada» y porque este pueblo exigía el pago de un “peaje” por el derecho de paso (DIOD. XIX.19.2-3). La experiencia de Antígono en Cossea evidencia la importancia de tratar con los montañeses con el fin de cruzar su territorio sin pérdidas (DIOD. XIX.19.2-8). Mientras que desde la perspectiva griega el pago de un peaje a estas poblaciones era una petición irrazonable, podemos imaginar que esto fue simplemente considerado por estas entidades autónomas una correcta compensación por el paso por su territorio.

Según Estrabón (STR. XI.13.6), el Gran Rey no pagaba solamente un impuesto (φόρος) a los cosseanos, sino que también les hacía “regalos” (δωρα). Esto es corroborado por Jerónimo de Cardia (DIOD. XIX.19.3), quien emplea el término δωροδοκίην (“que recibe regalos”). El caso de los cosseanos no es un hecho aislado: Arriano, con respecto a los uxienos, emplea también el término τα γέρα (“el don”, ARR., *An.*, III.17.6). Sin embargo, aunque los relatos grecorromanos tratan de mostrar la debilidad y fragilidad de los reyes persas, la realidad parece haber sido muy diferente. Las fuentes clásicas trataron de contrastar radicalmente la actitud griega de Alejandro y Antígono y la de los reyes persas a la hora de tratar con estos pueblos: los primeros son valientes y orgullosos al negarse a pagar un tributo y hacer frente a estas poblaciones; los segundos son cobardes y viles al plegarse a las exigencias de estos pueblos.⁵⁵ No

⁵² Gobrias (Gaubaruva en antiguo persa), el hijo de Mardonio (Mardunuya en antiguo persa), por ejemplo, es distinguido por referencia a su tribu en la versión babilonia de la inscripción de Behistun, *pa-di-iš-ú-ma-riš* y en la fachada de la tumba de Darío en Naqš-e Rostam: «Gobrias, un patischoriano (op. Pātišuvariš; DNC), portador de la lanza del rey Darío». Aparte de estas inscripciones, la única referencia a esta tribu en el suroeste del actual Irán la encontramos en Estrabón (STR. XV.3.1), aunque desafortunadamente el geógrafo griego no dice nada sobre ellos, excepto que eran campesinos.

⁵³ Ali BAHADORI: “Achaemenid Empire, Tribal Confederations of South-western Persia and Seven Families”, *Iranian Studies*, 50:2 (2017), p. 174.

⁵⁴ Silvia BALATTI: *Mountain Peoples...*, pp. 96-107.

⁵⁵ Pierre BRIANT: “«Brigandage»...”, p. 190.

obstante, es difícil de creer que el Gran Rey no pudiera tener éxito, si hubiera querido, donde Alejandro y Antígono habían pasado victoriosamente. Si uno está dispuesto a admitir que los reyes persas no eran ni cobardes ni incapaces, se debe de admitir que la elección de la ruta a través del territorio de los cosseanos y uxienos fue deliberada y voluntaria.

De hecho, el “control” que los cosseanos ejercieron en sus desfiladeros solo habría sido realmente efectivo si el Gran Rey decidía tomar la ruta directa, en lugar del camino real. El caso de los uxienos de la montaña es más significativo, pues su territorio estaba ubicado lejos del camino real que unía Susa con Persépolis: este camino cruzaba el país de los uxienos de la llanura, administrado directamente por los persas. De este modo, para pagar a estos pueblos, el Gran Rey tuvo que desviarse intencionalmente. Habría que pensar más bien que la política seguida con respecto a estos pueblos era la del don y el contra-don. Los reyes persas, en sus desplazamientos entre las capitales de su Imperio, utilizaban deliberadamente las vías “controladas” por los montañeses, a los que les pagaban voluntariamente una determinada suma. En otras palabras, el encuentro con los cosseanos o los uxienos no desembocaba en un acto de guerra, sino que se expresaba en términos de acuerdo y contrato. Esta práctica es denominada como el “don vinculante”.⁵⁶ Es decir, hay una relación funcional entre donación e intercambio, siendo la donación solo un elemento de un sistema de beneficios recíprocos que son tanto gratuitos como vinculantes, la libertad de la donación obliga al beneficiario a una contra-donación, lo que genera un flujo continuo de donaciones y regalos compensatorios.⁵⁷ Así, la “subvención” pagada por el Rey es “voluntaria”, ya que tiene el valor de consagrar un acuerdo, con lo cual está claro que este episodio anual da cuenta de un estado de paz entre los montañeses y los aqueménidas o, si se prefiere, de un estado de “hostilidad regulada”.⁵⁸

Estos acuerdos, renovados cada año, dan buena cuenta de la naturaleza de los vínculos que unían a los pueblos montañeses con los persas. Estos, en primer lugar, vieron su autonomía reconocida casi explícitamente, ya que llegaron a un acuerdo con el Gran Rey. Esta autonomía no es puramente formal, ya que, según toda apariencia, estas personas no rendían tributo. Sin embargo, al tomar la iniciativa el rey persa mediante la entrega de “regalos”, exigía a estas poblaciones a estar obligadas. A través de tales dones se establecía una jerarquía: dar es mostrar la superioridad de uno, estar por encima; aceptar sin dar nada a cambio, o sin dar más de vuelta, es volverse un siervo, caer más bajo.⁵⁹ De este modo, la dependencia fue realmente de los montañeses con respecto a los persas, y no al contrario, ya que cada año el rey llegaba para renovar una soberanía que debía seguir siendo ficticia.⁶⁰ De hecho, este tipo de regalos no debe-

⁵⁶ *Ibidem*, p. 192; Marcel MAUSS: *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques (1923-24)*, *Sociologie et Anthropologie*, París, Les Presses Universitaires de France, 1968, pp. 145-146.

⁵⁷ Émile BENVENISTE: “Don et échange dans le vocabulaire indo-européen”, *Annales de Sociologie* (1948-1949), p. 7.

⁵⁸ Pierre BRIANT: “«Brigandage»...”, p. 192 e *Histoire de l'Empire perse, de Cyrus à Alexandre*, París, Fayard, 1996, pp. 747-753.

⁵⁹ Marcel MAUSS: *Essai sur...*, p. 146.

⁶⁰ Pierre BRIANT: “«Brigandage»...”, p. 193.

rían de interpretarse como expresión de unas relaciones de intercambio recíproco: el monarca hace regalos o corresponde con regalos de forma regia, no igualitaria, y mucho menos servil;⁶¹ además, probablemente, el intercambio de regalos tuvo lugar durante ceremonias regias cargadas de simbolismo.

Podemos preguntarnos en qué medida este complicado ritual de entrega de regalos reales no recubría también un intercambio de bienes materiales, sin que se pueda hablar por eso de “comercio” en el sentido estricto del término, pues los regalos pagados por el rey no pueden ser asimilados a una compra.⁶² Dichos bienes no necesariamente implican una obligación por parte del rey, sino la manifestación de su superioridad y la subordinación de los montañeses. Si esta hipótesis está bien fundamentada, conduce a dos observaciones: por un lado, aunque políticamente autónomos, los montañeses están, no obstante, en el camino de la integración en la economía real (como veremos); y, por otra parte, la conquista de Alejandro constituyó una ruptura total, ya no era una cuestión de intercambios, sino de integración política y del pago de tributos: desde entonces, para los montañeses, el φόρος revestía otro significado contrario al que les ofrecía el Gran Rey. Además, el Estado persa obtenía otras ventajas. Como contra-regalo, estos pueblos debían proporcionar, entre otras cosas, lo que seguía siendo su principal riqueza: hombres, es decir, soldados. El Gran Rey lograba no solo que los habitantes de las montañas no fueran un foco de inestabilidad, sino que también participasen en su defensa enviando contingentes a los ejércitos reales. Igualmente, la provisión de contingentes militares es también una forma de integración, ya que, en general, todas las unidades estaban bajo la autoridad de los persas (HDT. VII.81; 96).

Por todo ello, la entrega de regalos tenía un profundo significado en el sistema persa y estaba cargado de un profundo simbolismo. En vez de ser conscientes de la importancia de esta tradición en las culturas próximo orientales, los autores grecorromanos no transmitieron un correcto entendimiento de ella. La entrega de regalos en el Próximo Oriente antiguo implicaba una profunda y recíproca relación socio-política, y esto se aplica también al intercambio entre el rey y sus súbditos: el intercambio obligaba tanto al dador como al receptor a una lealtad recíproca, aunque siempre subrayándose la posición superior del monarca. Cada regalo tendía a producir obligaciones, frecuentemente duraderas y de gran alcance, creando a su vez lazos fiables.⁶³ La relación entre el Gran Rey y estos pueblos montañeses fue probablemente de este tipo: el rey y los súbditos, incluidos los jefes tribales, se beneficiaron mutuamente por el intercambio de regalos, principalmente metales preciosos por ganado. Además, por un lado, los reyes aqueménidas garantizaban la seguridad de los pastos, las tierras y las migraciones estacionales de los pastores, y por otro lado los montañeses aceptaban la obliga-

⁶¹ Josef WIESSHÖFER: “The Achaemenid Empire”, en Ian MORRIS y Walter SCHEIDEL (eds.), *The Dynamics of the Ancient Empires: State Power from Assyria to Byzantium*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 86.

⁶² Marcel MAUSS: *Essai sur...*, pp. 185-186.

⁶³ E. GLAIG: “Is loyalty a favor? Or: Why gifts cannot oblige an Emperor”, en Gadi ALFAZI, Valentin GOEBNER y Bernhard JUSSEN (eds.), *Negotiating the gift. Pre-modern Figurations of Exchange*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003, p. 48.

ción de proteger los caminos reales y las caravanas, así como prestar unidades auxiliares a los ejércitos persas.⁶⁴

Es difícil imaginar que la razón para las batallas que tuvieron lugar entre Alejandro y las tribus del Zagros fuera su desconocimiento de la relación entre el Gran Rey y estos pueblos, aunque Pierre Briant atribuye el error de Alejandro al hecho de entender el regalo como un “peaje” o “derecho de paso”.⁶⁵ De cualquier modo, la evidencia sugiere que los uxienos recuperaron su independencia en el 317 a.C., o quizás incluso antes, ya que los autores antiguos los listan entre los pueblos autónomos de Persia (ARR., *Ind.*, 40.). Así, mientras la acción de Alejandro de someter a los uxienos y los cosseanos probó ser ineficaz y sin ningún resultado duradero o efectivo, las políticas desplegadas por los monarcas aqueménidas sí resultaron en una situación durable. Sin recurrir a la fuerza, el rey aseguraba la lealtad de algunas problemáticas entidades, mientras las últimas proveían al ejército persa contingentes militares y seguridad en los caminos, lo que claramente benefició la actividad comercial y la afluencia de riqueza al núcleo del imperio.⁶⁶ Del mismo modo, la circulación de regalos no es un mero *quid pro quo* para mantener la paz y asegurar la circulación, sino que también fue la manifestación del poder y la superioridad del rey persa. Además, dada la documentación disponible, parece que esta relación fue duradera a lo largo de todo el periodo aqueménida, así como una herencia del periodo anterior.

A este respecto, sabemos que el componente nómada o semi-nómada en esta región del Zagros meridional, aunque no pródigo en la evidencia arqueológica, era ya fuerte en el período neo-elamita. Según Vallat, las tablillas de la Acrópolis de Susa (datadas alrededor del 600 a.C.) proporcionan por sí mismas la evidencia de una estrecha red de relaciones entre estos grupos semi-nómadas del Zagros y la administración central de Susa. Vallat indicó que las designaciones colectivas, atestiguadas en base a un antropónimo, eran algo más que referencias al personaje epónimo o al líder de un gru-

⁶⁴ Margaret ROOT: *The King and Kingship in Achaemenid Art: essays on the creation of an iconography of empire*, Leiden, Diffusion, EJ Brill, 1979, p. 239; Heleen SANCISI-WEERDENBURG: “Gifts in the Persian empire”, en Pierre BRIANT y Clarisse HERRENSCHMIDT (eds.), *Le Tribut dans l'Empire Perse*, París, Institute Etudes Iraniennes, 1989, p. 131; Amélie KUHRT: *The Persian Empire. A corpus of sources from the Achaemenid Period*, Vols. I-II, Londres, Routledge, 2007, pp. 831-832.

⁶⁵ Pierre BRIANT: “«Brigandage»...”, p. 194. Para el intercambio de regalos en la cultura griega véase Erich KISTLER: “Grosskönigliches “symbolon” im Osten - exotisches Luxusgut im Westen: zur Objektbiographie der achämenidischen Glasschale aus Ihringen”, en Robert ROLLINGER et al. (eds.), *Interkulturalität in der Alten Welt: vorderasien, Hellas, Ägypten und die vielfältigen Ebenen Kontakts*, Wiesbaden, Harrassowitz, O, 2010, pp. 63-95, y Gocha TSETSKHLADZE: “Beware of Greeks Bearing Gifts: Gift, Tribute, Bribery and Cultural Contacts in the Greek Colonial World”, en Robert ROLLINGER et al. (eds.), *Interkulturalität in der Alten Welt: vorderasien, Hellas, Ägypten und die vielfältigen Ebenen Kontakts*, Wiesbaden, Harrassowitz, O, 2010, pp. 41-61. Para una visión diferente véase Woulter HENKELMAN: “Of Tapyroi and tablets, states and tribes: the historical geography of pastoralism in the Achaemenid heartland in Greek and Elamite sources”, *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 54:2 (2011), p. 9.

⁶⁶ Para las relaciones entre el Gran Rey y los uxienos véase por ejemplo Pierre LERICHE: “Problèmes de la guerre en Iran et en Asie Centrale dans l'empire perse et à l'époque hellénistique”, en Jean DESHAYES (ed.), *Le Plateau Iranien et l'Asie Centrale des origines à la conquête islamique*, París, Éditions du CNRS, 1977, p. 300; Ali BAHADORI: “Achaemenid Empire...”, pp. 173-197 también trata el tema de los uxienos y los patishorianos.

po nómada.⁶⁷ En algunos casos, como el de la gente de Appalaya (un nombre babilónico atestiguado como denominación colectiva y como nombre propio independiente),⁶⁸ los miembros de estos grupos se designan con una referencia al nombre de su líder o “rey”,⁶⁹ ya que los nómadas no podían ser etiquetados recurriendo a un topónimo permanente, ni ellos podían identificarse con él. De acuerdo con Henkelman, estas “tribus” son las responsables de que tengamos la impresión de una fragmentación del poder, que durante mucho tiempo tuvo un papel relevante en nuestra percepción de esta parte de la historia elamita;⁷⁰ un análisis cuidadoso de los textos del Archivo de la Acrópolis de Susa revela en cambio que el poder central fue capaz de desarrollar de manera conveniente el control político de estas entidades semi-nómadas, posiblemente también a través de la práctica del don y el contra-don.

El área de distribución geográfica de estas relaciones tal vez se extendió más allá de las fronteras de Susiana y Khūzistān. El descubrimiento de los vasos preciosos con etiquetas elamitas de Kalmākarra, en Lūristān, parece significativo: tanto los textos administrativos de Susa como las inscripciones de Kalmākarra mencionan el reino de Samati junto con los mismos antropónimos.⁷¹ La presencia de estas agrupaciones nómadas volverá al escenario de la historia escrita hacia el final del período aqueménida, convirtiéndose en un componente particular de la Elymais seléucida y arsácida.⁷² Estas estrategias no son prueba del poder de un Estado débil, sino que muestra la capacidad para controlar grupos fundados sobre medios de subsistencia diferentes.⁷³ Desde este punto de vista, los reyes persas continuaron la política llevada a cabo por los monarcas neo-elamitas. De hecho, lo mismo que observamos en los textos del Archivo de la Acrópolis de Susa aparece en los textos del Archivo de la Fortificación de Persépolis unos 100 años después.

Este Archivo arroja luz sobre varios aspectos de la cultura, religión y sociedad persa. Es más difícil captar, sin embargo, la realidad de las comunidades locales de campesinos y pastores viviendo junto con los administradores imperiales, funcionarios, sacerdotes, viajeros, artesanos y trabajadores. De hecho, debemos imaginar la presencia de varios grupos de personas, ambos sujetos a, e interactuando con, la maquinaria imperial, quienes habitaban en las villas localizadas en los valles intermontañosos y estacionalmente, en las más altas elevaciones de las montañas del Zagros Central y meridional. La administración de la región de Persia requirió el desarrollo de complejas y amplias estructuras organizativas, comunicativas y productivas, las cuales debie-

⁶⁷ François VALLAT: “Les prétendus fonctionnaires *unsak* des textes néo-élamites et achéménides”, *ARTA* 2002.006, 2002, pp. 2-3.

⁶⁸ Walther HINZ y Heidemarie KOCH: *Elamisches Wörterbuch*, Berlin, D. Reimer, Vol. I, 1987, p. 20.

⁶⁹ Appalaya es designado como “rey” en la tablilla S, 71. Vincent SCHEIL: *Textes élamites-anzanites, troisième série*, Paris, Ernest Leroux, 1907.

⁷⁰ Woulter HENKELMAN: “Defining Neo-Elamite history”, *Bibliotheca Orientalis*, 60 (2003b), pp. 257-259.

⁷¹ Woulter HENKELMAN: “Persians, Medes and Elamites: acculturation in the Neo-Elamite Period”, en Giovanni B. LANFRANCHI, Michael ROAF y Robert ROLLINGER (eds.), *Continuity of Empire (?)...*, Padua, S.a.r.g.o.n, 2003a, pp. 214-27; ídem, “Defining...”, p. 257.

⁷² Gian Petro BASELLO: “Pre-Achaemenid Persians: An Elamite point of view”, en *Erstes Italienisch-Österreichisches Iranistisches Symposium Cagli, 17.-19. September 2005*, s.l, s.n, 2005, p. 6.

⁷³ Véase Pierre BRIANT: “«Brigandage...”, p. 192 y *Histoire de...*, pp. 747-753.

ron de haber sido figuradas por las características de la sociedad local y el entorno natural.

Así, aunque la realidad de las comunidades locales y sus miembros es apenas visible en los textos del Archivo de la Fortificación, deberíamos no estar tentados a subestimar su presencia desde que ellos estuvieron probablemente bien integrados dentro de la maquinaria administrativa local y fueron esenciales para su buen funcionamiento. Por un lado, el sistema imperial proveyó impulsos para las actividades comerciales y para un desarrollo agrícola sin precedentes en las llanuras intermontañas, un desarrollo que estuvo conectado con la presencia de grandes fuerzas de trabajo local y extranjero y con inevitables cambios en la distribución de los asentamientos y del paisaje de Persia. Por otro lado, los valles y las montañas circundantes continuaron probablemente siendo habitadas por comunidades que principalmente desarrollaron actividades pastorales y que estuvieron en contacto regular con las autoridades persas. Es posible que los miembros de grupos pastorales fueran incluso puestos a cargo de parte de los grandes rebaños reales, los cuales parecen haber sido administrados a través de un sistema compartido de crianza. Este sistema consistió de la subcontratación de parte de los rebaños pertenecientes a la administración de Persépolis a pastores externos bajo una obligación de entregar una cierta cantidad de crías y productos a la administración cada año.⁷⁴ La PF-NN 2541 probablemente trata con esta práctica.⁷⁵ Esta tablilla es un inventario anual en el que los nombres de los pastores confiados con una parte del rebaño son registrados cuando se reúnen en la estación de ganado.

Aunque no tenemos mucha información sobre la identidad de estos pastores, es interesante indicar que una de estas personas porta el nombre de Unsak, que también aparece más de una vez en los textos del Archivo de la Acrópolis de Susa y sobre los objetos de Kalmākarra, y quien estaba probablemente relacionado con los samateanos del sur de Lūristān.⁷⁶ Considerando el hecho de que el sur de Lūristān está a varios cientos de kilómetros del área bajo control de la administración de Persépolis, la aparición del nombre elamita Unsak podría ser una coincidencia. No obstante, como Henkelman ha señalado, el hecho de que muchos de los nombres mencionados en el texto son elamitas podría indicar que los rebaños fueron entregados a personas que eran parte de grupos pastorales de las áreas al noroeste con una más pronunciada filiación elamita.⁷⁷ De hecho, la presencia de grupos pastorales de orientación elamita en las montañas al noroeste del área de Persépolis está bien atestiguada en las fuentes neoelamitas aproximadamente cien años antes.⁷⁸ Grupos compuestos de pastores y granjeros que portan su propia distintiva identidad, como por ejemplo los uxienos, están también atestiguados en el valle de Fahliān y al oeste de ella en las fuentes griegas. En esta consideración, es remarcable que la mayoría de los textos del Archivo de la Forti-

⁷⁴ Michael KOZUH: *The Sacrificial Economy: On the Management of Sacrificial Sheep and Goats at the Neo-Babylonia/Achaemenid Eanna Temple of Uruk (625-520 BCE)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, Chicago, 2006, pp. 40-51.

⁷⁵ Woulter HENKELMAN: "Of Tapyroi...", p. 4.

⁷⁶ François VALLAT: "Les prétendus...", pp. 1-4.

⁷⁷ Woulter HENKELMAN: "Of Tapyroi...", p. 5.

⁷⁸ Silvia BALATTI: *Mountain People...*, p. 182.

ficación que tratan con intercambios de bienes pertenezcan a la anteriormente mencionada región de Fahlīān.⁷⁹ Un texto del Archivo de la Fortificación es interesante a este respecto:

Ušbaka habló de la siguiente manera: «280 ovejas/cabras (de) la tierra (pastoral) han sido asignadas a (literalmente, “puestas en la cabeza de”) Tumarrimeya, el *hakupiziya*, incluyendo 120 tomadas de Tiriya (y) 160 tomadas de Bakapikna, como Darío [el rey ordenó]...» 15° [año, dí]a [x] (PF 1829).

Si es leído correctamente, el *hakupiziya* de este texto es literalmente «un morador de la tierra montañosa».⁸⁰ Este marco topográfico, el hecho de que la afiliación sea explícitamente mencionada y el contexto de la asignación de ganado podrían indicar que Tumarrimeya era un miembro de una entidad predominantemente pastoral. Es interesante también que el origen de los animales asignados a Tumarrimeya es indicado por la palabra *batin*, que puede estar relacionada con el término *batera*, pastor/vaquero, y hacer referencia a “tierra pastoral”, por tanto un área física y administrativamente más allá de la zona agrícola bajo el control directo de las autoridades de Persépolis.⁸¹ Otra categoría de textos del Archivo de la Fortificación concierne a los intercambios de bienes básicos, como la cebada, por ganado. La mayoría de los animales adquiridos por medio de estos intercambios fueron destinados a sacrificios (PF 352). Aunque en el pasado los investigadores han explicado tales intercambios como consecuencia de un supuesto tabú sobre los sacrificios de animales, un principio más mundano parece operar aquí: el ganado representaba el capital de la administración y los administradores tendían a “acumular” animales. Si podían obtener las ovejas/cabras requeridas para los sacrificios de fuera de los propios rebaños de la institución, aprovecharían la oportunidad de hacerlo.⁸² Aunque los individuos que suministran los animales en estos intercambios nunca son mencionados explícitamente, ellos son ciertamente representantes de grupos externos a la administración de Persépolis, pues si no el intercambio no tendría sentido.⁸³ El mejor candidato para tener grandes reservas de ganado sería la población agro-pastoral de ciertas zonas del Fārs. Casi todos los intercambios a los que se hace referencia en este tipo de textos parecen produ-

⁷⁹ Woulter HENKELMAN: “Of Tapyroi...”, p. 7.

⁸⁰ Woulter HENKELMAN y Matthew W. STOLPER: “Ethnic Identity and Ethnic Labeling at Persepolis: The Case of the Skudrians”, en Pierre BRIANT & Michel CHAUVEAU (eds.), *Organisation des pouvoirs et contacts culturels dans les pays de l’empire achéménide: Actes du colloque organisé au Collège De France par la “Chaire d’histoire et civilisation du monde achéménide et de l’empire d’Alexandre” et le “Réseau international d’études et de recherches achéménides”, 9-10 novembre 2007, Persika 14*, París, De Boccard, 2009, p. 287, 300.

⁸¹ Richard HALLOCK: *Persepolis Fortification Tablets*, Chicago, The University of Chicago Press, 1969, p. 676.

⁸² Para una demostración y discusión de este principio véase Woulter HENKELMAN: “Animal sacrifice and external exchange in the Persepolis Fortification Archive”, en Heather BAKER y Michael JURSA (eds.), *Approaching the Babylonian Economy: proceedings of the START project symposium held in Vienna, 1-3 July 2004*, Münster, Ugarit-Verlag, 2005, pp. 137-165.

⁸³ Woulter HENKELMAN: “Of Tapyroi...”, p. 7.

cirse en la región de Fahlīān, área que como acabamos de ver coincide parcialmente con las áreas tribales habitadas por poblaciones agro-pastorales semiautónomas mencionadas por las fuentes grecorromanas, como los elymeos y los uxienos.⁸⁴

La información más importante sobre la región bajo discusión viene de finales del periodo aqueménida, y fue registrada por los escritores que acompañaron a Alejandro. El tributo de 100 caballos, 500 animales de carga y 30.000 ovejas impuesto a los uxienos (ARR., *An.*, III.17; DIOD. XIX.21.3) ilustra claramente que las tribus tenían un excedente de ganado. Bajo el gobierno de los aqueménidas no existió ninguna obligación de pagar tributo, aunque estas tribus, formalmente autónomas, habrían estado muy interesadas en intercambiar este excedente de ganado para conseguir otras materias. Por esta razón, y como ya hemos visto, hay que asumir una interdependencia económica entre las dos zonas. Estos intercambios no eran en realidad de una naturaleza comercial, sino que fueron regulados por los principios del don y el contra-don como vimos.⁸⁵ Puede ser incluso que la cifra fuera más o menos canónica: Briant asume que el número de los animales impuestos como tributo por Alejandro no era ninguna novedad, sino que derivaría de una cantidad convenida entre los persas y los uxienos.⁸⁶ Estos enormes intercambios anuales, por los que el Gran Rey diera grano y quizás plata u otros objetos de lujo, no son visibles en los textos del Archivo de la Fortificación.

Se puede asumir que los intercambios también pudieron ser dirigidos sobre una base más pequeña y cotidiana, y esta puede ser la explicación para los intercambios de grano y vino por ganado en la zona fronteriza entre Elam y Persia registrados en el Archivo de la Fortificación. Como hemos visto, la posibilidad del intercambio habría sido ventajosa a los ojos de las autoridades persas. Uno de sus fines habría sido proporcionar mercancías para distintos sacrificios, incluyendo animales, aunque también sirvieron para mantener intactos los rebaños de la administración tanto como fuera posible. Realizando intercambios podían resolver las demandas y reducir el excedente de grano al mismo tiempo. Por otra parte, la realización de los intercambios con los pastores contribuyó a la adquisición de ganado de una fuente abundante, lo suficientemente grande como para asegurar un suministro constante y unos valores de permutas estables. Que estas tarifas fueran fijas no es sorprendente, puesto que el mismo monarca no entabló relaciones comerciales con estas tribus, sino que solamente realizó intercambios basados en el principio del don y el contra-don sobre un acuerdo renovado anualmente.⁸⁷

Mientras, en general, los habitantes de la región de Fahlīān estuvieron bien integrados en las estructuras de la administración central, aquellos que vivían más al

⁸⁴ Para una demostración del trasfondo geográfico de los textos de intercambio véase Woulter HENKELMAN: “Animal...”, pp. 160-161.

⁸⁵ Pierre BRIANT: *État et...*, p. 93 ; W. HENKELMAN: “Of Tapyroi...”, p. 10.

⁸⁶ Pierre BRIANT: “«Brigandage»...”, p. 229; ídem, *Histoire de...*, p. 752.

⁸⁷ Woulter HENKELMAN: “Of Tapyroi...”, p. 10.

norte y noreste parecen haber sido más autónomos.⁸⁸ La administración en esta “región norte”, en la dirección a Media, estuvo centrada sobre el camino real y estuvo particularmente conectada con la persona del rey, a quien el camino real pertenecía incuestionablemente.⁸⁹ Además, el uso de los sellos reales PFS 7*, 66* y 93* en varios textos que tratan con la “región norte” parecen confirmar el hecho de que esta área estaba más unida al rey y su corte que las usuales estructuras del sistema administrativo de Persépolis. En particular, aquellos que usan el PFS 93* (el famoso sello de Kuraš de Anšan) fueron ciertamente oficiales de alto rango encargados de recolectar carne para la corte real.⁹⁰ La mayoría de los textos en que aparece este sello tratan con provisiones de ganado,⁹¹ donde las reses y las ovejas/cabras fueron frecuentemente suministradas directamente por los pueblos/villas (PF 691, 695, 2033); la población local también es mencionada en la PF 695, que informa de la entrega en una villa de corderos para el rey «por la gente de Parširraš».

La abundancia de corderos y cabras disponibles para estos parširrašanos, a los que les fue posible entregar más de 100 corderos al rey, parece indicar que eran pastores nómadas. Además, el hecho de que tal cantidad de ganado fuera entregado por una única villa, el nombre de la cual probablemente no se corresponde con Parširraš (ya que el autor del texto debería haber simplemente escrito, como es usual, “en Parširraš”) parece indicar que el pueblo de Parširraš vino a la villa con sus rebaños con el fin de realizar una transacción. Este podría ser el caso de un intercambio entre un oficial real y un externo o semi-externo grupo del sistema administrativo de Persépolis, quienes estaban interesados en comerciar sus excedentes en ganado con la administración central.⁹² El hecho de que muchos pueblos que vivían en la “región norte” y más al norte estuvieran probablemente especializados en la cría de animales también parece ser sugerido por una serie de textos (PF-NN 757, 2261 y 2280) que indican que la ciudad de Kabaš/Gabai, probablemente localizada alrededor de las modernas ciudades de Ābādeh o Isfahān, era un centro de recolección y distribución de reses y ovejas/cabras.⁹³

A partir de estos textos obtenemos la impresión de que, particularmente en la “región norte”, las paradas en el camino real representaron los principales centros de recogida (provisiones para el rey y la corte real) y redistribución (bienes obtenidos cuando se presentaba un documento sellado por el rey) y así fueron la columna vertebral de la administración en la zona. Como “propietario” del camino real y sus estructuras (estaciones, almacenes y fortalezas con sus plantaciones circundantes) el Gran

⁸⁸ Woulter HENKELMAN: *The Other Gods Who Are. Studies in Elamite-Iranian Acculturation Based on the Persepolis Fortification Tablets*, Leiden, Peeters, 2008a, pp. 118-120.

⁸⁹ Mark GARRISON: “A Persepolis Fortification Seal on the Tablet MDP 11 308 (Louvre Sb. 13078)”, *JNES*, 55 (1996), p. 23, 29.

⁹⁰ Mark GARRISON: “A Persepolis...”, p. 25.

⁹¹ *Ibidem*, p. 29.

⁹² Para el intercambio con grupos externos o semi-externos ver Woulter HENKELMAN: “Animal...”, pp. 151-153.

⁹³ Woulter HENKELMAN: “From Gabae to Taoce: the geography of the central administrative province”, en Woulter HENKELMAN, Pierre BRIANT & Matthew STOLPER (eds.), *Archive des fortifications de Persepolis dans le contexte de l’empire achéménide et de ses prédécesseurs*, París, 2008b, pp. 311-312.

Rey fue ciertamente el administrador nominal de todas las transacciones que ocurrieron a lo largo del camino. Esto debería de explicar la recurrente expresión *“sunki tibba makka* (“dispensado para el beneficio del rey”), el uso de sellos reales en la mayoría de los textos que tratan provisiones en la “región norte” y la referencia a documentos sellados por el rey en los textos contables. Este modelo de dominio territorial basado en el control de las principales vías de comunicación implicaba necesariamente un alto grado de autonomía de los pueblos que vivían en las áreas no directamente localizadas a lo largo de los caminos y fuera del alcance del regular sistema administrativo. Sin embargo, es razonable pensar que muchos de estos individuos tenían contactos con los oficiales reales y suministraron regularmente mercancías para el rey y su corte, como fue el caso por ejemplo de los anteriormente mencionados individuos de Parširraš. Se podría asumir también que la lealtad de los grupos locales autónomos a la corona fue fortalecida por el hecho de que cada transacción y acuerdo fue directamente estipulado por el rey persa, quien era, al menos nominalmente, la autoridad con quien ellos interactuaban.

Conclusión

Estas relaciones entre el Estado persa y los pueblos montañeses recuerdan al historiador que los medios y los significados de la conquista y la administración imperial deben ser evaluados a la luz de la diversidad etno-geográfica. La heterogeneidad política del imperio persa fue realmente sorprendente. Las sociedades existentes antes de la conquista seguramente no habían alcanzado el mismo grado de desarrollo. Por ejemplo, ¿qué tenían en común el monarca del inmenso imperio neo-babilónico, una ciudad jonia, un pequeño principado del Zagros y un grupo étnico nómada de Asia central? No hay nada que sugiera que la conquista tuvo a priori el mismo impacto en todos los territorios. Debemos reconocer en cambio que las innovaciones se realizaron en diferentes formas, pues los conquistadores se adaptaron a los marcos específicos sociopolíticos y culturales de los pueblos conquistados. Los ejemplos mejor conocidos muestran indiscutiblemente que los persas nunca trataron de unificar los territorios culturalmente. Por el contrario, fue por la construcción en la jerarquía y en las tradiciones locales que los persas intentaron imponer una nueva autoridad.

Los pueblos montañeses habían causado significativos problemas a las autoridades mesopotámicas y griegas. Los reyes asirios tuvieron que entrar frecuentemente en el Zagros para restaurar la paz y suprimir revueltas. Frecuentes referencias en los textos al escape a, y desaparición dentro de, las montañas de los gobernadores locales y sus tropas, aunque representados por los asirios como actos de cobardía, fueron al

contrario una exitosa estrategia militar en un entorno montañoso.⁹⁴ Escapar a refugios naturales, donde los locales podían reorganizar su resistencia o simplemente esperar la marcha de los asirios, fue probablemente la más inteligente estrategia militar que pudieron adoptar en la confrontación con grandes ejércitos. Así, las conquistas logradas por los asirios en el Zagros probaron ser frecuentemente ineficaces, y cualquier ganancia política fue disuelta tan pronto como el ejército dejaba la montaña con el fin de volver a Asiria antes de la llegada de los meses de invierno. Solo el establecimiento de provincias asirias en el Zagros, que significaron la unificación del territorio bajo el mando de gobernadores, la presencia de oficiales y tropas en el terreno todo el año y la gradual integración de las élites del Zagros en las estructuras del imperio, apoyaron el control al menos de una parte de la región del Zagros.⁹⁵ Sin embargo, como está bien atestiguado en las fuentes, hubo frecuentes revueltas de la población local en estas provincias para reganar su autonomía.⁹⁶

Tanto el ejército griego de los diez mil en el país de los carducos (X., *An.*, IV.1-2) y el de Antigono en Cossea (DIOD. XIX.19.2-8) tuvieron también serias dificultades a la hora de tratar con estos pueblos. Los elymeos se rebelaron más de una vez contra los seléucidas cuando estos intentaron imponer una más formal autoridad sobre sus territorios (STR. XV.3.12; XVI.1.8; 1.18; PLB. XXXI.9.1-4). Incluso Alejandro, como las fuentes parecen sugerir, falló en imponer un duradero control sobre pueblos tales como los uxienos, cosseanos y mardos⁹⁷. Esta incapacidad de mantener el control fue principalmente debida a la inaccesibilidad de estas regiones montañosas (al menos durante el invierno), la naturaleza fragmentaria de su paisaje político y la peculiar organización social y estilo de vida de la población local.

Así, la práctica persa de encontrar acuerdos con los miembros de las élites locales, la cual era desaprobada por los historiadores de Alejandro, parece haber sido la única estrategia útil de control para la mayoría de los territorios montañosos. Este control, aunque indirecto, permitió a las autoridades persas disfrutar de algunas ventajas (seguridad de tránsito, soldados y contactos comerciales) y especialmente mantener la paz y el orden en los territorios imperiales.⁹⁸ Los seléucidas probablemente entendieron las ventajas de esta estrategia de control y la adoptaron en gran parte

⁹⁴ Silvia BALATTI: *Mountain Peoples...*, pp. 51-85.

⁹⁵ Ver varias consideraciones en las contribuciones de Giovanni LANFRANCHI: "The Assyrian...", pp. 79-118; Karen RADNER: "An Assyrian view on the Medes", en Giovanni LANFRANCHI, Michael ROAF y Robert ROLLINGER (eds.), *Continuity of Empire (?)...*, Padua, S.a.r.g.o.n., 2003, pp. 37-64.

⁹⁶ Silvia BALATTI: *Mountain Peoples...*, pp. 63-84.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 205-225.

⁹⁸ Pierre BRIANT: *État et...*, pp. 92-93, S. BALATTI: "The People of the Northern Zagros and the Empires: from the Manneans to the Carduchians", en Mehmet IŞIKLI y Birol CAN (eds.), *Proceedings of the International Symposium on Eastern Anatolia and South Caucasus Cultures vol. II, 10th-13th October 2012, Atatürk University and ESRUC Consortium Erzurum*, Newcastle, Cambridge Scholars, 2015, pp. 271-279.

después de los aqueménidas.⁹⁹ En definitiva, se puede concluir que cualquier intento de establecer una administración directa sobre estos pueblos habría estado prácticamente condenado al fracaso. De hecho, los persas nunca tuvieron la ambición o la intención de anexarse e integrar políticamente a estos pueblos, sino que encontraron una manera más sutil de controlarlos e integrarlos en el imperio. El éxito de esta práctica de un intercambio de favores entre las autoridades imperiales y los gobernadores locales y su pueblo podría ser visible también en el registro arqueológico que, después del periodo asirio, parece reflejar una atmósfera menos militarizada, donde los asentamientos fortificados en la región del Zagros fueron abandonados en favor de villas y pueblos sin fortificar.¹⁰⁰

⁹⁹ Sobre la adaptación general del gobierno seléucida en Irán a las estructuras locales preexistentes ver Sonja PLISCHKE: *Die Seleukiden und Iran: Die Seleukidische Herrschaftspolitik in den östlichen Satrapien*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2014, pp. 315-325.

¹⁰⁰ Remy BOUCHARLAT: “Southwestern Iran in the Achaemenid period”, en Daniel POTTS (ed.), *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, New York, Oxford University Press, 2013, p. 503; y Pierfrancesco CALIARI y Alireza ASKARI-CHAVERDI: “Media, Khuzestan, and Fars Between the End of the Achaemenids and the Rise of the Sasanians”, en Daniel POTTS (ed.), *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, New York, Oxford University Press, 2013, p. 690.

El ejército acuartelado en Mallorca e Ibiza durante el siglo XVIII: entre la precariedad y los proyectos pospuestos

The troops destined to Majorca and Ibiza in the eighteenth century: between precariousness and postponed projects

Ana María Coll Coll
Universitat de les Illes Balears
anamaria.coll@uib.es

Resumen: Este trabajo valora la problemática existente en Mallorca e Ibiza tras la ubicación de un ejército permanente en un territorio que carecía de espacios adecuados y que apenas había acogido tropas durante los últimos trescientos años. El papel otorgado por el Estado borbónico a este espacio fue volátil, haciendo de él un enclave «en modo de espera», un hecho que se evidencia a través de los diversos factores que analizamos. Aunque Mallorca e Ibiza formaron parte del grupo inicial de las intendencias de ejército, su número de soldados no era muy elevado y no se realizaron en ella grandes inversiones ni en su defensa y ni en el mantenimiento de las tropas. Esta latencia era alterada tanto por la escala de tropas que eran transferidas a los campos de guerra europeos como por los movimientos estratégicos vinculados a la Menorca británica, un hecho que también se tradujo en la distribución de las fuerzas armadas desplegadas en Mallorca, pues estas se concentraban fundamentalmente en la defensa de la capital y en las zonas orientadas hacia Menorca. A lo largo del siglo XVIII, la mayoría del ejército permaneció en viviendas alquiladas que solían necesitar de reformas continuas para garantizar su habitabilidad, pero aún más fragante era la situación del hospital militar de Palma, donde los pacientes se hallaban hacinados en espacios insalubres, algo consonante con la realidad existente en el resto de los territorios de la Monarquía. Dos factores contribuyeron a perpetuar esta situación: las limitaciones presupuestarias de la tesorería del ejército de

Mallorca, intensificadas por las frecuentes crisis agrarias y la dependencia insular de las importaciones, y el papel secundario de esta demarcación, aún más visible en el caso de Ibiza. A pesar de los proyectos de construcción de nuevas estructuras realizados durante este siglo, ninguno fue tenido en cuenta, y hubo que esperar a las desamortizaciones del siglo XIX para ver cómo algunos edificios de la capital de Mallorca, adecuados en estructura y tamaño, eran transformados en cuarteles.

Palabras clave: Ejército, siglo XVIII, Mallorca, cuarteles, hospitales.

Abstract: This work assesses the problems that existed in Majorca and Ibiza after the location of a permanent army in a territory that was lack of adequate spaces and, what is more, that only had received troops a few times for the last three hundred years. The role granted by the Bourbon State to this territory was volatile, making it an enclave «on standby mode», a fact that is evidenced through the factors analyzed. Although Majorca and Ibiza constituted one of the initial group of the eight army intendancies created by the Monarchy, its number of soldiers was not very high and did not carry out huge investments in the defence and in the services to the troops. This situation of standby was only altered the scale of troops that were transferred to the European war fields, as well as by the strategic movements linked to the conquest of British Minorca, a fact that explains the distribution of the armed forces deployed in Mallorca, since these were mainly concentrated in the defence of the capital and in the areas oriented towards Minorca. Throughout the 18th century, the majority of the army remained in rented dwellings that used to need continuous reforms to guarantee its habitability, but even more fragrant was the situation of the military hospital located in Palma, where the patients were crowded in unhealthy spaces, as it was a common fact in the rest of the Monarchy territories. Two factors helped to perpetuate this situation: the budgetary limitations of the treasury of the army of Majorca, intensified by the frequent agrarian crises and the import dependence of the islands, and the secondary role of this demarcation, a fact even more visible when we refer to Ibiza. Despite some projects of construction of new structures were realized during the 18th century, none was taken into consideration, having to wait for the Spanish confiscations of the nineteenth century to see that some of the capital buildings, with an adequate size and structure, were converted in quarters.

Keywords: Army, 18th century, Majorca, quarters, hospitals.

Para citar este artículo: Ana María COLL COLL: “El ejército acuartelado en Mallorca e Ibiza durante el siglo XVIII: entre la precariedad y los proyectos pospuestos”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 160-181.

Recibido 31/05/2018

Aceptado 30/04/2019

El ejército acuartelado en Mallorca e Ibiza durante el siglo XVIII: entre la precariedad y los proyectos pospuestos*

Ana María Coll Coll
Universitat de les Illes Balears
anamaria.coll@uib.es

Introducción

La presencia permanente de fuerzas militares en Mallorca e Ibiza tras la conquista borbónica de 1715 generó una nueva problemática que queremos dar a conocer en este trabajo y que se halla en una línea similar a la estudiada en otros espacios de la Monarquía. A pesar de los escasos precedentes que existían en estas islas en materia de gestión de la manutención y el alojamiento de las tropas, las propuestas que se plantearon se asemejan a las habidas en otros territorios desde el siglo XVII. La gran inversión pecuniaria que requerían hizo que no prosperaran, dando pie a la utilización de fórmulas alternativas ajustables a los presupuestos anuales de las tesorerías. Estas solventaban la cuestión del alojamiento de los soldados en espacios de uso exclusivo, pero eran insuficientes para dar una respuesta cualitativa a las continuas demandas de mejora expresadas por las autoridades civiles y militares.

Si bien la historiografía ha abierto el camino hacia un mayor conocimiento de la logística que acompañó a las campañas vinculadas a la conquista de la Menorca británica en el siglo XVIII, apenas ha tratado el problema del alojamiento, el avituallamiento y el mantenimiento de las tropas en estas islas de gobierno borbónico.¹ Las

* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación «Gobierno, guerra, grupos de poder y sociedad en el reino de Mallorca durante la Edad Moderna», HAR2015-67585-P, financiado por la Agencia Estatal de Investigación y el programa FEDER (UE).

¹ Si nos ceñimos a Mallorca e Ibiza, tan solo contamos con el trabajo, enmarcado dentro del siglo XVII, de Ubaldo CASANOVA TODOLÍ: “Los alojamientos de soldados en el Reino de Mallorca a lo largo del siglo XVII”, *Mayurqa*, 22:2 (1989), pp. 734-744, mientras que dentro del siglo XVIII se trata la cuestión logística en investigaciones vinculadas a Menorca, como las de José JUAN VIDAL: *La conquesta anglesa i la pèrdua espanyola de Menorca com a conseqüència de la guerra de Successió a la Corona d’Espanya*, Palma de Mallorca, edit. El Tall, 2008; Íd.: “La guerra de Successió a la Corona d’Espanya. Les Balears”, *Afers*, 52 (2005), pp. 589-595, y las de Miguel José DEYÁ BAUZÁ: “El apoyo logístico en el intento de la toma de Menorca de 1738-1741”, en Agustín GUIMERÁ y Víctor PERALTA (coords.), *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar. Actas de la VIII Reunión Científica de la FEHM*, vol. II, Madrid, 2005, pp. 503-517; Íd.: “Entre la amenaza del enemigo y la desconfianza de los propios: Menorca (1703-1708)”, en Katharina ARNEGER, Leopold AUER, Friedrich ELDELMAYER y Thomas JUST (eds.): *Der Spanische Erbfolgekrieg*

propias dificultades presentadas por las fuentes, o la falta de ellas, han propiciado un vacío que nos ha impulsado a llevar a cabo esta investigación a través del uso de documentación de diversa índole que puede ayudar a completar parte del puzle existente. Destaca entre ella la correspondencia generada entre los intendentes y las secretarías de Guerra y Hacienda en torno a la reclamación de una mayor financiación para mejorar la defensa territorial y las condiciones del ejército, así como la contabilidad de la tesorería del ejército, que nos acerca al conocimiento del volumen de soldados, a su distribución y a sus costes. También resultan clave las informaciones extraídas de los planes de edificación y reforma elaborados por distintos ingenieros militares, los datos aportados por la historiografía, y las minuciosas observaciones realizadas por el cónsul francés André Grasset, quien describió de forma detallada las debilidades del entramado militar existentes aún a principios del siglo XIX.²

La imbricación de todas estas informaciones posibilita la realización del esbozo de la distribución de las tropas en Mallorca a Ibiza, del peso del factor militar, y sobre todo de las condiciones del alojamiento y la hospitalización de los soldados que recalaban en estas islas a lo largo del siglo XVIII. Con ello esperamos contribuir al conocimiento de una problemática de la que aún queda mucho por investigar.³

Las fuerzas de defensa del territorio insular y sus oscilaciones

En el año 1715 se abría una nueva etapa política y administrativa para Mallorca e Ibiza, una etapa que se distanciaba de la realidad conocida hasta entonces, pues la defensa de las islas había corrido a cargo del reino y la población apenas había convivido con tropas regulares alojadas en ellas gracias a la exención que disfrutaban desde el siglo XV. Tan solo se habían hecho algunas concesiones puntuales en el siglo XVII que fueron fuertemente criticadas tanto por el quebrantamiento del privilegio como

(1701-1714) und seine auswirkungen. In *memoriam Teodora Toleva*, Sonderband, 16, Viena, Österreichisches Staatsarchiv, Generaldirektion, 2018, pp. 213-232.

² André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: *Viatge a les Illes Balears i Pitiüses*. Traducció i presentació Agustí Josep Aguiló Llofriu, Palma, edit. Banca March/Leonard Muntaner, 2002. (Voyage dans les Îles Baléares et Pithiuses, París/La Haye, 1807). Elisenda CARTAÑÀ MARQUÈS: "La isla de Ibiza y sus fortificaciones a finales del siglo XVIII. Un informe del ingeniero militar Bartolomé Reynaud", *Biblio 3W. Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 7:369 (2002), <http://www.ub.es/geocrit/b3w-369.htm> (consultado por última vez el 30-04-2019)

³ Aunque los alojamientos de tropas han sido investigados en algunos territorios, todavía son pocos los estudios existentes. Ya en el año 1995 la primacía de otros aspectos en la historiografía sobre el ejército fue planteada por Cristina BORREGUERO BELTRÁN: "Los problemas del alojamiento militar en la España del siglo XVIII", en Emilio BALAGUER y Enrique GIMÉNEZ (eds.), *Ejército, Ciencia y Sociedad en la España del Antiguo*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", 1995, pp. 111-133.

por lo que conllevaba la acogida de soldados en un lugar de escasez agraria crónica a la que se sumó entonces la obligación de pagar tallas para costear estos alojamientos.⁴

El hecho de que Mallorca fuese un punto estratégico en el Mediterráneo, vecino de la Menorca británica y ubicado en el camino de las tropas beligerantes hacia Francia o Italia, justificó el mantenimiento en ella de un contingente militar contenido, alejado en número del de los territorios donde recayó la mayor presión militar, como la cercana Cataluña, pero que supuso un fuerte impacto inicial para una sociedad nada acostumbrada a la convivencia con militares.⁵ Tras la operación de conquista borbónica se previó dejar en Mallorca tres escuadrones de dragones y cinco batallones de infantería, tres de los cuales se afincaron en Palma, otro en Alcudia y el último, en Ibiza, quedando otros dos «en depósito» hasta recibir la orden para embarcar. Al poco tiempo estas cifras descendieron, siendo habitual la presencia en Mallorca de dos o tres batallones de infantería, un regimiento de dragones, y una compañía de artilleros, con una pequeña representación de estos cuerpos en Ibiza.⁶

Este volumen de soldados sufría variaciones en función de las coyunturas bélicas, como la de la guerra anglo-española que transcurrió entre los años de 1727 y 1729, momento en el que residieron en la isla cinco batallones procedentes de tres regimientos diferentes, una compañía de artilleros, el regimiento de dragones de Edimburgo y parte del de Francia.⁷ Unos años después, y en el contexto de las guerras italianas, la isla alojaba al cuarto batallón de suizos católicos de Wirtz, dos compañías de artilleros, y al regimiento de dragones de Orán.⁸ El total, 1.442 hombres, no representa una cifra elevada si la comparamos con el aumento que se produce en el último cuarto de siglo, donde esa cantidad se llegó a alcanzar con el simple recuento de los componentes del

⁴ Fernando WEYLER LAVIÑA: *Historia militar de Mallorca: siglos XVIII al XVIII*, Palma, Mossèn Alcover, 1968. Simón GUAL TRUYOLS: *Aproximación histórica sobre las tropas de Mallorca*. Palma, Jefatura de tropas de Mallorca, 1995. Antonio ESPINO LÓPEZ: “La formación de milicias generales en los reinos de la Corona de Aragón durante el reinado de Carlos II, 1665-1700”, *Estudios Humanísticos. Historia 2* (2003), pp. 111-140. José JUAN VIDAL: *Felipe IV y Mallorca. Los servidores del Rey*, Palma, El Tall, 2014; pp. 54-76. Ubaldo CASANOVA TODOLÍ: op. cit., p. 734. Los alojamientos se dieron en dos períodos: 1636-1637 y 1678-1680. El privilegio real otorgado por Martín el Humano en el año 1401 les eximía de esta carga.

⁵ Francisco ANDÚJAR CASTILLO: “De la militarización de Cataluña a los ‘espacios de integración’ de los catalanes en el ejército borbónico tras 1714”, en Joaquim ALBAREDA SALVADÓ y Agustí ALCOBERRO PERICAY (coords.), *Els Tractats d’Utrecht. Clarors i foscors de la pau. La resistència dels catalans*. Barcelona, Museu d’Història de Catalunya/Universitat Pompeu Fabra, 2015, pp. 227-236; p. 230.

⁶ Archivo General de Simancas [AGS], Guerra Moderna [GM], leg. 1811. El tesorero Antonio Escofet, Palma, 27 de julio de 1715. Estado de lo pagado a las tropas. AGS, GM, leg. 1638. “Estado de la paga mensual de las tropas”, Palma, 31 de agosto de 1718. AGS, GM, Suplemento, leg. 150. “Relación del importe de la paga de las tropas que guarnecen la isla y la de Ibiza” para los meses de abril a junio. 16 de julio de 1725. AGS, Dirección General del Tesoro [DGT], inv. 16, g. 8, legs. 1- 10.

⁷ AGS, GM, leg. 2370. Certificado del tesorero sobre los pagos hechos en el año 1728.

⁸ AGS, GM, leg. 3875. Prest y gratificaciones según ajuste del comisario de guerra. AGS, GM, leg. 3873. Antonio Orbegozo a José Patiño, Palma, 16 de diciembre de 1734, sobre el reciente relevo en el que se entregaron los caballos al regimiento de Orán.

regimiento de infantería suizo de Betschart, al que se sumaba el de dragones de Numancia y el cuerpo de artillería, resultando un total de casi 2.000 hombres, a los que se debían añadir los pertenecientes a las milicias.⁹ Lo que sí implicó en aquel momento, fue el reto de tener que gestionar su alojamiento, pues la infantería de la capital estaba ocupando la antigua Casa de las Comedias, de insuficiente espacio. Esto motivó que en 1727 se realizaran los primeros planes de construcción de un cuartel con capacidad para 500-600 hombres, cifra que como veremos se ampliará en los proyectos de finales de siglo para dar respuesta a la escalada de tropas existente. De todos modos, también se aligeraba la presencia de tropas cuando Mallorca interpretaba el papel de enclave emisor de parte de sus batallones a los focos de conflicto, como en 1732, cuando se extrajeron 189 hombres del regimiento de infantería para incorporarse a la expedición de Orán. Dos años después aún no se había producido reemplazo alguno.¹⁰

Estas fluctuaciones también se traducían en algunas dificultades en la gestión y financiación de las tropas, resueltas a través del envío de remesas desde el exterior cuando la isla acogía a un número de tropas elevado, como ocurrió por ejemplo en el contexto de la guerra con Portugal, siendo enviados un millón de reales de vellón en 1761 y un millón y medio el siguiente año.¹¹ La comparativa que incluimos a continuación (figura nº1), recoge un año común y uno de la Guerra de la Convención, mostrando de forma muy diáfana lo que suponía a nivel de gastos el aumento de tropas en las islas, sin contar con los desembolsos hechos al Estado mayor:

Tropas	1757	1795
Infantería	874.568 rsv y 1m.	5.390.065 rsv y 15m
Dragones	403.410 rsv y 1m.	779.991 rsv y 2 m ¹²
Artillería	92.610,30 rsv	77.285 rsv y 10 m

Figura nº1: Elaboración propia con las fuentes referidas a pie de página¹³

⁹ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda [SSH], leg. 574. Relación de camas y utensilios necesarios para las tropas realizada por el asentista en 1780.

¹⁰ AGS, GM, leg. 3873. Eduardo Burke al intendente Antonio Orbegozo, Palma, 3 de septiembre de 1734 y respuesta de este a día 4. El comandante y los capitanes del batallón se quejaban de que aún se les debían 106 hombres de reemplazo y pedían la suspensión del descuento mensual al que eran sometidos.

¹¹ Sergio SOLBES FERRI: "Administrative and Accounting System of the Army Treasuries: The Treasuries of the Kingdoms of the Crown of Aragón from 1755 to 1765", en Rafael TORRES SÁNCHEZ (coord.), *War, State and development. Fiscal-Military states in the eighteenth century*, Pamplona, Eunsa, 2007, pp. 357-384; pp. 377 y 382.

¹² Incluye tres meses de 1795.

¹³ AGS, DGT, inv. 16, g. 8, leg. 3. Cuenta del tesorero Pedro Larralde, 1758. AGS, DGT, inv. 16, g. 8, leg. 10. Cuenta de Felipe de Prados, 1796.

Las fuerzas militares disponibles en Mallorca se incrementaron a raíz de la creación de la milicia provincial en el año 1764, que convirtió a este territorio en el único de los reinos de la antigua Corona de Aragón en contar con este cuerpo. El proceso de alistamiento y formación de los dos batallones previstos estuvo jalonado de dificultades, aunque se consiguió aumentar la cifra inicial de 566 hombres a 732 en el año 1766.¹⁴ La configuración de este cuerpo aumentó sensiblemente la guarnición de la isla, filtrándose además algunas de sus ventajas, con una incidencia específica en la nobleza, pues sobre ella recayó la oficialidad. Además, este cuerpo se convirtió en fuente exportadora de soldados en contextos clave como la Guerra de la Convención.¹⁵

Con todo ello, a finales de siglo el número de personas vinculadas al fuero militar, incluyendo a los dependientes, ascendía según el censo de Floridablanca a más de 8.000 personas, aunque el 44% pertenecía al de Marina. Se trata de una cifra nada desdeñable que define una línea de cambio iniciada con el cambio de modelo de gobierno y administración en 1715.¹⁶

La distribución territorial de las fuerzas militares

La demarcación intencional del reino de Mallorca incluía tres plazas militares: la ciudad de Palma, la villa de Ibiza (ciudad desde 1782), y la ciudad de Alcudia. La primera acogió siempre el grueso de los efectivos militares y en ella se concentró también gran parte del Estado Mayor junto al capitán general, residente al igual que las principales autoridades militares y civiles en el palacio de La Almudaina. Fuera de estas plazas, ocho eran los castillos con gobernador, guarnición permanente y caballería.¹⁷ Dos de ellos se hallaban en la órbita de la capital: el Castillo de San Carlos, al oeste de la bahía de Palma, ubicado en la cala/ensenada de Porto Pi,¹⁸ y el castillo de Bellver.

¹⁴AGS, GM, leg. 4353. Comunicado por Ricardo Wall el 19 de abril de 1762. Enrique MARTÍNEZ RUIZ: "El ejército español de la Ilustración: caracteres y pervivencias de un modelo militar", en Agustín GUIMERA y Víctor PERALTA (coords.), *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid, FEHM, 2005, vol. 2, pp. 419-445; p. 436. Miguel FERRER FLÓREZ: "El regimiento de voluntarios de Palma", *BSAL*, 52 (1996), pp. 339-358; p. 343.

¹⁵ Carmen CORONA MARZOL: "Mallorca ante al Guerra de la Convención Francesa. Defensas, movilización popular y levantamiento de milicia", en *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos, 11 (2012), pp. 107-121; p. 116. La autora refiere que en ese momento quedaron tan solo 370 hombres para la defensa de Mallorca, pues el resto se trasladó al Rosellón. Amós FARRUJIA COELLO: "Ejército, milicias y paisanaje en Canarias en la segunda mitad del siglo XVIII", *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 16 (2016), p. 30. En el caso de Canarias, se solicitó el envío de 2 o 3 regimientos de milicias desde allí hasta el Rosellón.

¹⁶ José JUAN VIDAL: "Palma en 1787: estructura demográfica y socio profesional según el Censo de Floridablanca", *Revista de Demografía Histórica*, 8:1 (1990), p. 53.

¹⁷ AGS, GM, leg. 5463, ff. 188-210. Plazas de Mallorca en 1725.

¹⁸ Elena CONDE, Juan GONZÁLEZ DE CHAVES, Miguel José DEYÁ BAUZÁ: *El Castillo de San Carlos de Palma de Mallorca*, Palma, Ejército de Tierra-Consorcio del Castillo de San Carlos, 2013, pp. 21-22 y 94.

En la zona norte de Mallorca, se encontraba el castillo de Capdepera, que contaba con iglesia, torreón y acuartelamiento, y el de Pollensa, mientras que en la zona oeste tan solo se ubicaban los dos del Puerto de Sóller y en la zona este, el de Porto Petro/Cala Llonga. Junto a todos ellos, se hallaba el castillo de la isla de Cabrera, situado a pocas leguas de la costa sur de Mallorca.¹⁹

Por otra parte, Ibiza había contado en el siglo anterior con una pequeña guarnición de infantería real que se había integrado en su esquema social y económico por necesidad y para suplir los frecuentes impagos de salarios o la falta de provisiones. Además, este grupo contribuyó al abastecimiento de la isla por el valor añadido que suponían sus pagas, cobradas en reales de plata.²⁰ La nueva dinastía borbónica mantuvo una reducida presencia militar en la isla bajo el mando de un gobernador militar, que contaba además con un guardalmacén para la artillería y un contralor para el hospital militar. Tanto el gobernador como el subdelegado de la intendencia se subordinaban a sus superiores residentes en la isla mayor: el capitán general y el intendente.

La guarnición de infantería se hallaba formada por varios piquetes concentrados en la villa de Ibiza, mientras que unos pequeños contingentes de artilleros al mando de un capitán se distribuían tanto por este núcleo como por los de Santa Eulalia y San Antonio. El montante total de las tropas, sin contar las milicias, osciló normalmente por debajo de los 200 hombres y, de hecho, la proporción del impuesto de alojamiento y utensilios generado por la residencia permanente de este ejército en un año ordinario implicaba tan solo un 7%, frente al 93% restante, que provenía del establecido en Mallorca. El número de fuerzas defensivas se incrementaba por el sistema de milicias urbanas. Según el ingeniero Bartolomé Reynaud, en 1787 ascendían 1.500 hombres, de los cuales 800 procedían de los cuatro distritos fuera de la ciudad de Ibiza,

El cambio dinástico se traduce en novedades, como la habilitación del acuartelamiento de 200 soldados y una casamata para otros 100. Aunque bajo el mando de un gobernador, esta plaza solía cubrirse con oficiales experimentados debido a su bajo perfil de peligrosidad.

¹⁹ AGS, Mapas, Planos y Dibujos [M.P.y D.], XII, n°193. Carlos Berenguer. Archivo del Reino de Mallorca [ARM], RP [Reial Patrimoni], leg. 4095. Certificado de José Gallardo, 1735. AGS, GM, leg. 1638. Pagas de las tropas. El tesorero, Antonio Escofet, Palma, 31 de agosto de 1718. AGS, M.P.y D., XII, n°192. Juan Ballester, 1740. Plano de la reconstrucción de del reducto de Cala Llonga. Plaza de armas, batería para seis cañones, alojamiento para los oficiales, cuerpo de guardia para la tropa, cuerpo de guardia para los artilleros y almacén para la pólvora. Josep SEGURA SALADO: op. cit., p. 17, refiere que fue destruido en 1755 y reconstruido más tarde.

²⁰ Antonio ESPINO LÓPEZ: "Ejército y sociedad en un enclave del Mediterráneo: la guarnición de Ibiza y sus relaciones con la sociedad civil pitiusa durante el reinado de Felipe IV (1621-1665)", *Studia Historica, Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 301-336.

mientras que el resto se extraía de la ciudad, donde también residían parte de las tropas de infantería destinadas desde Mallorca.²¹

Buena parte de las críticas realizadas por las autoridades militares se focalizaron en las carencias que presentaba la defensa costera. En la década de los años de 1760 se realizaron algunas mejoras en Mallorca a raíz de los continuos ataques argelinos y en el marco de la atención prestada a su defensa tras el fracaso en la guerra de los Siete Años. Durante la Guerra de la Convención, Mallorca contaba ya con 24 torres artilladas, pero el ingeniero Bartolomé Reynaud refería en su informe de 1798 la necesidad de mejorar de forma urgente tanto los baluartes de la ciudad de Ibiza como las torres y la artillería de la costa.²² Tan solo a finales de la década de 1760 se había invertido en la defensa de dos islas relegadas a un plano residual hasta finales del siglo XVIII: Ibiza y Formentera. Fue entonces cuando se construyeron nueve torres y cuando Maximiliano de la Croix, brigadier y comandante interino de Ibiza dio a conocer a su regreso a la Corte el proyecto del diputado de la isla, Bartolomé Tur, quien proponía la construcción de un hospital, un lazareto y tres fortificaciones más para Ibiza, así como el levantamiento de un regimiento de infantería fijo, dos compañías de caballería y una de artillería.²³

La propuesta no se tradujo en hechos y hubo que esperar a finales de siglo para ver cómo el Estado centraba su atención en esta isla de la mano de Miguel Cayetano Soler. En el «Plan Político y Económico» realizado en el año 1798, Soler contó con la intervención Bartolomé Reynaud planteando fórmulas para mejorar la defensa de Ibiza, buena parte de las cuales ya podían verse en el proyecto anterior de Carlos Berenguer, realizado en el año 1738. El documento valoraba la necesidad de destinar 800 soldados a esta isla y de prestar atención a una costa totalmente descuidada.²⁴

²¹ ARM, RP, leg. 4095. Conforme a las revistas efectuadas por el comisario Agustín José Gallardo. AGS, DGR, 2ª remesa, 1055. Cuentas de 1736 y 1737. Elisenda CARTAÑÀ MARQUÈS: op. cit. André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: op. cit., pp. 121-122.

²² Josep SEGURA SALADO: “Sistemas de defensa en el siglo XVIII”, *Papers de Sa Torre. Aplecs de Cultura y Ciències Socials*, 49 (1999), p. 16. Carmen CORONA MARZOL: op. cit., p. 118. Elisenda CARTAÑÀ MARQUÈS: op. cit.

²³ AGS, SSH, leg. 573. Citado en el memorial del subdelegado de Hacienda de Ibiza Pedro Luis Navarro, Palma, 1 de marzo de 1768. AGS, SSH, leg. 574. Madrid, 21 de septiembre de 1766.

²⁴ Emilio BEJARANO GALDINO: *M. Cayetano Soler: un hacendista olvidado: Diatriba y reivindicación de su ejecutoria*. Palma, 2005, p. 101. Emilio BEJARANO GALDINO y Alexandre FONT JAUME: “Tres cartas inéditas de Miquel Gaietà Soler i Rabassa al conde de Montenegro y Montoro”, *BSAL*, 63 (2007), pp. 281-294. Elisenda CARTAÑÀ MARQUÈS: op. cit.

El espacio inadaptado: la falta de alojamientos adecuados para el ejército

Una de las novedades presentes en el siglo XVIII fue la construcción de cuarteles para el alojamiento de las tropas, un hecho que de consolidarse iba a beneficiar a la población civil, exenta así de ver su espacio privado invadido. Sin embargo, los cuarteles permanentes fueron escasos y las tropas transeúntes siguieron generando los habituales problemas. Esta realidad se extendía a todo el ámbito hispánico, incluso en territorios con un número de tropas muy elevado, como el de Cataluña, conviviendo multitud de proyectos de construcción (en aumento desde el último tercio del siglo), con el alojamiento en mesones y la habilitación de conventos y edificios públicos, como las atarazanas de Barcelona y Málaga, o la fábrica de tabacos de Sevilla.²⁵

El cómo afrontar el aumento considerable de la tropa, su alojamiento y el alquiler de casas para oficiales se trató desde el inicio del período borbónico en Mallorca y así, en 1715 se aprobó una talla de 325.000 reales de vellón para costear estos gastos y evitar el alojamiento en casas particulares. También se planteó entonces la construcción de cuarteles allí donde hubiera una guarnición, o bien el aprovechamiento de casas vacías, mientras que los oficiales pagarían su propio alojamiento.²⁶

Las estrategias desarrolladas en este siglo pueden rastrearse en el anterior gracias a algunos estudios que muestran cómo la idea de acuartelar a los soldados eximiendo de su alojamiento a la población civil y evitando el malestar y la conflictividad asociadas a él, estaba bien presente en el siglo XVII. La investigación realizada en el marco de la Cerdaña revela que en esa centuria se buscaron soluciones al alojamiento de tropas por parte de las autoridades locales, con la habilitación de espacios para soldados y enfermos, la construcción de varios cuarteles en Puigcerdà y la asunción de elevados gastos entendidos como necesarios para facilitar la convivencia entre el ejército y los civiles. Las medidas tomadas en este territorio se asemejan a las planteadas en otras ciudades como Gerona o Barcelona, y se manifiestan como precedentes de las propuestas que conocemos en el siglo XVIII, como la ocupación de espacios conventuales, la construcción de cuarteles y hospitales (o su ampliación), y el alojamiento de

²⁵ Francisco ANDÚJAR CASTILLO: op. cit., p. 232. A pesar de plantearse desde un inicio la cuestión del alojamiento, hasta mediados del siglo XVIII no se pone en marcha la construcción de cuarteles. José Omar MONCADA MAYA: “El cuartel como vivienda colectiva en España y sus posesiones durante el siglo XVIII”, *Scripta Nova*, 146 (2003), [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(007\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(007).htm) (consultado por última vez el 30-04-2019). Rosario CAMACHO MARTÍNEZ: “Las atarazanas de Málaga. Proyectos de intervención en el siglo XVIII”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie VII, Historia del Arte*, 4 (1991), pp. 265-282.

²⁶ Miguel José DEYÁ BAUZÁ: “La génesis del Decreto de Nueva Planta de Mallorca y los diputados del reino en la corte de Felipe V (1715-17)”, en Íd. (dir.), *El final del sistema foral de la monarquía hispánica*, Palma, Leonard Muntaner, 2018, pp. 189-228; 207-208.

los oficiales en régimen de alquiler de viviendas.²⁷ Igualmente, en el ámbito castellano del siglo XVII se ha dado a conocer la problemática del alojamiento y de su coste, así como el desarrollo por parte de las autoridades de prácticas que evitaran que la población civil se viera afectada por el afinamiento de tropas. Además de utilizarse mesones o casas alquiladas, en Valladolid encontramos una respuesta ejemplar al continuo trasiego de tropas: la reforma una casa en 1659 para cobijar a las tropas, aunque su escasa capacidad y sus condiciones no resolvieron la problemática existente.²⁸

Por otra parte, la cuestión de los soldados transeúntes se gestionó a través de mesones y posadas, intensificándose la búsqueda de alternativas al tener que dar cobijo por tiempos más prolongados a las tropas. Evitar el malestar de la población fue un objetivo claro para las autoridades locales, que en el caso de Vélez-Málaga arrendaron o compraron edificios para darles cobijo, llegándose a construir un cuartel en 1754 al que se sumó la habilitación de un segundo espacio, el del Pósito viejo. De esta forma, también se solventaba el problema de los escasos propietarios dispuestos a alquilar sus casas a unos soldados propensos a los destrozos. La opción de arrendar y comprar grandes edificios también se conoce en Zaragoza, donde entre 1785 y 1792 se utilizó el edificio de la Real Compañía de Comercio y Fábricas. Su alto alquiler y la posibilidad de adquirirlo, se tradujo en un nuevo cuartel, finalizado en 1799.²⁹

El ejército afinado en Mallorca e Ibiza no pudo alojarse en ningún espacio construido de forma expresa para ello, sino que lo hizo en casas alquiladas y se asoció el mantenimiento y alojamiento del ejército al nuevo impuesto de utensilios, llamado también «de cuarteles», foco generador de oposición y cuya aplicación regular en estas islas resultó difícil durante varias décadas. La única excepción la encontramos en el cuerpo de dragones de Palma, que fue acomodado debidamente desde los inicios, en un anexo del palacio real de La Almudaina.³⁰

En las primeras décadas del siglo XVIII, la infantería de Mallorca ocupó la Casa de las Comedias de la capital, pero este espacio se abandonó pronto para dar paso a

²⁷ Antonio ESPINO LÓPEZ: *La Cerdaña en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*, Lleida, Milenio, 2017, pp. 130-131, 160 y 386. Íd.: "Entre Francia y España. Conflicto político y defensa hispánica de la frontera en la Cerdaña, 1659-1672", *Hispania*, 77:257 (2017), pp. 717, 721-722.

²⁸ José Antonio RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ: "Milites vs. Civitas: Análisis de los conflictos producidos por el reclutamiento de soldados voluntarios en las ciudades castellanas durante la segunda mitad del siglo XVII", *Chronica Nova*, 40 (2014), pp. 84-94.

²⁹ Pilar PEZZI CRISTÓBAL: "El costo de seguridad. Gastos para la defensa de Vélez-Málaga en el siglo XVIII", *Baetica*, 24 (2002), pp. 397-401. Javier MARTÍNEZ MOLINA: "El cuartel de convalecientes de Zaragoza (1792-1799), un ejemplo de domus militaris de la época de la Ilustración", *Artigrama*, 25 (2010), pp. 465-490.

³⁰ Ana María COLL COLL: "Oposición y dificultades en la militarización del reino de Mallorca en el siglo XVIII", en Félix LABRADOR ARROYO (edit.): *II Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Madrid, Cinca, 2015, pp. 627-647, <http://hdl.handle.net/10261/129826> (consultado por última vez el 30-04-2019). André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: op. cit., p. 52: «El recinto del palacio comprende una caserna para 150 soldados de caballería».

la ocupación de viviendas en régimen de alquiler.³¹ Este es un proceso que se asemeja al estudiado en la ciudad de A Coruña, donde en la década de 1720 las tropas se alojaban en la Casa de la Moneda y en la pescadería, y donde, al igual que en Mallorca, hubo que esperar al siglo XIX para ver cómo se financiaba la construcción de cuarteles.³² También en Burgos se constata el uso de la Casa de las Comedias, además de la habilitación de espacios en lugares apartados para la infantería y la caballería, con proyectos de construcción de cuarteles realizados desde 1737, que no se tradujeron en hechos hasta bien entrada la segunda mitad del XVIII.³³

Los cuatro acuartelamientos de mayor envergadura en Mallorca padecieron una situación precaria a lo largo del siglo, tanto en Palma como fuera de ella. La guarnición de la puerta de Xara de la muralla de la ciudad de Alcudia, los soldados de la villa de Manacor y los del arrabal de la Marina de Ibiza residieron en casas acondicionadas y pendientes de arreglos y reformas continuadas por las que se pagaba un alquiler anual y que tuvieron adscritas constantes quejas, puesto que no facilitaban la convivencia diaria de los soldados.³⁴

La edificación de cuarteles y de hospitales no se llevó a cabo nunca durante esta centuria, pues exigía un incremento presupuestario notable para un territorio considerado relevante solo en momentos puntuales. Así pues, la opción del alquiler suponía un dispendio regular por parte de la tesorería, al que se unía el coste extraordinario de algunas habilitaciones o reformas que no eran pagadas por los propietarios, sino que corrían a cargo de la hacienda real y de fondos extraídos de los impuestos consignados puntualmente a este fin. A estos gastos se sumaban los generados en mesones, sobre todo por los destacamentos de dragones itinerantes y por aquellos que acudían a las revistas de inspección realizadas en la capital.³⁵

A partir de 1727, y coincidiendo con la llegada de un número de tropas elevado, se abrió un período de inversiones en los acuartelamientos y de infructuosos proyectos

³¹ En 1730 y dentro de la parroquia de San Miguel se situaba la torre de la pólvora y la manzana del cuartel de Asturias. Leonard MUNTANER MARIANO: "Un model de ciutat preindustrial. La ciutat de Mallorca al segle XVIII", *Trabajos de Geografía*, 34, Miscelánea (1977-1978), p. 50.

³² Miguel PARRILLA HERMIDA: "Los cuarteles de La Coruña", *Boletín de la Real Academia Gallega*, 297-300 (1953), pp. 436, 437 y 440.

³³ Cristina BORREGUERO BELTRÁN: "Alojamiento de tropas e incremento del comercio en Burgos en la época Moderna", en Francisco Javier PEÑA PÉREZ y René Jesús PAYO HERNANZ, *Historia del comercio de Burgos*, Burgos, Federación de Empresarios de Comercio de Burgos, 2005, pp. 213-229. Concepción CAMARERO BULLÓN: "La provincia de Burgos en el siglo de las Luces", en Ángel MONTENEGRO DUQUE y Jesús María PALOMARES IBÁÑEZ (coords.), *Historia de Burgos*, Burgos, Caja de Burgos, 1985, vol. III-1, pp.187-199. Francisco José SANZ DE LA HIGUERA: "Alojamiento de tropas en Burgos a mediados del siglo XVIII. Cuarteles, alquileres y hospitales para el Regimiento de Inválidos de Cataluña (1748-1753)", en AA.VV., *Milicia y Sociedad Ilustrada en España y América (1750-1800). XI Jornadas nacionales de Historia Militar*, Sevilla, Deimos, 2002, pp. 335-360.

³⁴ AGS, DGT, inv. 16, g. 8, leg. 2. Cargo y data de 1753.

³⁵ AGS, GM, leg. 3873. El tesorero Manuel Díez de Pinós, Palma, 6 de mayo de 1734.

que prolongaron el uso de los espacios alquilados. En el año 1728, las obras realizadas en las viviendas que servían de cuartel a los regimientos de León y Asturias ascendieron a 2.292 reales de vellón, y unos años después, en 1734, la tesorería respondía ante los gastos generados por los alquileres y las reparaciones de las casas cuartel con la cantidad de 6.512 reales, aunque en ella estaban incluidos los pagos correspondientes a recibos de 1732 e incluso del período 1728-1729. Entre los mayores desembolsos se hallaba la renta de 1733 correspondiente a una casa destinada a almacén de ropa de cama y otros enseres para la infantería (863 reales de vellón), los reparos del acuartelamiento de dragones de Felanitx (921) y los del de Sineu (697), sobresaliendo el recibo de las obras hechas en las zonas comunes de la casa cuartel donde había residido el regimiento de infantería de Limerick y donde se hallaba entonces el de Irlanda. Estas obras duraron un año y ocho meses, finalizaron en diciembre de 1733 y tuvieron un coste de 1.374 reales de vellón.³⁶

Fuera de la capital, que soportaba el mayor peso de las tropas, se hallaban varios puntos neurálgicos de acuartelamiento permanente, destacando los de las villas de Felanitx, Sineu y Artà, que alojaron en buena parte del siglo a miembros del cuerpo de dragones, aunque fueron la villa de Manacor y la ciudad de Alcudia las que sobresalieron por encima del resto de territorios. En Manacor, relevante por su producción agrícola y por su situación costera estratégica, se estableció un destacamiento de dragones justo después de la conquista borbónica. Lo hizo alojándose en varias casas alquiladas por 440 reales de vellón anuales que requirieron desde el inicio de algunas reformas para adaptarlas a su nuevo uso (cocina, cuarto de armas y armeros, acondicionamiento del suelo, corral para los caballos, desagadero...). En el año 1729 se construyó un puente empedrado para que los equinos pudieran acceder al cuartel cruzando el torrente, y a finales del siglo XVIII podía verse la gran envergadura de este conglomerado, que ocupaba prácticamente toda una manzana. Para alcanzar esta fisonomía, necesitó de varias intervenciones, con un desembolso que solo entre los años de 1728 y 1741 ascendió a unos 1.440 reales de vellón. Asimismo, los dragones que patrullaban el puerto de esta villa contaron desde 1757 con una casa al lado de la torre.³⁷

Otro de los enclaves con acuartelamiento fijo fue la plaza de la ciudad de Alcudia, cuyo valor estratégico, una vez cerrado el puerto comercial en 1720, era su posi-

³⁶ AGS, SSH, leg. 572. “Relación de los Gastos Extraordinarios del Real Servicio causados en el Reino de Mallorca y satisfechos por la Tesorería General a cargo de Antonio Escofet en el año 1728”. AGS, GM, leg. 3873. Relación de los gastos de Guerra, Palma, 13 de marzo de 1734.

³⁷ Albert CARVAJAL MESQUIDA y Antoni FERRER FEBRER: “Picapedrers i inversió pública local a Manacor (1600-1750)”, en AAVV, *Manacor: tradició i modernitat (s.XVI-s. XX). IV Jornades d'estudis locals de Manacor*, Ajuntament de Manacor, 2007, pp. 247-262; pp. 258-59. Josep SEGURA SALADO: op. cit., p. 16.

ción respecto a Menorca. Contaba con una guarnición que residía en casas alquiladas y en los anexos de la muralla, pagándose además el alquiler de una vivienda para el oficial del piquete de la puerta de Xara. Los informes y memoriales de las autoridades de la isla, realizados para que se reabriese el puerto comercial y acabar así con su miseria y su continuada despoblación, no fueron atendidos hasta 1779, un hecho al que se sumó el proyecto de repoblación de 1785. El éxito de estas medidas fue escaso y Grasset describe a inicios del siglo XIX este núcleo como un lugar decadente donde la guarnición afincada estaba comandada por un coronel retirado, sufría penurias en materia de alojamiento, y se componía tan solo de 30 soldados de infantería y un piquete de caballería.³⁸

Por otra parte, la isla de Ibiza, al suroeste de Mallorca, se caracterizaba por su pequeña fortaleza, construida en la época de Carlos V y restaurada durante el reinado de Fernando VI, y albergaba unas 200 casas y casernas aptas para dos batallones. En 1798, el ingeniero Bartolomé Reynaud refería que se podían acomodar en la ciudad hasta 500 hombres gracias al aprovechamiento de los baluartes y a la reciente construcción de un piso más en el de la muralla. Además, algunas bóvedas subterráneas estaban siendo probadas para alojar a otros 400 hombres en caso de urgencia. Según Grasset, a inicios del siglo XIX la defensa de esta isla seguía recayendo en gran parte en sus milicias, cuyo grueso provenía de los otros 4 distritos, *quartons*, en los que se dividía, mientras que en la ciudad también se ubicaba una compañía de 120 militares al mando de un capitán.³⁹

La llegada de tropas a Mallorca durante su traslado a algún escenario dentro del contexto bélico internacional generó reticencias por parte de los intendentes y conllevó la petición del envío de caudales extraordinarios para su provisión. Sin embargo, las grandes pruebas de fuego siempre se vincularon a los proyectos de conquista de Menorca, como el del período de 1738-1741, cuando la capacidad de alojar a nuevas tropas en Mallorca era, según la capitán general, prácticamente nula, puesto que no había ningún edificio público habilitado para ello, a excepción del de los dragones del castillo de Palma, y los alojamientos de las casas particulares eran «incómodos, cortos y separados».⁴⁰ Lo cierto es que dar cobijo a 24 batallones planteó un gran reto tanto por la

³⁸ AGS, GM, leg. 3873. Gastos de Guerra. Relación de lo pagado por la Tesorería de Mallorca en 1733, Palma, 13 de marzo de 1734. ARM, *Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País*, leg 29/3. “Expediente sobre la repoblación de la ciudad de Alcudia. Para uso de la Real Sociedad de Mallorca”, Palma, 7 de junio de 1785. Francisca María SERRA CIFRE: “La despoblació d’Alcúdia i problemàtica de repoblació (s. XVIII-primera meitat del XIX)”, *BSAL*, 39 (1983), pp. 476-477. André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: op. cit., p. 33.

³⁹ Elisenda CARTAÑÀ MARQUÈS: op. cit. André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: op. cit., pp. 121-122.

⁴⁰ Simón GUAL TRUYOLS: op. cit., pp. 113-114. “Órdenes que el Excmo. Sr. Duque de Montemar da en carta de 18 de diciembre de 1739 (...)”.

falta de espacios adecuados como por el avituallamiento, reto que no se repitió en el bienio 1718-1782 pues Mallorca no fue elegida como base de operaciones, aunque sí que lo sería con otras dimensiones en el marco de la Guerra de la Convención, cuando se movilizaron las milicias y se distribuyeron tropas entre 15 acuartelamientos, con predominio de la zona orientada hacia Menorca.⁴¹



Imagen nº1. Localización de los castillos con tropa y acuartelamientos de larga duración en Mallorca, sobre el mapa de Tomás López realizado en el año 1793. 1: Palma. 2: Alcudia. 3: Manacor. 4: Pollensa. 5: Castillo de Cabrera. 6: Castillo de Cala Llonga. 7: Felanitx. 8: Sineu. 9: Castillo de Capdepera. 10: Castillos del Puerto de Sóller.⁴²

De los proyectos de construcción al aprovechamiento de las desamortizaciones del siglo XIX

A lo largo del siglo XVIII se llevaron a cabo diversos planes de edificación de cuarteles para albergar a las tropas. El ingeniero Martín Gil de Gaínza, que se había encargado del acondicionamiento de la Casa de las Comedias de Palma para alojar al cuerpo de infantería, presentó entre 1727 y 1728 tres proyectos vinculados a sendos baluartes de la muralla de Palma y a parte de los terrenos propiedad de la iglesia de la orden de San

⁴¹ Miguel José DEYÁ BAUZÁ: “El apoyo logístico en el intento de la toma de Menorca de 1738-1741”, en Agustín GUIMERÁ, y Víctor PERALTA (coord.), *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar. Actas de la VIII Reunión Científica de la FEHM*, vol. II. Madrid, 2005, pp. 503-517; pp. 506-511. Carmen CORONA MARZOL: op. cit.

⁴² Real Academia de la Historia. C-III a 5 [<http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=423370>]

Juan de Malta con el objetivo de ubicar a unos 500-600 hombres, pero ninguno de estos planes se hizo realidad.⁴³

No encontramos otra propuesta hasta la realizada por Carlos Agustín Giraud en el año 1768. En este caso, se trata de la construcción de varios cuarteles con capacidad para dos batallones, utilizando algunos terrenos del convento de los padres carmelitas y el huerto colindante al baluarte de Moranta. Al presentar la propuesta, Giraud matizaba que «son los únicos terrenos que hay en la plaza de Palma donde se puede erigir un cuartel capaz [...], según el nuevo reglamento». La localización era idónea, pues estaba al lado del baluarte más relevante, el de Santa Cruz, con su batería alta, pero este plan tampoco tuvo éxito. Poco después, Ramón Santander recogería en su plano de 1773 el proyecto de Giraud, incluyendo en él los tres cuarteles para infantería planteados por este ingeniero, además del existente de dragones y el previsto para las milicias.⁴⁴

A partir de ese año, los planes de construcción desaparecieron durante dos décadas de los planos, informes y relaciones de ingenieros, pero la Guerra de la Convención y sobre todo la posterior capitulación de Menorca de nuevo a manos británicas en 1798, convirtieron a Mallorca de nuevo en un foco de atención, tanto en materia defensiva como por su papel ante una posible reconquista de aquella isla. Bartolomé Reynaud ocupaba la dirección de ingenieros de Mallorca de forma interina cuando el 23 de noviembre de aquel año firmó la «Descripción de la Isla de Mallorca y actual estado de las Plazas, Castillos, Fuertes y Puertos fortificados, modo y necesidad de conservar y aumentar sus defensas».

Reynaud proporciona un listado de localizaciones que en su conjunto serían aptas para el asentamiento de casi 5.000 soldados. Destacan el baluarte de Santa Cruz, con camas a tres pisos y una capacidad de 562 hombres, el cuartel de dragones, capaz de albergar a 179 de caballería, aunque equivalente a 588 soldados si se destinara tan solo a infantería, y también el convento de San Martín. Asimismo, en su listado incluye otros espacios habitualmente utilizados en momentos de urgencia, como las atarazanas, o la zona marítima colindante con la lonja, con una concentración importante de espacios habilitados cerca del baluarte principal, el de Santa Cruz.

⁴³ AGS, SSH, leg. 572. En la “Relación de los Gastos Extraordinarios del Real Servicio causados en el Reino de Mallorca y satisfechos por la Tesorería General a cargo de Antonio Escofet en el año 1728” se incluía el gasto de obras hechas en las casas que servían de cuartel a los regimientos de León y Asturias, equivalente a 2.292 reales de vellón. Horacio CAPEL SÁEZ et. al.: *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Universidad de Barcelona, 1983, pp. 209-210. Juan TOUS MELIÀ: *Palma a través de la cartografía (1596-1902)*, Palma, Ajuntament de Palma, 2002, pp. 94-98.

⁴⁴ Juan TOUS MELIÀ: op. cit., pp. 143-149 y 212. “Plano de un cuartel de infantería para dos batallones según el nuevo reglamento”, Palma, 13 de febrero de 1768. Se situaría en frente del baluarte principal de la ciudad, el de Moranta.

En su informe, también presenta la posible habilitación de otras zonas si fuera necesario: un almacén existente en el barrio de Santa Catalina, el propio hospital erigido en ese arrabal, con capacidad para 60 hombres, la Casa de las Comedias, apta para 250 hombres y que ya había funcionado como cuartel en el pasado, la Misericordia, capaz de albergar a 200, y la casa de la Piedad, para 150. También plantea la existencia de un espacio que hasta entonces había pasado desapercibido en los proyectos de alojamiento de tropas: el arrabal de Santa Catalina, que comunicaba varios barrancos y caminos hondos, capaces de poner a cubierto un numeroso cuerpo de tropas y que tenía fácil acceso a la bahía.⁴⁵

Las propuestas de Reynaud tampoco se materializaron, y hubo que esperar al siglo XIX para ver nacer los nuevos edificios de uso militar. El primero fue el cuartel de milicias, inaugurado en 1807 y construido en un solar formado al levantarse en 1762 la cortina de la muralla que cerró el espacio entre la puerta del muelle y el baluarte del Rosario. Financiado por suscripción popular, el edificio sobrevivió hasta su derribo en el año 1879, cuando se eliminó este tramo de la muralla. El segundo fue el tantas veces demandado cuartel de infantería, hecho realidad gracias a la actividad desamortizadora de este siglo y ubicado desde 1852 en el convento del Carmen, a tan solo 400 metros del también recién constituido hospital militar. En tercer lugar, y fruto también de estas desamortizaciones, nació el cuartel de la Intendencia, acomodado en el espacio del convento de los Agustinos.⁴⁶

⁴⁵ Juan TOUS MELIÁ: op. cit., pp. 154-156 y 285. Miguel FERRER FLÓREZ: “Las órdenes religiosas en Mallorca a fines del siglo XVIII y principios del XIX”, *BSAL*, 57 (2001), p. 177. En 1767 se suprime la Compañía de Jesús y el convento de San Martín, que estaba en construcción, quedó en manos del Estado. Este lo cedió a los padres teatinos en 1770 y ellos se encargaron de acabar la iglesia de San Cayetano.

⁴⁶ Simón GUAL TRUYOL: op. cit., p. 31. Catalina CANTARELLAS CAMPS: “La lonja de Palma: intervenciones y propuestas ochocentistas”, *Mayurqa*, 22:2 (1989), p. 724. Juan TOUS MELIÁ: op. cit., p. 302. Josep SEGURA SALADO: op. cit., pp. 15-16.



Imagen nº2. Localización de los cuarteles y el hospital militar en el año 1853. Elaboración propia sobre el plano de Palma de 1760, de Juan Ballester. 1: Cuartel de artillería. 2: Cuartel de dragones. 3: Antiguas casas-hospital para tropas. 4: Nuevo hospital militar. 5: Cuartel de milicias. 6: Cuartel de infantería. 7: Cuartel de intendencia.⁴⁷

Como puede apreciarse en la imagen, las fuerzas militares se distribuyeron tras la desamortización en la zona norte, en la llamada *ciutat baixa*, y en espacios conventuales cercanos a los baluartes, mientras que artilleros, milicias y dragones aprovecharon distintos tramos de las murallas marítimas, situándose en los alrededores del muelle portuario.

Las malas condiciones de los edificios ocupados por el hospital militar

La precariedad de los acuartelamientos se vio acompañada de la de los hospitales militares. Entre 1715 y 1724 el ejército usó la Casa de la Misericordia de Palma, desplazando la atención de los pobres hacia otras casas que fueron cedidas para ello. A inicios de 1724 se restituyó a la obra pía de la Misericordia ordenándose que desde entonces la tesorería costeara el alquiler de otro lugar para atender a los soldados enfermos. El ingeniero Martín Gil de Gaínza, con el asesoramiento de médicos y cirujanos, buscó

⁴⁷ Biblioteca Nacional de España. MR/42/339. [<http://bdh.bne.es/bnsearch/detalle/bdh0000035425> (consultado por última vez el 30-04-2019)]

viviendas capaces de servir como hospital. Finalmente, se escogieron tres casas contiguas, una de las cuales había sido usada como cuartel anteriormente y cuya capacidad era de tan solo 105 hombres.

Para poder utilizar estas viviendas, el techo fue arreglado y se ensancharon y comunicaron los distintos espacios, amueblando también su interior y adaptando algunas habitaciones para la botica y la capilla, construyéndose además un habitáculo de uso exclusivo para el capellán. Esta reforma ascendió a 2.500 reales de vellón, dependiendo al que se sumó a partir de entonces el pago anual total de 1.690 reales de vellón a los propietarios de las tres casas. Del hospital militar de Ibiza, que contaba con un médico y un cirujano, tan solo sabemos que se ubicaba en el recinto del castillo y que se hallaba bajo la supervisión de un contralor.⁴⁸

El asentista de los hospitales militares, Sebastián Riusech, obtuvo la adjudicación del contrato en 1756 bajo la promesa de la realización de algunas mejoras en el hospital de Mallorca, pues el mal estado de los edificios era evidente, hallándose «caídas y derribadas algunas piezas de las casas». Seguía existiendo falta de espacio para los enfermos, que se acumulaban hasta tener que ser realojados en casas apartadas fuera del recinto hospitalario. Riusech asumió el objetivo de aumentar la capacidad del hospital hasta 300 enfermos, corriendo con los alquileres de otras propiedades en caso de que se excediera este número. En el acuerdo también se incluía la contratación de un protomédico y un cirujano mayor, además de un enfermero para cada 15 hospitalizados y un practicante para cada 12. Los uncionarios contarían con un enfermero para cada 10 y le acompañaría otro para los contagiosos.⁴⁹

Pocos años después, en 1761, el intendente Francisco Pineda propuso que se construyese otro hospital con capacidad para mil soldados, cifra que preveía la eventual llegada de tropas de escala en la isla. Su demanda no fue tenida en cuenta, por lo que las limitaciones espaciales pervivieron, así como las condiciones precarias de los enfermos. El único margen de mejora quedó en manos de los contralores e intendentes a través de la adjudicación y renovación de los asientos, aunque el peso de los intereses de grupo y la política de contención de gasto marcaron las decisiones finales. La no renovación en el año 1782 del asiento a Miguel Montserrat es destacable, siendo justificada ante Miguel de Múzquiz por su incompetencia: «cuya asistencia a los enfermos no estaba sobre el que corresponde, pues habiendo acaecido en una ocasión, con motivo

⁴⁸ AGS, GM, Suplemento, leg. 150. Certificado del escribano sobre la cantidad que responde a los autos que ante él otorgaron los beneficiados, Palma, 24 de abril de 1725. *Ibidem*, informe de Diego Navarro al marqués de Castelar, Palma, 15 de enero de 1725. En 1724 se dieron quejas por parte de los alféreces de artillería e infantería por la mala atención que recibían los 21 soldados enfermos.

⁴⁹ AGS, SSH, leg. 695. Jaime Feliu y Lledó, escribano de la intendencia lo certifica en Palma, a 12 de agosto de 1765. Se indica que el asiento se rematará el día 7 de abril de 1756. José María RODRÍGUEZ TEJERINA: “Orígenes del Hospital Militar de Palma de Mallorca”, *Medicina Balear*, 9:2 (1994), p. 90.

de los arribos de las embarcaciones del rey, la concurrencia de 300 enfermos, se verificaron algunos apuros, especialmente ropas blancas, que fue preciso poner recién hechas y sin lavar, por no haber tiempo». ⁵⁰

El cónsul francés André Grasset, en su descripción de la Mallorca de inicios del siglo XIX, se hizo eco de la situación de este hospital, del cual dijo ser tan desolador como el de la Misericordia. Entonces la capacidad era todavía de 300 camas y los enfermos se hallaban amontonados en salas bajas, sucias y poco aireadas que favorecían la adquisición de nuevas enfermedades. Resulta muy ilustrativa su visión de la situación: «Los defensores de la patria, son lejos de disfrutar de los beneficios de la sensibilidad del monarca. Allí, como en la mayoría de los establecimientos públicos, la avidez, unida con frecuencia a la ignorancia, causa estragos impunemente». Al igual que ocurrió con los cuarteles, la desamortización de 1836 fue la que facilitó el nacimiento del nuevo hospital militar, ubicado en las dependencias del convento de Santa Margarita, traspasado a manos militares en 1841 y destinado desde 1846 a este nuevo uso. ⁵¹

Conclusiones

El hecho de tener tropas permanentes supuso un gran cambio para Mallorca e Ibiza, pero desde el primer momento se planteó tanto la exención de su alojamiento a la población como su ubicación concentrada en construcciones habilitadas como acuartelamientos. No se puede hablar de continuidades ni interrupciones por no darse esta situación con anterioridad, pero sí de la existencia de estrategias similares a las desarrolladas en otros espacios hispánicos. La edificación de cuarteles y hospitales no se llevó a cabo durante todo el siglo XVIII, pues exigía un incremento presupuestario notable para un escenario de volátil relevancia. La tesorería del ejército no asumió ninguna construcción de envergadura y se limitó a gestionar el pago de los alquileres y las reparaciones de unas construcciones cuyas condiciones de habitabilidad no eran las adecuadas, acorde a la situación que vivía todo el ejército español. ⁵² Asimismo, la concentración de tropas en la ciudad con motivo de los recuentos se gestionó a través de mesones y posadas, al igual que se hizo en general con las tropas transeúntes en otros territorios. Lo que sí queda patente es que las autoridades locales, en consonancia con

⁵⁰ AGS, SSH, leg. 695. Francisco de Pineda al marqués de Esquilache, Palma, 26 de mayo de 1761. *Ibidem*, Romualdo de Tovar a Miguel de Múzquiz, Palma, 23 de noviembre de 1782.

⁵¹ André GRASSET DE SAINT-SAUVEUR: op. cit., pp. 57-58. Escrito entre 1801 y 1805. José María RODRÍGUEZ TEJERINA: op. cit.

⁵² Cristina BORREGUERO BELTRÁN: “La vida de los soldados en el siglo de las Luces” en Manuel Reyes GARCÍA HURTADO (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, Universidade da Coruña, 2012, pp. 13-35.

las estatales, pretendieron apartar a estas tropas de los civiles y eximirles de los controvertidos alojamientos, un gesto que debía compensarse a través del impuesto de los utensilios.

Los cambios en la fisonomía de la capital y en algunos enclaves rurales de Mallorca debido a la extensión del componente militar no puede omitirse, y aunque la inmersión en el sistema administrativo borbónico supuso algunas transformaciones sustanciales, una de las más marcadas fue la convivencia del mundo civil con el creciente peso del concepto militar, desde la vertiente social hasta la política pasando por la económica. Del rechazo inicial se pasó a la apreciación de la pertenencia o ligazón a este cuerpo, simbolizada en buena parte en el cuerpo de las milicias, y en la adquisición del fuero militar. En conjunto, se formaron las bases desde las que se avanzó hacia un siglo XIX donde el poder militar se reafirmó y dominó la escena política española.⁵³

El número de tropas destinadas a Mallorca e Ibiza variaba al son de los conflictos bélicos, aunque en contextos de paz se mantenía en cifras discretas, y su distribución denotaba una clara inclinación hacia la protección de la capital y de la fachada orientada hacia Menorca. Más discretas aún eran las inversiones en materia defensiva, con la realización de reformas y restauraciones en algunos enclaves costeros que intentaron acallar la necesidad de nuevas construcciones, convirtiendo a estas en excepcionales a pesar de que no solo guarnecerse del enemigo era importante, sino que también lo era la lucha contra la piratería y el contrabando, dos destacados problemas que perjudicaban a sus habitantes y a sus negocios.

La opción escogida para alojar a las tropas fue la de la adaptación de casas alquiladas por la Administración y la ocupación de edificios públicos, como la Casa de las Comedias, siendo estas las soluciones mayoritarias hasta la llegada de la actividad desamortizadora del siglo XIX, salvo pocas excepciones y dentro de una tendencia que ha sido estudiada en otras ciudades y territorios como A Coruña, Burgos, Valladolid, Vélez-Málaga, o la Cerdeña en alguno de los dos siglos anteriores. La llegada de regimientos a las islas en su camino hacia otros puntos geográficos y el incremento de los movimientos militares durante el último cuarto del siglo XVIII fue un acicate para la realización de varios proyectos de cuarteles por parte de ingenieros militares en consonancia a la idea, ya manifestada en otros territorios durante el siglo XVII, de que la construcción de estos edificios era muy necesaria, aunque esa idea apenas se materializó, como se ve en el caso de las islas de Mallorca e Ibiza, donde tan solo podemos hablar de proyectos.

⁵³ Francisco ANDÚJAR CASTILLO: "Poder militar y poder civil en la España del siglo XVIII. Reflexiones para un debate", *Melanges de la Casa de Velázquez*, 28:2 (1992), pp. 55-70. Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO: "Soldados del rey, soldados de Dios: Ethos militar y militarismo en la España del siglo XVIII", *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 11 (1998), pp. 303-320.

La Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería en Toledo (1919-1930). Textos y contextos en la configuración de la educación física y el deporte militar en España

The Spanish Army's Toledo Central School of Gymnastics (1919-1930). Texts and Context in the Configuration of Physical Education and Sports in Spain

Xavier Torrebaddella Flix
Universitat Autònoma de Barcelona
xavier.torrebaddella@uab.cat

Resumen: Como es conocido, los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial influyeron social e institucionalmente en el deporte en Europa y fueron utilizados para capitalizar las capacidades productivas de la juventud. En el caso de España, la educación física y el deporte también recibieron estas influencias, que singularmente fueron muy bien recibidas entre el estamento militar. Considerando el contexto de esta influencia, en este artículo se trata el alcance social de la Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería de Toledo (1919-1930) a través de la contribución bibliográfica en torno a la gimnástica, la educación física y el deporte. Por lo tanto, el objeto de estudio se centra en desarrollar el proceso de institucionalización de las actividades gimnásticas y deportivas en el ejército y, también, el de valorar su alcance social durante los años veinte del siglo pasado, especialmente bajo la influencia de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930). Nos apoyamos en la metodología heurística, basada principalmente en la búsqueda de fuentes documentales primarias. Una revisión documental de las obras editadas bajo la influencia militar permite analizar los textos –en una interpretación hermenéutica– y contextualizar el marco histórico social de la época en la configuración de las actividades gimnásticas y deportivas en el ejército. La Escuela Central de Gimnasia del Ejército vertió un significativo carácter militar en la educación

física escolar y popularizó el deporte entre la juventud. No obstante, se establece que a partir de la Escuela Central de Gimnasia del Ejército se idearon un conjunto de estrategias nacionalizadoras que aspiraban a vincular la vida militar con la civil y que utilizaron el deporte y la educación física para garantizar el orden y la paz social. Con este estudio deseamos contribuir a la escasa información crítica que existe sobre la Escuela Central de Gimnasia, en un momento en el que se cumple el centenario de su creación.

Palabras clave: Escuela Central de Gimnasia, bibliografía militar, educación física, deporte militar, ejército español.

Summary: As it is already known, the events of The First World War influenced sport in Europe, socially and institutionally, and they were used to capitalize on the productive forces of youth. In the case of Spain, physical education and sports also received these influences, which were singularly well received among the military establishment. Considering the context of this influence, in this article discusses the social scope of the Spanish Army's Toledo Central School of Gymnastics (1919-1930) through bibliographic contribution concerning gymnastics, physical education and sports. Thus, the study focusses on a deeper understanding of the process by which gymnastics and sports activities were institutionalised in the army and, also, on assessing their scope on the civilian population as a whole, during the twenties of the last century, especially under the influence of the dictatorship of General Miguel Primo de Rivera (1923-1930). We rest on the heuristic methodology, based principally on the search of documentary primary sources. A documentary review of the works published under military influence allows us to analyse the texts –hermeneutic interpretation– and contextualise the historical social during the twenties of the last century in the configuration of gymnastics and sports activity in the army. This Central School of Gymnastics poured a significant military seal on school physical education and popularized sport among youth. However, we establish that, from this Central School of Gymnastics, a set of nationalising strategies were designed that aspired to link military and civil life and that used sport and physical education to guarantee order and social peace. With this study we wish to contribute to the scarce critical information that exists about the Central School of Gymnastics, at a time when the centenary of its creation is being fulfilled.

Keywords: Central School of Gymnastics, military bibliography, physical education, military sport, Spanish army.

Para citar este artículo: Xavier TORREBADELLA FLIX: “La Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería en Toledo (1919-1930). Textos y contextos en la configuración de la educación física y el deporte militar en España”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 182-206.

Recibido 09/10/2018

Aceptado 06/05/2019

La Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería en Toledo (1919-1930). Textos y contextos en la configuración de la educación física y el deporte militar en España

Xavier Torredadella Flix
Universitat Autònoma de Barcelona
xavier.torredadella@uab.cat

Introducción

El cambio más significativo en la educación física y el deporte contemporáneo fue inducido al finalizar la Primera Guerra Mundial (PGM), al fraguar una nueva tradición inventada que ha llegado hasta nuestros días. La irrupción del deporte de masas fue inmediatamente aprovechada por los países para presentarse internacionalmente y visualizar la fortaleza física nacional (*stock* corporal simbólico). La invención de nuevos ceremoniales deportivos elaboró un conjunto de *dispositivos*¹ nacionalistas como, por ejemplo, los desfiles de los deportistas en formación portando la bandera de cada país, la audición de los himnos nacionales, las entregas de premios o los modos de celebrar las victorias. En estos ceremoniales se *re-crea* parte del imaginario colectivo de las nacionalidades y el fervor de los nuevos *ejércitos del deporte* con su admiración pública; se trata de toda una liturgia «prefascista» que puede apreciarse actualmente en el resurgir de un nacionalismo deportivo visceral.² En las profundidades de este paradigma germina la omnipresencia del poder militar que originariamente fue constitutivo del llamado «renacimiento de la educación física» (la nacionalización de la educación física); un poder que fue aprovechado para consolidar y renovar la posición hegemónica de los Estados-nación en el control político y social. Esta fijación del poder militar quedó visibilizada en el período de entreguerras, cuando

¹ Utilizamos aquí el término *dispositivo* en la concepción de Michel Foucault: “Un dispositivo sería entonces un complejo haz de relaciones entre instituciones, sistemas de normas, formas de comportamiento, procesos económicos, sociales, técnicos y tipos de clasificación de sujetos, objetos y relaciones entre éstos, un juego de relaciones discursivas y no discursivas, de regularidades que rigen una dispersión cuyo soporte son prácticas”. Luis GARCÍA FANLO: “¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben”, *A Parte Rei*, 74 (2011), p. 3. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf> (consultado por última vez el 30-04-2019)

² Pierre LAGUILLAUMIE: “Para una crítica fundamental del deporte”, en ‘Partisans’, *Deporte, Cultura y Represión*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978, pp. 32-58. Marc PERELMAN: *La barbarie deportiva. Crítica de una plaga mundial*, Barcelona, Virus, 2014, pp. 72-77.

el deporte espectáculo de masas derivó a una escenificación internacional de «encuentros de gladiadores protagonizados por personas y equipos que simbolizan estados-nación».³

En el caso de España, que permaneció neutral a la PGM, la reorganización del nuevo mapa europeo y las nuevas políticas deportivas adoptadas por los países combatientes tuvieron efectos inmediatos. Sin duda, la creación a finales de 1919 de la Escuela Central de Gimnasia del Ejército de Infantería en Toledo (ECG) es el más significativo.

La destacada labor de la ECG en la difusión nacional de la educación física y el deporte, tanto en el ámbito militar como en el civil, ha suscitado el interés de algunos estudios que han colaborado a trazar la dimensión histórica de su influencia.⁴ No obstante, el presente estudio utiliza como material primario la bibliografía gimnástico-deportiva de la educación física y su alcance en el seno de la institución militar y, por extensión, en la sociedad civil. Por lo tanto, el objeto de estudio de este artículo se dirige esencialmente a valorar el alcance social –militar y civil– en la configuración de la educación física y el deporte militar durante los años veinte del siglo pasado a partir de la creación de la ECG.

La metodología, por su parte heurística o localización de los documentos fundamentales objeto de indagación, toma las referencias de los estudios de Torrebaddella.⁵ Es a partir de la revisión de los textos originales y el apoyo de otros textos complementarios que tratan el período en cuestión, que se establece una hermenéutica crítica en el eje del discurso, en tanto que se considera la institución militar como uno de los poderes simbólicos que más actúan en el dominio y control de las masas.

Textos y contextos de la educación física en la bibliografía gimnástico-deportiva del ejército español (1919-1930)

³ Eric HOBBSBAWM: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 152.

⁴ Manuel VINUESA y Ignacio VINUESA: *La Escuela de gimnasia de Toledo*, Toledo, Excmo. Diputación Provincial de Toledo, 1995. Luis Miguel DE LA CHICA OLMEDO: *La Escuela Central de Educación Física del Ejército. Enseñanza, experimentación y Deporte. Un enfoque fotográfico*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid, 2009. Alberto CUTANDA RODRÍGUEZ: “La Escuela Central de Educación Física”, *Revista Española de Educación Física y Deportes*, 16 (2010), pp. 13-37. José Luis CHINCHILLA: “La Escuela Central de Gimnasia de Toledo”, *Athlos. Revista Internacional de Ciencias Sociales de la Actividad Física, el Juego y el Deporte*, 3 (2012), pp. 37-77.

⁵ Xavier TORREBADELLA FLIX: *Repertorio bibliográfico inédito de la educación física y el deporte en España (1800-1939)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2011.

Desde principios del siglo XX, entre los propósitos reformistas del estamento militar se encontraba la institucionalización de una educación física; se pensaba en la conveniencia de un centro especializado para la formación de instructores, como ya disponían otras potencias de Europa.⁶ Mientras esto no sucedía, el deporte se desplegaba rápidamente entre los países occidentales del mundo. En España, aunque lentamente, la difusión del deporte también fue reveladora, pero se mantuvo alejado del movimiento internacional, situación que cambió substancialmente a partir de 1920 con la primera participación oficial en los JJOO de Amberes.⁷ Este cambio, también fue paralelo al desarrollo y mayor presencia de la educación física y el deporte en los cuarteles.

El comportamiento de los soldados ingleses en la PGM generó en la postguerra el mito del soldado-deportista y, al mismo tiempo, desvaneció el mito pacificador del deporte.⁸ El deportista se presentaba como el «hombre nuevo» –que tanto anunciaba la *aristocrática* Institución Libre de Enseñanza– o como el hombre ideal para la patria, que en la época primorriverista se concibió en un «ciudadano-soldado» o en el «buen ciudadano».⁹ Así se aprecia como en los discursos burgueses de entonces, que se inoculaban de liberalismo y de modernidad a través del deporte y la cultura física, fueron utilizando el mito regeneracionista según sus intereses.¹⁰

En este período, el rango de distinción social del deporte fue más extenso que en las décadas pasadas. Cuando el deporte tenía como protagonista los elitistas colegios privados de las órdenes religiosas, en especial el fútbol,¹¹ la gimnasia sueca hacía su presencia para apropiarse de la corporalidad de la infancia más desprotegida, y configuraba en las escuelas públicas –o de beneficencia– un eficaz *dispositivo* de dominación corporal y de destreza militar.¹² Así, la formación rectilínea del grupo clase-batallón, la posición de firmes, el silencio, la perfección establecida de todos los movimientos, la

⁶ Xavier TORREBADELLA-FLIX: “La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919). Textos en contexto social”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 173-192.

⁷ Fernando ARRECHEA: *España y los Juegos Olímpicos*, Madrid, CIHEFE, 2018, pp. 120-121.

⁸ Pierre ARNAUD: “El deporte, vehículo de las representaciones nacionales de los estados europeos”, en Teresa GONZÁLEZ AJA (ed.), *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 11-26. Xavier TORREBADELLA: “España, regeneracionismo y deporte durante la I Guerra Mundial”, *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 16:1 (2016), pp. 237-261.

⁹ Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

¹⁰ Xavier TORREBADELLA FLIX: “Regeneracionismo e impacto de la crisis de 1898 en la educación física y el deporte español”, *Arbor*, 190:769 (2014), a173. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.769n5012>

¹¹ Xavier TORREBADELLA-FLIX y Miguel VICENTE-PEDRAZ: “En torno a los orígenes del fútbol como deporte escolar en España (1883-1936). De moda recreativa a dispositivo disciplinario”, *Educación Física y Ciencia*, 19:1 (2017), e018. <https://doi.org/10.24215/23142561e018>

¹² Xavier TORREBADELLA-FLIX y Jordi BRASÓ: “Barcelona y el problema de la educación física en la primera enseñanza a principios del siglo XX. Las Escuelas Catalanas del Distrito VI”, *Revista Brasileira de História da Educação*, 17:2 (2017), pp. 135-173. <http://dx.doi.org/10.4025/rbhe.v17.n2.915>

ejecución unísona siguiendo las voces de mando, el control absoluto de los cuerpos, de los tiempos y de los espacios, se prestaba al adoctrinamiento castrense; es decir, se trataba de una ejercitación que adelantaba y prepara a los futuros soldados a la obediencia y sumisión de quienes tenían que sacrificarse para proteger o *salvar* España.

Por su parte, el *Reglamento provisional de gimnasia* de 1911 adoptó el sistema de gimnasia sueca, cuya fórmula permitía el adiestramiento uniformado y simultáneo a un gran número de reclutas.¹³ Este semblante rígido y autoritario de la gimnástica sueca marcó un fuerte rechazo, sobre todo en aquella parte de la sociedad que estaba condenada a sufrir las lacras del ejército y de una *educación* física de corte militar. Esta gimnasia que se llamó “higiénica” y “racional”, no fue percibida tan *saludable*; todo lo militar subordinaba, castigaba y humillaba y, por lo tanto, la gimnasia sueca fue popularmente aborrecida.

Como sucedió inicialmente con la gimnástica, el deporte como elemento de regeneración fue etiquetado de elementos culturales y civilizadores, convirtiéndose en un espacio de encuentro entre las políticas corporales de la modernidad y el aprovechamiento ideológico.¹⁴ En el caso de España, el deporte se envolvió de múltiples discursos sociales: educativos, recreativos higiénicos, pero también fue asociado al regeneracionismo nacionalista, como el interpelado en la VII Olimpiada de Amberes de 1920.¹⁵ Si bien, en el contexto de entreguerras, la práctica deportiva se acercó a las clases medias, su desarrollo no llegó a las masas. Deportes como el fútbol, el boxeo, el ciclismo o el atletismo fueron presentados como elementos de modernidad y virilidad en una narrativa que vinculaba los mitos deportivos a los valores nacionales.¹⁶ Y, en este terreno, no debería pasarse por alto, los matices nacionalistas que el deporte adquirió en el País Vasco y, sobre todo, en Cataluña.¹⁷

La significación del deporte como espectáculo de masas encontró en el fútbol el principal referente en las tardes de los domingos que pasó a convertirse en el asueto de una gran parte de los trabajadores. Esta fue la época de los primeros grandes estadios y de la profesionalización del deporte; y el fútbol era monumento del deporte popu-

¹³ MINISTERIO DE LA GUERRA: *Reglamento provisional de gimnasia para infantería*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1911.

¹⁴ Roger GRIFFIN: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

¹⁵ Xavier TORREBADILLA y Fernando ARRECHEA: “La polémica participación de España en los Juegos Olímpicos de Amberes 1920”, *Materiales para la Historia del Deporte*, 14 (2016), pp. 113-138.

Antonio RIVERO HERRAIZ y Raúl SÁNCHEZ GARCÍA: “The international British influence in the Birth of Spanish Sport”, *The International Journal of the History of Sport*, 28:13 (2011), pp. 1788-1809.

¹⁶ Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: “El deporte”, en Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2103, pp. 464-496.

¹⁷ Xavier PUJADAS y Carles SANTACANA: “Esport, catalanisme i modernitat. La Mancomunitat de Catalunya i la incorporació de la cultura física en l'esfera pública catalana”, *Acàcia*, 4 (1995), pp. 101-121.

lar.¹⁸ No obstante, el resto de los deportes tenía en las clases medias una reducida presencia, y los jóvenes obreros quedaban apartados de la práctica sistemática,¹⁹ aunque hubiera en Madrid las iniciativas de la Cultural Deportiva Obrera, o en Cataluña, el ánimo del deporte de raíz popular.²⁰

En los cuarteles el fútbol, la gimnástica y las prácticas atléticas se presentaban para fortalecer y disciplinar a la juventud. A través del deporte se ideaban estrategias en la movilización de la población juvenil, se establecían vínculos civiles de patriotismo y se deseaba inhibir los fanatismos políticos o luchas proletarias. No obstante, el deporte obrero no adquirió identidad hasta la década de los años treinta.²¹ Hasta entonces, las clases subalternas no podían pensar más allá de su propia supervivencia. Fue a partir de 1919 (en Cataluña), con la jornada laboral de ocho horas, a raíz de la huelga general de la Traction, Light and Power –«la Canadiense»–, cuando se iniciaron ciertos movimientos proletarios hacia el asociacionismo deportivo. Asimismo, durante los tres años que duraba el servicio militar, el cuartel sirvió para fomentar en los reclutas las aficiones a los deportes.²²

a) La Escuela Central de Gimnasia. Período fundacional, 1919-1923.

1919 marcó una inflexión en la educación física y el deporte, y esto sucedió en un momento histórico socialmente relevante. Ante todo, y en palabras de Tuñón de Lara, «1919 fue el año de mayor número de conflictos sociales hasta entonces».²³ El agitado y creciente ambiente revolucionario, principalmente sindicado en la Confederación Nacional de Trabajadores, todavía no se había manifestado en el deporte, ni siquiera en Barcelona, ciudad donde el asociacionismo deportivo concentraba el mayor arraigo del país. Los conflictos en el campo andaluz, en la minería asturiana y en la industria catalana no favorecían la emergencia de la práctica deportiva de signo obrero. Si bien en 1914 en la capital de España nacía la Sociedad Deportiva Obrera, en 1918 se constituía la Agrupación Deportiva Ferroviaria, que agrupaba los trabajado-

¹⁸ Xavier TORREBADILLA-FLIX y Antoni NOMDEDEU-RULL: “La popularización del fútbol en España. Análisis del fenómeno a través de la literatura especializada del fútbol (1920-1936)”, *Revista General de Información y Documentación*, 26:1 (2016), pp. 119-146. Juan Antonio SIMÓN: *Construyendo una pasión. El fútbol en España, 1900-1936*, Logroño, Unir Editorial, 2015.

¹⁹ Manuel TUÑÓN DE LARA: *El movimiento obrero en la historia de España, 1924-1937*, Barcelona, Laia, 1977, p. 37.

²⁰ Xavier PUJADAS y Carles SANTACANA: *Història il·lustrada de l'esport a Catalunya –vol. II (1931-1975)*, Barcelona, Diputació de Barcelona – Ed. Columna, 1995.

²¹ Ángel BAHAMONDE: “La escalada del deporte en España en los orígenes de la sociedad de masas, 1900-1936”, en Xavier PUJADAS (coord.), *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España, 1870-2010*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 89-123. Francisco DE LUIS MARTÍN: “La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, 54 (2004), pp. 199-247.

²² Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: *Historia social do deporte en Galicia. Cultura deportiva e modernidade, 1850-1920*, Vigo, Editorial Galaxia, 2009, pp. 284-289.

²³ Manuel TUÑÓN DE LARA: op. cit., p. 243.

res ferroviarios²⁴ y, en diciembre de 1924, lo hacia la sociedad Grupo «Salud y Cultura»,²⁵ en 1928 Aniceto García –redactor deportivo de *El Socialista*– mencionaba:

«En la actualidad puede decirse que el deporte obrero no existe en España; pero esto no quiere decir que tal vez antes de lo que se espera, surjan entusiastas compañeros, que (...), se decidan a convencer a los obreros para que éstos se agrupen en verdaderas Sociedades deportivas».²⁶

Aun así, 1919 fue clave para encauzar el rumbo del deporte y de la educación física en España. A primeros de este año en *La Educación Física* –dirigida por el capitán Augusto Condo– el teniente general Miguel Primo de Rivera criticaba la falta de educación física en el ejército.²⁷ Hay que señalar por eso, que la Real Orden de 7 de febrero de 1919 del Ministro de la Guerra general Muñoz-Cobo, puso en marcha durante el mes de abril unos Concursos atléticos para todas las regiones militares; eran los primeros concursos deportivos militares, y en mayo se organizaba el Campeonato Militar de Fútbol de Madrid.²⁸

Aparte, fuera de España, el 22 de julio se iniciaban en París –estadio de Pershing– las Olimpiadas de los países Interaliados. Esta demostración manifestaba el interés, político y militar que adquiriría el deporte de entreguerras.²⁹ Luego, ante la organización de los JJOO de Amberes, el 17 de octubre en Barcelona se celebró el Mitin de afirmación deportiva del Stadium Club; las elites dirigentes del asociacionismo deportivo pidieron que el Gobierno apoyase el fomento del deporte y se involucrara en los próximos JJOO.³⁰ El 15 de diciembre, el general José Villalba Riquelme fue nombrado Ministro de la Guerra y antes de finalizar el año se creaba la ECG.

Asimismo, en la coyuntura de postguerra o de «alto el fuego», las palabras de Clement Vautel en *Le Journal* (de París) respondían a una nueva realidad: el deporte continuaría manifestando la guerra durante los tiempos de paz. Decía Vautel, que a

²⁴ “Agrupación Deportiva Ferroviaria”, *La Educación Física*, 1 de febrero de 1919, p. 15; Isidro CORBINOS: “Cómo es y cómo vive la Deportiva Ferroviaria”, *As*, 21 de junio de 1932, pp. 18-19.

²⁵ “Agrupación Deportiva Obrera «Natura»”, *La Libertad*, 16 de diciembre de 1924, p. 5.

²⁶ Aniceto GARCÍA: “¿Existe deporte obrero en España?”, *La Gaceta Libertaria*, 15 de diciembre de 1928, p. 5.

²⁷ Miguel PRIMO DE RIVERA: “Educación física en el Ejército”, *La Educación Física*, 15 de febrero de 1919, p. 24.

²⁸ “¡Gracias a Dios!”, *Madrid-Sport*, 19 de febrero de 1919, p. 10.

²⁹ Thierry TERRET: *Les jeux interalliés de 1919: Sport, guerre et relations internationales*, Paris, L’Harmattan, 2002.

³⁰ Xavier TORREBADILLA y Fernando ARRECHEA: op. cit. Antonio RIVERO HERRAIZ y Raúl SÁNCHEZ GARCÍA: op. cit.

partir de estos momentos, «las batallas del estadio adquirirán una importancia extrema; una carrera pedestre vendrá a ser lo que era una matanza de millones de hombres, es decir, el “critérium” de la fuerza, de la energía, de la resistencia, del valor».³¹ Con estas palabras se bautizaba el giro histórico del deporte contemporáneo, el deporte había cambiado de signo, las naciones entraban en juego y la competencia ya no era por el éxito personal.

La institucionalización de la educación física en el ejército español fue tardía y no llegó hasta el final PGM, momento en el que las instancias políticas se percataron de la necesaria preparación de las tropas. No obstante, hay que precisar que la creación de la ECG surgió en la intersección de las políticas regeneracionistas,³² y en un momento de pérdida de credibilidad de la institución militar ante el conflicto en África. La guerra en el Rif, que duraba ya una década, se hacía impopular, muy costosa e inaceptable para las arcas del Estado y, como en Cuba, volvía a repercutir en las clases más bajas.³³ Como en el anterior conflicto antillano, las tropas reclutadas no estaban preparadas para soportar las duras jornadas de campaña y la falta de condición física se hacía evidente.³⁴

En cuanto al contexto sociopolítico interno, en 1919 se agravó la crisis de los partidos dinásticos. Por un lado, el conflicto autonomista con Cataluña que, al calor de las declaraciones del presidente estadounidense Woodrow Wilson, amenazaba a la unidad nacional del Estado³⁵ y, por el otro, la huelga de «la Canadiense», con al auge del sindicalismo revolucionario urbano y campesino programaban las sombras del comunismo soviético y el riesgo de un cambio de régimen.³⁶

Los intereses de la monarquía y la complicidad de ciertas familias clientelares que se enriquecían con las guerras,³⁷ eran los sustanciales promotores de un relato militarista y nacionalista difícilmente aceptable por el pueblo. Como trata Bouchand, la

³¹ Clement VAUTEL: “Bellas palabras”, *El Mundo Deportivo*, 24 de julio de 1919, p. 1; *Madrid-Sport*, 14 de agosto de 1919, p. 5.

³² Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

³³ Gabriel CARDONA: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1983.

³⁴ Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: op. cit., pp. 284-285. Xavier TORREBADELLA: “Fragmentos para el análisis crítico de una relación hispano-cubana en torno a la educación física y el deporte (1808-1898)”, *Cuadernos del Caribe*, 24 (2017), pp. 50-75.

³⁵ Borja DE RIQUER: *Escolta, Espanya. La cuestión catalana en la época liberal*. Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 223-226.

³⁶ Javier MORENO LUZÓN: “Alfonso XIII (1902-1931)”, en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (dirs.), *Historia de España. vol. 7. Restauración y Dictadura*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 303-546.

³⁷ Entre estas se encuentran la familia de los Figueroa (Marqués de Villamejor, Conde de Romanones y el Duque de Tovar), además del Conde de Güell, Conde de Comillas y el industrial bilbaíno Tomás Zubiría Ybarra (Conde de Zubiría).

contienda militar con Marruecos puede atribuirse a la ambición de Alfonso XIII – llamado *Alfonso el Africano*–, que deseaba recuperar la *Grandeza de España* coqueteando y negociando en las esferas de la aristocracia europea.³⁸ Con esta guerra creció el poder del *Africano* y también sus influencias con las oligarquías financieras del país. No obstante, la guerra originó una insatisfacción y división entre los militares.³⁹ Las críticas a la situación africana fueron contundentes y se acusó al ejército de no renovar las armas, de la incapacidad de asimilar las técnicas y tácticas modernas y de las ineptitudes de los oficiales al no proporcionar la instrucción debida a los soldados.⁴⁰

Se podría pensar que la creación de la ECG fue la respuesta a las persistentes voces que desde hacía décadas reclamaban una modernización del ejército,⁴¹ o que insistían en denunciar el incumplimiento del *Reglamento provisional de gimnasia para infantería* de 1911.⁴² Ciertamente, la ECG representaba una aspiración nacida en 1911 en la visita a Suecia de los comandantes Federico Gómez de Salazar y Federico González Deleito, cuando el general José Villalba era el director de la Academia de Infantería (en Toledo).⁴³

A inicios del siglo XX, la Academia General Militar (en Madrid) y la Academia de Infantería eran los centros militares más emblemáticos de la educación física. Sin embargo, la labor testimonial de estos centros no era suficiente en un ejército despreocupado por muchos de los problemas estructurales que soportaba.⁴⁴ El general José Villalba fue uno de los hombres que más esfuerzos dedicó para la implantación y organización de la educación física, y junto a los capitanes Federico Gómez de Salazar Orduña y Federico Gómez Deleito fueron los que sostuvieron la idea de crear una escuela de instrucción física. Así fue creada por la R.O de 29 de diciembre de 1919 la ECG,⁴⁵ para responder a los avances modernos de las transformaciones militares y trasladar a las tropas la condición física y el «temple espiritual capaz de afrontar los mayores sacrificios, hasta la muerte con especial estoicismo».⁴⁶

³⁸ André BACHOUD: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

³⁹ Javier TUSELL y Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: *Alfonso XIII. El rey polémico*, Madrid, Taurus, 2001. Javier MORENO LUZÓN (ed.): op. cit.

⁴⁰ Geoffrey JENSEN: op. cit., p. 197.

⁴¹ Pueden verse los antecedentes de esta institución en Xavier TORREBABELLA-FLIX: “La bibliografía gimnástica y deportiva...”

⁴² MINISTERIO DE LA GUERRA: op. cit.

⁴³ Antonio ZAMORA MOLL: “La Escuela Central de Gimnasia”, *Revista de Sanidad Militar*, 15 de agosto de 1920, pp. 504-506.

⁴⁴ Stanley G. PAYNE: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Alençon, Ruedo Ibérico, 1968. Gabriel CARDONA: *El problema militar en España*, Madrid, Historia 16, 1990.

⁴⁵ Al principio se tomó el nombre de Escuela de Educación Física, pero más tarde fue substituido por el de Escuela Central de Gimnasia.

⁴⁶ ESCUELA CENTRAL DE GIMNASIA: *Memoria de los cursos 1920, 1921 y 1923*, Toledo, Imprenta del Colegio de María Cristina, 1924, p. 9.

Siguiendo las directrices precedentes, la ECG escogió la gimnasia educativa del método sueco de Ling «en toda su pureza» por ser considerado el más racional, higiénico y pedagógico, pero al mismo tiempo se concibió una gimnasia de aplicación militar, los juegos y deportes, «en primer, lugar los nacionales y luego los extranjeros que más se adapten al carácter español». Con el tiempo, y a medida que se alcanzase una «conciencia gimnástica nacional», podría incorporarse un método eclético.⁴⁷ Sobre este sistema, los concursos deportivos anuales entre regimientos, locales, regionales y nacionales se iniciaron prontamente. No obstante, las discusiones metodológicas sobre cuál debía ser el mejor sistema de preparación física aparecieron de inmediato, puesto que había quienes preferían el método de gimnástica natural del teniente de la Marina francesa Georges Hébert (1875-1957).⁴⁸

La ECG estaba administrativamente aneja a la Academia de Infantería, pero en junio de 1930 pasó a ser órgano autónomo, adscrito al Estado Mayor Central del Ejército.⁴⁹ Desde un principio trató de adoptar el carácter organizativo de la *École Normale de Gymnastique et d'Escrime de Joinville-le-Pont*.⁵⁰ Así se aprecia con la incorporación del citado *Reglamento provisional de gimnasia* de 1911⁵¹ y en la continuidad de visitas a este centro de oficiales comisionados;⁵² aparte de comisionar a otros oficiales en el Instituto Central de Gimnasia de Estocolmo, para conocer más de cerca el método gimnástico sueco.⁵³

A partir de la ECG, la estrecha relación entre la educación física y la población se hizo inevitable y trascendente.⁵⁴ Así lo significó el capitán José Canillas, al situar el alcance social del problema de «regeneración física» que trataban de resolver las «naciones civilizadas» después de la PGM. Canillas abordaba la inmediata necesidad de implantar la educación física en el ejército, puesto que reduciría el número de bajas,

⁴⁷ José CANILLAS: *Orientación que la Escuela Central de Gimnasia ha dado a la Educación Física en el Ejército*, Toledo, Imp. Colegio de María Cristina, s.a. (ca. 1923), p. 17.

⁴⁸ Augusto CONDO: “La gimnasia moderna. El método de Hébert”, *La Educación Física*, 15 de febrero de 1919, p. 27-29. Eduardo DE LOS REYES: *El Ejército y su influencia en la Educación Física Nacional*, Manresa, Imp. de Antonio Esparbé, 1921. Hay que señalar que después de la Guerra Mundial el ejército francés, después comprobar la poca eficacia del método sueco para el combate, decidió adoptar el método de Hébert. Eduardo ARAGÓN GÓMEZ: “La reglamentación sobre la preparación física del ejército francés (2ª parte)”, *Memorial de Infantería*, 70 (2012), pp. 79-87.

⁴⁹ Diario Oficial del Ejército, n° 292, 30-X-1919 y Real Orden del Diario Oficial, n° 125, 5-VI-1930, respectivamente.

⁵⁰ La *École Normale de Gymnastique de Joinville* (París) fue creada en 1852, y tras la PGM en su reapertura en 1919, se fueron edificando las bases del sistema educación física francés, hasta la creación en 1975 del actual Institut National du Sport et de l'Éducation Physique (INSEP).

⁵¹ Eduardo ARAGÓN GÓMEZ: op. cit.

⁵² Pablo PALAU, Vicente BLASCO, y José F. CHECA: “Curso de educación física en la Escuela de Joinville-le-Pont”, *La Guerra y su Preparación*, 8 (1921), pp. 83-104. (Edita Estado Mayor)

⁵³ Antonio ZAMORA MOLL: op. cit.

⁵⁴ Teresa GONZÁLEZ AJA: “La política deportiva en España durante la República y el Franquismo”, en *Íd.* (ed.), *Sport y autoritarismos...*, pp. 169-201.

facilitaría la instrucción y la disciplina de los soldados y aumentaría las energías en el combate.⁵⁵ No obstante, las demoras oficiales para establecer un plan nacional de educación física hacían que las voces críticas insistiesen en la oficialización definitiva de esta materia en la escuela y en el cuartel.⁵⁶ Así, por ejemplo, se pedía «una inaplazable regeneración física (...)», de la que el cuartel no podía prescindir.⁵⁷

Por otro lado, la ECG fue concebida como plataforma o institución preliminar a un futuro «Instituto Nacional de Educación Física».⁵⁸ Entre 1926 y 1931 se encargó de formar a los primeros maestros en educación física escolar. Así se establecía en la R.O. de 29 de diciembre de 1919, puesto que la utilidad de la ECG beneficiaría a «la raza en general cuando se extienda la práctica nacional de la Educación Física por medio de los maestros de Instrucción Pública adiestrados en esta disciplina y su enseñanza durante su permanencia a filas».⁵⁹ Pero, además, declaraba la misión de «proporcionar instrucción especial a los maestros de Instrucción Pública que sirven en las filas, no sólo para utilizar en los Cuerpos sus aptitudes pedagógicas, sino para que una vez licenciados encuentren mayor facilidad para realizar la cultura de la juventud que la Nación les encomienda.»⁶⁰ Con lo cual, sobre esta idea, se organizaron los primeros cursos de instructores para aquellos que poseían el título de Maestro Nacional con el fin formar los difusores de la educación física en la primera enseñanza,⁶¹ «y de esta forma empezar la importantísima misión del mejoramiento de nuestra raza, y hacer hombres fuertes y sanos, capaces de emprender las más importantes empresas, en beneficio de ellos mismos y de nuestra Patria.»⁶²

Atendiendo a los datos ofrecidos, entre 1920 a 1936, la ECG formó –en 27 cursos– a 774 profesores, 961 instructores y 120 maestros y inspectores civiles de educación física.⁶³ Estos cursos marcan un hito histórico para la institucionalización escolar de la educación física, al formar una primera generación de profesores especialistas, que hasta la fecha estaban en completó abandono.⁶⁴

⁵⁵ José CANILLAS: op. cit.

⁵⁶ Eduardo DE LOS REYES: “Notas militares. Algunas consideraciones sobre la importancia militar de la educación física y su método de aplicación”, *El Sol*, 17 de diciembre de 1921, p. 8.

⁵⁷ Manuel TORRES MENÉNDEZ: “La gimnasia en el ejército”, *Heraldo Deportivo*, 5 de agosto de 1920, p. 306.

⁵⁸ José CANILLAS: op. cit., p. 4.

⁵⁹ ESCUELA CENTRAL DE GIMNASIA: op. cit., p. 11.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 11.

⁶¹ María del Mar DEL POZO: *Currículum e identidad nacional: Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 176.

⁶² Antonio ZAMORA MOLL: op. cit., p. 507.

⁶³ José Luis CHINCHILLA: op. cit., p. 64.

⁶⁴ Xavier TORREBADILLA: “Los apóstoles de la educación física. Trece semblanzas profesionales en la educación física española contemporánea”, *Revista Española de Educación Física*, 406 (2014), pp. 57-76.

En suma, la ECG formó destacados profesores-oficiales de educación física y gimnástica militar, pero, es más, formó un contingente de profesores que proyectó múltiples iniciativas en la promoción del deporte y la educación física civil.⁶⁵ Aparte, los licenciados en la Academia de Infantería de Toledo, una vez en sus destinos, recibieron el encargo de organizar los Exploradores de España.⁶⁶

Por lo tanto, hay que significar a Moreno Luzón cuando apunta que los militares emplearon todo tipo de medios a su alcance para «fabricar españoles», ya fuese dentro o fuera del ejército, es decir, a «*buenos ciudadanos*, patriotas, católicos, sumisos y dispuestos a coger las armas y dar la vida por España».⁶⁷

Algunas posiciones educativas adoptadas por particulares muestran el grado de influencia que ejerció el estamento militar en la población civil. Una fue la del profesor Eusebio Ferrer que, en sus clases de educación física del Instituto de Palma de Mallorca, ofrecía lecciones de tipo teórico-prácticas preparatorias a «los ejercicios gimnásticos que exigen los aspirantes al ingreso en las Academias militares».⁶⁸ Por su parte, el párroco y maestro en Los Santos de Maimona (Badajoz) organizó la escuela de primera enseñanza con clases teórico-prácticas de ejercicios militares, además de la organización de un batallón infantil.⁶⁹ Estos ejemplos no eran aislados y se puede encontrar la impronta militarista en otras instituciones educativas, principalmente en muchos colegios de congregaciones religiosas que coparticiparon las complicidades de la nacionalización.⁷⁰ En pocas palabras, allí están esos festivales de educación física e instrucción militar («diversas evoluciones, manejo de las armas, cargas de fuego y esgrima del fusil»,⁷¹ que tan populares fueron entre los colegios católicos. Y, complementariamente, no hay que olvidar las iniciativas de influyentes publicistas de la educación física, como el mismo Román Sánchez: «al hablar de gimnasia hemos de asociarla siempre al espíritu militar, del que antes nunca se separó y del que no debe separarse».⁷²

⁶⁵ Juan Andrés CAMBEIRO MARTÍNEZ: *El proceso de institucionalización de la educación física en la España contemporánea*. Tesis de doctorado en Departamento de Historia y Teoría de la Educación, Universidad de Barcelona, 1997, p. 355. José Luis PASTOR PRADILLO: “La aportación del ejército al desarrollo de la actividad físico-deportiva en España”, *Revista Española de Educación Física y Deportes*, 16 (2010), pp. 39-76.

⁶⁶ Edmundo RUIZ YAGÜE, “La escuela central de educación física de Toledo y la educación física nacional”, *Revista COPLEF*, 225 (1968), pp. 35-39.

⁶⁷ Javier MORENO LUZÓN: op. cit., p. 531.

⁶⁸ Eusebio FERRER y MITAYNA: *Resumen de las lecciones teóricas y prácticas de gimnástica*, Palma de Mallorca, Est. Tip. de Francisco Soler, 1921.

⁶⁹ Ezequiel FERNÁNDEZ SANTANA: *Apuntes de Pedagogía deportiva*, Badajoz, Tip. de Joaquín Sánchez, 1922.

⁷⁰ Xavier TORREBADILLA “La militarización de la educación física escolar. Análisis de dos imágenes publicadas en la prensa de Barcelona de principios del siglo XX”, *Historia Social y de la Educación*, 6:1 (2017), pp. 78-108. [doi:10.17583/hse.2017.2393](https://doi.org/10.17583/hse.2017.2393)

⁷¹ *El Diluvio*, Barcelona, 16 de mayo de 1911, pp. 17-18.

⁷² Román SÁNCHEZ ARIAS (Rubryk): *Educación física*, Madrid, Imp. de J. Morales, 1922, p. 13.

Como mencionó Eduardo de los Reyes, el ejército podía y debía ejercer su influencia en «la educación física nacional», de manera que consideraba esta institución la mejor para «educar físicamente a todos los ciudadanos» y, por lo tanto, se podía convertir en «una escuela de deportes»:⁷³

«Al ejército vienen todos los jóvenes útiles, es decir aquellos que pueden ejercer un papel decisivo en la nación, los que constituyen el núcleo de los ciudadanos; pues bien si todos ellos y cada uno de ellos se hace un atleta completo y esto lo repetimos año tras año, no hay duda que se habrán educado sucesivamente las sucesivas generaciones de ciudadanos útiles, en una palabra que habremos educado físicamente a la nación.»⁷⁴

El fomento de la educación física en el ejército se intensificó con el fútbol. [figura 1] Así lo estableció la Real Orden de 16 de junio de 1921, al conceder las instrucciones para los concursos de gimnasia y deportes (Balompié). Esta normativa mencionaba que las regiones que se habían iniciado en los concursos gimnásticos podían dar preferencia a otros deportes como el balompié, exceptuado los concursos gimnásticos en las guarniciones en África, ya que las condiciones del momento lo impedían.⁷⁵

La influencia propagandística del fútbol durante la PGM determinó que el general José Villalba –Ministro de la Guerra– emitiese una Circular reglamentando la incorporación de este deporte en todos los cuarteles.⁷⁶ Esta ordenanza deseaba motivar a las tropas hacia los ejercicios disciplinados y enardecer un espíritu competitivo. Sin duda alguna, el fútbol se presentaba como el mejor medio de proyectar el brío combatiente y el sacrificio patriótico deseado.⁷⁷ Se trataba entonces de una respuesta adecuada a la nueva coyuntura internacional que exacerbaba los nacionalismos y los enfrentamientos simbólicos en el campo deportivo.⁷⁸ Esto sucedía mientras las tropas españolas aún estaban inmersas en la campaña africana,⁷⁹ ahora llamada Guerra del

⁷³ Eduardo DE LOS REYES: *El Ejército...*, pp. 11 y 46.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 11.

⁷⁵ “Concursos”, *Diario Oficial del Ministerio de Guerra*, n.º 132, 17 de junio de 1921, pp. 990-991.

⁷⁶ José VILLALBA: “Circular del Ministro de la Guerra José Villalba sobre el Juego del balompié”, *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, 5 de marzo de 1920, pp. 845-846.

⁷⁷ Xavier TORREBADELLA-FLIX y Javier OLIVERA-BETRÁN: “Institucionalización del fútbol en el ejército español (1919-1920). Orígenes del patriotismo futbolístico nacional”, *El Futuro del Pasado*, 7 (2016), pp. 497-532.

⁷⁸ Pierre ARNAUD: *op. cit.*, p. 15.

⁷⁹ Stanley G. PAYNE: *op. cit.* Gabriel CARDONA: *op. cit.*

Rif (1922-1927).⁸⁰ El tragedia llegó con el suceso de Annual.⁸¹ Algunas reflexiones y comentarios sobre este fatídico desenlace relacionaron el asunto con la pobre preparación física de las tropas.⁸² Como menciona Vázquez García, en estos momentos brotaron los tópicos del Desastre del 98: «Resurgía con fuerza toda esa imaginaria donde la incapacidad de la nación era representada como un proceso de afeminamiento».⁸³

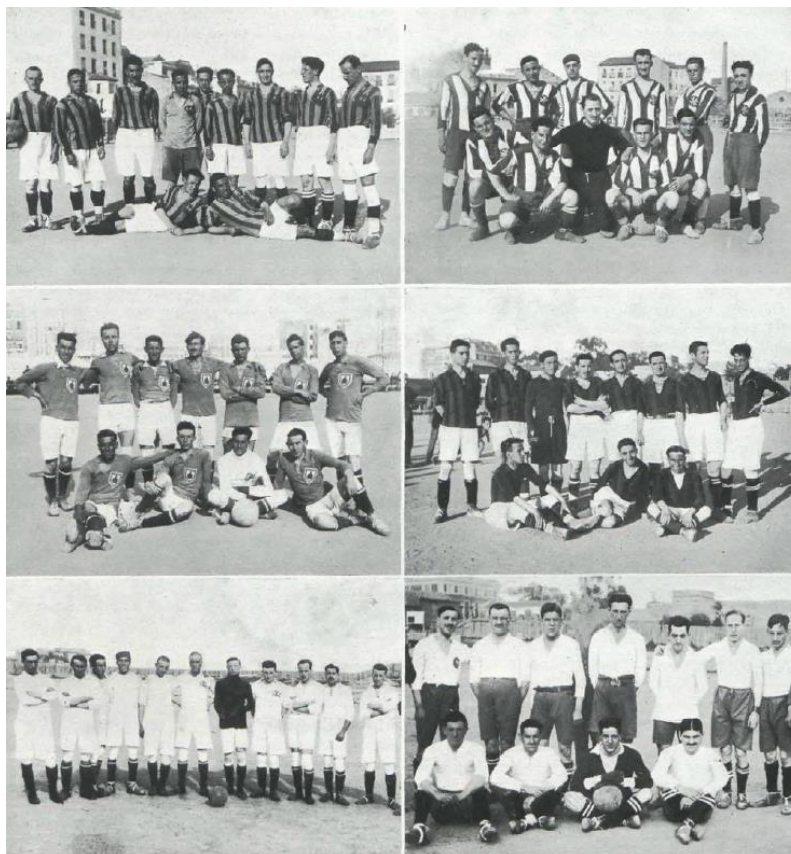


Figura 1. “Campeonato Militar del Centro: El “Inmemorial del Rey”.- Sanidad Militar.- El 12º Ligeró.- Covadonga.- Batallón de Instrucción.- Lanceros del Príncipe.” *Heraldo Deportivo*, 5 de junio de 1921, p. 204. Fuente: Hemeroteca Biblioteca Nacional de España

b) La cruzada nacionalizadora, 1923-1930.

En el período de entreguerras muchas naciones se remozaron de propagandas regeneracionistas y patrióticas, con lo cual el deporte fue utilizado como dispositivo

⁸⁰ Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ: “Las Campañas de Marruecos (1909-1927)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2:3 (2013), pp. 58-71.

⁸¹ María GÁJATE BAJO: “El desastre de Annual. El pleito de las responsabilidades en la prensa (1921-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2:3 (2013), pp. 119-138.

⁸² A. C. y M., “De lo que pasa y deja de pasar. Comentando el momento II”. *Madrid-Sport*, 31 de agosto de 1922, pp. 5-6.

⁸³ Francisco VÁZQUEZ GARCÍA y Richard CLEMINSON: *Los invisibles: Una historia de la homosexualidad en España, 1850-1939*, Granada, Comares, 2011, p. 199.

simbólico y trivializó en la continuidad de los escenarios bélicos.⁸⁴ En España, también fue así, y de aquí surgió el intento de organizar una política deportiva centralizada y dirigida por el poder militar. En esta política también subyacía un proceso de españolización volcado a debilitar la pujanza de los nacionalismos catalán y vasco. Como citaba Joaquín Aguilera, tras inspeccionar la organización de la educación física en algunas de naciones de Europa:

«En todos ha surgido la iniciativa de las clases directoras del Ejército, compelidas por la necesidad de tener hombres fuertes y esforzados para el servicio militar; de aquí que, en todas, la norma ha partido de las Escuelas Centrales de Educación Física. Fundada por iniciativa de dichos elementos, cuyos trabajos de propaganda han ido creando a favor de su solución».⁸⁵

La tardía llegada de la cultura física en el ejército provocó, aparte de las numerosas críticas, una inmediata reacción de la ECG en la planificación y organización de la educación física civil y militar: «En los ejércitos de todas las grandes naciones las prácticas de cultura física y ejercicios deportivos están considerados como obligatorios desde hace muchísimos años».⁸⁶

En la década de los *felices años veinte* se abrió un período de recuperación económica que también repercutió en el desarrollo del deporte-espectáculo y de masas, aspecto que configuró un cambio substancial en los hábitos recreativos de la juventud. No obstante, los conflictos generados a raíz de la Guerra de Marruecos, las denuncias de corrupción⁸⁷ y las violentas protestas del movimiento obrero urbano y en el campo andaluz fueron motivos para justificar el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera con el apoyo de las élites burguesas –13 de septiembre de 1923 - 28 de enero de 1930–. Esta nueva situación determinó un giro político –una obsesión conceptual– por encauzar la cultura física y el deporte, como elementos de modernidad y de regeneración nacional.⁸⁸

En lo militar aumentó la literatura técnica para la instrucción gimnástica y la preparación física del soldado y, además, se pusieron en marcha los campeonatos de-

⁸⁴ George L. MOSSE: *Soldados Caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2016 [ed. original en inglés de 1990].

⁸⁵ Joaquín DE AGUILERA Y OSORIO: *Memoria sobre la organización de la educación física en Francia, Alemania, Suecia e Italia*, Imp. Lib. y Casa Ed. Hernando (S.A.), Madrid, 1928, p. 6.

⁸⁶ “La cultura física en el ejército”, *La Unión Ilustrada*, 3 de junio de 1923, p. 40.

⁸⁷ Juan PICASSO: *Expediente Picasso*. México, Frente de Afirmación Hispanista, 1976.

⁸⁸ Estos elementos quedan muy reflejados en *Armas y Deportes (1924-1931)* –revista quincenal ilustrada deportiva– órgano oficial y propiedad de la Junta Central del Tiro Nacional.

portivos y se potenciaron proyectos como la Institución sevillana de Educación y Cultura física.⁸⁹ Este giro, también fue apoyado por el Dictador en persona, que anteriormente había mostrado una posición crítica a la poca atención que se prestaba a la educación física. Pero, además, influía el sello de militarización que en Europa se estaba infiltrando en la educación física escolar y en las sociedades deportivas. Tampoco era insignificante la preocupación ante las críticas por fortalecer las tropas en África. El mismo Ernesto Giménez Caballero, que tanto reprendió la campaña del Rif,⁹⁰ invocaba al deporte para vigorizar a los jóvenes y así evitar que volvieran a repetirse las penurias de aquellos «pachuchos, amilanados, irrisorios» que fueron a Marruecos.⁹¹

Y, finalmente, existía otro motivo, a nuestro entender el más importante, utilizar el deporte para inocular una nacionalización de las masas —especialmente dirigida a la contención proletaria y separatista— utilizando para ello el cuartel, las escuelas, los clubes deportivos, las entidades culturales y asociaciones como el Tiro Nacional.⁹² Por lo tanto, en el marco de la coyuntura internacional de postguerra,⁹³ durante la Dictadura se activaron *dispositivos* nacionalizadores, de un renovado regeneracionismo, dirigidos a las juventudes en la idealización de un «hombre nuevo».⁹⁴

En este sentido, todas las intervenciones gubernamentales fueron condicionadas por el Ministerio de la Guerra y toda educación física y deportiva fue supeditada a la formación militar y a los requerimientos bélicos;⁹⁵ el ejemplo de la última guerra no dejaba dudas:

«Las naciones que en ella tomaron parte fomentaron durante el transcurso de la guerra la práctica de los ejercicios gimnásticos y deportivos, y merced a su desarrollo pudo acortarse, sin prejuicio alguno, la duración de la ins-

⁸⁹ Salvador LÓPEZ: “Institución sevillana de Educación y Cultura física”, *Armas y Deportes*, 17 de mayo de 1927, p. 25.

⁹⁰ Ernesto GIMÉNEZ-CABALLERO: *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, 1983.

⁹¹ Ernesto GIMÉNEZ-CABALLERO: “Los juegos nacionales. Muerte y resurrección de los toros I”, *El Sol*, 15 de septiembre de 1924, p. 2.

⁹² Xavier TORREBADELLA: “«Ludos pro Patria»: Aprender a disparar para salvar la nación”, *La Razón Histórica. Revista Hispanoamericana de Historia de las Ideas*, 40 (2018), pp. 133-164.

⁹³ George L. MOSSE: *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa, 2000 [ed. original en inglés de 1996], p. 129: «La Primera Guerra Mundial expuso la agresividad del nacionalismo a todas las miradas, e hizo del hombre como guerrero el centro de su búsqueda de un carácter nacional». «La primera guerra mundial enlazó el nacionalismo y la masculinidad como nunca lo habían estado antes y, al hacer esto, condujo al clímax todas aquellas facetas de la masculinidad que habían estado sencillamente latentes y que ahora encontraban su apogeo».

⁹⁴ Enzo TRAVERSO: “Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse y Zeev Sternhell y Emilio Gentile”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, 60:4 (2005), pp. 227-258. Xavier TORREBADELLA FLIX: “En torno a los orígenes del voleibol en España en el espacio escolar, civil y militar (1920-1936)”, *RICYDE. Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, 56 (2019): 187-208. <https://doi.org/10.5232/ricyde2019.05600>

⁹⁵ Juan Andrés CAMBEIRO: op. cit., p. 355.

trucción militar pura enviando a los contingentes a la línea de fuego en plazos relativamente breves y en condiciones de prestar servicio de campaña. Tan evidentes fueron los resultados obtenidos, que después de la guerra, todos los países han procurado impulsar y también centralizar y encauzar cuanto concierne a la educación física de la juventud unificando sus métodos de enseñanza desde la niñez hasta la edad adulta, y atendiendo de modo preferente a su aprovechamiento para el Ejército.»⁹⁶

Alejandro Quiroga señala que este interés gubernamental se plasmó en un «impulso modernizador en la enseñanza de la educación física».⁹⁷ Entre el elenco de medidas adoptadas se encuentran los estudios de la educación física en países extranjeros; el ordenar a la ECG centro de formación militar y civil de educación física; la creación de la Comisión Interministerial de Educación Física; y, además, extender la educación física premilitar en las escuelas y las instituciones post-escolares. Con esta intromisión, la Dictadura «aplicó las mismas técnicas de adoctrinamiento militar para la nacionalización de la población civil»,⁹⁸ es decir, deseaba conducir a toda la población a un sistema de acuartelamiento masivo.

Ante la falta de un definitivo *Reglamento* de educación física militar aparecieron otras propuestas.⁹⁹ En resumen, puede decirse que todas ellas concretaron una mejor aplicación de la instrucción física en las tropas. En todas seguía prevaleciendo el método gimnástico sueco y las prácticas de tiro, esgrima de fusil, luchas y boxeo, carreras y marchas, lanzamientos de pesos y franqueos de obstáculos, etc., eso sí, aparecía una clara orientación hacia los deportes, especialmente el fútbol: «los Jefes de Cuerpo deben de autorizar todos los equipos de *foot-ball* que quieran constituir por su cuenta los reclutas de cuota».¹⁰⁰ Se hacía pues evidente la necesidad de la práctica deportiva como lo hacían «inmejorables» ejércitos extranjeros:

⁹⁶ R. D. Presidencia del Directorio Militar, de 8 de mayo de 1925 (1925, 9 de mayo). *Gaceta de Madrid*, n.º 129, pp. 765-766.

⁹⁷ Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles...*, p. 161.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 175.

⁹⁹ BLANCO YZAGA y EYARALAR ALMAZÁN: *Gimnasia de aplicación: Método seguido en la Escuela Central de Gimnasia*, Toledo, Imp. Colegio María Cristina, 1923, p. 6. Capitán ARDANAZ: *Cuarenta minutos diarios de educación física: Posibles normas para un curso anual en los regimientos*, Logroño, Tip. del 13 Regimiento Ligero, 1924. Comandante Manuel GIMÉNEZ RUBIO, Manuel: *Apuntamientos de educación física*, Burgos, Imp. de Segundo Fournier, 1924.

¹⁰⁰ Augusto CONDO: *Manual del instructor de gimnasia, para uso de los oficiales y clases instructores de reclutas*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1923, pp. 38-39.

«Así se ve en los juegos olímpicos equipos que representan Ejércitos extranjeros, los cuales son verdaderos especialistas, el Inglés, en su clásico balón-pié, el Sueco en atletismo completo, el Yanqui en sus largas carreras de obstáculos (Cross country), el Francés en su Rugby y pugilismo, los Belgas como campeones mundiales de la natación y es verdaderamente laudable que así ocurra, sin tener en cuenta las ventajas e inconvenientes de cada uno, sino como medio de poner el cuerpo del soldado en condiciones de guerrar...»¹⁰¹

De todos modos, existía la preocupación por poseer un sistema de educación física militar propio, lo cual provocó que el general José Villalba –ex Ministro de la Guerra– emprendiese un viaje de estudios por Europa para comprobar la organización de la educación física en otros ejércitos.¹⁰²

Puede decirse que el final de la Guerra del Rif se inició una nueva fase en el desarrollo de la educación física militar. El cese del conflicto proporcionó un excedente del cuerpo de oficiales que fue ocupado en tareas civiles; los formados en la ECG se vincularon a la educación física escolar y a la promoción deportiva.

Esta nueva etapa se inició con el *Reglamento de instrucción física para el Ejército*,¹⁰³ que concretó el modelo de la ECG, es decir, la combinación entre la gimnástica sueca, que proporcionó el método del coronel Lefebure (1861-1928),¹⁰⁴ el método natural de Hébert y el modelo deportivo inglés (atletismo y juegos deportivos: baloncesto, fútbol, voleibol o balonmano).¹⁰⁵

El *Reglamento* incidía en la llamada «educación física nacional», entendiéndose por ello la sucesión de organizaciones (escuela, taller, universidad, cuartel y sociedades deportivas) dispuestas a transferir los valores pedagógicos de una cultura física y deportiva propia. Se cubría así, los tres períodos de formación: escolar, postescolar, pre-militar, militar y post-militar; es decir, toda una planificada preparación para el «gran

¹⁰¹ Antonio CASTEJÓN ESPINOSA: *Apuntes de gimnasia para infantería*, Barcelona, Regimiento de Infantería Jaén 72, 1925, pp. 4-5.

¹⁰² José VILLALVA: *Organización de la Educación física e Instrucción militar en Francia, Suecia, Alemania e Italia*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1927. Xavier TORREBADELLA: “La educación física comparada en España (1806-1936)”. *Historia Social y de la Educación*, 3:1 (2014), pp. 25-53.

¹⁰³ El *Reglamento* fue aprobado por el Ministro de la Guerra, Duque de Tetuán, R. O. de 11 de abril de 1927 (Diario Oficial, n° 85).

¹⁰⁴ Lieutenant-Colonel LEFÉBURE: *Méthode de Gymnastique éducative Suédoise*, Paris, Librairie Félix Alcan, 1914. Lefebure fue el primer presidente de la Federación Internacional de Gimnasia Educativa fundada en Bruselas en 1923.

¹⁰⁵ DIRECCIÓN GENERAL DE PREPARACIÓN EN CAMPAÑA: *Reglamento de instrucción física para el ejército*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1927 (3 t.).

juego de la guerra». ¹⁰⁶ Asimismo, se constataba la práctica de los deportes, puesto que preparan a «los hombres a reunir un esfuerzo máximo que habremos de pedirles en el combate, desarrollan la emulación, y los juegos deportivos la cohesión, compañerismo y suma de esfuerzos y suma de esfuerzos en pro de la victoria colectiva». ¹⁰⁷

Como se ha dicho, la acción militar de la educación física se extendió a la población civil. A propósito de la labor de la ECG es demostrativa la conferencia del profesor de educación física Adolfo Revuelta, que pedía a la institución militar una participación directa en la formación del profesorado civil, es decir, «tutelar la Gimnasia civil hasta que pueda ser autónoma, caminando paralelamente en esta obra común de regeneración física». ¹⁰⁸

La influencia de la ECG se reafirmó con la organización e inspección de la educación física escolar y una «ciudadanía-premilitar». Con lo cual, la Dictadura trató de ejercer un control sobre el asociacionismo deportivo. ¹⁰⁹ Una muestra fueron los programas para extender la formación de masas a través de la *Cartilla Gimnástica Infantil*, ¹¹⁰ para la primera enseñanza –primer libro oficial de la educación física en España– y, el tardío proyecto de Educación física, ciudadanía y premilitar.

Esta *Cartilla* seguía el formato de «las cartillas militares francesa de gimnástica, emanadas de la Escuela Nacional de Joinville le Pont y editadas por Berger-Levrault bajo la dirección del doctor Boigey». ¹¹¹ Eso sí, singularmente adoptó un renovado regeneracionismo nacionalizador; de aquí que el discurso ideológico se inoculara significativamente en la aplicación de la *Cartilla*:

«Cuando la fe en la educación física prenda en las almas, ilumine las inteligencias, exalte los corazones españoles, la regeneración física de la raza será un hecho que, unido a la regeneración moral y política ya iniciada, conver-

¹⁰⁶ DIRECCIÓN GENERAL DE PREPARACIÓN EN CAMPAÑA: *Reglamento de instrucción física...*, t. III, p. 59.

¹⁰⁷ MINISTERIO DE LA GUERRA: op. cit., p. 165.

¹⁰⁸ Adolfo REVUELTA FERNÁNDEZ: *Labor pedagógica de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo: Conferencias pronunciadas en la Radio-Ibérica de Madrid el 26 de marzo y el 19 de abril de 1925*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1926, p. 14.

¹⁰⁹ Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: ««Los apóstoles de la Patria». El Ejército como instrumento de nacionalización de masas durante al Dictadura de Primo de Rivera», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34:1 (2004), pp. 243-272.

¹¹⁰ MINISTERIO DE LA GUERRA. ESCUELA CENTRAL DE GIMNASIA: (Publicaciones del Directorio Militar. Ministerio de la Guerra. Escuela Central de Gimnasia) *Cartilla Gimnástica Infantil*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1924. Antonio David GALERA PÉREZ: «Cartilla Gimnástica Infantil (1924): primer texto oficial español de la educación física escolar», *Materiales para la Historia del Deporte*, 17 (2018), pp. 17-41.

¹¹¹ José A. TRABAL: «La Cartilla Gimnástica Infantil», *La Jornada Deportiva*, 8 de septiembre de 1924, p. 3.

tirá en realidad la anhelada esperanza de los hijos de la amada España, que es verla poderosa y vencedora, no solamente en el campo de la batalla sino en el de la economía.»¹¹²

Con lo cual, la *Cartilla Gimnástica Infantil* marcó, por primera vez en España, la presencia de una educación física escolar obligatoria, y en palabras de José Antonio Trabal i Sans (1896-1980): «el primer paso excelente hacia la regeneración de nuestra raza y la disciplinación de sus inconscientes impulsos». ¹¹³

Otras contribuciones de militares para orientar la educación física civil y escolar provinieron del capitán Rodrigo Suárez, *Gimnasia educativa sueca*; ¹¹⁴ del capitán Augusto Condo, *Gimnasia e hidroterapia en el desarrollo infantil*; ¹¹⁵ del teniente de Infantería Esteve González, *Colección de juegos infantiles para la educación física en las escuelas primarias*; ¹¹⁶ o del comandante Manuel Giménez Rubio, director del Centro de Educación Física de Burgos. ¹¹⁷

La ECG también se encargó de divulgar reglamentos y manuales técnicos de especialidades deportivas (baloncesto, voleibol, balonmano, rugby o *korf-ball*). ¹¹⁸ Hay que destacar, especialmente, los manuales de atletismo de Ricardo Villalba y José Hermosa, ¹¹⁹ y el tratado de esquí del capitán Emilio Blanco Yzaga. ¹²⁰ Aparte, también se editó un *Reglamento provisional para el juego del polo militar*, deporte cuya alcurnia tenía en los aristócratas militares una privativa práctica. ¹²¹ Así pues, la posibilidad de que en los cuarteles se ensayasen con las tropas estos deportes desconocidos –además

¹¹² MINISTERIO DE LA GUERRA: op. cit., p. 7.

¹¹³ José A. TRABAL: op. cit., p. 3.

¹¹⁴ Rodrigo SUÁREZ ÁLVAREZ: *Gimnasia educativa sueca*, Toledo, Imp. Colegio de María Cristiana, 1925.

¹¹⁵ Augusto CONDO GONZÁLEZ: *Gimnasia e hidroterapia en el desarrollo infantil. Medios fáciles de aplicación en las clases proletariadas*, Madrid, Suc. Rivadeneyra, 1927.

¹¹⁶ F. ESTEVE GONZÁLEZ: *Colección de juegos infantiles. Recopilados para su adaptación en la lección de gimnasia*, Toledo, Imp. Colegio de María Cristina, 1929.

¹¹⁷ Manuel GIMÉNEZ RUBIO: *Apuntamientos de educación física*. Burgos, Imp. de Segundo Fournier, 1924.

¹¹⁸ ESCUELA CENTRAL DE GIMNASIA: *Baloncesto (Basket-Ball) Reglamento y Técnica*, Toledo, Colegio de María Cristina, 1925; *Balonvolea: Volley-ball. Reglamento de juego*, Toledo, Est. Tip. de G. Imp. del Colegio de María Cristina, 1925; *Lucha de tracción a la cuerda*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1925; *Foot-ball Rugby: Reglamento*, Toledo, Imp. Colegio María Cristina, Toledo, 1927; *Baloncesto: (Basket-ball). Reglamento y técnica*, Toledo; Colegio de María Cristina, 1928; *Balón a mano (Hand-ball)*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1929; *Baloncesto Libre. Korf-ball*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1929.

¹¹⁹ Ricardo VILLALVA y José HERMOSA: *Atletismo. t. I. Carreras*, Toledo, Tip. Rafael G. Menor, 1929; *Atletismo. t. II. Relevos, saltos, vallas*, Toledo, Tip. Rafael G. Menor, 1929; *Atletismo. t. III. Lanzamientos. Comentarios del Reglamento Internacional de Atletismo. Campos deportivos*, Toledo, Tip. Rafael G. Menor.

¹²⁰ Emilio BLANCO YZAGA: *Esquí: esta obra contiene las nociones elementales y útiles destinadas a orientar el novicio en este ejercicio invernal...*, s.e., s.l. [Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina], 1927.

¹²¹ DIRECCIÓN GENERAL DE PREPARACIÓN EN CAMPAÑA: *Reglamento provisional para el juego del polo militar*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1926.

del fútbol— hace de la institución militar un elemento clave en el proceso de divulgación popular del deporte. Por lo tanto, no podemos desfavorecer la labor sobre la deportivización que realizó el ejército entre la juventud, que al finalizar su periodo de reclutamiento se convirtió también en la difusora del estímulo deportivo.

Con el *Curso de información para comandantes del ejército sobre educación física, ciudadanía y premilitar*,¹²² organizado por el Comité Nacional de Cultura Física,¹²³ se proyectó con estos comandantes —que provenían de los excedentes forzosos, al finalizar la Guerra de Marruecos¹²⁴— el plan de educación física del Servicio Nacional de Educación Física, Ciudadanía y Premilitar (SNEFCP) [figura 2], que dirigió el general José Villalba.



Figura 2. “La Comisión de Educación ciudadana, física y premilitar, bajo la presidencia del general Luque”, *Armas y Deportes*, 1 de julio de 1927, p. 5.

Fuente: Archivo General Militar. Biblioteca Virtual de Defensa.

El Comité Nacional de Educación Física autorizó a la ECG para ocuparse de todos los ámbitos de la cultura física. Por otro lado, al dotar a las entidades gimnástico-deportivas el carácter de «beneficiosas para el Estado», fue la estrategia para fiscalizar, controlar, dirigir y *reorientar* todo el asociacionismo existente. En definitiva, el *Curso de información para comandantes...* representó la guía política para la organiza-

¹²² ESCUELA CENTRAL DE GIMNASIA: *Programa del curso de información sobre educación física, ciudadanía y premilitar para comandantes del ejército destinados a las cabezas de partido, para dirigir e impulsar estos aspectos de la formación del ciudadano*, Toledo, Imp. de María Cristina, 1929.

¹²³ COMITÉ NACIONAL DE CULTURA FÍSICA: (Comité Nacional de Cultura Física. Escuela Central de Gimnasia) *Curso de información para comandantes del ejército sobre educación física, ciudadanía y premilitar*, Toledo, Imp. del Colegio de María Cristina, 1929.

¹²⁴ Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles...*, pp. 186-198.

ción y control de la educación física y el deporte en todo el Estado.¹²⁵ Sin embargo, el SNEFCP no alcanzó sus objetivos civiles y fracasó estrepitosamente en construir las bases de una sociedad militarizada.¹²⁶ Con ello se produjo una «nacionalización negativa» que enardeció la contingencia de los desafíos ideológicos que tenía la Dictadura:

«El deseo de moldear las mentes y cuerpos de los españoles llevó al Gobierno a imaginar una sociedad controlada y educada por el Ejército desde la cuna hasta los treinta y ocho años. En este sentido, el régimen se orientó hacia el control totalitario de las vidas de los españoles.»¹²⁷

A modo de conclusión

La ECG se desarrolla durante los años veinte en un período de expansión del deporte de masas y bajo el dominio de la gimnasia sueca. Tiene además su punto más álgido en la dictadura primorriverista, cuyas políticas deportivas fracasaron al utilizar a los militares como poderes disciplinarios para españolizar a las masas. Sin duda, el principal beneficiario fue al mismo deporte, que se restableció simbólicamente en las afirmaciones clasistas y la plurinacionalidad y diversidad ideológica existente.

Aparte, a pesar de los intentos por colonizar el sistema escolar de una cultura militar, la educación física siguió el curso de una caótica legislación educativa que se mostraba incapaz de solucionar los verdaderos problemas de esta enseñanza.¹²⁸

La ECG estuvo influenciada por la coyuntura internacional de entreguerras y es en este escenario que participó a fraguar la conjunción artificiosa de *dispositivos disciplinares* entre la educación física y el deporte; es decir, elaboró vínculos subyacentes para reclutar y militarizar a ciudadanos y encauzar, siguiendo la tesis de George L. Mosse,¹²⁹ la agresividad patriótica que necesita toda nación para legitimarse entre las masas.

¹²⁵ Santiago de CASTILLA: *Cartilla de educación ciudadana y cultura física: Compendio de los deberes de todo ciudadano español y descripción de las virtudes patrióticas. Conferencias sujetas a las instrucciones recibidas por los Jefes del Ejército, nombrados Inspectores de cultura ciudadana y física e instrucción premilitar. Indispensable en las Escuelas públicas, centros culturales ciudadanos y escuelas militares de instrucción premilitar*, Madrid, Imp. de Juan Pueyo, 1929.

¹²⁶ Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ: “La Dictadura de Primo de Rivera: una propuesta de análisis”, *Anales de Historia Contemporánea*, 16 (2000), pp. 337-408.

¹²⁷ Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles...*, p. 197.

¹²⁸ Xavier TORREBADELLA: “La educación física comparada en España (1806-1936)”, *Revista Historia Social y Educación*, 10:3 (2014), pp. 25-53. doi: 10.4471/hse.2014.02.

¹²⁹ George L. MOSSE: *La imagen del hombre*.

En los cuarteles, la educación física y deportiva era un *dispositivo* más de las políticas públicas de saneamiento moral y de vigorización de la raza; conformaban parte de una *medicina social* focalizada en el conflicto obrero o, como citaba el doctor Ángel Pulido, en la «infección degenerada, maligna del obrero». ¹³⁰

Sin embargo, aún y las significativas contribuciones de la ECG en el campo civil, que no se deberían magnificar, ¹³¹ la educación física y el deporte conquistó su institucionalización en las propias reivindicaciones del profesorado de gimnástica y en la pujanza asociacionista deportiva; elementos que también colaboraron a sostener la cultura física en el ejército. ¹³²

Concluimos que en la institucionalización gimnástico-deportiva de la educación física en el ejército aparece un *teatro político* que, en la coyuntura de una sociedad compleja y en plena expansión capitalista, trató de reafirmarse en la ciudadanía. Se persiguió la militarización de todo el país y para ello se utilizó el servicio militar y la educación física escolar y el deporte; todo remozado de discursos patrióticos en un nuevo marco de regeneracionismo español. Si en parte, subyacía la lógica que había que salvaguardar los intereses del poder –económico y político–oligárquico dominante, fuese conservador o liberal, por la otra, había que protegerse de las amenazas internas o, dicho de otro modo, evitar las contingencias de los procesos revolucionarios populares y, también, frenar las aspiraciones separatistas de los *Otros* nacionalismos.

La educación física y el deporte en el ejército no fueron concebidos como una recreación, ni su práctica pretendía un ejercicio saludable. En el fondo subyacía una biopolítica que preparaba en el cuartel a los *soldados de cupo* para resistir o morir en el combate; un combate que se había iniciado en los imaginarios “juegos de guerra” de la infancia. Y así, con la disciplinada gimnástica sueca, la formación premilitar, la gimnástica de aplicación y los deportes –sobre todo fútbol y atletismo– y, luego, al salir del cuartel, con el deporte *post-militar* de las sociedades y clubs, se preservaba la *lógica militar* y se ocultaba el poder reaccionario del Estado. A través de la escuela, el cuartel y club deportivo se arbitraban los *dispositivos* disciplinares de las masas y se inventaban tradiciones (por el poder político, militar, religioso, burgués...) para españolizar, *reclutar* y *armar* a la sociedad civil. Por consiguiente, no hay más que aprobar a Hobsbawm cuando sostiene que lo verdaderamente valioso del deporte es la facilidad con la que se pueden inventar e introducir los sentimientos nacionales en la población. ¹³³

¹³⁰ Ángel PULIDO: *La Degeneración del Socio-Sindicalismo. Necesidad de su regeneración higiénica y moral*, Madrid, Núñez Samper, 1921, p. 346.

¹³¹ Teresa GONZÁLEZ AJA: “La política deportiva en España...”, p. 173.

¹³² Xavier TORREBADELLA: “Los apóstoles de la educación física...”

¹³³ Eric HOBBSBAWM: op. cit., pp. 152-153.

La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)

The battle of the hunger: military mobilization,
life conditions and experiences of misery
during the Spanish Civil War (1936-1939)

Claudio Hernández Burgos
Universidad de Granada
chb@ugr.es

Resumen: Dentro de la extensa bibliografía sobre la Guerra Civil, la manera en que los españoles experimentaron el conflicto constituye uno de los temas menos explorados por los investigadores. Pese a que en los últimos años los nuevos enfoques de la historia militar y de la historia de la guerra han avanzado en este campo, lo cierto es que las transformaciones políticas, sociales, culturales y emocionales experimentadas por combatientes y civiles durante el periodo bélico todavía no han sido abordadas con la profundidad necesaria. Este artículo dirige la mirada a las experiencias de guerra, examinando de manera particular la incidencia que las condiciones de vida tuvieron en la construcción de las mismas. Para ello se presta atención al frente y a la retaguardia, entendidos como espacios interconectados, fluidos y de contornos cambiantes. De una parte, el texto se centra en las vivencias de los combatientes que acudieron al frente, evaluando de qué manera cuestiones tales como la calidad, la variedad y la regularidad de la alimentación influyeron sobre su estado de ánimo y contribuyeron a forjar su experiencia bélica. De otra parte, el artículo explora la situación de ambas retaguardias, señalando la importancia adquirida por los abastecimientos y el deterioro de las condiciones de vida de la población civil con el transcurso de la guerra. El análisis de tales experiencias se basa, además de en bibliografía especializada y prensa, en documentación archivística de diversa procedencia y,

de manera especial, en testimonios y cartas que puedan acercarnos a la construcción subjetiva de la contienda por parte de combatientes y civiles. Solo atendiendo a las percepciones particulares de la guerra y a los elementos que conformaron la vivencia diaria de la lucha armada en el frente y en la retaguardia, podemos entender sus actitudes, comportamientos y estrategias de supervivencia; pero también trazar las continuidades entre estas experiencias de miseria y las de los años de posguerra. El hambre y la escasez formarían parte de la memoria popular durante décadas.

Palabras clave: Guerra Civil, frente, retaguardia, experiencias, condiciones de vida, movilización

Abstract: The ways in which Spaniards experienced the Spanish Civil War is one of the least explored areas of the conflict. Despite the fact that, in recent years, new approaches to military history and the history of war have made significant progress in this field, the fact is that the political, social, cultural and emotional transformations experienced by combatants and civilians during wartime have not yet been explored in-depth. This article studies Spaniards' war experiences through a focus on living conditions. To do so, it pays attention to both the frontline and the rearguard as interconnected and fluid spaces with changing borders. The text analyses the combatants' experiences at the front, assessing the way in which the quality, variety and regularity of food supply influenced their morale and helped shape their experience of the trenches. Furthermore, the article deals with the situation of both rearguards, highlighting the importance of foodstuffs and the decline of living conditions among civilians throughout the war. The analysis of such experiences is based, in addition to specialized bibliography and newspapers, on a variety of archival documentation and, in particular, on personal testimonies and family correspondence that may contribute to our knowledge of the subjective construction of the war both by combatants and civilians. Only by paying attention to the particular perceptions of the conflict and to the elements that shaped the daily experience of the armed struggle at the front and in the rear, is it possible to understand the attitudes, behaviors and survival strategies of the populace. Such an analysis also makes it possible to trace the continuities between these experiences of misery and those of postwar Spain. The hunger and scarcity of these years would remain part of popular memory for decades

Keywords: Spanish Civil War, frontline, home front, experiences, life conditions, mobilization

Para citar este artículo: Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 207-228.

Recibido 20/07/2018

Aceptado 17/05/2019

La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)

Claudio Hernández Burgos*

Universidad de Granada

chb@ugr.es

Si, como se ha señalado recientemente, «entre los temas más descuidados de la bibliografía de la Guerra Civil cabe destacar la economía de guerra», las consecuencias de esta sobre las condiciones de vida de los combatientes y civiles que vivieron el conflicto han permanecido en un plano secundario de la investigación.¹ Solo en los últimos años se ha profundizado de manera más decidida en el análisis de las transformaciones experimentadas por los combatientes durante la contienda, los componentes emocionales e identitarios que dieron forma a sus vivencias en las trincheras o los heterogéneos condicionantes que marcaron la existencia de la sociedad civil durante el periodo.² Unos avances que evidencian una nueva manera de entender la historia militar y la historia de la guerra, donde las experiencias han ido ganando peso.³ De hecho, las experiencias individuales y colectivas que se configuraron durante la Guerra Civil española constituyen una pieza clave para entender no solo el propio conflicto, sino el régimen al que dio vida y las políticas de memoria que impulsó.⁴ Desde la violencia a la configuración de una nueva realidad cotidiana, pasando por el establecimiento de los cimientos del modelo económico autárquico y las primeras experiencias de hambre y escasez, numerosos elementos tuvieron su origen en los años de la guerra.

* El autor es miembro del Proyecto I+D+I: “Historia y Memoria del hambre: sociedad, vida cotidiana, actitudes sociales y políticas de la dictadura franquista (1939-1959)” (Ref.: HAR2016-79747 R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad

¹ Carlos BARCIELA LÓPEZ y M^a Inmaculada LÓPEZ ORTIZ: “Una nación en crisis y dos economías enfrentadas. La historiografía económica de la Guerra Civil Española”, *Studia Histórica Historia Contemporánea*, 32 (2014), p. 198.

² Por ejemplo: Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española*, Madrid, Marcial Pons, 2006; y, más recientemente, Miguel ALONSO IBARRA: “Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz”, *Ayer*, 109 (2018), pp. 269-295.

³ David ALEGRE LORENZ: “Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 164-196; y James MATTHEWS, “The Wartime Mobilization of Spanish Society, 1936-1944”, en *id.* (ed.): *Spain at War. Society, Culture and Mobilization*, Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2019, pp. 1-12,

⁴ Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

El objetivo de este trabajo es examinar el papel que las condiciones de vida desempeñaron en la conformación de las experiencias bélicas a ambos lados de las trincheras para evaluar la influencia de la miseria y la escasez sobre sus comportamientos y estrategias de supervivencia, así como las continuidades entre dichas experiencias y la realidad de una posguerra marcada por el hambre. Frente a otras miradas que abordan de manera exclusiva la realidad del frente o de la retaguardia, en este texto se presta atención a ambas esferas, al considerarlas como espacios continuamente cambiantes y conectados a través del flujo constante de recursos materiales, individuos o información. Para desgranar las experiencias de soldados y civiles se utilizan informes y observaciones oficiales, pero también cartas y testimonios escritos, cuya percepción subjetiva de los acontecimientos, aunque insuficiente para conocer la vivencia de la guerra en toda su amplitud, descubre los miedos, deseos, preocupaciones y expectativas que le dieron forma.⁵ En primer lugar, la atención se centra en las trincheras con el propósito de explorar de qué manera las diferencias en las condiciones de vida de los combatientes de ambos bandos influenciaron su estado de ánimo, actitudes y acciones. El segundo apartado, en cambio, explora cómo afectaron el progresivo deterioro de los abastecimientos y la extensión de la escasez a quienes se encontraban lejos del frente. Para ello, se analiza la importancia concedida por ambos bandos al abastecimiento y los discursos propagandísticos elaborados para la retaguardia, evaluando hasta qué punto esta situación representó para muchos ciudadanos una primera “experiencia de hambre” que tendría su continuidad en la “España de la Victoria”.

Las condiciones de vida y los combatientes: miseria, desmoralización y supervivencia en las trincheras

Las experiencias de los combatientes se fueron construyendo merced a una multiplicidad de elementos de naturaleza muy heterogénea. Los sentimientos de camaradería trenzados junto a los compañeros de armas, el impacto de la violencia, el espíritu de aventura o el entusiasmo que caracterizó las actitudes de numerosos hombres jóvenes durante los primeros compases de la guerra fueron forjando mentalidades y conciencias marcadas por el signo de la lucha armada.⁶ Los elementos ideológicos, identitarios,

⁵ Bernd ULRICH y Benjamin ZIEMANN: *German Soldiers in the Great War: Letters and Eyewitness Accounts*, Barnsley, Pen & Sword, 2010. Véase también Verónica SIERRA BLAS: “Escribir en campaña: cartas de soldados desde el frente”, *Cultura escrita & Sociedad*, 4 (2007), pp. 95-116.

⁶ Sobre la multiplicidad de factores: Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Movilización militar y experiencia de Guerra Civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado”, en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, La Catarata, 2014, pp. 150-178.

emocionales y afectivos no pueden ser desplazados del análisis por más que insistamos en el carácter forzado de la movilización, en el pragmatismo e individualismo de muchos combatientes y en su falta de compromiso político.⁷ Explicar estas experiencias requiere reconocer su complejidad, su heterogeneidad y su construcción en un contexto marcado por el clima de exaltación y por la radicalización de los discursos y políticas de ambos bandos.⁸ Por esta razón, tampoco puede olvidarse la influencia de los componentes materiales. Las condiciones de vida –en términos de hambre, escasez y otras deficiencias– dieron forma a muchas de las vivencias experimentadas por los combatientes durante su estancia en las trincheras. El testimonio del escritor y voluntario antifascista George Orwell resultaba esclarecedor: «La guerra, para mí, significaba el rugido de los proyectiles y fragmentos de acero saltando por el aire, pero, significaba, sobre todo, barro, piojos, hambre y frío».⁹ Como él, los soldados que combatieron a los órdenes de los mandos rebeldes y republicanos sufrieron la miseria, la carencia de alimentos y las enfermedades derivadas de la falta de higiene continuada. Reconocer la centralidad que las condiciones de vida adquirieron para los combatientes resulta esencial para analizar cómo experimentaron la miseria, de qué manera dieron sentido y relataron el hambre y la escasez padecidas y, por último, qué acciones y estrategias llevaron a cabo para tratar de aliviarlas.¹⁰

La comida es uno de los factores más cruciales en el sostenimiento del esfuerzo bélico y, por consiguiente, en la consecución de la victoria sobre el enemigo.¹¹ En conflictos de larga duración que, como el español, se enmarcan dentro de la “guerra total”, la cuestión de los abastecimientos adquirió enorme relevancia.¹² La alimentación condicionó el estado de ánimo de los combatientes, pero también la producción

⁷ La postergación de los elementos ideológicos queda evidenciada en Michael SEIDMAN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003. Una tendencia que, aunque con matices, se mantiene en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO: “Introducción. Soldados para el frente: más allá de los alféreces provisionales y los comisarios políticos”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 13-21, esp. pp. 13-18.

⁸ Véanse Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936-1939”, *History: The Journal of the Historical Association*, 101-346, pp. 448-463 y Miguel ALONSO IBARRA: “Vencer es convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, Francisco COBO ROMERO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Fascismo y modernismo: política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-122.

⁹ George ORWELL: *Homage to Catalonia*, Nueva York, Penguin, 1937, p. 21

¹⁰ Se extrapola aquí la distinción entre «miedo», «discurso del miedo» y «acciones relacionadas con el miedo» realizada por Joanna BOURKE: *Fear: A Cultural History*, Londres, Virago, 2005.

¹¹ Ina ZWEINIGER-BARGIELOWSKA: “Introduction”, en Íd., Rachel DUFFETT y Allan DROUARD (eds.): *Food and War in Twentieth Century Europe*, Farham, Ashgate, 2011, pp. 3-4.

¹² Sobre el concepto de “guerra total” Robert CHICKERING: “Total War: The Use and Abuse of a Concept”, en Manfred F. BOERNEKE, Stig FÖRSTER y Robert CHICKERING (eds.): *Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 13-28.

y las políticas económicas de ambos bandos, y no solo para garantizar el abastecimiento propio, sino para propiciar la extenuación del enemigo hasta su completa derrota.¹³ A ambos lados de las trincheras, los mandos militares fueron inmediatamente conscientes de la necesidad de garantizar un abastecimiento conveniente de las tropas y tomaron numerosas medidas al respecto. Aunque todavía queda mucho por indagar en este campo, los estudios disponibles hasta la fecha señalan las notables diferencias existentes entre la zona republicana y la rebelde. El derrumbe del Estado, el proceso de fragmentación interna y la desorganización inicial que caracterizaron el territorio controlado por la República contrastaron con la severa disciplina política y administrativa impuesta por los mandos insurgentes. Una situación que, unida a la ineficacia de la ayuda internacional, el paulatino declive del bando republicano y el progresivo avance de las tropas rebeldes, aumentó las dificultades para el abastecimiento de los combatientes y propició un significativo deterioro de las condiciones de vida entre los integrantes del Ejército Popular.¹⁴ Por supuesto, la escasez y el hambre afectaron a combatientes de ambos bandos, pero con el transcurso de la guerra las condiciones de vida se volvieron especialmente dramáticas en las trincheras republicanas.¹⁵

En uno de los aspectos donde quedaron más evidenciadas las diferencias entre ambos ejércitos fue en la soldada de los combatientes. La paga de los soldados republicanos fue muy superior a la recibida por los rebeldes, quintuplicando el salario de preguerra.¹⁶ En noviembre de 1936 varios desertores republicanos manifestaron ante las autoridades rebeldes que entre sus antiguos camaradas reinaba la felicidad «por la paga y la libertad de que creen disfrutar». El brigadista estadounidense James Neugass decía sentirse satisfecho puesto que «cada diez días cobro 150 pesetas».¹⁷ Los integrantes del Ejército Popular llegaron a recibir en determinados momentos 10 pesetas al día, frente a los 50 céntimos de sus adversarios.¹⁸ No es de extrañar que en los primeros meses de guerra los salarios se convirtieran en un aliciente para la movilización de vo-

¹³ Para el caso español, veáse Robert CHICKERING, “Introduction”, en Martin BAUMEISTER y Stephanie SCHÜLER-SPRINGORUM (eds.): “*If you tolerate this...*” *The Spanish Civil War in the Age of the Total War*, Frankfurt, Campus Verlag, 2008, pp. 28-42.

¹⁴ Pablo MARTÍN ACEÑA: “La economía de la guerra civil. Perspectiva general y comparada”, en Pablo MARTÍN ACEÑA y Elena MARTÍNEZ RUIZ (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 17; y Carlos BARCIELA: “La economía y la guerra”, *Pasado y Memoria*, 8 (2009), pp. 19-20.

¹⁵ Michael SEIDMAN: “Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española”, *Alcores*, 4 (2007), pp. 101-123. Una visión crítica al respecto puede verse en Joan SERRALLONGA URQUIDI: “*El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936 a 1939*”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:13 (2018), pp. 527-544, esp. 540.

¹⁶ Pedro CORRAL: *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006, p. 86.

¹⁷ Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), Zona Nacional (ZN), Caja 2500, Carpeta 11, “Situación general manifestada por prisioneros y desertores”, 21-11-1936; y James NEUGASS: *La guerra es bella. Diario de un brigadista americano en la Guerra Civil española*, Barcelona, Papel de Liar, 2008, p. 101.

¹⁸ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013, p. 170.

luntarios y que incluso hubiera quienes alistaran a sus hijos por este motivo.¹⁹ Sin embargo, con el avance de la contienda los soldados republicanos dejaron de cobrar sus pagas con regularidad y vieron cómo la inflación y el valor real de las mismas afectaron a su poder adquisitivo, motivando numerosas quejas, puesto que de ellas dependía una mejor alimentación.²⁰ Un combatiente republicano relataba en una de sus cartas los estragos que estaba padeciendo porque le adeudaban el dinero correspondiente a cuatro meses de paga. Por su parte, otro soldado alicantino se lamentaba de las «calamidades» sufridas, ya que al no tener «ni un céntimo» no podían afrontar el pago de «50 ptas. mensuales» que debían darle al cabo de la unidad «para mejorar las comidas».²¹

La intranquilidad por las pagas evidenciaba hasta qué punto a muchos hombres les preocupaba la alimentación casi tanto como los ataques del enemigo. Una buena comida, por básica que resultara, podía tener efectos vivificantes sobre la moral de la tropa. Para el soldado del bando rebelde José Llordés el desayuno que pudo degustar en Talavera de la Reina a base de café, leche condensada y pan frito le llenó de satisfacción: «nos parecía que desayunábamos como príncipes».²² El 18 de diciembre de 1937, Neugass plasmó en su diario la alegría por el hecho de que, además de la comida, le hubieran suministrado chocolate y tabaco, y concluía: «Moral alta. Cigarritos, más chocolate, más comida caliente, más un sitio para dormir alejados del frío. Es lo único que importa».²³ A lo largo de la guerra, muchos combatientes hicieron referencia a la celebración de banquetes abundantes junto a sus camaradas. En los instantes iniciales de la contienda, un soldado rebelde mostraba su satisfacción por recibir «carne, bacalao, café, botes de leche condensada, harina, pan, tocino o azúcar» entre otros alimentos. Otros combatientes republicanos relataban cómo habían comprado «un cordero» y organizado «un banquete en la playa».²⁴ Y, ya en marzo de 1937, la 31ª Brigada Mixta tuvo la oportunidad de celebrar «un buen almuerzo consistente en pan, queso y coñac».²⁵ Sin embargo, como se desprende de la misma importancia que le

¹⁹ George ORWELL: op. cit., p. 14.

²⁰ Jordi MALUQUER DE MOTES I BERNET: «Inflación y guerra: la revolución del nivel general de precios en las dos España (1936-1939) en Enrique FUENTES QUINTANA (dir.): *Economía y economistas españoles en la Guerra Civil*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, p. 1128-1132; y Michael SEIDMAN: *A ras de suelo...*, pp. 112-113.

²¹ AGMAV, Zona Republicana (ZR), Caja 611, carpeta 2, 1938 y carpeta 7, s. d.

²² José LLORDÉS: *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 135.

²³ James NEUGASS: op. cit., p. 129.

²⁴ Los ejemplos en José LLORDÉS: op. cit., p. 65; Javier CERVERA GIL: «Historias mínimas: las cartas en la Guerra Civil española», *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 141-142, [https://e-
revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/article/view/3483/2119](https://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/article/view/3483/2119)

²⁵ Archivo de la Guerra Civil Española (AGCE), PS-Madrid, 595, caja 3506, citado en James MATTHEWS: *Soldados...*, p. 173.

otorgaban los combatientes, se trataba de episodios excepcionales dentro de una realidad caracterizada por la escasez.

En efecto, desde los primeros instantes de la contienda, surgieron problemas en los abastecimientos. Aunque la situación todavía no revestía grandes dificultades, en octubre de 1936 los mandos republicanos emplazados en el frente de Guadalajara hicieron constar el «decaimiento físico y moral» de las tropas encargadas de la defensa de Sigüenza por la falta de alimentos. Paralelamente, algunos informes de la zona rebelde alertaban de las «deficiencias» y la «falta de algunos productos» entre las tropas.²⁶ Incluso había quienes apuntaban que entre las razones de su evasión a territorio republicano se encontraba el hecho de que la comida era «muy mala» y el tabaco «poco y malo».²⁷ Con el transcurso de los meses, las condiciones de vida de los combatientes se endurecieron y, aunque el hambre y la escasez se extendieron a ambos lados de las trincheras, todo parece indicar que los integrantes del Ejército Popular las sufrieron en mayores proporciones. Aunque algunos informes de la “retaguardia roja” aseguraran que «tendría que variar mucho la situación para que el hambre fuera un factor decisivo», la realidad es que desde los últimos meses de 1937 y los primeros de 1938 las condiciones de vida en el frente republicano sufrieron un deterioro muy acusado.²⁸ «La comida ya no es tanta, escasea», observaba un soldado republicano a inicios de 1938.²⁹ Las cartas enviadas por los combatientes corroboraban el empeoramiento de su situación. Juan Navarro, integrante de la 85ª Brigada Mixta, le confesó a un amigo que tenía «muchas ganas de salir de aquí» porque llevaban «nueve días sin pan» y les iban a «matar de hambre». Otro combatiente republicano, convencido de que las condiciones del bando enemigo eran más benignas, afirmaba que «los que quedamos en este lado estamos pasando más que la tierra». «Nos están saliendo telarañas en el cielo de la boca» exponía otro soldado situado en el frente de Andalucía.³⁰ La situación se volvía más dramática en las fases de combate. Durante la batalla de Teruel, los mandos del Ejército Popular recortaron considerablemente la ración de pan de sus unidades, pasando de 400 a 300 gramos, e incluso hubo soldados que permanecieron varios días sin alimentarse.³¹

²⁶ AGCE, Servicio de Información General de Frentes (SIGF), carpeta 680, “Parte de un oficial de enlace en el frente de Guadalajara”, 1-10-1936.

²⁷ AGMAV, ZN, Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), Caja 2907/1, s. d.; y AGCE, SIGF, Caja 731, “Declaración del evadido Julio Jiménez Sánchez”, diciembre de 1936.

²⁸ AGMAV, ZN, caja 1222, carpeta 71, “Información del enemigo”, 19-4-1938.

²⁹ Citado en: Javier CERVERA GIL: op. cit., p. 142.

³⁰ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 2, “Carta de Juan Navarro García a Francisco Cánovas Fernández”, 1938 y “Carta de Diego Díaz a Francisco Valero”, 1938, carpeta 3, “Carta de Antonio Tena a Dolores Tena (Cuevas de Almanzora)”, 1938.

³¹ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra Total en España*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, pp. 249-250; Pedro CORRAL: op. cit., p. 177.

La escasez de las raciones recibidas por las tropas constituía el principal motivo de sus quejas. El soldado Jesús Company, perteneciente al Ejército de Andalucía, confesaba a sus familiares que su menú diario se componía exclusivamente de un «trozo de bacalao que es más pequeño que una onza de chocolate» por la mañana y “de almuerzo dos pedazos fritos». Su compañero de armas Francisco González denunciaba que a su unidad solo le daban «un café a las diez de la mañana y la comida a las cuatro de la tarde» y «ya nada hasta el otro día». ³² Pese a todo, no resultaba infrecuente que la parquedad de las raciones acabara por transformarse en una total ausencia de alimentos. Así, mientras un combatiente de la 86^a Brigada Mixta relataba a sus familiares que llevaban «5 días sin tomar nada por las mañanas», otro soldado emplazado en el parque móvil de Guadix (Granada) afirmaba estar «pasando más hambre que la hostia», porque no recibían desayuno. ³³ Ante este panorama, no resulta sorprendente que algunos hombres afirmaran que era «imposible tirar» con el suministro recibido o que no llegaran a entender cómo podían trabajar «hasta las 8 de la mañana» con solo «cuatro garbanzos y unas cuantas acelgas». ³⁴

Pero la escasez de las raciones no era el único motivo de descontento entre los combatientes del Ejército Popular. La insuficiente variedad y baja calidad de los alimentos recibidos tenían importantes efectos desmoralizadores, en la medida en que el acto de comer constituye una práctica cultural que no se reduce a la mera ingesta de calorías. ³⁵ Según un capellán falangista, un desertor republicano le confesó al llegar a territorio rebelde que hacía «cuatro días que no probaban el pan» y que en su unidad sobrevivían «solo con arroz». ³⁶ El soldado Ildefonso Vargas decía estar harto de recibir una alimentación monótona, puesto que comían «a base de lentejas y arroz solo con agua». La misma impresión ofrecía otro combatiente que afirmaba no recibir «nada más que garbanzos y lentejas y eso, como ya hemos comido tantas, ya las tenemos aborrecidas». ³⁷ La pobre calidad del rancho también era objeto de censura. La escasez

³² AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3 “Carta de Jesús Company a Angelina Fernández Hueso (Fiñana)”, 1938 y “Carta de Francisco González de la 223^a BM a Domingo Llamas Segura, 147 BM”, 1938.

³³ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de E. Martínez de la 86 BM a Luis Izquierdo Cartagena (Murcia)”, 1938, y “Carta de Antonio Escribano, mecánico del parque móvil del destacamento de Guadix a Emilia Graña, El Viso (Córdoba)”, 1938.

³⁴ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Miguel Mula Carrasco, apartado 20 Huélago escribe a Francisca Peña Morales, Uleila del Campo” y “Carta de M Conde (Hospital Militar de Baza) a Vicente Conde Romero, Madrid”, 1938.

³⁵ Mark ROODHOUSE: “Popular Morality and the Black Market in Britain, 1939–1955”, en Frank TRENTMANN y Flemming JUST (eds.): *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 243-265

³⁶ Enrique CABRERIZO PAREDES: *Memorias de un cura en nuestra Guerra Civil (1936-1939)*, Guadalajara, Ayuntamiento de Durón, 1992, p. 36

³⁷ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 4, “Carta de Ildefonso Vargas a Mercedes Navajas, Pulpí (Almería)”, noviembre de 1938 y carpeta 7, Carta de Manuel Torregrosa a Matilde Alarich, Villafranqueza (Alicante)”, s. d.

de carne de consumo habitual provocó que en muchas unidades se suministrara carne de burro, despertando las críticas de algunos combatientes que muchas veces optaban por no comerla, asegurando que «con solo mirarla le entran a uno ganas de vomitar».³⁸ Así lo resumía el soldado Lorenzo Salas:

Aquí donde estamos no hay nada que ver ni que comer, solo el rancho y muy malo pues los garbanzos y las lentejas, que son los dos únicos platos, saben a húmedo y por añadidura mucho más duros que los chinos del río. Además, sin aceite, pues solo suministran a 40 hombres 900 gramos. El pan que aquí nos traen parece hecho de ceniza [...] crudo y poco, pues los chuscos son mucho más pequeños. Por no haber ni hay agua, pues vienen todos los días a traernos agua y nos dan media cantimplora, pues para dos o tres [...].³⁹

Afectados por la irregularidad de sus pagas y por las deficiencias en el abastecimiento, fueron muchos los combatientes que recurrieron a una amplia variedad de estrategias para mejorar su dieta o aliviar el hambre. A pesar de estar habitualmente prohibida para no desperdiciar munición, la caza de pequeños animales, como perdices o conejos, fue un medio típico para ello.⁴⁰ Del mismo modo, la pesca de peces, ranas o cangrejos fue un recurso habitual en las zonas próximas a los ríos, incluso haciendo uso de granadas de mano.⁴¹ Como en otros conflictos armados, la extensión del hambre provocó que muchos soldados recurrieran a alimentos considerados tabú en tiempos normales, de tal modo que la carne de caballo, burro o gato formaron parte habitual de la dieta de algunos hombres.⁴² Asimismo, muchos combatientes optaron por fumar otro tipo de hierbas y hojas ante la poca disponibilidad de tabaco, cuya producción estaba controlada por los rebeldes.⁴³ Otras estrategias de supervivencia como el contrabando o el robo de mercancías controladas por Intendencia resultaban más arriesgadas, pero también eran comunes. Un combatiente informó por carta a sus familiares de su intención de «mangar unas patatas» y tres días más tarde confirmó que había

³⁸ Citado en James MATTHEWS: *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, p. 87.

³⁹ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de “Lorenzo Salas Martínez BMJ a Juan Cañas Baudet de la 105 BM”, octubre de 1938.

⁴⁰ La prohibición en AGCE, Sección Militar, Orden General del 441 Batallón, 11 Brigada Mixta, 30-8-1938. Sobre estas prácticas: Michael SEIDMAN: *La victoria Nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012, p. 140.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 138-142; James MATTHEWS: *Soldados...*, p. 244.

⁴² Véase Ina ZWEINIGER-BARGIELOWSKA: op. cit., pp. 5-6.

⁴³ James MATTHEWS, *Soldados...*, pp. 176-177.

logrado su objetivo. Por su parte, el brigadista James Neugass confesó haber empleado un destornillador para hacer un agujero en el recinto donde las autoridades almacenaban los víveres y hacerse de este modo con una lata de leche condensada.⁴⁴

La proximidad del frente a una determinada población se presentaba como una oportunidad para conseguir comida. Al llegar a Seseña, el combatiente José Llordés acudió a las tiendas del centro del pueblo, donde además de alimentos «vendían vinos y licores», sabedores de que los soldados se «gastaban buenas pesetas» en este tipo de productos.⁴⁵ En las zonas agrícolas, algunos combatientes aprovechaban para coger frutas o verduras de las cosechas de los agricultores, pero en otras ocasiones utilizaban sus pagas para adquirir estos bienes. Los mandos republicanos del Ejército de Levante denunciaron el intercambio de productos alimenticios entre sus fuerzas y elementos de la población civil. En concreto, señalaban que en la plaza del pueblo se habían estado vendiendo naranjas y que algunos soldados habían obtenido «grandes cantidades de aceite» intercambiándolas «por gallinas, corderos, huevos y otros productos».⁴⁶ No obstante, el contacto con la población civil no siempre se producía de manera tan pacífica. Los combatientes de ambos bandos recurrieron al pillaje y al saqueo de cosechas, ganado y viviendas para avituallarse, llegando en algunos momentos a cometer importantes excesos, como en Teruel, donde los comisarios republicanos reprocharon a sus hombres que hubieran sustraído objetos como paraguas o despertadores, carentes de utilidad en aquel contexto.⁴⁷ Saqueos, robos, contrabando, sucedáneos, picaresca... En su conjunto, los mecanismos que activaron los combatientes en un contexto extraordinario como el de la contienda dibujaban prácticas que serían habituales en la posguerra. Para muchos, las experiencias de hambre y miseria en las trincheras también eran el prólogo de las que vivirían a partir de 1939.

El termómetro de la guerra: abastecimientos, propaganda y hambre en la retaguardia

En 1937, un periódico rebelde pedía a la población su contribución al esfuerzo bélico y concluía con el siguiente mensaje: «No consintamos que la temperatura de la reta-

⁴⁴ Los casos en Javier CERVERA GIL: op. cit., p. 142; y James NEUGASS: op. cit., p. 221. El recurso al robo por parte de los soldados en Brandon SCHECHTER: “The State’s Pot and the Soldier’s Spoon: Rations (*Päek*) in the Red Army”, en Wendy Z. GOLDMAN y Donald FILTZER (eds.): *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during the Second World War*, Bloomington, Indiana University Press, 2015, pp. 133-134

⁴⁵ José LLORDÉS: op. cit., p. 95.

⁴⁶ AGMAV, ZR, caja 600, carpeta 6, “Informes sobre intercambio de productos alimenticios efectuado por fuerzas de aviación del 6º Batallón. Zona Republicana”, 19-2-1939.

⁴⁷ AGMAV, ZR, caja 481, carpeta 4, documento 4; Michael SEIDMAN: “Las experiencias...”, pp. 104-105.

guardia se nos enfríe». ⁴⁸ En los conflictos armados las retaguardias actúan como termómetros de la contienda, de cuyo nivel depende en buena medida cuanto sucede la primera línea del frente. De ahí que ambos bandos emplearan importantes dosis de esfuerzo y de tinta en hacer llamamientos al sacrificio de la población civil para la consecución de la victoria. Con el golpe de Estado, los civiles vieron súbitamente alteradas sus vidas, obligándoles a adaptarse a las nuevas disposiciones derivadas del estado de guerra y a la pérdida de libertades. ⁴⁹ Lejos del frente, el miedo, la violencia, las pasiones políticas o el hambre también hicieron acto de presencia. La retaguardia se convirtió de inmediato en una trinchera paralela donde, a pesar de las diferencias, los contornos que la separaban del frente nunca fueron nítidos. En este sentido, la vida de los civiles estuvo sometida a un ininterrumpido proceso de transformación social, política, económica o cultural. Las dinámicas de ocupación y conquista, las alteraciones simbólicas, la presencia de nuevos resortes de poder y la incidencia de nuevos sujetos transformaron por completo la existencia cotidiana de los españoles que no empuñaban un arma. ⁵⁰

El mantenimiento de una retaguardia activa y solidaria dependía fundamentalmente del abastecimiento. Ambos bandos siempre fueron conscientes de ello y dedicaron una atención preferencial a la producción de recursos y a la alimentación de los civiles. Sin embargo, los investigadores parecen coincidir en que una vez más las diferencias entre sublevados y republicanos fueron sustanciales y que quienes vivieron la guerra en territorio rebelde se vieron menos afectados por la escasez y el hambre. ⁵¹ Desde los primeros meses de la contienda, los mandos rebeldes se percataron de la necesidad de imponer una fuerte disciplina económica que pusiera todos los recursos disponibles al servicio del triunfo militar. ⁵² La regulación y el incremento de la producción agraria se convirtieron en objetivos fundamentales para el sostenimiento de la lucha armada. Aunque los rebeldes contaban con una población agrícola inferior, las amplias reservas trigueras —especialmente en la región de Castilla— y el control de territorios de gran riqueza agrícola —como la vega de Granada— constituían una buena

⁴⁸ *Ideal*, 2-5-1937.

⁴⁹ Tammy M. PROCTOR: *Civilians in a World at War, 1914-1918*, Nueva York, New York University Press, 2010, 76-119.

⁵⁰ Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: un espacio en transformación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36, esp. 15-17; y también Maureen HEALY: *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire. Total War and Everyday Life in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 5.

⁵¹ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 103-202; y con ciertos matices Elena MARTÍNEZ RUIZ: “El campo en guerra. Organización y producción agraria”, en Pablo MARTÍN ACEÑA y Elena MARTÍNEZ RUIZ (eds.): op. cit., pp. 107-159

⁵² Una visión general sobre la política económica del bando insurgente en José A. SÁNCHEZ ASIAIN: *Economía y finanzas en la guerra civil española*, Madrid, Real Academia de la Historia, pp. 82 y ss.

base para el incremento de la producción.⁵³ Transcurridos pocos días de la sublevación militar, la Junta de Defensa Nacional dictó una orden mediante la que se establecía un servicio de prestación personal en cada municipio para recoger las cosechas «de los que no habían titubeado en acudir al llamamiento patriótico».⁵⁴ A estas medidas se sumaron otras, como la creación de la Comisión de Agricultura y Trabajo Agrícola, el Decreto de Ordenación Triguera que originó el Servicio Nacional del Trigo en 1937 o el Servicio Nacional de Reforma Económica y Social de la Tierra, que perseguía, entre otros objetivos, «la parcelación y concentración parcelaria».⁵⁵ Al margen del potencial propagandístico de estas medidas, tales disposiciones –unidas a la mayor disponibilidad de recursos como consecuencia de la conquista territorial– garantizaron una mejor situación del sector agrícola y un abastecimiento más regular de la población. Todo ello, además, supuso la colocación de los primeros mimbres de la autarquía económica en el campo, que permitió a los sublevados premiar a sus apoyos sociales a través de la revocación las medidas republicanas, la devolución de tierras a los damnificados por la reforma agraria, el castigo de determinados sectores sociales y la permisividad hacia los terratenientes en lo referente a la ocultación de cupos trigueros y participación en el mercado negro.⁵⁶

La férrea disciplina impuesta por los mandos rebeldes sobre la economía generó algunas dificultades importantes. La decisión de controlar la producción de trigo no fue bien recibida por muchos labradores, y las autoridades locales no tardaron en hacerse eco de las deficiencias. A finales de 1938, la falta de harina y de pan afectó a varios pueblos de la provincia de Cádiz.⁵⁷ Las jerarquías alavesas se quejaban de la carencia de harina «por estar intervenida por la Intendencia Militar».⁵⁸ Mientras, en la provincia de Ávila un informe señalaba la «urgente necesidad de trigo» que precisaba

⁵³ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 107-108; Francisco COBO ROMERO: *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía: conflictividad social, violencia política y represión franquista en el mundo rural andaluz, 1931-1950*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2004, pp. 287-288.

⁵⁴ *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España*, n.º 3, “Orden del 29 de julio de 1936”, Burgos, 20-7-1936.

⁵⁵ *Boletín Oficial del Estado (BOE)*, n.º 6, “Circular”, 20-10-1936; *BOE* n.º 309, “Decreto-Ley de Ordenación Triguera”, 25-8-1937; *BOE*, n.º 562, “Ley de Recuperación Agrícola”, 8-4-1938; Carlos BARCIELA: “Producción y política cerealista durante la guerra civil española (1936-1939)”, en Gonzalo ANES *et al.* (eds.): *Historia económica y pensamiento social. Estudios en homenaje a Diego Mateo del Peral*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 649-676; Elena MARTÍNEZ RUIZ: *op. cit.* pp. 144-145.

⁵⁶ Sergio RIESCO: “Una reflexión sobre la contrarreforma agraria como medio represivo”, *Hispania Nova*. 6 (2006), <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d019.pdf> [consultado por última vez el 4-10-2018]; Miguel Ángel DEL ARCO: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, esp. Capítulo 3.

⁵⁷ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, p. 117.

⁵⁸ Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación, caja 44/2790, “Memoria del Gobierno Civil de Álava”, 1938.

la localidad de El Barco para la fabricación de pan.⁵⁹ En algunas áreas, la incautación del cereal por el Servicio Nacional del Trigo generó protestas por parte de los afectados. En San Enrique de Guadiaro (Cádiz) varios vecinos fueron «amenazados con la cárcel» tras protestar ante el jefe militar de aquella guarnición para solicitarle que «les devolvieran algo» del trigo confiscado, ya que estaban «pasando mucha hambre».⁶⁰

En muchas poblaciones el abastecimiento no constituía un problema grave, pero se notaba un encarecimiento de los productos básicos. Un prisionero procedente de la retaguardia rebelde señalaba en 1938 que el estado económico de esta era «más o menos como el de antes de la guerra», aunque «con un ligero aumento del precio» en algunos bienes. Otro evadido calificaba de «normal» la situación de los abastecimientos, pero criticaba «la escasez de algunos productos y el aumento de algunos precios».⁶¹ Los informes internos elaborados por los mandos del Ejército Popular también recogieron algunas deficiencias. Uno de ellos definía la vida en Sevilla como «carísima», y denunciaba que la falta de productos farmacéuticos era tan grave que había llegado a causar la muerte de varias personas.⁶² En otro se afirmaba que la situación en toda la «España nacionalista» era «muy crítica», porque la recolección de cereales «es muy precaria» y «el pan ha subido de precio».⁶³ En muchos casos, ante la falta de pan o el aumento de los precios, se culpó a los acaparadores. Una denuncia anónima dirigida a Franco exponía que los comerciantes de Burgos «estaban abusando enormemente de la elevación de precio de las subsistencias», anteponiendo sus intereses particulares a los nacionales.⁶⁴ La propaganda utilizó frecuentemente esos mismos argumentos, dirigiéndose contra los «desaprensivos», los «malos españoles» y contra ese «mal endémico» de los «intermediarios que lo llenan todo, lo intervienen todo, encareciendo la producción y el consumo», a la par que los periódicos se llenaban de largas relaciones de multas a «los aparadores y los mercaderes codiciosos que medran ilícitamente encareciendo sin razón las cosas de adquisición indispensable».⁶⁵

No obstante, en líneas generales, la impresión ofrecida por la propaganda dibujaba una retaguardia plenamente satisfactoria. Los campos, «antes refugio de las ali-

⁵⁹ AGA, Agricultura, Servicio Nacional del Trigo, caja 61/13493, “Urgente necesidad de trigo en El Barco (Ávila)”, 6-4-1938.

⁶⁰ AGCE, SIGF, caja 727, Visitas a frentes. Información relativa a distintas áreas geográficas, “Información de Málaga”, 1938.

⁶¹ AGCE, SIGF, caja 731, “Declaración del prisionero Manuel González Ralero”, 18-1-1938 y “Declaración del prisionero Alfonso Fernández de Córdoba y Parrilla”, 29-1-1938.

⁶² AGCE, SIGF, caja 731, “Síntesis de informaciones recibidas por este negociado”, 23-3-1938

⁶³ AGCE, Servicio de Información Especial Estratégico (SIEE), caja 722, “Boletín de Propaganda del SIEE”, 27-7-1938.

⁶⁴ AGMAV, ZN, caja 2374, carpeta 3, “Denuncia anónima de autoridades en Burgos dirigida a Francisco Franco”, 7-11-1936.

⁶⁵ *ABC* (Sevilla), 10-9-1937 y 31-3-1937. La publicación de las multas en: *ABC* (Sevilla), 7-4-1937, 27-12-1938 y 20-1-1939.

mañas del marxismo» recobraban «esa grata poesía que emana de la honradez sencilla de las gentes que los puebla y del trabajo que los fertiliza», gracias a «la protección decidida de los hombres que están moldeando la nueva España». «En nuestra retaguardia», afirmaba otro artículo de prensa, «la vida es normal [...] las familias no pudientes disfrutaban de subsidios y no carecen de nada».⁶⁶ Las autoridades sublevadas compartían también esta imagen. Las jerarquías abulenses consideraban «favorables» los abastecimientos de la provincia, las de León calificaban la situación como «satisfactoria» y las de Orense como «plenamente satisfactoria».⁶⁷ Por supuesto, estas impresiones no siempre se correspondían con la realidad y factores como el hambre o las enfermedades tenían una incidencia importante entre los habitantes de la retaguardia rebelde.⁶⁸ Pero, al establecer comparaciones con el estado cada vez más deteriorado de la zona republicana, el panorama era más alentador. Frank Thomas, integrante de la Legión de Voluntarios Extranjeros, mostró su sorpresa por la abundancia de recursos que encontró a su llegada a Salamanca. En su recorrido por la España meridional controlada por los rebeldes, la periodista Eleonora Tennant encontró los comercios «como de costumbre», en los que el pan o las patatas tenían precios inferiores a los de Inglaterra.⁶⁹ Las informaciones recabadas por los republicanos corroboraban la benigna situación de algunas localidades. En octubre de 1937, un huido del campo rebelde declaró que en la «zona facciosa» no se carecía «absolutamente de nada en cuanto a artículos de consumo» debido a «la riqueza del territorio que poseen». Meses más tarde, otro desertor aseguraba que allí «los medios de subsistencia son abundantes» y que los precios no habían «experimentado un alza considerable en relación a los de antes de la guerra».⁷⁰ Por su parte, los servicios de información republicanos describían el mercado de Zaragoza como «bien abastecido, sobre todo de pollos y conejos».⁷¹ Una impresión similar a la de San Sebastián, donde se aseguraba que la población estaba «bastante satisfecha» por la existencia de «mercaderías de toda especie [sic] ofreciendo en general la ciudad un aspecto de normalidad y orden».⁷²

En algunas ocasiones, la normalidad que atravesaba determinadas localidades en la retaguardia rebelde alcanzaba perfiles llamativos en un contexto bélico. En Pa-

⁶⁶ *ABC* (Sevilla), 6-11-1937 y 8-12-1937.

⁶⁷ AGA, Gobernación, caja 44/2791. “Memoria del Gobierno Civil de Ávila”, 1938 y caja 44/2791, “Memoria del Gobierno Civil de León”, 1938 y “Memoria del Gobierno Civil de Orense”, 1938.

⁶⁸ Algunos ejemplos en: Nicholas CONI: *Medicine and Warfare. Spain, 1936-1939*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 81-98.

⁶⁹ Frank THOMAS: *Brother against Brother: Experiences of a British Volunteer in the Spanish Civil War*, Thrupp, Sutton Pub, 1998, pp. 43-44; Eleonora TENNANT: *Spanish Journey: Personal Experiences of the Civil War*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1936, pp. 23-24.

⁷⁰ AGCE, SIGF, caja 731, “Declaración del evadido Miguel Aguilera López”, 6-10-1937 y “Declaración de Alfonso Maceiras”, 17-1-1938.

⁷¹ AGMAV, ZR, caja 227, Carpeta 2, “Informe sobre una visita a zona nacional”, s.d.

⁷² AGCE, Servicio de Información, caja 728, “Informe sobre diferentes provincias”, 1938.

lencia, la población parecía haberse «acostumbrado» a la contienda, dado que había «siempre lleno en los cafés y en los salones de espectáculos». ⁷³ El eco de los cañones tampoco daba la impresión de perturbar la normalidad de Zaragoza, donde «los locales de espectáculos» estaban «frecuentadísimos», durando «el jolgorio hasta el amanecer». ⁷⁴ Aunque no era algo exclusivo de la retaguardia rebelde, las actitudes frívolas de quienes acudían a los cafés, teatros, cines, salas de fiestas y bares contravenían el espíritu de sacrificio que trataba de imponerse y los llamamientos a la austeridad no tardaron en producirse. Los periódicos animaron a la población a «respirar al compás de los anhelos de los combatientes», absteniéndose «de muchas cosas superfluas». Desde Unión Radio Sevilla, el general Queipo de Llano insistió en la conveniencia de evitar los «banquetes y vinos de honor», tan reñidos con la situación que vivía el país. ⁷⁵ Medidas como el “Día del Plato Único”, el “Día sin Postre” o las limitaciones impuestas en los restaurantes sobre el número de platos que podían servir persiguieron esta misma finalidad. ⁷⁶ En algunas localidades de Navarra, el delegado de Orden Público llegó a decretar el cierre «de tabernas, cafés, casinos y círculos de recreo» para mostrar la solidaridad con el frente. ⁷⁷ Pese a todo, las imágenes de normalidad constituían muchas veces estrategias de desmoralización que trataban de demostrar el orden y la prosperidad reinante en la retaguardia rebelde, en contraste con el caos y la ruina económica de la “zona roja”.

En efecto, el territorio controlado por los republicanos sufrió un paulatino deterioro en las condiciones de vida a lo largo de la guerra. La República contaba con una ventaja inicial en armamento, textiles y bienes manufacturados, y poseía más naranjas, aceite y arroz que sus enemigos. ⁷⁸ Esta situación le permitió mantener bien abastecido su territorio durante los primeros meses, incluyendo la capital, que recibía regularmente víveres desde las localidades más próximas. ⁷⁹ Sin embargo, la realidad no era tan favorable. La República únicamente controlaba el 30% de los productos agrícolas y las grandes reservas de trigo del país estaban en manos rebeldes. Además, pese a la preocupación de las autoridades por garantizar el sostenimiento de la producción y el abastecimiento de los civiles, lo cierto es que, con el paso de los meses, la economía

⁷³ *Diario Palentino*, 24-9-1938, citado en: María Jesús EGIDO HERRERO et al.: “La vida cotidiana en Palencia durante la guerra civil”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60 (1989), pp. 270-271.

⁷⁴ AGCE, SIGF, caja 728, “Informe sobre diferentes provincias”, 1938.

⁷⁵ *ABC* (Sevilla), 14-11-1937 e *Ideal*, 16-10-1936.

⁷⁶ Carlos GIL ANDRÉS: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 258-266.

⁷⁷ AGCE, SIEE, caja 722, “Síntesis de noticias recibidas por este negociado”, 21-4-1938.

⁷⁸ Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana*, Barcelona, Planeta, 2004 [1975], p. 274; Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, p. 44.

⁷⁹ Joan SERRALLONGA, Manuel SANTIRSO y Just CASAS: *Vivir en guerra. La zona leal a la República*, Barcelona, El Espejo y la Lámpara, 2013, pp. 36-37.

sufrió un declive notable. Si bien es cierto que su distribución fue muy desigual y no todos los habitantes se vieron afectados por ellas, el establecimiento de las colectivizaciones originó cambios en la estructura agraria, favoreció el acceso a la propiedad de muchos campesinos sedientos de tierra, provocó enfrentamientos entre diferentes facciones políticas y generó ciertas alteraciones en las relaciones sociales.⁸⁰ Una situación que, unida a la escasez de abonos, la falta de mano de obra o la dificultad de alimentar a una masa de población urbana muy numerosa hizo que las condiciones de vida empeoraran rápidamente en la retaguardia.

A la altura de septiembre de 1936, las autoridades republicanas detectaban «fallos» en el abastecimiento en algunas regiones del País Vasco. Dos meses más tarde, los comestibles empezaban a escasear en los establecimientos madrileños.⁸¹ Aunque debemos tener en cuenta las diferencias entre las diferentes zonas de la retaguardia, las dificultades eran cada vez mayores. La incapacidad de los comités revolucionarios y las limitaciones de la Comisión Nacional de Abastecimientos –creada a inicios de octubre de 1936– para gestionar adecuadamente los recursos disponibles motivaron la aparición de organismos provinciales y municipales que restringiesen el poder de los comités. Una medida que más adelante se complementó con la creación de la Dirección General de Abastecimientos, con el objetivo de garantizar un mayor control del Gobierno en materia de abastos.⁸² Sin embargo, el avance de las tropas rebeldes –apoyadas por las fuerzas fascistas–, el progresivo aislamiento de Madrid y el rápido deterioro de las condiciones de vida llevaron a los gobernantes a establecer el racionamiento de productos energéticos y alimenticios, incluyendo el arroz y el pan.⁸³ Las temidas colas se apoderaron de la España republicana, mientras las autoridades trataron de ocultar su existencia asegurando que formaban parte de los intentos enemigos por desprestigiar al Gobierno, por mucho que resultaba imposible negar su presencia.⁸⁴ A inicios de

⁸⁰ Edward MALEFAKIS: “La revolución social”, en Íd. (dir.): *La Guerra Civil española*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 399-424; Julián CASANOVA: “Las colectivizaciones en el campo: hechos e ideas”, en Enrique FUENTES QUINTANA (dir): *Economía y economistas...*, pp. 455-474; Walter L. BERNECKER: *Colectividades y revolución social: el anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982.

⁸¹ AGCE, caja 715, Partes oficiales, Frente Norte, “Nota dictada por el Gobernador Civil”, 27-9-1936; Ainhoa CAMPOS POSADA: “Comer o no comer: la cuestión del abastecimiento en Madrid”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (ed.): *Asedio. Historia de Madrid en la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, editorial complutense, 2018, p. 445.

⁸² *Gaceta de Madrid*, “Decreto del Ministerio de Industria y Comercio de 3 de octubre de 1936”, 4-10-1936. *Gaceta de la República*, “Decreto del Ministerio de Hacienda y Economía de 27 de mayo de 1937”, 28-5-1937.

⁸³ El racionamiento de pan en *Gaceta de la República*, “Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros de 5 de marzo de 1937”, 7-3-1937. Julio ARÓSTEGUI y Jesús MARTÍNEZ: *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984, p. 156.

⁸⁴ Véase Miguel Ángel SOLLA GUTIÉRREZ: *La República sitiada. Trece meses de Guerra Civil en Cantabria (julio de 1936-agosto de 1937)*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 202-203. Para Madrid Ainhoa CAMPOS POSADA: “Resistir es fácil con la tripa llena: escasez y derrotismo en el Madrid de la Guerra Civil”, en Daniel OVIEDO SILVA y Alejandro PÉREZ OLIVARES (eds.): *Madrid, una ciudad en guerra, 1936-1948*, Madrid, La Catarata, 2016, p. 102;

1937, los mandos rebeldes recibieron informaciones que afirmaban que en la ciudad de Bilbao se había establecido un «racionamiento riguroso y escaso de pan, azúcar, café y leche», y que las «interminables colas» para obtener alimentos formaban parte del paisaje habitual de la urbe, «no obstante la vigilancia rigurosa que ejerce el Gobierno Vasco en evitación de tan bochornoso espectáculo». ⁸⁵ En Santander, Málaga, Murcia o Valencia la situación se reproducía, originando críticas por la falta de víveres o los elevados precios. Desde la ciudad de Alicante, un periódico anarquista denunciaba en sus páginas que «las patatas no se ven ni con lupa. El pescado ha pasado a ser un alimento de banqueros». ⁸⁶ En algunas ciudades, como Barcelona o Madrid, las críticas trascendieron la prensa y se produjeron manifestaciones de protesta. En la capital, por ejemplo, 90 mujeres fueron detenidas en diciembre de 1938 por pronunciarse públicamente contra la situación de los abastecimientos en una zona céntrica de la ciudad. ⁸⁷

La carestía y el desabastecimiento se extendieron por toda la retaguardia, provocando que el mercado negro se incrementara enormemente. Los dirigentes comunistas conocían las deficiencias del racionamiento y admitían que era «muy difícil de llevar a efecto fuera de las zonas urbanas» por las facilidades que encontraban los campesinos para mover sus mercancías. ⁸⁸ Así, a la par que se tomaban medidas específicas contra los delitos relacionados con las subsistencias, la prensa se llenaba de llamamientos contra el acaparamiento y la mala gestión de los recursos. ⁸⁹ Un soldado del Ejército Popular emplazado en la retaguardia valenciana escribió a su hermano contándole que, en su visita a la localidad donde se encontraban, el «Gobernador» había mostrado su enfado porque en un «pueblo lleno de grano [...] la población pasa hambre». ⁹⁰ Para muchos los únicos responsables de sus penurias eran los comités. Rafael Hortelano se quejaba por carta a su hermano combatiente de que en Cieza (Murcia) «entre unos y otros» se «reparten todo», porque había muchos «enchufados en la Comisaría de Abastos». Aurora Olmedilla le confesó a su marido que en Cuenca no se podía «sembrar nada [...] porque luego se lo llevan». ⁹¹ En el área de Figueras, los campos estaban abandonados, porque muchos «labradores no están dispuestos a trabajar para que después se les robe la cosecha». ⁹² No resulta extraño que, ante tal situación, algunos

⁸⁵ AGMAV, ZN, caja 71, “Informe sobre el estado político y social de Bilbao”, 1937.

⁸⁶ La cita en Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana...*, p. 230.

⁸⁷ Archivo del Komintern, RGASPI. F. 495. Op. 12. D. 160, página 106.

⁸⁸ Archivo del Komintern, RGASPI. F. 495. Op. 12. D. 160, página 9. Véase también Joan SERRALLONGA, Manuel SANTIRSO y Just CASAS: op. cit., p. 36.

⁸⁹ Ejemplos en: *Frente Libertario*, 3-1-1937 y 7-2-1937. Véase también: Ainhoa CAMPOS POSADA: “Resistir es fácil...”, p. 105; y Milagrosa ROMERO SAMPER: “Hambre y retaguardia. Protesta social en el Madrid de la Guerra Civil”, *Estudios de Seguridad y Defensa*, 2 (2013), pp. 159-190, esp. 182-185.

⁹⁰ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Tomás Fernández a Antonio Fernández Luengo”, 1938.

⁹¹ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Rafael Hortelano, Cieza (Murcia) a José Hortelano Vázquez, 76ª Brigada Mixta”, 1938 y “Carta de Aurora Olmedilla a Bermudo Cuesta Reguero”, Cuenca, 1938.

⁹² AGMAV, ZR, caja 2504, carpeta 5, “Información recibida en este Cuartel General”, 10-2-1938.

llegaran a considerar que los dirigentes de la retaguardia eran «más fascistas que los que tenemos en frente».⁹³

Las protestas no carecían de fundamento. Desde inicios de 1937 las condiciones de vida de la población sufrieron un retroceso significativo. Las impresiones recogidas por los dirigentes republicanos sobre la ciudad de Málaga en enero de ese año calificaban la situación de los abastecimientos como «mala» y alertaban de que los civiles carecían de artículos indispensables como «la carne, los embutidos, el arroz, el tocino, huevos, cerdo, etc.».⁹⁴ Ese mismo mes, las autoridades mencionaban «las grandes dificultades para el abastecimiento normal» que sufría la ciudad de Alicante. En junio de 1937, un nuevo informe hacía referencia a la «gran escasez de víveres» que afectaba a Murcia y Albacete, «faltando últimamente hasta el arroz».⁹⁵ La caída del frente norte y la posterior fragmentación del territorio republicano agravaron la situación. En agosto de ese año, la dieta proporcionada por el abastecimiento suponía un 70% de lo necesario para vivir, pero en diciembre de 1938 tan solo alcanzaba a cubrir un 36%.⁹⁶ En algunas áreas los problemas se acrecentaron debido a la llegada de refugiados que huían de la violencia rebelde o que eran evacuados de las zonas de combate. Para julio de 1938 las autoridades republicanas admitían que resultaba «imposible llevar un control de los refugiados» en Cuenca, donde la población se había «cuadruplicado».⁹⁷ A la altura de noviembre de 1938 Cataluña había incrementado en un 25% sus habitantes, provocando que la comida fuera más escasa y la ayuda humanitaria no resultara suficiente.⁹⁸ Ese mismo mes algunas informaciones sobre la provincia de Alicante señalaban que en el mercado ya no podían adquirirse «los alimentos más necesarios [...] comenzando a darse casos de muertes por inanición».⁹⁹

Los últimos meses de la República resultaron dramáticos. La caída de Cataluña agravó los problemas de abastecimientos de Madrid, pero también de otros puntos de la retaguardia republicana. En marzo de 1939, una evadida al campo rebelde calificó la situación de Almería como «desesperada», asegurando que tanto allí como en Mur-

⁹³ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de José Sánchez Lorite a Josefa Padilla”, Canena (Jaén), 1938.

⁹⁴ AGMAV, ZR, caja 2504, carpeta 11, “Información sobre Málaga y sus frentes”, 31-1-1937.

⁹⁵ AGMAV, ZR, caja 2500, carpeta 3, “Información de Alicante”, 6-1-1937 2 “Información de las provincias de Murcia y Albacete”, 8-6-1937.

⁹⁶ María Isabel DEL CURA y Rafael HUERTAS: *Alimentación y enfermedad en tiempos del hambre, España 1937-1947*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, pp. 56-57.

⁹⁷ AGMAV, ZR, caja 1123, carpeta 35, “Informe de la situación de Cuenca”, 6-7-1938.

⁹⁸ Joan SERRALLONGA: *Refugiats i desplaçats dins la Catalunya en guerra, 1936-1939*, Barcelona, Base, 2004, p. 150; Gabriel PRETUS: *La ayuda humanitaria durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Granada, Comares, 2015, pp. 69-70.

⁹⁹ AGMAV, ZN, caja 250, carpeta 7, “Informe facilitado por las personas evadidas del campo rojo de Alicante”, 29-11-1938.

cia y Valencia se carecía «de lo más necesario para la vida».¹⁰⁰ El 1 de abril se liquidaba de manera oficial la contienda y las autoridades se encontraban una población hambrienta a la que repartieron 860.000 raciones.¹⁰¹ Las hostilidades armadas cesaron, no así la miseria. La nueva nación emergida de las ascuas de la contienda alumbraba una realidad de violencia, injusticia y hambre.

Conclusiones

Tan solo unos meses después de que la guerra llegara a su término, un observador británico aseguraba, en referencia a la situación económica y social del país, que pronto se producirían grandes disturbios populares puesto que:

el descontento se está extendiendo por todas partes. La falta de comida, su coste cuando está disponible y la mala distribución de los alimentos existentes están colocando a la gente en un estado cercano a la desesperación. Un cuarto de la población de España está prácticamente muriéndose de hambre.¹⁰²

El régimen franquista –que durante la contienda había presumido de la normalidad y la abundancia reinantes en su retaguardia– empezaba a presenciar con impotencia cómo la realidad de miseria del país le sobrepasaba y sus promesas de pan y lumbre para todos los españoles quedaban incumplidas. A las pocas semanas de haber concluido la contienda, el hasta entonces abominado racionamiento, «esa señal infamante del período rojo, vestigio de socialización», quedaba establecido en España.¹⁰³ El engranaje autárquico sumaba de este modo un nuevo elemento de control social y de gestión del hambre que conviviría con los ciudadanos hasta 1952. Las nuevas medidas económicas y el intervencionismo fueron oficialmente justificadas como el resultado inevitable del lamentable estado en el que había quedado el país tras casi tres años de “dominación marxista”. Al presentar un paisaje de campos destruidos, industrias devastadas y arcas vacías, el régimen esperaba que sus esfuerzos por subsanar los pro-

¹⁰⁰ AGMAV, ZN, caja 2915, carpeta 23, “Informe de Elena Sánchez Martín de Fuentevaqueros (Granada) evadida de Valencia”, 8-3-1939.

¹⁰¹ *ABC*, 1-4-1939 y 2-4-1939.

¹⁰² The National Archives of United Kingdom, Foreign Office, 371/23168. “Situation in Spain”, 9-10-1939.

¹⁰³ La cita en Rafael ABELLA: *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 13 El establecimiento del racionamiento en: *BOE*, 17-5-1939, “Orden Ministerial de 14 de mayo de 1939”,

blemas y alimentar a los españoles fueran socialmente valorados y que, como había ocurrido en el aspecto político o moral, la imagen de la República quedara completamente estigmatizada.¹⁰⁴

Como tantos mitos manejados por la dictadura, la alusión a la “mala herencia republicana” fiaba su eficacia a los miedos y expectativas de una parte de la sociedad. En este ámbito, las experiencias forjadas durante la contienda resultaron fundamentales. Estas, como ocurre con toda experiencia, estuvieron tramadas por ambigüedades, subjetividades y contradicciones, por la relación entre lo racional y lo irracional, entre las emociones y el pragmatismo que marcaron sus vivencias en el día a día.¹⁰⁵ Y en su construcción, las condiciones de vida constituyeron una pieza clave. En el frente, la moral y el estado de ánimo de los combatientes se vieron fuertemente condicionadas por la alimentación recibida. Para muchos hombres, su paso por las trincheras representó el primer contacto con el hambre y la miseria. En la retaguardia, el progresivo desabastecimiento obligó a ambos bandos a tomar medidas para frenar el deterioro de las condiciones de vida de la sociedad civil, pero fue en el territorio controlado por el Ejército Popular donde se vivió una situación más dramática. La República acabó asfixiada por el hambre.

Las vivencias de la contienda representaron un prólogo de lo que sería la posguerra. La falta de alimentos, la elevación de los precios o el racionamiento fueron realidades presentes en la España de los años cuarenta. En la guerra también quedaron delineados los primeros cimientos de la autarquía, sus instituciones y su funcionamiento excluyente y represivo. Y prácticas y estrategias de supervivencia que formarían parte habitual del paisaje de posguerra, como los robos o la participación en el mercado negro, tuvieron sus primeras manifestaciones durante el periodo bélico. A partir de 1939, el hambre recorrería los discursos y políticas oficiales y las vidas cotidianas de la mayoría de la población. La verdadera “batalla del hambre” comenzaba entonces para muchos españoles, y la escasez y carestía de los años cuarenta marcaría la memoria de una generación. Pero la primera experiencia de la miseria había tenido lugar cuando todavía las balas y las bombas formaban parte del día a día de la población.

¹⁰⁴ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: op. cit.; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “El discurso de la miseria: relatos justificativos y percepciones populares del hambre durante la posguerra” en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.), *Los “años del hambre”*. *Historia y Memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2019 (en prensa).

¹⁰⁵ Ben HIGHMORE: *Everyday Life and Cultural Theory: An Introduction*, Londres, Routledge, 2002, pp. 1-2.

Traducciones

¿Dónde están los muertos de las batallas medievales? Un estudio preliminar*

Anne Curry
University of Southampton

Glenn Foard
University of Huddersfield

Traducido por Alberto Prieto

Resumen: De las batallas en la Alta Edad Media en Europa occidental, solo unas pocas fosas comunes han sido sometidas a excavaciones a gran escala y siguiendo las pautas modernas. La principal razón es que dichas fosas son difíciles de encontrar, así como las tumbas de las batallas a comienzos ya de la Edad Moderna. Todas en su mayoría fueron descubiertas por casualidad. Salvo en algunos casos, la combinación de técnicas de prospección no resulta un método eficaz para localizar estructuras arqueológicas tan pequeñas en un emplazamiento de tantos kilómetros cuadrados. Towton demuestra la importancia de analizar y conservar información, ya que se puede aprender mucho mediante la excavación moderna y el análisis de los restos. Aunque este estudio tiene en cuenta la documentación arqueológica existente, el registro documental ha de ser el punto de partida y enfoque principal para la búsqueda de fosas comunes en un campo de batalla. A través de pruebas documentales, se investiga cuántas personas fallecieron, dónde están sus tumbas, qué enterramiento y ceremonia se realizó, y si varió en virtud del estatus social o vasallaje. Por último, se debe considerar también la búsqueda de restos mortales alejados del campo de batalla. Se desconoce si el deseo de un funeral cristiano propició las inhumaciones en tierra consagrada, o si fueron trasladados allí posteriormente, en algunos o la mayoría de los casos.

* Este artículo se publicó originalmente en inglés como Anne CURRY y Glenn FOARD: “Where are the dead of medieval battles? A preliminary survey”, *Journal of Conflict Archaeology*, 11:2-3 (2016), pp. 61-77. Disponible en <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/15740773.2017.1324675>

Las batallas medievales siempre han fascinado tanto a historiadores como a público en general. Sin embargo, hay que admitir que las batallas de este período son difíciles de estudiar. Muchos relatos de crónicas, ya sean escritos por testigos oculares o por testigos no presenciales, están politizados. Las descripciones y explicaciones de los acontecimientos poseen un afán de culpabilizar o, por el contrario, elogiar acciones valientes. Respecto al tema de las batallas medievales hay una parte que rara vez se menciona en los relatos contemporáneos: ¿qué ocurrió con los muertos de ambos bandos? Los historiadores creen que se amontonaban los cadáveres, eran despojados de la armadura (como se ilustra en el tapiz de Bayeux),¹ y se les enterraba en fosas comunes cerca o en el lugar de batalla (como se ilustra en una crónica suiza de 1480 que describe la batalla de Morat en 1476).² Esta suposición se ha visto reforzada por algunos textos donde se menciona el tema. Uno de esos textos es el relato de Monstrelet sobre la batalla de Azincourt (1415). Según el relato de Monstrelet, los cuerpos fueron enterrados en un área excavada especialmente para este propósito:

Lesquelx (l'abbé de Ruisseauville et le bailli d'Aire) firent mesure en quatre-vingt-cinq piez de terre, en laquelle furent faictes trois fosses de la largeur de deux homes, dedans lesquelles furent mis de compte fait cinq mille et huit cens homes...[el abad de Ruisseauville y el alguacil de Aire tenían un cuadrado de veinticinco pies (7 m) con tres zanjas excavadas con una profundidad para dos hombres, y en las cuales se colocaron a 5.800 hombres según el conteo hecho]³

Esta descripción puede resultar fascinante para arqueólogos anhelosos por encontrar restos de los combatientes caídos en batalla, pero carece por completo de precisión topográfica y geográfica, un problema bastante común entre los relatos de crónicas medievales. Hasta la fecha, ha sido imposible encontrar en Azincourt la fosa des-

¹ Véase una explicación más extensa en Jennie HOOPER: “‘The ‘Rows of Battle-Swan’: The Aftermath of Battle in Anglo-Saxon Art”, en Matthew STRICKLAND (ed.), *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France*, Harlaxton Medieval Studies, VII, Stamford, Paul Watkins, 1998, pp. 82–99.

² El Berner Chronik de Diebold Schilling, c. 1483 (Burgerbibliothek, Berna). La imagen está impresa en Matthew STRICKLAND y Robert HARDY: *The Great Warbow*, Gloucester, Sutton Publishing, 2005, p. 281. Agradecemos a Matthew Strickland por poner esta imagen en nuestro conocimiento.

³ *Chronique d'Enguerran de Monstrelet*, 6 vv., Société de l'Histoire de France (editado por Louis DOUËT-D'ARCQ), París, 1857–62, t. 3 (1859), pág. 122. En otra versión del texto, «vingt-cinq piez de terre» es reemplazado por «vingt-cinq vergues de terre». El autor especializado en la dinastía Tudor, Edward Hall, usó el trabajo de Monstrelet, pero lo tradujo como «una parcela cuadrada de 500 yardas, en la que mandó que se hicieran tres zanjas». A su vez Holinshed, partiendo de Hall, habló de una parcela cuadrada de terreno de mil quinientas yardas. Véase Anne CURRY: *The Battle of Agincourt. Sources and Interpretations*, Woodbridge, Boydell Press, 2000, pp. 242, 258.

crita por Monstrelet o, en su defecto, alguno de los cuerpos. En 1818, cuando las tropas británicas controlaban la zona tras las guerras napoleónicas, el teniente coronel John Woodford afirmó haber encontrado restos humanos en el campo de batalla. Incluso dibujó un mapa en el que marcó «el lugar de enterramiento de 5.800 caballeros franceses». ⁴ Esto parece estar cerca del actual recinto de la cruz conmemorativa erigida antes de la guerra franco-prusiana. Sin embargo, el estudio arqueológico realizado por Tim Sutherland en 2002 en esa zona y alrededores no reveló nada. ⁵ Una explicación sería que Woodford enterró los restos humanos en el cementerio de la iglesia parroquial de Azincourt. En una carta manuscrita del 20 de febrero de 1818 indicaba que ése era su plan. Según el contenido de su carta y los elementos que en ella describe, parece que no encontró mucho, y lo más seguro es que no fuese una fosa común.

Este es un ejemplo de cómo los intereses y metodologías de siglos pasados pueden perjudicar el trabajo de los arqueólogos a día de hoy. El lugar donde enterraban a los muertos en batalla interesó mucho a coleccionistas de antigüedades, cuyas opiniones han creado mitos. Por ejemplo, Francis Wise (1695–1767) llegó a la conclusión de que Wayland's Smithy, en Berkshire Occidental, fue lugar de sepultura para los fallecidos durante la victoria de Alfredo el Grande sobre los vikingos en 871 d. C. Afirmó también que el Caballo Blanco de Uffington era un monumento contemporáneo a dicha batalla. Hoy se sabe que, en realidad, la importancia de ambas ubicaciones se remonta a la prehistoria. De manera similar, en 1889 Leadman aportó información sobre el paradero de unas supuestas tumbas de la batalla de Towton (1461), asegurando que habían desaparecido debido a la labranza de la tierra. Un trabajo reciente de Sutherland aún sin publicar ha demostrado que tal sitio data de la época romano-británica. ⁶ Con frecuencia, los coleccionistas de antigüedades declaran haber encontrado huesos en campos de batalla, aunque nunca dan detalles sobre la ubicación. Esta inexactitud, combinada con la tendencia a inventar, identificar erróneamente o incluso destruir documentación arqueológica solo consigue aportar pistas falsas sobre el paradero. Esto se demuestra viendo los registros sobre Inglaterra en la base de datos de Campos de Conflicto del Reino Unido (UK Fields of Conflict). Aunque hay 106 registros de sepulturas en 80 lugares diferentes, «la mayoría de los registros de estos y otros sitios se conocen solo a través de informes de coleccionistas de antigüedades y muchos pueden

⁴ Oficina de registro del condado de Warwickshire CR 764/240: dos cartas de Woodford en febrero de 1818 sobre sus actividades. Agradecemos al Dr. Sutherland por estas referencias. Para ver el mapa, ir a Londres, British Library Additional MS 16368 mapa C, impreso en Anne CURRY: *Battle of Agincourt...*, Figura 2, p. 382.

⁵ Tim L. SUTHERLAND: “The Battle of Agincourt. An Alternative Location”, *Journal of Conflict Archaeology*, 1 (2006), p. 261.

⁶ Alexander D. H. LEADMAN: “The Battle of Towton”, *Yorkshire Archaeological Journal*, 10 (1889), 287–302. Agradecemos a Tim Sutherland por esta información y a la profesora Barbara Yorke por el comentario sobre Wise.

resultar falsos». ⁷ A principios del siglo XIX se realizaron en Crécy unas excavaciones de supuestas fosas de la famosa batalla del mismo nombre. No solo no se encontró nada, sino que ningún informe sobrevivió. ⁸

Hasta ahora, los arqueólogos modernos han fracasado a la hora de encontrar restos humanos en prácticamente todos los campos de batalla ingleses y franceses de los siglos XIV y XV, el período en el que se centra este estudio. A pesar de recientes investigaciones arqueológicas, no se ha encontrado nada en Bosworth (1485), la batalla en la que hemos trabajado recientemente. No hubo éxito igualmente en Shrewsbury (1403), donde Pollard llevó a cabo el trabajo. Ni tampoco en una reciente investigación en Bannockburn, a pesar de efectuarse una búsqueda intensiva. ⁹ Uno de los principales problemas para los arqueólogos es saber dónde buscar. No es fácil averiguar la ubicación exacta en la que ocurrió la lucha. Asimismo, los enfrentamientos armados pudieron dispersarse en áreas extensas a lo largo de rutas que abarcan varias millas si partiésemos desde el punto de partida de la batalla. ¿Encontraremos a todos los muertos enterrados juntos en algún lugar? De ser así, ¿qué factores determinaron la elección de tal lugar? ¿O quizás encontremos enterramientos individuales y colectivos repartidos en una zona más amplia?

A estos problemas se les suman dificultades técnicas. Aunque a veces en las tumbas se hayan encontrado objetos metálicos, éstos normalmente suelen ser pequeños, a excepción de una armadura encontrada en Wisby que mencionaremos a continuación. Dado que estos pequeños objetos metálicos están por debajo del mantillo del suelo, se encuentran fuera del alcance de casi todos los detectores de metal especializados, como son los de inducción de impulsos (que a su vez generan otros problemas de detección). Si Towton nos ha enseñado algo es que las puntas de flecha pierden la ma-

⁷ Glenn FOARD y Richard MORRIS: *The Archaeology of English Battlefields: Conflict in the Pre-industrial Landscape*, Informe de Investigación del Consejo para la Arqueología Británica, 168, York, Consejo para la Arqueología Británica, 2012, p. 30. Las excavaciones modernas en enterramientos funerarios de la Guerra Civil Inglesa provienen de sitios de asedio, entre ellos Abingdon y los castillos de Beeston, Pontefract y Sandal, no del campo de batalla. Véase una explicación más extensa en Glenn FOARD: *Battlefield Archaeology of the English Civil War*, Oxford, Archaeopress, 2012, y una lista extensa de restos humanos con indicaciones de herida de fuerza contundente, brusca, o penetrante se pueden encontrar en Robert C. WOOSNAM-SAVAGE y Kelly DEVRIES: “Battle Trauma In Medieval Warfare: Wounds Weapons, And Armor”, en Larissa TRACY y Kelly DEVRIES (eds.), *Wounds and Wound Repair in Medieval Culture*, Leiden y Boston, Brill, 2015, pp. 27–56.

⁸ Andrew AYTON y Philip PRESTON: *The Battle of Crécy*, Woodbridge, Boydell Press, 2005, p. 119.

⁹ Glenn FOARD y Anne CURRY: *Bosworth 1485. A Battlefield Rediscovered*, Oxford, Oxbow, 2013; Tony POLLARD y Neil OLIVER: *Two Men in a Trench. Battlefield Archaeology – The Key to Unlocking the Past*, Londres, Michael Joseph, 2002. En algunos casos el trabajo aún no está completo. Este es el caso en East Stoke, donde se realizó unos leves trabajos de rescate en una fosa común que probablemente esté relacionada con la batalla de 1487, pero el trabajo aún no se ha redactado por completo: Glenn FOARD y Richard MORRIS: op. cit., p. 30. Michael PENMAN: *Bannockburn, 1314 - 2014: Battle and Legacy. Proceedings of the 2014 Stirling Conference*, Lincoln, Paul Watkins, 2016.

yor parte de su contenido metálico por la oxidación, a pesar de estar en condiciones excepcionales para la conservación del metal ferroso. La acumulación de puntas de flecha en el mantillo del suelo de las fosas comunes en Towton tampoco es fiable para ubicar un lugar de sepultura, pues aún se ha de verificar que proceden de los cuerpos. Un arqueólogo necesita pistas concretas procedentes de fuentes documentales para saber dónde concentrar la búsqueda. Solo entonces es factible llevar a cabo un estudio más específico con detectores especializados y técnicas de prospección superficial, que podrían sacar a la luz un conjunto de artefactos metálicos o de restos humanos. Y lo más importante, el uso de la geofísica y las catas arqueológicas necesarias para localizar y confirmar la presencia de fosas de enterramiento.¹⁰

Debido a la falta de éxito a la hora de buscar los muertos en los campos de batalla, tres importantes hallazgos se han hecho famosos y con razón. El primero es Wisby, en la isla de Gotland, donde un ejército del rey danés derrotó a los campesinos y pobladores locales en julio de 1361. En 1905 se encontró una fosa común, y en 1928 otras tres fosas fuera de las puertas de la ciudad. Se han encontrado por lo menos 1.185 cuerpos, un número relativamente cercano a los 1.800 campesinos muertos que se mencionan en la crónica de los Franciscanos de Wisby. Aunque es probable que haya más entierros inaccesibles a causa de nuevas construcciones de edificios. Los cadáveres conservaban aún la armadura. ¿Se debe esto a que el clima cálido y la cifra de muertos en cuestión hicieron imposible despojarles de la armadura antes de la descomposición? ¿O simplemente la armadura era de tan mala calidad que el ejército real no quiso recuperarla?¹¹

El segundo hallazgo está en Portugal, concretamente en Aljubarrota (1385).¹² Unas excavaciones en 1958 revelaron una gran acumulación de huesos en el osario de una fosa, pero no se examinaron hasta más de treinta años después, cuando se concluyó que pertenecían a unas 400 personas. El tercer descubrimiento importante fue en Reino Unido en julio de 1996, durante las obras de construcción de un garaje en Towton Hall. Towton se encuentra 18 kilómetros al sudoeste de York, y es el lugar donde el 29 de marzo de 1461 se libró una batalla. Se concluyó que los hallazgos óseos eran

¹⁰ Timothy SUTHERLAND y Simon RICHARDSON: “Arrow Point to Mass Graves: Finding the Dead from the Battle of Towton”, en Douglas D. SCOTT, Lawrence BABITS y Charles M. HAECKER (eds.), *Fields of Conflict. Battlefield Archaeology from the Roman Empire to the Korean War*, Westport, CT, Potomac Books, 2007, pp. 160–73.

¹¹ Bengt THORDEMAN et al., *Armor from the Battle of Wisby, 1361*, 2 vols., Union City, California, Chivalry Bookshelf, 2001 [1939, reimpresión].

¹² Eugénia CUNHA y Ana Maria SILVA: “War Lesions from the Famous Portuguese Medieval Battle of Aljubarrota”, *International Journal of Osteoarchaeology*, 7 (1997), pp. 595-9. Este artículo también menciona las excavaciones en curso en Grunewald (1410).

pertenecientes a unos 37 o 38 individuos.¹³ Es evidente que en aquella tumba relativamente poco profunda se apilaron la mayor cantidad posible de cuerpos.¹⁴ Al igual que en Wisby, se pudieron investigar las características personales de los muertos y las heridas que sufrieron en la batalla. Towton tiene la reputación de ser la batalla más grande jamás librada en suelo inglés. Algunos cronistas afirman que hubo 28.000 muertos. Como resultado, los descubrimientos fueron recibidos con mucha expectación, a pesar de que representaban solo una pequeña proporción de las supuestas víctimas de guerra. No obstante, la búsqueda ha continuado, y Sutherland ha encontrado un enterramiento individual y otro triple en Towton Hall, además de unos restos desarticulados en fosas del campo de batalla, y cuya importancia debatiremos más adelante.¹⁵

Obviamente es necesario que los historiadores y los arqueólogos trabajen conjuntamente, pero para comprender mejor este tema debemos tener en cuenta también las creencias religiosas y el ritual funerario común del último período medieval. Las creencias religiosas y los efectos psicológicos de la guerra explican el porqué los soldados necesitaban confesarse y recibir la absolución antes de ir a la batalla. Normalmente se hacía por la mañana durante el desempeño de la misa, a ser posible, en el mismo día de la batalla. Los relatos narrativos de batallas mencionan frecuentemente ambas prácticas litúrgicas. En ocasiones, el incumplimiento de estos rituales justificaba parcialmente la derrota. Un ejemplo de ello es el caso de Ricardo III de Inglaterra en Bosworth.¹⁶ El lugar del entierro también era importante. Como Daniel cuenta «se esperaba que un cristiano fuese enterrado en suelo consagrado».¹⁷ La Iglesia definía la extensión de terreno que se consagraría, puesto que los cementerios debían tener unos límites bien definidos. Además era el clero quien controlaba los entierros, un derecho celosamente custodiado, sobre todo porque generaba ingresos a las iglesias con derecho funerario. Hay muchos desacuerdos registrados en donde no se cumplían las normas establecidas.

Además, la gente quería ser enterrada en el lugar correcto para su salvación. Los miembros más ricos de la sociedad hacían acuerdos de antemano para ser

¹³ Anthea BOYLSTON, Malin HOLST y Jennifer COUGHLAN: “Physical Anthropology”, en Veronica FIORATO, Anthea BOYLSTON y Christopher KNÜSEL (eds.), *Blood Red Roses: The History Archaeology and Anthropology of a Mass Grave from the Battle of Towton, AD 1461*, Oxford, Oxbow, 2000, p. 45.

¹⁴ Timothy SUTHERLAND: “Recording the Grave”, en Veronica FIORATO, Anthea BOYLSTON y Christopher KNÜSEL (eds.), op. cit., p. 41.

¹⁵ Timothy SUTHERLAND: “Unknown Soldiers: The Discovery of War Graves from the Battle of Towton AD 1461”, *From Artefacts to Anomalies: Papers inspired by the contribution of Arnold Aspinall*, periódico inédito, Universidad de Bradford, 1–2 de diciembre de 2006. p. 4. También Timothy SUTHERLAND y Simon RICHARDSON: op. cit., pp. 160–173.

¹⁶ Glenn FOARD y Anne CURRY: op. cit., p. 51.

¹⁷ Christopher DANIELL: *Death and Burial in Medieval England, 1066-1550*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, p. 103.

inhumados en un lugar en particular. Lo normal era que tales sitios guardasen vínculos con su lugar de residencia, y especialmente con su propia devoción religiosa. Además podía ir acompañado de la instalación de una capilla para rezar oraciones y celebrar una misa por sus almas. También se inició la tendencia de firmar el testamento antes de iniciar las campañas militares. Pero incluso las personas más pobres querían ser enterradas en su comunidad de origen, donde la familia y los amigos podían ayudarles a pasar por el purgatorio. Esto explica el atractivo de unirse a una cofradía o hermandad parroquial. Una investigación hecha por el departamento real en 1389 demostraba que la pertenencia a tales grupos, a los que había que pagar una suscripción semanal, significaba que si morías fuera de casa tus compañeros traerían tu cuerpo de vuelta. Por ejemplo, las ordenanzas de la hermandad de San Pedro en Wiggshall (Norfolk) incluían lo siguiente:

Si perece en el agua o en tierra los hermanos de su cofradía lo buscarán dentro de un radio de tres millas. Lo llevarán al entierro como le corresponde a un hombre cristiano si él mismo no pudiese costearlo.

Otras hermandades locales prometían encontrar y traer el cuerpo de vuelta incluso si estaba a seis millas de distancia.¹⁸ También había prácticas comunes relacionadas con el entierro. Era costumbre que las exequias y unos rituales específicos tuviesen lugar a los tres días del fallecimiento. Esto incluía el lavado del cuerpo desnudo y su colocación dentro de un sudario. Ser enterrado con toda la ropa puesta y sin sudario era el destino que se les deparaba a los criminales ejecutados. En las excavaciones de St. Margaret in combusto, en Norwich, se encontraron cuerpos enterrados de esa manera. Algunos llevaban las muñecas atadas y otros estaban tumbados boca abajo. Fueron hallados con signos de haber sido arrojados al hoyo sin miramientos, aunque en un terreno ya demarcado como consagrado.¹⁹ En una inhumación, por norma general el cuerpo debía estar tumbado sobre su espalda y con la cabeza hacia el oeste. En los casos de muertes por plaga sabemos que se crearon nuevos cementerios, es el caso del de East Smithfield, a las afueras de Londres, que fue construido en 1348. Aquí los cuerpos se encuentran apretujados en zanjas en lugar de en tumbas individuales. No

¹⁸ *English Gilds* [ed. Lucy Toulmin SMITH], Early English Text Society, serie original, xl (1870), pp. 117, 113, 115.

¹⁹ Brian AYERS: "Norwich", *Current Archaeology*, 122 (1990), pp. 56–59.

obstante, estaban dispuestos de manera ordenada: tumbados de espaldas y orientados en un eje oeste-este.²⁰

Era raro que un elevado número de personas muriera en un corto espacio de tiempo y lejos de casa. El campo de batalla era una excepción, y por eso es tan interesante observar lo que sucedía con los cuerpos tras la lucha. Es probable que las batallas diesen lugar a formas inusuales de entierro, porque las circunstancias de la muerte hacen que sea más difícil seguir las prácticas habituales. Dicho esto, existen pruebas documentales del esfuerzo por cumplir las normas tradicionales. Froissart afirma que Eduardo III de Inglaterra permitió una tregua de tres días para inspeccionar el campo de batalla de Crécy, lo cual se aprovechó para realizar los enterramientos: «Et fist a savoir sus chiaus dou pays que il donnoit triewes trois jours pour cerchier le camp de creci et enseverlir les morts [Y dio a conocer a los de la zona que daría tres días de tregua para buscar en el campo de Crecy y enterrar a los muertos]». ²¹ El relato de Monstrelet sobre Azincourt afirma que durante el día de la batalla y los cuatro días siguientes se recogieron cadáveres de señores feudales y príncipes para lavarlos y enterrarlos en sus tierras.²²

El ejemplo más obvio de intentar seguir con las normas habituales eran dichos rescates y retiradas de cuerpos para darles sepultura en un lugar adecuado. Sobre todo ocurría con los muertos de mas alto estatus social, que eran llevados a su correspondiente lugar de entierro incluso si éste se encontraba a cierta distancia. Por ejemplo, Antonio de Borgoña y duque de Brabante (hermano del llamado Juan Sin Miedo, duque de Borgoña) murió en Azincourt y fue encontrado por sus sirvientes a bastante distancia de donde se libró la batalla. Sus sirvientes lo llevaron inicialmente a Saint-Pol-sur-Ternoise, a 18 kilómetros de distancia. Allí fue puesto en un ataúd de plomo con especias y hierbas. La colocación del cuerpo en un féretro retrasaba la descomposición y el añadido aromático ayudaba a disminuir el olor. Al cabo de unos cuatro o seis días fue trasladado a Tournai, donde fue velado por el obispo y el cabildo. Al día siguiente llegó a Halle y permaneció durante la noche en la iglesia de Santa María, antes de ser transportado a la iglesia de san Gaule en Bruselas. Finalmente, el 3 de noviembre entró por la ciudad de Fure, donde se le ofreció una misa de difunto y se le enterró junto a su primera esposa.²³ En total, el cuerpo viajó 173 km.

²⁰ Duncan HAWKINS: “The Black Death and the New London Cemeteries of 1348”, *Antiquity* 64 (1990), pp. 637–642.

²¹ Jean Froissart, *Chroniques, Livres I y II* [ed. Peter AINSWORTH y George T. Diller], París, Le Livre de Poche, 2001, pp. 589–590.

²² *Chronique d'Enguerran de Monstrelet*, iii, p. 121.

²³ *Chronique des ducs de Brabant por Edmond de Dynter* [ed. Pierre François Xavier DE RAM], 6 vv. (Bruselas, 1854–60), iii, p. 304.

También cayeron en batalla dos coetáneos ingleses: Eduardo, duque de York, y Michael de la Pole, conde de Suffolk. A ellos se les trasladó aún más lejos para poder enterrarlos de este modo en la iglesia de sus respectivas familias, la de Fotheringhay en Northamptonshire y la de Wingfield en Suffolk. Estaban demasiado lejos para recurrir al lento proceso de descomposición que favorecía el ataúd de plomo. A ambos hombres se les practicó el “mos teutonicus”, es decir, hirvieron sus cuerpos para separar la carne y colocaron sus huesos en recipientes apropiados para el transporte de regreso a Inglaterra. El momento de hervir los cuerpos está relatado por los cronistas Jean le Fèvre y Jean de Waurin, el primero de los cuales se encontraba con los ingleses en la batalla.²⁴ Esto implica que los ingleses llevaban consigo un recipiente lo suficientemente grande como para hervir a una persona aun cortándola antes en pedazos. Y aún hubo un segundo método de preparación de un cuerpo para el transporte prolongado: el desentrañamiento. Esta práctica, que consistía en extraer las entrañas, se realizaba cuando se disponía de la experiencia y de un amplio margen de tiempo. Fue el tratamiento dado al cuerpo de Enrique V tras su muerte en el castillo de Vincennes el 31 de agosto de 1422. Se preparó el cadáver para transportarlo a su entierro en la abadía de Westminster. Como anécdota, hace unos años en el Parlamento inglés se debatió sobre si se debía pedir a los franceses que devolvieran a Inglaterra las entrañas enterradas en la capilla de Vincennes.²⁵ Sin embargo, cuando un jefe militar deseaba retirarse velozmente del campo de batalla, como hiciera Enrique V en 1415, el “mos teutonicus” era la única forma posible de preservar los cuerpos en los transportes de larga distancia.

En el año 1415 se dieron muchos casos en los que el cuerpo se llevó al lugar previsto para su entierro. El duque de Alençon, por ejemplo, fue llevado a la catedral de Sées en su ducado. Pero también encontramos ejemplos de hombres de estatus más bajo que fueron llevados a casa. Guillaume de Longueil, capitán de Dieppe, y su hijo fueron enterrados en la iglesia de St. Jacques en la ciudad, y junto a ellos más hombres del norte de Francia tuvieron ese trato. Se necesita investigar más sobre esto, aunque parece que el cuerpo era llevado a su debido lugar de descanso dependiendo de si el fallecido tenía los medios necesarios, como en el caso de la alta nobleza, o de que el hogar estuviese lo suficientemente cerca como para que amigos y compañeros pudieran llevar el cadáver consigo.

No obstante, sabemos que los cuerpos de la nobleza y la alta burguesía se llevaron también a las iglesias más cercanas al campo de batalla. Un documento del siglo

²⁴ *Chronique de Jean le Fèvre, Seigneur de Saint Remy* [ed. François MORAND], 2 vols (Société de l'Histoire de France, 1876–81), i (1876), p. 260; *Recueil des Croniques et Anchiennes Istories de la Grant Bretagne a present nomme Engleterre par Jehan de Waurin* [ed. William L. HARDY y Edward L. C. P. HARDY], 5 vv., Londres, Rolls Series, 1864–1891), ii, p. 218.

²⁵ Hansard House of Commons Debates, 12 de julio de 1978, vol. 953, cc 577–8W.

XVIII nombra a trece hombres enterrados en la Iglesia de la Casa Franciscana de Vieil-Hesdin, entre ellos el alguacil de Albret. Otros quince en la iglesia de la Casa Dominica de Auchy-lès-Hesdin, y los doce últimos en el cementerio de la misma casa.²⁶ Después de la batalla de Poitiers del 19 de julio de 1356, alrededor de 50 franceses fueron trasladados al Convento Jacobino de Poitiers para recibir sepultura.²⁷ Entre ellos el duque de Borbón, en beneficio del cual cabría esperar que se hubiera realizado un esfuerzo para facilitar el regreso de su cadáver y darle sepultura en el lugar de entierro familiar. Quizás el periodo estival fue un factor en la decisión de enterrar a nivel local. Otra hipótesis es que los frailes de Poitiers se encargaron de toda la organización para la recogida y el tratamiento de los muertos. Sabemos con exactitud en qué parte del Convento Jacobino fueron enterrados la mayoría de los muertos. Borbón, la víctima de mayor rango, fue enterrado a la derecha del altar mayor, cerca del sagrario (o “piscina” para los anglicanos). Siete u ocho cuerpos fueron colocados en tres tumbas sin que nunca se supieran sus nombres. Se supone que a la hora de seleccionar cuerpos no se excluyó a grupos sociales más bajos, aunque cabe la posibilidad de que en la lista se agregara al menos a un caballero con algún escudo de armas en particular. Otros cien muertos de Poitiers fueron enterrados en la iglesia de los Cordeliers, en Poitiers. De este grupo 59 eran caballeros y los otros 41 escuderos. El documento continúa diciendo que varios de los hombres asesinados en la batalla fueron transportados en carretas por los Cordeliers:

pour estre enterrerez in de grandes fosses en leur cymetiere qui est hors l'eglise ... et furent faites obsequies honnourables eglises, convents, monasteres et par quantité de bons burgues d'icelle ville [para ser enterrados en las grandes fosas del cementerio que está fuera de la iglesia ... y se realizaron obsequios honorables por parte de todas las iglesias, conventos, monasterios y de un buen número de burgueses del pueblo].²⁸

Es imposible saber si esto representa a todos los franceses muertos en la batalla de Poitiers, pero hasta la fecha no se han encontrado enterramientos en el mismo campo de batalla. Lo que sí vemos aquí es un esfuerzo por trasladar los cuerpos a tierra consagrada y enterrarlos de acuerdo a la práctica convencional. Mientras que a la clase alta se la enterraba individualmente en el interior de las iglesias, a la tropa se le

²⁶ Bibliothèque Municipale de Besançon, Collection Chifflet MS 64, impresa en G. Baquet, *Azincourt* (impresión privada: Bellegarde, 1977), pp. 85–86.

²⁷ Para ver continuación véase *Recueil des documents concernant la commune et la ville de Poitiers* [ed. Édouard Audoin], Archives Historiques de Poitou, xlvi (1928), pp. 164–75.

²⁸ *Ibidem*.

destinaron unas zanjas en cementerios pertenecientes a iglesias. De igual forma, este patrón queda patente en la primera batalla de St Albans, en 1455.²⁹ El documento de Poitiers también nos dice que el enterramiento masivo se realizó con la autorización del *oficial* de Poitiers (parte de la jerarquía eclesiástica de la diócesis) y el alcalde de Poitiers. Esto nos recuerda que los cuerpos no podían ser enterrados sin el permiso de la iglesia. Tenemos que tener esto en cuenta en nuestro análisis de entierros en otras batallas, unido a la posibilidad de que los cuerpos se hallen enterrados en terrenos debidamente consagrados en la medida en que esto fue posible.

Hay un elemento más que ofrece una visión extremadamente valiosa del enterramiento en Poitiers. Se trata de la fecha en la que se llevó a cabo el entierro masivo: «Le jour de St Valentine audit an mil trois cent cinquante et six», el 14 de febrero de 1357. De ser así, los cuerpos pudieron haber permanecido en el campo durante cinco meses una vez concluida la batalla. Ocho días después de la batalla de Pinkie (1547) un inglés comentaba que vio muchos cadáveres putrefactos aún sin enterrar, aunque aseguraba que un número mayor ya había sido enterrado en el cementerio de Inveresk. Otro informe señalaba que no había suficientes carros para el transporte, y que algunos cuerpos seguían sin ser enterrados incluso un mes después.³⁰

Si no se sacaban los cuerpos del campo éstos comenzaban a descomponerse. Tal y como hemos sabido después por la batalla de Azincourt, la sola exposición durante una noche a la intemperie permitía al vencedor, así como a los saqueadores locales, la oportunidad de despojarles de todo cuanto tuvieran de valor. Sabiendo que los cuerpos desnudos se descomponen más rápido que los cuerpos vestidos, ¿es verosímil que dejaran los cuerpos al descubierto durante meses o incluso años permitiendo que se pudriesen a la luz del día? No parece muy acorde a las prácticas y creencias de entonces, ni siquiera en periodos de conflicto político, puesto que dejaría los cuerpos a la espera de ser devorados por los animales. Una solución de sentido común hubiera sido enterrar los cuerpos cerca y de la manera más rápida y cómoda posible, con vistas a trasladarlos más adelante. En ese supuesto, habrían aprovechado algún hoyo o zanja ya existente para evitar tener que cavar en profundidad. Quizás eso fue lo que ocurrió en Poitiers, aunque aún no se conozcan pruebas documentales o arqueológicas de enterramientos provisionales en tal sitio.

²⁹ Tres hombres fueron enterrados con monumentos funerarios en la nave de la iglesia de San Pedro, y al menos diez en el cementerio sin monumentos. Gracias a Peter Burley por esta información. Para enterramientos tras Tewkesbury (1471) véase Gordon MacNeil RUSHFORTH: “The Burials of Lancastrian Notables in Tewkesbury Abbey after the Battle, AD 1471”, *Transactions of the Bristol and Gloucester Archaeological Society*, 47 (1925), pp. 131–148.

³⁰ Glenn FOARD y Richard MORRIS: op. cit., p. 32; William PATTEN: *The Expedition*, Londres, Richard Grafton, 1548; *Treasurer's Accounts*, ix, 121 y 129 cit. en James FERGUSSON: *The White Hind and other discoveries*, Londres, Faber and Faber, 1963.

En Towton, los estudios recientes de Sutherland parecen indicar que en un principio los cuerpos se enterraron en el campo de batalla, y veinte años después fueron trasladados a un terreno consagrado.³¹ Esta investigación partió de la idea de que los enterramientos se llevaron a cabo con mucha probabilidad en el centro de la batalla. La idea surge en base a la opinión del historiador militar, Alfred Burne, quien sugirió que la mayoría de las muertes ocurrían donde los ejércitos se enfrentaban por primera vez.³² Para evitar tener que arrastrar los cadáveres largas distancias, lo más seguro es que los enterramientos se hicieran lo más cerca posible del lugar donde murieron, ya fuese cavando tumbas de poca profundidad o bien aprovechando huecos en el terreno. Mediante la detección de metales, Sutherland trazó un mapa con la distribución de puntas de flecha en Towton. Al remover la tierra durante este proceso encontraron los restos de un hueso de la parte inferior de un brazo (cúbito distal). Sutherland llevó a cabo una serie de estudios geofísicos de resistividad del suelo y magnetometría, gracias a lo cual detectaron varias anomalías en los sitios donde los detectores habían revelado concentraciones de puntas de flecha. Al igual que el hueso cúbito, unos dientes humanos fueron hallados durante el estudio de resistividad del suelo en una de estas áreas de anomalía. Fue entonces cuando Sutherland abrió catas arqueológicas. La zanja hecha en la ubicación de los dientes reveló diversos restos humanos: fragmentos de cráneos, vértebras, falanges de la mano y del pie, rótulas y unos pocos dientes más. Se trataba de pequeños huesos mezclados, sin embargo «la posición anatómica de algunos huesos indicaba que ciertas partes del esqueleto debieron estar articuladas parcialmente en el momento de su enterramiento».³³ Sutherland también afirmó que los hallazgos se encontraban dentro de una zanja que existía originariamente en aquella zona, solo que había sido retocada y reutilizada para el enterramiento. Estas características le llevaron a la conclusión de que en un primer momento se habían enterrado cuerpos íntegros en aquel lugar, pero luego se desenterraron y se llevaron a otro sitio dejando atrás pequeños huesos y el indicio de la existencia de una zanja para enterramientos.

Sutherland comprobó que todo encajaba con lo que se sabía según el registro histórico. En una orden del 19 de febrero de 1484, el rey Ricardo III dio fondos a la iglesia parroquial de Saxton y a otra capilla para que los cuerpos del campo de batalla se trajesen de vuelta para ser enterrados allí. El contenido de la carta es extremadamente interesante, entre otras cosas porque concuerda con la prueba documental ar-

³¹ Timothy SUTHERLAND y Simon RICHARDSON: op. cit.

³² Alfred H. BURNE: *The Battlefields of England*, Londres, Methuen, 1950). En Edgehill (1642) un testigo presencial «vio los cuerpos reunidos en una serie de enormes pilas en el área donde los dos ejércitos se habían enfrentado por primera vez». Glenn FOARD y Richard MORRIS: op. cit., p. 32

³³ Timothy SUTHERLAND y Simon RICHARDSON: op. cit., p. 165

queológica de que los hoyos o huecos de los alrededores se utilizaron para el primer entierro:

y sus cuerpos fueron abandonados en el campo y en otros lugares cercanos, completamente fuera de un lugar de enterramiento eclesiástico (extra ecclesiasticam processus sepulturam), en tres zanjas. Nosotros ... hicimos que los cuerpos fueran exhumados y dispuestos para un entierro eclesiástico en los meses siguientes, una parte en la iglesia parroquial de Saxton en el condado de York y en el cementerio del mismo lugar, y otra parte en la capilla de Towton...³⁴

El mismo procedimiento está documentado en las fuentes históricas de Bosworth. Solo una fuente menciona entierros inmediatamente después de la batalla, Polydore Vergil, quien afirma que tras la batalla Henry Tudor subió a una colina cercana, y además de agradecer a sus hombres «ordenó que se cuidara a los heridos y se enterrara a los muertos».³⁵ Como se señaló anteriormente, no se han encontrado tumbas, aunque la ubicación de la batalla se ha podido determinar mediante el hallazgo de impactos de balas cañón y otros artefactos. Parece que en algún momento los cuerpos fueron trasladados a la iglesia de Dadlington. Unos documentos reales y eclesiásticos sobre la recaudación de fondos para dicha iglesia corroboran que ocurrió en agosto de 1511: «se encuentra en una parcela de la ciudad en Bosworth Feld, también llamado Dadlyngton Feld, en nuestro condado de Leicester». El texto sobre la indulgencia concedida a aquellos que contribuyeron con dinero contiene una parte adicional interesante, refiriéndose a la capilla como el lugar al que «se han llevado los cuerpos o huesos de los hombres muertos en el campo de Bosworth».³⁶ La mención de huesos da a entender que hubo exhumaciones en el campo de batalla para poder celebrar los entierros, aunque no podemos estar seguros de en qué punto entre 1485 y 1511 sucedió aquello. Entre mediados del siglo XIX y mediados del XX se dieron hallazgos no documen-

³⁴ *Ibidem*, p. 168, comentario 14 de Anne CURRY: *The Battle of Agincourt...*, p. 175.

³⁵ Glenn FOARD y Anne CURRY: *op. cit.*, p. 60.

³⁶ Alfred W. POLLARD y Gilbert Richard REDGRAVE: *Short Title Catalogue of Books Printed in England, Scotland and Ireland 1475–1640* [revisado por Alexander JACKSON, Frederic S. FERGUSON y Katherine F. Pantzer], vol. 2 (Londres, 1976), Núm. 14077, c. 37, y William A. JACKSON: “Three Printed English Indulgences at Harvard”, *Harvard Library Bulletin*, 7 (1953), pp. 229–231. Ver también TNA C 82/367/15, transcrito en Oliver D. HARRIS: “The Bosworth Commemoration at Dadlington”, *The Ricardian*, 7:90 (1985), 124, y Foard y Curry, *Bosworth 1485*, pp. 60–61

tados de cráneos y huesos desarticulados cerca de la entrada al cementerio de Dadlington.³⁷

Por lo tanto, en Towton y Bosworth hay pruebas documentales de la autorización oficial y la organización de la exhumación y el reentierro. Las conclusiones obtenidas en Aljubarrota indican una situación similar. A los siete años de finalizarse la batalla se construyó una capilla y los cuerpos fueron colocados en una fosa común.³⁸ En cuanto a qué tipo de entierro era normal en la Edad Media, parece ser que la exhumación y el reentierro eran medianamente frecuentes. En las ciudades donde se producían un gran número de enterramientos lo común era exhumar antiguos restos de huesos para hacer espacio a los nuevos cadáveres. Luego, los huesos exhumados se limpiaban para clasificarlos y almacenarlos en osarios o en fosas excavadas expresamente para ello. En 1616, la iglesia de Santa Margarita en Westminster, justo al lado de la abadía, contrató a varios hombres para que durante cuatro días cavasen una gran fosa de 4 metros de profundidad, 9 de largo y 3 de ancho para enterrar un gran número de huesos acumulados. Los osarios eran un elemento muy común en la Bretaña de la Edad Media, y los ritos llevados a cabo en el traslado de huesos limpios eran una parte muy importante de la religión popular bretona.³⁹

Por lo tanto, la exhumación y el reentierro fueron quizás muy frecuentes tras las batallas. Pese a ello, los hallazgos de Sutherland en Towton dan esperanza a la hora de encontrar vestigios de las tumbas originales, y con ellas huesos pequeños o dientes que quedasen olvidados allí en el traslado de huesos sueltos. Sobre este aspecto, es interesante lo que Woodford comentó sobre los dientes que encontró en Azincourt en 1818.

En el caso de Azincourt, por lo tanto, es posible que los cuerpos se enterraran primeramente en una zona del campo específicamente consagrada y luego los trasladaran al cementerio. El relato de Monstrelet sobre la excavación de una fosa enlaza con el hecho de establecer terrenos consagrados. Como vimos, la zanja fue autorizada por el abad local y por un alguacil también local (otra combinación de miembros eclesiásticos y civiles parecida es el ejemplo de Poitiers). Continúa diciendo que la tierra y las zanjas fueron bendecidas y consagradas como cementerio por el obispo de Guînes al mando de Luis de Luxemburgo, obispo de Thérouanne. Es cierto que Azincourt pertenecía a la diócesis de Thérouanne, de la cual Louis fue obispo en 1415, aunque la refe-

³⁷ Peter J. FOSS: *The Field of Redemore. The Battle of Bosworth, 1485*, Newton Linford, Kairos Press, 1998, pp. 74–75.

³⁸ Eugénia CUNHA y Ana Maria SILVA: op. cit., p. 596.

³⁹ Clare GITTINGS: *Death, Burial and the Individual in Early Modern England*, Londres y Sydney, Croom Helm, 1994, p. 139; Ralph Anthony HOULBROOKE: *Death, Religion and the Family in England, 1480 – 1750*, Oxford, Clarendon Press, 1998, pp. 335, 369.

rencia a un obispo de Guînes es confusa, ya que no hubo tal persona. Fenin da una explicación un poco distinta pero con la misma idea general, la de que Luis de Luxemburgo hizo varias fosas en el sitio de la batalla, luego recogió a todos los muertos de ambos bandos y los hizo enterrar allí. Él bendijo el lugar y lo rodeó de setos frondosos (una delimitación típica de los cementerios) para protegerlo de los animales.⁴⁰ El *Chronique de Ruisseauville* sigue una línea similar, pero afirma que Luis bendijo el terreno y los lugares donde sucedió la batalla, para más tarde agregar que iba acompañado por el abad de Blangy y que se hicieron cinco tumbas, «y en cada tumba se colocó una gran cruz de madera». Esto es similar a un informe sobre la construcción de un cementerio en la Italia de 1520, donde se plantaron cruces en cada esquina de la parcela asignada y otra cruz en el centro. El obispo roció agua bendita en cada cruz y las perfumó con incienso, y después se colocaron velas en cada cruz.⁴¹

Puede que se construyera también una capilla. Sobre Azincourt no tenemos pruebas documentales del levantamiento de tal estructura en el campo de batalla durante la época medieval, aunque parece que se construyó una capilla en La Gacogne siglos después y que fue destruida durante la Revolución Francesa. En cambio, durante la batalla de Shrewsbury (1403) una iglesia prosiguió con la construcción de una zona consagrada para los entierros. De esta batalla también existen datos sobre las supuestas dimensiones de una fosa donde colocaron 2.291 cuerpos sin vida. Medía 49 metros de largo, 20 metros de ancho y 18 de profundidad, ¡aunque la última medida no puede ser correcta!⁴² Al igual que con Azincourt, no sabemos exactamente cuándo se cavó la fosa, pero en octubre de 1406 se asignaron dos acres (8093 m²) de tierra para la construcción de una capilla donde se celebrase un servicio religioso por las almas de los muertos en batalla que fueron enterrados allí mismo. También se celebrarían ceremonias por el rey victorioso (Enrique IV) y por todos los difuntos.⁴³ Otros tantos documentos, además del material del que están hechos, indican que la iglesia se terminó en 1409. De hecho, los textos hablan de la iglesia que se está erigiendo en el campo donde aconteció la batalla. Esto nos hace pensar que la edificaron sobre la fosa. También se

⁴⁰ *Mémoires de Pierre de Fenin* [ed. Emile Dupont], París, Société de l'Histoire de France, 1837, pp. 66–67.

⁴¹ Christopher DANIELL: op. cit., p. 89.

⁴² Esto proviene de un manuscrito vinculado al Priorato de la Catedral de Durham, que data de finales de la década de 1410 o principios de la década de 1420: Oxford, Bodleian Library Laud Misc. 748. El extracto está impreso en Alfred H. BURNE: “The Battlefield of Shrewsbury. A Military Reconstruction”, *Transactions of the Shropshire Archaeological Society*, lii parte 2 (1948), 147. Agradecemos al Dr. Philip Morgan por su asesoramiento sobre este y otros asuntos relacionados con la batalla de Shrewsbury. Morgan señala que la exagerada profundidad del pozo podría ser una alusión al pozo de los condenados. Las investigaciones arqueológicas no lograron ubicar la tumba en 2002, y si tal pozo existe probablemente se encuentra debajo de los edificios de la iglesia y la universidad. No se ubicaron otras tumbas más pequeñas en el trabajo de campo que implicó un extenso proceso de excavación de zanjas en el campo de batalla (Tony POLLARD y Neil OLIVER: op. cit., pp. 56–62).

⁴³ Traducido al inglés en William George Dimock FLETCHER: “Battlefield College”, *The Battle of Shrewsbury*, Shrewsbury, Adnitt y Naunton, 1903, pp. 41–42.

da a entender que el sitio elegido estaba cerca del principal campo de acción, o al menos cuesta abajo, ya que es más fácil llevar los cadáveres con ayuda de una pendiente que hacerlo cuesta arriba. La mayoría de los muertos, por consiguiente, pudieron haber sido enterrados donde se encuentran la iglesia y su cementerio. No sería extraño encontrar algunas tumbas dispersas, ya que una carta de diciembre de 1445 concerniente a la iglesia habla de oraciones por las almas de los que murieron en batalla, «cuyos cuerpos yacen enterrados a unas tres millas o más, dentro y alrededor del mismo campo». ⁴⁴

Un tema que sigue planteando un problema es si los muertos del ejército victorioso fueron tratados de la misma manera que los muertos de los vencidos. Sobre esto hay muy poco escrito en las fuentes. Un relato del siglo XII sobre los entierros que siguieron a la batalla de Clontarf (1014) indica que los vencedores solo se preocuparon por sus propios caídos: «al día siguiente entraron en el campo de batalla y enterraron a cada uno de los suyos que fueron capaces de reconocer». ⁴⁵ En 1415, aunque Enrique V ordenó que practicaran el “mos teutonicus” a dos compañeros ninguna fuente sugiere que se llevara más cuerpos a Inglaterra. Por lo tanto, los muertos fueron enterrados en Azincourt supuestamente. Eso es lo que afirman algunas crónicas inglesas, pero el brabantino Edouard Dwynter sostiene que Enrique V metió a sus soldados caídos en un granero y les prendió fuego con todo el equipo y armaduras. ⁴⁶ La cremación no era una práctica aceptada por la tradición cristiana, pero, ¿y si se utilizaba solo en circunstancias posteriores a la batalla? En ese caso, ¿enterró Enrique V los restos quemados? Enrique V salió de Azincourt el 26 de octubre, un día después de la batalla. Así que hiciera lo que hiciera lo hizo con rapidez. Es necesario saber también si era fácil distinguir a los muertos de cada bando. Las ordenanzas militares inglesas de 1385 establecieron el uso de emblemas nacionales, algo que habría facilitado las cosas en 1415. Aunque, indudablemente, todo se complicaba todavía más en situaciones de guerra civil.

Sutherland afirma que los enterramientos individuales descubiertos en Towton Hall son del bando ganador, ya que los cuerpos se encontraban en la típica postura de enterramiento. Junto a uno de ellos se encontró una cuenta de rosario metida en un estuche. ⁴⁷ Se deduce que pertenecen al bando ganador porque de los 37 cuerpos encontrados en Towton en 1996 ninguno pareció haber sido mutilado. ⁴⁸ Pudieron haber sido enterrados allí en grupo a la espera de una capilla, como en el campo de batalla de

⁴⁴ *Ibidem*, p. 73.

⁴⁵ Susan Leigh FRY: *Burial in Medieval Ireland*, Dublín, Four Courts Press, 1999, p. 114.

⁴⁶ Anne CURRY: *op. cit.*, p. 175.

⁴⁷ Timothy SUTHERLAND: 'Unkown Soldiers'..., p. 5.

⁴⁸ Sutherland, en comunicación personal.

Shrewsbury. En 1467, Eduardo IV solicitó al Papa que se concedieran indulgencias a aquellos que ayudasen en la reparación de la capilla de Santa María, en la parroquia de Saxton. En esos documentos también se menciona a las víctimas de la batalla: «unas enterradas en el cementerio de dicha capilla y otras cerca de ésta». ⁴⁹ Como hemos señalado antes, Ricardo III de Inglaterra estaba interesado en cierto asunto relacionado con una iglesia parroquial y una capilla apartada, parecer ser que cerca del campo. En julio de 1486 el arzobispo de York otorgó indulgencias a quienes dieron su apoyo a dicha capilla. Según los documentos, ésta se encontraba «allá sobre el campo de batalla donde nuestros mejores hombres, junto a muchos otros, fueron asesinados primero, y luego enterrados y sepultados en los campos de los alrededores». En diciembre de 1502 el arzobispo concedió una indulgencia adicional a aquellos que dieron limosna para una capilla en Towton: «en esta capilla y terreno están enterrados los cuerpos de hombres que sacrificaron su vida en tiempos de guerra». ⁵⁰ Sutherland ha descubierto recientemente esta capilla en Towton Hall. ⁵¹

Aunque no hay pruebas definitivas, es posible que esta capilla se encuentre en el sitio actual de Towton Hall o en sus inmediaciones. Ninguno de los cuerpos encontrados en 1996 estaba desarticulado, lo cual parece indicar que fueron enterrados poco después de la batalla en un sitio que ya había sido destinado a la consagración y conmemoración. La mayoría de los cuerpos fueron enterrados sobre un eje oeste-este, aunque algunos estaban boca abajo. Además, como aseguraban los excavadores, «los muertos fueron bien colocados en la fosa, y no simplemente arrojados en ella...» El punto discutible, comentaron también, es si aquello era únicamente el resultado de los esfuerzos por colocar el mayor número posible de cuerpos en la fosa en vez de una señal de respeto por los muertos. ⁵²

Pero esto plantea un gran dilema, ¿se portó mal el bando ganador con los cuerpos de los vencidos en todas las ocasiones? En las victorias de Inglaterra frente a

⁴⁹ Los Archivos Nacionales C270 / 26/30 cit. en Timothy SUTHERLAND: “Killing Time: Challenging the Common Perceptions of Three Medieval Conflicts- Ferrybridge, Dintingdale and Towton – the Largest Battle on British Soil”, *Journal of Conflict Archaeology*, 4 (2009), p. 23. Véase también *Calendar of Entries in the Papal Registers relating to Great Britain and Ireland*, 19 vols. (Londres, 1896–1998), vol. XII, *Papal Letters 1458-71*, pág. 623.

⁵⁰ Timothy SUTHERLAND y Armin SCHMIDT: “Towton, 1461: An Integrated Approach to Battlefield Archaeology”, *Landscapes* 4 (2003), p. 17. Moira HABBERJAM: “Some Thoughts on Richard III’s Memorial Chapel at Towton”, *Blanc Sanglier*, 29:2 (1995), pp. 3–5. Agradecemos a Philip Morgan por esta referencia. Para 1502 véase William WHEATER: *The History of the Parishes of Sherburn and Cawood with notices of Wiston, Saxton, Towton, etc.* 2 vv., Londres, Longmans, Green and Co, 1882, cit. en Timothy SUTHERLAND: “Recording the Grave”,..., pp. 12-13. Para más información véase Philip MORGAN: “The Medieval Battlefield War Memorial”, en Frances ANDREWS (ed.), *Ritual and Space in the Middle Ages*, Harlaxton Medieval Studies XXI (Nueva serie), Donington, Shaun Tyas, 2011.

⁵¹ “The Medieval Dead”, *Yesterday Television*, noviembre de 2013.

⁵² Timothy SUTHERLAND: “Recording the Grave”, op. cit., p. 40.

Francia los derrotados se ocuparon del entierro de sus propios muertos. Incluso durante la guerra civil en Inglaterra apenas hay evidencia de malos tratos a los cadáveres, con la excepción de líderes que se consideró que habían actuado como traidores, aunque incluso en esos casos se les proporcionaba un entierro justo. El cuerpo de Ricardo III muestra signos de heridas posteriores a su muerte, pero fue enterrado en una iglesia. El cuerpo de Henry Percy (Hotspur), vencido y asesinado en Shrewsbury, fue decapitado, descuartizado y metido en agua hirviendo. Su cuerpo en cuatro trozos, su cabeza y las cabezas de otros dos rebeldes se metieron en sacos de cera y resina junto con clavos, comino, anís, sal y otras especias. Con esto se pretendía ralentizar la putrefacción y el deterioro hasta que las cabezas y el cuerpo desmembrado pudieran ser distribuidos en cuatro ciudades distintas para su exhibición.⁵³ Sin embargo, a las partes descuartizadas se les dio finalmente su debido entierro. También el cadáver de otro rebelde vencido en Shrewsbury, Thomas Percy, conde de Worcester, fue decapitado y su cabeza expuesta en el Puente de Londres. Meses más tarde, en diciembre de 1403 se ordenó al sheriff de la ciudad que enviara la cabeza para que fuera enterrada en la iglesia de Santa María en Shrewsbury. Desde el final de la batalla esta iglesia había albergado el resto del cuerpo.⁵⁴

También es ilustrativo el relato de Thomas Walsingham sobre las consecuencias inmediatas de la batalla de Bryn Glas (junio de 1402).⁵⁵ Este comenta que «después de la batalla las mujeres galesas cortaban los genitales a los muertos, les metían el miembro en la boca y les dejaban colgando los testículos por la barbilla. También les cortaban las narices y se las introducían en el trasero». Además agrega dos observaciones importantes: la primera es que se trataba de un crimen sin precedentes; y la segunda, que «no permitían que los cuerpos de los muertos fueran encomendados a Dios con el rito final de entierro hasta que se pagara una gran cantidad de dinero». En otras palabras, aunque los cuerpos fuesen maltratados se les seguía dando un entierro digno. Sin embargo, debemos tener cuidado con las presunciones modernas sobre hostilidades bélicas. Del mismo modo, la falta de conmemoración física para la mayoría de los muertos en batalla puede parecer de cierta ingratitud para el ojo moderno, pero era lo típico en la Edad Media. Solo aquellos que podían pagar tumbas en las iglesias eran

⁵³ William George Dimock FLETCHER: “Some documents relative to the battle of Shrewsbury”, *Transactions of the Shropshire Archaeological and Natural History Society*, 2ª serie, x (1898), pp. 243–245, de Foreign Account Roll, 1–6 Enrique IV N° 5, m. 23. Es posible incluso que Hotspur fuese enterrado en la iglesia de Whitchurch en la noche de la batalla, pero que Enrique IV ordenase que su cuerpo fuera desenterrado para ser decapitado y descuartizado.

⁵⁴ Cuando se abrió su tumba en 1816 se encontraron allí tanto el cuerpo como la cabeza: Hugh OWEN y John Brickdale BLAKEWAY: *History of Shrewsbury*, 2 vv., Londres, Harding, Lepard, and Co., 1825, vol. 1, pp. 196–197.

⁵⁵ *The Chronica Maiora of Thomas Walsingham* (1376 - 1422) [ed. James G. CLARK], Woodbridge, Boydell Press 2005, p. 322.

conmemorados de manera tangible. Los monumentos en los cementerios eran extremadamente inusuales en la Inglaterra de antes de 1600, se hicieron frecuentes a partir de 1650.⁵⁶

De estos ejemplos podemos sacar dos conclusiones principales. La primera es que siempre hubo un esfuerzo por garantizar, con los medios que fuesen, un entierro cristiano digno. La segunda es que no hubo un patrón establecido en la forma de tratar a los muertos en batalla.⁵⁷ Se necesitan más investigaciones más sobre las diferentes variantes. Por ejemplo, se ha especulado con que el clima era un factor. En uno muy caluroso, como en Wisby, era necesario inhumar lo más rápido posible. Por otro lado, se ha sugerido que la poca profundidad de la tumba de Towton que contenía 37 esqueletos se debe a que el suelo estaba congelado y era difícil excavar.⁵⁸ También deberíamos tener en cuenta la ubicación de la batalla y el origen geográfico de las tropas. Donde hubiera una iglesia o monasterio colindante cabría suponer que desempeñase un papel en los entierros. Si los soldados venían de un sitio cercano había muchas posibilidades de que fuesen devueltos a su iglesia local. También influía si los hombres servían a un señor con un gran número de sirvientes, o quizás si tenían suficientes amigos dispuestos a ponerse en marcha. Solo de esta manera era posible que incluso hombres de bajo estatus social fueran llevados de vuelta a casa.

Si los cuerpos se exhumaban y se volvían a enterrar en otro lugar o no dependía de los acontecimientos políticos que se sucediesen tras la batalla. De ahí el interés de Ricardo III en Towton o también el de Enrique VII en Bosworth. Es más, las decisiones inmediatamente posteriores a la batalla sobre los entierros podrían verse influidas por la naturaleza de la victoria y su impacto político. Por ejemplo, ¿era siempre posible recuperar de inmediato los cuerpos? Froissart retrata como acto de clemencia la moratoria de tres días de Eduardo III en Crécy. ¿Significa que dio más oportunidades de lo normal para que recuperasen y repatriasen cuerpos? Froissart añade también que fue el rey inglés mismo quien llevó los cadáveres de señores feudales franceses a un monasterio cercano para enterrarlos en *sainte terre* (suelo sagrado).⁵⁹ ¿Era normal que el vencedor se ocupara de los cuerpos de los vencidos? ¿O fue así porque Eduardo dominaba el condado de Ponthieu, territorio en el que se libró la batalla de Crécy? ¿Es cierto que Eduardo asumió la responsabilidad o Froissart simplemente quiso retratarlo de una manera más favorable? En tal caso es interesante que algunas crónicas inglesas

⁵⁶ Ralph Anthony HOULBROOKE: op. cit., p. 362.

⁵⁷ Esto persistió en siglos posteriores. Por ejemplo, después de la primera batalla de Newbury (septiembre 1643) hemos sabido que 60 carretadas cargadas de muertos se llevaron a la ciudad para su entierro, a los que se suman los que fueron enterrados en el campo. Sin embargo, no se dice cómo se decidió a quién llevarse y a quién enterrar in situ.

⁵⁸ Timothy SUTHERLAND: "Recording the Grave", op. cit., p. 41.

⁵⁹ Froissart, *Chroniques*, p. 589.

atribuyan a Enrique V la orden de enterrar a ingleses y franceses, o que estuviese de acuerdo en que el obispo de Théroutane «bendijese un sitio profano para que sirviese de cementerio». ⁶⁰ También es significativo que Monstrelet mencione a Felipe III, conde de Charolais (posteriormente conocido como Felipe el Bueno, duque de Borgoña), y su interés por la búsqueda de los cadáveres de sus tíos muertos en Azincourt junto a la petición al abad de Ruisseauville y al alguacil de Aire para crear un cementerio. ⁶¹

También debemos tener en cuenta el número y la proporción de muertos. En las batallas donde hubo un elevado número de caídos es de suponer que se construyesen apresuradamente fosas comunes. Pero esto nos lleva de nuevo al principal problema cuando se analizan batallas medievales: rara vez sabemos con certeza el número de soldados envueltos en una batalla. No debemos creernos al pie de la letra los números proporcionados por las crónicas. Si comparamos cifras con las declaraciones patrimoniales, enseguida resulta evidente que los números siempre se exageran. Por citar solo un ejemplo, el *Journal d'un Bourgeois de Paris* afirma que Felipe III, duque de Borgoña, tenía un ejército de 6.000 hombres activos en septiembre de 1429, otros cronistas dan una cifra de entre 3.000 y 4.000 hombres. Sin embargo, las declaraciones de bienes del recaudador general del duque muestran que solo había 2.300 hombres. ⁶² La otra incógnita es saber cuántos hombres fueron masacrados. La dificultad se debe a ciertos problemas con las crónicas, pero también a nuestro escaso conocimiento sobre cómo se libraban las batallas. Es fácil verificar la muerte de los miembros más importantes de la nobleza y la alta burguesía que lucharon mano a mano, pero no podemos estar seguros de cuántos arqueros y ballesteros murieron. A finales de la Edad Media puede que estas tropas no hayan estado siempre involucradas en combates cuerpo a cuerpo, ya que no llevaban la armadura completa. Un número de muertes relativamente bajo entre los rangos inferiores repercutiría en la cantidad de cuerpos esparcidos en el campo. Los hombres de rango inferior no siempre tenían el beneficio de la repatriación que disfrutaban las tropas de mayor rango. La conclusión de Sutherland es que los cronistas han exagerado mucho el número de muertos, quizás hasta diez veces más. ⁶³

La dificultad para localizar fosas comunes surge en gran medida de un aspecto práctico en la investigación arqueológica: buscamos pequeños elementos en grandes espacios. Esto sigue siendo un problema incluso cuando estamos seguros del número de víctimas, como en el caso de las batallas de la Guerra Civil Inglesa en el siglo XVII, e incluso cuando conocemos la ubicación general donde se excavaron las principales fosas comunes. Si se desarrollasen métodos más efectivos de reconocimiento geofísico

⁶⁰ Anne CURRY: op. cit., p. 96

⁶¹ *Chroniques d'Enguerran de Monstrelet*, iii, pág. 122.

⁶² Agradecimientos a Aleksandr Lobanov por este ejemplo.

⁶³ Timothy SUTHERLAND: "Killing Time", ..., p. 22.

que permitiesen un sondeo rápido a gran escala y en alta resolución entonces puede que se encontraran las fosas comunes. No obstante, el registro documental parece indicar con bastante probabilidad que el lugar y la magnitud de los enterramientos variarán considerablemente en cada campo de batalla. Aún habrá que esperar para ver si el registro arqueológico es suficiente a la hora calcular el número real de muertos en algunos campos de batalla.

Ensayos

Algunas novedades bibliográficas sobre la guerra de los Cien Años

Some bibliographic novelties on The Hundred Years' War

Alberto Reche Ontillera

Institut d'Estudis Medievals - Universitat Autònoma de Barcelona

alberto.reche@uab.cat

Resumen: La Guerra de los Cien Años está de moda. En lo que llevamos de siglo hemos visto renacer el interés por este conflicto y convertirlo, especialmente para Inglaterra, en una suerte de laboratorio de investigación para el estudio de la guerra bajomedieval. Así, en los últimos años han aparecido interesantes estudios a tener en cuenta sobre distintos elementos de la práctica bélica y sus efectos, desde el estudio de campañas concretas, a reflexiones sobre la relación entre literatura y guerra o sobre la cultura del rescate. En las próximas páginas intentaremos trazar un esbozo de algunas de las últimas publicaciones al respecto.

Palabras clave: Guerra de los Cien Años, guerra medieval, Enrique de Lancaster, prisioneros de guerra, guerra y literatura

Abstract: The Hundred Years' War is in style. So far this century, the interest on this conflict is on the rise. It has been turned into some sort of research lab for the study of late medieval warfare, most notably in England. For instance, a few interesting studies on medieval warfare during the Hundred Years' War have been published in England in recent years, ranging from the analysis of specific military campaigns to reflections on topics such as the relationship between literature and war or ransom culture in wartime. In this paper, some of the latest publications on the Hundred Years' War are thus tentatively analyzed.

Keywords: Hundred Years' War, medieval warfare, Henry of Lancaster, prisoners of war, war and literature.

Para citar este artículo: Alberto RECHE ONTILLERA: “Algunas novedades bibliográficas sobre la guerra de los Cien Años”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 252-262.

Recibido 05/06/2019

Aceptado 17/06/2019

Algunas novedades bibliográficas sobre la guerra de los Cien Años

Alberto Reche Ontillera

Institut d'Estudis Medievals - Universitat Autònoma de Barcelona

alberto.reche@uab.cat

La guerra de los Cien Años está de moda.¹ Ésa es la conclusión a la que uno podría llegar sin demasiada dificultad a poco que observe las lista de novedades y lanzamientos de las principales prensas universitarias internacionales. Y éste es también un hecho a tener en cuenta en el panorama de los paradigmas explicativos actuales sobre la guerra bajomedieval, ya que los estudios sobre la Guerra de los Cien Años (que como bien sabemos duró 116 y se extendió entre los años 1337 y 1456), gracias a la diversidad, calidad y extensión de las fuentes primarias y secundarias de todo tipo, están poniendo sobre la mesa temas y enfoques interesantísimos que avanzan en la dirección de entender la guerra bajomedieval como un fenómeno global.

Que este interés haya tomado como protagonista al conflicto que durante varias generaciones y en diferentes intensidades enfrentó a las casas reinantes en Francia e Inglaterra no es algo extraño. La larga pugna entre ambas casas tuvo repercusiones más allá de estos territorios, en una cascada de alianzas y conflictos que definieron el panorama bélico de la Europa occidental desde mediados del siglo XIV hasta principios del siglo XV.² Por ejemplo, las luchas entre las coronas de Aragón y Castilla primero, y entre las dos facciones castellanas que se disputaron el trono después, así como

¹ Tan de moda que incluso cuando hace un par de años (2017) la editorial Pasado y Presente tradujo al castellano el clásico David ABULAFIA: *The Western Mediterranean Kingdoms, 1200-1500: The Struggle for Dominion*, London-New York, Routledge, 1997 con el mediático título de *La guerra de los Doscientos Años: Aragón, Anjou y la lucha por el Mediterráneo*, una idea que desplaza el hilo conductor del libro a una comparación directa (ausente en el ideario inicial del autor) del conflicto Aragón - Anjou a una suerte de versión mediterránea de la Guerra de los Cien Años. El motivo del cambio de título de la obra de Abulafia nos indica que, a ojos de la editorial, el reclamo de la Guerra de los Cien Años es un elemento conocido (y apetecible) para su potencial público lector.

² Estos escenarios han generado en los últimos años, también, estudios notables a nivel de la nueva historia militar, por ejemplo los de Mario LAFUENTE GÓMEZ: *Un reino en armas. La guerra de los Dos Pedros en Aragón (1356-1366)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, que acaba de dibujar, junto a dos estudios anteriores del mismo autor, el panorama bélico del reino de Aragón a mediados del siglo XIV: Íd.: *Dos coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Zaragoza. Grupo CEMA-Universidad de Zaragoza, 2012 e Íd.: *Guerra en ultramar. La intervención aragonesa en el dominio de Cerdeña (1354-1355)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, o el trabajo de Adam CHAPMAN: *Welsh Soldiers in the Later Middle Ages*. Suffolk, Boydell and Brewer, 2015, con una versión más específica de la Guerra de los Cien Años en Íd.: “Wales, Welshmen and the Hundred Years War”, en L. J. Andrew VILLALON y Donald J. KAGAY (eds.), *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations*, Leiden, Brill, 2013, pp. 217-229.

las posteriores guerras fernandinas, son escenarios bélicos que se relacionan de manera estrecha con la Guerra de los Cien Años y suponen, a ojos de una comunidad historiográfica internacional no siempre bien informada, una suerte de apéndice de ésta, olvidando así las especificidades propias de estos escenarios.

La Guerra de los Cien Años, para Francia e Inglaterra, supone también un descubrimiento de la propia identidad. El desarrollo del conflicto y de la densificación de la práctica bélica corren parejos a la consolidación de las estructuras y mecanismos de poder y a la creación de nuevas identidades en clave de identificación nacional. Por ejemplo, en este sentido el reciente libro de Joanna Bellis, del que hablaremos más extensamente en algunas líneas, plantea una sugerente aproximación a la formación identitaria inglesa a través de la literatura sobre la Guerra de los Cien Años.³ Para el ámbito francés, la vinculación de la identidad nacional con los sucesos del tramo final de la guerra, la lucha intestina entre Armagnacs y Borgoñones y las sucesión de campañas victoriosas vinculadas a la figura de Juana de Arco suponen hitos ineludibles. El estudio de Raúl González González sobre el *Burgués de París* y las identidades urbanas durante la guerra es un contrapunto delicioso a esta idea y nos muestra la importancia de visitar nuestra concepción sobre los discursos identitarios a finales de la Edad Media, así como la percepción de los efectos de la guerra, especialmente entre los sectores urbanos.⁴

Con todo, esta vertiente de la Guerra de los Cien Años como “episodio nacional” explica la larga tradición de estudios ingleses y franceses sobre la misma. En este sentido son ya clásicas, por citar dos claros exponentes del fenómeno, uno inglés y otro francés, las monografías de Allmand y Perroy, ambas con larga tradición de ediciones en nuestro país.⁵ Destaca también el pequeño texto de Philippe Contamine en la clásica colección francesa de divulgación *Que sais-je?*, a finales de la década de 1960, también con una larga tradición de reimpressiones.⁶ Al calor del nuevo interés por los estudios de la guerra medieval en general y sobre la importancia de la Guerra de los Cien Años como laboratorio de experimentación sobre el tema en particular, destacan, ya

³ Joanna BELLIS: *The Hundred Years War in Literature (1337-1600)*, Cambridge, D. S. Brewer, 2016.

⁴ Raúl GONZÁLEZ GONZÁLEZ, “Ese persistente apocalipsis. Guerra e identidad urbana en el Journal d’un bourgeois de Paris”, *Roda da Fortuna, Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo*, 3:1-1 (2014), pp. 332-358.

⁵ Christopher ALLMAND: *The Hundred Years War: England and France at War c.1300 - c. 1450*, New York, Cambridge University Press, 1988, publicado en su versión española en Crítica en 1990. Del mismo autor también es interesante, en tanto que repaso documental por las fuentes primarias de la época, Íd.: *Society at War: The Experience of England and France during the Hundred Years War*. Woodbridge, Boydell & Brewer, 1998 (edición ampliada del original de 1973). Por su parte, Édouard PERROY: *La guerre de Cent ans*. Paris, Gallimard, 1945, también en versión española, en Akal, en 1982.

⁶ Philippe CONTAMINE: *La guerre de Cent ans*. Coll. *Que sais-je?* n° 1309, Paris, Presses Universitaires de France, 1968. El libro ha sido editado en castellano recientemente (2014) por Rialp.

para el siglo XXI, la obra colectiva en tres volúmenes dirigida por Andrew Villalon y Donald Kagay,⁷ los libros de Jonathan Sumption,⁸ así como las monografías de Georges Minois⁹ y, especialmente la de Anne Curry.¹⁰

Precisamente de la mano de la profesora Curry, de la universidad de Southampton, se ha desarrollado en los últimos años un interesante grupo de trabajo sobre la guerra bajomedieval y, bien especialmente, sobre el estudio de distintos aspectos del ámbito militar en el marco de la Guerra de los Cien Años. Así, en 1999 vio la luz una obra colectiva que sentó las bases de lo que se pretendía hacer en los próximos años en el ámbito de los estudios del *medieval warfare*: el desarrollo de estudios globales sobre la guerra bajomedieval y su impacto a todos los niveles.¹¹ Por las páginas de aquel libro desfilaron no sólo reflexiones como la de Matthew Bennett sobre el desarrollo de las tácticas de batalla, o estudios más o menos detallados sobre la composición de los ejércitos ingleses y franceses para los siglos XIV y XV, como los de Andrew Ayton, la propia Anne Curry o Michael Jones, sino que también se prestó atención al papel de la artillería (tanto terrestre como de costas) y al de la práctica naval. En este aspecto, además, cabe destacar la monografía que hace algunos años dedicó Graham Cushman a la armada inglesa en tiempos de Eduardo III.¹² En lo que va de siglo, la propia Curry cuenta con una solvente tradición de ensayos de todo tipo sobre la batalla de Agincourt,¹³ al tiempo que ha dedicado notables esfuerzos a analizar la organización de los ejércitos ingleses durante la guerra¹⁴ y codirigido junto a Adrian Bell un grupo de investigación sobre los soldados ingleses en la baja Edad Media.¹⁵

⁷ Andrew VILLALON y Donald KAGAY (eds.): op. cit., 3 Vols., Leiden, Brill, 2005-2013. Los tres volúmenes presentan una visión de conjunto del conflicto ciertamente interesante, en sus distintos escenarios, y recogen un buen número de contribuciones de primer nivel. De la misma dupla de editores (esta vez como coautores) es también interesante Íd. e Íd.: *To Win and Lose a Medieval Battle. Nájera (April 3, 1367), A Pyrrhic Victory for the Black Prince*, Leiden, Brill 2017.

⁸ Jonathan SUMPTION: *Trial by Battle: The Hundred Years War*, Vol.1, London and Boston, Faber and Faber, 1990, Vol. 2, *Trial by Fire*, 1999, Vol. 3. *Divided Houses*, 2009, y Vol. 4, *Cursed Kings*, 2015.

⁹ Georges MINOIS: *La Guerre de Cent Ans: Naissance de deux nations*, Paris, Perrin, 2008.

¹⁰ Anne CURRY: *The Hundred Years War*. New York, Palgrave Macmillan, 2003.

¹¹ Anne CURRY y Michael HUGUES (eds.): *Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 1999.

¹² Graham CUSHWAY: *Edward III and the War at sea: The English Navy, 1327-1377*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 2011. El libro, además de detenerse en las principales batallas navales del reinado (Sluys, Winchelsea y La Rochelle) también centra su atención en otros aspectos importantes dentro de la guerra naval, como las incursiones y los bloqueos navales, así como las dinámicas de especialización naval y profesionalización.

¹³ Anne CURRY (ed.), *Agincourt 1415*, Stroud, Tempus, 2000; Íd.: *The Battle of Agincourt: Sources and Interpretations*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 2000; Íd.: *Agincourt: A New History*. Stroud, Tempus, 2005; e Íd. y Robert HARDY: *Agincourt 1415: The Archers' Story*, Stroud, Tempus, 2006.

¹⁴ Por ejemplo, Anne CURRY: "The Organizations of Field Armies in Lancastrian Normandy", en *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France: Proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*. Stamford, Paul Watkins, 1988, pp. 207-223, e Íd.: "English Armies in the Fifteenth Century", en Íd. y Michael

En este contexto se sitúa la primera de las obras que nos detendremos a analizar, *Henry of Lancaster's expedition to Aquitaine, 1345-46: Military Service and Professionalism in the Hundred Years' War*, de Nicholas A. Grihit.¹⁶ Este ensayo, publicado en 2016, es una buena muestra de las posibilidades que el marco de la guerra de los Cien Años ofrece a la hora de analizar la práctica bélica bajomedieval. En este sentido, nos encontramos ante un libro poco frecuente para lo acostumbrado en la nueva historia militar medieval, ya que se detiene a analizar los pormenores de una campaña concreta y el servicio militar que de ella se desprende, poniendo especial énfasis en los factores humanos de la misma.

La campaña en cuestión es la realizada por Enrique de Lancaster durante 1345 y 1346 en tierras aquitanas, una expedición ciertamente importante ya que marcará la primera campaña terrestre exitosa de la guerra. A través de las victorias de Bergerac y de Auberoche allanó el terreno para la siguiente campaña inglesa en el continente, dirigida por el propio Eduardo III y que significó la derrota de los franceses en la batalla de Crécy y la captura de la estratégica plaza de Calais. Es más, la expedición aquitana de Enrique de Lancaster será el modelo a seguir para estas exitosas campañas inglesas que han quedado grabadas en las páginas de la historia militar europea con batallas como la ya mencionada de Crécy (1346) y Poitiers (1356). Por tanto, analizar en detalle los mecanismos de reclutamiento de tropas y de pago de las mismas, el despliegue de las tropas inglesas o la composición y funcionamiento del núcleo duro del séquito de Enrique de Lancaster serán paradas obligadas en el viaje que Grihit realiza.

Esta será una de las virtudes de *Henry of Lancaster's expedition to Aquitaine*. Al centrar el foco de atención en una campaña concreta, permite a su autor profundizar en temas organizativos que mediante otros enfoques se harían menos evidentes. Es interesante, por ejemplo, la atención que se pone en temas como la evolución de las carreras profesionales o en conceptos como el de *military community*. Para conseguirlo, Grihit analiza la campaña de Enrique de Lancaster no sólo desde las relaciones verticales que en ella se generan (es decir, entre el comandante y los hombres que sirven bajo sus órdenes) sino también las de carácter horizontal entre los soldados.

Este tipo de aproximaciones permiten aportar nuevas reflexiones en el debate aún abierto sobre los ritmos de la profesionalización del ejercicio militar en la Inglate-

HUGHES (eds.), *Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War*, Woodbridge, Boydell and Brewer, 1999, pp. 39-68.

¹⁵ El proyecto ha dado como resultado publicaciones como Adrian BELL, Anne CURRY, Andy KING y David SIMPKIN: *The soldier in later medieval England*, Oxford, Oxford University Press, 2013 o Anne CURRY y Adrian BELL (eds.): *Soldiers, weapons and armies in the fifteenth century*, *Journal of Medieval Military History*, 9 (2011).

¹⁶ Nicholas A. GRIBIT: *Henry of Lancaster's expedition to Aquitaine, 1345-46: Military Service and Professionalism in the Hundred Years' War*, Woodbridge, Suffolk, Boydell and Brewer, 2016.

rra –y por extensión y salvando las distancias oportunas, en la Europa occidental– del siglo XIV. ¿Qué fuentes usa Gribit para ello? Básicamente un rollo en el que se detalla la composición del séquito de Enrique de Lancaster para la campaña de 1345-46 en Aquitania, con indicación onomástica de dicha comitiva que, depositado en el archivo tras el final de la expedición, fue conservado junto a otros documentos administrativos en los que se organizan por rango a los distintos soldados del ejército (primero los banderizos, seguidos de los caballeros y los escuderos, para acabar con los arqueros) En definitiva, el autor tiene a su disposición para armar su estudio una lista completa de los nombres de los soldados que sirvieron en el ejército de Enrique de Lancaster, una de las mayores movilizaciones de tropas inglesas de la primera mitad del siglo XIV, para la cual sabemos la identidad de sus componentes.

Este material base permite a Gribit iniciar una búsqueda documental sobre cada uno de los integrantes del ejército, para poder ver su carrera profesional y encontrar datos como su lugar de origen o de residencia. Para ello utilizará distintas fuentes, como las cartas de protección o de perdón y otros documentos relativos a los integrantes del ejército. Destaca el uso de materiales de dos proyectos prosopográficos sobre los ejércitos Lancaster: *The Soldier in Later Medieval England* y *The Gascon Rolls*. Ambos proyectos cuentan con sus respectivas páginas webs y se pueden consultar libremente.¹⁷

En cuanto a organización, el libro está dividido en tres partes. La primera (*Henry of Lancaster and the English Army: Soldiers, Payment and Recruitment*) está centrada en la composición del ejército y en las formas de pago y reclutamiento. Así, en los diferentes capítulos de esta parte se analizan tanto el contexto histórico de la campaña y sus motivaciones políticas como los distintos tipos de tropas que se envían a Aquitania, las formas de su reclutamiento, la composición de las distintas compañías que se movilizan y la eficiencia en los pagos del ejército durante los dieciocho meses de servicio.

La segunda parte (*The English Expedition to Aquitaine, 1345-46*) se centra en la narración de la expedición, a través del uso de fuentes cronísticas. En este sentido cabría destacar el uso, por parte de Gribit, de una crónica inédita vinculada a la fortaleza de Saint-Omer, que ofrece un relato detallado del asedio francés a Aiguillon en 1346 y que supone una novedad respecto a lo conocido para este acontecimiento.

La tercera parte del libro (*Military Service and the Earl's Retinue for War*) aglutina, quizá, los capítulos más interesantes. Gribit se detiene a analizar el séquito –la *comitiva*–, es decir, los hombres que servían bajo la bandera de Enrique de Lancaster

¹⁷ Véanse www.medievalsoldier.org y www.gasconrolls.org respectivamente (consultadas por última vez el 01-06-2019)

durante la expedición. Gracias al análisis del rollo de pergamino, que ya hemos mencionado, en el que se detallaba su composición, Gribit puede estudiar con profundidad la estructura de las huestes reunidas bajo las órdenes del Lancaster. Así, no duda en afirmar que:

If “the size and splendour of a magnate’s retinue signalled his importance in the [medieval] world”, then Henry of Lancaster must have been considered one of the most important men of his time. The comitiva (retinue) which Lancaster assembled for war in 1345 was not only the largest of the retinue contingents which set out to Aquitaine in that year, but the largest ever to be mobilised for any military expedition up to that date. It was a harbinger of the “super-retinues” which characterised the structural composition of the English armies of the second half of the fourteenth century and more importantly, from a historian’s point of view, it remains the most fully documented of the retinue contingents in Lancaster’s army.¹⁸

En este estudio sobre el ejército Lancaster no faltan detalles. Así, Gribit nos habla no sólo de su estructura si no de elementos tales como la cohesión de las tropas, la estabilidad del ejército, la procedencia de los efectivos o su vinculación con campañas anteriores. Así, en el último capítulo del libro –*An Era of Military Professionalism: Careers and Patterns of Service*– se detiene a analizar tanto las carreras profesionales surgidas de esta nueva manera de hacer la guerra, como las de aquellos que estaban en activo ya a principios de siglo. De esta manera podemos observar cosas tan impensables para un ejército bajomedieval como los patrones de servicio, las carreras individuales, la participación de efectivos en diversas expediciones a lo largo y ancho del siglo XIV y otros elementos que permiten aportar evidencias en el debate historiográfico abierto sobre la profesionalización del ejército inglés (y por extensión el de otros ejércitos de la Europa occidental) a lo largo del siglo XIV. En definitiva, el estudio de Gribit sobre la expedición aquitana de Enrique de Lancaster se convierte en un libro de consulta imprescindible para aquellos que trabajan los ejércitos bajomedievales.

Prisoners of War in the Hundred Years War: Ransom Culture in the Late Middle Ages, de Remy Ambühl supone una visión complementaria a la del libro de Nicholas A. Gribit.¹⁹ Si éste nos explica los elementos organizativos, de reclutamiento y de ca-

¹⁸ Nicholas A. GRIBIT: op. cit., p. 155.

¹⁹ Remy AMBÜHL: *Prisoners of War in the Hundred Years Wars: Ransom Culture in the Late Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. Reseñado por mí mismo en esta misma revista. Véase *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 298-301.

rrera profesional de los soldados ingleses que lucharon en las primeras fases de la Guerra de los Cien Años, Ambühl nos presenta la otra cara de la moneda: el funcionamiento, dentro de este conflicto, de las lógicas de la cultura del rescate. De nuevo, la Guerra de los Cien Años, gracias a lo extenso, espaciado y variado de su documentación nos permite observar el despliegue de la práctica del rescate en la guerra bajomedieval. El fenómeno es ciertamente interesante, no sólo a nivel terminológico (el concepto “prisionero de guerra” toma forma a principios del siglo XV) sino también porque se imbrica en la nueva noción de la guerra como fenómeno público. ¿Cómo gestionar la cultura del rescate, eminentemente privada, con una cultura de la guerra que se encamina hacia el control público de los ejércitos? ¿Qué impacto tienen en las estrategias bélicas la consecución, mantenimiento y gestión de los prisioneros de guerra? De nuevo, estamos ante un enfoque novedoso sobre las prácticas de la guerra medieval.

Joanna Bellis en su *The Hundred Years War in Literature (1337-1600)* ahonda aún más en las posibilidades del estudio de la Guerra de los Cien Años en ámbitos aparentemente alejados de los campos de batalla.²⁰ En su sugerente estudio, Bellis nos presenta una relación inesperada: la de las articulaciones del lenguaje nacional con la construcción de los relatos sobre la guerra. Para cumplir este objetivo la autora despliega una gran panoplia de fuentes documentales que van desde el uso de las crónicas contemporáneas a los hechos hasta el impacto que estos tuvieron en los escritores del largo siglo XVI inglés. Y no solo eso, ya que esta recopilación de fuentes incluye una gran cantidad de tipologías: como ya hemos dicho, cronísticas, pero también textos parlamentarios, tratados políticos, canciones populares, obras poéticas, piezas teatrales o correspondencia privada.

En este sentido, tanto para los Lancaster como para los Tudor, el pasado Plantagenet y sus campañas victoriosas sobre el reino de Francia a mediados del siglo XIV suponen una suerte de legitimación política en el plano legendario. Se convierten en un relato político, en una narrativa del poder, que entrará en diálogo con las necesidades que cada contexto posterior tenga entre manos. Este hecho ofrece una perspectiva inédita, y la vez cautivadora, de las campañas militares. La identificación entre guerra y lenguaje, como elementos de afirmación política, nos lleva a plantear elementos inesperados en estudios clásicos sobre la guerra medieval tales como la recepción del hecho, su transformación en elemento literario o el surgimiento de una identidad nacional vinculada a la práctica bélica y su expresión literaria.

²⁰ Joanna BELLIS: *The Hundred Years War in Literature (1337-1600)*, Cambridge, D.S. Brewer, 2016. En cuanto a las cuestiones puramente lingüísticas generadas durante la Guerra de los Cien Años, también es interesante Catherine ROYER-HEMET: “Un périple linguistique en pleine guerre de Cent Ans: le *Sermo Epinicius* de Thomas Bradwardine”, en Alessandra PETRINA (ed.), *The Medieval Translator. Traduire au Moyen Age: in principio fuit interpres*, Turnhout, Brepols, 2013, pp. 263-271.

Por citar alguno de los capítulos interesantes del libro de Bellis, me quedaría, por ejemplo, con el tercero, “*God gyue you quadenramp! Mimetic language in the war poetry of the fourteenth and fifteenth centuries*”, donde se habla de los distintos textos poéticos ingleses referidos a la Guerra de los Cien Años desde las baladas que podemos encontrar copiadas en las crónicas de la época, hasta versos de propaganda oficial, como los de Lydgate, o la obra de un autor tan conocido como Chaucer.²¹ Mención especial merecen las referencias a un texto poco trabajado en la tradición de estudios sobre la guerra como puede ser el *The Siege of Rouen* de Page.

Como se puede ver, las propuestas de Bellis, Gribit y Ambühl abren perspectivas interesantísimas (y meridianamente diferentes entre sí) a la hora de afrontar el estudio de un conflicto bajomedieval europeo. No son las únicas, ya que en torno a la Guerra de los Cien Años se ha desarrollado también en los últimos años algunas monografías que, si bien no tratan estrictamente el elemento militar o el desarrollo del conflicto, se encuadran en las prácticas culturales aristocráticas del momento, como por ejemplo la obra de Philip J. Caudrey sobre la Corte de Caballería en la Inglaterra de los años de la Guerra de los Cien Años.²² En este sentido, analizar el *ethos* caballeresco, expresado en las disputas sobre el uso de los blasones, es una forma sugerente de abordar el componente caballeresco presente en una sociedad tan militarizada como la inglesa de finales del siglo XIV y principios del XV. Por su parte, cabe destacar también el trabajo de Gregory E. Clark referido al impacto que los quince años de ocupación inglesa de París tuvieron en los talleres de iluminación de manuscritos franceses y que nos abre otra vertiente de posibilidades: la de estudiar el impacto de la dominación inglesa, en sus muy diversas formas y dimensiones.²³ En ese sentido, es muy útil, por complementaria, la edición que hace apenas un años se hizo del texto de Guillebert de Mets sobre el París de 1434.²⁴

Decíamos al inicio de estas líneas que la Guerra de los Cien Años está de moda. Espero que este ligero repaso bibliográfico de las monografías surgidas en los últimos años al calor del estudio del conflicto en sus muy diversas vertientes haya reforzado esta idea inicial. Es indudable que los estudios sobre historia militar para los siglos

²¹ Sobre el papel de Chaucer en la cristalización de la lengua inglesa y su relación con la Guerra de los Cien Años, ver también Ardis BUTTERFIELD: *The Familiar Enemy: Chaucer, Language and Nation in the Hundred Years War*. Oxford. Oxford University Press, 2009.

²² Philip J. CAUDREY: *Military Society and the Court of Chivalry in the Age of the Hundred Years War*, Woodbridge, Boydell and Brewer, 2019.

²³ Gregory E. CLARK: *Art in a Time of War: The Master of Moran 453 and Manuscript Illumination in Paris during the English Occupation (1419-1435)*, Turnhout, Brepols, 2016.

²⁴ Guillebert DE METS: *Description de la ville de Paris, 1434. Medieval French text with English translation*, ed. por Evelyn Mulally, Turnhout, Brepols, 2015. Guillebert de Mets fue un copista flamenco, vinculado a la corte del duque de Borgoña Felipe el Bueno, que nos presenta en su vívida descripción de la ciudad los momentos finales de la dominación inglesa de la misma.

bajomedievales han experimentado un fuerte impulso (quizás hasta podríamos llegar a hablar de moda). Difícilmente podría ser de otra manera. La densidad documental de los archivos europeos para los siglos XIV y XV, que corre en paralelo a una creciente complejidad en la práctica bélica, permite afrontar estudios del calado de los que hemos visto. Así, elementos como la organización detallada del reclutamiento, de la organización del curso de campañas concretas, la reconstrucción de carreras profesionales, del papel de la creciente profesionalización de los ejércitos o de las prácticas de ocupación y de gestión de la victoria pueden aprehenderse con mucha más certeza en este escenario. De la misma manera, la diversidad de las fuentes permite también un ensanchamiento de los horizontes. Lo hemos visto en cuestiones como los efectos de la guerra o la militarización de la sociedad, y se pueden llegar a notar en las disputas por el uso de los blasones, por los cambios en las pautas de ilustración de los manuscritos iluminados o en el uso político del lenguaje y la construcción de los relatos sobre la guerra. Ojalá se siga en esta línea y los próximos años nos deparen nuevas monografías que sirvan para ampliar aún más el enfoque multidisciplinar de la guerra medieval.

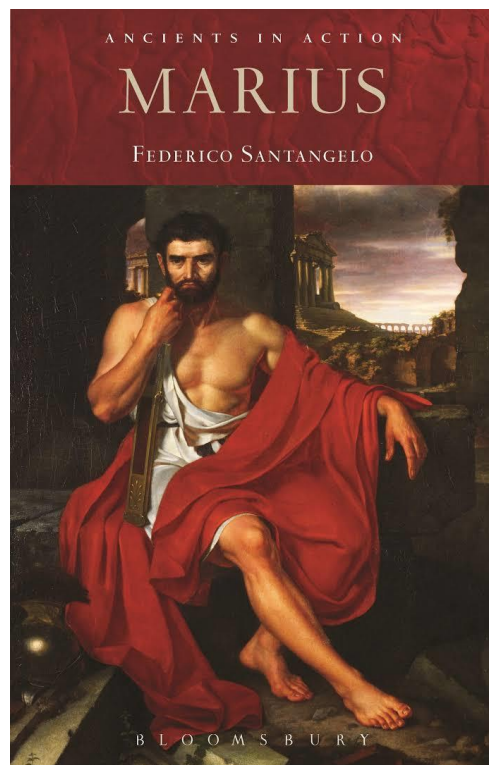
Reseñas

Federico SANTANGELO: *Marius*,
Londres-Nueva York, Bloomsbury, 2016, 124 pp.,
ISBN: 978-1-47421-471-1

Carlos Heredia Chimeno
JSPS Fellow (Kyoto Prefectural University)

Analizando a Cayo Mario: ¿una oportunidad perdida?

Federico Santangelo, *Professor* de Historia Antigua de la Newcastle University, nos presenta una pequeña obra dedicada a Cayo Mario (*cos.* 107, 104-100, 86 a.C.), en el marco de la colección *Ancient in Action* de la editorial Bloomsbury. El autor de origen italiano, doctorado por la University College London (UCL), es conocido por sus trabajos vinculados a la figura de Lucio Cornelio Sila (*cos.* 88, 80 a.C.), destacando su monografía *Sulla, the Elites and the Empire: A Study of Roman Policies in Italy and the Greek East* (2007), así como sus numerosos artículos publicados en revistas de alto nivel de impacto, estudiando y reflexionando en torno a las primeras décadas del siglo I a.C. En este marco, nadie duda de la solvencia de Santangelo para coger las riendas de una biografía que concierne a una de las figuras más ilustrativas del período tardorrepublicano. De este modo, el autor aborda una síntesis de su «life and career» (p. 1), aun-



que reconociendo que los estudios vinculados a los individuos son falaces y, en realidad, la priorización del individuo sobre la colectividad supone un flaco favor a nuestro estudio del pasado (pp. 1-2). Para esquivar este bache, su intención es clara: «the brief of this book is to discuss the role that Marius played in that process of change» (p. 4).

En relación con su contenido, la obra de *Marius* se divide en cinco grandes capítulos. El primero introduce al personaje; el segundo y el tercero describen respectivamente la forma en que Mario logra ascender (“rise”) y caer (“fall”); el cuarto está dedicado a los momentos más convulsos, empezando por el *Bellum Sociale* (91-87 a.C.) y terminando con su muerte en el marco del *Cinnanum Tempus* (87-84 a.C.); mientras que el quinto aborda su legado. Se trata de un enorme contexto histórico que queda reducido a poco más de cien páginas, complementado todo ello con una breve cronología, un mapa del momento histórico, un árbol genealógico y un interesante apartado bibliográfico. Así, Santangelo presenta una publicación cuanto menos sintética, que

parece no tener otra finalidad que erguirse como libro de fácil acceso para los interesados en el tema, pero que no posee la intención de aportar información científica adicional.

De este modo, el capítulo inicial (pp. 1-13) introduce a Cayo Mario y es probablemente el único momento en el que se aborda la cuestión historiográfica, a excepción del apartado complementario (pp. 105-112). Sin embargo, los nombres presentados son del todo decepcionantes y empiezan a mostrar el cariz del trabajo de Santangelo: Niccolò Machiavelli, Charles Montesquieu y Theodor Mommsen. Unos nombres que, al final, solo sirven para afirmar que hay que ir más allá del individuo para poder comprender el pasado histórico. En este sentido, los datos que va aportando dibujan una realidad de la que a estas alturas ya nadie puede dudar: estamos ante una síntesis histórica del tipo “manual al uso”, a excepción quizás de las constantes menciones al hecho de que nuestro conocimiento del pasado depende de cómo interpretemos las evidencias de que disponemos, siendo éstas unas fuentes escuetas y parciales. Seguidamente, el segundo y tercer capítulos (pp. 15-56; 57-70) son mucho más extensos. De esta manera, trata el “ascenso” de Mario, desde sus primeros momentos (pp. 15-24) hasta la guerra de Yugurta (112-105 a.C.) (pp. 25-41) y la guerra cimbria (113-101 a.C.) (pp. 42-56); así como su “caída”, al borde ya de la guerra civil (pp. 57-70). Sus descripciones, aunque amenas, siguen la lógica ya expuesta, con unas narrativas sintéticas a las que se les añaden referencias a las fuentes primarias, pero sin concretar pasajes o fragmentos. Con todo, es probablemente el punto más fuerte de Santangelo, pese a presentar una obra ausente de reflexión y debate historiográfico, a excepción de sus propias interpretaciones. Asimismo, el cuarto capítulo (pp. 71-94) es quizás el más dinámico, aunque trata los momentos en los que Cayo Mario empieza a perder gran parte de su protagonismo. De nuevo, las referencias a las fuentes y a su parcialidad son habituales, un hecho que le permite añadir sus interpretaciones y acabar de dibujar el panorama histórico. Por último, el quinto capítulo (pp. 95-104), dedicado al legado de Mario, además de muy breve no acaba de dejarnos un buen sabor de boca, pues parece que todo ello queda reducido no tanto al impacto de sus actos respecto al contexto histórico, como a una auténtica aproximación a su descendencia, como si se tratase de un trabajo prosopográfico, con el gran hándicap de que es generalista y excesivamente sintético.

En relación a su contenido, y a modo de ejemplo, son habituales las referencias al carácter historiográfico de la obra de Plutarco: «the focus (...) is consistently on Marius' character, as it is to be expected of a discussion that is chiefly focused on the moral dimension» (57), «the emphasis of much of the ancient tradition on Marius should not make us lose sight of the wider picture» (65), o «Plutarch, who bases his account on a wide range of (partly conflicting) traditions» (94). Con todo, es cierto que sus interpretaciones en términos generales siguen los mayores consensos historiográficos de los últimos tiempos. De este forma, recoge las causas que llevan a Cayo Mario a reclutar voluntarios de los *proletarii*, fundamentalmente debido a la necesidad de tropas, así como la existencia de alianzas políticas complejas, superando las simplistas etiquetas faccionales que utilizan nuestras evidencias textuales, como la de *optimata* o *popular*, con el ejemplo más paradigmático de Lucio Apuleyo Saturnino (*tr.pl.* 103, 100

a.C.), aunque también de Publio Sulpicio Rufo (*tr.pl.* 88 a.C.). De hecho, Santangelo incorpora reflexiones del todo sugerentes, que probablemente recuerden la vehemencia de las explicaciones que el profesor dirige a sus alumnos, pues no en vano el propio autor advierte de que el libro nace de su experiencia docente (viii): «Marius was therefore called by a series of traumatic developments to make a choice between individuals with whom he had a strong political connection and the Senate...» (64), en relación con Saturnino; o «it was not simply the clash between two consuls, or between a consul and the Senate, over a point concerning political or constitutional matters. It was a war between two factions», en el marco de las guerras civiles que se suceden a partir de la década de los ochenta.

En el fondo, argüimos que Santangelo, probablemente como consecuencia del carácter de la propia colección de Bloomsbury, presenta un tipo de obra divulgativa con una ausencia total de aparato crítico y de debate historiográfico, carente de notas a pie de página, a excepción de las consideraciones que va dando el propio autor. Ello supone que, a pesar del fácil acceso que otorga su carácter genérico-sintético, no vemos ni siquiera la posibilidad de utilizar esta obra como un primer paso a partir del cual empezar una investigación del período. Así pues, de provecho solo observamos su apartado bibliográfico, nutrido de recomendaciones extensas y que, afortunadamente, no se limita a la bibliografía anglosajona, pese a presentarse como mayoritaria. El resto de elementos complementarios, como el mapa o el cuadro genealógico, no añaden valor a la síntesis.

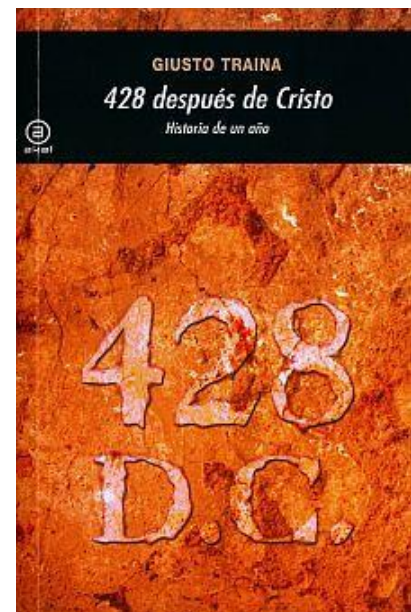
Por otra parte, pensamos que Santangelo no logra romper la lógica de analizar el pasado a partir del individuo. De hecho, parece justo lo contrario, de modo que todo ello queda reducido a la presentación de intenciones que el propio autor subraya al principio de la obra. No obstante, ello puede ser comprensible, porque realmente es difícil configurar un trabajo dedicado a Mario sin caer en la trampa, básicamente porque se trata del modelo que siguen nuestras evidencias textuales. De todas maneras, el resultado empaña considerablemente la síntesis de *Marius*. Al final, creemos que nuestra decepción viene del hecho de que buscábamos una publicación más completa, que recordase a la esencial monografía de Michael Lovano dedicada a Lucio Cornelio Cinna (*cos.* 87-84 a.C.), publicada en 2002. Indudablemente, echamos en falta un apartado bibliográfico amplio, con debate e interpretaciones, junto con un análisis que desborde al personaje y trate con lo colectivo. Al menos, queríamos ver una obra que constituyese un primer paso obligado a partir del cual empezar a investigar el período. De hecho, el estudio más reciente de Cayo Mario es la monografía de Richard J. Evans, publicada en 1994, de manera que existe un vacío historiográfico que rellenar, siendo por tanto una oportunidad perdida. Desafortunadamente, el *Marius* de Santangelo, dependiente de la colección *Ancients in Action*, dibuja un tipo de producto que bien puede pasar desapercibido, quizás exceptuando a todo aquel que, sin buscar una publicación con la que profundizar, esté interesado en el período y en el personaje. En cualquier caso, y pese al mal sabor de boca, hay que reconocerle a Santangelo que su constante referencia a las fuentes puede ayudar a crear una consciencia generalizada de que el estudio del pasado no es un ámbito estático, sino justo lo contrario: dinámico e interpretable.

Giusto TRAIANA: *428 después de Cristo. Historia de un año*,
 Madrid, Akal, 2011, 207 pp., ISBN: 978-84-460-2791-1.
 Traducción de Manuel J. Parodi Álvarez.

David Hernández Oltra

Más allá de la historia de un año cualquiera

Para todo aquel que sea amante de la Antigüedad Tardía, *428 después de Cristo. Historia de un año*, editado por Akal, debería ser uno de sus libros de cabecera. A priori esta afirmación puede resultar descabellada, pero el profesor de Historia Antigua de la Universidad de Rouen, Giusto Traiana, con una prosa realmente ágil consigue atraparnos y llevarnos de la mano a recorrer “un año cualquiera” del tumultuoso siglo V. Saltando de un extremo a otro del Imperio, e hilando acontecimientos de una manera sorprendente, el lector quedara rápidamente fascinado y deseara arrancar a cada página, más y más información para saciar su sed de conocimiento de “este año cualquiera”.



El planteamiento que ejecuta el autor para cumplir con sus fines es realmente original, tanto en su concepción como en su ejecución. En lugar de realizar un sesudo análisis del periodo de transición del mundo grecorromano al medieval, Giusto Traiana disecciona cual fino forense un momento de la historia enmarcado en un año, que aparentemente ha pasado desapercibido para el gran público y en general también para los especialistas. Nada que ver con fechas paradigmáticas como los años 313, 325, 378, 410, 455 ó 476, por citar algunas de las más señeras. Para mí también era un año más, hasta que me topé con este libro y descubrí que en el 428 tuvieron lugar importantes acontecimientos, tal vez demasiados, acelerando el rumbo de la Historia de una manera asombrosa.

Obviando que nuestro autor es especialista en historia de Armenia, cabe decir que la elección del año 428 para mostrarnos su particular visión del siglo V ha sido más que acertada. Ese año fue crucial para la centenaria historia de este pequeño estado tapón ubicado entre las dos grandes superpotencias del Levante, el Imperio Romano

de Oriente y la Persia Sasánida. Armenia mantuvo un status quo como reino independiente, dado su posición geoestratégica, útil en la lucha secular tanto para Roma como para Persia. Hasta esa fecha en la que todo cambió, la antigua dinastía arsácida implosionó y el reino independiente, por decisión de su elite aristocrática, se convirtió en una provincia semiautónoma del imperio sasánida. Constantinopla sancionó el acuerdo sin levantar ningún tipo de polvareda. Lo que a corto plazo fue aparentemente una derrota diplomática para los romanos orientales, de ahí que apenas se cite en las fuentes, a largo plazo se convirtió en una decisión realmente acertada que dio a los romanos una estabilidad en el limes de Siria gracias a la cual pudieron hacer frente de manera más efectiva a la amenaza hunna. Por tanto, la elección de este hecho histórico por parte de Giusto Traina como el eje central de su obra resulta más que acertada, hasta el punto de ser crucial en el devenir histórico y en la supervivencia del Oriente Romano. Esta decisión garantizó una *pax romana* con el Oriente Sasánida que permitió desplazar recursos, tanto para apoyar al maltrecho Occidente Romano, como para defender el limes danubiano.

A través de las páginas del libro, sin apenas salirnos del año 428, nos vamos a desplazar a los puntos más importantes del orbe romano, ciudades y regiones donde se escriben los acontecimientos que marcaron este año; comenzando en las montañas de Armenia, como ya hemos dicho, para llegar a la Nueva Roma, y desde allí brincar a Ravena, Cartago, Alejandría, atravesar las soledades del desierto egipcio con sus monasterios, pasando por Jerusalén para concluir en Persia. A lo largo de este viaje el autor nos muestra de una manera muy dinámica las dificultades acuciantes que atravesaba el mundo romano, especialmente un Occidente atormentado por las incursiones bárbaras. Este imperio dividido aun muestra cierto impulso y viveza, siendo capaz de impulsar un espíritu de colaboración conjunto entre Constantinopla y Ravena; la capital del Imperio Romano de Occidente, ciudad estratégica donde las haya, con acceso al mar y rodeada de imponentes marismas que la hacían inexpugnable frente a la antigua Roma o Milán. En este preciso punto debemos detenernos y matizar que el autor pone énfasis en transmitirnos esta idea de continuidad y unidad, liderada por Teodosio II y su corte: Constantinopla se sabía fuerte militar y económicamente como para desplegar su influencia en Ravena e intentar poner orden en la “casa de su pariente”. De hecho, observamos cómo este plan se materializó con la entronización de Valentiniano III como emperador de Occidente, dando así continuidad a la casa de Teodosio en la parte Occidental del Imperio. Se trata de un triunfo más que debe anotarse en el haber del “nieto oriental” de Teodosio el Grande, un emperador muy denostado por las fuentes y por la crítica en general, dada la incompreensión de sus acciones políticas y religiosas. Es más, su papel histórico crucial es reivindicado con habilidad por Giusto Traina. Realmente, Teodosio II fue un emperador muy interesante, enterrado por muchos en el baúl de los grandes olvidados de la historia: asentó con firmeza los pilares sobre

los que con firmeza nacería la grandeza de Bizancio; acentuó la sacralidad de la persona imperial; fortificó Constantinopla con un anillo de murallas prácticamente impenetrables; codificó parte del derecho vigente; y, no menos importante, allanó el camino para la tarea que estaba por realizar Justiniano y su formidable equipo de juristas. Tampoco debemos olvidar su afán por las letras y la cultura, que le llevó a levantar una Universidad en la capital para formar a las nuevas élites del imperio; al mismo tiempo, intentó poner en orden los complejos asuntos religiosos de su Imperio; supo rodearse de excelentes consejeros y dejó que la influencia de su hermana Pulquería y su esposa Eudoxia, ambas influyentes augustas, le beneficiara. Incluso tuvo la mano de hierro para aplicar una depuración en el estado mayor, demasiado influenciado por ciertos generales bárbaros cuyo poder e influencia estaba creciendo, todo ello acompañado por la aprobación y despliegue de acciones bélicas audaces, a pesar de no haber dirigido nunca un ejército.

Otra baza a destacar de este ameno libro es el peso que el autor otorga a la descripción de las diferentes vicisitudes por la que pasó el cristianismo en este preciso momento. El autor nos proporciona una aguda descripción de la alta jerarquía eclesiástica, dedicando algunas páginas al auge y caída de Nestorio, al pensamiento pragmático de un Agustín de Hipona ya decrepito y próximo a la muerte, así como a un Cirilo de Alejandría poderoso, triunfante ante paganos y judíos y desafiante ante el mínimo cuestionamiento de su inmensa autoridad. El interés de Giusto Traiana por el desarrollo del cristianismo con “conciencia nacional” ubicado en Siria y Egipto y liderado respectivamente por Rabula de Edesa y Sheneuda frente al cristianismo de origen helénico queda más que patente, pues dedica un pequeño espacio en su ensayo a estos interesantes líderes religiosos.

No podemos negar bajo ningún concepto que el autor hace gala de una extensísima comprensión de la realidad histórica que trata de describir, especialmente de la *Pars Orientis*, pues la mayor parte del libro está dedicado a esta región. También dedica un capítulo bastante interesante al inminente peligro vándalo, representado por su astuto rey Genserico, que Ravena no supo tratar con la adecuada contundencia debido a las discrepancias entre los líderes militares del momento, Bonifacio y Felix.

El aparato crítico del libro es de primera, la abundancia de notas y la dilatada bibliografía dan a este singular ensayo histórico un fuerte cariz académico, que por causa del peculiar título que tiene nos puede llevar a pensar que tenemos ante nuestros ojos una “novelita” histórica. Nada que ver con esa primera impresión, pues nos topamos con una obra profunda que nos ofrece un panorama adecuadamente estructurado de un periodo complejo y rico en hechos históricos como fue el primer tercio del siglo V.

Uno de los muchos aspectos a destacar de este ensayo lo encontramos en la maestría con la que el Giusto Traiana despliega ese ancho elenco de personajes históricos, como si de una novela coral se tratara, pero que nos sitúa ante un texto con un relato ameno, humano y cercano, haciendo evidente de nuevo que el año 428 no fue un año más. La lista sería innumerable, ya he citado anteriormente a unos cuantos, pero no me gustaría olvidarme de algunos sujetos que considero los más importantes para el relato del libro, como los generales Flavio Dionisio y Aecio, la emperatriz Gala Placidia, o los monjes Hidacio y el anacoreta Simeón Estilita, y otros muchos que desfilaran ante nuestros ojos.

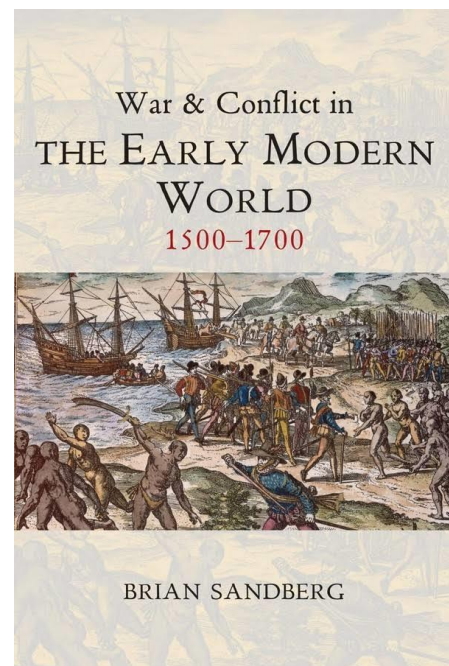
La obra de Giusto Traiana es un ensayo original, vivo y ameno que nos acerca a un periodo complejo y nos aporta una estructura mental que nos ayuda a comprender este fascinante siglo que fue el V de nuestra era. Como dije al principio me reitero al final de esta breve reseña en la idea de que si eres amante de la Antigüedad Tardía no puedes dejar de leer esta obra, porque no solo aprenderás, sino que además disfrutarás.

Brian SANDBERG: *War and Conflict in the Early Modern World 1500-1700*, Cambridge, Polity Press, 2016, 362 pp., ISBN: 978-0-745-64602-2.

Aitor Díaz Paredes
Universidad de Navarra

El reto de contar la primera globalización

Un libro difícil de escribir, es un libro difícil de reseñar. Con ese punto de partida arranca esta reseña, poniendo sobre aviso al lector. Sandberg intenta en este ensayo conseguir algo tremendamente complejo. En pocas palabras, su objetivo es escribir una historia global y comparada de los siglos XVI y XVII. El sujeto de estudio es la guerra, o mejor dicho, los tipos y formas de hacer la guerra enmarcados en el continuo histórico. Así, la guerra aparece enmarcada en una novedosa compartimentación estructurada en una serie de ciclos bélicos, protagonizados por las problemáticas políticas, comerciales, culturales y religiosas que desembocan en los conflictos que van sucediéndose durante la Alta Edad Moderna. La idea es tan ambiciosa como interesante, y así queda reflejada en el capítulo introductorio. En él, el autor propone una reinterpretación de las distintas aproximaciones historiográficas a la Edad Moderna. Para ello, se detiene en cada una de ellas, no sólo elaborando un breve resumen de las mismas, sino comentando sus puntos fuertes y sus carencias. Se trata de una introducción francamente valiosa, e inteligente, pues lanza la que probablemente sea la mejor idea del libro: es imposible hacer historia comparada si no se hace historiografía comparada.



Las aportaciones de los teóricos de la revolución militar son esenciales para el autor, pero, tal y como subraya Sandberg, son insuficientes. De poco sirve centrarse en las innovaciones tácticas o armamentísticas sin contextualizar y comparar los diferentes ejércitos europeos, y con ellos, dichas potencias occidentales, entre sí, y respecto a las potencias asiáticas –otomanos, mogoles y chinos, sobre todo–. Recogiendo lo que plantea en la introducción, Sandberg concluye el libro remarcando hasta qué punto guerra y globalización quedan unidas en el lapso que va de la llegada de los europeos al continente americano a la consolidación de esos imperios, siempre en relación y conexión con la progresión que llevan las potencias musulmanas y orientales. Ello, en consecuencia, le lleva a afirmar que el lento ascenso europeo a una posición de supremacía

global obedece a muchos más factores que a una incontestable superioridad tecnológica o táctica. Detalle indiscutible, siguiendo la lógica que emplea con acierto, al encontrarnos en un mundo interconectado y en el que las transferencias de conocimientos, personas y bienes son inevitables. Vemos, pues, un armazón teórico en apariencia bien ensamblado. El occidente europeo será en el 1700 el poder hegemónico, pero lo será para Sandberg tras un complejo proceso de dos siglos, siguiendo velocidades desiguales, experimentando profundas crisis, y enfrentándose a rivales de igual, e incluso superior, poderío económico y militar. Tal vez, Sandberg, en la obligación autoimpuesta de plantear esa historia transnacional y global, delate en su texto plagado de ejemplos europeos y contraejemplos asiáticos, amerindios y africanos la trayectoria claramente al alza que tiene el occidente europeo, difícil de ocultar entre ejemplos que, implícitamente, reconocen la mayor disfuncionalidad de los rivales. En todo caso, la idea es de enorme interés, el discurso está bien construido, y la aportación abre infinitas vías de investigación y debates a escala global.

Aplicando esa lógica, queda justificado el enfoque de lo que viene a continuación. Para desarrollar dicha aproximación a ese ideal de historia comparada y global, emplea la segunda gran idea de este libro. La periodización que utiliza para compartimentar las diferentes fases o etapas de los siglos XVI y XVII es realmente inteligente y refrescante. Lejos de ceñirse a los conflictos-bandera de cada momento, como podría ser la Guerra de los Treinta Años, es coherente con esa idea de globalización que quiere mostrar en todo momento. Así, las divisiones tradicionales de la historiografía occidental se reforman en nuevas etapas –la de la expansión marítima, la del desarrollo de los estados modernos, la de las guerras civiles de mediados del siglo XVII, etc.–, que además se superponen entre sí. Resuelve lo que en apariencia podría llevar a confusión, y lo hace con inteligencia y con un relato cohesionado, sabiendo colocar e hilvanar ejemplos extraídos de Europa, pero también de Asia, África y América. Todo ello sirve para evidenciar, una y otra vez, el enorme –y fascinante– grado de interconexión que se alcanza entre los cuatro continentes durante los siglos XVI y XVII, y que da sentido a esta obra. En esa integración de corrientes historiográficas y de formas de abordar los acontecimientos que van sucediéndose y entretrejiéndose a lo largo de los siglos XVI y XVII emerge el verdadero tema. No se trata de la guerra en sí, sino de la competición entre las diferentes potencias euroasiáticas, que, por lo general, desemboca en conflictos armados. Ahí reside el puntal de este ensayo: poner palabras a la evidencia de la primera globalización. Es en ese proceso de globalización donde reside el valor de lo que nos propone Sandberg. Marcado este territorio historiográfico en la introducción, y con unas elevadas expectativas, comenzamos a leer el libro.

Y es entonces cuando la experiencia no termina de ser completamente satisfactoria. La idea es demasiado ambiciosa, no tanto por el método, ni por el planteamiento, sino por la inmensidad del objeto de estudio que intenta abarcar. De ahí que una idea brillante termine por limitarse a sí misma. Para ilustrarlo, tomemos dos de los capítulos más interesantes y con mayor potencial. El noveno es el dedicado al tramo de 1620 a 1660, marco en el cual Sandberg da el protagonismo a los conflictos de tipo étnico e intercultural. Supone una muestra perfecta de lo que pretende el autor, que no es sino tratar esa cuestión a escala global. Desde los conflictos fronterizos y étnicos en

los límites de la Monarquía Hispánica, a la islamización de territorios como los Balcanes o el Sureste Asiático, pasando por las guerras entre poblaciones indígenas, hasta llegar a los conflictos entre esclavos africanos y colonos europeos. Se trata del último estadio de esa primera globalización, al alcanzar las culturas dominantes los márgenes territoriales de sus esferas de influencia, y resulta de enorme interés poder comparar diferencias y puntos en común entre las civilizaciones europea, islámica y oriental.

El capítulo undécimo, que abarca de 1640 a 1690, aborda lo que el autor considera como etapa de la guerra mercantil. De nuevo, el enfoque es interesante, y nos muestra hasta qué punto podemos hablar de globalización en el siglo XVII. Se nos habla de un mercado global, de unas redes comerciales y financieras totalmente imbricadas en la política exterior de los estados, tanto europeos como asiáticos, y de una carrera comercial mundial, en la cual los productos que se producen en un determinado lugar son exportados, manufacturados y reexportados a otro destino, interconectando cada rincón del mundo conocido. Trazando el viaje de un grano de café, se puede explicar no sólo el mercado, sino también la competitividad entre potencias enfrentadas por el control de las rutas comerciales, e, incluso, podemos conocer la evolución de los modos de sociabilidad, sean del burgés inglés o del soldado turco.

Precisamente, en estos dos capítulos seleccionados a modo de muestra, se ve a la perfección la virtud y el defecto de este ensayo. Al no profundizar en nada, y al pasar muy por encima por cada uno de los numerosísimos temas que van relevándose a gran velocidad, lo que podría ser una obra de referencia para generaciones venideras se ve encorsetado en su propia ambición. Ahí radica el problema: se mencionan hechos, se dan ejemplos, pero no se dan explicaciones, y por momentos parece más un repaso por continentes a los sucesivos acontecimientos que tienen lugar que un estudio en profundidad sobre la ingente cantidad de temas que salen a relucir.

Así pues, el mero intento de valorar esta obra para bien o para mal resulta tan insatisfactorio como el propio libro. La valía de lo que ha hecho Sandberg, en el mejor de los casos, depende de lo que esperemos de él. Como propuesta, como primera aproximación a esa historia global y comparada de los siglos XVI y XVII, y como libro de referencia del que partir a la hora de aproximarnos a un momento histórico más específico, tiene gran valor. Si queremos emplearlo como una suerte de manual o libro de consulta para la Alta Edad Moderna, es igualmente recomendable, pues la lectura es amena, está plagada de ejemplos que ilustran cada uno de los puntos tratados, como hemos mencionado anteriormente, y por lo tanto puede verse incluso como un buen trabajo de divulgación. El problema, desde nuestro modesto entender, es doble. En primer lugar, un título que puede dar pie a esperar una obra sobre el arte de la guerra en la Edad Moderna. Esto nos puede dar una falsa impresión, llevándonos a esperar encontrarnos ante un libro en la línea de los trabajos clásicos de Chandler, Childs o el propio Lynn. La guerra, más que el hilo conductor, es la excusa, el ruido de fondo, inevitable, pero, al menos esa es la sensación del lector, no porque la guerra moderna sea el sentido del libro, sino porque el autor, más bien, se la encuentra. A su vez, esa indefinición –que puede ser buscada dada la brevedad del texto, apenas trescientas páginas–, mezclada con la enorme extensión temporal que intenta abarcar, deja insatisfecho tanto al lector más avezado como al que busque un ensayo más orientado a la

historia militar. Si en lugar de abarcar dos siglos se hubiese centrado en uno de los muchos procesos que analiza y compara superficialmente tendríamos un clásico. No obstante, sería injusto no alabar la idea, ni la propia ejecución, pues se trata de un ejercicio de historia comparada y global puro, y sienta un precedente tremendamente interesante y con un enorme potencial. He ahí el agrisulce resumen de una idea brillante, pero demasiado ambiciosa, ejecutada con solvencia, pero falta de profundidad.

Queda en manos del lector de esta reseña el darle una oportunidad si se quiere tener una idea general –y sólo eso, iniciática– de qué ocurría en otros puntos del planeta, y hasta qué punto estos estaban interrelacionados entre sí y con Europa.

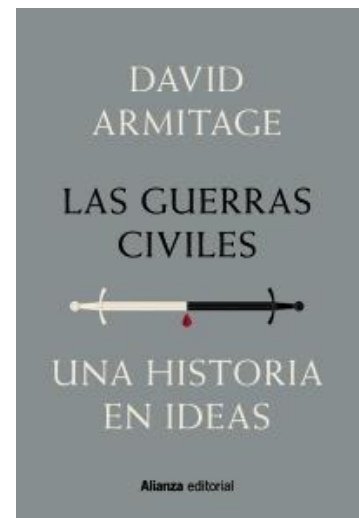
David ARMITAGE: *Las guerras civiles. Una historia en ideas*,
 Madrid, Alianza Editorial, 2018, 320 pp.,
 ISBN: 978-84-9181-050-6

Oswaldo Vartorelli

Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina)

La guerra de los lenguajes¹

¿Se puede escribir una amplia y renovadora historia de las guerras civiles? El presente trabajo de David Armitage viene a dar respuesta a una vacancia en los estudios clásicos de la historia militar. No se trata de una historia de las guerras civiles, sino de la larga y atormentada travesía de una idea. Tampoco es la intención del autor establecer una definición unívoca de la guerra civil. Es interesante que dicha respuesta haya venido de un país cuya historia está marcada por una guerra civil decimonónica. Como han demostrado los estudios de Tom Engelhardt (1995) y H. Bruce Franklin (1988),² la narrativa norteamericana se ha caracterizado por un belicismo desaforado que tiene su origen en el desencanto provocado por la Guerra de Vietnam; las movilizaciones, rebeliones y protestas estudiantiles llevaron a que los contemporáneos más conservadores sintieran que estaban ante los comienzos de una “guerra interior”. Posteriormente, el imaginario de la extrema derecha imprimiría su afición por provocar una “guerra racial”, uno de los móviles de la novela *Los diarios de Turner* (1978), de William Luther Pierce, *best-seller* en las ferias de armas de Estados Unidos. Estas diferentes caracterizaciones derivan de una politización del concepto.



David Armitage es uno de los historiadores más notables que han aparecido en los últimos tiempos. Británico de nacimiento, actualmente se desempeña en la Universidad de Harvard. Alcanzó notoriedad internacional al publicar, en coautoría con Jo

¹ Roland BARTHES: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 159. El título está tomado del capítulo de Barthes.

² Véase Tom ENGELHARDT: *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Barcelona, Paidós, 1997. H. Bruce FRANKLIN: *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial*, Buenos Aires, Final Abierto, 2011.

Guidi, la obra *Manifiesto por la Historia* (2014). Sin dudas, una invitación a la renovación de la disciplina histórica. Además del manifiesto se destacan *The Ideological Origins of the British Empire* (2000), *The Declaration of Independence: A Global History* (2007) y *Foundations of Modern International Thought* (2012). En este sentido, Armitage es un historiador eclético e híbrido, sus trabajos dialogan con la historia militar, la historia global y la historia intelectual. Cercano a los exponentes de la Escuela de Cambridge (de hecho su mentor es Quentin Skinner) ha tratado de ampliar la perspectiva de esta corriente. A su vez, su trabajo sigue la senda de otros autores recientes como Darrin McMahon, a los que podríamos agregar a Corey Robin o Enzo Traverso.

El interés de Armitage radica en construir una “genealogía” conceptual de la Guerra Civil. Sin embargo, dicha construcción no trata de buscar o seguir la trayectoria de ideas fuerza inmutables a lo largo del tiempo, pretensión de la vieja historia de las ideas de Arthur Lovejoy. Los significados, variaciones e interpretaciones del concepto han sido tantos como las mismas guerras. Al comienzo del primer capítulo afirma: «La guerra civil no fue un hecho natural, esperando a ser descubierto. Ha sido un artefacto de la cultura humana que tuvo que ser inventado». ³ O citando el mencionado título de Roland Barthes «es la propia sociedad la que construye el lenguaje como un campo de batalla». ⁴ Para poder afrontar este desafío, la tarea del historiador es dar cuenta de la historicidad de las palabras, agrupar y organizar sus usos y abusos en perspectiva histórica. El autor señala el antagonismo metodológico entre los enfoques de larga duración (*longue durée*), priorizados por la Escuela de los Annales, y los análisis sincrónicos y de corta duración de la Escuela de Cambridge. Podría afirmarse que Armitage intenta un complemento entre ambos, al ser éste un trabajo sobre una de las “grandes ideas” del vocabulario político y militar, utilizando un enfoque de larga duración que comienza en la Antigua Roma y llega hasta nuestro presente. El autor defiende tres elementos en esta nueva perspectiva: el carácter *transtemporal*, al rastrear conexiones y diferencias a lo largo del tiempo, y el *contextualismo seriado*, con su identificación de momentos discursivos o de juegos del lenguaje en los cuales se evidencia el uso estratégico de los conceptos, ya sea para construir legitimidad o lo contrario, por parte de los actores. El tercer elemento es determinar la propuesta como una *historia en ideas*, es decir, ideas que se estructuran en el tiempo y que constituyen significados en disputa.

El libro se encuentra organizado en tres partes, con un total de seis capítulos. Esta división obedece a la metodología de Armitage de identificar los momentos discursivos de la guerra civil. El primer y segundo capítulo comienza en la Antigua Roma, lugar y tiempo en el que fue efectivamente inventado el concepto. Ahora bien,

³ David ARMITAGE: *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, p. 28

⁴ Roland BARTHES: op. cit., p. 160.

uno de los primeros registros procede de un historiador griego del siglo II d. C., Apiano, cuya descripción de las guerras civiles romanas no tenía antecedentes en la propia cultura griega. En este sentido, Armitage trata de separar la tradición romana de la griega; los conflictos internos de las polis, la “ciudad dividida” en términos de Nicole Loraux (1997),⁵ eran comunes pero sin ser reconocidos como un estado de guerra. Para los romanos tampoco era una situación sencilla. En primer lugar, porque en sus orígenes asignaban a las guerras con el nombre de sus rivales. La guerra siempre involucraba a un enemigo externo. Para la época de Apiano, la situación había cambiado, siendo los conflictos entre los ciudadanos algo habitual. Lo que en sus comienzos era un concepto difuso se transformó en una categoría central: *Bellum Civile*. Los romanos no solo inventaron la palabra, sino que establecieron una suerte de anatomía al analizar sus condiciones de aparición, características y ciclos. La marcha de los ejércitos de Sila sobre Roma configuró diferentes narrativas, en donde eran las propias facciones de ciudadanos las que se enfrentaban por imponer su hegemonía política. Estas narrativas fueron continuadas en los siguientes siglos por historiadores, poetas y políticos como Cesar, Tácito, Plutarco, Apiano, Floro y Agustín.

Los capítulos tres y cuatro dan forma a la segunda parte del libro. Entre los siglos XVI y XVIII, periodo del nacimiento de la modernidad, los pensadores y filósofos europeos construyeron narrativas e interpretaciones de las guerras civiles a partir de los aportes romanos. Según el autor, se podrían reconocer tres grandes relatos: el republicano, el imperial y el cristiano. El primero sostenía que la guerra civil era parte constitutiva de la civilización romana, experiencia que podía llevar a un fortalecimiento de la comunidad. La narrativa imperial, que simpatizaba entre algunos de los defensores del absolutismo, afirmaba que la única manera de solucionar el conflicto era retornando a la monarquía y afianzando al príncipe. La última narrativa era la cristiana y describía la historia romana previa a la adopción del cristianismo como una sucesión de “males” e “infiernos” interiores. El tumultuoso siglo XVIII traería consigo no solo el pensamiento de la Ilustración, sino también el nacimiento de las revoluciones en ambos lados del Atlántico. Esto significó un punto de quiebre para las narrativas romanas, al aparecer en el horizonte el espectro de la Revolución. Se distinguirán dos senderos o grupos de interpretación atravesados por el fervor revolucionario y el miedo ante las transformaciones. Los partidarios de la Revolución realizaron una lectura “superadora” de las guerras civiles, proyectada hacia el futuro y desbordante de optimismo. En realidad, esta lectura no era más que la de una guerra civil exitosa, cuyas implicaciones habían sido borradas. Las guerras civiles fueron consideradas espurias, destructivas e incluso reaccionarias (por ejemplo la guerra de *la Vendée*). En el recorte espacial seleccionado, el autor prioriza el estudio de dos revoluciones (la norteamericana-

⁵ Nicole LORAUX: *La ciudad dividida. El olvido de la memoria en Atenas*, Buenos Aires, Katz editores, 2009.

na y la francesa), dejando de lado otros casos que podrían aportar diferentes matices. Más allá de esta observación, las hipótesis de Armitage son contundentes y sólidas.

El libro se complementa con una tercera parte, organizada por dos capítulos. El siglo XIX se distinguiría por intentar establecer contornos legales para la guerra civil, especialmente en uno de sus acontecimientos bélicos más importantes: la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865). Sería el jurista germano-estadounidense Francis Lieber quien volvería a pensar la normatividad de la guerra civil, con la intención de adaptarla a los patrones civilizatorios. Lieber decía que se trataba de una guerra entre dos o más partes de un Estado, pero su definición también incluía la existencia de una guerra de rebelión. A pesar de redactar y adaptar el código al conflicto –por pedido de Abraham Lincoln–, negaba que se estuviera frente a una guerra civil, al aspirar solo una de las partes a controlar la totalidad del territorio y dar legitimidad al gobierno. Frente al separatismo del sur, la designación más adecuada era la de una guerra de rebelión. Hasta la segunda mitad del siglo XX, el Código Lieber seguiría ejerciendo su influencia legal, siendo un manual de instrucciones y disposiciones en los conflictos al interior de los estados modernos.

La primera mitad del XX daría paso a las guerras más brutales de la historia humana, con millones de muertos y destrucción incalculable de infraestructura. Pero también pondría en tensión al concepto de la guerra civil. Reivindicado tanto por la derecha como por la izquierda, el nuevo concepto de “guerra civil europea” constituiría un nuevo marco analítico. Dicho término serviría para dar continuidad a las dos guerras europeas y para sentar diferentes interpretaciones que irán desde las ofrecidas por economistas de la talla de Keynes hasta la de historiadores como Ernst Nolte. A propósito de esto último, si bien Armitage conoce el trabajo realizado por Enzo Traverso⁶, hubiese sido interesante una mayor cobertura a la trayectoria del concepto y una discusión con la obra del historiador italiano.

Luego de 1945 la guerra civil estaría ligada a la estela de la Guerra Fría y al auge de las ciencias sociales de carácter positivista. Las guerras de descolonización y los conflictos por todo el planeta generaron preocupación en la comunidad internacional y se emprendieron nuevos proyectos para su definición conceptual. Los sucesos de Cuba, Argelia, Vietnam y fenómenos cada vez más recurrentes como la “guerra de guerrillas” introducirían nuevas caracterizaciones, si bien la gran dificultad del periodo será la ausencia de teorías generales y de explicaciones que conformaran a los investigadores. En pleno *boom* de los estudios cuantitativos, Melvin Small y David Singer promovieron una definición cuya premisa fundamental era considerar a la guerra civil un conflicto exclusivamente interno a las metrópolis occidentales, con una base estadística de

⁶ Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

1000 muertos anuales. Según Armitage dicha teoría era la peor de todas las posibles y, a pesar de sus sesgo objetivista y neutral, sumamente tendenciosa. Durante las décadas del setenta y ochenta aparecieron otros autores como John Rawls y Michel Foucault, con miradas más enriquecedoras sobre la guerra civil, pero cuya influencia en las organizaciones internacionales fue muy escasa.

En los umbrales del siglo XX y los inicios del siglo XXI se multiplicaron las guerras civiles, mientras los conflictos entre estados experimentaron un retroceso. Sin embargo, las dificultades para su caracterización continúan y las tensiones provocadas mucho más. ¿Cuándo y cómo se debe aplicar el concepto de guerra civil a un conflicto? Armitage sostiene que la aplicación o no del concepto puede definir la ayuda humanitaria (y con ello el destino de las poblaciones) pero también dotar de estatus legal a determinadas formas de violencia.

Para finalizar, las sociedades no están condenadas a sufrir de guerras civiles. Retomando lo dicho anteriormente, son invenciones culturales, no parten de una naturaleza humana. La expresión de “paz perpetua”, pensada por Kant y recuperada por Armitage, todavía es lejana en su consecución pero sigue siendo tan esperanzadora como a finales del siglo XVIII. Mientras tanto, los historiadores deberán seguir profundizando en el pasado de este concepto. Armitage reconoce que otras historias de las guerras civiles deberán ser escritas, para comprender su recepción en otros países por fuera del mundo europeo y anglosajón.

Miguel Domingo ESCALANTE GALAIN: *Los cuerpos militares de Corrientes*, editado e ilustrado por el autor,
 vol. I: 2017, 109 pp., ISBN: 978-987-42-4026-2,
 y vol. II, 2018, 122 pp., ISBN: 978-987-42-8529-4

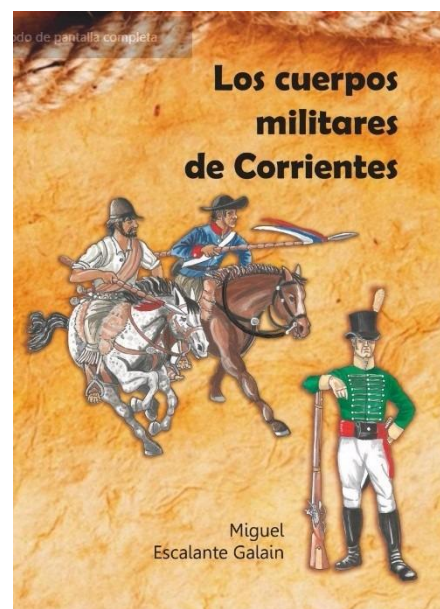
Roberto Daniel Nuñez
Universidad Nacional de La Plata

Las fuerzas militares de Corrientes desde la época hispánica hasta la caída de Juan Manuel de Rosas (1852)

«*Si Argentina entra en guerra,
 Corrientes la va a ayudar*»
 (refrán popular)

La historiografía Argentina suele adolecer de un enfoque netamente porteño, donde la ciudad-puerto es la protagonista destacada, quedando relegada la participación del resto de los territorios que conforman el país. La historia militar no es la excepción, y así, mientras abundan los estudios de las fuerzas militares ligadas a la capital –v. gr., Regimientos de Patricios o de Granaderos a Caballo– encontramos muy escasa información sobre las tropas organizadas por las restantes provincias argentinas.

La obra de Miguel Escalante Galain viene a cubrir, en parte, ese déficit historiográfico. Nacido en Corrientes capital, actualmente es Teniente Coronel del Ejército Argentino. Cursó estudios de Profesorado en Historia en el Instituto Superior de Formación y Capacitación Docente N° 1 (1994) y de posgrado en la Escuela Superior de Guerra, Instituto Universitario del Ejército, logrando el grado de Magister en Historia de la Guerra (2015). Adicionalmente, realizó capacitaciones en Dibujo y Pintura en el Instituto Superior en Bellas Artes e Idiomas “Josefina Contte”, lo cual le ha permitido al autor ilustrar su obra con láminas de uniformes hasta el momento inéditos.



Corrientes es una provincia ubicada en el noreste del país, integrante de la denominada Mesopotamia argentina y con límites con Paraguay, Brasil y Uruguay. Por cercanía geográfica, desde sus orígenes estuvo política y culturalmente ligada al Paraguay, con quien comparte, entre otras cosas, la lengua guaraní. A partir de 1810 Corrientes se encontró entre aquellas provincias que abrazaron el federalismo y se unió a la liga artiguista contra Buenos Aires. Luego de 1820, con la desintegración del gobierno nacional, la provincia de Corrientes adoptó una postura claramente confederada y defensora de su autonomía, a la vez que pugnó por la definitiva organización constitucional del país bajo el sistema federal. Ello la llevó a enfrentarse al gobernador porteño Juan Manuel de Rosas, quien gobernaba desde Buenos Aires mediante los débiles lazos del Pacto Federal (1831), a la vez que se oponía al dictado de una constitución.

Después de la caída de Rosas, Corrientes continuará enfrentada a Buenos Aires hasta la definitiva unión nacional, luego de la batalla de Pavón (1861). Finalmente, la Guerra de la Triple Alianza —el conflicto bélico más sangriento que viera Sudamérica— la tendrá como principal protagonista, al ser objeto de una invasión por parte de las fuerzas paraguayas, quienes buscaban apoyo apelando a la antigua memoria confederada de la provincia de Corrientes, la cual ya no existía para esa época (el refrán popular que reza «Si Argentina entra en guerra, Corrientes la va ayudar», vigente en la actualidad, manifiesta de manera cabal esa antigua idea de autonomismo y defensa de su identidad que siempre ostentó el pueblo correntino).

Como podemos apreciar, Corrientes ha sido escenario de diversas contiendas, que van desde la época jesuítico-guaraní, pasando por la campaña de Belgrano al Paraguay (1811), hasta llegar a la Guerra de la Triple Alianza. El autor ha optado por no circunscribir su investigación a las fuerzas militares creadas por la provincia de Corrientes, sino que incluyó también a aquellos ejércitos que, por diversas razones y campañas, operaron en suelo correntino. Escalante afirma que «se llegó a la conclusión de incluir la jurisdicción actual y mencionar las unidades de correntinos que en campaña llegaron a otras provincias o países y las tropas nacionales que participaron en la provincia» (vol. I, p. 6). Asimismo, especificando los objetivos de su obra, el autor aclara que «se mencionan además las batallas y campañas donde participaron dando un resumen de las mismas y mapas que aclaran la organización para el combate de los ejércitos enfrentados y la táctica utilizada en las batallas que marcaron la finalización de cada campaña» (vol. II, p. 6), lo cual enriquece enormemente este estudio.

El libro presenta un carácter eminentemente didáctico y de muy fácil lectura. El estilo narrativo del autor es sobrio y evita mezclar ideologías u opiniones políticas en su investigación. En la introducción, Escalante aclara que apunta «a un público general» (vol. I, p. 7), y a ello se debe la brevedad de ambos volúmenes. Pero, no obs-

tante ello, la obra también presenta méritos académicos, ya que se basó en una profunda investigación en archivos históricos locales y nacionales, por lo que será un excelente punto de partida para cualquier investigador que quiera profundizar en la temática, así como una guía de consulta indispensable para aquellas personas interesadas en la historia militar de la provincia de Corrientes.

Otro aspecto destacado de la obra son sus ilustraciones. El Sr. Escalante Galain –hábil dibujante– afirma que también tuvo en mente a «aquellos modelistas y coleccionistas que quieran tener un bosquejo de los uniformes o vestimentas utilizadas en el período estudiado» (vol I, p. 7). En consecuencia, su libro cuenta con varias láminas ilustrativas a color, la mayoría dibujadas por el propio de autor, donde partiendo de las fuentes documentales se reconstruyen uniformes, vestimenta y equipamiento hasta el momento desconocidos, con «la intención de dar una herramienta visual para que el lector vea con certeza cómo eran esas tropas en el período histórico que le tocó servir» (vol. I, p. 103).

El tomo I abarca casi cuatro siglos: desde la fundación de Corrientes en 1588 hasta la desintegración del gobierno nacional en 1820. El estudio de Escalante Galain presenta al lector tanto hechos conocidos como ignorados, dividido en una introducción, cinco capítulos y la consecuente conclusión: el capítulo inicial nos presenta las primeras milicias correntinas en los siglos XVI y XVII; aquí conoceremos las acciones del Tercio de Corrientes –creado para la defensa de la ciudad– junto a una completa reconstrucción de cómo lucían sus uniformes. El capítulo dos estudia la conformación de las milicias guaraníicas por parte de los jesuitas, destinadas a repeler tanto los ataques de los aborígenes no reducidos como también de los *bandeirantes* paulistas. El tercero destaca por el análisis de las acciones de la guerra guaraníica, las sublevaciones comuneras, la expulsión de los jesuitas y las campañas por la reconquista de Colonia del Sacramento en la Banda Oriental, la primera en el marco de la Guerra de Sucesión Española (1703) y la segunda durante la Guerra de los Siete Años (1762). El cuarto aborda la participación de las fuerzas militares de Corrientes en dos hechos claves de la historia argentina: las invasiones inglesas al Río de la Plata (1806-1807) y las acciones revolucionarias a partir de 1810, especialmente la fracasada expedición de Manuel Belgrano al Paraguay. Finalmente, el capítulo 5 presenta las acciones militares producto de la incorporación de Corrientes a la “Liga de los Pueblos Libres”, encabezada por José Artigas en contra del centralismo de Buenos Aires.

El tomo II, también dividido en introducción, cinco capítulos y conclusión, abarca el período de las autonomías provinciales y las guerras civiles (1820-1852), en el cual la provincia de Corrientes –como ya apuntamos, defensora del federalismo y de la organización constitucional del país– se opuso tenazmente a la hegemonía de Buenos Aires. Escalante analiza los denominados “ejércitos libertadores Correntinos” que en-

frentaron el poder de Juan Manuel de Rosas, gobernador porteño y Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, título que ostentaba más de facto que por genuina delegación de las provincias. Cinco en total, los cuatro primeros fueron comandados por líderes unitarios, mientras que el quinto, luego del pronunciamiento del gobernador entrerriano Urquiza, quedó incorporado dentro del Ejército Grande que derrotaría a Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros (1852), dando inicio al período histórico denominado “de la organización nacional”. Por su importancia para la evolución de Argentina, varios hechos analizados en este volumen trascienden el interés local o regional convirtiéndose en verdaderos hitos de la historia nacional, como por ejemplo la campaña del “Ejército Libertador” del general Juan Lavalle, la trascendental victoria de las fuerzas correntinas al mando del general José María Paz en la batalla de Caá Guasú o la ya citada caída de Juan Manuel de Rosas y su autoproclamada Confederación Argentina.

A esta obra, según nuestra humilde opinión, le faltaría un tercer volumen que abarcara la segunda mitad del siglo XIX, donde veríamos, acaso, los acontecimientos surgidos del enfrentamiento entre el secesionista Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina, la Guerra de la Triple Alianza –con la provincia de Corrientes como actor privilegiado– y las últimas rebeliones provinciales contra el poder nacional. Deseamos fervientemente que el autor decida acometer dicha tarea, para dar así un cierre al arco historiográfico iniciado con el tomo I a partir de la mismísima fundación de la ciudad de Corrientes.

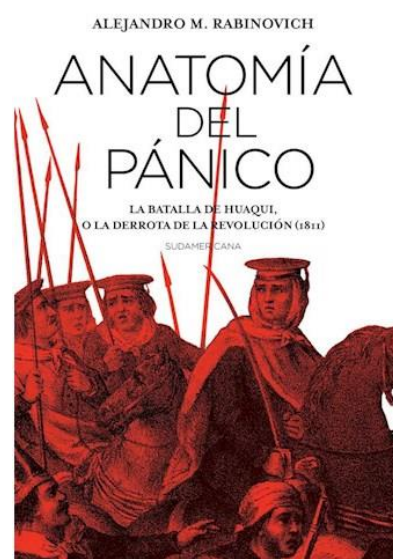
El libro que presentamos es una edición del propio autor, sencilla aunque correcta y muy digna, evidentemente realizada con mucho esfuerzo y amor, tanto por su tierra natal como por el estudio de su historia. Las cubiertas son en rústica y el papel es de aceptable calidad acompañado con láminas en color. El formato es 20 x 15 cm. Aquellos interesados en adquirir algún ejemplar podrán hacerlo a través de la página de Mercado Libre de Argentina o deberán contactar personalmente al Sr. Escalante Galain a través de su correo electrónico (miguelescalantegalain@gmail.com) o su perfil en Facebook (Miguel Domingo Escalante Galain).

Alejandro M. RABINOVICH: *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la revolución (1811)*,
Buenos Aires, Sudamericana, 2017, 288 pp.,
ISBN 978-950-07-5986-1

Carlos Marcelo Tuyaret
*Escuela Superior de Guerra (ESG)-Facultad del Ejército-
Universidad de la Defensa Nacional (FE-UNDEF), Argentina*

Un nuevo enfoque de la batalla del Desaguadero

La batalla de Huaqui o del Desaguadero, fue una derrota del novel ejército revolucionario de las Provincias Unidas del Río de la Plata ocurrida a mediados de 1811 a orillas del Titicaca. Las tropas patriotas que conformaban al Ejército Auxiliar del Perú no tenían nada que envidiar del ejército realista que avanzaba para entablar combate en el lejano territorio del Alto Perú. La tropa patriota, animada por la esperanza de libertad, tenía en su haber victorias que glorificaban su avance hacia el norte, pero aquel día de 1811 las fuerzas del Río de la Plata se vieron invadidas por un fenómeno no desconocido para los ejércitos profesionales: el pánico en el campo de batalla.



Alejandro Rabinovich es uno de los académicos más innovadores en lo que hace a los estudios de historia militar sobre la guerra de la independencia en el Río de la Plata, haciéndonos participar de un enfoque distinto sobre una de las batallas que hasta el día de hoy no ha sido investigada con profundidad. Este trabajo de Alejandro Rabinovich, doctor en Historia y Civilizaciones por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, investigador del CONICET y profesor de Historia en la Facultad Nacional de La Pampa, se propone desentrañar las causas que provocaron que el ejército más grande reunido en la guerra por la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata se desbandara en cuestión de horas, manteniendo este efecto inclusive semanas después del combate.

Como bien explica el autor en su introducción al trabajo, gracias a la cantidad de testimonios posteriores al combate archivados con el nombre de *Proceso del Desaguadero*, se puede intentar entender la razón por la cual oficiales provenientes de las

mejores familias del virreinato cedían frente a los efectos del pánico, volcado también como efecto dominó a las tropas de línea. El objetivo del trabajo, en fin, es aportar una visión diferente, como también nuevas explicaciones sobre el proceder de los combatientes más allá del empleo de la táctica y las maniobras durante las guerras de la independencia. Así pues, la obra está compuesta por esta introducción bien fundamentada sobre el objeto de estudio y cinco capítulos que desarrollan con claridad los hechos que llevaron a la situación de pánico en el encuentro bélico.

En el primer capítulo, tenemos una exposición de la conformación de un ejército revolucionario del siglo XIX, explicando las bases de un ejército modelo europeo y el intento de formación de un ejército propio que llevaría el estandarte de la Revolución de Mayo. Así pues, se nos ofrece una detallada explicación de las distintas armas involucradas, reglamentos, agrupación por origen y el entendimiento de la época sobre su uso en combate, destacando la inexperiencia general que caracterizaba a los noveles comandantes.

Sobre las distintas decisiones de los comandantes patriotas que llevaron a la batalla, Rabinovich se detiene inicialmente durante el capítulo segundo del libro en explorar y dar luz a las causas que impulsaron a Castelli y Balcarce a embarcarse en la acción. También nos expone sobre las diferencias entre ambos, otorgando una sumatoria de hechos que favorecerían inclusive las condiciones propicias para un fracaso anunciado, ya que según el autor influyeron en buena medida. En este capítulo se analiza también el entrenamiento de la tropa patriota en comparación con lo que disponían los reglamentos utilizados por aquel entonces. No obstante, el autor deja en claro la insignificancia que estos tuvieron sobre el adiestramiento de la tropa debido a la velocidad en el desarrollo de la campaña. Un notable detalle es la información que nos presenta acerca del Regimiento N° 6, que si bien era el supuestamente mejor preparado para el combate, nos pone ante su desempeño a lo largo del libro y nos muestra cómo será el iniciador en cierta medida del efecto dominó del pánico.

Con respecto al desarrollo de la batalla, Rabinovich nos introduce en el escenario de aquel día, ofreciéndonos los detalles de la misma fundamentados en las distintas fuentes de las que se nutrió para el trabajo, como también los testimonios antes mencionados, utilizando para mejor entendimiento de la situación las memorias de aquellos jefes que participaron. A través de testimonios de los combatientes de aquella jornada de lucha, en el capítulo tercero se nos presentan las distintas acciones que ejecutaron prácticamente por separado las fuerzas patriotas, lo cual influyó en el resultado de la batalla, como sostiene el autor. Un detalle interesante es la explicación del empleo de la caballería del Río de la Plata limitada solamente a regimientos de dragones antes de la creación del Regimiento de Granaderos a Caballo, que revolucionó en alguna medida las tácticas de combate patriotas. Otra vez se ahonda en la experiencia del

Regimiento n° 6 y las posibles causas que llevaron al inicio de un foco de pánico, llevándonos por una investigación detallada y desentrañando cada acción para dar con la respuesta del porqué de este efecto sobre un ejército que hasta ese entonces estaba moralmente bien constituido.

Durante el capítulo cuarto, el autor se propone reconstruir la mecánica de cómo el pánico se apropió de la batalla, poniéndonos frente a los hechos que lo desencadenaron en función de los diferentes frentes abiertos. Sobre este aspecto se toma en consideración cada elemento que intervino en la acción bélica y su desempeño durante los combates. El factor humano es objeto de un especial análisis, en base a los testimonios de los intervinientes, de ahí que se centre en cómo evolucionó durante las diferentes fases de la lucha. Así pues, Rabinovich nos introduce de alguna manera en el campo de batalla y nos explica cómo las tropas patriotas abandonaban el frente con las más variadas excusas para evitar el enfrentamiento a raíz de un iniciador de pánico del regimiento antes mencionado, para finalmente dilucidar cómo acabó arrastrando literalmente al resto de las tropas, inclusive a la reserva. Como decía, se nos presenta un análisis completo, paso a paso, sobre cada componente del ejército, para concluir finalmente en este capítulo en las decisiones desesperadas que debieron tomar Castelli y Balcarce al verse desbordados y, por qué no, contagiados de aquel pánico.

No concluye el libro de Alejandro Rabinovich hasta ofrecernos en el último capítulo del trabajo las acciones posteriores a la batalla, que en algunos casos podrían resumirse como actos de salvajismo cometidos por tropas que en parte eran veteranas de las invasiones británicas y que fruto del desarrollo de los acontecimientos se habían convertido en salteadores. Hablamos de acciones que sucedieron transcurridas inclusive varias semanas después desde la batalla de Huaqui. Pero un punto importante destacado en el trabajo son las consecuencias que dicha derrota comportó para la revolución, hasta el punto de apuntar que se llegó a temer un impacto, como asegura el autor, de una derrota decisiva para la naciente patria y su causa independentista. El trabajo se centra ahora en demostrar cómo los efectos posteriores serían de carácter duradero y expansivo, también por su interacción con los pobladores de aquellas regiones, al fin y al cabo la derrota dio lugar a una abrumadora dispersión de las fuerzas. De hecho, se necesitaron semanas para reagrupar un mínimo número de los efectivos que habían iniciado la campaña, lo cual propició que la insubordinación reinara por aquellos días en las regiones del Alto Perú, llegando prácticamente a creer en medio de la desesperación que la revolución estaba perdida.

A modo de conclusión y como detalle más que importante con respecto al estudio de la historia de la guerra, el autor nos hace entender que el trabajo de investigación académico no debe centrarse solamente en el estudio de batallas y el protagonismo de sus generales, sino que también, entre otros muchos enfoques, debe incidir en el

factor humano que se vio involucrado en los combates. En este punto, el referente historiográfico del autor es el trabajo del historiador John Keegan, que revolucionó los aspectos metodológicos del estudio de la historia militar al dejar de centrarse en la estrategia y las maniobras militares para enfocarse en la dimensión humana de la batalla y de la guerra en su conjunto. Esta forma moderna de estudiar la historia militar con la que nos ilustra el autor al final de su obra nos abre un mundo de enfoques distintos, para lograr entender por ejemplo aquellos episodios históricos que contribuyeron a cambiar la forma de hacer la guerra.

En definitiva, estamos ante una obra detallada y perfectamente documentada, apoyada por decenas de testimonios directos de aquel episodio que descansan en la *Causa del Desaguadero*, así como también en las memorias posteriores de algunos de sus protagonistas, basándose en una variada y detallada bibliografía para dar apoyo a las conclusiones que ven la luz en el trabajo del autor. Es de destacar también el sostén que proporcionan las fotografías contemporáneas tomadas por el autor en su investigación de campo en la zona donde se desarrolló la batalla, con la finalidad de ilustrar y ofrecer al lector una conciencia situacional, por así decirlo, de cómo sucedieron los hechos y hasta qué punto estuvieron determinados por los territorios en los que estuvieron desplegadas las tropas del Ejército Auxiliar del Perú para llevar adelante la causa por la independencia.

William CORBY: *Memorias de guerra de un capellán*,
 Madrid, El Buey Mudo, 2018, 412 pp.,
 ISBN: 978-84-17703-00-4.

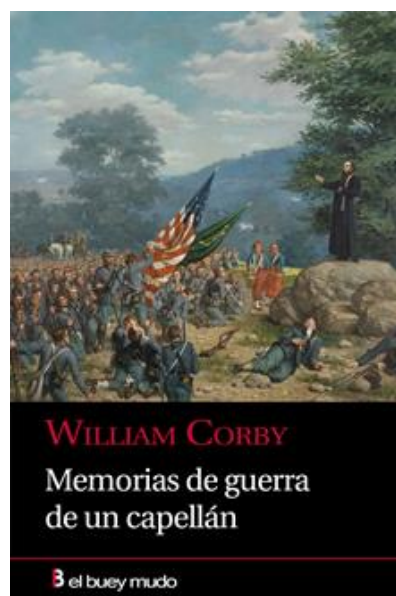
Alberto Cañas de Pablos
Universidad Complutense de Madrid

Tres años de campaña con los hijos de Erin: un capellán de la Brigada Irlandesa en la Guerra de Secesión de Estados Unidos

La guerra es un fenómeno avasallador, de unas dimensiones inabarcables, capaz de atravesar vorazmente la existencia de todos aquellos a quienes llegan sus consecuencias. Por ese motivo, hay casi tantas vivencias de la guerra como personas se han visto afectadas por ella. Es decir, resulta imposible la existencia de una experiencia bélica “total”, unívoca y unidireccional, que reúna la esencia de lo que es “vivir” una guerra.

Claro está que no es necesario estar en primera línea del frente o patrullar sobre el terreno en las calles de Sarajevo o Faluya para poder afirmar que “se ha estado en una guerra”, ya que la población civil también ha vivido un amplio bagaje de conflictos bélicos, ya sea a través de los bombardeos aéreos de la Segunda Guerra Mundial o bien a raíz de las conscripciones masivas durante las Guerras Napoleónicas. Incluso dentro de los civiles habría diferencias: no es lo mismo ser un intelectual español exiliado por la Guerra Civil que la anciana que estuvo en Madrid hasta el final de la contienda. Como casi cada fenómeno humano, la guerra puede representarse con infinitas miradas.

Estos contrastes llegan también a los miembros de la institución castrense o a quienes trabajan directamente para la misma, dado que cuestiones como la posición dentro de la jerarquía, el escenario de guerra recibido en suerte o la sección en la que se estén desarrollando las funciones encomendadas influyen en el modo en el que se atraviesa el conflicto. Incluso también en cuanto a mortalidad, vista la elevadísima tasa de pérdida de vidas entre quienes estaban destinados en los *Unterseeboote* o submarinos alemanes, por ejemplo. No es igual una enfermera en Gettysburg que un religioso en



plena de Guerra de Secesión. Este último es el caso del reverendo William Corby, capellán del Ochenta y ocho Regimiento de Nueva York, una de las unidades pertenecientes a la llamada Brigada Irlandesa, y autor de estas *Memorias de guerra de un capellán*.

La editorial El Buey Mudo ha traducido por primera vez al castellano esta obra que retrotrae a una guerra civil de grandísimo calado. Como dice Leonardo Sciascia en *Los tíos de Sicilia*, una guerra civil es “menos estúpida” y más “lógica” que una guerra entre estados, ya que quienes intervienen en ella disparan “por las personas y las cosas que aman, y por las que quieren, contra las personas que odian; y nadie se equivoca al elegir de qué parte está”. Estas palabras son aplicables al conflicto que fracturó en dos a Estados Unidos hace más de siglo y medio (y que no se ha terminado de cerrar, a la vista de ciertas políticas de memoria desarrolladas en los últimos años en los Estados sureños), donde quienes participaron en ella lo hicieron con conocimiento de causa, por la clase de sociedad en la que creían.

Esta edición de la obra de Corby acerca a los lectores hispanoparlantes nuevas nociones sobre esa conflagración, mucho más desconocida que otras, lo que hace a estas memorias aún más relevantes, dada la importancia de esta guerra en la historia estadounidense y mundial. Para hacerse una idea de la dimensión del conflicto, valga un ejemplo: la Batalla de Antietam (descrita en las páginas 135-141), ocurrida el 17 de septiembre de 1862 y también conocida como Batalla de Sharpsburg por los confederados, sigue siendo, aún hoy en día, el choque de fuerzas con más bajas en un solo día de la historia estadounidense, unas 23.000 en total.

El libro es fruto de las abundantes anotaciones tomadas sobre el terreno por el reverendo Corby durante un período de tres años, y reunidas y publicadas con motivo del vigésimo quinto aniversario de la Batalla de Gettysburg, cuyos actos de conmemoración aparecen recogidos en la obra a continuación de la descripción de lo acontecido en la misma (pp. 219-223) y en los cuales participó el propio autor. Éste deja clara su postura sobre su propia narración, desde la máxima humildad: «Puede parecer muy egoísta por mi parte escribir sobre esta pequeña experiencia personal, sobre todo porque, a fin de cuentas, yo estaba muchísimo mejor que miles de pobres soldados que ni tuvieron ni pudieron tener los cuidados de los que yo disfruté. Si escribo sobre esto, como expliqué al principio de mi narración, es por proporcionar algunas páginas no escritas de la historia”. La historia suele concentrarse en las excitantes escenas del campo de batalla, que sólo constituyen una pequeña porción de los horrores de la guerra, en mi humilde opinión. Hay que mostrar las dos caras de la moneda» (p. 105), puesto que no se «debe ocultar la realidad ordinaria [de la guerra], que hay que aflorar al precio de cierto lirismo» (p. 57), como cuando narra el reconocimiento del campo de batalla tras el desarrollo de ésta (p. 81). En otro punto de su obra reincide en la misma idea: «Lo que relato forma parte de la experiencia personal; pero espero al narrarlo,

ofrecer a mis lectores –si es que tengo alguno– un esbozo de la vida bélica no enteramente compuesta de “la sangre y el fragor” del campo de batalla. También servirá esto para representar lo que cientos de miles padecieron durante la guerra» (p. 265). Es decir, partía de las vivencias personales para proyectarlas de ese modo al conjunto de los soldados, al que se daba voz de ese modo, como los varios ejemplos de ejecuciones que aparecen (pp. 149-153 o 249-256, entre otras) o los numerosísimos momentos en que describe la trastienda del conflicto, los intervalos temporales entre una batalla y la siguiente, con sus traslados, los fogonazos de calma y los momentos de camaradería (pp. 117-121). Ese punto de vista individual también es de utilidad para ver la aleatoriedad que domina la guerra, desde aquellos que caían víctimas de la malaria (pp. 101-102) hasta los soldados que perdían la vida de forma casual muy cerca del propio Corby por ataques repentinos del enemigo (pp. 191-192, entre otras muchas).

El libro no es un simple intento de superar, a través de una nueva visión en torno al hombre en primera línea de combate, la clásica homogeneización que había tratado la guerra como una superestructura colosal, entendida como una mera sucesión de batallas y estrategias, sino que se alza como una apuesta por sumar las experiencias individuales entendidas como teselas de un mosaico en torno al conflicto.

De esta forma, Corby defiende el enfoque individual a la hora de aproximarse a la Guerra de Secesión, en un formato que por momentos se acerca a una larga epístola formada por lo que él llama «historias de guerra» (p. 25), dirigida a él mismo. Evidentemente, se trata de una “misiva” subjetiva, pues son unas memorias, pero esa carta está continuamente plagada de reflexiones que van más allá de los meros acontecimientos, como al afirmar que «cuando los hombres comparten intensos peligros, brotan emociones fraternales entre ellos que generan un sentimiento caritativo, cristiano, que a menudo conduce a los más excelentes resultados» (p. 218), todo ello a raíz del interés mostrado por un soldado no católico por la religión mayoritaria en la Brigada Irlandesa en base al desempeño de ésta en el campo de batalla. La camaradería y el compañerismo son una constante en el libro de Corby, tanto cuando cuenta sus propias vivencias como al hablar de otros soldados.

Otra virtud de la obra es la enorme cantidad de datos que aporta sobre la trayectoria colectiva de los “Hijos de Erin” en el conflicto, y no sólo en la gran (grandísima) abundancia de notas aclarando informaciones precisas sobre los lugares o los protagonistas del conflicto. Como el propio Corby explica (p. 159), Erin es el término gaélico para referirse a la isla de Irlanda, y se permitían celebrar el Día de San Patricio por todo lo alto (pp. 166-171). El autor mantiene en toda la obra un tono que podría calificarse de “corporativo” en torno a la Brigada Irlandesa, como grupo diferenciado, en parte por el evidente *cleavage* religioso que existía, pero en todo caso inserto en el ejército de los unionistas. Era una condición sabida; el grupo de los irlandeses era visto

como un sujeto dotado de personalidad propia dentro de las filas norteañas, entre las que destacaba lo aguerrido de sus miembros (p. 44).

Por otro lado, la edición de la obra se ve acompañada de tres amplios e interesantes anexos (pp. 347-412). Se trata de la “Narración del Reverendo Constantine L. Egan”, “La Brigada Irlandesa en la Guerra por la Unión, por el mayor general Mulholland” y el famoso *Discurso de Gettysburg*, de Abraham Lincoln. Como su propio nombre indica, los dos primeros textos complementan el contenido de las memorias de Corby a través de testimonios paralelos al suyo. De hecho, en la publicación original ambos eran capítulos que formaban parte del libro, pero acertadamente se ha optado por separarlos del cuerpo principal, ya que en ocasiones tratan sucesos ya narrados por Corby, evitándose así la reiteración. Por su parte, añadir las palabras del presidente sí constituye una novedad absoluta en la edición de la obra, dado que aparecen por decisión del traductor de la misma. Eso sí, aunque bien elegidas y aunque sean un cierre más que adecuado para el libro, hubiera sido mejor haberlas incluido antes del cuerpo de la obra, para que sirvieran de contexto y guía para el lector.

En todo caso, esta cuidada edición de las memorias de un capellán en plena conflagración representa una buena oportunidad en castellano para conocer de primera mano el conflicto entre los Estados del Norte y del Sur a través de una obra tan inédita como entretenida. A pesar de los horrores de las batallas, es enriquecedor recorrer junto al padre Corby ciudades, bahías y explanadas, tan desconocidas para muchos (Yorktown, Cheseapeake, el río Chickahominy... un mapa orientativo no hubiera estado de más), siguiendo a las tropas en el devenir de la guerra. Por suerte, está basada en un punto de vista personal y especial al mismo tiempo, por lo que constituye un modo más que adecuado de aproximarse a un momento de división y auténtica refundación de los Estados Unidos contemporáneos.

Peter HART: *Voices from the Front: An Oral History of the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2016, 440 pp., ISBN: 978-0190464936.

Guillaume de Syon
Albright College

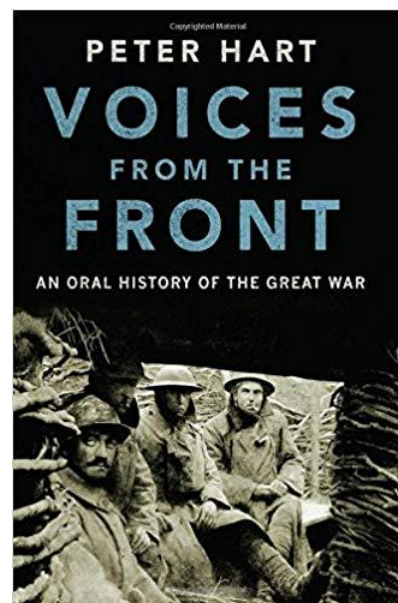
When Commemorative Literature Meets Oral History

The centenary commemoration of the first global conflict prompted a resurgence of historical accounts about the combatants. These ranged widely in scope and quality, though most shared the common goal of acknowledging the human dimension of the tragedy, at a time when the voices of the Great War have all gone silent, except for those preserved in recordings.

Such soundtracks include those that historian Peter Hart recorded in the 1980s and 1990s as part of his work at the Imperial War Museum in London. Two decades later, he offers here a history of the Great War that is less grand narrative than a canvas of the diverse experiences of the British veterans he met. The impressive result of his careful construction is a pleasure to read, yet it does raise some historiographical issues.

Hart writes in an easy to follow style intended to draw readers from all backgrounds. In so doing, he does not seek to offer a new thesis argument, but to retrace the British combat experience through the oral historical record, much in the way he has done in several other volumes written for a general readership. The only detectable claim may be more of a plea for the value of oral history, as many of the records he helped compile at the Imperial War Museum are unexploited by either amateurs or professionals.

Over the course of thirteen chapters, Hart covers the war in a mix of chronological and thematic orders. Though this book is about the British experience, the author is careful to include coverage of lesser known realms such as the front in Mesopotamia. In so doing, he makes clear the mix of dread and boredom all men experienced, and how the horror of mud, a constantly recurring theme on the Western European



front, could easily be seen as a blessing by those stuck for weeks in the desert without a bath and only one bottle of water per day (p. 135).

The sample of interviewees naturally skews the evidence on several levels. First, because the interviews took place in the 1980s and 1990s, the memory of those recounting their experiences will suffer. While no one would deny the experience of the participants, the evidentiary value is diminished as details may have been transposed. A chapter on naval warfare, for example, involves a sailor recounting his time aboard the HMS Kent that sank the German ship Nuremberg in December 1914. Unfortunately, the witness refers to the sinking of the Köln, which occurred in summer of that year, and where the Kent was not present. It is thus unclear where and when the witness was posted, though there is no doubt that he was a sailor on active duty. If accuracy cannot be guaranteed why should one rely on such accounts? Simply put, the liveliness of the quotes and some of the anecdotes that stayed with the participants, especially people who were so young when they experienced the horror.

A second critical element in the evidence Hart uses is that the “generation of 1914” is often more likely to be that of 1918 or beyond. Indeed, most of the combatants interviewed were underage when they joined. Senior officers, as well as any men who reached, say, middle age right after the war are missing from the oral record. Hart is aware of this, for he also relies on oral interviews conducted in the 1960s and 1970s by other historians and some journalists, thus correcting some of the imbalances found in his sources. Still, the age and social background of the interviewees, though skewed, is not to be discounted. It helps paint a canvas and speculate on how they held up under the pressure. Nuggets of humor can be found in numerous instances, and the efforts of soldiers at maintaining social cohesion (despite the frustration with some of their orders) is quite remarkable. That said, Hart stays away from any of the historiographical controversies his evidence would help engage, including the recent dual claims of coercion and duty to explain why soldiers held out for so long.

Third, one wishes that Hart had relied on well-established narratives of the Great War, such as John Keegan’s or Hugh Strachan’s to back up his narrative. His only citations include the oral histories he uses, and thus some of his comments may puzzle specialists as well as anyone with a passing knowledge of the Great War. For example, Hart’s explanation of the extended battles of Vimy and Arras as a response to the French army’s mutinies, is both facile and inaccurate: that the French government desperately needed the British to achieve a spring 1917 victory is true, but their request that Gen. Haig coordinate with General Nivelle in dual April offensives was in response to French homefront issues, not the problems in the French army. As for the mutinies, they only began April 29 and did not «spiral out of control» (Hart’s words) to their highest level until May 15, 1917 after the British offensives ended, and when

General Pétain had already replaced General Nivelle. This and other errors do not discount the quality of the testimonies Hart has chosen to share with readers, yet they do skew clearly verifiable aspects of the war record and reflect a rush to summarize that is unnecessary.

Hart also skips some important social issues that have come up in many recent studies of the Great War. Whereas he ably presents the matter of sexual tensions (his selected testimonies about the brothels are both heart wrenching and funny), he misses out on the very heterogeneity of the British forces. For example, Australian testimonies are ably incorporated into the narrative, but nowhere is the matter of nationalism considered. Since the founding myth of Australian independence is reportedly the British defeat at Gallipoli, it would have been interesting to learn how Australians felt in other sections of the front. Similarly, especially after the Americans entered the war, the matter of racial segregation became more pronounced. The UK was one of two armies to incorporate colonial troops, but we catch few glimpses of their presence, despite the fact that they were active from the very beginning of the war onward. Consequently, one gets the impression that British forces were far more homogenous than is really the case, and this in turn offers a comforting yet distorted vision of the war.

Hart's agenda, to make oral history accessible, actually falls into a more recent wave of calls for broadening this kind of historical method, as it can also be practiced as an exercise at the school and university levels and in non-academic settings. Other national military depositories, such as the US National World War II Museum or the French Service Historique de la Défense have converted their holdings to digital formats accessible online (those in France, regrettably can only be listened to onsite, but without the tedious loading and unloading of the old magnetic tapes). What is missing, however, is the critical apparatus that would help handle the evidence offered. This is a sensitive matter best demonstrated, for example in the gargantuan effort of the Shoah Foundation under the leadership of Steven Spielberg to record as many Holocaust survivors' experiences as possible. Such interviews depict staggering events, and the deep trauma associated with the victims' experiences also means that occasional errors of place and time cannot be corrected so easily by the oral historians conducting the interviews. Other factors such as sympathy may skew the record.

One comes away from Hart's work convinced of the value of oral histories, yet cautious about over relying on them. It is not the impressionistic statements of the witnesses that are at issue (anyone using personal or even political correspondence in their research will find their share of such comments that are both useful and frustrating), but the risk of too much empathy. One cannot but be in awe of the sacrifice these soldiers had to make daily, and the graphic nature of some of what they share makes

one ache for their suffering and that of their loved ones. Consequently, the necessary distance any historian needs to emphasize to reach a reasonably balanced conclusion cannot be achieved. Hart describes his work as a deeply personal endeavor, and one senses the passion for testimony and the respect he shows his interviewees. Yet one wishes he would occasionally cast a critical eye on some of what they said.

While passion and lucidity do not mix easily, one remains thankful for Hart's efforts. Transnationally, too many elderly children of Great War combatants remember only the silence of their genitors regarding the conflict. This volume helps enlighten the personal experience.

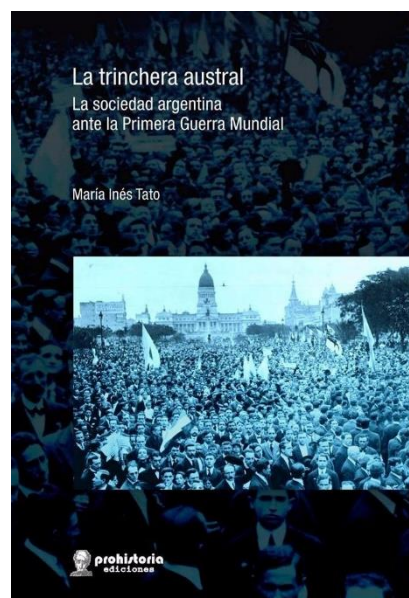
María Inés TATO: *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*, Rosario, Prohistoria ediciones, 2017, 143 pp., ISBN 978-987-3864-64-3

Agustín Daniel Desiderato

Universidad del Salvador (USAL) / Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GEHiGue) / Escuela Superior de Guerra (ESG) – Facultad del Ejército (FE) – Universidad de la Defensa Nacional (UNDEF)

Las repercusiones transnacionales de la Gran Guerra en la Argentina

Durante mucho tiempo, la atención de los estudios sobre la Primera Guerra Mundial pareció centrada únicamente en los impactos y las consecuencias en los países metropolitanos. Por el contrario, sus efectos en algunas regiones como América Latina han sido relegados a un segundo plano. Por su lejanía del teatro de guerra europeo o por su estricta neutralidad, la República Argentina como muchas otras naciones fue desestimada de los círculos académicos. Solo se la menciona de manera casual, estudiando sus vínculos con algunos incidentes diplomáticos o con algunas batallas navales que se desarrollaron muy cerca de su territorio. En el mejor de los casos, su conexión con la guerra ha sido estudiada desde un enfoque económico, por su rol agroexportador como proveedor mundial de materias primas en aquellos tiempos. No obstante, en los últimos tiempos han surgido autores que, mediante nuevas preguntas y problemáticas, han revertido esta tendencia, quitando el anclaje estrictamente europeo que tradicionalmente tuvo la historiografía sobre el conflicto. En este grupo se encuentra María Inés Tato, Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la República Argentina.



Fruto de años de investigación, en archivos y repositorios argentinos y extranjeros, su obra estudia las repercusiones de la Gran Guerra en la sociedad argentina, de forma amplia, problematizando cómo el desarrollo de la contienda y sus representaciones fueron apropiadas y resignificadas localmente. En este sentido, la autora se ads-

cribe a la historia global y a la historia cultural de la guerra, que permiten incorporar a las naciones neutrales en los estudios sobre el conflicto. De esta manera, los acontecimientos internacionales no se estudiarían únicamente por su impacto en el terreno económico o diplomático, sino también por sus repercusiones en los grupos e individuos que conformaban la sociedad argentina de aquellos años.

La obra consta de seis capítulos, que exploran diferentes preguntas y problemas de investigación, agrupados en dos partes. La primera investiga cómo operaron los agentes culturales y sociales que mediaban entre el teatro de guerra europeo y la República Argentina. La segunda aborda la movilización de la sociedad en un sentido amplio y sus diversas polarizaciones frente al conflicto, entre las definiciones y redefiniciones de la identidad nacional.

El capítulo primero trabaja la propaganda desplegada por las potencias combatientes y sus repercusiones en el Río de la Plata. Mediante algunos medios de información como libros, periódicos, panfletos, volantes, posters, fotografías, tarjetas postales y material fílmico, entre otros, ambos bandos buscaron la movilización económica, militar y cultural en torno a la guerra. Del mismo modo, María Inés Tato sostiene que las comunidades de inmigrantes procedentes de Europa y los intelectuales locales, vinculados por afinidades culturales a cualquiera de los beligerantes, desempeñaron un papel crucial a la hora de diseñar una propaganda aceptable según los códigos culturales del país. No obstante, al tiempo que se intentaron legitimar argumentos ante la sociedad civil, las representaciones de la guerra fueron apropiadas y resignificadas localmente.

El capítulo segundo explora el papel que jugó la prensa, tomando algunos de los diarios y revistas que circulaban por el país. Recopiladas y transmitidas por agencias internacionales a los medios de todo el mundo, las noticias eran reproducidas hacia una sociedad argentina que demandaba información de la contienda. En consecuencia, los medios de comunicación fueron escenario de una batalla informativa, donde los beligerantes utilizaron a la prensa como un arma. Algunos periódicos como *Crítica* sostuvieron una defensa apasionada de la Triple Entente, mientras que *La Nación* y *La Prensa* fueron más moderados en su accionar. Asimismo, existieron iniciativas en favor de la Triple Alianza como el periódico *La Unión*, del periodista alemán Hermann Tjarks, aunque sus logros fueron escasos. El control aliado casi absoluto sobre los flujos de información provocó censura y manipulación entre las expresiones alternativas y disidentes. A pesar de todo, existió cierto margen de autonomía entre los periódicos argentinos, gracias al empleo de otros recursos informativos como los transmitidos por las agencias estadounidenses, mientras ese país fue neutral, y los que algunos corresponsales de guerra traían del frente de batalla. Al respecto, la autora se centra en los casos de Roberto J. Payró y Juan José de Soiza Reilly.

En el capítulo tercero se examina la movilización de algunas comunidades de inmigrantes, poniendo en diálogo los vínculos de sus estados de origen con los adquiridos en la nueva patria adoptiva. En el caso argentino, los ciudadanos emigrados organizaron diferentes medios de colaboración, a nivel cultural, económico y político. Difundían la causa de las naciones en guerra, despertando solidaridades y tensiones entre los diferentes actores sociales, mientras instalaban la guerra en la agenda pública local. Por otra parte, el capítulo también se ocupa de explicar cómo las comunidades de inmigrantes fueron movilizadas por sus ideas de deber cívico, prestando servicios a los ejércitos. Al comienzo se unieron militares europeos que se hallaban establecidos en la Argentina cumpliendo diferentes funciones y reservistas que se alistaban en respuesta de la movilización de sus estados. Luego acudieron voluntarios dispuestos a cruzar el Atlántico para unirse a los combatientes.

En este mismo orden de cosas se encuentra el capítulo cuatro, donde se aborda la movilización de diferentes sectores sociales locales en favor de los beligerantes. Aunque las élites fueron pioneras en la organización y distribución de la ayuda humanitaria, la movilización fue variopinta. Multitudes anónimas reunieron fondos asistenciales para viudas, huérfanos, refugiados y soldados heridos. De igual modo, algunos se involucraron personalmente en la contienda, sirviendo como médicos o enfermeros en las instituciones humanitarias internacionales. El análisis de los documentos le permite a la autora afirmar que en la Argentina fue escasa la colaboración de carácter general, como la iniciada por la Cruz Roja Argentina en beneficio de las víctimas de la guerra con independencia del bando beligerante. Al contrario, predominó la ayuda y cooperación basada en la identificación con la causa de uno de los bandos beligerantes, siendo la Triple Entente la que gozó de mayor adhesión entre la sociedad argentina.

El capítulo quinto investiga la polarización en el campo cultural y profesional, a través de los argumentos en favor de uno u otro bando, aunque no faltaron los que también defendieron el pacifismo. En los círculos literarios y artísticos fue preponderante la francofilia, mientras que la germanización fue más fuerte en el ejército y en las esferas del derecho, la medicina, las ciencias naturales y las ciencias exactas. Por otra parte, mientras que los intelectuales europeos habían sido movilizados por las pasiones nacionalistas impulsadas por sus estados, sus pares argentinos gozaron de cierto margen de autonomía para esbozar sus ideas. Asimismo, la autora sostiene que, a pesar de la polarización, existió un consenso general en defensa de la neutralidad durante los primeros años del conflicto.

El capítulo sexto analiza el año 1917 y el quiebre del consenso de la neutralidad. Algunos acontecimientos como la Revolución Rusa, la guerra submarina irrestricta y la participación de los Estados Unidos en la contienda provocaron un corte profundo, que tuvo repercusiones también en la Argentina. La discusión adquiere en-

tonces una fuerte carga ideológica y la sociedad civil se divide entre rupturistas y neutralistas. Para algunos, luego del hundimiento de varios buques argentinos por parte de submarinos alemanes y de las presiones diplomáticas estadounidenses en favor del panamericanismo, mantener la neutralidad, a mediados de 1917, significaba germanofilia y barbarie. Para otros, romper relaciones con el imperio alemán significaba adherirse al discurso aliadófilo que agitaba las banderas de la civilización y del progreso. Así pues, la neutralidad se incluye en el debate público y en el orden político nacional, creando un panorama excesivamente complejo. En este sentido, existió un uso político de la cuestión bélica internacional, donde la oposición encontró un nuevo recurso para atacar al presidente Hipólito Yrigoyen, partidario de sostener la más estricta neutralidad.

En resumen, al estudiar el impacto de la contienda en la esfera social, política y cultural, el trabajo de María Inés Tato pone en discusión la transnacionalización del conflicto. En efecto, las fronteras geográficas de las naciones combatientes fueron superadas por una guerra total, que movilizó las pasiones de amplios sectores sociales en lugares tan distantes como el Cono Sur. La sociedad argentina había quedado dividida entre aliadófilos y germanófilos; entre beligerantes y pacifistas; entre neutralistas y rupturistas. Así pues, las luchas y los enfrentamientos no solo se situaron en los campos de batalla europeos, por el contrario, espacios como la prensa y la opinión pública, entre otros, fueron atravesados por una verdadera trinchera austral. La auto movilización de la sociedad argentina fue el resultado de una comunidad paralela a la del estado, que no siempre coincidió en sus principios o en sus intereses. Influenciada por imágenes, estereotipos y símbolos, reapropió y resignificó muchas de las claves y consignas, que derivaron en diferentes representaciones de la identidad nacional.

Julián VADILLO MUÑOZ: *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Guadalajara, Volapük Ediciones, 2017, 332 pp., ISBN 978-84-940852-8-4

Sergio Gálvez Biesca
Iberoamerican Institute of the Hage-IIH, Países Bajos

Una historia a largo plazo del anarquismo en el antes, el durante y el después de la Revolución Rusa de 1917. Un paso adelante en la historiografía social

Entre las escasas virtudes que acapara cada efeméride se encuentra que las editoriales suelen “ponerse las pilas”. Una especie de oportunidad única para la publicación de nuevas investigaciones y/o obras clásicas de temas poco vendibles. Les adelantamos: está el patio fatal para otro tipo de iniciativas cuando al investigador o investigadora se le ocurre publicar sobre algún “temita” que no se inscribe en las modas editoriales.

Desde hace una década el interés por el centenario de la Revolución de Octubre de 1917 (R'17, en adelante) ha ido aumentando exponencialmente. Llevaba un tiempo en la agenda de historiadores, científicos sociales, e, insistentemente, editoriales. Y, en concreto, por parte de una necesitada agenda historiográfica social y obrerista, condenada al ostracismo por quienes marcan tendencia. Les ahorramos las causas y condicionantes.

2017 ha dado mucho que hablar. Desde reediciones a nuevas publicaciones. Si lo primero era esperable –y no han faltado los títulos en castellano, pero tampoco en inglés, francés, alemán (véanse aquí las diferentes reseñas por parte de *Revista de Libros*, *Babelia* o *Infolibre*... sin extendernos por otras notas publicadas en otros idiomas)– tanto o más sorprendente ha sido observar la proliferación de nuevas investigaciones acerca de un acontecimiento, desde siempre, denigrado o cuanto menos observado con todas las sospechas por parte de la academia hegemónica y dominante. En lo que respecta a las obras *ex-novo* no han salido de la nada. Proceden de largas investigaciones –sí, de esas con sujetos sometidos a un sinfín de presiones (académicas o no) y acusaciones (explícitas o no, *del tipo a dónde me va usted*) que buscan papeles en archivos todavía abiertos– que esperaban su pequeño hueco editorial.



Puede parecer poca cosa pero desde que el espesor intelectual liberal creó aquella consigna del “fin de la historia” –siempre con sus militantes *ad hoc* por interés o convicción– pareciera que la historia de la R’17 y de la URSS había sido un pequeño tropiezo en ese relato unilateral en torno a las virtudes del camino triunfante del capitalismo a nivel mundial. He aquí que el asunto ha quedado –seamos sinceros viendo la *correlación de fuerzas* que dirían los marxistas– un pelín trastocado. Sí, hubo otra historia, otras posibilidades, otras realidades.

En esta *correlación de debilidades* –dixit Manuel Vázquez Montalban– resulta que este pequeño *boom* historiográfico –en donde, no nos engañemos, mucho peso han tenido las reediciones de clásicos ahora totalmente desfasados sabiendo lo que sabemos– se han colado varias novedades inesperadas –y lo vamos a decir, desde ahora, gratamente bienvenidas–, que más allá de los contornos esperables de la reacción historiográfica obrerista-social han abarcado terrenos hasta ahora poco o nada transitados por nuestra historiografía. Sí ya lo tiene chungo la historiografía sobre el comunismo –nacional o internacional– más lo tenía la historiografía anarquista sobre la R’17. Pues sí, en un *plis plas* han aparecido en 2017 en tal línea dos libros y algunas otras aportaciones –véase, por ejemplo, Carlos Taibo, *Anarquismo y revolución rusa, 1917-1921*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017–.

Nos centramos en lo que aquí nos trae entre manos. A saber, la publicación de *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa* (Guadalajara, Volapük Ediciones, 2017), de Julián Vadillo Muñoz.

Un par de apuntes iniciales. Primero, el autor, además, de colega –algo que siempre limita de entrada una reseña – es amigo y compañero de no pocas fatigas. Entre otros detalles: compartió director de tesis –un tal Julio Aróstegui–. Vamos, *un marrón*, dicho en términos coloquiales. Sí, de esos que de vez en cuando a uno le caen y decide (o no) afrontar con todas las consecuencias. Puesto a la tarea les puedo confirmar que el aquí firmante ha aprendido mucho –en cantidad y calidad– sobre un asunto del que algo había oído. Afirmamos lo anterior por si alguien espera una reseña de un especialista en historiografía libertaria sobre la Revolución Rusa de 1917. No lo esperen. Tampoco creemos que abunden, aunque hay sobresalientes como contadas excepciones. El asunto se complica más ya que el citado libro no empieza ni termina en 1917, sino que como bien se recalca desde sus primeras páginas rastrea la historia del anarquismo desde mediados del siglo XIX hasta los primeros compases de la R’17. Y va más allá. En otras palabras, un producto historiográfico poco común pero necesario en estos tiempos en donde lo concreto y lo cerrado suele ser norma común. Me entenderán los lectores que hayan aguantando esta *chapa* hasta aquí: Vadillo, colega, amigo, compañero de ciertas desventuras, estoy convencido que comprenderá el siguiente balance crítico. Efectivamente, se trata de una obra necesaria y rigurosa, bien

escrita, pero de la que también conviene realizar una serie de lecturas sobre la forma de enfocar tal escrito.

Querido sufrido lector: podríamos terminar aquí, pero va a ser que no. Es lo que tiene leerse un libro de arriba abajo y respetar un trabajo de cientos de horas para despacharse el asunto con esta u otra generalidad. Lo que viene a ser cumplir con el trámite. Dicho lo anterior, queremos dejar constancia fehaciente de lo siguiente: que todavía una obra de estas características uno se la tenga que encontrar en una editorial pequeña retrata el actual mercado de la edición en castellano.

A lo concreto: no esperen un tocho. Ni menos notas a pie de página. Ni una. Ni para recordar a familiares, congéneres y demás allegados que se han comido los sinsabores del libro. Nos movemos por otro tipo de literatura. De esa que llaman de divulgación pero sin perder capacidad crítica. ¿Se agradece o no? El propio Vadillo lo explica en la *Introducción*: «el objetivo ha sido mostrar esta historia de forma divulgativa. En muchas ocasiones nuestras investigaciones históricas se complican en textos con infinidad de notas a pie de página que hacen que la lectura sea poco ágil y muy densa [...]. Distinguiendo la simplificación de lo simple, se ha querido plasmar un texto que acerque a todo el mundo que le interesa la historia del anarquismo en la Revolución rusa» (p. 15). Ahora bien, como estamos ante una reseña para una revista académica solicitaríamos, a los potenciales lectores, que empiecen por el fin, por el *estado de la cuestión* que figura a modo de último capítulo. Allí se da cuenta de las principales referencias bibliográficas, pero también de la metodología de la investigación. En lo que se refiere a los archivos se constata cómo se ha procedido a un vaciamiento de los principales centros especializados de Francia, Rusia y Estados Unidos –aunque sea de una forma provisional y parcial–, y que refleja, a su vez, los principales lugares en donde los anarquistas tuvieron una mayor presencia. Tanto en el interior de la R'17 como una vez en el exilio. Pese a la abundante bibliografía que maneja el autor se hace evidente que estamos ante un estado de la cuestión envejecido y casi siempre circunscrito a pequeñas editoriales. Como resume el propio Vadillo: «la historia del anarquismo en Rusia aún está por hacer» (p. 316).

Desde el primer capítulo hasta el último coexisten tres cuestiones sobre las que conviene aproximarse desde una mirada crítica. De entrada, insiste Vadillo en la idea del “silencio” –y no es un mero recurso sino una realidad historiográfica– sobre el papel de los anarquistas en el antes, el durante y el después de la R'17. Hasta aquí de acuerdo, aunque el *recurso del silencio* puede ser aprovechado por más de uno para las acusaciones facilonas. No obstante, hay una tensión permanente en todo el texto acerca de toda una serie de aspectos que, en ocasiones, no son abordados lo suficientemente. Primero, ¿cuál fue el peso de los anarquistas en el cómputo global de la R'17? Si bien es cierto que se trata de una historia desconocida –y en donde se ha de evaluar

hasta qué punto se ha silenciando total o parcialmente— se tiene la impresión de que se tiende a una *ligera* sobrevaloración de su papel real. Probablemente aquí estemos ante el meollo del asunto. ¿Fue realmente el anarquismo una “fuerza alternativa” frente al camino emprendido por la revolución socialista? Entre el “silencio” y la “sobrevaloración” hay todo un conjunto de tonalidades grises que no quedan del todo aclaradas, pese al intento del autor de mantener una distancia con los hechos narrados. Segunda cuestión: es de sobra conocido que la historia del anarquismo, dentro o fuera de la URSS, constituye el relato de un conjunto de derrotas sobre derrotas, represión y exilio. Nada nuevo. En paralelo, y a pesar de que se esbozan buena parte de los principales debates historiográficos tanto en su momento como tiempo después —no obstante, otros tantos ni siquiera se exponen, pese a las nuevas referencias que se tienen desde hace al menos dos décadas para la historia del comunismo— de vez en cuando se tiene la impresión de asistir a un relato basado en *malos* y *buenos*. Por un lado los soviets comunistas —bajo el control del Partido—, por otro las iniciativas y epopeyas de los anarquistas. Es como si la eterna pregunta de parte de una historiografía militante siempre estuviera presente: ¿quién llevaba la razón por más que los “nuestros” no ganaran? La tercera cuestión no es menos relevante y nos conduce a otros tipos de debates todavía presentes: más allá de gestas, de errores, de infortunios propios y ajenos, se termina representando al poder bolchevique como una fuerza hegemónica —en la mayor parte de los casos— rápidamente burocratizada que desestimó seguir avanzando en la construcción del socialismo soviético en términos revolucionarios. Y aquí sí se echa de menos la densa bibliografía sobre los intensos debates dentro del PCUS o en los propios soviets entre 1917 a 1937. ¿Fue así? El asunto es complejo, y en ningún caso puede someterse a una mera simplificación. Nos encontramos probablemente ante la principal carencia de esta obra. Lenin, Trotsky y hasta Stalin —quienes aparecen a lo largo de la obra en varias ocasiones— son presentados como actores centrales pero, al mismo tiempo, como prácticamente ejecutores únicos de una revolución bastante más compleja en sus interioridades. Frente a todo lo anterior, sí existe un elemento bastante bien perfilado y que se vincula a otro debate historiográfico, prácticamente inabarcable pero del que, en esta ocasión, sí se ofrecen pistas concluyentes: los efectos del terrorismo anarquista. La llamada *acción directa*.

Presentando el cuadro anterior, lo que el lector se encontrará será una historia política, socio-cultural y de las ideas que intenta —y lo consigue en la mayor parte de los epígrafes— transmitir de forma solvente el papel de los anarquistas en la R'17 y mucho antes. Inmensa es la cantidad de fuentes primarias y bibliográficas empleadas. Además, se agradece —y es poco usual, casi siempre por poco espacio y en detrimento de otros detalles— que el autor refleje las tensiones ideológicas y los debates doctrinarios que se produjeron. No faltan citas de autoridad. Las mismas ayudan a reflejar las

fortalezas y debilidades de una historia del anarquismo como potencial sujeto histórico protagonista de lo que pudo ser y no fue por multitud de vicisitudes.

Empezamos por el principio, pero si quieren pueden dar por finiquita esta reseña, en tanto, se intenta amagar, en adelante, con una síntesis del libro. Constituye un acierto la inicial presentación de las biografías de Bakunin y Kropotkin. Puro reflejo de lo que fue el anarquismo tanto en su vertiente teórica como práctica. En concreto, en la segunda de las biografías se aportan datos realmente nuevos e interesantes. Con todo, es a partir del II Capítulo cuando el libro cobra intensidad. El mismo abarca la historia del anarquismo y su papel en la Revolución de 1905. La perspectiva que a corto-medio plazo proporciona Vadillo resulta enormemente ilustrativa para hacerse una idea de los sujetos actuantes en aquel proyecto fracasado en una primera tanda.

El sempiterno dilema se traza en el Capítulo III: los límites de la revolución y las sinergias de los numerosos grupos políticos que confluyeron en 1905. Coyuntura en la que el papel de Gaston es fundamental. Ahí están reflejadas la lógica de la acción-terrorismo-represión, las tensiones en el seno del anarquismo ruso y todo el contexto internacional que le rodeó. Junto con el debate sobre el papel del sindicalismo, se plantea uno de los factores esenciales de esta historia: la permanente división entre los diferentes grupos anarquistas sobre el *qué hacer*. Ideas, propuestas y fracciones-divisiones son retratadas de forma magistral. Lo señala el autor: «La Revolución de 1905 significó el inicio del desarrollo del anarquismo en Rusia. Sus posiciones fueron distintas. Su conexión fue deficiente» (p. 103). Y la historia de siempre: represión. Aspecto sobre el que versa el Capítulo IV de forma más detenida. Entretanto, se nos aparecen nombres y más nombres fundamentales como los de Volin o Goldman, y otros tantos, con sus publicaciones y la diversidad de opiniones tanto frente a la I Guerra Mundial como ante los primeros pasos de la R'17 y su actividad en el exilio. Justamente en esta misma etapa, la que media entre 1914 a 1917, el libro esboza las fuertes contradicciones por las que atravesó el propio movimiento libertario en un momento en que el conflicto de ideas resultó fundamental para, inclusive, su propia supervivencia. No sin afirmaciones fuertes y/o tajantes: «El anarquismo, a pesar de los inconvenientes de la represión, el exilio y la dificultad para extender sus estructuras en el interior del país, se perfilaba como una de las alternativas que se pondrían en liza con el movimiento revolucionario» (p. 130).

A partir de este mismo punto es donde el libro ofrece las mayores novedades en términos historiográficos, lo que nos posibilita leer la R'17 bajo otras coordenadas mucho más enriquecedoras. Por un lado, nos explicita buena parte de los puntos básicos de las causas del triunfo de la revolución bolchevique y, por otro, aporta numerosos factores explicativos en torno a las limitaciones del movimiento anarquista en tal proceso histórico. Una visión dual desde la publicación de las *Tesis de abril* de Lenin hasta

la toma del poder por parte de los bolcheviques. Cómo y de qué manera se asistió y se participó en tal proceso –con sus correspondientes alternativas por parte del movimiento libertario– constituye otro de sus aspectos más subrayables. Se ofrecen hechos y datos hasta ahora desconocidos sobre tales movimientos que, a la par que ayudan a complejizar el relato sobre la R'17, no terminan por concretarse con el suficiente detalle, incidiendo específicamente en la potencial influencia de *Golos Trudá*, mientras que otros aspectos quedan menos aclarados para sustanciar el relato de las primeras críticas desde dentro de la R'17. Sin duda, las lecturas y críticas acerca de la firma del Pacto de Brest-Litovsk resultaron claves en este tiempo. De lo que no cabe vacilación alguna es de que los anarquistas –a través de diferentes *conferencias y publicaciones*– intentaron maximizar los límites de la revolución capitaneada por Lenin. Uno debe estar atento a los factores históricos expuestos para ser consciente de lo que se llegó a jugar. También aquí se encuentra una de las primeras y más sustanciadas críticas sobre el nacimiento del concepto de “capitalismo de Estado”.

El *qué hacer* del anarquismo ruso se puso a prueba otra vez durante la Guerra Civil rusa (1917-1923), y nuevamente ideas, debates y críticas subsumieron a tal movimiento entre la colaboración y crítica. Tiempos difíciles que el autor plantea de forma eficaz. Un largo como intenso tiempo en donde la propia *guerra* terminó mezclándose y confundándose con pasos para adelante y para atrás por parte de la R'17, y que siempre tuvieron el mismo final: la represión del movimiento anarquista.

Pero esta historia no termina aquí. Abarca casi la segunda mitad del libro. Llega el momento de las “epopeyas”. No más de 3-5 años. Momento spoiler: estamos en las de siempre. Luchas, sacrificios y estrategias mal entendidas y peor planteadas que, de una u otra forma, se llevaron por delante a uno de los sujetos que estuvieron presentes en la R'17 –fundamental o no es otro debate– al modo usual. La obra, de hecho, desde ese momento describe no tanto las contradicciones de la futura URSS, sino las alternativas que se presentaron frente al poder bolchevique en aquel tiempo. Sin embargo, que fueran derrotadas no significa que, en su momento histórico, no llegaran a albergar una potencialidad considerable. El mejor ejemplo lo constituye el Capítulo VI cuando se retrata la “epopeya majnovista”. Por enésima vez el autor lo clava al principio: «la Revolución Rusa fue un laboratorio de ideas y de prácticas revolucionarias que servirá de referente para el movimiento revolucionario internacional» (p. 177). Lo que señala, a continuación, no es baladí, y debería ser mejor observado por los estudiosos del comunismo internacional: Ucrania, Guerra Civil rusa y Majnó. Resistencia y heroísmo frente a los invasores. Lo que comúnmente se conoce como el “majnovismo”. Y, de nuevo, nos encontramos, de entrada, con dos biografías imprescindibles pero tan opuestas entre sí: la del propio Majnó y la de Archivov. En este caso, se analizan los intentos de la invasión austro-alemana en el invierno de 1918 de Ucrania y las fuerzas

realmente existentes antes que resistentes. Los bolcheviques aparecen retratados como lo que eran: una fuerza predominante en lo político pero inferior numéricamente y peor organizadas en términos militares. Lo que acontece entre 1918 y 1921 trasvasa la propia Guerra Civil rusa para adentrarse de nuevo en un relato sobre las disputas de los movimientos anarquistas –y estamos simplificando en exceso– y el Ejército Rojo en formación. El final es predecible. Empero, el relato de Vadillo establece toda una serie de puntos de reflexión y de interés historiográfico de cara a explicar los complejos entramados de la consolidación de la R'17. Con otro añadido: se aproxima a las principales debilidades del anarquismo ruso e internacional. Junto con la *eterna* división interna, los *interminables* debates, se constata en este y otros capítulos la ausencia crónica de cuadros teóricos. Es decir, de una estructura y organización lo suficientemente asentadas de cara a haber dado las respuestas necesarias frente a los numerosos desafíos que se le presentaron.

Vamos concluyendo. Nos internamos por uno de los últimos capítulos del libro. Capítulo VIII. Aflora el nombre de Kronstadt pero bajo otros ejes. Para empezar nos situamos en el año 1921. El mito del lugar es evidente. La fecha no tanto. Sea como fuere el asunto acabó recabando la mayor de las atenciones del mismísimo Lenin. Textualmente se afirma: «Para Lenin, la revuelta de Kronstadt no era una más. Era una revuelta de la izquierda. Una revuelta que ponía en duda algunos de los principios establecidos por los bolcheviques» (p. 243). La cosa de la *revolución* no estaba, ni mucho menos, asegurada. Son 50 páginas del libro que han de leerse con atención y, por descontando, sin sectarismo. Aquí no se trata de unos *muy malos* frente a otros *muy buenos*, sino de un problema interno –y gravísimo, añadimos– que hubo de afrontar la R'17 y que, en parte, tuvo por protagonistas a los anarquistas. Lo que, además, introduce elementos poco tenidos en cuenta a la hora de configurar un posible relato consensuado sobre la Revolución. No obstante, de ahí al camino al exilio, la represión y las purgas medió un pequeño abismo bastante más conocido y difundido y que, ni más ni menos, terminó en 1991 con la desaparición de la URSS.

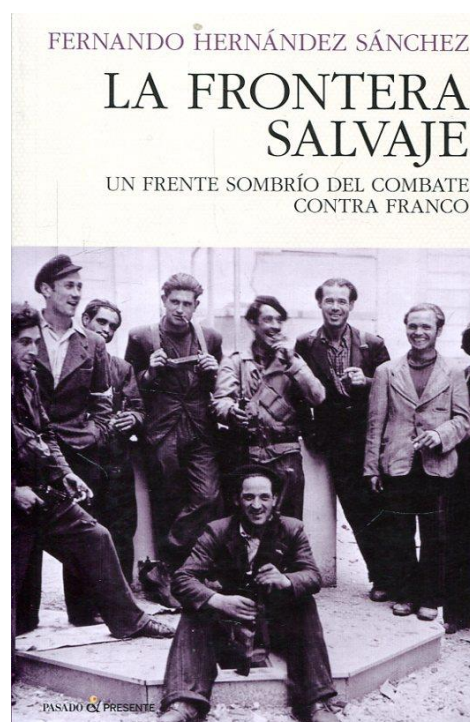
Cerramos esta reseña con la sensación de ni siquiera haber entrado en lo sustancial del libro. No se tratan aquí de detalles y/o generalidades. Nos dejamos nombres, datos y otros acontecimientos por el camino tanto o más relevantes. Por lo demás, *Por el pan, la tierra y la libertad* tiene una virtud poco usual: identificarse con muchos de los personajes que allí aparecen. El autor transmite dicha historia con un ingrediente que hoy se echa mucho de menos: un compromiso y cariño con lo que se escribe más allá de las obligaciones académicas. Convencidos estamos que si han llegado hasta aquí, no nos queda otra que invitarles a leer el libro: sin apriorismos y con menos imágenes comunes. No se lo piensen. Dedíquenle su tiempo y sobre todo aprendan de su lectura.

Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018, 541 pp., ISBN: 978-84-948208-2-3.

Josep Alcina Albors

Ganaron una batalla, pero no ganaron la guerra

«¡A por Franco!», «¡A por Falange!», «¡Ahora con las armas a combatir en España!» Estas eran las consignas que gritaban todos aquellos guerrilleros y refugiados españoles que habían sido testigos y habían participado en la derrota y consiguiente expulsión de las tropas alemanas del territorio francés. Eran tiempos de alegría e ilusión. Para los españoles no se trataba únicamente de luchar contra la invasión alemana, ni contra Hitler. Su lucha había empezado en 1936 y era contra el fascismo, allá donde estuviera, y por tanto su próximo objetivo estaba claro: liberar España. El paradigma nacional, más que antifascista, que llevaría a los aliados a luchar contra Hitler y el nuevo orden internacional surgido de la guerra haría que las esperanzas de los refugiados y guerrilleros españoles no tardaran mucho en desaparecer. Imágenes como las de *La Nueve* desfilando por París no se harían realidad en las calles de Madrid.



Tras la liberación la situación en Francia había cambiado totalmente y los que hasta hace unos meses eran los héroes de la resistencia pasarían a ser unos huéspedes incómodos que volvían a ser vistos como extranjeros tanto por la población francesa como por su gobierno. Los españoles, que aunque integrados en las filas de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) habían sabido mantener su propia personalidad, tenían sus propios objetivos, y muy pronto, antes incluso de que finalizara la contienda mundial, fijarían su mirada en España, lo que supondría un grave problema tanto para el gobierno francés como para el español. El gobierno franquista había mantenido desde el final de la guerra civil una presión constante contra la resistencia en el interior del país y contra los exiliados, en un intento de desarticular sus organizaciones fuera del territorio español. Pero ahora, a finales de 1944, se encontraba con que tenía en su

frontera a miles de republicanos curtidos en la lucha contra los nazis y bien armados dispuestos a penetrar en territorio español. Por otro lado, Francia se encontraba impotente a la hora de controlar a estos mismos republicanos e imponer un control efectivo sobre la frontera con España, ya que en estos momentos, como el libro indica, se había convertido en una frontera salvaje. Guerrilleros, contrabandistas, inmigrantes, refugiados, nazis en fuga y todo tipo de colaboracionistas que huían de la justicia de los aliados cruzaban la frontera a diario sin que nadie pudiera evitarlo. Este contexto benefició en un primer momento tanto a los guerrilleros republicanos como a los Servicios de Seguridad franquista, que en estos momentos contaban con una gran ayuda de la inteligencia militar nazi, y el escenario fue aprovechado para infiltrar a sus propios agentes en las redes de la resistencia haciéndolos pasar como refugiados.

Pero a mediados de 1945, con el fin de la guerra se iba perfilando un nuevo panorama político. Los resistentes españoles habían sido formalmente desmovilizados, y progresivamente el gobierno había ido recuperando el control de los pasos fronterizos. Este nuevo panorama político supuso un nuevo obstáculo para las esperanzas del exilio español, y especialmente para los comunistas, en un momento donde los recuerdos de la guerra mundial se iban difuminando rápidamente. La hostilidad hacia los españoles creció y las actitudes racistas hacia ellos se hicieron cada vez más evidentes. Calificados como personas con «poco gusto por el Trabajo», los franceses veían con malos ojos su continua movilización política y magnificaron los episodios violentos en los que participaron los españoles.

Desde el estado, por otro lado, la principal preocupación respecto de los españoles se centraba en su importante militancia política y su presencia en sindicatos, lo cual vino agudizado por las huelgas que entre 1947 y 1948 movilizaron a gran parte de los trabajadores franceses. Además, había que sumar a todo ello la actitud vigilante – llegando a paranoica en ciertos casos– del gobierno francés, que veía en el comunismo una quinta columna al Servicio de la Unión Soviética, cuyo fin sería destruir el capitalismo en Francia y someter al país a los dictados de Moscú. Ante esta situación, el gobierno francés decidió hacer frente al peligro comunista atacando su elemento más débil. Tras la operación *Bolero-Paprika*, la expulsión de los principales dirigentes del PCE y la ilegalización del partido por parte del Estado francés daría el golpe final a un partido que había ido a menos en los últimos años y que tuvo que afrontar un proceso de reorganización en una situación de clandestinidad.

A grandes rasgos este es el contexto en el que se enmarca *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)* de Fernando Hernández Sánchez. En este libro el historiador sigue en cierto modo la investigación iniciada en su anterior obra, *Los años de plomo: La reconstrucción del PCE (1939-1953)*, con nueva información y haciendo un mayor énfasis esta vez en la vertiente clandestina de los guerrille-

ros y del PCE. Para ello se basa en su gran mayoría en la utilización de fuentes primarias, gran parte de ellas inéditas o desconocidas en la historiografía española. Provenientes de archivos como los de *Toulouse*, Tarbes y Perpiñán en Francia o los de la OSS estadounidense, consigue reconstruir de forma excelente la situación en la que se encontraban el *Midi* francés y el PCE entre 1944 y 1950. En este caso, cabe destacar que el autor consigue ir más allá de la simple descripción y enumeración de hechos concretos, anécdotas o personajes que suele ser habitual en los libros con gran cantidad de fuentes primarias, y a partir de estas elabora toda una red que permite al lector crearse una visión general del periodo en cuestión. Con todo ello, se nos cuenta en qué situación se encontraron los miles de refugiados y guerrilleros españoles y todos aquellos problemas a los que tuvieron que hacer frente en la nueva Francia de posguerra, mostrando al mismo tiempo cómo sus acciones se enmarcan dentro de un contexto tanto nacional como internacional.

Aunque con un marco cronológico relativamente estrecho de solo seis años, la cantidad de temas que encontramos tratados en el libro es enormemente amplia y todas y cada una de ellas darían para otro centenar de páginas. Podemos destacar entre ellos la reflexión ante el supuesto fracaso de la invasión del Valle de Arán, su contextualización y la importancia que este tuvo para el régimen a nivel psicológico; la ferviente voluntad y decisión de los resistentes españoles de continuar la lucha a pesar de los obstáculos del gobierno francés; la particular discriminación hacia los refugiados españoles, que iba más allá de cuestiones nacionales y tenía bastante de política; o la evolución de las relaciones franco-españolas, retratadas perfectamente a través de la correspondencia oficial o los informes internos de la policía, donde quien en 1944 era un conocido agente español colaborador con los nazis pasa a ser tratado de *Monsieur*. Todos estos temas nos permiten ir más allá de una simple historia de la guerrilla para hablar de historia política y social, y evidencian hechos que desbordan mucho la condición de fuente para proponer interpretaciones en toda regla.

Por otro lado, cabe destacar la interconexión que hay entre cada uno de los temas tratados en el libro y el contexto de las relaciones internacionales al calor de la situación política. Así pues, el desarrollo de los hechos que aquí se tratan no son solo fruto de la relación bilateral entre dos países. En un contexto de transformación donde se comenzaban a apreciar las primeras sombras de lo que sería la guerra fría es sin duda destacable el tratamiento que se realiza de la situación a nivel internacional. Es por tanto de agradecer que el foco se amplíe más allá del *Midi*, ya que sin tratar cuestiones como la estrecha relación en materia de inteligencia entre España y la Alemania nazi, los acuerdos económicos entre España y la Unión Soviética, el clima anticomunista de auténtica paranoia en muchos casos que se vivió en los países del oeste o el reparto del continente en zonas de influencia es difícil entender en toda su magnitud el porqué de

la suerte de los exiliados republicanos y sus organizaciones en la Francia de posguerra. Así, los republicanos españoles volvían a ser otra vez víctimas de la situación internacional y de la decisión pragmática de las grandes potencias de mantener a un régimen como el español, que aunque incómodo, no era su principal preocupación.

En resumen, nos encontramos ante una historia de lucha antifascista, de decidida movilización política y sindical, pero también de xenofobia, paranoia, represión y desencanto. Se trata de una obra necesaria e imprescindible que desde diferentes perspectivas viene a llenar cierto vacío en la historiografía española respecto al exilio español y la situación a la que debió hacer frente durante sus dos posguerras. Pero también abre nuevos campos de estudio y evidencia que aún hay mucho por descubrir, estudiar e investigar. Por desgracia, la enorme dificultad o total imposibilidad de acceder a muchos de los archivos españoles impide la tarea de analizar ciertos episodios de nuestro pasado que por su naturaleza clandestina y confidencial solo puede ser reconstruida a partir del trabajo archivístico, y más si tenemos en cuenta el inexorable paso del tiempo, que va privando a los investigadores del testimonio de unos protagonistas que durante tanto tiempo fueron olvidados u ocultados. Por tanto, *La frontera salvaje* reivindica la utilización de fuentes primarias pero al mismo tiempo consigue superarlas y construir a partir de teselas un enorme mosaico que nos muestra la tenacidad y el espíritu de lucha de aquellos que combatieron a Franco y al fascismo.

Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, 428 pp., ISBN: 978-84-9181-290-6

Javier Ortiz Lerín
Universidad de Córdoba

El perfil psicológico de la barbarie

El teatro de operaciones del Este fue trascendental en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. No sólo por sus abrumadoras cifras en los aspectos militar, económico, territorial y humano, sino también porque se trataba de un escenario en el que la experiencia de lo bélico se transformaba cualitativamente frente a lo que había sido antes. La magnitud de la barbarie, la irracional deshumanización del otro y la concepción de una guerra de exterminio total, entre otros muchos factores, terminaron por fraguar una cosmovisión enfermiza entre quienes combatieron allí. Una cosmovisión de violencia desmedida y normalizada, ausencia absoluta de valor de la vida humana y permanente coqueteo con los límites del colapso moral. Aún hoy, lo que pasó por la cabeza de aquellas personas resulta un complejísimo objeto de estudio para la historia militar.



Por eso la obra de Núñez Seixas resulta tan interesante. En *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)* encontramos una revisión de su *Imperios de muerte: la guerra germano-soviética, 1941-1945* publicado en 2007. Se añade a esta primera versión un nuevo capítulo, cincuenta páginas y multitud de fuentes y bibliografía que amplían, matizan y permiten revisar en mayor profundidad unos planteamientos que, en sí, no cambian de una edición a otra.

Y es que, al margen de la introducción de nuevos temas hacia el final del volumen, la premisa principal de la obra sigue intacta: por un lado, llevar a cabo una síntesis de los acontecimientos desde el pistoletazo de salida de la Operación Barbarroja y hasta la caída de Berlín, asequible para cualquier tipo de lector y con un evidente ánimo divulgativo; por otro lado, profundizar en las complejidades de la historia de las mentalidades, la historia cultural y la psicología social a la busca de un relato de la experiencia colectiva de los hombres y mujeres que vivieron el conflicto. Es en este último apartado donde la obra cobra un mayor interés, qué duda cabe, y también donde puede apreciarse la maestría con la que se ha interrelacionado en su discurso la

narración positivista clásica, la gran política, con los capítulos dedicados íntegramente al desarrollo de los preceptos de la llamada Nueva Historia Militar.

Es significativo a este respecto que el primer capítulo del libro, a modo de preludeo de lo que se avecina, se inicie con un epígrafe respecto a la imagen que se tenía de la URSS en la Alemania de entreguerras y los temores que la prensa y los partidos políticos volcaban sobre la opinión pública. Este tema, el modo en que el discurso de la prensa y el aparato ideológico y propagandístico estatal moldearían el imaginario colectivo de los pueblos a modo de preparación para el sacrificio que se esperaba de ellos, seguirá presente a lo largo de buena parte de la obra.

El desarrollo de la campaña militar oriental se circunscribe a los apartados pares. De este modo, el segundo se dedica a la ofensiva alemana hasta su llegada a las puertas de Moscú; el cuarto pone el foco en las tres grandes batallas de Leningrado, Stalingrado y Kursk como momentos clave en la basculación del equilibrio de fuerzas; por último, el sexto se centra en la ofensiva soviética hasta su llegada a Berlín. Por supuesto no se trata de compartimentos estancos, y el hueco para tratar aspectos relacionados con la vida cotidiana y la psicología de combatientes y civiles surge a menudo en sus epígrafes, del mismo modo que los acontecimientos estrictamente militares también se explicitan en los demás capítulos para contextualizar el tema en cuestión.

Son estos últimos apartados, los impares, los que contienen el grueso de la obra —el tercero ya suma más de cien de las trescientas ochenta páginas que conforman el texto— y hacen las veces de elemento diferenciador con otros estudios al respecto. Es en ellos donde el discurso se aparta de los altos vuelos sobre el campo de batalla y baja al barro, al soldado de a pie, su circunstancia y su mentalidad durante el transcurso del conflicto.

De entre ellos el más llamativo por su extensión y profundidad, al que ya hemos aludido, es el dedicado fundamentalmente a la tropa del *Ostheer*. Personas de quienes se esboza un retrato colectivo profundo, tratando de comprender el porqué de una conducta brutal y marcadamente diferenciada de la que tuvieron en la ocupación del Oeste europeo. La distribución de efectivos llevada a cabo por los mandos en función de su lugar de origen y las consecuentes dinámicas de comportamiento de grupo que esto tendría, la propaganda del estado, la imagen de los eslavos que el nacionalsocialismo había inculcado en ellos, la moral de los hombres, la situación higiénica y sanitaria en el frente... Todo suma a la hora de generar y normalizar un clima de hostilidad y violencia hacia el enemigo y hacia la población sometida como no había ocurrido en otras campañas. Visto esto, el trato a los judíos soviéticos y a los prisioneros de guerra, que a continuación es analizado, se entiende en parte como resultado de una brutal maquinaria de ocupación conformada por hombres alienados y fomentada desde las altas esferas del poder alemán.

No se queda atrás el capítulo centrado en quienes vivieron el conflicto desde el lado ruso. De nuevo, serán muchos los factores a estudiar al respecto de las causas del comportamiento de los soldados soviéticos y su percepción por parte de sus enemigos. Se plantearán aquí muchos tópicos. En primer lugar el terror infundido por unas instituciones estatales tiránicas, bien encarnadas por la represión del NKVD; pese a lo ex-

tendido y real que resultó, posiblemente no fue tan generalizado como en ocasiones se ha querido hacer ver y no explicaría por sí solo la imagen del fiero y disciplinado combatiente ruso que relatan muchos testimonios alemanes. También se pone sobre la mesa para su análisis el lugar común de esa mentalidad rusa que se imagina forjada en el fatalismo romántico y preparada, cuasi adoctrinada, para el sacrificio personal; sin embargo, difícilmente supondría el elemento clave para entender la actitud del soldado soviético en combate. Más interesante resulta el modo en que se profundiza en el tema de la propaganda nacionalista desde el Kremlin y su efecto real en la juventud soviética. Se trataría de la construcción de un espíritu patriótico, confeccionado a partir de mensajes milimétricamente diseñados para una respuesta emocional y sincera. Mediante ella se llegaría a espolpear a los jóvenes soldados de un modo difícilmente imaginable en un clima de sobreexposición publicitaria como el actual. Sus efectos en la forma de pensar de la tropa se recogen en múltiples ejemplos, desde mensajes estatales íntegramente reproducidos a reacciones frente a ellos extraídas de correspondencia privada y que resultan francamente llamativas.

Sin embargo es el último apartado de la obra el que, por sí solo, justifica la reedición de *Imperios de muerte* y la añadidura del subtítulo, *Historia y memoria de la guerra germano-soviética*. Este capítulo, ausente en el volumen original, trata en profundidad la memoria del conflicto en la cultura de los diferentes estados participantes; especialmente en Alemania y Rusia pero también en Europa del Este, Finlandia, España e Italia. El debate sobre la tan traída limpieza de la Wehrmacht, ya anticipado al comienzo del libro, se desarrolla aquí desde un punto de vista diferente: la construcción del mito, con matices diferenciadores para las dos alemanias. Así, como un relato nacido en la intimidad de los núcleos familiares y hasta acabar convertido en una suerte de postura nacional al respecto, el desconocimiento de la Shoah y la tragedia del soldado ignorante que cumplía órdenes de superiores monstruosos terminarán por tornarse parte, a lo largo de las décadas de los cincuenta y los sesenta, de la versión oficiosa de la guerra.

Casi como un reflejo invertido de esta manera de interpretar el pasado reciente se muestra el caso ruso, y la visión de la Gran Guerra Patria como un hito en la fundación de la Rusia moderna. A lo largo de la historia de la URSS y de la actual Federación Rusa el protagonismo de Stalin en la expulsión del invasor germano variará, como también la importancia de esta guerra en la propia mitología del estado —llegando a afirmarse que durante el gobierno de Breznev fue más relevante la celebración de la victoria en la Segunda Guerra Mundial que la de la Revolución de Octubre, por ejemplo—. Sólo en la segunda mitad de los ochenta, merced al glasnost y a la Perestroika, y a lo largo de la década de los noventa, parecen introducirse en el relato público respecto a la contienda los puntos más oscuros de la participación soviética: desde las secciones especiales del NKVD al colaboracionismo. No obstante, volverán a desaparecer de la narrativa oficial con el retorno del poder al discurso nacionalista ruso, en este caso a manos de Vladimir Putin.

Más simplificado resulta el análisis de la encrucijada memorialística en el resto de participantes en el Frente Oriental. La situación en los países del antiguo Bloque del Este se trata de manera conjunta: aquí se manifiesta el problema de tratar de con-

jugar, no sin dificultades, la reivindicación de los movimientos partisanos y de resistencia a la ocupación nazi con la oposición a la invasión soviética, en ocasiones equiparándolas, y siempre a la busca de referentes locales alrededor de los que articular una exégesis en clave nacional. En el caso finés se hace referencia a la particular tibieza con que se ha juzgado siempre la participación propia en la Segunda Guerra Mundial. Durante décadas, la alianza con Alemania se entendería allí como algo circunstancial, enmarcado dentro de su Guerra de Continuación, y que no resultaría objeto de una enconada crítica por parte de la opinión pública hasta llegado el siglo XXI. Los casos español e italiano parecen compartir características generales, como son la carga de todas las culpas sobre el aliado alemán, la idealización de sus soldados como aventureros anticomunistas y benignos con los pueblos ocupados y, por supuesto, el total desconocimiento con respecto del Holocausto.

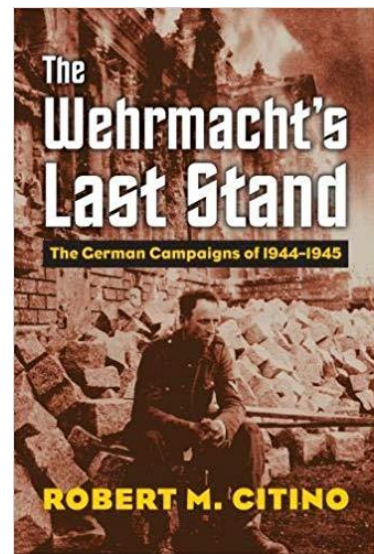
La memoria, la reconciliación, la asunción de los errores del pasado reciente y la reflexión sobre el papel que todo esto debe jugar en la construcción de nuestras identidades nacionales son cuestiones indisolublemente ligadas al estudio de la historia más contemporánea. Máxime en tanto que poseen un valor real e inmediato en las sociedades actuales, siendo en ese aspecto el caso español un ejemplo paradigmático. Por eso el valor social de la obra de Núñez Seixas es innegable. Y por eso no serviría a la misma función si no se tratase de un texto que es a la vez llano y rico en contenido, accesible y con la vista siempre puesta en un lector generalista. Es a dicho público a quien este libro, especialmente a través de su análisis de la memoria histórica del conflicto, puede ayudar a desmontar tópicos, encontrar respuestas y abrir nuevos debates.

Robert CITINO: *The Wehrmacht's Last Stand: The German Campaigns of 1944-1945*, Lawrence, University Press of Kansas, 2017, 632 pp., ISBN: 978-0700624942.

Jeff Rutherford
Wheeling Jesuit University

Tensions within the German Way of War

In the English-speaking world, Robert Citino has staked claim as the preeminent historian of the German operational approach to war. In 2005, he published *The German Way of War: From the Thirty Years' War to the Third Reich* and this was soon followed by more focused examinations of the German war effort during the Second World War in *Death of the Wehrmacht: The German Campaigns of 1942* (2007) and *The Wehrmacht Retreats: Fighting a Lost War, 1943* (2012). In all three books, Citino examines what he terms the German way of war: an aggressive *Bewegungskrieg* (or war of movement) at the operational level based on surprise, audacity, and the initiative of local commanders designed to achieve a decisive victory in the shortest amount of time. In his most recent book, *The Wehrmacht's Last Stand: The German Campaigns of 1944-1945*, Citino extends his analysis of the army's operational approach to war during its years of utter defeat and ruin. While he demonstrates that elements of it still strove for at least a limited type of *Bewegungskrieg* in 1944 and 1945, he focuses on another strand of the Prusso-German army's military culture, one that proved increasingly important in the last years of the war. By placing the issue of German resilience in 1944/45 into the army's "long wartime history of holding on grimly and fighting against the odds" (p. 15), Citino makes a contribution to one of the fundamental disputes in the historiography of the Third Reich: why did the German army stay in the field so long after it was apparent that victory was no longer possible? In place of explanations centered on Hitler himself or the troops' ideological indoctrination, Citino offers an intriguing one that emphasizes long-standing traditions in the army.



His examination of the German army's performance, however, does not exist within a vacuum. In ten chapters evenly divided between the advances of the Western

Allies and the Soviet Union, Citino analyzes the various theaters of war, from the fighting between the Dnepr River and the Carpathian Mountains, Operation Bagration, and the final campaign culminating in the Battle for Berlin in the east, to the fighting in mountains of Italy, on the beaches of Normandy, and across the plains and forests of France and Belgium in the west. He follows conventional approaches to operational history by tracking the movement of armies, corps, and divisions, as well as providing brief character sketches of numerous commanders on both sides. Citino provides judicious evaluations of the strengths and weaknesses of each of the belligerents based on a solid grounding in the relevant secondary source literature, memoirs by the leading participants and, in the case of the Germans in particular, post-war military journals. The endnotes are themselves a contribution to the literature and offer a valuable starting point for research into the latter stages of the war. Similarly to the other volumes in this series, however, there is no use of the copious German army records held in both Freiburg, Germany and Washington D.C. While this means that there is nothing new uncovered within its pages, the book is intended for a popular audience and Citino's brisk and conversational prose ensure that it will appeal to a wide readership.

Citino provides several explanations for Germany's defeat in the war. First, the German army suffered from a material and manpower disadvantage that only worsened throughout the last two years of the conflict. No matter the theater, the Germans operated at a disadvantage. In Italy, Allied superiority in artillery, air power, and, most interestingly, naval gunnery meant that German attempts to drive the Anzio bridgehead back into the sea faltered in the face of Allied steel. As Citino notes, «once again, Allied firepower was the solution to German aggression» (p. 87). In his discussion of the D-Day invasion, Citino writes that «the victory went to sheer, raw power. The Allies had finally learned to transform their wealth and industrial superiority into combat power at the front» (p. 155). In the face of the largest amphibious invasion of the war up until that point, the Germans mustered a total of three divisions on the beaches, and only one of these units could be considered fit for front-line duty. In the east, German inferiority was much more pronounced. Perhaps nowhere was this disparity starker than in the center of the eastern front in June 1944. More than 1.25 million Red Army men supported by over 6,000 tanks and some 7,000 aircraft stood opposite around 850,000 German troops – though only 486,000 were combat ready – equipped with a mere 118 tanks and 61 fighter planes. By 1944, the German army faced numerical inferiority that at times reached absurd proportions. One aspect of this decline in German power that could be examined in more detail concerns the state of the German infantry by this stage of the war. While Citino is correct to emphasize the panzer divisions' importance in stitching up German lines, these units were a clear minority within the German order of battle in 1944 and a more focused

discussion of the German infantry's plight would be useful in getting at the army's increasingly lackluster performance.

Of course, the Germans had won many of their earlier victories against larger, better-equipped enemy forces. The conquest of France in 1940, the driving of British forces back across the Egyptian frontier in 1942, and the campaigns that, respectively, pushed to the gates of Moscow and to the western bank of the Volga in 1941 and 1942; all these were achieved against significant odds. So what had changed? Citino identifies two primary factors. First, the Allies had significantly improved their military performance. While problems still arose –such as the dismal Rapido River offensive and the faltering leadership of US VI Corps' commander General John Lucas at Anzio or the hasty and poorly coordinated Soviet assault on the Seelow Heights– the Germans no longer enjoyed a massive operational or tactical superiority by 1944. By mid-1944, Operation Cobra and the subsequent Battle of Falaise demonstrated that the U.S. Army could effectively pair its overwhelming firepower with mobility, while the Red Army had acquired the necessary experience, command and control networks, and material to finally carry out the consecutive operations fundamental to its pre-war doctrine.

The second factor was the evolving approach of the German army to the war. This was due in part to the previously mentioned shortages of men and weapons, but it also resulted from a clash between those who favored a mobile war and those who advocated a more unyielding approach. At times, the German army was able to resurrect the ghosts of *Bewegungskrieg* and inflict stinging defeats on its adversaries. Citino details Erich von Manstein's smashing of the Soviet 40th Army and the securing of the line in Uman area in late January 1944, as well as Walter Model's model encirclement battle outside of Warsaw in August 1944; here four German panzer divisions totaling 288 tanks and assault guns smashed the Soviet 2nd Tank Army, destroying some 550 of its 800 tanks. The concentration of panzer divisions required for such operations, however, left other sections of the front perilously reliant on over-matched infantry divisions and in the face of such material superiority, it was clear that these victories only gained the German army temporary breathing space.

Mobile operations also became increasingly suspect in the eyes of Hitler, who viewed them as a means for his commanders to justify their retreats. In the place of officers who advocated *Bewegungskrieg* –best epitomized by Manstein– a new breed of men assumed command of armies, army groups, and even theaters who personified the combative, determined fighters demanded by Hitler. Citino identifies officers such as Albert Kesselring in Italy, Ferdinand Schörner in the Soviet Union, and Model, who as Hitler's pre-eminent fireman, commanded armies and army groups in both France and the Soviet Union, as “standers”: men «who would follow orders to defend in place

rather than constantly begging for retreat» (p. 63). These officers presided over a shift in German practice as the army reverted to operations much more reminiscent of the First World War than 1940/41; as Citino notes, *Stellungskrieg*, or static warfare, became the norm for the German army during the last two years of war. While these commanders and this strategy could not win the war for Germany, they enacted a fearful toll in both Allied and Axis lives as they forced the Americans, British, and Soviet armies to push the Germans step-by-step back into the Reich.

The German army's devolution occurred in various ways. On the battlefield, the development of the *Feste Platz*, or fortress, strategy represented a clear repudiation of *Bewegungskrieg*. Hitler declared numerous cities fortresses which were to be held at all costs, ideally tying up Allied forces in long, drawn out battles. In reality, Allied spearheads simply bypassed the German forces bottled up in the cities, meaning they could play little to no role in the fighting. Within the officer corps as a whole, fanatical loyalty to Hitler replaced operational abilities as the defining characteristic of the German leadership. This was especially true following the 20 July assassination attempt, which implicated much of the army's officer corps in the eyes of the Nazi leadership, despite the fact that, as Citino notes, there were «far too few [...] great men» within the army's leadership who were prepared to take a moral stand against Hitler (p. 215). As a result of the subsequent investigation into the plot, the officer corps became increasingly politicized. Men like Schörner, whom Citino describes as «the most enthusiastic [...] of all the Führer's minions [...] a National Socialist if ever there was one» (p. 469), climbed the ranks, combining ideological commitment, terror directed at his own men, and a ruthless determination to stay in the field, ensuring that the war would continue until Germany ceased to exist.

Citino argues that while this loyalty to Hitler –from men as diverse as Schörner and Hans von Kluge– played a very important role in the army's willingness to fight to the very end, it complemented the much longer tradition of fighting against desperate odds that existed within the Prusso-German army. He places the German war effort into the historical context of the *Totenritt* or death ride: «an order that a commander obeyed no matter how dim the prospects for success or what it was going to cost him or his men. It existed in a realm beyond rational discourse or sober reflection» (pp. 10-11). It was this imperative to fight no matter the cost that motivated the army in 1944/45. Increasingly motivated by the nebulous concepts of will and belief –two ideas that fit neatly into the larger context of National Socialist ideology– the German officer corps kept the army in the field despite all chances of victory having long ago evaporated.

Citino also acknowledges the army's complicity in crimes committed against civilians, particularly in the occupied Soviet Union, though further analysis of this

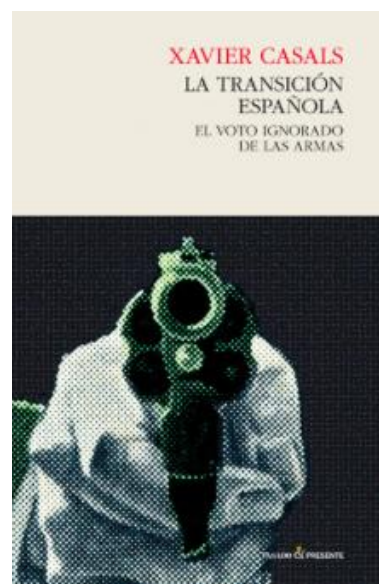
issue would be interesting to see how the army's approach to occupation in the years of defeat evolved under the leadership of the "standers". Of course, this was not the primary goal of the book and Citino has succeeded admirably in reaching his objective. Highlighting the tensions inherent within the German army, he persuasively shows that the army itself generated the necessary impulses to fight the war to the very end, destroying itself and its country in the process. By placing the army's conduct in 1944/45 into the larger continuum of the army's approach to warfare, Citino has both made a real contribution to the historiography and provided a fitting capstone to his study of the German way of war.

Xavier CASALS MESEGUER: *La Transición española. El voto ignorado de las armas*, Barcelona, Pasado & Presente, 2016, 791 pp., ISBN: 978-84-944272-6-8.

Roberto López Torrijos
Universidad de Valencia

Ni desdeñable ni espontánea: la mejor síntesis sobre la violencia política durante la transición española a la democracia

Si algo caracterizó al periodo de la historia reciente que conocemos como transición a la democracia, junto a sus consensos, sus incertidumbres y su contexto de dificultades económicas, fue la violencia política, que además coincidió con la escalada terrorista que en esa década vivía Europa. Esta violencia contribuyó a que los que la vivieron percibieran la transformación como frágil y contingente, características a las cuales fenómenos como el terrorismo, la represión y las conspiraciones desestabilizadoras coadyuvaban enormemente. Sin embargo, estas características del tránsito del franquismo al régimen democrático del 78 no siempre han dominado los estudios sobre el periodo. Antes al contrario, los enfoques predominantes han sido los del desarrollo político, resultado de la influencia apabullante del paradigma de la modernización. También es bien conocida la importancia que estas explicaciones han concedido a las elites, protagonismo que posteriormente ha sido algo matizado por aportaciones complementarias, las cuales han prestado atención a la acción colectiva y, en consecuencia, han resaltado el papel de la sociedad civil movilizadora o la oposición al régimen. Esto ha extendido la cobertura del objeto de estudio, poniendo de manifiesto los procesos de confluencia entre las demandas sociales y la acción de las elites, resaltando la recepción de aquellas por estos, o la convergencia de las agendas y estrategias de unos y otros y su concurrencia, así como las reconducciones y establecimientos de límites a las que dieron lugar. Tampoco cabe dejar de lado las conclusiones del estudio politológico de las transiciones comparadas (muchas veces aludido de manera un tanto despectiva como “transitología”), que se ocupan de las



“oleadas democratizadoras” o el carácter ilustrativo de la transición española para las experiencias de cambio político de los países de la órbita soviética, una tesis, cabe reconocerlo, no exenta de *vulgarizaciones*. Unos enfoques, en fin, predominantemente funcionalistas que no han sido abandonados por otras aportaciones que también se han incorporado a la explicación de la transición, y que han enfatizado la convergencia de la sociedad española con la europea o el encuadramiento de las posibilidades de la transformación política por el contexto internacional.

Por si fuera poco, el estudio de la transición convive con otras realidades molestas que dificultan la rigurosidad de las conclusiones que en particular afectan al conocimiento de la violencia política en el período. La primera es el secretismo de Estado que afecta a los archivos y las dificultades manifiestas para acceder a las fuentes primarias. En segundo lugar, los estudios de los especialistas no han sido los únicos que se han ocupado de este periodo, sino que han convivido con cantidad de obras de otro tipo, tales como evocaciones de los protagonistas del proceso de cambio político o análisis periodísticos de seriedad. Sin embargo, éstos no han sido los únicos, y una profusión de entidades e individuos han hecho su agosto gracias a libros de cariz conspiratorio, entrevistas y declaraciones consideradas definitivas, documentales y reportajes sensacionalistas sobre el periodo referido, los cuales en buena parte de las ocasiones han servido como caja de resonancia de oportunistas varios, aunque no es menos cierto que en otras, más escasas, han permitido incluir aportaciones novedosas, más o menos afortunadas, del período. La (escasa) historiografía académica que se ha dedicado al fenómeno de la violencia política durante el tardofranquismo y la transición se ha visto obligada a recurrir a este tipo de fuentes con más frecuencia de la que hubiera sido deseable. A esto hay que añadir, ya en tercer lugar, el archiconocido relato de la transición *modélica*, el cual se antojaría a un observador corto de vista (o a uno que historiara desde posiciones interesadas) como el objeto contra el cual dirige sus esfuerzos la excelente *La Transición española. El voto ignorado de las armas*, de Xavier Casals. Nada más lejos de la verdad. Este libro no es ni una obra de memoria histórica de cariz académico ni una que se obsesione con subvertir el relato de la transición modélica, entre otras razones porque el del carácter virtuoso de la transición no ha sido el canon seguido por la mayoría de los historiadores del período, aunque, obviamente, por estas mismas razones, la obra que se reseña no es una que afirme que el proceso transicional fuera pacífico y nítido ni haga bandera del citado discurso. Al contrario, *El voto ignorado de las armas* se propone reconsiderar el carácter espontáneo, casi residual, de la violencia política ocurrida durante el periodo. Para este objetivo, la obra aquí reseñada se dedica básicamente a incluir los episodios de la violencia política y de conflictividad ideológica y a razonar sobre su importancia en el rumbo de la transformación política. Por lo tanto, no estamos ante una obra para polemistas, sino ante un *tratado* de

historia de la violencia política de la transición, tremendamente útil para historiadores y estudiosos del periodo.

Un tratado, en efecto, porque de las diferentes expresiones de violencia política en la transición da buena cuenta esta obra de la Editorial Pasado & Presente, que se convierte, de esta manera, en la principal síntesis sobre el fenómeno, y se añade por méritos propios a una línea historiográfica cuyos hitos recientes los hallamos en *Morir matando: el franquismo ante la práctica armada, 1968-1977*, de Pau Casañellas; el capítulo “Violencia política y movilización social en la Transición española” de Ignacio Sánchez-Cuenca y Paloma Aguilar Fernández incluido en la obra *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX*, coordinada por Sophie Baby, Olivier Compagnon y Eduardo González Calleja; “La violencia terrorista en la transición española a la democracia”, redactado por uno de los autores anteriores, concretamente Sánchez Cuenca, en el número 14 de la revista *Historia del presente* (año 2009); o el libro más reciente de Sophie Baby, editado en 2018: *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*.

Pero este libro de Xavier Casals no se inscribe únicamente en la línea de estudios renovados sobre violencia y transición a la democracia, sino que se muestra fiel, en gran medida, a la tradición historiográfica más amplia de los estudios sobre la transición a la democracia, concretamente a su línea más imaginativa y preclara, en la que sin duda se inserta. En efecto, en demasiadas ocasiones, los estudios (escasos) sobre violencia política y transición, incluso algunos de la línea renovada antes aludida, no se hacen eco de los avances de los estudios sobre la transformación política de la España de los años setenta y aparecen desconectados de la misma, con alusiones a referencias desfasadas. En consecuencia, no se libran de la alambrada sombra historiográfica que subraya el carácter irreversible de los cambios operados en la sociedad del segundo franquismo y, en consecuencia, la obsolescencia institucional de la dictadura. De esta manera, muchos estudios sobre la violencia política o bien no han podido o bien no han querido zafarse de la consideración de la violencia transicional como una expresión dramática de cuán desbordada estaba la dictadura, lo que permitía desdibujar las violencias políticas del período mediante su inclusión en un patrón común, y en todo caso separada del contexto internacional. En consecuencia, tanto el repunte de la represión del régimen en el tardofranquismo como el terrorismo de los grupos más rupturistas podían ser explicados como dos manifestaciones de esta situación crítica de desajuste estructural; una situación ejemplificada, por ejemplo, en la escalada de soluciones violentas que emplearía el tardofranquismo o, en sentido inverso, por los atentados terroristas de las diferentes organizaciones, despachados muchas veces como la mera consecuencia de la impaciencia de los grupos más rupturistas.

Afortunadamente, el lector de *El voto ignorado de las armas* no encontrará ni rastro de este esquema decididamente condescendiente, que tanto deja que desear a nivel explicativo y que no se beneficia de los avances que, tanto la ciencia histórica como otras disciplinas, han aportado al conocimiento teórico de la violencia política. Así, la idea esencial de la obra se incardina en las explicaciones que resaltan las *paradojas* de la transición, en este caso una violencia política, generada tanto por ultras de izquierda como de derecha con una agenda determinada, que en sus expresiones tumultuarias, terroristas, conspirativas (de tipo policial y/o golpista “pretoriano”, como gusta de decir Casals, es decir militar), la cual lejos de desestabilizar el proceso de transformación contribuyó a todo lo contrario: a estabilizarlo y, en consecuencia, a equilibrar el consenso en torno a la misma, de manera que los grupos y las opciones que intimidaron y mataron mediante el terror lo único que consiguieron, en definitiva, fue su propio aislamiento. En otras palabras, Casals concluye que la violencia arrojó un resultado inverso al buscado por los colectivos que la practicaron, puesto que involuntariamente estrechó los lazos entre el Gobierno salido de la legalidad franquista y la oposición democrática al régimen. Por su parte, la periodización de la transición que aparece en el libro es también coherente con lo mejor de los estudios sobre la transición a la democracia. De esta manera, Casals no se contenta con el periodo clásico del gobierno de Suárez, sino que cubre los años tardofranquistas (es decir, previos a la muerte de Carrero), el segundo gobierno de Arias Navarro, los años preconstitucionales de Suárez y los constitucionales hasta el 23-F, e incluso posteriormente.

En cuanto a su estructura, y en coherencia con esta periodización, la obra gira en torno a tres grandes secciones. La primera trata el asesinato de Carrero, que incluye las novedades que éste había introducido en la represión de las respuestas armadas y terroristas a la dictadura, así como las implicaciones posteriores del magnicidio, que significaron no sólo la centralidad que el terrorismo de ETA tendría en el fin del franquismo, la transición y la naciente democracia, sino también el punto de partida de los movimientos pretorianos y conspiratorios que maquinaban durante los diez años siguientes. La segunda gran parte, dedicada a los años centrales de la Transición, desarrolla la tesis principal antes comentada (y de la que da buena cuenta el título elegido para el libro: *La transición española. El voto ignorado de las armas*), en la que, aparte de los consabidos Montejurra, Atocha, ETA, GRAPO o Triple A, no faltan la posición del Rey Juan Carlos, Terra Lliure o el MPAIAC canario. La tercera parte se dedica al golpe de Estado del 23-F y sus extensiones posteriores. Todas ellas dan cumplida cuenta de los episodios y tramas de la violencia política y la conflictividad de la época, aunque se echan en falta referencias y explicaciones de la violencia ultraderechista que aconteció en las provincias valencianas en todos los años previos a la aprobación de su estatuto de autonomía en 1982.

Uno de los temores previos, y naturales, que el lector de *El voto ignorado de las armas* podría tener antes de comenzar la lectura del mismo queda disipado tras ésta. En efecto, Casals no hace suyas las explicaciones confabuladoras, a pesar de que en muchos momentos no le queda otra alternativa, dadas las prohibiciones en el acceso a las fuentes, que recurrir a las biografías y los testimonios de protagonistas de poca fiabilidad. Con todo, el autor soluciona elegantemente estas situaciones mediante el recurso a microejercicios de una historia virtual bien entendida, en forma de preguntas sugerentes al lector que bien podrían motivar nuevas investigaciones. Porque, en definitiva, el libro de Casals no es la obra definitiva sobre el periodo, sino la síntesis más adecuada existente hasta la fecha sobre la violencia política durante la transición y la explicación más convincente sobre la misma, la cual debe servir de punto de partida a todo aquel que quiera adquirir una idea bien informada de la cronología, detalles e interrogantes del grueso de sus episodios.

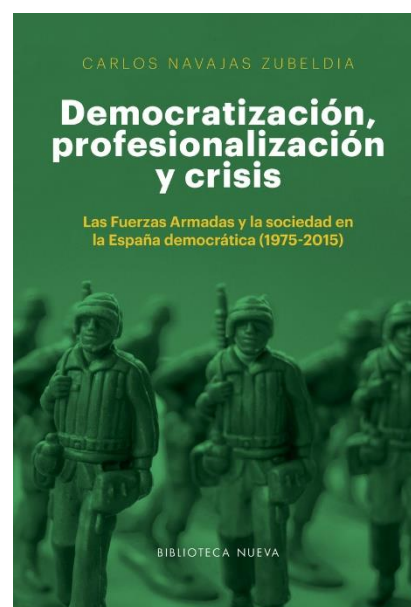
Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: *Democratización, profesionalización y crisis. Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática (1975-2015)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018, 412pp., ISBN: 978-84-16938-92-6.

Alberto Bueno
Universidad de Granada

40 años de relaciones civiles-militares en España

Los ya más de cuarenta años transcurridos de transición y consolidación democráticas en España constituyen una invitación a analizar los principales procesos acaecidos durante este tiempo. Una de las cuestiones que marcaron los inicios de este periodo histórico fue el denominado “problema militar” español, consecuencia de un secular intervencionismo del poder castrense en la política del país, el cual había tenido su principal manifestación en el régimen dictatorial que concluía su última y más dramática etapa. Los lustros transcurridos desde entonces no sólo han sido testigos de la terminación de esta problemática, sino que han estado caracterizados por cambios de profundísimo calado en el seno de las Fuerzas Armadas españolas (FAS), entre los que destacan la integración en organizaciones supranacionales de defensa, el despliegue en misiones internacionales de paz, el fin del servicio militar obligatorio, la profesionalización del ejército o los procesos de modernización de armamentos y transformación doctrinal.

Todos estos fenómenos, con evidentes repercusiones económicas, políticas y sociales tanto hacia el exterior como en el ámbito doméstico, justifican el interés por el estudio de la política de defensa y militar desarrolladas por las diferentes administraciones democráticas, así como por examinar en mayor detalle las dimensiones que han determinado las relaciones entre la sociedad española y los ejércitos a lo largo de estas cuatro décadas. Dichas son las coordenadas y el propósito que marcan el nuevo libro del historiador contemporaneísta Carlos Navajas, *Democratización, profesionalización y crisis. Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática (1975-2015)*. Una



nueva publicación que consolida una larga trayectoria de investigación consagrada al estudio de las relaciones entre las fuerzas armadas y la sociedad, en general, y los vínculos entre el poder civil y la institución militar, en particular, afirmándolo como referencia obligada para el abordaje de estas cuestiones en España.

En efecto, su prolífica bibliografía está dedicada, entre otros, al estudio histórico de los (des)afectos y (des)encuentros entre civiles y militares en la España contemporánea, con singular dedicación al siglo XX. El comienzo de esta línea de investigación arranca en los años previos a la dictadura del General Franco (destacando su obra acerca del régimen de Primo de Rivera, cuestión a la que consagró su tesis doctoral), siendo igualmente abundantes los trabajos en torno a la transición militar. Además, su incardinación como “historiador del presente” ha motivado una extensa relación de artículos en revistas científicas y libros donde el “problema militar” durante la democracia y la política de defensa desarrollada en las diferentes legislaturas son los objetos preferentes de análisis.

Precisamente esta obra pretende ser también una contribución útil al afianzamiento disciplinar de este campo de investigación: una declaración de intenciones expresada en su subtítulo, “Fuerzas Armadas y sociedad”, el cual replica la denominación seminal dada por Gwyn Harries-Jenkies y Charles C. Moskos. De tal modo, sus primeras páginas están destinadas a delimitar los ámbitos de interés de este campo, a saber: la organización militar, las relaciones civiles-militares y las consecuencias de los conflictos armados. Este triángulo disciplinar básico no impide sin embargo, y en palabras del autor, apreciar su interés por otras cuestiones vinculadas a la ideología militar, la estrategia o las políticas públicas, abriéndose así a las aportaciones de otras disciplinas y campos.

El libro se estructura en torno a una introducción, tres partes y un último apartado de conclusiones. La introducción, lejos de constituir un mero aterrizaje en el tema, presenta un valor añadido significativo. Además de las líneas dedicadas a la propia reivindicación disciplinar, Navajas formula en este primer capítulo un modelo de análisis de los 40 años objeto de investigación que enmarca toda la monografía. Así, el trabajo va más allá de una exposición histórica descriptiva para aportar además una propuesta de periodificación, la cual sirve a la postre para dar título a la obra. De esta manera, el primer período, “Democratización”, abarca desde el fin de la dictadura hasta el fin del gobierno socialista, abarcando por tanto la “larga transición militar” y la “postransición militar”. El segundo, “Profesionalización”, contextualiza los años de gobierno del Partido Popular y la primera legislatura del socialista Rodríguez Zapatero. Por último, “Crisis” sirve para encuadrar el segundo mandato del gobierno Zapatero y el primer gobierno del popular Rajoy.

Esta propuesta histórica va aparejada a una extensa revisión de la literatura publicada al respecto, permitiendo arrojar luz sobre los vacíos existentes en el conocimiento producido durante estos años. Considerando las palabras escritas en el prólogo por el historiador Fernando Puell de la Villa, quien asegura que «la ‘transición militar’ y el involucionismo castrense [son] dos de los temas más debatidos en la historiografía española de las últimas décadas», es loable el esfuerzo realizado por el autor revisitando toda esa bibliografía y realizando similar empeño con las etapas subsiguientes. Este esfuerzo revela una producción muy desigual entre temas, con grandes lagunas en cuanto al examen de la política implementada por cada titular de la cartera y, en cualquier caso, un volumen insuficiente de investigaciones al respecto, lo que acaba revelando una cartografía de la política de defensa y militar españolas parcial e incompleta.

La mencionada periodificación se articula fundamentalmente a partir de tres eventos claves en el devenir de la política militar y de defensa española: la efectiva consolidación del control civil del poder castrense, los efectos del paso a un modelo profesional con el fin del servicio militar obligatorio y el impacto de la crisis económica en las capacidades de la defensa. De esta observación se induce que el autor juzga tales acontecimientos como los más significativos para esta política en democracia, lo que supone en sí mismo una segunda aportación de importante calado. Por tanto, la obra se sitúa en este marco de referencia y a partir de la revisión de la bibliografía existente sobre las relaciones civiles-militares en los inicios de la democracia, así como del análisis de nuevos materiales publicados estos últimos años, reconstruye desde una perspectiva histórica el devenir de la política de defensa.

La primera parte, como se ha señalado, se detiene a estudiar el mencionado “problema militar” español y asume para su exposición una temporización que rompe la lógica de legislaturas para seguir un *ítér* propio. En primer término, se decanta por una conceptualización de transición militar “larga” que alcanza hasta el año 1989, cuando se entiende que el ya creado Ministerio de Defensa asume en efecto el control civil de la política militar y defensa, y el “ruido de sables” es más murmullo que estrépito de asonada. En segundo, explica las características de la denominada “postransición”, donde los estertores del “problema militar” se dejan sentir pero sin jugar ya un papel relevante. Este paso de una política militar posfranquista a una política de defensa democrática estuvo influido por la incorporación de España a la Alianza Atlántica, los cambios en la organización militar y las iniciativas por convertir a la institución en una administración, siquiera *sui generis*. La otra gran cuestión que comienza a cobrar importancia en esos años es la de la imagen de los ejércitos entre la ciudadanía: una negativa opinión o percepción que se entendía como muy preocupante en un momento de posguerra fría en el que la naturaleza de las amenazas estaba mutando y las

FAS estaban llamadas entonces a desempeñar otros cometidos y misiones. Este último asunto, las misiones internacionales, es el quinto elemento destacado en este período y el que lo cierra, dado que su puesta en marcha supuso un salto cualitativo en el desempeño de las FAS, alejándolas a su vez de esa mirada “hacia el enemigo interior” que había atravesado históricamente su encomienda.

La segunda parte, “Profesionalización”, se estructura en torno a tres capítulos que, al igual que en la tercera, sí coinciden ya con el marco temporal de las respectivas legislaturas políticas. Una muestra de que la política de defensa iba normalizando y acompasando su desarrollo al propio devenir de la administración. Sin duda alguna, la suspensión del servicio militar obligatorio tiene un protagonismo central en esta etapa, repasándose las causas sociales y consecuencias políticas de tal decisión. Además, se subrayan todas las implicaciones que tuvo para la política de defensa; en especial, esa necesidad de “acercar” a la sociedad y los ejércitos, ya que entendía que el fin de la “mili” iba a suponer una rémora en este sentido. Esta necesidad detectada por los responsables militares lleva al autor a detenerse y analizar la llamada (política de) cultura de (seguridad) y defensa. Una labor que proseguirá en los capítulos siguientes, siendo así uno de los estudios más completos sobre el desarrollo y evolución de esta importante política de defensa. Lo hace además desde una posición ciertamente crítica con la misma, que surge de interpretar que «la solución del problema era anterior a su estudio» (p. 112). Igualmente crítico se muestra con el proceso de modernización de materiales iniciado entonces con los conocidos como Programas Especiales de Armamento. Si bien su reproche al calificarlos como de simple «rearme» (p. 30) admite discusión, en tanto que los procesos de revisión estratégica y doctrinal que supusieron (evidenciados en los diversos documentos publicados al inicio de la década del dos mil) fueron más allá de solo un aumento cuantitativo de los materiales.

Estos programas son en buena medida causa de los graves problemas económico-financieros que arrastra el ministerio. Sirven, por tanto, como conector con la tercera parte, donde se abordan en mayor profundidad las tribulaciones presupuestarias. En efecto, el análisis de los presupuestos de defensa es otro de los puntos fuertes de la obra, que acompañan el análisis de cada actuación de los respectivos ministros. Es éste un debate complejo y, si bien es loable el esfuerzo del autor por contrastar las fuentes del ministerio con las de otros centros de pensamiento “antimilitaristas”, hubiera sido deseable consultar también otras fuentes más neutrales desde un punto de vista ideológico con objeto de comparar igualmente las cifras “críticas”; y es que el método seguido por alguno de estos centros les lleva a computar como gasto en defensa partidas tales como el déficit o el presupuesto de inteligencia, algo cuestionable y que lleva igualmente a poner en discusión la idoneidad de estas cuentas alternativas. Por otra

parte, también revisa las estrategias de seguridad nacional publicadas, procurando enfrenar el discurso oficial con las ideas y percepciones en juego.

Esta tercera parte mantiene a su vez el análisis de las decisiones políticas más relevantes de los distintos ministros, las misiones internacionales que se despliegan y la evolución de la política de promoción de la cultura de defensa. Además, hay un elemento de análisis que se mantiene a lo largo de toda la obra y que la dota de un aporte original: se trata del examen de las distintas declaraciones públicas de algunos oficiales de los ejércitos, principalmente acerca del conflicto territorial y del papel al que las FAS estarían llamadas. Estas opiniones, verbalización de un supuesto malestar latente en el ámbito interno, motivan que Navajas hable de un *neopretorianismo* que seguiría vivo entre ciertos sectores. Un elemento polémico sometido a discusión entre distintos especialistas,⁷ pero que en cualquier caso evidencia el detalle con el que el autor examina el “problema militar”, elemento vertebral en la obra.

En conclusión, *Democratización, profesionalización y crisis. Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática (1975-2015)* supone una importante contribución a la historiografía española dedicada al estudio y análisis de los vínculos entre las Fuerzas Armadas y la sociedad. Configura un original marco de análisis para estos 40 años que resulta una de sus más valiosas aportaciones. Además, la extensa y profunda revisión bibliográfica que realiza forma un trabajo de suma utilidad tanto para quienes se adentren por primera vez en este campo, como para aquellos especialistas que busquen nuevas líneas de investigación, dado que ayuda a fotografiar perfectamente el estado de la cuestión. Así, los temas y debates analizados constituyen una invitación, por supuesto a historiadores, pero igualmente a otros expertos desde la Ciencia Política, la Sociología, la Economía, etc., para continuar y revigorizar un campo de estudio que quizá haya experimentado unas décadas de menor atractivo académico toda vez que el “problema militar” quedó superado. En definitiva, una obra llamada a ser referencia obligada para cualquier interesado en profundizar en el conocimiento sobre la organización militar, las consecuencias de los conflictos y las relaciones cívico-militares en España.

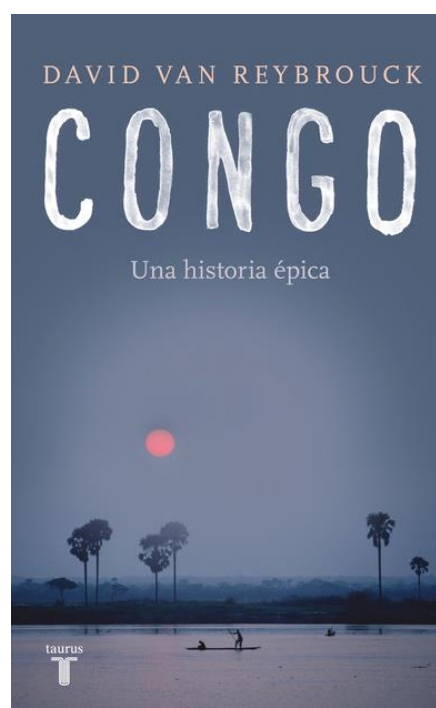
⁷ Así fue durante sendos grupos de trabajo sobre “Fuerzas Armadas y Sociedad” desarrollados en el XII y XIII Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración, respectivamente.

David VAN REYBROUCK: *Congo. Una historia épica*, Barcelona, Taurus, 2019 [2010], 743 pp., trad. de Catalina Ginard Féron, ISBN: 978-8430619436.

David Alegre Lorenz
Universitat de Girona

Un ejercicio de maestría historiográfica

Cuando uno analiza y desentraña una obra así solo puede empezar de forma contundente: estamos ante un trabajo extraordinario de principio a fin. David Van Reybrouck ha conseguido alumbrar un libro destinado a convertirse en un clásico, si es que no lo es ya, porque su *Congo. Una historia épica* apareció originalmente en neerlandés en el año 2010, y desde entonces ha sido traducido a una veintena de lenguas. Esto es algo que nunca está de más destacar por dos razones: primero para agradecer a Taurus que haya tenido la valentía de traducirlo y publicarlo en castellano, haciéndonos así un favor a todos los que estamos ávidos de obras de referencia que escapan del foco de lo corriente; y, segundo, no menos importante, por poner fin al hecho casi inexplicable de que un trabajo con un valor planetario como este haya tardado casi una década en tener una edición en la segunda lengua con más hablantes nativos del mundo, después de haber aparecido antes en otras como el italiano, el danés o el polaco. Cosas como estas deberían ser objeto de una reflexión profunda a ambos lados del Atlántico, sobre todo por parte de las instituciones y los gestores culturales, los docentes, los programadores educativos y los líderes políticos en posiciones de poder. No hay duda de que algo pasa con nuestra cultura, pero entrar a valorar esta cuestión merecería de una reflexión a parte.



A grandes rasgos la obra de Van Reybrouck es un análisis de las increíbles y traumáticas transformaciones por las que han pasado las diferentes generaciones que han habitado los territorios comprendidos dentro de las fronteras de la actual Repú-

blica Democrática del Congo (Congo, a partir de ahora) durante el último siglo y medio. Sin ir más lejos, estamos acostumbrados a leer y a oír hablar sobre el impacto de la modernidad en Europa, en el mejor de los casos a nivel del Atlántico Norte, de hecho conocemos bastante bien el impacto social, cultural, económico y político de la consolidación del capitalismo y su primera crisis global en la década final del siglo XIX.⁸ No obstante, es muy extraño encontrarnos con relatos debidos a historiadores europeos que se planteen siquiera la posibilidad de observar estos movimientos sísmicos desde un lugar periférico para nuestras coordenadas mentales y espaciales como es el África Ecuatorial. Eso es precisamente lo que nos propone Van Reybrouck: una mirada sobre un escenario del tamaño de Europa Occidental, iniciando su andadura con la llegada de los primeros exploradores europeos que se adentraron en el interior del continente a través del río Congo, empujados por la fiebre civilizatoria del imperialismo, la rapacidad capitalista, la fe en el progreso y el positivismo decimonónicos. Y como digo lo hace con una frescura y un éxito que sorprenden, sacando al público lector de su espacio de confort habitual y planteándole el reto apasionante de entender la historia global del último siglo y medio desde el corazón de África. La tesis demostrada de este ingente trabajo queda bien condensada al final de sus más de seiscientas páginas, cuando Van Reybrouck señala que «la historia del Congo ha contribuido a determinar y a dar forma a la historia del mundo», y que por tanto «ha sido clave en varias ocasiones en los intentos por definir un orden mundial internacional» (p. 604).

Hay varias razones que hacen de *Congo. Una historia épica* una referencia historiográfica de primer orden, también para los estudios de la guerra, que es el ámbito que nos ocupa aquí de manera más evidente. Van Reybrouck es capaz de mostrarnos esas vastas extensiones del África Ecuatorial como un cruce de caminos esencial en la historia del último siglo y medio, hasta el punto que el suyo es un ejemplo de historia transnacional, tanto a nivel africano como global. Además, esto tiene tanto más valor en cuanto evita en todo momento caer en la fatalidad o en lo estructural como claves explicativas. El autor aboga por analizar la historia en movimiento, desde las trayectorias y la contingencia, una propuesta que despliega de forma envidiable, haciendo viajes de ida y vuelta desde el nivel macro hasta el nivel micro, y a la inversa, observando tanto a los países como a la sociedad, a sus comunidades y a los individuos que las componen. Por tanto, la obra es también una muestra magistral de historia social. Y aquí son de gran ayuda los valiosísimos testimonios orales y memorísticos con los que trabaja Van Reybrouck, fruto del buen conocimiento del terreno en que se mueve,

⁸ Un ejemplo reciente de una historiografía que entiende el pasado y la crisis de la modernidad desde el escenario euroatlántico lo encontramos en Odd Arne WESTAD: *La Guerra Fría. Una historia mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018 [2017]. Un libro que por cierto no está carente de algunas graves imprecisiones y de un mal manejo de los tiempos en muchos casos.

juntamente con el manejo de la bibliografía producida al respecto de las cuestiones que va desgranando página tras página.

En cualquier caso, al hablar del peso de la contingencia en la historia hablo de un problema central para los estudios de la guerra y la historiografía, algo en lo que muchos venimos insistiendo desde hace ya un tiempo. Por eso mismo, quizás lo más importante de los primeros compases de esta obra es que nos permiten ver el cúmulo de casualidades y decisiones conscientes, casi diría a partes iguales, y en última instancia la fragilidad sobre la cual se construyó el dominio belga de los territorios del Congo, hasta el punto que nos quedamos con una cierta idea de que nada tuvo porqué haber sido como fue. Aunque haya que decirlo es obvio que las comunidades humanas que habitaban las profundidades del África Ecuatorial no carecían de historia y, por tanto, no estaban exentas de conflictos ni a la espera de que los conquistadores y colonos europeos llegaran allí para dotarlas de un lugar y un sentido en el mundo. Es más, como suele ser común a estos fenómenos de capitalismo global y violencia colectiva, hacía siglos que los propios líderes autóctonos venían colaborando activamente y se lucraban a costa del comercio de esclavos africanos con los mercaderes europeos instalados en la costa atlántica, haciendo que estos solo tuvieran que recoger y transportar la ansiada mercancía humana hacia su destino final en Brasil, las Antillas o América del Norte.⁹ Tales fueron el alcance y las consecuencias devastadoras de este negocio en el interior de África que según Van Reybrouck explicarían la relativa facilidad con la que los europeos pusieron bajo su control amplias extensiones de territorio en todo el continente. El comercio de esclavos había actuado como un cáncer maligno, corroyendo durante décadas los lazos de solidaridad supracomunitarios y cualquier atisbo de estructura política efectiva y legítima capaz de articular una resistencia efectiva frente al intento de conquista. Es más, llegadas las décadas centrales del siglo XIX no solo eran blancos llegados de Europa quienes tenían interés por las riquezas centroafricanas, también tuvo un papel crucial la voracidad de los comerciantes árabes y afroárabes, que se adentraron en África desde Zanzíbar, en la costa africana del Índico controlada por el sultán de Omán desde 1832. Desde allí partieron durante décadas grandes cantidades de esclavos cuyos destinos eran Oriente Próximo, la India y China, hasta que *manu militari* los europeos consiguieron expulsar de allí a finales del siglo XIX a aquellos mercaderes y líderes políticos con los que se disputaban el control de los recursos y territorios del interior del continente.

⁹ Esto nos pone ante la compleja red de complicidades sobre la cual se construyó una de las mayores aberraciones de la historia de la humanidad: la esclavitud del hombre y la mujer por el hombre, un fenómeno tan vivo hoy como casi siempre, por mucho que hayan variado las formas bajo las que se lleva a cabo. El mejor ejemplo de ello es el tráfico masivo de mujeres para ser explotadas sexualmente, un crimen que sin lugar a dudas es y será uno de los principales retos que habrán de abordar las sociedades y países de nuestro siglo.

En línea con todo lo dicho hasta aquí, una de las cosas que hacen relevante este libro es que aún a pesar del origen europeo del autor este es capaz de hacer que nos repensemos a nosotros mismos como historiadores y occidentales. Para ello plantea un relato historiográfico completamente descentralizado, incluso por lo que respecta al propio Congo, dada su capacidad de penetración en la realidad de las diferentes regiones del país. Además, Van Reybrouck despliega una finísima empatía que no cae en la fascinación *per se* ni en la pura victimización de los habitantes de este gigantesco país del África Ecuatorial, para lo cual insiste una y otra vez en complejizar nuestra visión de procesos extremadamente complejos. Así lo hace con el propio imperialismo europeo y la colonización de África, analizando los agentes que participaron en una empresa tan colosal junto a sus múltiples motivaciones para ello, incluyendo claro está la controvertida figura de Leopoldo II. El que fuera soberano belga, mecenas e impulsor de la conquista del Congo belga, propietario *de iure* y *de facto* de dicha colonia entre 1885 y 1908, no solo se veía a sí mismo como una suerte de filántropo, sino que además creía fervientemente que tanto los indígenas como los belgas saldrían beneficiados del experimento espiritual y económico que puso en marcha. Se trataba de llevar la civilización al África Ecuatorial, identificada esta con la expansión de la cultura europea y los valores cristianos; la difusión y aplicación de la ciencia y la tecnología; la explotación económica racionalizada e intensiva de los recursos; el establecimiento de estructuras avanzadas de control estatal; etcétera.

En este sentido, Leopoldo II no era diferente a la mayor parte de los monarcas e imperialistas de su tiempo. Evidentemente, poner en marcha un proyecto tan ambicioso a seis mil kilómetros distancia y en una extensión de territorio que era setenta y seis veces más grande que la de Bélgica hizo necesario delegar responsabilidades sobre empresas privadas e individuos dispuestos a asumir el riesgo de explorar y explotar el potencial económico de la nueva colonia. De hecho, este problema no hizo sino agudizarse desde el momento en que se puso de manifiesto que la empresa personal del rey belga podía llegar a suponer muchos más costes que beneficios, al menos en los primeros años. Así pues, tras verse al borde de la quiebra, Leopoldo II se vio obligado a pedir al parlamento belga que contribuyera con la hacienda estatal a mantener vivo su sueño colonial. Sobre estas bases no es de extrañar que los abusos de poder a ras de suelo se convirtieran desde el primer momento en una constante a todas las escalas, con todos los agentes coloniales buscando su cuota de beneficios dentro de su posición en la nueva jerarquía económico-racial de poder. El problema aún se agudizaría más con la aparición de las grandes oportunidades económicas en el Congo, como la que trajo consigo la explosión de la fiebre del caucho a finales del siglo XIX —similar a la que supusieron en décadas posteriores el cobre, el oro y los diamantes y más recientemente el coltán— gracias a la aparición del neumático de caucho inflable casi en paralelo a la bicicleta y el automóvil. Así pues, Van Reybrouck expone la brutalidad que

acabó engendrando el propio sistema de poder, control y explotación colonial, así como las muchas y diversas formas en que afectó a las formas de vida de las variadas comunidades humanas que habitaban en aquellas tierras, destruyéndolas en muchos casos y acabando con la vida de millones de personas. No obstante, el autor es contundente respecto al abuso que se ha hecho del concepto genocidio al referirse a las políticas implementadas por el monarca belga y su aparato colonial en el Congo, ya que lo ocurrido escapa por completo a la planificación de un intento parcial o total de eliminar a las poblaciones africanas por causa de su raza, sus creencias y su cultura. Esto no hace menos atroz lo que ocurrió en el África Ecuatorial bajo la autoridad y responsabilidad de Leopoldo II, simplemente nos permite observar las múltiples formas que puede cobrar la violencia y la muerte de masas. En este caso hablamos de una maquinaria de explotación orientada a la maximización de beneficios, la cual acabó cobrando vida propia a la sombra de dos de los fenómenos más característicos de la época: el imperalismo racista y la insaciable voracidad del capitalismo.

En términos jurídicos e históricos no se puede señalar al estado belga como responsable de nada de lo ocurrido antes del año 1908, pues hasta ese año Bélgica no se hizo cargo de la soberanía sobre el Congo. El traspaso de poderes vino formado en último término por las protestas y la presión internacional ante los rumores y denuncias sobre la situación humana reinante en esta parte del África Ecuatorial bajo el reinado del monarca belga. Hasta ese momento habían sido industrias y particulares quienes habían implementado sus políticas y visiones de la realidad con el fin de lucrarse fruto de su relación con la colonia-estado, juntamente con Leopoldo II, que amasó una gigantesca fortuna que aprovechó para desplegar una política de prestigio personal. A partir de aquí, manteniendo en todo momento el diálogo entre la cúspide del sistema de dominación colonial y la forma que adoptó sobre el terreno, el autor desgrana la rápida evolución del Congo bajo la tutela belga. Vale decir que la introducción puntual de la perspectiva comparada con otras experiencias coloniales y procesos de descolonización habría contribuido a enriquecer y redondear notablemente una obra que a pesar de todo sigue siendo brillante.

Desde el racionalismo científico de los primeros días –aplicado tanto al tratamiento biopolítico de las poblaciones autóctonas como al despliegue de un aparato administrativo al estilo occidental, que estableció nuevas divisiones y clasificaciones humanas y que manipuló, subordinó o destruyó todas las estructuras de poder y formas de lealtad propias de las comunidades congoleñas– hasta la desastrosa descolonización acelerada –forzada por la evolución de las circunstancias en la propia colonia y escapando al control de la metrópoli, no sin injerencias poscoloniales más que discutibles desde el punto de vista jurídico–, Van Reybrouck despliega un completo análisis de la realidad social, cultural, política y económica del Congo a lo largo de los cincuen-

ta años de dominio belga: la usual confluencia de intereses sobre la que se sostuvo el régimen colonial, con una trinidad compuesta por la iglesia, el funcionariado y el capital, encarnado este último especialmente por la todopoderosa Union Minière de Katanga; la importante contribución de la población congoleña al esfuerzo bélico de Bélgica en la Gran Guerra y en la Segunda Guerra Mundial, cuyo colofón fueron las esperanzas frustradas de emancipación; la creación de nuevos usos y costumbres a través de la adaptación de las propias tradiciones y las influencias y formas de hacer las cosas procedentes de Europa, que incluyeron interpretaciones propias del cristianismo, nuevos estilos musicales o formas de socialización inéditas; la existencia constante de diversas y cambiantes formas de resistencia y oposición frente al sistema de dominación colonial; las características de las siempre desiguales relaciones entre la élite colonial blanca y los diferentes sectores de la población negra, incluidos los *évolués*, que reivindicaron sin éxito un trato de respeto que consideraban acorde con su estilo de vida y su cultura conscientemente europeas; y así un largo etcétera.

La radical modernidad de los problemas y conflictos que han tenido lugar en el África Ecuatorial desde finales del siglo XIX, sobre todo relacionados con la superpoblación, las violaciones de la soberanía, la globalización, la competencia por los recursos y el capitalismo salvajes, permiten al autor señalar que «el Congo no va rezagado en la historia, sino adelantado», dejándonos entrever lo que nos podría esperar a nivel global a medio plazo (p. 516). Efectivamente, si en un primer momento habían sido los árabes y los europeos, llevando estos últimos consigo sus proyectos civilizatorios, la Guerra Fría y el auge de la descolonización, cada uno con sus particulares dinámicas, abrieron el escenario para la irrupción de nuevos experimentos políticos autóctonos y agentes internacionales con intereses diversos. Así pues, la obra de Van Reybrouck acaba un poco como comenzaba, al situarnos ante un mundo multipolar lleno de oportunidades para los inversores, y a menudo con consecuencias fatídicas para la población autóctona. La diferencia reside en la existencia de más centros de poder que nunca, gracias sobre todo a la emergencia de China como superpotencia y nueva influencia de primer orden en el mundo, todo lo cual hasta cierto punto guarda similitudes con la competencia internacional de finales del siglo XIX.

Por medio Van Reybrouck nos deja un análisis certero de lo que es a todas luces una descolonización congelada, fruto esta última de las gravísimas fallas estructurales de los estados poscoloniales, la injerencia de las viejas metrópolis y las nuevas potencias; las propias luchas por el poder de las nuevas élites nacionales y sus intentos por perpetuarse en él, bien encarnadas por la dictadura zaireña de Mobutu, nepotista, corrupta y clientelar hasta el extremo y sostenida con el apoyo de Estados Unidos, Francia y Bélgica como forma de contención frente al comunismo; y, no menos importante, la competencia de los propios estados africanos por las riquezas naturales de sus

vecinos. Todo ello queda evidenciado de forma dramática por las guerras de alcance continental que han empujado las regiones orientales del Congo a una espiral de violencia que parece no tener fin y que desde 1997 han costado la vida de más de cinco millones de personas. Sin embargo, Van Reybrouck nos muestra cómo la vida de los congoleños y las congoleñas, que como en cualquier otra sociedad han participado de una u otra manera de sus propias desgracias, han tenido que moverse en unos equilibrios precarios que en las últimas décadas se han deshecho y reconstruido de forma constante. De ahí que se refiera a la del Congo no sin justeza como una historia épica, porque a pesar de todo la compleja sociedad congoleña ha conseguido llegar hasta nuestros días. Nada de esto debe esconder la situación extrema a la que se ve abocada la mayor parte de África en el actual sistema mundo. Si se me permite decirlo así, el milagro de la obra de Van Reybrouck reside en su capacidad para no olvidar esto, al mismo tiempo que reivindica la condición de los congoleños y congoleñas como sujetos activos, individuos con capacidad de decisión, con experiencias y trayectorias que constituyen el rostro del pasado y el presente, que para bien o para mal no han renunciado a las oportunidades ni han dejado de reivindicar el margen de maniobra que les queda en su rincón del mundo y en el conjunto del globo, y que además no han dejado de preservar espacios para la dignidad y la resistencia, la esperanza y el orgullo.